EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispanoamericana.

V

Biblioteca de Obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30.—Madrid.

VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

OBRAS PUBLICADAS, EN 4.º

I-II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Bolívar y la emancipación de Sur-América.
Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—MEMORIAS DE O'CONNOR sobre la *Independencia Americana.*
Precio: 5 pesetas.

IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.—7,50 pesetas.

V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.
Por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.
Para la historia de las armas españolas en el Perú.
Dos volúmenes á 7,50 pesetas cada uno.

VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.
Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.—4 pesetas.

IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Ultimos años de la vida pública de Bolívar.
Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación;* es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.—Precio: 7,50 pesetas.

X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.
San Martín.— Cochrane.—O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI.—MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA.
Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.—4,50 pesetas.

XII.—MEMORIAS DEL GENERAL RAFAEL URDANETA.
General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia.—7,50 pesetas.

XIII.—MEMORIAS DE LORD COCHRANE.—6 pesetas.

XIV.—MEMORIAS DE URQUINAONA.
Comisionado de la Regencia española al Nuevo Reino de Granada.—7 pesetas.

XV.—MEMORIAS DE WILLIAM BENNET STEVENSON.
Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.—5,50 pesetas.

XVI.—MEMORIAS PÓSTUMAS DEL GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ.—8 pesetas.

XVII.—MEMORIAS DE FRAY SERVANDO TERESA DE MIER.—8 pesetas.

XVIII.—LA CREACIÓN DE BOLIVIA, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX.—LA DICTADURA DE O'HIGGINS, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX.—CUADROS DE LA HISTORIA MILITAR Y CIVIL DE VENEZUELA
(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI.—HISTORIA CRÍTICA DEL ASESINATO COMETIDO EN LA PERSONA DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO, por Antonio José de Irisarri.
7,50 pesetas.

XXII-XXIII.—VIDA DE DON FRANCISCO DE MIRANDA.
General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela, por Ricardo Becerra.
Dos volúmenes á 8 pesetas cada uno.

XXIV.—BIOGRAFÍA DEL GENERAL JOSÉ FELIX RIBAS, PRIMER TENIENTE DE BOLÍVAR EN 1813 Y 1814 (ÉPOCA DE LA GUERRA Á MUERTE) por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV.—EL LIBERTADOR BOLÍVAR Y EL DEÁN FUNES. REVISIÓN DE LA HISTORIA ARGENTINA, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI.—VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR, por Felipe Larrazábal. Nueva edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/vidadellibertado02larr

BOLIVAR en 1825

Retrato hecho en Lima por Gil.

HSAm.B
B6895
.YL

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

FELIPE LARRAZÁBAL

VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

NUEVA EDICIÓN MODERNIZADA

CON PRÓLOGO Y NOTAS DE
R. BLANCO-FOMBONA

TOMO II

358145
7. 12. 38.

EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

ÍNDICE

DE LAS EDICIONES ANTERIORES DE ESTA OBRA

CAPÍTULO XIX.—1815 y 1816.—Proyecto de expedición.—Dificultades de llevarla adelante en Jamaica.—Meditan los españoles asesinar á Bolívar.—Muerte de Amestoy.—Historia de este suceso.—Bolívar en los Cayos. Petion.—Obstáculos que se ofrecieron á la expedición.—Bolívar nombrado jefe de ella.—Se despide de Petion y de Marion.—Gratitud á la memoria del inmortal Petion.

CAPÍTULO XX.—1816.—Salida de la expedición de los Cayos.—Por qué se dirige á Margarita.—Bolívar reune una asamblea en la villa del Norte.—Es proclamado jefe supremo.—El Libertador anuncia que por su parte *cesa la guerra á muerte.*—Moxó ofrece diez mil pesos por la cabeza de Bolívar y de sus principales compañeros.—La expedición llega á Carúpano.—Asamblea en este pueblo.—Expedición á Ocumare.—Pérdida en los Aguacates.—Pánico en Choroní.—Mal comportamiento de Villaret.—El Libertador sigue á Bonaire y vuelve á Choroní.—Mac Gregor se interna y Bolívar vuelve á Bonaire, de donde se embarca para Güiria.—Sucesos notables en este puerto.—Excesos de Bermúdez.

CAPÍTULO XXI.—1816.—El Libertador se embarca en *El Indio Libre* para Haití.—Escribe á Petion felicitándole.—Proyecta una nueva expedición.—Obstáculos que supera.—Mina.—Proclama del presidente de los Estados Unidos.—Arismendi llama al Libertador y también los jefes del Centro.—Activa su salida.—Carta al doctor Gual y al canónigo Madariaga.—Llega el Libertador á Margarita.—Proclama á los venezolanos.—Piensa en una administración justa y fraternal que sane las heridas de la guerra.

CAPÍTULO XXII.—1817.—El Libertador viene á Barcelona.—Refriega de Clarines.—Resiste en la *Casa-Fuerte.*—Auxilio que le da Mariño.—Entrevista con Bermúdez.—Proyecta Bolívar reunirse á Piar en Cuayana.—Interés por defender á Barcelona.—El Libertador deja á Freites en Barcelona y dispone la marcha del resto

de las fuerzas para Angostura.—Adama ataca la *Casa-Fuerte*.—Sacrificio de Freites.—Atrocidades de Aldama —Conducta de Mariño.—Expedición de Canterac.—Prodigiosa constancia de Bolívar.

CAPÍTULO XXIII.—1817.—El Libertador no fué el autor de la muerte de los capuchinos de Caroní.—Pasa el Orinoco y se reune con Piar.—Cartas de Bolívar frente á Angostura.—Expide en San Félix el decreto sobre "consejos de guerra".—Temores de anarquía.—Riesgo de Casacoima.—Arrojo admirable de Antonio Díaz.—Toma de Guayana.—Morillo en Margarita.—Imponderable valor de los margariteños.—Ejecución de Piar.—Institución del Consejo de Estado.—Ocupaciones del Libertador.

CAPÍTULO XXIV.—1817.—Suplicio de Policarpa Salabarrieta.

CAPÍTULO XXV.—1817 y 1818.—Juicio acertado del mariscal Grouchi sobre la causa de los triunfos realistas.—Trabajos de Bolívar para fundar la opinión republicana.—En esto es único en la historia.—Páez.—Bolívar sale de Angostura.—Derrota de Zaraza en la Hogaza.—Vuelve el Libertador á Angostura.—Forma nuevo ejército y remonta el Orinoco.—Se ve con Páez en el Caujaral.—Viene á San Fernando.—Esperanzas fundadas al principio del año de 1818.

CAPÍTULO XXVI.—1818.—Mal juez Torrente para juzgar de los hechos del Libertador.—Memorable paso del Apure.—Sorpresa de Morillo en Calabozo.—Proclama de Bolívar en el Sombrero y el Consejo.—El Libertador intenta batir á Latorre y ocupar á Caracas.—Desgracias imprevistas que lo impiden.—Acción en la quebrada de Semen.

CAPÍTULO XXVII.—1818 y 1819.—Batalla de Ortiz —Sorpresa del Rincón de los Toros.—Riesgo inminente de Bolívar.—Se enferma en Apure.—Marcha á Angostura.—Desgracias de los patriotas.—Trabajos del Libertador en la capital.—Expedición sobre la Nueva Granada.—Pensamiento de reunir un Congreso en Guayana.—Manifiesto de Bolívar.—Marcha para Maturín.—Derrota de Mariño.—Vuelve Bolívar á Angostura.—Célebre decreto de 20 de Noviembre.—El Libertador viene al Apure.—Respeto y sumisión de Páez.—Restablece el orden y baja el Orinoco hasta Angostura.

CAPÍTULO XXVIII.—1819.—Composición del Congreso en Angostura.—Su instalación.—Notable discurso del Libertador.—Entrega del bastón de general.—Confirmación de los grados militares.—Discurso del Sr. Zea.—Organización administrativa.—Trabajos del Congreso.—Carta del coronel Hamilton al duque de Sussex.—Bolívar sale para el Apure.—Juicio sobre las ideas políticas del Libertador.

CAPÍTULO XXIX.—1819.—Rápido viaje del Libertador desde Angostu-

ra hasta el Arauca.—Sistema de guerra adoptado en el Llano.—Queseras del Medio.—Proyecto de expedición sobre Barinas.—Llegada del coronel Lara.—Noticias de la Nueva Granada.—Bolívar emprende libertar aquellas regiones.—Penosísima travesía.—Combate de Gameza, Bonza y Vargas. Acción de Boyacá.—Ocupaciones del Libertador en Santa Fe.—Consideraciones.

CAPÍTULO XXX.—1819.—Empeño de muchos en atribuirse el pensamiento del Libertador.—Sucesos en relación con la batalla de Boyacá.—Viaje del Libertador á Venezuela.—Ocurrencias en Guayana.—Muerte de Anzoátegui.—Ejecución de Barreiro y otros oficiales.—Bolívar en el Congreso de Angostura.—Entrevista con Montilla.—Creación de Colombia.

CAPÍTULO XXXI.—1820.—Prepara Fernando VII en Cádiz una expedición contra la América del Sur.—Revolución de Riego.—Ideas del Libertador sobre este fausto suceso.—Viaje de Bolívar á Bogotá.—El Congreso de Angostura termina sus sesiones.—Proclama de Bolívar en Bogotá.—Certamen literario sostenido en honra de Bolívar.—Éste va á tomar el mando del ejército del Norte.—Desembarco de Montilla en Río del Hacha.—Sublevación de los irlandeses.—Actitud militar de Morillo.—Esperanzas del Libertador.—El 19 de Abril en San Cristóbal.—Morillo jura la Constitución en Caracas.—Comisionados que envía á Angostura y Cúcuta.—Carta del Libertador al general Soublette.—Respuesta á las proposiciones de Morillo.—Enérgica contestación del Libertador al gobernador de Cartagena.

CAPÍTULO XXXII.—1820.—Explica el Libertador un pasaje de su discurso en Angostura censurado por D. Guillermo White.—Esfuerzo de Zea para restaurar el descaecido crédito de Colombia.—Su proyecto presentado al duque de Frías.—Proposición de Clay en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de la Unión americana.—Armamento comprado por el general Sucre en las Antillas.—Comunicación del Libertador al general Morillo sobre «armisticio».—Tratados de armisticio y de regularización de la guerra.—Festejo militar en Santa Ana.—Defensa del armisticio.—Morillo entrega el mando á Latorre y se embarca para Cádiz.—Su proclama de despedida.—El Libertador va á Barinas y regresa á San Cristóbal con ánimo de marchar al Sur.

CAPÍTULO XXXIII. 1821.—El Libertador encarga á Sucre del mando del ejército del Sur.—Recibe oficio de Latorre y de los comisionados que llegaron de España.—Contestación de estos oficios.—Comisión de Revenga y Echeverría.—Carta de Bolívar á Fernando VII.—Revolución de Maracaibo.—Reclamos de Latorre.—Respuesta del Libertador.—Cesación del armisticio.—Motivo para ello.—Muerte de Roscio y Azuola.—Nariño, vicepresidente

de Colombia.—Instalación del Congreso de Cúcuta.—Renuncia el Libertador la Presidencia.—El Congreso no admite la renuncia.—El Libertador abre la campaña.—Proclama á los españoles, á los pueblos de Colombia y al ejército libertador.

CAPÍTULO XXXIV.—1821.—La creciente extraordinaria de un río detiene al Libertador en Yuca.—Donación que hace desde Guanare de sus sueldos en beneficio público.—Establece su cuartel general en San Carlos.—Manda en persona la batalla de Carabobo.—Decreto del Congreso con motivo del triunfo obtenido en aquella gran jornada.—El Libertador sigue para Caracas.—Hace capitular á Pereira.—Vuelve á Valencia.—Reorganiza el ejército.—Estrecha el sitio de Puerto Cabello y viene otra vez á Caracas.—Arreglo provisional.—Carta á Gual.—Emprende el Libertador la campaña del Sur.—Va á Maracaibo.—Notable respuesta á Gual que le llamara á Cúcuta.—Gratitud del Libertador á la amistad de D. Francisco Iturbe.

CAPÍTULO XXXV.—1821.—Elecciones de presidente y vicepresidente de Colombia.—Juramento de Bolívar para encargarse de la suprema magistratura.—Discurso del Libertador y del presidente del Congreso.—El Libertador firma la Constitución y la presenta á los pueblos.—Juicio crítico de un concepto de Baralt en su *Historia de Venezuela*.—Respuesta á las ofensas de las gacetas españolas.

CAPÍTULO XXXVI.—De 1821 á 1822.—El Libertador desiste de la expedición á Portobello y emprende la guerra del Sur.—Ministros que envió á Méjico y á las repúblicas del Sur.—Carta del emperador Iturbide.—Expulsión de nuestros enviados de la corte de España.—Rendición de Cartagena.—Ideas del Libertador sobre el istmo de Panamá.—Ultimos actos de Bolívar en Bogotá.—Su proclama de Cali.—Nuevo capitán general español en Quito.—Campaña de Pasto.—Acción de Bomboná.—Capitulación de don Basilio García.—Proclama del Libertador á los colombianos.

CAPÍTULO XXXVII.—1822.—Propone el presidente Monroe y acuerda el Congreso americano el reconocimiento de la independencia de Colombia.—Reclamo del ministro español.—Bella nota del señor Zea á los gabinetes de Europa.—El Libertador organizó la provincia de los Pastos.—Su carta al obispo de Popayán.—Marcha para Quito.—Su entrada en esta capital.—Carta á la Municipalidad.—Organiza el Libertador el departamento del Ecuador.

CAPÍTULO XXXVIII.—1822.—Sucinta relación de los hechos posteriores á la independencia de Guayaquil precedentes á la incorporación de esta provincia á Colombia. Entrada del Libertador en Guayaquil.—Su proclama á los guayaquileños.—Toma el mando político y militar de la provincia.

CAPÍTULO XXXIX.—1822.—San Martín en Guayaquil.—Entrevista con el Libertador.—Sucesos consiguientes.—Juicio sobre el protector del Perú.—Paralelo entre Bolívar y San Martín.

CAPÍTULO XL.—Fin de 1822.—Carta del Libertador al marqués del Toro.—Desprendimiento de Bolívar.—Su juicio sobre el imperio de Iturbide.—Guayaquil se adhiere á Colombia.—Insurrección de Pasto.—Sucre derrota á los pastusos y ocupa la capital.—Enérgica expresión del Libertador en favor del sostenimiento de la ley fundamental de Colombia.

CAPÍTULO XLI.—1823.—Medidas tomadas por el Libertador en Pasto.—Marcha á Quito y Guayaquil.—El Gobierno del Perú devuelve la expedición auxiliar.—Bolívar hace grandes arrestos militares.—Breve relación de las ocurrencias del Perú desde 1809 hásta este año.

CAPÍTULO XLII.—1823.—El Libertador envía nuevos auxilios al Perú.—Comisión del Gobierno peruano cerca del Libertador.—Su respuesta.—Prepara una segunda expedición.—Dificultades que tuvo que superar.—Nueva Comisión del Gobierno del Perú instando al Libertador que fuera á mandar el ejército.—El Congreso peruano da gracias á Bolívar y le pide que pase al Perú.—El Libertador nombra al general Sucre ministro plenipotenciario cerca del Gobierno de Lima.—Ideas del Libertador sobre las operaciones de la guerra en el Perú.—Sucesos de Pasto.—Bolívar triunfa en Ibarra de los facciosos.—Vuelve á Guayaquil y recibe otra nueva Comisión del Congreso del Perú.—Su respuesta al Sr. Olmedo.—Llega el permiso del Congreso de Colombia y el Libertador parte para El Callao.

CAPÍTULO XIX

1815 Y 1816.

I.—Bolívar prepara en Jamaica una expedición Libertadora contra Costa-Firme.

Engolfado en los vivos cuidados del apostolado de la Revolución entre los extranjeros, el Libertador no descuidaba lo que era de mayor consecuencia á la libertad; á saber: formar una expedición, y con los emigrados y algunos oficiales que quisieran unirse á la empresa, llegar á las costas del Continente, y recomenzar con ardor la lucha.

En tal proyecto brillaba más el patriotismo que la prudencia.

Era un engaño plausible que se admiraba por lo heroico, pero que á buena luz considerado, era una aventura, por no decir una ilusión.

Así y con todo, necesitaba la expedición de grandes sumas para armar buques y comprar fusiles y municiones; lo más lo halló Bolívar con su propio crédito y con el de sus amigos, auxiliándole eficazmente Luis Brion, rico mercader y armador de Curazao, entusiasta de la libertad y á quien Cartagena había dado el título de *hijo querido de Cartagena*, por eminentes servicios prestados á la causa de la independencia colombiana.

"Fué tanto el influjo que sobre su ánimo consiguió el Libertador—dice un contemporáneo—que desde entonces dedicó Brion todos sus haberes y el resto de su vida

al servicio de la República. Para la expedición que se proyectaba ofreció dar y dió, en efecto, 3.500 fusiles, 132.000 piedras de chispa, sus buques habilitados y otros artículos, todo lo cual valía como cien mil pesos."

El virtuoso Brion hacía el sacrificio menos común de los que suelen hacer los hombres, pues que más fácilmente exponen la vida que las riquezas. Y las suyas eran considerables.

Túvose como un pronóstico de buena suerte la facilidad con que principiaba á aprestarse la expedición; y entre los emigrados de toda clase no se hablaba más que de la vuelta á Costa-Firme, fabricando cada cual sus castillos en el aire. Pedía el propósito completa libertad de acción, á lo menos de parte de los jefes, y en Jamaica no la había.

El Gobierno de la isla, tímido en exceso, prohibió á los ingleses militares retirados del servicio, que aceptasen propuestas de enganche y grados de parte del general Bolívar y de los suyos; y esto puso fuera de duda, que el gobernador, duque de Manchester, eco del Ministerio inglés, no protegería la expedición.

La Santa Alianza, liga de los soberanos de Europa contra la democracia, ejercía en esta época todo su poder é influencia.

Bolívar resolvió, pues, irse á la república de Haití, donde sus tentativas no serían mal vistas ni interpretadas.

II.—Los españoles de Venezuela compran un negro esclavo para que asesine al general Bolívar.

En tal estado de cosas, un crimen estuvo á punto de privar á la América de su Libertador. Los que intentaban estrechar el Continente á recibir humilde dependencia,

veían en Bolívar el hombre más capaz de consumar la revolución; y bien que con desigual reparo, creían, como el presidente del Congreso de la Unión granadina, doctor Camilo Torres, que la *República existía en la persona del Libertador*... Trataron, pues, de deshacerse de él á todo costo, y ocurrieron al asesinato!

Un español y un americano realista pagados muy bien, según es fama, por D. Salvador Moxó, gobernador y capitán general de Caracas, fueron á Kingston: se dieron traza de introducirse en la amistad del oficial Páez, que había sido edecán del Libertador, y lograron ganar al negro Pío, esclavo de éste, para que diese muerte á su amo. Ofreciéronle dinero *(2.000 pesos)*, no la libertad, que de Bolívar mismo tenía recibida. El criado, pérfido, se dispuso á consumar el crimen en la noche, esperando que Bolívar entrara solo, como de costumbre, ó bien que, acostado en la hamaca, se rindiese al sueño (1).

Vivía Bolívar en una misma habitación con otros emigrados; y como se encontrase con poca comodidad, queriendo también dejar en mayor anchura á los que le acompañaban, buscó otro alojamiento. Por fortuna halló dos piezas: una sala pequeña y un dormitorio, en la casa de

(1) José Domingo Díaz, asalariado por los gobernantes españoles para difamar la revolución, y que por su calidad de consejero, palaciego y publicista,—era director de la *Gaceta de Caracas*,—estaba al tanto de los secretos de Estado, ha dejado escapar unas líneas que dan la clave del crimen. Esas líneas van á leerse. Viene hablando de la comprometidísima situación en que se encontraba Bolívar en Barcelona, á principios de 1817, rodeado de tropas españolas numerosas, que lo estrechaban cada vez más, mientras el Libertador sólo contaba con un puño de soldados. Parecía imposible que no cayese, vivo ó muerto, en manos de los españoles. "Era imposible la salida, asegura Díaz, y su suerte y la de toda la América estaba allí decidida." – Antes de pasar adelante hagamos una observación. Los españoles, tanto en Europa como en América, vinculaban en Bolívar la causa de la independencia. Las palabras trascritas de Díaz traducen la misma idea que aquellas otras, escritas más tarde por el general Morillo al Gobierno de Madrid: "Él es la revolución."—Los americanos de más talento también vinculaban en Bolívar la idea de la patria; recuérdense las ex-

una francesa criolla llamada Mme. Julienne, y los tomó para sí.

Al salir, ofreciendo volver al día siguiente y pasar sus libros y equipaje, cayó una lluvia repentina é impetuosa, torrentes de agua, de esos que se precipitan en los trópicos, y la casera propuso al Libertador que entrase desde luego en posesión de su nueva casa. Esperó un poco Bolívar; mas la lluvia continuaba, y resolvió quedarse.

Le acompañaba Pedro Briceño Méndez.

Esta feliz casualidad salvó de la muerte al Libertador.

Bolívar había dormido por dos noches en el cuarto de Páez, posada de Rafael Poisa, en la esquina de la calle de la Princesa (Kingston). Para la tercera, ya había encontrado las piezas de Mme. Julienne, y no volvió. Ocupó su hamaca el emigrado Félix Amestoy, comisario de la Guardia de Honor del general Bolívar; y como Pío no supiese si su amo había entrado ó no, á eso de las diez y media de la noche del sábado 9 de Diciembre fué á tientas á descubrir si aquél había llegado...

El peso de la hamaca le hizo sospechar que sí.

Dormía tranquilo en ella el obre Amestoy, cuando el negro le tiró una puñalada y le hirió horriblemente por el

---

presiones del estadista granadino Camilo Torres, presidente del Congreso, cuando Bolívar fué á rendir cuenta de su conducta en Venezuela y de las derrotas de 1814: "Sois un general desgraciado, pero sois un grande hombre. Vuestra patria no ha muerto mientras exista vuestra espada."

Pues bien, teniendo los realistas europeos y americanos, lo mismo que tenían los patriotas, la idea de que Bolívar, según la expresión del general Morillo, "era la revolución", ¿qué mucho que tratasen de acabar con Bolívar para acabar con la revolución? Ya hemos oído á J. D. Díaz lamentando el que "su suerte y la de toda América", no se hubiera decidido en Barcelona. Conozcamos ahora—y meditemos—estas palabras imprudentes y reveladoras, con que lamenta que el esclavo Pío no asesinara al Libertador en la noche jamaiquina: "Aquí *(en Barcelona)* COMO EN JAMAICA la ciega fortuna lo sacó de en medio de NUESTRAS BAYONETAS."

(Véase *Memorias sobre la rebelión de Caracas*, pág. 209, ed. de 1829. Madrid).—*(Nota de R. B.-F.)*

pescuezo. Amestoy tuvo ánimo para reincorporarse y gritar: "Páez, Páez, que el negro me asesina." En este instante, Pío descargó otra vez su brazo y le enterró el puñal por el corazón.

Amestoy expiró en el acto.

Al grito horrendo que lanzó la víctima ocurrieron las otras personas que en la casa había, y ayudados de la Policía, aprehendieron al infame Pío. Su puñal estaba aún manchado de sangre.

El negro confesó que era el autor del crimen, diciendo que había sido inducido á perpetrarlo, no obstante que no expresó de una manera formal quién era el seductor.

Pío fué condenado á muerte y ejecutado el 23 de Diciembre, en la plaza pública de Kingston, y su cabeza, puesta en un palo, se colocó en el Spring Path (1).

Al otro día de la muerte de Amestoy, los emigrados escribieron unos apuntes relativos al suceso, apuntes que se publicaron en todos los periódicos de la ciudad.

El artículo dice así:

"Dos mil pesos se han ofrecido por algunos españoles al negro Pío para asesinar á su amo, el general Simón Bolívar. Pudo más en el criado la tentación del oro que el deber de la fidelidad. El preso no ha revelado hasta ahora los nombres de los que le corrompieron. El general Bolívar había dejado su alojamiento por unos días y colocado entre tanto sus baúles y equipaje en el cuarto del teniente coronel Páez, que había sido su edecán.

„El general durmió una ó dos noches en la hamaca de Páez, y el asesino esperaba que durmiese la tercera. Apagadas las velas, el negro que debía cumplir la maldad á que le habían inducido, vino á la hamaca, y hallándola ocupada, dió una puñalada á la persona que allí estaba, creyendo que era su víctima. Cuando el infeliz se movió, el negro le dió una segunda herida mortal en el costado, que causó instantáneamente la muerte.

(1). Extrac from Royal Gazette and Jamaica Courant.

„Es esta la tercera vez que la vida del general Bolívar ha sido atacada por los españoles más bajos y criminales; y en todas ocasiones ha escapado milagrosamente“ *(he has had a hair breadth escape).*

„El desgraciado Amestoy, comisario, era un hombre de excelente educación y de las maneras más cultas é inofensivas. Al día siguiente de su muerte debía salir para Santo Domingo.“

III.—El Libertador parte para Cartagena, cercada por la escuadra española, en auxilio de los mismos que lo habían infamado y perseguido.

Permaneció Bolívar en Kingston unos días más. Estimulado del ardiente deseo de servir á la libertad de su Patria, y cediendo á los avisos y llamados de sus amigos de Cartagena, que le decían que su presencia en aquella plaza reanimaría á sus valientes defensores, determinó volver allí. ¡Tan grande era el anhelo que tenía de pelear contra los opresores de la América! Cuando algunos le traían á la memoria las ruindades de Castillo, la animosidad de Montilla, los engaños y cautelas de Gual, para hacerle desistir de aquel propósito, afectaba olvido y decía con ejemplar resolución: que *él no volvía á mandar sino á combatir, y que le era intolerable el ocio cuando sus hermanos morían por la independencia y la gloria de Colombia* (1).

(1) Se habrá notado que Bolívar hablaba á menudo de Colombia, atribuyendo el nombre las más de las veces al territorio de Venezuela y el antiguo virreinato de Nueva Granada; y otras veces á la América toda. Obraba así por instinto de reformador, en anhelo de justicia, para reivindicar el nombre olvidado de Colón y también porque le chocaba emplear las demarcaciones geográficas y políticas de los dominadores europeos. Hasta en los detalles más insignificantes se conoce, por

Supo en esto que Luis Brion, armador y capitán de la corbeta *Dardo*, de 28 cañones, se preparaba en los Cayos de San Luis para llevar víveres y municiones á Cartagena, y alentado con tan fausta circunstancia, no aguardó á que nadie le siguiese, yendo á unirse en el momento á Brion.

Bolívar se embarcó en la goleta de guerra *Popa*.

En la travesía de Kingston á los Cayos, un corsario colombiano, el *Republicano*, capitán Joanny, le dió la nueva que Morillo había ocupado á Cartagena y que las principales familias de los independientes se habían embarcado con dirección á los Cayos, en un pequeño convoy que mandaba Luis Aury.

Sintió el Libertador con extremo este azar, porque le privaba de volver á aquella parte de Costa-Firme á combatir con mejor fortuna; pero no le desalentó el aviso, que todo era poco para entibiar el propósito de aquella alma ardiente y levantada. Continuó su rumbo hacia los Cayos, donde llegó unos días antes que la escuadra conductora de las tristes reliquias de Cartagena.—De los Cayos se fué á la capital de Haití, Puerto Príncipe, donde le recibió cordialmente el generoso presidente Alejandro Petion, para quien llevaba una carta de introducción dada por el Sr. Roberto Southerland, rico comerciante de los Cayos y uno de los hombres que con más largueza protegió al Libertador en su desgracia.

Southerland era originario de Inglaterra, y, como tal, amante de la libertad de los pueblos. Nada escaseó al Libertador de cuanto podía necesitar en Haiti; interesó á Petion en favor de la independencia de Venezuela, y él

---

los que pueden apreciarlo, un espíritu verdaderamente libre. Pero no existía tal Colombia. Será Bolívar, que la llevaba en la mente, quien más tarde convertirá esa fantasía de su patriotismo, en realidad concreta. Colombia existirá desde 1819, después de la toma de Angostura, á raíz del paso de los Andes, de las victorias de Vargas y Boyacá y en consecuencia de la liberación de Guayana y del virreinato de Nueva Granada.—*(R. B.-F.)*

de su parte auxilió con armas, dinero, municiones y buques.

Fué tal la parte que tomó Southerland en la expedición que proyectaba Bolívar, que convenido Petion en auxiliarla generosamente, se resolvió: que para no comprometer á Haití con la España, dueña entonces de una gran parte de Santo Domingo, el Libertador giraría sus letras contra Southerland, á quien se abonarían, sin que en la Tesorería de la República hubiera constancia de haberse franqueado á Bolívar tales auxilios.—Fué así como pudo completarse el apresto de aquella expedición.

IV.—Rivalidad entre los jefes patriotas.

La escuadra de Aury, de que había hablado el capitán del corsario *Republicano,* echó ancla en los Cayos de San Luis, el 6 de Enero de 1816.—Aquella emigración, que huía del furor de la guerra, y que en el mar había sufrido todo género de males, peligros y miserias, halló una hospitalidad generosa en Petion, hombre de corazón benigno, ilustrado y lleno de virtudes.—Bolívar le habló, y Petion escribió al punto al comandante del distrito de los Cayos, general Marion: "Os recomiendo esforzadamente, mi querido general, que hagáis dar por la Administración de los Cayos, á los infelices refugiados de Cartagena y sus dependencias, una ración diaria de *pan* y *carne salada.* Este es un acto de humanidad digno del Gobierno de la República."

La llegada de los patriotas de Cartagena encendió á Bolívar el deseo de llevar adelante su expedición.

Contaba ya con mayor número de partidarios.

Graves fueron, sin embargo, las dificultades que tuvo que superar; y mayores habrían sido si Petion, que tomó la empresa bajo sus auspicios, no hubiese escrito dos ve-

ces al general Marion, para que dejase obrar con libertad á Bolívar en su arrojado designio, facilitándole al mismo tiempo fusiles, pólvora, plomo y hasta marineros para la escuadra.

Como estas dos comunicaciones tienen importancia en nuestra historia, deben ser publicadas íntegras.

RÉPUBLIQUE D'HAITI

Liberté.—Egalité.

Port-au-Prince, le 26 Janvier 1816.

13 de l'Indépendance.

A. Petion, President d'Haïti, au Général Marion, Commandant l'arrondissement des Cayes.

Des raisons que je ne dois pas confier au papier, mon cher Général, mais qui tendent grandement à consolider la République, me commandent de vous inviter, par la présente, à mettre à la disposition du Général Bolívar deux mille fusils et leur baïonettes, de ceux déposés à l'arsenal des Cayes par M. Brion. Vous mettrez aussi à sa disposition le plus de cartouches et de pierres à fusil que vous pourrez, en ne gardant, surtout des cartouches, qu'une petite quantité. Vous ferez sortir ces objets comme envoi fait à la Grand'Anse, en les chargeant à bord d'un bâtiment dont le capitaine que vous placerez à bord, et l'équipage, seront dignes de cette confiance; et ce bâtiment une fois dehors et d'une manière à ne point être aperçu, allongera celui que le Général Bolívar destinera pour recevoir ces objets et les transmettre à son bord.

Il est à propos que cela ne transpire pas, et je me repose sur les précautions que vous prendrez à cet égard.

Je vous salue d'amitié.—(*Signé*) PETION.

RÉPUBLIQUE D'HAITI

Liberté.—Egalité.

Port-au-Prince, le 7 Mars 1816,
13 de l'Indépendance.

Alex. Petion, Président, au Général Marion, Commandant aux Cayes.

Si à l'arsenal des Cayes il n'existe point de cartouches faites. à fin d'en délivrer au Général Bolivar, conformément à ce que je vous ai écrit, je vous invite, Général, à lui faire donner une quantité de 10 milliers de poudre, mais à prendre telle précaution que cet objet paraisse être destiné pour Jérémie. Vous lui ferez délivrer aussi 15 milliers de plomb.

Je vous invite aussi á arrêter et tenir à la disposition du Gouvernement, pour être livrés à la frégate et à la corvette de l'Etat qui se rendent aux Cayes, expressément, une quantité de marins haïtiens; mais faites en sorte que cela ne dérange point l'expédition du Général Bolívar.

Je vous salue d'amitié.—(*Signé*) PETION.

La clase de oficiales emigrados que debía enrolarse en la expedición, fué, desde luego, el primero de los más duros inconvenientes que tuvo el Libertador que allanar. Había, entre aquéllos, declarados enemigos de Bolívar, que rehusaban someterse á su autoridad y aun pretendían obtener el mando de la expedición. De éstos era el teniente coronel Mariano Montilla, entusiasta por la Patria y por la independencia, valiente, joven de ilustración y de riqueza, empeñado en la lucha desde la aurora del 19 de Abril; pero rival secreto de Bolívar, y su enemigo descubierto desde la desgraciada jornada de La Puerta.

Montilla se hallaba en Cartagena, como se ha visto atrás, auxiliando á Castillo; y cuando el general Morillo estableció el asedio, acreditó en numerosos combates "no sólo valor y serenidad, sino la posesión de aquellos recursos que en la extremidad de los males, que se multiplican en una plaza sitiada, dan la inteligencia en el arte de la guerra y el conocimiento del corazón humano".

Evacuada la plaza de Cartagena, Montilla arribó con Bermúdez y otros jefes, embarcados en las goletas *Constitución* y *Sultana*, á Sabana-de-la-Mar, en Jamaica, de donde se trasladaron á Kingston y de allí á los Cayos. Los talentos y servicios de Montilla le daban ciertamente títulos á la más distinguida estimación; pero su vanidad exaltó su alma á una inmoderada pretensión y suscitó desagrados y aun envió un cartel de desafío á Bolívar, por medio de M. Carlos Laveaux (8 de Marzo de 1816), ofendiendo los respetos del virtuoso Brion, en cuya casa vivía y el cual se había anticipado á reprobar los excesos de Montilla.

Otro de los jefes disidentes fué Bermúdez, quien con su carácter altivo y brusco hizo ruidosas sus desavenencias con Bolívar. Apoyaba sus pretensiones el comandante Aury y secretamente el coronel Ducoudray-Holstein, que le alentaba y fortificaba para que se hiciese jefe de la expedición. Habláronle Zea, Mariño, Piar, y un extranjero á quien debía Bermúdez mucha amistad y gratitud, M. Joseph Downie; no omitieron diligencia alguna para conciliarle con los intereses de la expedición y con la autoridad de Bolívar; pero Bermúdez, perturbado con las falaces apariencias del mando, y engañado por Ducoudray, avivaba más y más los ardores de su ambición, llegando su desenfreno hasta calumniar al Libertador y acusarle de *cobarde* y de *incapaz...!*

V.—Una expedición en la cual nada hay de grande sino la audacia y el patriotismo.

A pesar de tanta intriga y dificultades tantas, los aprestos marchaban; y cuando ya todo estuvo dispuesto, Bolívar reunió á los principales emigrados con el fin de que se sometiesen á un plan de operaciones y eligiesen jefe de confianza para dirigir la expedición.

Túvose la reunión en la casa de la señora Juana Bruvil, situada en el cuartel llamado "La Savanne".

Esta casa era la más aparente por su espaciosidad y situación.

Mariño, Brion, Piar, el escocés Mac-Gregor, Bermúdez, Celedonio, Gabriel y Germán Piñerez, Pedro Briceño Méndez, Zea, Ibarra, Justo Briceño, Soublette, Aury, y Ducoudray, fueron las personas más notables de la reunión, y con ellas el doctor Marimon, comisionado del Gobierno de Cartagena, y el coronel José María Durán, comisionado que había sido por el Gobierno de la Unión para comprar armamento en Londres.

El Libertador abrió los trabajos de la Junta con palabras rebosantes de patriotismo y de moderación. No disimuló los riesgos de la empresa, pero fundó sus esperanzas en los destinos de la América y en que los pueblos de Venezuela debían haber aprendido mucho en la desgracia y en los tormentos de la opresión. Concluyó proponiendo que la Junta nombrase libremente la persona que debiera conducir la expedición, estando, como estaba, todo listo para marchar.

Brion habló en seguida y representó la necesidad de que tal nombramiento recayese en la persona del general Bolívar. "En Venezuela—dijo—se elegirá un jefe supremo, á cuya elección concurrirán los demás patriotas que allí existen; pero aquí, nosotros debemos nombrar al general Simón Bolívar jefe de la expedición."

Sostuvieron este dictamen con plausibles y eficaces argumentos Marimon, Durán y Zea: los tres, granadinos.

Opusiéronse Aury, y Bermúdez, diciendo que ellos creían que la dirección de aquella empresa, tan ardua como era, debía confiarse á una Junta de tres ó de cinco miembros.

La totalidad de la Junta, empezando por Mariño, aprobó la propuesta de Brion.

Aury se ausentó.

Bermúdez y Montilla quedaron nominalmente excluí-

dos, por su conocida y censurable enemistad con el Libertador.

Mariño fué nombrado mayor general del ejército; Brion, almirante de la República, y Zea, intendente.

Ducoudray-Holstein alcanzó el título de sub-jefe de Estado Mayor: destino de que se apartó á poco, y fué ventajosamente reemplazado por el teniente coronel Carlos Soublette (1).

Componíase la expedición de seis goletas y una balandra, mandadas por Brion. Se embarcaron á su bordo 150 oficiales, con algunos pocos soldados y otras personas capaces de desempeñar cargos civiles.

El número total no alcanzaba 250 hombres.

---

(1) Carlos Soublette (hoy general en jefe de la república de Venezuela) es uno de los hombres de más mérito y de constantes y muy distinguidos servicios en la época monumental de nuestra independencia. Nació en Caracas, de familia respetable, á fines del siglo pasado.

Soublette, de índole suave, de ingenio perspicaz y de una educación esmerada, no podía menos que amar su patria y desear con ahinco verla libre y señora de sí misma. Por consiguiente, su nombre sonó desde los primeros momentos de nuestra transformación política. En 1810 fué porta-estandarte del escuadrón de Caballería de Caracas. En 1811 era secretario de Miranda, y en 1812 su primer ayudante.

Un año después, cuando apareció Bolívar lavando en un mar de gloria la mancha de la capitulación con Monteverde, Soublette se unió al Libertador. De todas ó casi todas las fatigas de aquellos años crudísimos que subsiguieron, probó gran parte nuestro joven, habiéndose encontrado en Vigirima; al lado de Ribas en La Victoria; en Ocumare y en la famosa acción de armas de Carabobo.

Después del desastre irreparable de La Puerta fué á Barcelona como mayor general de la división Palacios; y cuando la fortuna, ciega, coronó á Morales en Aragua, pasó á Cumaná y se embarcó para Margarita, en donde permaneció hasta la entrada de Morillo. Vino entonces á Cartagena, y allí le tocó defender con bizarría el castillo de la Popa, hasta que, resuelto el abandono de la plaza, marchó para las Antillas en busca del Libertador. Soublette fué uno de los de la inmortal expedición de los Cayos, como se ha visto, y obtuvo por servicios señalados los grados militares uno por uno, siendo ellos el recuerdo vivo de sus elevadas virtudes patrióticas y guerreras. Los hombres prominentes de Colombia (que tuvo tantos) apreciaron á

El parque y las municiones eran bastantes para armar 6.000 hombres, llevando elementos de reserva.

"Tales eran los recursos que Bolívar traía para medirse nuevamente con los españoles en el momento que éstos, dueños ya de Venezuela, conquistaban á poca costa el nuevo reino de Granada, y cuando conservaban aún intacto, en una y otra tierra, el más brillante y numeroso ejército que hubiese visto la América. En la vieja Europa, donde la cultura y la riqueza han multiplicado los medios de acción y de movimiento, no podrán nunca concebirse las dificultades que se oponían á estos proyectos extraordinarios de Bolívar, hijos, al parecer, de la presunción ó locura.

"Distancias inmensas, sin puentes por lo común y sin

Soublette; más que todos el Libertador, que reconocía su despejada comprensión, su natural cultura, su agudeza y el atractivo de sus modales caballerosos, conjunto singular, que lo hizo apto para los más difíciles y delicados puestos de la Administración.

Ducoudray-Holstein, que fué enemigo personal de Soublette, y algún otro que veía con tedio los relevantes méritos de éste, escribieron contra él y pusieron en boca de Bolívar palabras que, si no lastimaban su amor propio, manifestaban al menos desestimación y despego.

Todo es envidia é impostura. El Libertador amaba á Soublette con tierna afección, habiéndole visto desde su temprana edad consagrado al servicio de la patria, siempre fiel, siempre constante. Escribíale á menudo, y su correspondencia revela aquella afección que Bolívar no ponía sino en el talento, y aquel cariño, desahogo del alma, de que sólo son merecedores los hombres discretos y substanciales. Fué notable aquel dicho del Libertador (como eran notables y muy felices sus prontitudes), preguntando por Soublette, entre otras personas de quienes se informaba con interés. El Libertador estaba en el Perú.

Su interlocutor habló en los mejores términos del marqués del Toro, del general Escalona... y llegando á Soublette, hizo encarecido honor á su capacidad, á su consagración, á sus maneras finas y galantes, etcétera.

Satisfecho Bolívar, dijo:— *Soublette servirá bien todos los destinos de la República: tiene capacidad, discreción y finura. Es cortés con todos y no mancilla á ninguno; porque él sabe que la cortesía se queda en quien la usa, y la honra en quien la hace.*

caminos; desiertos intransitables; escasa población, ignorante, parte de ella enemiga; compañeros ambiciosos, á quienes la desgracia llevaba á su lado como amigos, y que se declaraban enemigos á la primera luz de triunfo ó de esperanza; contrarios pujantes, implacables, activos: para éstos los recursos de dentro y fuera; para él la estrechez.

"Regístrense los anales de las revoluciones: véanse las de Suiza, Holanda, Estados Unidos y Francia; todo, en ella, favorecía la causa nueva contra la antigua. Medítese luego con detención la empresa de Bolívar, y habrá de confesarse que jamás suma igual de embarazos se había opuesto á ningún proyecto humano; que jamás caudillo popular tuvo menos medios de defensa y de resguardo, y, finalmente, que nunca la constancia fué aprobada en sucesión más larga de victoria y de reveses" (1).

Sin contar la parte moral, que favorecía á los realistas, recuérdese que más de ciento para uno era la proporción que había entre las fuerzas españolas y las que Bolívar traía, sin salir en el cálculo de los términos de Nueva Granada y Venezuela. Los puestos estratégicos y las poblaciones populosas estaban ocupadas por jefes resueltos y buenas tropas; por tropas, como decía Morillo con orgullo, vencedoras de Soult, de Massena, de Dupont y de Victor, mariscales famosos del Imperio! (2).

¡Los recursos del país los había agotado la revolución y acabaron de secarlos las contribuciones y los secuestros! Sin soldados, sin territorio, sin recursos, para una guerra de gigantes! No: la historia del mundo no conoce otro ejemplo más grande de valor y de constancia; ningún modelo superior de patriotismo y de generosos esfuerzos. Bolívar, seguido de un puñado de valientes que dejando la seguridad atrás penetran en el corazón de esta tierra con menos hombres que centenares la dominaban y ocupaban por todas partes; Bolívar, viniendo á redimir una tierra con menos hombres que centenares la dominaban, á

(1) BARALT: *Historia de Venezuela;* vol. I, pág. 266.

(2) Proclama de 1.° de Abril de 1815, desde Ocaña.

destruir con 250 patriotas á más de veinticinco mil soldados, entre europeos y ciegos americanos realistas, y llevando el iris de Colombia desde el caudaloso Orinoco hasta las provincias argentinas y exclamando desde el templo del Sol: *La causa de los derechos del hombre ha ganado con nuestras armas su terrible contienda contra los opresores; la América está libre; el mundo de Colón ha dejado de ser español*, es el cuadro más magnificente, el más bello, el más grandioso de que hay memoria en los siglos que han pasado.

CAPÍTULO XX

1816

I.—La expedición de los Cayos se dirige á la isla Margarita, insurreccionada por Arismendi.

El 20 de Marzo, á las diez de la mañana, zarpó la escuadra del pequeño puerto de Acquin, doce leguas E.N.E. de los Cayos de San Luis (1).

Iba el Libertador con su Estado Mayor y el almirante Brion en la goleta *Bolívar:* mandábala el capitán de fragata Renato Beluche. En la *Mariño* iban Mariño, Mac Gregor, Piar y otros oficiales: la mandaba el comandante Tomás Dubouille. Las otras goletas: *Constitución, Piar, Brion, Feliz* y *Conejo*, las mandaban los tenientes de navío Juan Morué, J. Pinell, Antonio Rosales, Lominé y Bernardo Ferrero. En ellas iba el resto de la expedición.

Bolívar mandó hacer rumbo á Margarita.

El motivo que hubo para esta dirección es el siguiente:

Cuando Morillo llegó con su expedición (1815) al frente de la isla de Margarita, así llamada por sus criaderos de perla, Arismendi, que la mandaba, se entregó como hemos visto, y Morillo puso de gobernador al teniente

(1) Restrepo escribe *Aguin;* Montenegro, *Aquin.* Yo conservo la escritura de los documentos más autorizados de aquel lugar.

coronel D. Antonio Herráiz. Muy luego fué sustituído este hombre tolerante y lleno de probidad por otro áspero, duro, y sanguinario, D. Joaquín Urreiztieta, que sirvió bien á los intereses de la opresión, y sin quererlo sirvió mejor á los de la libertad. Urreiztieta, desde que tomó posesión del mando de la isla, se propuso empobrecer aquellas familias ya empobrecidas, maltratarlas, afligirlas.

En Noviembre (1815) dió Arismendi la señal de insurrección; proclamó de nuevo el Gobierno independiente, y ocupó á Juan Griego y la villa del Norte, bien que sin armas y sólo asistidos él y sus valerosos compañeros de lanzas, azadones, cuchillos y... garrotes. Activo, infatigable, era Arismendi hombre de rara intrepidez y señalado esfuerzo; patriota, y por la libertad, capaz de llevar á cumplido remate proezas admirables. Su arrojo encendió la ira en el pecho del teniente coronel D. Joaquín María Urreiztieta, gobernador de la isla, quien, azuzado por Moxó, pensó destruirla (1). Mas las sorpresas y hostigamientos de Arismendi no le dieron tregua. Aquella isla que tan poco aprecio inspiraba á los realistas; aquellos sitios despoblados en que nada bueno creyeron hallar los jefes expedicionarios, fueron, sin embargo, el teatro de

(1) Una de las órdenes que dió Urreiztieta al capitán D. Juan Garrigó, el 17 de Noviembre de 1815, dice así: *No dará usted cuartel á ninguna persona, y permitirá el saqueo á las tropas luego que lleguen* (á la villa del Norte). *Dará usted fuego al pueblo de San Juan, y se retirará cuando todo esté TRANQUILO!!... La Villa del Norte será también quemada, cuando vuelva usted de San Juan.*

Y á este Urreiztieta (que, como vemos, no necesitaba de mucho) le decía D. Salvador Moxó, á la sazón capitán general de Venezuela: *Prevengo á usted que deseche toda humana consideración. Todos los insurgentes, ó los que los sigan con armas ó sin ellas, los que hayan auxiliado ó auxilien á los mismos, y todos los que hayan tenido parte en la crisis en que se encuentra esa isla, serán fusilados irremisiblemente sin formarles proceso ni sumaria, sino con breve consejo verbal de tres oficiales. Reencargo á usted mucha actividad, y que siendo inexorable me dé parte de la entera pacificación de ese albergue de pícaros que tanto han abusado de nuestra bondad y clemencia!...*

grandes hechos, el sepulcro donde quedó humillado el orgullo de Morillo. Los secuestros, las vejaciones de los expedicionarios; la perfidia de Urreiztieta; los desprecios y los malos tratos de los realistas levantaron los margariteños, y Arismendi les inspiró la resolución heroica de destruir á sus enemigos muriendo por la libertad.

Así, el odio de los españoles recayó sobre este caudillo, á quien miraban como el promovedor y alma de la insurrección margariteña, y trataron de destruirle por cuantos medios les sugería su desesperación, queriendo el brigadier Pardo matar á la señora Luisa Cáceres, esposa de Arismendi, para que pagara, siendo inculpable, el supuesto crimen de su arrojado esposo (1).

Cuando supo Moxó la *insolencia del rebelde* (así llamaba en sus oficios á Arismendi), envió tropas en auxilio de Urreiztieta y órdenes las más estrictas para acabar con todo lo que tuviera visos de independencia; pero las tropas salieron maltrechas en el primer encuentro que tuvieron.

Corresponden á esta época los hechos famosos de Arismendi, y, sin duda, que ellos obligan á la Historia á conceder á este caudillo denodado no sólo actividad y perseverante ánimo, sino dón de organización y pericia militar. Amante esposo de una hermosa joven, llena igualmente de virtudes, de heroísmo; su prisión, sus crueles

(1) En 29 de Enero de 1816 ofició Pardo á Moxó, diciéndole que *la esposa de Arismendi había dado á luz, en la prisión á que estaba reducida, un nuevo monstruo... y convendría decapitarla.* Insultada vilmente, y privada de toda comodidad en una estrecha prisión, la consorte de Arismendi vió morir su infeliz recién nacido, que Pardo llamaba *monstruo.* Mas después fué arrancada de su país y trasladada á Cádiz bajo partida de registro, como un criminal. El brigadier Pardo preguntaba en el mismo oficio *si debería privar de la vida á todas las mujeres y niños de la isla de Margarita que eran patriotas y que servían á sus maridos, hermanos y padres insurgentes!...* El alma fiera de Moxó retrocedió espantada ante la horrible propuesta de Pardo. Este, sin embargo, hizo cuanto pudo por ponerla en práctica... ¡Gran desventura la de aquellos tiempos, en que no se libraban del puñal asesino ni el sexo débil ni la infancia!

sufrimientos y las espantables amenazas no fueron parte para quebrantar su patriotismo. Arismendi renovó el ejemplo admirable de Tarifa; pero el de nuestra isla, bien llamada Nueva Esparta, tuvo el heroísmo adicional de la joven caraqueña, cuya abnegación y martirios por la patria forman uno de los más interesantes episodios de la historia de Colombia y acaso de la América.

La tenaz resistencia de Arismendi llenó de asombro á los enemigos y de admiración á los patriotas; y si bien no pudo posesionarse absolutamente de la isla, su alzamiento dió una base á las operaciones de la guerra, y en consecuencia fué un suceso de vastísima importancia que el Libertador aprovechó con destreza.

He aquí la razón por qué la expedición de los Cayos se dirigió á Margarita.

II.—La escuadrilla de Bolívar derrota las fuerzas navales españolas que tropieza en el mar de las Antillas, y la expedición toca tierra en Margarita, donde se constituye el gobierno revolucionario. El jefe del gobierno español pone á la talla, siendo una política de Edad Media, las cabezas de los caudillos independientes.

Poco avanzaba la escuadrilla, navegando primero con viento contrario, y sufriendo luego calmas molestas. Cerca de la isla danesa de Santa Cruz apresó un buque mercante español, y hasta el primer día de Mayo no pudo recalar á los Testigos. Al siguiente encontró dos buques de guerra españoles que, con otros, bloqueaban los puertos de Margarita: eran el bergantín *Intrépido* y la goleta *Rita*. Éstos fueron atacados y tomados al abordaje después de una resistencia vigorosa. Los demás buques, la

Morillo y *Ferroleña*, huyeron á Cumaná sin atreverse á esperar la escuadrilla de Bolívar.

En medio de las luchas incesantes de Arismendi, cuyos hostigamientos tenían en continua alarma y consiguiente pérdida á los españoles, y cuando éstos más ensañados se mostraban en sus tragedias, he aquí que se presenta el Libertador con su escuadrilla en el puerto de Juan Griego. (3 de Mayo.) Sorprendidos los enemigos, abandonaron La Asunción y el castillo de Santa Rosa en manos de Arismendi, y pudo dar éste los auxilios necesarios para desembarcar los elementos de guerra y la fuerza que la expedición traía.

El 7 reunió Bolívar en la iglesia de la Villa del Norte una grande Asamblea compuesta de todos los individuos de la expedición y de cuantos en la isla podían tomar conocimiento de los negocios públicos. Allí había muchos emigrados del Continente, y todos fueron llamados expresamente para deliberar. Quería el Libertador (y así lo expresó en un breve discurso) que, al abrirse el tercer período de la República, se organizase un Gobierno central capaz de llevar adelante los grandes fines de la independencia. "Es preciso—añadió—confiar el mando supremo al que merezca más la confianza de la Asamblea. Lejos de pretender que la elección resulte en mí, la temo, no sólo por la gravedad del encargo, sino porque ella puede excitar celos que serían funestos á la causa de la libertad de la patria. Yo sirvo tan gustoso mandando como obedeciendo."

La discusión fué breve, porque todos fijaron sus ojos en Bolívar, que fué proclamado *jefe supremo de la República*, por unanimidad, habiendo Mariño obtenido el nombramiento de segundo jefe.

Al día siguiente publicó el Libertador una proclama anunciando el tercer período de la República.—Dijo cómo se había formado la expedición y cuál era el designio que traían los extranjeros alistados en ella. Autorizó á los pueblos para nombrar sus diputados al Congreso, que

tendrían las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República; y á los españoles que habitaban á Venezuela les proclamó *la cesación de la guerra á muerte si ellos dejaban de hacerla*, ofreciendo á los venezolanos seguridad completa, "porque vosotros sois siempre inocentes para vuestros hermanos", terminaba.

La respuesta que dió D. Salvador Moxó, capitán general de Venezuela, cuando vió la proclama del Libertador, fué publicar un bando (23 de Mayo) ofreciendo 10.000 pesos *por la cabeza del rebelde Simón Bolívar*, pagables por la Real Hacienda! (1).

La escuadrilla bloqueó á Pampatar; mas conociendo Bolívar que en esta operación perdería un tiempo precioso, y que Margarita no era país de recursos, debiendo sólo servir de apoyo á las operaciones sobre el Continente, determinó marchar sobre Carúpano, dejando provistos á los defensores de la isla de armas y municiones suficientes.

---

(1) El bando del jefe del gobierno español en Venezuela dice textualmente así:

"Á fin de poner término á las maquinaciones con que por todas partes intentan turbar la tranquilidad de las provincias de Venezuela los rebeldes Simon Bolívar, José Francisco Bermúdez, Santiago Mariño, Manuel Piar y Antonio Brion, después de haber agotado los recursos que ofrece la compasión y benignidad para traer al verdadero reconocimiento de sus errores á todas las personas que siguen las detestables máximas de rebelión de que están empapados aquellos sanguinarios, que abandonados á la desesperación intentan por todos medios acaudillar gentes para sostenerse en su iniquidad; he tenido á bien decretar que, qualquiera persona que aprehenda viva ó muerta la de aquellos traidores, y otros de su especie como Juan Bautista Arismendi, en Margarita, será remunerada con la cantidad de 10,000 pesos en que se tasa la cabeza de cada uno de ellos, cuya cantidad se abonará por la Real Hacienda. Y para que llegue á noticia de todos, imprímase y circúlese. —Caracas á 25 de Mayo de 1816.—SALVADOR Moxó."

III.—Bolívar lleva la guerra al occidente de Venezuela.

La expedición arribó á Carúpano, en la costa oriental de Cumaná, el 1.° de Junio, y la guarnición, después de una obstinada resistencia, se retiró á Casanai y otros puntos inmediatos. La artillería y dos buques que había en el puerto armados en guerra, el bergantín *Bello Indio* y una goleta, con otros efectos, cayeron en poder de los patriotas.

Bolívar expidió un decreto llamando al servicio militar á los esclavos, ofreciéndoles la libertad, con indemnización á sus dueños. Envió á Mariño con la goleta *Diana*, cuatro flecheras y armamento, á que ocupase la costa de Güiria, donde era conocido, mientras que Piar marchaba sobre Maturín, debiendo entrar por Caño Colorado. Él permaneció en Carúpano, obrando con la mayor actividad para poner sobre las armas á cuantos hallaba en posibilidad de sostenerlas. Estableció una escuela militar para la instrucción de los oficiales en la teoría y práctica de la guerra, y nombró instructor al teniente coronel Schmidt, hábil oficial, que había servido en España contra los franceses en las guerras de Napoleón.

En aquellos mismos días (28 de Junio) se reunió en Carúpano una asamblea popular, que presidió el licenciado Diego Bautista Urbaneja. En ella se reconoció á Bolívar como Jefe supremo, y se pidió que el Gobierno de la República fuese *uno y central*. Tres días antes le habían reconocido también Monagas, Rojas, Cedeño y otros jefes de partida que obraban en el interior.

Mariño y Piar lograron buen éxito en sus expediciones, y aunque el primero envió al Libertador algunos refuerzos, la imparcialidad obliga á decir que ambos olvidaron

sus deberes, fomentando Piar las pretensiones no encubiertas de Mariño y disfrazando éste sus designios con la disculpa de los excesos é inobediencia de aquél.

En tanto D. Tomás Cires, gobernador civil y militar de Cumaná, que había tenido oportuno aviso del desembarco y providencias de los patriotas, se puso en marcha con tropas de *Barbastro* para destruirlos. Cayó sobre la avanzada, que la mandaba el teniente coronel Francisco de Paula Alcántara, y la sorprendió tan completamente, que este oficial se retiró casi solo hacia Carúpano. Al propio tiempo el comandante realista D. Rafael López, venezolano, derrotaba en Punche las fuerzas que habían reunido Zaraza, Rojas y Monagas para auxiliar á Bolívar. Con esto el Libertador se vió en situación muy crítica y concibió el plan de abandonar las playas de Oriente y venir al Occidente, penetrar con rapidez en los valles de Aragua, armar á los patriotas y organizar un ejército que diera la libertad por aquella parte á Venezuela.

En efecto: en los días 29 y 30 de Junio se hizo el reembarque, y el 1.° de Julio zarpó la expedición, dirigiendo su rumbo al Occidente, pasando al Norte de Margarita.

Quedáronse algunos en Carúpano, la mayor parte extranjeros, entre ellos un francés, llamado Brisel, y el insoportable Ducoudray-Holstein, que se había hecho enemigo de Soublette, de Pedro León Torres, del teniente coronel Anzoátegui, del mayor Fernando Galindo, que tuvo gran parte en las exaltaciones de Bermúdez y que halló, por fin, el medio de que el Libertador lo despidiese del servicio, por desleal (1).

En contraste, Mac Gregor, el noble celta, nacido en

(1) Cuando el Libertador tuvo pruebas *de la infidelidad de Ducoudray* le despidió, y aun le maltrató de palabras. Este mismo dice en su libro: "J'étais venu, ce soir-là rendre visite à l'almiral Brion. Le général Bolívar entra quelque temps après moi. Aussitôt que je le vis, je me levai por aller lui donner la main, comme à l'ordinaire; mais Bolívar dit, en colère, *qu'il ne voulait pas donner sa main à un... homme qui meritait d'être fusillé, à l'instant même.* (T. I, cap. XV, pág. 333.)

las montañas de Escocia *(highlander)*, pero ciudadano de todo el mundo, soldado de todas las causas en que se tratara de libertad, valeroso, instruído, amigo de aventuras como un caballero antiguo, fiel y sufrido, acompañaba á Bolívar, le amaba y le alentaba en el duro trance en que se veía.

El 5 de Julio tocó la expedición en Borburata, á inmediaciones de Puerto Cabello; algunos saltaron á tierra en la isla del Mono y fijaron una bandera; pero á pocas horas volvieron á los buques y se dirigieron á Ocumare, en cuyo puerto anclaron el 6, en la tarde.

La expedición constaba de quince buques y cerca de ochocientos hombres, distribuídos en nueve cuerpos, mandados por:

El de *Artillería*, Bartolomé Salom; *Batallón de Infantería de honor*, Anzoátegui; *Cazadores de Venezuela*, Justo Briceño; *Girardot*, Francisco Vélez; *Vencedor de Araure*, Pedro León Torres; *Cumaná*, Miguel Borrás; *Güiria*, José Antonio Raposo; *Caballería*, Teodoro Figueredo; Escuadrón *Soberbios Dragones*, Francisco Alcántara.

En el mismo día 6 publicó el Libertador una proclama declarando que, por su parte, cesaba la guerra á muerte, y que perdonaría á los que se rindiesen, *aunque fuesen españoles.*

Así se preparaba Bolívar á la generosidad, antes de la victoria.

Dió también una amnistía para los americanos que seguían las banderas reales, y cumpliendo su promesa hecha á Petion, declaró libres los esclavos. "Esa porción desgraciada de nuestros hermanos—dijo—, que han gemido bajo la miseria de la esclavitud, ya es libre." "La Naturaleza, la justicia y la política piden la emancipación de los esclavos. De aquí en adelante solo habrá en Venezuela una clase de hombres: TODOS SERÁN CIUDADANOS."

Después de esto, Bolívar hizo marchar, á las nueve de la noche, casi con todas las fuerzas, al mayor Carlos Soublette, para que pasando la cordillera, penetrase en San

Joaquín de Mariara y se apoderase del desfiladero de la Cabrera, punto el más importante y estratégico para su campaña; situó en Choroní al teniente coronel Francisco Piñango para reclutar gente, y él, en persona, dirigía en el cuartel general para la conscripción. Hizo desembarcar el parque, la imprenta y otros varios efectos, y como Brion resolviese salir á cruzar, el Libertador aprovechó aquella circunstancia para darle una comisión diplomática cerca del Gobierno de Washington é instrucciones para ponerse en relaciones con los patriotas de México.

IV.—La invasión de los seiscientos, ó sea la internación de los patriotas desde Ocumare de la Costa hasta el oriente de Venezuela, al través del país ocupado por el enemigo.

El mismo día en que Bolívar desembarcaba en Ocumare, llegaba á Valencia el brigadier D. Francisco Tomás Morales, despachado con tropas, desde Ocaña, por Morillo. Tal accidente desconcertó el plan del Libertador; porque Morales unió su gente á la del brigadier D. Pascual Real y á la del sargento mayor Quero, que marcharon de Caracas, y formó un cuerpo muy superior al de los independientes.

Soublette, que se comportó con actividad, tino y valor, desempeñando las órdenes de Bolívar, temió con razón verse cortado, y aunque victorioso en un pequeño encuentro, abandonó los puntos que ocupaba y se retiró al pie de la cuesta llamada de Ocumare. Supo Bolívar la infausta noticia del movimiento retrógrado de Soublette y voló al instante á unírsele con 150 reclutas que había podido juntar. El 13, por la noche, el Libertador estaba ya incorporado á la división que mandaba Soublette, y dió las

órdenes necesarias para la acción que debía tener lugar al día siguiente. Pelearon allí tropas bisoñas contra veteranos aguerridos, y aunque favorecía la posición á los patriotas, después de tres horas de fuego la victoria se decidió por los realistas. Nosotros perdimos 200 hombres entre muertos y heridos, 1.000 fusiles, muchas lanzas, caballería y otros artículos militares. El resto de las fuerzas se retiró en desorden hacia Ocumare. Bolívar debía seguir la retirada de las tropas, y despachó del camino á Mac Gregor para Choroní con los pocos soldados que había en el puerto.

Como á las cinco de la tarde el Libertador partió para Ocumare. Era su objeto hacer reembarcar el parque, la imprenta, etc., y trasladarlo todo por mar á Choroní (1).

En el momento ordenó al mayor general de Marina Villaret, que así lo hiciese. Ya avanzada la noche, el Libertador fué al arsenal y halló que Villaret había dispuesto suspender el reembarque. Pretextaba que no tenía confianza en los capitanes que podían alzarse con los efectos preciosos que á bordo recibían.

No dejó de dar fuerza á esta consideración el mismo Bolívar, quien decía al comandante Salom, señalando los cajones del armamento: "Este es el fundamento de nuestra esperanza para continuar la empresa."

Crítico por demás era aquel lance. El enemigo estaba cerca. Villaret se hallaba embarcado en el *Indio Libre*, donde mandaba y no quería venir á tierra. Con el día, ¿quién se atrevería á decir lo que podría suceder? El

(1) Los realistas han querido ridiculizar las ideas del Libertador, viéndole cargar entre el parque y las provisiones de guerra, con UNA IMPRENTA. ¿Ignoran que la imprenta es la artillería del pensamiento? ¿No saben que la misión de Bolívar era ilustrar y conducir á los pueblos? ¿Y qué cosa más propia para esto que la imprenta?—Por el mismo caso que la Corte de Madrid no quería permitir en América el auxiliar potente del pensamiento libre; por lo mismo que la Inquisición lo condenaba; por eso mismo debía traerlo Bolívar, como lo trajo. El Libertador era hombre demasiado entendido para no apreciar la importancia de la imprenta en su grande obra de redención...

Libertador se paseaba, agitado, en la playa, por entre los objetos que quería salvar y que veía expuestos á perecer por todas partes. Por fin se acercó á Salom para darle sus últimas resoluciones, cuando vió llegar, rompiendo cinchas, á su ayudante de campo Isidro Alzuru, á quien había dejado en el poblado para que por su medio le comunicara Soublette lo que ocurriera. Alzuru, por sorpresa, por aturdimiento, ó por traición (ésta se acreditó después), dió al Libertador la falsa nueva de que las tropas españolas estaban entrando en Ocumare, y que las republicanas habían seguido precipitada y perdidamente para Choroní.

Esta falsa noticia, opuesta en un todo á la que Soublette enviaba á dar, causó en el puerto la mayor alarma y confusión. Muchos hubo, imprudentes, que temerosos de mayor desgracia, se arrojaron al agua para ganar las embarcaciones. Salom y otros oficiales instaban en tanto á Bolívar que se embarcase; urgíanle con mil razones. Su posición tenía en sobresalto á todos sus oficiales. El Libertador se embarcó en el *Indio Libre* con algunos elementos y bagajes. Villaret picó luego los cables y se hizo á la vela, buscando en el mar abierto la seguridad.

Cuando Soublette supo el desorden de Ocumare, producido por la noticia de Alzuru, envió al comandante Borrás á desmentirle; mas era tarde, pues Villaret, aunque en las aguas de Ocumare, no estaba ya al alcance de la voz humana.

Al amanecer del día siguiente quiso Bolívar hacer rumbo á Choroní para ponerse en comunicación con Mac Gregor y Soublette; así lo verificó el bergantin en que él iba; pero las goletas fuéronse quedando atrás, y á la caída de la tarde, alzados los capitanes, dirigieron proa hacia Bonaire. Preciso fué seguirlos á fin de tomar medidas de seguridad y poder arreglar mejor el viaje. (Julio 16.)

Como encontrase á Choroní en poder de los realistas, tocó en Chuao para tomar noticias. Allí supo que la división patriota se había introducido en Aragua. Mac Gre-

gor (pensó Bolívar), va á unirse á las guerrillas de los independientes que recorren las provincias del Oriente.

Ese era el proyecto que él mismo le había conversado; pero tal empresa, de singular arrojo, pedía fortuna, intrepidez, constancia. Todo lo tuvo Mac Gregor; todo lo tuvieron son heroicos compañeros, que, contrariando los elementos de disolución y oponiéndose al aumento de las pérdidas progresivas, salvaron las reliquias de Ocumare y operaron su retirada por un movimiento *excéntrico*, famoso en los anales de nuestra guerra (1).

---

(1) Los diarios del Estado Mayor General Libertador testifican que el proyecto de Bolívar, después de la desgraciada acción de los Aguacates (14 de Julio), era penetrar en los valles de Aragua y por marchas rápidas seguir á los Llanos á unirse con Zaraza, Monagas y demás jefes que combatían con denuedo en el Oriente; pero no pudo realizarlo. Ya conocemos la causa. Mac Gregor y su segundo Soublette, que conocían la intención del Libertador, Anzoátegui, León Torres, Salom, Briceño y los demás beneméritos jefes que con éstos se encontraban, resolvieron llevar á cabo la atrevida empresa, y marcharon sin demora, pasando por Cagua, La Victoria, San Juan de los Morros, Camatagua, Chaguaramas... Ellos derrotaron, no sólo las partidas pequeñas que en el camino les salieron al encuentro, sino también á Juan Nepomuceno Quero, en la sangrienta acción de Quebrada Honda y después al segundo López en el Alacrán... Hasta el 10 de Agosto no pudieron reunirse al general José Tadeo Monagas, en San Diego de Cabrutica, y recorrieron desde Choroní hasta aquel apartado lugar de los Llanos, mas de 150 leguas, por entre enemigos, inspirándose confianza mutuamente, burlando la persecución de los españoles ó escarmentándolos y reviviendo en el corazón de muchos la esperanza de ver no muy tarde la patria libre. Mac Gregor fué el jefe nominal en esta empresa, como muchas veces oí repetirlo á Salom. No era, por cierto, desmerecedor del mando y autoridad que se le daba, y poseía también mayor graduación; pero la principal ventaja que se logró fué la de evitar con su mando celos y rivalidades, que en aquellas circunstancias habrían sido funestísimos. El jefe de Estado Mayor, coronel Carlos Soublette, asistía inmediatamente con sus consejos al caudillo de la expedición; y Anzoátegui, León Torres y los demás que tenían el mismo interés y que conocían las poblaciones, la topografía de los lugares, etc., concurrieron también al éxito famoso de aquella retirada.

V.—El motín de Güiria.

El Libertador regresó á Bonaire. Allí encontró á Bermúdez. Uno y otro resolvieron dirigirse á Güiria, con la esperanza de unirse á Mariño y seguir combatiendo por la libertad (1).

Bermúdez había solicitado en los Cayos pertenecer á la expedición, y Villaret rehusó admitirlo, diciéndole que el jefe no lo permitía. Quedáronse en tierra Bermúdez y sus oficiales Rubio, Villegas y Manuel Isava. Pero Bermúdez, que no tenía otro anhelo que el de cooperar con sus esfuerzos á la independencia de su patria, que amaba la gloria y que vió partir á sus hermanos y compañeros, se presentó á Petion, impetrando sus favores. Díjole que no podía quedar en la inacción y condenado al olvido por resentimientos particulares; le habló con tal género de pasión por la libertad de Costa-Firme, que el presidente de Haití le ofreció su palabra de auxiliarlo en todo. Con esto, Bermúdez ajustó el flete de un buque americano y verificó su salida de los Cayos el 9 de Junio de 1816.

No obstante la enemistad de Bolívar y la inflexibilidad de su carácter, le siguió Bermúdez, haciendo rumbo á Margarita, adonde llegó á las once de la noche del 29 del mismo Junio. Al día siguiente, después de amanecido y cuando trató de desembarcar, recibió una comunicación de Arismendi, que condujo su ayudante de campo José Vicente Tolesán, negándole la entrada por orden que había

(1) Esta es la época más triste de la vida de Bolívar. La adversidad parece que se empeñó en probarlo. Sólo un hombre como Bolívar pudo levantarse del abismo adonde la derrota, la anarquía, y la barbarie lo arrojaron, hasta las cumbres más altas de la historia universal, en donde la posteridad lo admira.—*(R. B.-F.)*

dejado el Libertador. Bermúdez entonces concibió la idea de pasar á Carúpano, donde estaba Bolívar, para suplicarle le permitiese desembarcar. En la travesía, el corsario *Feliz*, al mando de Lominé, le dió la noticia de estar ya evacuado Carúpano y que la expedición había seguido para Ocumare. Determinó entonces el coronel Bermúdez transbordarse al *Feliz* con Isava y Rubio, para seguir las huellas del Libertador en Ocumare.

Llegó á este puerto, y en el instante pasó á Bolívar una comunicación, jurándole ser su amigo y rogándole le dejase venir á tierra para tomar parte en la campaña, con la protesta de que no contrariaría en modo alguno sus disposiciones. Bolívar no lo consintió. El corsario *Feliz* salió á cruzar, llevando á su bordo á Bermudez á y sus oficiales, y después de algunos días, habiendo recalado á Bonaire, encontró allí á Bolívar, que había venido derrotado ya de Ocumare.

Bolívar y Bermúdez no se vieron, aunque Brion hizo buenos oficios de amistad para con uno y otro.

Salió luego el Libertador en el *Indio Libre*, con dirección á Güiria, y Bermúdez logró embarcarse en la goleta de Antonio Rosales, que seguía también al mismo punto.

Casi un mes duró la travesía desde Bonaire á Güiria, donde llegó el Libertador el 16 de Agosto por la tarde. Dos horas antes había arribado el buque donde Bermúdez iba; y desde el momento mismo en que pisó tierra comenzó á trabajar ahincadamente con Mariño por que desconociese á Bolívar. Bermúdez, ofendido, exasperado, no era á la sazón el mejor consejero; pero á Mariño, tentado siempre de la desobediencia, le movía la más leve insinuación.

Recibió con despego é impertinente frialdad al Libertador; buscó pretextos y razones que disculpasen su esquivez, y aunque no se oponía al pensamiento de Bolívar de ir con tropas á Maturín en solicitud de Piar, para atacar á Guayana, tramaba por medios ocultos contra aquél.

El 22 de Agosto, por fin, hubo una asonada.

Innecesario es decir que los amotinados gritaban: *¡Abajo Bolívar!* y *¡Vivan Mariño y Bermúdez!* Aspiraban éstos intempestivamente al dominio, y lanzaron al pueblo de Güiria contra Bolívar.

Una tropa de asesinos, subalternos de Mariño, conspiraron abiertamente contra la vida del Libertador, quien los contuvo con su serenidad y valor extraordinarios, pasando por en medio de ellos con espada en mano. Bermúdez, por su parte, encendido en cólera, y dejándose arrebatar de la más insolente audacia, tiró la espada contra su jefe. ¡Abominable desorden del ánimo! Detuviéronle el coronel Isava y el licenciado Gaspar Marcano, que estaban presentes, y evitaron la consumación del más horrendo crimen. "Nunca—dice un testigo presencial—, nunca el brazo de Bermúdez se movió con más vigoroso impulso..."

¡Aquellos descomedidos gritos! ¡Aquella mano americana que empuñaba una espada contra Bolívar!

¡Todo fué espanto y tumultuaria confusión! La animosidad de Bermúdez rayaba en frenesí; la ambición de Mariño, más ardiente cuanto más desenfrenado crecía el motín que le aclamaba; aquella gente, agresores buscados, que cometían impunes tan gran delito!

¡Oprobios no esperados!

La energía y fuerza moral de Bolívar le hicieron superior en aquel trance supremo para dominar las circunstancias y no perecer en ellas (1).

(1) Con todo, si no perdió la vida, perdió la autoridad. ¡No importa! Él sabrá recuperarla. Aquellos mismos hombres, víctimas de su propia ambición é incapaces de dominar la anarquía interna y la guerra extranjera, irán á buscar á Bolívar al destierro adonde ahora lo lanzan ó le aceptarán que venga. Y Bolívar, aleccionado por la experiencia, sabrá dominarlo todo y realizar la obra de la independencia continental.—(*R. B.-F.*)

CAPÍTULO XXI

1816

I.—Los aventureros de la libertad: Mina, Brayer, Clausel.

Embarcado Bolívar para Haití, los que se habían conjurado contra la vida y la autoridad del Libertador nombraron á Mariño y Bermúdez, primero y segundo jefe...

Este era el fin de la conspiración.

Ufanos los nuevos nombrados de su autoridad, la comunicaron á todos los comandantes de guerrillas, y se prepararon para combatir con vigor á los españoles. Pero la noticia de los acontecimientos de Güiria fué mal recibida; conociendo Anzoátegui, Monagas, Cedeño, Zaraza, Rojas y los demás jefes, especialmente Mac Gregor y los valientes oficiales de la división del Centro, que el talento, el valor y los recursos de tan gran caudillo como Bolívar eran prenda de victoria; que las ruinas padecidas, con él podían repararse, y, por fin, que no era justo retribuir con ingratitud y desaire tanta abnegación y tanto esfuerzo.

En cuanto á Bolívar, llevó aquel golpe con maravillosa igualdad de ánimo, y sólo se ocupó en formar otra expedición, sobre Costa-Firme, en auxilio de Mac Gregor y Soublette.

Loan los historiadores romanos por varón de grande ánimo á Catón, que se mató, no pudiendo con paciencia sufrir la prepotencia de César, su enemigo; mayor encomio y alabanza parece que ha de merecer Bolívar, al cual sostuvo la esperanza que á Catón abandonó. Éste, si tuvo ánimo para llevar los bienes de la prosperidad (que con pequeño esfuerzo se sostienen), pareció en su muerte tan flaco, que no pudo soportar los males; mientras que Bolívar pareció en su vida tan fuerte, que tuvo propósitos de triunfar y de libertar su patria, aunque se veía vencido, desposeído y extrañado, y á sus enemigos vencedores, y á sus rivales prósperos y contentos.

El 9 de Octubre se hallaba el Libertador en Puerto Príncipe. Petion acababa de recibir la dignidad de jefe vitalicio de la república de Haití por la aclamación libre de sus conciudadanos, y Bolívar le escribió en el acto una interesante carta felicitándole por su nueva y merecida prosperidad. Gozábase en la suerte dichosa de su amigo; de aquel hombre superior á su época y á su país, cuyas virtudes solicitaban la admiración; cuyos talentos infundían respeto, y cuyas bondades empeñaban el más puro reconocimiento, y con habilidad hacía inclinar esas bondades y dirigir esos talentos en favor de Venezuela. Mostróse Petion esta vez, como siempre, deferente amigo de la libertad y entusiasta sostenedor de Bolívar, amando en él más y más aquel ardor inextinguible, aquella perseverancia de que la historia del mundo guarda tan raros ejemplos. De acuerdo con Southerland, le facilitó todo lo necesario, lisonjeándole con palabras de bondad y de esperanza.

La conducta de Petion fué tan prudente y comedida, que el Gobierno español no tuvo ocasión para hacerle el menor cargo de infringir la neutralidad. A pesar de estar animado de aquel espíritu benéfico y filantrópico que conocemos y que le hará siempre acreedor al respeto de todos los amigos del género humano, como las reclamaciones eran continuas y muy premiosas, Petion cedió á

los rigurosos deberes de la magistratura; y para hacer ver al Gobierno de España que el de Haití no había tomado parte alguna activa en la contienda de Costa-Firme, ordenó que los buques que conducían emigrados á Margarita ó á otros puntos de Venezuela, fuesen registrados por los cruceros de Haití con la mayor escrupulosidad. Este conflicto vino á aumentar las dificultades que tocaba el Libertador en el proyecto de su segunda expedición; pero con destreza é ingenio pudo superarlo.

Otro se le presentó luego que le dió más en qué entender.

El 3 de Julio de este mismo año había arribado á las orillas del Patapsco, en la espaciosa y segura bahía de Baltimore, el joven D. Francisco Javier Mina, esforzado campeón de la libertad en España, "que esperaba adquirir en el Nuevo Mundo—dice un cronista español—al favor de su quimérica fama, el encumbrado puesto que le fué negado en Europa". Mina, refugiado en Inglaterra, después de frustrada su tentativa para restablecer en la Península la Constitución y los principios liberales abolidos por Fernando, venía á ofrecer su espada y el prestigio de su nombre á la causa de la independencia mejicana.

Este jefe era activo, valiente, y fué muy bien acogido en Baltimore. Algunos artículos escritos en su honra se leen en *The Maryland Journal and Baltimore Adversiter.* Al cabo, Mina logró organizar una expedición en Nueva Orleans, la que desembarcó en Soto la Marina á últimos de Abril de 1817.

Al ruido de aquella empresa de que tantas personas se ocuparon, y que ofrecía rico botín, poder y gloria, se agruparon en Baltimore todos los espíritus que las circunstancias del momento y también sus generosas convicciones llenaban de entusiasmo por la independencia de la América española. El mariscal Grouchy, y los generales Brayer y Clausel fueron de los primeros en llegar. Siguióles el simpático y malogrado chileno Carrera, tan lleno de brío y tan entusiasta por las glorias del Nuevo Mundo, y

allá fueron también nuestro don Mariano Montilla, don Mariano Aury y el general mejicano Toledo.

Mina escribió á Bolívar invitándole á que colaborase en la empresa, ofreciéndole servir bajo sus órdenes en la libertad de Venezuela, "luego que hubiesen exterminado el poder opresor en Méjico". Y le añadía con elegante frase, que *deseaba su vista y su trato*. Estos pliegos lo condujo á Puerto Príncipe, donde el Libertador se hallaba, el oficial de Marina Felipe Estévez, que navegaba en *El Cóndor*, y se ofreció á ponerlos en manos de Bolívar, como lo hizo.

También condujo cartas del general Carrera para el Libertador, del padre Torres, del célebre mejicano Guerrero y de otros jefes de la parte independiente de la costa del Norte de Veracruz, misivas generosas, expresivas de admiración y de respeto, en que se ofrecían al general Bolívar hospitalidad y reconocerle como general en jefe, con el sueldo y preeminencias de tal, añadiéndosele que de Méjico sacaría luego recursos de armas, gente y dinero para dar resuelto el problema de la reconquista de la libertad en Venezuela.

La expedición del impetuoso guerrillero de Navarra, favorecida pródigamente por los especuladores de Baltimore, se llevaba á término, disponiéndose á marchar hacia allá muchos de lo que habían prometido á Bolívar su cooperación para Venezuela. Hiciéronse adelantos cuantiosos en Nueva Orleans: embarcáronse armas, jefes, municiones, hombres, etc., y todo prometía ventura al indomable Mina; mientras que Bolívar, sin gente y sin dinero, no tuvo recurso alguno, ni el más pequeño del Gobierno ni de los particulares de la la Unión norteamericana; al contrario, cuando lamentaba la indiferencia con que se veía la lucha de Colombia, tuvo que sentir el rudo golpe que descargó el presidente Madison, quien por una proclama prohibió todo armamento y todo auxilio en favor de los países insurreccionados en América, y aguijoneado por el ministro español D. Luis de Onís, pidió ade-

más en un mensaje especial al Congreso, leyes que le autorizasen á reprimir el equipo de los corsarios colombianos (1).

En esta situación, negado oficialmente el auxilio de la única República que había en el Continente americano (bien que Bolívar nunca lo solicitara), llamada la atención eficazmente en favor de la expedición de Mina, que alborotó las cabezas de los comprometidos con el Libertador, no quedaba más que hacer que hablar con éstos, y con instancia determinarlos á venir á Costa-Firme.

Sin perder tiempo Bolívar esforzó su solicitud; habló á unos y á otros con mayor gracia y copia de buenas razones; y como tenía la agudeza tan viva, á pocas palabras logró captarse las voluntades de los más, deteniendo el progreso de aquel mal que tan lamentables consecuencias hubiera podido producir.

Para Noviembre estaba todo dispuesto y preparado, y sólo aguardaba el Libertador la mejor coyuntura de hacerse á la vela y venir á Venezuela.

---

(1) *American States papers*, t. V, pág. 103, ed. oficial.

Este fué el único género de apoyo que durante la guerra de independencia debió la América del Sur á los Estados Unidos. Nunca nos dieron ni armas, ni municiones, ni un buque, ni un hombre. Y en cuanto á apoyo moral, sus publicistas y aun gobernantes aseguraban que no merecíamos la libertad. Ellos reconocieron nuestra independencia, después que la hubimos obtenido, por propia seguridad y no por filantropía, según consta en sus documentos de la época.

Ellos hicieron, antes que los europeos, la primera reclamación monetaria contra la América latina, en donde no tenían intereses, iniciando la escandalosa serie de atentados conocidos con el nombre de reclamaciones diplomáticas.—(*R. B.-F.*)

II.—Los revolucionarios de Costa-Firme envían comisionados á Bolívar para que regrese al Continente y se ponga á la cabeza de la guerra.

Durante la ausencia de Bolívar en Haití habían obtenido algunas ventajas los patriotas: Piar logró batir á Morales en el *Juncal*, entre Barcelona y Píritu; antes Mac Gregor había batido á Quero en *Quebrada-Honda* y al coronel D. Rafael López en el *Alacrán*. Pero se suscitaban á menudo enconos y rencillas entre los jefes. Mac Gregor se disgustó con Piar, y aun se alejó de Costa-Firme, para no volver más durante la guerra de independencia. Piar se enceló de Monagas y lo separó de su división, lo mismo que al coronel Parejo. Mariño, lamentando esas rivalidades que debilitaban el ejército, se vió obligado á levantar el sitio de Cumaná para recuperar á Carúpano. Cedeño obraba en Guayana, pero nada se sabía de él (1).

Era evidente que faltaba un centro de actividad y de inteligencia en el país.

Graves eran los cuidados de una guerra tan activa y desigual, y en medio de ellos echábase de menos la autoridad superior: el magistrado lleno de influjo y de poder moral á quien todos tributasen obediencia. Fué Arismendi el primero que conoció el daño de la ausencia de Bo-

(1) En los apuntes históricos que escribió el Mariscal Sucre y le dió al general Miller, se lee lo siguiente:

"Es un hecho curioso que el aislamiento en que estaban las guerrillas patriotas era tal y tan completo, que durante muchos meses no tenían noticias uno de otros, sosteniendo sus armas cada cual para la libertad de su pueblo ó su provincia."

En esta separación y consiguiente debilidad es claro que nunca habrían podido vencer, por más esfuerzos que hiciesen.

lívar y el que se apresuró con más veras á cortar la anarquía, que ya comenzaba á hacer estragos, dando al jefe supremo una satisfacción completa por el agravio que se le había irrogado y pidiéndole encarecidamente que volviese al seno de la Patria. La carta de Arismendi tenía fecha 22 de Septiembre. Condújola el ciudadano Francisco Olivier, á quien el general margariteño dió el encargo de trasladarse á Haití, poniendo á su disposición la balandra *Bruja,* que comandaba el oficial José María García.—Cinco días después (el 27) los jefes del ejército del Centro dirigieron al Libertador una carta manifestándole los sentimientos de sumisión y obediencia que les animaban; pedíanle que volviese á dirigirlos y que olvidase para siempre las *escenas lamentables de Güiria.* Comisionaron al intendente general Francisco Antonio Zea para que fuese á poner en manos de Bolívar la carta memorada y á testificarle que el ejército, las autoridades y la mayoría de los habitantes de Costa-Firme reconocían su autoridad y juraban acompañarle y obedecerle. Zea admitió la comisión, haciéndose á la vela desde Barcelona en la goleta *Diana,* armada en guerra.

Cuando llegaban á Puerto Príncipe la misiva de Arismendi y el comisionado de los jefes del ejército del Centro, que llevaba la invitación de éstos, daba fondo también el almirante Brion, que, por su parte, venía á persuadir al Libertador de la necesidad de volver á Venezuela para conquistar la libertad. Juntos se encaminaron todos hacia el palacio del presidente Petion, que salió á recibirles hasta la balaustrada de hierro que adorna la hermosa calle de naranjeros al frente del palacio. El coloquio fué animado.

El Libertador mostró á Petion las cartas que había recibido, vertiéndolas en francés para que éste pudiera entenderlas mejor. "Subsiste todavía un resto de buenos patriotas—le dijo el Sr. Zea—; la Patria vive alimentada de una esperanza; pero le falta un hombre superior, capaz de convertir esa esperanza en realidad. Llenos de esta

idea, los pueblos y el ejército han vuelto su vista al general Bolívar, la *primera cabeza de la guerra.*"

El espíritu de sacrificio y el amor patrio fueron siempre relevantes virtudes del Libertador. La invitación de Arismendi, la presencia de sus amigos Zea y Brion le hallaron formando escuadra, allegando gente, acopiando municiones de guerra; y más esforzado su celo entonces, terminó pronto los aprestos y resolvió partir.

Dos cartas escribió el Libertador en vísperas del viaje, que prueban el conocimiento práctico que tenía de las necesidades del país, la multiplicidad de sus ideas y el respeto que tributaba al orden civil en el régimen político interior. Fué la primera dirigida al Dr. Pedro Gual, que residía á la sazón en Filadelfia.

Después de darle noticias de la expedición, le añade: "Las relaciones mercantiles entre Venezuela y los Estados Unidos serán ventajosas á ambas partes: armas, municiones, vestidos y aun buques de guerra son artículos que tendrán en la primera una segura y preferible venta, bastante lucrativa para los que emprenden negociaciones de esta clase en la segunda. Los puertos de Cumaná, Margarita y Barcelona, ocupados por nosotros, ofrecen ya puntos seguros donde dirigirse, que nos facilitan la ocupación de los de Caracas y su provincia. El comercio frecuente entre los americanos del Norte y la protección que el Gobierno concederá á los extranjeros honrados que quieran establecerse entre nosotros, reparará nuestra despoblación y nos dará ciudadanos virtuosos. Sírvase usted difundir estas ideas entre todos los extranjeros de probidad, haciéndoles ver las ventajas que les esperan..." (1).

Fué la segunda dirigida al canónigo D. José Cortés de Madariaga, que se hallaba en Jamaica con el Dr. Roscio, Juan Pablo Ayala y Juan Paz del Castillo. Se recordará que Monteverde, en 1812, envió á España estos honrados patriotas, con una barra de hierro en los pies. Madariaga

(1) Véase la carta de 11 de Noviembre de 1816.

y sus tres compañeros estuvieron encerrados en Ceuta, de donde lograron fugarse á Gibraltar á fines de Febrero de 1814. Reclamólos el gobernador de Ceuta; y cuando menos pudieron pensarlo, el general Campbell, que mandaba en Gibraltar, los entregó injustamente á sus infames opresores. Volvieron nuestros compatriotas al presidio de Ceuta y sufrieron los horrores de la persecución más enconada. Elevaron entonces su voz al príncipe regente de Inglaterra y representaron también al Parlamento. El príncipe, tomando grande interés en el asunto, mandó deponer á Campbell, negoció con el rey Fernando VII la entrega de los cuatro fugitivos, que habían pisado suelo de Inglaterra, y en Septiembre de 1815 volvieron Madariaga y sus compañeros á Gibraltar, restituídos en sus derechos por la hospitalidad inglesa. De Gibraltar vinieron á Martha Brae en la fragata de guerra *Pitt* y estaban en Kingston á principios de 1816.

El Libertador, que tuvo noticia de este arribo, les escribió antes de partir de los Cayos, á la época de su primera expedición; y conociendo la actividad, la energía, los sacrificios y virtudes eminentes de aquellos próceres les invitó de nuevo á que viniesen á contribuir á la libertad de Venezuela.

"Hasta este momento—dijo al Sr. Cortés—no he podido arreglar mis asuntos, porque los obstáculos se multiplican cuando escasean los medios; pero al fin, yo parto con la esperanza de ver á usted muy pronto en el seno de la Patria, cooperando eficazmente á la construcción del grande edificio de nuestra República. En vano las armas destruirán á los tiranos, si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza; y la fuerza no es gobierno. Así, necesitamos de nuestros próceres que, escapados en tablas del naufragio de la revolución, nos conduzcan, por entre los escollos, á un puerto de salvación. Usted y nuestros amigos Roscio y Castillo harían un fraude á la República, si no le tributasen sus virtudes y sus talentos,

quedándose en una inacción que sería muy perjudicial á la causa pública.

„Concluyo suplicando á usted se sirva comunicar esta carta á sus dignos compañeros de infortunio y de honor, á quienes ruego me dispensen la atención de escribirles, en gracia de mis afanes y ocupaciones, en un momento tan urgente como el actual" (1).

Esta carta tiene fecha 26 de Noviembre; pero la expedición no pudo salir al mar sino á 21 de Diciembre, partiendo del pequeño puerto de Jacmel los buques de Brion, en que se embarcó el Libertador, y arribando felizmente á Juan Griego el 28 de Diciembre.

III.—El Libertador, de nuevo entre los patriotas, esta vez para siempre, porque ha sido más fuerte que la adversidad.

En ese mismo día zarpó de los Cayos el resto de la expedición destinada á Costa-Firme, á cargo de Villaret, la cual conducía gran provisión de pertrechos.

Acompañaban á Bolívar tres edecanes: José Gabriel Pérez, Chamberlain (2) y Palacios; dos hermanos Piñerez y algunos otros emigrados de Venezuela.

La expedición llegó á Juan Griego, puerto de Margarita, el 28 de Diciembre, como se ha dicho.

Antes de desembarcar, el Libertador hizo venir á bordo

(1) Carta de 26 de Noviembre de 1816.

(2) El joven Chamberlain, á quien distinguía mucho el Libertador por sus bellas cualidades, era de Jamaica, y había servido en el ejército inglés antes de ser edecán del general Bolívar. Su padre, cuando el infausto suceso de Amestoy, en que peligró la vida del Libertador, se mostró afectuosamente amigo del héroe colombiano, y quiso desde entonces que su hijo le acompañase, como para garantirlo más de cualquiera insidia semejante. Chamberlain murió en Barcelona, en la Casa-Fuerte.

al ciudadano José María Guerra, sujeto en quien tenía la mayor confianza, muy esforzado y de gran trabajo en la empresa; conferenció largamente con él; se impuso de cuanto ocurría, y luego bajaron juntos á la playa, donde les aguardaba el gobernador de la isla, por ausencia de Arismendi, coronel Francisco Esteban Gómez.

En el mismo día publicó el Libertador una proclama dirigida á los venezolanos.

Mariño le había escrito; Arismendi le llamó; Zea había tomado la voz por los pueblos de Venezuela; todos le rogaban el olvido de lo pasado.

"Los pueblos—dijo—, los generales y los ejércitos, por el órgano del general Arismendi, me han llamado. Vedme aquí, venezolanos. Vengo á la cabeza una cuarta expedición con el bravo almirante Brion; á serviros, no á mandaros."

Luego añadió:

¡Venezolanos! Vosotros me habéis confiado la autoridad en los dos últimos períodos de la República. Vosotros me habéis obligado á subir al tribunal y á combatir en el campo. No he podido llenar á la vez tan opuestos destinos. La Patria ha sufrido en la administración y en la guerra. Vencedor, no he podido alcanzar los frutos de la victoria por atender á los cuidados del Gobierno. La justicia, la política y la industria han sufrido cuando me he ocupado en defenderos. Así, una necesidad imperiosa exige de vosotros la inmediata instalación del Congreso, para que tome cuenta de mi conducta, admita la abdicación de la autoridad que ejerzo y forme la Constitución política que debe regiros.

Venezolanos: Vosotros habéis sido convocados por mí desde el mes de Mayo para constituir el Cuerpo Legislativo, sin prescribiros restricción alguna, autorizándoos para escoger la época y el lugar. No lo habéis hecho: los sucesos de la guerra os lo han impedido; pero ahora debéis apresuraros á ejecutarlo como las circunstancias lo dicten. La Patria ha estado y estará frecuentemente en orfandad, en tanto que el magistrado sea un soldado. Las vicisitudes de la guerra son tan varias y terribles

que apenas pueden preverse, mucho menos evitarse; las transacciones del Gobierno exigen un establecimiento más constante. Un mismo hombre no puede moverse y estar en reposo. Vosotros, pues, debéis dividir las funciones del servicio público, entre muchos de los ciudadanos que poseen las virtudes y el talento que se requieren para el ejercicio del poder.

Si aquellos que fueron legítimamente constituídos por los representantes de los pueblos en el primer período de la República, existiesen libres y entre nosotros, les veríais ocupar las dignidades que les fueron conferidas; pero la más deplorable fatalidad nos priva de los servicios de estos funcionarios. Los más se hallan ausentes; muchos, oprimidos; muchos, muertos, y, otros son traidores. No obstante que su autoridad ha prescripto, habiendo terminado sus funciones, yo los habría convidado á continuar de nuevo el gobierno de la República. Ellos no aparecen en el seno de la patria libre; es, pues, indispensable, reemplazarlos.

¡Venezolanos! Nombrad vuestros diputados al Congreso. La isla de Margarita está completamente libre; en ella, vuestras asambleas serán respetadas y defendidas por un pueblo de héroes en virtud, en valor y en patriotismo. Reuníos en ese suelo sagrado, abrid vuestras sesiones y organizaos según vuestra voluntad. El primer acto de vuestras funciones será celebrado por la aceptación de mi renuncia.—**Simón Bolívar.**

Cuartel general del Norte de Margarita, Diciembre 28, 1816.

El Libertador, reconociendo la necesidad de constituir un Gobierno que fuese el centro de donde partiesen las combinaciones de guerra, deseaba que una administración inteligente reparase á la vez, por medidas justas y saludables, los estragos que causaba la guerra. En el año que iba á expirar bien pronto, todo había sido expropiación y lágrimas, fiereza y ruina. Moxó, en Caracas; Morillo, en Bogotá; y los agentes de éstos por todas partes, llevaron el dolor y el espanto al corazón de todos. Secuestros, delaciones, atentados, sangre, opresión la más dura é insoportable, tal fué la crónica de 1816. La Audiencia Real y el Consejo reclamaron varias veces, enérgicamente, contra tanta iniquidad, que *clamaba venganza*

al cielo; pero nada ó casi nada pudieron alcanzar. No hubo familia que no tuviese que vestir luto.

Moxó y Morillo publicaron *manifiestos* acusándose recíprocamente.

El rey y las Cortes se impusieron de todo; pero las arbitrariedades y la expoliación no cesaron (1).

---

(1) Un sólo rasgo de pluma y un sólo hecho vamos á recordar. El primero lo tomamos de Morillo mismo. En su proclama de 15 de Noviembre de 1816, aconsejando á los pueblos de la América la sumisión al rey, les decía: *de lo contrario, lo más común, una vez desenvainada la espada, es quemar los pueblos, degollar sus habitantes, destruir el país, no respetar sexo ni edad, y, en fin, ocupar el puesto del pacífico labrador y hallar, en vez de sus dulces costumbres, un feroz guerrero, ministro de la venganza de un rey irritado.*

Parece mentira que esto se haya escrito en el siglo XIX! El hecho lo tomaremos de los muchos que cometió D. Joaquín Valdés, teniente del primer batallón del regimiento de Numancia. Mandó atar á una mujer en la plaza de la ciudad de Toro, y condenó á un hijo de la misma á que azotara á su madre. Resistió el hijo, y Valdés, poniéndose detrás, le dió tantos planazos con el sable, que murió aquél á pocas horas.

El Gobierno de Madrid premió á los desfalcadores y á los criminales con grados y condecoraciones. D. Pascual Enrile, jefe de Estado Mayor, que se enriqueció con los millones de Venezuela, y, sobre todo, de Nueva Granada, y que se retiró en 1816, ya rico, á España, fué hecho, ese mismo año, mariscal de campo.

Moxó, uno de los hombres más despreciables que pasó á América, cobarde, rapaz, salaz, cruel, que terminó por huir—y no de los enemigos—siendo capitán general de Venezuela, con el tesoro de la Capitanía, fué hecho el 6 de Octubre de 1816 capitán general en propiedad.

CAPÍTULO XXII

1817

I.—El Libertador habla de llevar la independencia al Perú.

El 1.° de Enero de 1817 pisó Bolívar el Continente americano para no abandonarlo más.

El Libertador había encontrado á Margarita libre por los esfuerzos de Arismendi; pero no halló á este jefe en el teatro famoso de sus brillantes hechos, pues Arismendi, luego que logró la absoluta independencia de la isla, pasó á Barcelona con 400 hombres, para ayudar las operaciones de la guerra: extracción de tropas que se debió únicamente al influjo de aquel caudillo sobre los insulares margariteños, renuentes de ordinario á salir de su país. Tal circunstancia decidió el ánimo del Libertador á venir á Barcelona con preferencia.

Viéronse allí ambos jefes.

La presencia del Libertador en Venezuela se hizo sentir desde el principio. Los militares se congregaron en torno suyo.

Hasta el principal fautor del motín de Güiria se vió estrechado á recibirle y obedecerle.—"Entre Mariño y yo, reina el mejor acuerdo", escribía Bolívar confidencialmente á su amigo Leandro Palacios (1).

---

(1) Véase la carta de 2 de Enero de 1817.

Bolívar renovará en el Oriente los mismos prodigios que anunciaron su nombre en 1813 en el Occidente. Luchará sin tregua, persistirá; con poca ventaja unas veces, con felicidad otras, despreciando las amenazas del enemigo; reservará á su conducta el peso de los negocios y todos los riesgos de la empresa; alentará á sus amigos, y esa larga campaña que va á abrir sobre las playas del Neverí, en la costa del mar Caribe, terminará con la libertad del Nuevo Mundo, más allá del Desagüadero y en las tierras del antiguo virreinato del Río de la Plata, derramando la libertad definitiva sobre los extremos australes del Continente.

Apenas llega Bolívar, aún no está bien organizado todavía y ya piensa, no en la libertad de Venezuela y Nueva Granada solo, sino en la emancipación de toda América.

Escribe desde Barcelona, cuando apenas acaba de desembarcar: "las tropas de Urdaneta se han reunido ya á las de Zaraza; cuando este ejército tenga las armas de que carece y se reuna á nuestras fuerzas, se formará una masa de más de 10.000 hombres, con los cuales nada es capaz de impedirnos marchar á Santa Fe y al Perú y librar á aquellas provincias del yugo de los tiranos que las oprimen (1).

II.—Los patriotas cercados en la Casa-Fuerte y el mensaje de Bermúdez.

Al desembarcar el Libertador en Barcelona se halló casi sin tropas que dirigir, pues él había traído pocos hombres, y el ejército del Centro se había esparcido. Monagas, Zaraza y Parejo obraban sobre diversos puntos; Piar y Cedeño inquietaban á Guayana; Mariño estaba en

(1) Véase la carta antes citada, al coronel Leandro Palacios.

Cumaná. Con todo el esfuerzo del activo é influyente general Pedro María Freites, apenas pudieron agregarse 300 hombres á los 400 que Arismendi había traído de Margarita.

Bolívar intentó ocupar los valles de la provincia de Caracas y tomar la capital, donde la instalación de un Congreso sería un suceso de grande importancia y transcendencia. Movióse, pues (8 de Enero), al frente de aquellas tropas, en su mayor parte gente colecticia, y atacó á los realistas en las trincheras del Unare, frente á Clarines. Existía allí un cuerpo de 550 hombres, que mandaba el bizarro capitán español D. Francisco Jiménez. Jiménez resistió el ataque y triunfó sobre Bolívar, que tuvo que volverse á Barcelona con poquísimos soldados y dejando en poder del enemigo pertrechos, fusiles y otros repuestos de guerra.

La desgracia, observa con razón Restrepo, perseguía entonces al Libertador en todas sus empresas, que acometía ciertamente sin los medios y recursos necesarios. Confiaba demasiado en el amor á la independencia que suponía animaba á todos los venezolanos. ¡Esperanza falaz en aquella época, que estuvo á pique de costar la vida al jefe supremo, si la casualidad no hubiera conservado sus preciosos días, para que cumpliera los altos hechos que debía ejecutar en beneficio de la América del Sur! (1).

Limitáronse entonces los cuidados de Bolívar á rehacer sus fuerzas y esperar con esta base la acometida de los jefes españoles: acometida que debía tener lugar, pues Moxó activaba en Orituco la formación de un cuerpo de 4.000 hombres, que se confió al mando del briga-

(1) El Libertador, divina y voluntariamente ciego ante la realidad de aquellos momentos, creía y persistía en creer, con terquedad sublime, que apenas se mostrase la bandera de la patria, todos los venezolanos correrían á agruparse en torno de ella, todos á defenderla en los peligros, todos á salvarla y tremolarla sobre las torres de Caracas. Sublime y voluntario engaño! Cada vez que Bolívar se aventuraba en una empresa guerrera, el silencio y la indiferencia de la mayoría, cuando no la hostilidad abierta, le contestaban.—(*R. B.-F.*)

dier D. Pascual Real, y en él venían Morales y Aldama; el primero como jefe de una división de Infantería, y el segundo al frente de otra de Caballería.

Muchas y activas providencias tomó el jefe supremo para hacer leva de gente; mas á pesar de todo, contaba apenas con 600 hombres, inexpertos, con los cuales no podía librar un combate; pero decidió resistir en el convento de franciscanos de Barcelona, fortificado y provisto de víveres, como punto de defensa. No era, en verdad, aquel recinto, destinado á la clausura de religiosos, una "Casa-fuerte", por más que así la llamara el Libertador; el arresto más osado, y quisiera decir más temerario, pudo encerrarse allí para esperar el pronto asalto de los realistas, que podían causar el sacrificio total y el exterminio de los patriotas.

El ejército realista verificó con mucha rapidez su movimiento, y se presentó en Barcelona el 8 de Febrero, ocupando el puente y la plaza mayor con el grueso de sus fuerzas, aumentadas además con 1.200 hombres de Clarines. Es decir, 5.200 hombres aguerridos cercaban á Bolívar, encerrado en un viejo convento con 600 soldados de tropas bisoñas.

Al abrigar Bolívar el pensamiento de resistir en la Casa-Fuerte, contó necesariamente con los auxilios que pudieran darle Mariño y los otros jefes independientes, y desde luego envió al subjefe del ejército de Occidente, general Carlos Soublette, á Cumaná para pedir á Mariño que le ayudara.

Mariño estaba en su cuartel general de las Sabanas de Cautaro (1), y apenas oyó al comisionado de Bolívar se

(1) Baralt dice que Mariño fijó su cuartel general en la *Cantaura*. Es un error. La Cantaura no está en la provincia de Cumaná. Restrepo escribe *Cántaro*. Yerra también, por seguir ciegamente á Montenegro. El nombre de ese sitio no se conoce en Venezuela. Las inmediaciones de Cumaná en cuyo lugar se situó Mariño, se llaman las *Sabanas de Cautaro*, como se expresa en el texto.—Aunque esta corrección tiene poca importancia, es conveniente hacerla, por la exactitud de la Historia.

dispuso á marchar hacia Barcelona para protegerle. Reunió los jefes de sus tropas y les manifestó la situación del Libertador. "No debemos permitir—les dijo—que sea víctima de la ferocidad de sus enemigos, que son los nuestros: preparémonos todos para auxiliarle."

Guevara, Valdés, Armario no manifestaron repugnancia; pero sí Bermúdez, que guardaba todavía algún resentimiento, y no dejó pasar la ocasión de autorizarlo como motivo para desatender la instancia de Bolívar.

Entonces Mariño, interrumpiéndole, "no te conozco—le dijo—; ¿conque abandonaremos á Bolívar en el peligro, y consentiremos que sobre él triunfen los godos? ¿Y perecerán también Arismendi, y Freites, y los demás amigos y patriotas que con él están? Eso no puede ser."

—*Mi general*—contestó Bermúdez resueltamente y con una expresión de sinceridad indefinible—, *estoy de marcha*.

Esta escena retrata al vivo el corazón de Mariño. Es cosa deplorable, por cierto, que aquella alma tan candorosa, tan magnánima y liberal; aquellos sentimientos tan hidalgos; aquel corazón tan valiente, tan intrépido que no conoció ni las sombras del temor, padeciesen el daño del amor propio y de la vanidad, del deseo de preferencia exclusiva que todo lo maleaba y pervertía.

La fuerza disponible de Mariño, que no excedía en mucho á 1.200 hombres, salió, pues, para Barcelona el 20 de Enero, parte por mar, parte por tierra, designándose Pozuelos como punto de reunión. Del mando de la provincia de Cumaná quedó encargado el coronel Antonio José de Sucre, el mismo que de ahora en adelante veremos cubrirse de gloria inmortal.

Magnæ spes altera Romæ (1).

El mismo día en que llegó Real á Barcelona llegó también Bermúdez á Pozuelos. Supo éste que el enemigo

(1) El Libertador escribió en Lima é hizo publicar la biografía del Gran Mariscal Antonio José de Sucre. Para esa época, sus servicios, sus talentos, su habilidad ó pericia militar y su fortuna le habían elevado

empeñaba un tiroteo con los patriotas en la Casa-Fuerte, y con aquella arrogancia propia de su carácter y de su ánimo esforzado, envió á decir á Real que se retirara, que Bermúdez había llegado. Real se retiró al Juncal y en seguida á Clarines, donde se estacionó para sufrir escaseces y la más grande deserción. Las fuerzas de Mariño entraron en Barcelona, y Bermúdez tuvo el placer de ser el primero que se viera con Bolívar. Éste salió hasta más afuera del puente, donde tendiendo los brazos al arrogante cumanés: *Vengo á abrazar*—le dijo—*al libertador del Libertador.* En efecto, se abrazaron cordialmente, y sin hablarse una palabra en muchos minutos, la emoción de ambos representaba bien cuán sincera y útil era aquella reconciliación. Al fin rompió Bermúdez el silencio, y dijo como para desahogarse: ¡VIVA LA AMÉRICA LIBRE! (1).

Entre las causas alegadas por Real para justificar su movimiento retrógrado, la que se tuvo como más fundada fué la escasez de provisiones y la falta de artillería de sitio. Pero, si bien se considera, mayor escasez debieron temer los sitiados, y las fuerzas realistas, aun sin artillería de sitio, pudieron haber dado un asalto, bayoneta en mano, y decidido de un golpe la campaña. Con que hemos de concluir, para llegarnos á la verdad, que por algo

---

al segundo puesto de la República. El Libertador se complació en escribir los rasgos más prominentes de la vida del ilustre Sucre; y son pinceladas maestras.

(1) El Libertador hizo desde entonces mucho aprecio de Bermúdez. Sus cualidades guerreras eran eminentes; y su corazón, de un niño. ¡Cómo no amar aquel hombre tan patriota, tan denodado y tan ajeno al interés; aquel hombre al cual no se le conoció la más leve vacilación en materia de valor, de patria y de libertad! Arrastrado de una impaciencia que no es fácil disculpar, y que se condenará siempre, sin poder contenerse en los términos razonables, faltó á los respetos debidos al Libertador y le ofendió indignamente, pasando de la personalidad á la injuria y de la injuria á la amenaza brusca y criminal; mas después lavó esta mancha, y desde entonces la amistad de Bermúdez fué verdadera.

entró el nombre de Bermúdez, cuyo mensaje fué tan reducido como elocuente.

III.—Los patriotas de Barcelona deciden defenderse en la Casa-Fuerte, contra la opinión de Bolívar.

El Libertador pasó en Barcelona, en vana expectativa, no sólo el resto del mes de Febrero, sino parte del de Marzo. Escaseábanse en tanto las subsistencias, destruídas por la guerra las sementeras inmediatas, y sobre todo se malograba la mejor oportunidad de obrar en el interior, donde diversos jefes patriotas se mantenían, si no con ventaja, al menos con esperanza y movimiento. Impaciente con este reposo que á nada bueno conducía, determinó Bolívar dejar á Barcelona, trasladar á Margarita los efectos de guerra que no fuesen necesarios para la primera campaña y conducir las tropas á Guayana, donde Piar, activo y feliz más que nunca, inquietaba á los españoles, disputándoles la posesión del país.

Este plan era acertado y fué recibido con aprobación por los principales jefes del ejército. Reunidas en solo un cuerpo las diferentes divisiones que obraban en Barcelona, Cumaná y Guayana, las fuerzas independientes se harían respetables, y nada podrian temer del ejército español acampado siempre en la línea del Unare. Aun pudiera suceder que un feliz suceso abriese á Bolívar el paso á la capital, abundante de recursos, antes que Morillo y sus huestes la ocupasen, y fijar allí una base de operaciones que hasta entonces no existía. Si esto no llegaba á verificarse, era evidente que tomada Guayana y establecida la comunicación por el Orinoco con los independientes de Apure, las provincias de Oriente formarían la derecha de la línea de operaciones militares; el Apure,

la izquierda, y las divisiones de Zaraza y Monagas se considerarían como cuerpos avanzados sobre Caracas y Barcelona, tomando así una faz imponente las cosas de la guerra.

Por desgracia, las autoridades municipales de la ciudad contrariaron este proyecto, y avigorados por el gobernador Francisco Esteban Ribas, se ofrecieron á defender la plaza de Barcelona, que quedaba en abandono, si se les dejaba siquiera el batallón "Barcelona", y algunas armas y pertrechos.

Había en esta pretensión mucho patriotismo; pero era indiscreta y nada militar. El Libertador la combatió desde luego, representando á Ribas (el más persistente en la idea de ocupar siempre á Barcelona), que debían por necesidad regularizarse las operaciones de los diversos cuerpos que obraban independientemente en apartadas localidades y darse unidad y concierto á aquellas mismas operaciones: que, sobre todo, lo primero era buscar base y Barcelona no lo era, ni podía serlo. Sí Guayana, llamada por su situación geográfica á ser el apoyo de combinaciones ulteriores. Que la desmembración del ejército era un absurdo, y que una vez separada la división que debía marchar para Guayana, atacarían los realistas la misma Casa-Fuerte con toda probabilidad de buen éxito.

No produjeron tan sólidas razones el deseado efecto de la persuasión; antes, al contrario, se aumentaron los que pedían á Bolívar, con lágrimas en los ojos, que dejase alguna fuerza en la ciudad.

Convocó entonces el Libertador un Consejo de guerra y sometió á discusión el punto de abandonar ó conservar á Barcelona. Después de una larga conferencia se resolvió afirmativamente el segundo extremo.

Condescendió el Libertador á malas penas; y esa debilidad, hija de las circunstancias, costó la vida á centenares de hombres confiados é inexpertos á quienes engañaba el amor de su patria.

Bolívar era, como muchas veces se ha visto, inexorable;

mas cedió entonces, porque aún no consideraba bien afirmada su autoridad.

A fin de precaver en lo posible los males que preveía, dejó con el general Pedro María Freites como 400 soldados de guarnición, dándole orden de encerrarse en el convento ó Casa-Fuerte, para proteger como 300 personas más que allí se habían refugiado. El resto de la fuerza (2.000 hombres) debía marchar, bajo el mando de Mariño, con dirección á Guayana.

IV.—Bolívar pasa el Orinoco.

Un oficio muy satisfactorio de Piar, que entregó en ese acto á Bolívar el coronel José Manuel Olivares, secretario de Cedeño, vino á encender más y más el propósito de rendir á Guayana. Piar decía haber obtenido algunas ventajas, y no era para dudar que, robustecido el ataque y mejor dispuestas las operaciones, el éxito fuera feliz.

El Libertador emprendió su viaje al amanecer del 25 de Marzo, acompañado de solo 15 oficiales y algunos asistentes.

Tres horas después salieron por divisiones las tropas, á las órdenes de Mariño.

Son de suponerse los riesgos que corriera el general Bolívar en aquel largo trayecto, lleno el país de guerrillas, y advertido Aldama, por avisos anticipados de Barcelona mismo, que le imponían del viaje que meditaba el Libertador. Sin embargo, como éste había de llenar un alto encargo, que no estaba cumplido aún, ninguna bala le hería; ningún peligro le intimidaba; ninguna emboscada le hallaba desprevenido. Nadie podía ofenderle. El destino, ó, más cristianamente hablando, la Providencia le salvaba.

En Quiamare, lugar lleno de malezas y barrizales, el co

ronel Parejo, que iba delante, descubrió una emboscada enemiga, alertó y echó pie á tierra. Bolívar, que le seguía, hizo lo mismo, y en voz alta comenzó á dar disposiciones, mandando atacar por derecha é izquierda. Correspondió á la voz de mando el fuego de la escolta, y los enemigos, que creyeron mayor la fuerza, se retiraron, dejando el camino franco. Mandaba la guerrilla de Quiamare un moreno llamado Jesús Alemán, que entró en el pueblo de San Mateo á poco de haber pasado por allí el Libertador. Cuando le informaron de la escasa comitiva que le acompañaba no pudo creerlo, y á esa circuntancia se debió quizás que no le persiguiera.

El Libertador llegó al Orinoco y lo pasó por la cabeza de la isla Bernabela, en una curiara que le ofreció el comandante Pantaleón Guzmán. Vióse con Piar en los alrededores de Angostura, cuya plaza sitiaba este general; se confirmó en la idea de fijar la base de las operaciones en Guayana, y regresó al Chaparro (17 de Abril), resuelto á hacer conducir á esta provincia el parque de Barcelona y aumentar las fuerzas de Piar con las que había dejado á las órdenes de Mariño y Freites.

El plan era el asalto de Angostura.

V.—Toma de la Casa-Fuerte, de Barcelona, y ferocidades del triunfador.

Bolívar encontró en la Palmita, cerca del Chaparro, las columnas de Bermúdez y Valdés. Allí supo la triste infausta nueva de la pérdida de Barcelona y la muy grave de la defección de Mariño, que había faltado abiertamente á sus órdenes, marchándose á Cariaco.

Por consecuencia de la retirada del brigadier Real sobre el Unare, y de su inacción posterior, el capitán general

Moxó le separó del mando, calificándole de *inepto*, y confirió éste al coronel D. Juan Aldama. El nuevo jefe, deseando acreditarse, movió en el acto sus tropas sobre Barcelona, y estrechó el sitio de la Casa-Fuerte, en la que, por desgracia, se encerrara Freites. Una multitud de habitantes de todos sexos y edades se refugió en ella, huyendo de los insultos y crueldades de los españoles. Parapetados los soldados de Aldama, establecieron sus baterías como á mil pasos de distancia de la fachada del convento que mira á Oriente, y comenzaron á abrir brecha. Defendiéronse los republicanos con un valor desesperado. Freites y Ribas, serenos, activos, llenos de ardimiento, resueltos á sacrificarse por salvar á sus hermanos, hicieron milagros de valor; pero el número y la artillería al fin triunfaron. Los soldados feroces del cruel Aldama no dieron cuartel. Degollaron cerca de 700 hombres de armas y más de 300 ancianos, mujeres y niños. Muchas personas se refugiaron en la iglesia; pero allí mismo, en aquel sagrado asilo, fueron asesinadas sin piedad. La sangre se halló hasta en el sagrario. Sólo cuatro mujeres conservó Aldama para hartar su desenfreno. Él mandó degollar cincuenta enfermos que estaban en el hospital; y á Ribas y á Freites, moribundo, les mandó á Caracas, donde los ahorcó Moxó (1). ¡Qué desolación! ¡Qué horrendo sacrificio!

---

(1) Todos los historiadores de Venezuela hacen figurar al malogrado general Pedro María Freites, obligando, entre otros, al Libertador á defender á Barcelona. Cometen un error.

Freites era un militar sumiso y no buscaba hacer prevalecer nunca su opinión. Ni en el Consejo de guerra estuvo, por hallarse indispuesta su salud. Bolívar le designó para quedarse en Barcelona, y bien que temiera las consecuencias, obedeció.

Freites fué mártir de la disciplina militar. Nació en Barcelona hacia el año de 1790, de familia ilustre. Fué hijo de D. José Antonio Freites, sujeto de distinción, pues que en el antiguo orden de cosas llegó á ser gobernador de Barcelona, y sucedió á D. Gaspar de Cagigal. El viejo Freites obtuvo también el grado de coronel vivo y efectivo en el ejército real, siendo uno de los pocos y notables ejemplos de

No tenían aquellos buenos moradores de Barcelona memoria de tan gran desastre. Manaron las calles sangre, y los fragmentos del cuerpo humano que el fuego no devoró, sirvieron de gustoso alimento á los perros y otros animales... Dudárase de la verdad si la escribiera como fué en sí. No puede la ingeniosa malicia inventar atrocidades y crímenes que no cometiesen Aldama y su gente. Hízose del templo casa de lascivia, y sirvieron los cadáveres para escarnio, siendo teatro de torpezas las insensibles formas...

El nombre del coronel D. Juan Aldama debe pasar á

---

americanos distinguidos y estimados por la corona de España.

El lustre del padre se reflejó en sus hijos, y Pedro María, que fué el mayor, era oficial en la época de la revolución. No fué esto impedimento para que abrazase con entusiasmo la causa de la libertad de su patria, á la cual sirvió con amor, con denuedo y desprendimiento.

Cuando vino la expedición de Morillo á Margarita, Freites se escapó á Santomas, de donde se embarcó para los Cayos, á ponerse á las órdenes del Libertador.

Bolívar, que conocía su mérito, le amaba con predilección. Freites fué del número de aquellos valerosos patriotas que siguieron al Libertador en su heroica y nunca bien admirada expedición. Desembarcó en Carúpano y siguió con el general Piar para Maturín.

Freites fué el jefe de las infanterías en la sangrienta y gloriosa acción del Juncal.

El mérito eminente de este bravo guerrero no consistía sólo en su serenidad y en su brío, sino más que todo en su moderación y en su ejemplar obediencia á los mandatos superiores. Por la patria perdió bienes, familia, rango, comodidades... la vida, en fin! Sostuvo la Casa-Fuerte con heroicidad, y cuando un decreto bárbaro de Moxó le borró del número de los vivientes, ninguna deslealtad, ninguna culpa, ni la más leve, ningún remordimiento vino á amargar sus últimos momentos.

Freites había sido en todos sentidos un modelo acabado de virtudes políticas y morales.

La pluma se resiste á pintar la escena lastimosa de la muerte de Freites... En una parihuela le sacaron para el suplicio, cruelmente herido, ardiendo en fiebre (como que nunca le curaron ni lavaron las heridas), extenuado de hambre y de dolor... Ribas iba al lado, consolándole!

¡Ah, nosotros debemos defender siempre ahincadamente nuestra libertad! ¡Nos ha costado ríos de sangre y dolores amarguísimos!...

la posteridad, para que con el de Boves, Rosete, Morales, Antoñanzas, Luna y otros se cubra de la más odiosa execración (1).

VI.—Anarquía entre los patriotas: Mariño deja sacrificar á los héroes y mártires de Barcelona.

Antes de pasar más allá en el relato de los sucesos históricos, volvamos ahora la consideración al ejército de Mariño y preguntemos con razón por qué no voló en auxilio de los sitiados. ¿Qué hacía que no pudo venir á salvar tantos patriotas, una población entera amenazada de muerte por el más feroz de los expedicionarios?

Bolívar, es cierto, había dado la orden de marcha; pero no se infería de aquí que se desatendiese á Barcelona hasta el punto de abandonarla á sus propios recursos, y esto cuando el Ejército se hallaba á cortas jornadas y le era fácil el auxilio. ¿Qué sucedió, pues, para que el general en jefe se comportase de aquel modo tan extraño y, á la verdad, no exento de cargo?

Bien pudieran las tropas de Mariño (que á corta distancia estaban de Barcelona) venir en ayuda de Freites y de los infelices encerrados en la Casa-Fuerte. Mariño recibió, parte sobre parte, avisos premiosos de Freites, que le informaba de su situación y le pedía socorro con enca-

(1) En la catástrofe de la Casa-Fuerte de Barcelona quedó también sepultado aquel joven inglés, Chamberlain, que seguía con decisión tanta nuestra causa. Por no caer prisionero de los realistas ni verse vejado de Aldama, se quitó la vida con un tiro de pistola. Su esposa, Eulalia Buroz, quedó prisionera de un oficial español, que quiso acariciarla y luego obligarla á faltar á la memoria de su desgraciado esposo; pero ella le dió un pistoletazo, dejando muerto al español á sus pies... En el momento la despedazaron á ella los soldados realistas, que la dejaron desconocida...

recidos ruegos; pero en aquellos momentos se desarrollaban los gérmenes de división que alimentaba el Ejército y se hizo imposible toda acción concertada y generosa. Mariño, cuyas hazañas fueron de extraordinario mérito, aun en aquel tiempo en que eran comunes las proezas, valiente y militar por carácter y constitución, repugnaba servir en Oriente bajo las órdenes del Libertador, y soñaba con volverse á Cumaná al frente de los cuerpos que de allí había llevado para obrar independiente.

Varios jefes y oficiales fomentaron sus propósitos; pero Soublette, Arismendi, Bermúdez y Valdés los contrariaron. Aquel principio de insubordinación y de anarquía causó, naturalmente, graves desórdenes, porque los partidarios de Mariño llegaron hasta propalar el siniestro rumor de que el Libertador había sido asesinado por una guerrilla en el camino de Guayana; noticia que se desmintió á poco por avisos de Monagas, que informó haber pasado por Santa Ana sin novedad.

Y como Mariño quisiese dar nueva organización á las fuerzas que dirigía, Bermúdez y Valdés se opusieron al nombramiento del jefe de Granaderos y de la Guardia de Honor del general en jefe, llegando el escándalo de la porfía hasta tomar aquéllos armas para sostener su oposición. Innecesario es decir que en la viveza de estos propósitos no cabía otra cosa que los propósitos mismos, y cuando Mariño dispuso contramarchar para favorecer á Freites, ya era tarde. El oficial Raimundo Freites, hermano del desgraciado Pedro, con uno que otro fugitivo, se presentaron para decir que Barcelona no existía ya, y que sobre sus ruinas ondeaba el pabellón de Castilla.

La ambición, pues, esa pasión inquieta, egoísta, fué la causa del abandono de aquellos nobles patriotas, mártires de la libertad, que pagaron con su sangre los deseos inmoderados del jefe de las fuerzas republicanas.

Causa extrañeza, que entre los generales que acompañaban á Mariño en su fatal inobediencia, se contase á Urdaneta; no sólo no repugnó este jefe el mando de la di-

visión que le ofreció Mariño, sino que cuando se llevó á cabo la separación, se fué con él para Cariaco. Mariño contrarió abiertamente las disposiciones del Libertador; fraccionó el ejército, y dió el funesto ejemplo de la insubordinación... Urdaneta continuó obedeciéndole!

Arismendi, Armario, Bermúdez y Valdés rompieron con Mariño y regresaron al Chaparro para aguardar las órdenes de Bolívar.

En la Palmita, como atrás se ha dicho, cerca del Chaparro halló el Libertador las divisiones que le fueron fieles. No puede pintarse el dolor que le causó la noticia de la pérdida de Barcelona, y el asombro que le produjo la defección de Mariño.

"¿Hasta cuándo—exclamaba—querrá el general Mariño atormentarnos con su pretensión de mando? ¿No considera el mal que hace á la Patria con esa sed que nada apaga?"

VII.—Nueva expedición española arriba á Venezuela; las dificultades se multiplican para los patriotas; pero la voluntad de Bolívar triunfará de todo.

Las fuerzas que en la Palmita había ascendían á poco más de 500 hombres; con ellas emprendió el Libertador marcha hacia el Orinoco, dejando á Monagas y otros subalternos en diferentes puntos de los Llanos, para inquietar al enemigo.

La estación de las lluvias, que había principiado ya, hizo dificultoso el paso del Orinoco, que al fin se practicó en pequeñas canoas, durante los días 25 y 26 de Abril, dos leguas más arriba de la desembocadura del río Pao.

Destruída Barcelona, separado en defección Mariño, marchita la gloria de la República, saqueados los pueblos

y casi agotadas las subsistencias, sometido el país de Nueva Granada y ocupado en casi su totalidad por los españoles el territorio de Venezuela, Bolívar debía hallar todavía en su esfuerzo recursos capaces para resistir la avenida de males que se preparaba sobre la patria.

Morillo había vuelto del reino de Santa-Fe á exterminar los elementos de la independencia con la firmeza de sus operaciones y la fuerza considerable de sus ejércitos. Fortificó la villa de San Fernando, creó nuevos cuerpos para el reemplazo de las bajas, hizo que el general Latorre se embarcase en el Apure para Angostura con el batallón Chachirí y destacamentos de otros cuerpos, y él mismo salió para el Chaparro á reunirse con el ejército que allí mandaba Aldama.

En la ejecución de estas disposiciones recibió noticias de haber arribado una nueva expedición española al puerto de Cumaná (21 de Mayo), á las órdenes del general D. José Canterac, con los batallones Burgos, dos de Navarra, un escuadrón de lanceros, otro de cazadores y una compañía de Artillería con la fuerza de 2.600 hombres. Canterac debía auxiliar á Morillo en Costa-Firme y pasar en seguida al Perú por Panamá... "Se aumentaron así las probabilidades de la victoria—escribe un autor español—desde que Morillo se vió reforzado por esta brillante división, y desde que pudo contar con la activa cooperación de un jefe tan bizarro, cuya distinguida opinión adquirida en la guerra contra los primeros soldados del mundo, era la más sólida garantía de que había de acreditar en este nuevo teatro, que los timbres de su cuna habían de ser menos brillantes que sus virtudes personales."

Pues bien; nada pudo desconcertar al Libertador: ni la anarquía entre los patriotas; ni la carencia de opinión pública favorable; ni la falta de soldados y municiones; ni su propia autoridad en entredicho; ni las derrotas y constantes fracasos de toda suerte que en aquella época se ensañaron contra él; ni las expediciones europeas que llegaban unas tras otras; ni el dominio de los mares

por la escuadra española y del territorio patrio por las fuerzas de tierra, nada, nada, nada, pudo hacer cejar la formidable voluntad de Bolívar.

Nunca perdió la fe en el triunfo, ni cesó de realizar esfuerzos heroicos é inteligentes para alcanzarlo. *Los venceremos*—decía siempre—*y daremos libertad á la América...* Todavía le faltan horas muy amargas que atravesar; pero á la postre, vencedor de la naturaleza, vencedor de la adversidad, vencedor de la misma oposición de su pueblo, vencedor de los enemigos, Bolívar llegará á ser lo que quiere: el Libertador de América.

CAPÍTULO XXIII

1817

I.—Triunfo del general Piar en San Félix.

Desde fines de 1816, Piar obraba con éxito en la provincia de Guayana, y á mediados de Enero de 1817 llegó á situarse frente á Angostura. Intentó, sin éxito, un asalto contra la plaza, y volvió á sus cuarteles en incapacidad de repetirlo.

¡Tan considerable fué la pérdida que experimentó!

Vínole entonces el pensamiento de ocupar las vastas misiones del Caroní, abundantes de ganado, caballos y otros artículos que pudiera necesitar y de que se proveía el enemigo. Marchó, pues, sin tardanza con parte de su ejército; y, á pesar de alguna resistencia, tomó luego á luego, los celebrados establecimientos de los capuchinos catalanes.

Piar entró en la villa de Upata el 17 de Febrero é inmediatamente reunió en el convento de Caruache (no Carnache), 22 misioneros que había regados por los pueblos, privándolos de influencia y de toda función administrativa. Con esto, los indios, que odiaban de muerte á aquellos padres, apoyaron el partido de los independientes y aun se alistaron en nuestras filas.

Piar conocía cada día más la importancia del territorio del Caroní, almacén y granero de las provisiones necesa-

rias, y se decidió á conservarlo á todo trance. Esa resolución fundamental dió margen á la gloriosa acción de San Félix: triunfo brillante que produjo los más felices resultados para nuestra causa. En aquella sangrienta jornada murieron más de 500 realistas, y el mismo brigadier D. Miguel de Latorre, jefe de las fuerzas españolas, no debió su vida sino al favor de la noche y á la ligereza de su caballo.

Entre los prisioneros se contaron 75 jefes y oficiales incluso el gobernador Ceruti. Dejándose arrastrar por la irritación vengativa de que estaban poseídos entonces patriotas y españoles, mandó Piar matar los 300 prisioneros europeos, no perdonando sino á los criollos. Los despojos en armas, pertrechos, vestuarios y aun en dinero pusieron á Piar y á su ejército en un estado que nunca habían tenido.

II.—Muerte de veintidós capuchinos de las misiones del Caroní.

El 2 de Mayo reunió Bolívar las fuerzas que encontró en el Chaparro, con las de Piar.

Morillo también logró reunirse con Aldama en el Chaparro y pasó revista á un ejército de 6.000 hombres. Sobre lo cual llegaron las fuerzas de Canterac, de que se ha hablado, y las dos corbetas de guerra la *Descubierta* y el *Diamante*.

El Libertador obraba sobre Angostura; pero temía (y de temerse era con razón) que el enemigo atacase por la espalda.

En situación tan erizada de peligros, pareció prudente al jefe del Estado Mayor General, general Carlos Soublette, hacer trasladar todos los capuchinos supervigila-

dos en Caruache á un pueblo interior de las misiones, llamado la Divina Pastora; traslación que se ejecutaría en el caso de un ataque de los realistas.

Dispúsolo así, y en esto nada hubo de reprensible.

Empero, las pasiones de entonces tenían cerrada la puerta á la cordura y á la reconciliación; y cuanto menos autorizadas, era más enardecido su ímpetu. Los dos oficiales á cuyo cargo estaban confiados los religiosos capuchinos los mataron, fiando la ejecución á los propios indios, que tanto les aborrecían. Murieron 22 capuchinos de las misiones del Caroní. Tal era la saña y la mutua crueldad entre patriotas y realistas! Nunca será bastante execrado ese crimen tan antipático é inútil!

Cuando esta nueva llegó á oídos del Libertador escribió al momento un oficio á Piar, concebido en los términos más enérgicos, pidiéndole cuenta de aquel suceso. Hacía á la sazón de secretario de Piar el coronel Pedro Briceño Méndez, y fué éste quien contestó el oficio, rechazando la imputación que podía envolver el sentido de las palabras de Bolívar. Piar lamentaba el suceso y decía al Libertador que se tomarían providencias para hacer juzgar á los autores de la muerte de los padres (1).

Los sucesos militares y políticos que se agolparon en aquella época tan fecunda, impidieron el castigo merecido de los culpables. El Libertador no disculpó los excesos de la delincuente voluntad, antes al contrario, inquirió el suceso, reprobándolo, con ánimo de castigarlo; pero la corriente acelerada de los acontecimientos esparció

(1) Varios enemigos du Bolívar, francos ó encubiertos, han querido hacerle cargo por la muerte de aquellas víctimas ó por no haber escarmentado á los matadores. Lo primero es francamente absurdo; para lo segundo es menester retrotraer el pensamiento á las circunstancias del instante. Baste recordar que un realista tan convencido, hombre de carácter tan férreo y altivo como el obispo de Popayán, don Salvador Jiménez de Quesada, defendió por sí mismo y de manera voluntaria y explícita al Libertador de aquella sombra de cargo. Véase la defensa del obispo en *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. XVIII, pág. 297.

los hombres, creó nuevos accidentes, preocupó los ánimos de diversas cosas.

III.—La anarquía entre los patriotas: el Congresillo de Cariaco.

Pasó el Libertado el Orinoco y lo pasó el ejército, más arriba de la confluencia del Pao, como queda dicho. Pero en aquel punto no había camino, y hubo de abrirse una pica por medio de un espeso bosque, en la cual las tropas avanzaban á proporción que delante de ellas se proyectaba el camino. Sin subsistencias, acosados por el hambre, prepararon carne de caballos para alimentarse, cuando llegó felizmente el coronel Tomás Montilla con auxilios que enviaba Piar. Siguieron la margen derecha del río Aro hasta unirse con las tropas de Piar que estrechaban el sitio de Angostura.

La reunión tuvo lugar á las nueve de la mañana del 2 de Mayo, y Bolívar fué reconocido solemnemente como jefe supremo de la República de Venezuela.

El pensamiento feliz de conducir las fuerzas independientes del otro lado del Orinoco, las salvó de la destrucción de Morillo, que con un ejército superior las habría pulverizado. Ahora, en las selvas inmensas de Guayana, haciendo resonar el grito de libertad, darán á la República una base de operaciones que los realistas no conseguirán destruir.

Cuando el Libertador echaba así los fundamentos del Gobierno bajo la autoridad de un solo magistrado, revestido con plenitud de facultades, cual convenía en aquellos momentos de acción y de unidad, Mariño, que estaba en Cariaco, se prestó á una farsa escandalosa que dió la medida de las extravagancias más ridículas.

El hecho sucedió de esta manera:

Á mediados de Abril se apareció repentinamente en Carúpano el canónigo D. José Cortés de Madariaga, escapado de los presidios de Ceuta, como ya sabemos. Sin noticia de lo que había ocurrido durante su cautiverio, creía este hombre de fuego que las cosas se hallaban en el ser y estado que tenían cuando él abandonó mal su grado á Venezuela. Publicó un manifiesto en que, prescindiendo del estado de guerra en que el país se hallaba, y de las amenazas de Morillo, recomendaba la formación de un Gobierno representativo emanado de la elección nacional, y proscribió las autoridades militares que la revolución había formado, como perniciosos elementos de despotismo.

Pasó luego á Cariaco y se puso de acuerdo con Mariño, partidario de novedades, y aun halló cabida (¿quién lo creyera?), en hombres como Zea, el licenciado Diego B. Urbaneja, Brion y otros de sano criterio y de razón tranquila. En consecuencia de tales sugestiones calurosas de Cortés, Mariño convocó un Congreso, que se instaló en 8 de Mayo en San Felipe de Cariaco y que se compuso sólo de 10 miembros. ¡Como que sólo habían ejercido el derecho de sufragio unos cuantos pueblos y villorrios. Ante ese *Congresillo* (que así se llamó la farsa), presidido por el Sr. Francisco Javier Maíz, se presentó nuestro Mariño vestido de uniforme, y dijo:

"Ciudadanos! Jamás había experimentado satisfacción igual á la que siento en este momento al veros reunidos para tratar de los medios más eficaces de asegurar la salvación del país en las críticas circunstancias políticas que han inducido á nuestro compatriota ilustre D. José Cortés de Madariaga á asumir el mando supremo. En su nombre, pues, tengo el honor de dirigirme á vosotros como segundo en el mando".

Después de algunas reflexiones políticas, escasas de gravedad, como el exordio que dejo copiado, habló Madariaga, que no era hombre para consentir que ninguno hablase en su nombre, y dijo: "Animado por sentimien-

tos de amistad y adhesión hacia los venezolanos y sus nobles compatriotas, particularmente desde 1812, pasaré en silencio la serie de catástrofes que ha arrebatado tantas ilustres personas, de todas edades y sexos, que con sus servicios habían contribuído á engrandecer el país, y que han perecido en la guerra sostenida contra nosotros por los enemigos de la República.

„Pero, informado en mi penosa cautividad, de que era llegado el momento en que la América debía alzarse con toda dignidad para proclamar sus derechos á la faz del mundo, me apresuré á regresar á este suelo para comunicar á mis compatriotas las convicciones que me hacen esperar que la independencia de Venezuela quede asegurada en el presente año y fortalecida por respetables relaciones exteriores dignas de esta preciosa parte del globo.

„Me abstengo, por motivos de delicadeza, de hacer ciertas reflexiones de gran importancia que ya he comunicado en mi correspondencia última al jefe supremo de la República, al señor general Mariño y al almirante D. Luis Brion, que se hallan presentes. En conclusión, recomiendo de nuevo la imperiosa necesidad del establecimiento de un gobierno regular...“ (1).

Con este objeto, Mariño dimitió el cargo de segundo jefe del ejército y tuvo la donosa ocurrencia de renunciar formalmente, á nombre del Libertador Simón Bolívar, “sin dársele nada de que éste aprobara ó desaprobara su conducta“.

El *Congresillo* admitió las renuncias, y creyéndose investido de facultades nacionales, nombró para desempeñar el Poder ejecutivo al general Fernando Toro (que vivía retirado en Trinidad), al coronel Francisco Javier Maíz, y al general Simón Bolívar.

Como suplentes eligió á Zea, Cortés Madariaga y al coronel Diego Vallenilla; advirtiendo que Zea y Mada-

(1) *American State Papers*, vol. IV. pág. 177.

riaga debían entrar inmediatamente en poder por la ausencia de Toro y de Bolívar.

Otros nombramientos hizo también en el ramo judicial; designó la ciudad de La Asunción en Margarita para capital provisoria de la República, tomó juramento á los empleados y se disolvió al día siguiente (9 de Mayo.) El enemigo andaba cerca.

Antes de separarse, y como en recompensa del sacrificio que había hecho Mariño renunciando la segunda jefatura del ejército, le nombró el Congreso jefe superior de las armas.

Nada de esto tenía semblante de duración ni de verdad. El objeto de los promovedores del Congresillo de Cariaco había sido desconocer á Bolívar; pero Bolívar era la independencia, y desconocerlo equivalía á abandonar toda esperanza de libertad.

Por otra parte, Bolívar era un compuesto de elementos tan diversos; había en él tantas virtudes, tanto grandor, tanto genio y tanto esfuerzo; había aprendido ó adivinado tantas cosas en el comercio de los hombres y en el manejo de los negocios, que era el todo en la guerra y el todo en la política.

No podía prescindirse de él en nada ni por nada; así que la farsa del Congreso no tuvo resultados, y muy pronto, en cuanto amenazó el enemigo y aun antes, fueron olvidadas las trazas mezquinas de Cariaco. Esto no obstante, Mariño envió una Comisión cerca de Urdaneta, que mandaba en Cumanacoa algunas fuerzas, pidiéndole su asentimiento á los acuerdos del Congreso; mas Urdaneta se denegó á darlo. Hizo lo mismo el sargento mayor Gerónimo Sucre, y ambos, con el mayor Francisco Portero, el coronel Antonio José Sucre, y 30 oficiales más, no sólo rehusaron conocer á Mariño como *generalísimo*, sino que se marcharon á Guayana á unirse con Bolívar, no obstante haberles salido aquél al encuentro y el empeño que se dió para disuadirles de su intento y obligarles á quedarse.

Por su parte, el Libertador desconoció, como debía, la asamblea de Cariaco; y Morillo, que en vez de marchar contra Guayana, adoptó el absurdo pensamiento de ir contra Cumaná y Margarita, acabó de disolver aquel fomes de discordia y de anarquía. Brion recibió orden del Libertador para penetrar con su escuadrilla en el Orinoco, y se apresuró á cumplirla, no obstante haber sido miembro de Congreso por debilidad, trayendo, para rendir á Guayana, lo único que necesitaba Bolívar, es decir, escuadra.

El mismo Cortés Madariaga, bullicioso artífice de aquella traza, no permaneció en el Continente, y ya para Noviembre se hallaba en Kingston (Jamaica), desde donde proyectó viaje á Chile, su patria, según carta que escribió al general D. Bernardo O'Higgins y que se lee entre los documentos de la biografía de aquel ilustre general, pero cuyo viaje tampoco se realizó.

Desde la Mesa, frente á Angostura, escribió el Libertador á los emigrados de las Antillas (mediados de Mayo): "La llegada del almirante con su escuadrilla á las bocas del Orinoco pondrá muy en breve en nuestro poder las dos Guayanas, que yo había resuelto asaltar, y cuya operación he suspendido porque con este auxilio estamos ciertos de triunfar á la vez por mar y por tierra."

Y comunicándoles nuevas de importancia para alentar su esperanza, les decía que los generales Zaraza y Monagas molestaban al enemigo con sorpresas y hostigamientos en las provincias de Barcelona y Caracas, y que todos los días se mejoraba el estado de nuestras cosas, á pesar de los reveses. "El general Mariño—continuaba—tiene un brillante ejército en Cumaná... La victoria que ha obtenido el general Piar en San Félix es el más brillante suceso que hayan alcanzado nuestras armas en Venezuela... Ahora más que nunca debemos confiar en la fortuna, ya que empezamos la restauración de Venezuela por donde debemos: *por el Orinoco y por los Llanos*" (1).

(1) Véase la carta al coronel L. Palacios, de 16 de Mayo de 1817.

Notable es esta carta por más de un respecto.

El Libertador habla de las glorias de Piar con entusiasmo. La innata rectitud de su ánimo no le dejaba declinar á las imperfecciones y vicios de la mezquina envidia, ni á las inquietudes y recelos de la común rivalidad. Habla del brillante ejército de Mariño, como si le estuviera sometido. Es esa prudencia. Tanto madrugaron en Bolívar las luces del alma, que, joven aún, ostentaba los primores de la discreción y tenía asentado crédito de reflexivo y substancial. La defección de Mariño era una veleidad pasajera, un desliz de la cordura, y no había ni para qué noticiarlo. Bolívar sabía que la resolución errada no induce obligación, y esperaba que el jefe oriental volvería, como luego volvió, sobre sus pasos desde que sospechase el desacierto de su empresa.

IV.—Organizando la administración y la guerra.

En aquellos mismos días, nuestras flecheras, al mando del coronel Armario, sorprendieron el apostadero de la isla de Fajardo, apoderándose de una cañonera, una balandra, dos flecheras, veintisiete cañones y otros efectos de guerra. y el Libertador se confirmó más y más en el dictamen que *la operación que importaba era apoderarse del río, con lo cual la posesión de ambas Guayanas era infalible.*

Así lo escribía al general Soublette.

El 26 de Mayo partió de San Miguel, donde se hallaba, para la vieja Guayana, con el fin de examinar cuidadosamente los castillos y ver las operaciones que pudieran emprenderse. "No he resuelto—decía al mismo jefe que acabamos de nombrar—si después marcharé rápidamente á Upata ó á este cuartel general para conducir yo mismo el

ejército; de todos modos, usted deberá tener todo prevenido, como si en el acto fuesen á marchar" (1).

El 30 ocupó nuevas posiciones para bloquear los dos castillos de la vieja Guayana, y esperando siempre á Brion, á quien dirigió más urgentes invitaciones, fijó su cuartel general en San Félix. Así, la izquierda bloqueaba las fortalezas mencionadas; la derecha, compuesta en su mayor parte de Caballería, sitiaba á Angostura; el centro ocupaba á San Miguel y al pueblo de Caroní.

En San Félix expidió el Libertador el célebre decreto de Consejos de guerra, fijando el modo de conocer y determinar las causas militares (7 de Junio). Este reglamento era necesario para establecer un orden general de juicios que se observase en todos los ejércitos y guarniciones de la República, y para que por un método sencillo y breve pudiesen decidirse las causas criminales militares. Con él cesaron la arbitrariedad de los castigos particulares, la de los trámites diversos y de los procedimientos extraños é inconsultos.

El Libertador recomendó en el último artículo que se abreviasen los juicios *sin faltar por eso á las formalidades que los hacen justos.*—Tal prevención parece á primera vista innecesaria; pero es provechosa siempre, desde que se considere que las formas son la garantía de la verdad, la positiva base de la justicia y el gran baluarte contra la arbitrariedad del juez.

En San Félix recibió el Libertador una carta de Brion que le aseguraba salir de Pampatar el 31 de Mayo con la escuadra de su mando y la escuadrilla sutil que regía el valiente margariteño Antonio Díaz, y que se situaría sobre el Guarapiche. Con esto y la noticia de que Morillo iba sobre Margarita, se consagró á activar las operaciones para libertar á Guayana, antes que el ejército español regresara de aquella isla.

Cumpliendo estos trabajos tan perentorios, se vió en la

(1) Carta de 25 de Mayo de 1817.

dura necesidad de apagar el incendio que por momentos quería producirse al favor de las chispas de anarquía que salían de Cumaná.

El suceso de Cariaco encontró simpatías en Piar y en otros jefes que anhelaban por mando absoluto y medros inmediatos. Arismendi trató de reunir algunos militares de elevado rango para formar otro Gobierno en contraposición al que residía en Margarita. Impelido de un generoso intento, podía acaso este jefe haber producido males inmensos, dividiendo la República en dos partidos.

El Libertador escribió inmediatamente al general Pedro Briceño Méndez, que era secretario de Piar, diciéndole que había sabido por tras manos lo que ocurría... "Esas son locuras para perdernos—agregaba—; ¿y para qué tal mutación? El ejército me obedece; Monagas, Zaraza y Rojas me estiman y me acatan por un milagro de fortuna para la República. Después, y aun ahora, cada uno, se creerá con derecho para mandar en jefe. Cada uno tiene derecho para mandar y deseo de ello; y como lo enseña la Historia, no ha habido en el mundo una elección hecha por militares, que no se haya decidido con las armas en la mano y á costa de mucha sangre... Haga usted esto presente á Piar; y si esto no bastare, esperemos males horrorosos de mil especies" (1).

Por fortuna las cosas no pasaron entonces más adelante, gracias al enemigo, cuyas amenazas exigían de nuestra parte unión y la renuncia absoluta de todas las pasiones y de todas las temeridades.

Conociendo el Libertador las grandes dotes de Arismendi, su desvelo por la Patria, su genio activo y amigo del cumplimiento y del trabajo fructuoso y eficaz, le confió la construcción de baterías y la organización de las fuerzas sutiles que en el río debían hostilizar á los españoles y unirse á la escuadrilla de Brion. Con sólo algunos carpinteros de ribera y otros comunes, superando todas

(1) Carta de 13 de Junio.

las dificultades que ofrecía la carencia de elementos necesarios, pudieron botarse al agua tres ó cuatro flecheras, que mandaba el capitán Rodríguez.

Brion apareció en el Orinoco.

El Libertador dispuso que los buques pequeños que tenía armados en guerra salieran á unirse con los de la escuadra del almirante. La operación era arriesgada, porque nuestras flecheras, construídas en la parte de arriba, debían pasar por medio de la escuadra enemiga que cerraba el Orinoco.

V.—La sorpresa de Casacoima.

En la noche del 2 de Julio pasaron (sin ser sentidos) nueve embarcaciones; pero dos tuvieron que retroceder, ya puestos en alarma los españoles. La escuadra realista, que era superior, persiguió á la nuestra, la cual se vió obligada á refugiarse en el caño de Casacoima, á la orilla derecha del río.

El Libertador hizo marchar un destacamento que diese auxilio á los buques en caso de ser atacados; y no contento con esto, fué él mismo en persona á esperar el resultado. (4 de Julio.) Informado el enemigo, ó bien adivinando el intento de Bolívar, desembarcó por su parte una pequeña fuerza poco más arriba de la boca del Caño, ejecutando su operación sin ser sentido, y con esto quedó falseado el destacamento por la espalda.

Bolívar estaba con los generales Arismendi, Pedro León Torres, Soublette, Jacinto Lara, Briceño Méndez y otros jefes, á alguna distancia de la tropa, y era natural que los españoles dieran con ellos antes que con ésta. La sorpresa fué grande, tanto como inminente el riesgo. Alcanzáronse á ver los enemigos cuando tiraban á quema ropa. León Torres y dos más tuvieron espacio y buen discurso

para tomar sus caballos y escaparse; Bolívar y los otros, sacados de tino, se arrojaron al estero, ocultándose en una rebalsa del Orinoco. Salváronse allí, por cierto, milagrosamente, pudiendo los enemigos acabar con ellos, cazándolos como ánades. Unos tiros que hicieron nuestros soldados al oir los del enemigo, contuvieron á éste, que se reembarcó sin haber obtenido más resultado que el de poner en aprieto á nuestros jefes.

Cuéntase que el Libertador creyó tan imposible salir bien de aquel azar, que llegó hasta desnudar su garganta y preparar un puñal para degollarse antes que caer en manos de los españoles.

Es incuestionable que la imprudencia con que el Libertador arriesgó su vida, sin tomar precauciones para alejar de sí todo peligro, y cómo por una inexperiencia ó ligereza juvenil pudo ser de fatales consecuencias para él y para la República. En aquellas pequeñas facciones de armas ó encuentros parciales, de los cuales, dice Polibio, no puede depender la suerte de la guerra, el que manda debe estar siempre alejado...

Aníbal parece de todos modos un perfecto capitán, añade este historiador; pero en lo que más debe ser admirado es en que, durante tantos años de guerra y al través de circunstancias tan diversas, logró, por su habilidad en las acciones parciales, hacer caer en sus redes al enemigo, y éste no pudo hacerlo caer á él en batallas campales tan numerosas y considerables (1).

Ineficaces diligencias fueron las de Bolívar en aquel día, porque, al fin, la escuadrilla española, entrado en el caño de Casacoima, rindió nuestras flecheras, salvándose en tierra la tripulación.

La noche la pasó el Libertador con sus compañeros en el estero cercano á aquel sitio donde pudo hallar una muerte sin gloria. No turbado de la fatalidad que acababa de amenazarle, les hablaba con entusiasmo y lleno de

(1) Polib., lib. X, 33.

inspiración sobre sus futuras campañas, que libertarían á Cundinamarca y Quito, y que, trasladándose luego al Perú, á la tierra del sol, llevaría victoriosa hasta el Potosí la bandera de la redención.

Tales ideas, que constituían el fondo de la preocupación constante de Bolívar, parecieron entonces delirios de una imaginación enferma y tan extravagante, que el capitán Martell, que las oía, fué á decir á otro de los compañeros: "Ahora sí que estamos perdidos: el Libertador está loco" (1).

V.—Combate fluvial de Pagallos.

Con la pérdida de nuestras flecheras no quedó un solo buque armado de los que había hecho construir Bolívar, y en cuya construcción tanto se esmeró Arismendi; pero Brion estaba en el Orinoco con cinco bergantines y dos goletas á sus inmediatas órdenes, y cinco flecheras que mandaba Díaz y que recorrían el caño Macareo.

Aconteció, pues, que como los españoles buscasen nuestras fuerzas sutiles, con diez y seis flecheras, sorprendieron á dos cerca del apostadero de la Vieja Guayana, y favorecidos por el viento y la fuerte corriente del río consiguieron apoderarse de ellas, pasando á cuchillo la tripulación, excepto uno ú otro que logró salvarse como por milagro. Noticioso del desastre Antonio Díaz, salió á buscar al enemigo con las tres fustas que le quedaban, lo encontró en el sitio denominado Pagallos, y lleno de audacia, abordando ya á un buque, ya á otro, haciendo prodigios de valor y degollando sin piedad cuanto caía en sus manos, recobró sus dos flecheras, tomó dos más al

(1) Véase la hermosa página de JUAN VICENTE GONZÁLEZ: *Bolívar en Casacoima*. Apéndice á la *Biografía del general José Félix Ribas*. ed. Editorial-América. Madrid, 1917.

enemigo y echó cinco á pique. Huyeron los realistas, y su pérdida habría sido irremediable si Díaz pudiera perseguirlos.

¡Glorioso combate, cuyo suceso espantó á los enemigos, y en el cual ostentó el margariteño Antonio Díaz un valor que raya en los términos de lo increíble!

La navegación del Orinoco quedó abierta. Brion, con sus naves, lo subió hasta Casacoima, donde fué Bolívar á encontrarle. ¡Qué alegría! ¡Qué momento de regocijo indefinible! Aquel fausto acontecimiento aseguraba el resultado pronto del sitio de Angostura.

VI.—Los españoles abandonan la plaza fuerte de Angostura y los patriotas ocupan toda la Guayana.

Para resguardar la escuadra, que aún era menor que la realista, el Libertador mandó construir un fuerte que tituló *Brion*. Dirigíalo como ingeniero el capitán Pasioni, bajo las órdenes de Arismendi. Recogiéronse todos los carpinteros, herreros, fraguas y demás objetos necesarios, y se trabajó con tal actividad, que en breve se erigieron baterías capaces de defender el punto.

Las cartas que en aquellos días escribía el Libertador al general Soublette, desde Casacoima, revelan su provisión y el prolijo cuidado que ponía hasta en lo más mínimo. Orden para meter el ganado en la montaña por el camino de Altagracia, si el enemigo amenazaba tomarlo; orden para secuestrar todo el sebo para la escuadra; orden para recoger oficiales de Marina y Artillería; para juzgar al teniente Defourneau por delitos contra la obediencia militar; para mejorar el servicio de los indios de Puga; para perseguir á los herreros desertores; orden para ocupar las fortalezas y tomar pieles necesarias á las lanadas

que faltaban al servicio de la artillería; orden para salar la carne de carnero y procurarse bestias enjalmadas; para continuar los trabajos del astillero en San Miguel...! ¡Y esto construyendo buques; levantando fuertes; sitiando la plaza de Angostura.

La noticia de la presencia de Brion en el Orinoco, la pérdida del combate de Pagallos, y lo estrecho del cerco que se le hacía en Angostura determinaron al general español D. Miguel de Latorre á evacuar la plaza de Angostura y las fortalezas de la Vieja Guayana.

Después del triunfo de San Félix, que tan decisivo fué para los patriotas, corrió precipitadamente el jefe realista á encerrarse en aquella ciudad de Angostura, que domina al Orinoco. Contaba acaso con socorros terrestres, que no los tuvo, para sostenerse; y aguardándolos en vano, y sosteniéndose heroicamente llegó el caso de consumir los alimentos más groseros é inmundos.

Al fin, convencido de la temeridad de tan inútil resistir, abandonó la plaza el día 17 de Julio de 1817, yéndose con el gobernador D. Lorenzo Fitz-Gerald, los empleados civiles, la guarnición y algunas personas adictas á la causa del rey, á la isla inglesa de Granada (1).

Bermúdez, que dirigía el sitio, ocupó la capital de Guayana, y fué el primero que, dentro de sus muros, dió el grito solemne de *¡Viva la Independencia!*

Los españoles perdieron con Guayana la posición militar más importante de Venezuela, inclusos Calabozo y San Carlos. El Libertador reputó aquel acontecimiento como el más feliz para los patriotas. "Esta provincia—escribía al marqués del Toro—, en Trinidad, es un punto

(1) El comportamiento del último gobernador de Guayana, don Lorenzo Fitz-Gerald, fué humano y caballeroso, y por esto mereció la orden dada por el almirante Brion, en 9 de Julio, para que, en el caso de caer aquél prisionero, se le tratara *con las consideraciones debidas á un jefe republicano.* Cuán á menudo mostraron nuestros próceres liberalidad y nobleza de condición, aun en aquellos mismos días en que más crudo y fiero andaba el azote de la guerra, y cuando más motivos de represalia daban tántos jefes y oficiales españoles!

capital, muy propio para ser defendido y más aún para ofender. Tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa-Fe, y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca.

„Además poseemos ganados y caballos, y como en el día la lucha se reduce á mantener el territorio y á prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor“ (1).

Estas palabras dan la medida de la sagacidad y de la vista militar del Libertador.

VII.—El general Morillo abandona la isla de Margarita, llamada también por su heroísmo Nueva Esparta.

Por ese mismo tiempo, Morillo estrellaba con furor sus numerosas y aguerridas huestes, contra la indomable Margarita, ¡y las estrellaba inútilmente!

Buscaba Bolívar base de operaciones militares para el cumplimiento de los grandes hechos que libertaron la América; Morillo, perdió en una isla lo más florido de su ejército, teniendo que evacuarla al fin, para no volver á pisarla nunca...!

Margarita fué el sepulcro de aquel brillante ejército expedicionario. Los bravos insulares, enemigos acérrimos de la opresión hispana, y resueltos á vivir libres en su Nueva Esparta, pelearon con ímpetu asombroso. Morillo los pintó al rey como *gigantes, combatiendo como tigres, y presentándose al fuego y á las bayonetas con un ánimo de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo...!* (2).

Á Madrid envió original la contestación que recibió del

(1) Carta del 6 de Agosto de 1817.

(2) Véanse las *Gacetas de Madrid* de fines de Enero de 1818.

general Francisco Esteban Gómez cuando le intimó la rendición de la isla, y terminaba diciendo al rey: "¡Juzgue Vuestra Majestad!" (1).

Ciego de furor Morillo, deseando castigar tanto denuedo, preparábase á envolver la isla en planes horribles de devastación y ruina, cuando recibió el aviso de que Bolívar estaba en Guayana, ocupando la capital, que habían abandonado Latorre y Fitz-Gerald.

En el mismo día comunicó el capitán general de Caracas, D. Juan Bautista Pardo, los progresos que hacían los *insurgentes en todas direcciones*, y tan crítica se representó á Morillo la situación de las cosas, que en el acto trató de volverse al Continente. Dió órdenes á Aldama para que dejara á Barcelona, degollando primero á varios individuos que se habían acogido á su indulto (lo cual fué una pascua para Aldama); destruyó las fortificaciones de Juan Griego; ejecutó atrocidades que horrorizan, y se vino á La Guaira con sus fuerzas y 700 heridos.—Ya á bordo, mandó Morillo degollar unos indultados á quienes había asegurado la vida Montenegro. Las goletas españolas *Morillo* y *Felicidad* fueron capilla y plaza de suplicio para aquellos desgraciados, cuyo delito era ser americanos y amar la libertad.

La ocupación de Angostura por los patriotas dió á Morillo serias inquietudes. Allí se prepara Bolívar—decía—

(1) Esta respuesta de los margariteños, es digna de figurar entre los documentos más preciosos de la historia patria. Dice así:

«Al excelentísimo general D. Pablo Morillo.

»Los espartanos de Colombia han visto con admiración el parlamentario inesperado que V. E. les ha enviado.

»Los espartanos de Colombia no se aterrorizan con la presencia del ejército formidable que V. E. tiene á sus órdenes.

»Los espartanos de Colombia combatirán hasta perder sus vidas; y si V. E. fuere vencedor, será señor de las cenizas y lúgubres vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor. Con eso se complacerá su tirana ambición, mas no con dominar jamás á los ilustres defensores de la Nueva Esparta.

»Cuartel general de La Asunción, Julio 31 de 1817.—Francisco Esteban Gómez.—Secretario: José María Guerra.»

para una empresa de gran momento y resultado. El Libertador había dicho que era *la restauración de Venezuela*... y podía ser en efecto.—Si no bastaron tantas infelicidades, tantos vencimientos, para hacer que los independientes, bien que destrozados, aflojasen de sus propósitos, ¿qué sería ahora, dueños de Guayana, adornados de lauros en San Félix, persistentes con felicidad en Margarita, vencedores en Apure...?

VIII.—La anarquía entre los patriotas: Piar.

Las maniobras ridículas del Congreso de Cariaco hallaron, como atrás se ha dicho, simpatías en Guayana. Piar, caudillo heroico y vanidoso, las vió con gusto. Figurábase obtener de Mariño el mando superior del ejército de Guayana. Sus triunfos recientes en el playón del Juncal y en San Félix, donde se mostró tan bravo como inteligente capitán, parece que le desvanecieron, y comenzó á imaginarse el único digno de la dirección de la guerra y del ejercicio supremo de la autoridad. Bolívar, que estimaba su mérito, no obstante que conocía la altivez de su carácter y su irritable vanidad, le ascendió á general en jefe y le trató como amigo.

Cuando la farsa de Cariaco, le habló despacio, y con aquel caudal de razones, unas más urgentes que otras, que hallaba siempre á mano el Libertador. — Piar vino á San Félix, monumento de su gloria, donde tenía el Libertador su cuartel general, y al parecer se retiró de acuerdo; mas, en complot con otros jefes, trató de ganar algunos para que se estableciera en Guayana un Consejo que limitara la autoridad suprema de Bolívar, y vertió palabras que manifestaron el sinsabor secreto que lo devoraba.

Bolívar le escribió amistosamente, y con su habilidad de siempre hizo encallar el tal proyecto, dando sólo á en-

tender que lo conocía. Algunos consejos y reprensiones bastaron para disipar aquella nube. Pero Piar, ya demasiado adentro en el camino de la ambición, cerró los oídos á todo propósito de obediencia y disciplina, y como el éxito del jefe supremo era un apretón de cordeles al mal afecto de que estaba poseído, determinó separarse del Ejército y conspirar resueltamente para destruir al Libertador y con él á la República.

Pretextó hallarse enfermo y pidió con instancia un permiso para ir á curarse fuera del territorio. Dijo primero que á Curazao, su patria; luego que á Barbada ó Trinidad. Negóselo Bolívar, bien porque creyese á Piar necesario en el ejército, ó porque advertido de su secreto disgusto, no quisiese aumentarle, dándole pretextos para quejarse de ingratitud ó deservicio.

A tiempo que Piar se decía enfermo y movía cuantos resortes estuvieron á su alcance para obtener el permiso de separarse del Ejército, se quejaba del Libertador, sufría con impaciencia su autoridad y excitaba los celos de Mariño, de Bermúdez, de Arismendi y otros, diciendo que no eran apreciados dignamente sus importantes servicios, porque herían el amor propio de Bolívar... Éste, fastidiado, por último, de los empeños que Piar hacía por conseguir su separación, le dió, mal su grado, el 30 de Junio, en San Miguel, el retiro solicitado, nombrando al general Bermúdez para reemplazarle.

No bien hubo Piar obtenido su licencia, se marchó; pero no á Trinidad ni á Curazao, como había dicho, sino á la villa de Upata, donde comenzó á desarrollar sus anárquicos proyectos. Hablaba ignominiosamente del Libertador, tirando á arruinar su crédito, llamándole *cobarde* y *ambicioso;* promovía la división entre los jefes, titulando á unos "libres" y á otros "siervos" (éstos eran, naturalmente, los subordinados á la autoridad de Bolívar); excitaba la tropa á la desobediencia, y, lo que es peor, revivía en el ejército la rivalidad de colores, concitando el odio inextinguible entre las razas.

Ocupada Angostura, vino Piar á ella, y cada vez más enconado y ciego, interesó el amor propio de Bermúdez, escribió á varios jefes pardos, induciéndoles á desconocer la autoridad de Bolívar y á *establecer la República de hombres libres é iguales que éste odiaba*, todo conforme al plan atroz y absurdo que había concebido.

Enterado el Libertador de lo que ocurría, no quiso, sin embargo, darse por entendido de las tramas subversivas de Piar y le escribió amistosamente, llamándole á ocupar su puesto en el Ejército.

Piar no contestó.

Entonces mandó el Libertador al general Bermúdez que le intimase la orden de presentarse en Casacoima (cuartel general), y si no obedecía, que le remitiera preso con seguridad; y al general Soublette le escribió que previniese á los comandantes del tránsito de Caruachí hasta aquella línea que velasen sobre la conducta de Piar é impidiesen que tomara otra dirección que no fuera la del cuartel general.

Piar, al saberlo, se escapó á Maturín. Allí se puso al habla con Mariño, que estaba en abierta disidencia, continuó en sus intrigas y comenzó á juntar soldados para resistir.

La situación era peligrosa en extremo, por la audacia y valentía de Piar y por los resortes delicados que había movido para adquirirse prosélitos.

"Piar era un hombre audaz y fuerte—escribe Baralt—, estaba resentido y meditaba usar armas de una naturaleza destructora; hombres igualmente ambiciosos é inquietos, igualmente ignorantes é indóciles, igualmente enemigos de todo freno y disciplina, podían muy bien, llevados del ejemplo, de la fama del caudillo y de geniales propensiones, unirse á la empresa y levantar el pendón de la desobediencia; la tropa adicta á Piar, que la había conducido á la victoria, y mandada por jefes de su misma clase, no daba mucha garantía de subordinación y de lealtad; pueblo no había; la miseria era espantosa; ella y la peste pro-

ducida por el sitio en Angostura tenían abatidos los ánimos en el poblado y en las filas.

„En esta situación, propicia para hacer triunfar una novedad cualquiera que condujese á variar el orden de cosas existente, ¿cuáles eran los auxiliares de Bolívar? Unos pocos jefes adictos de buena fe á su persona, amigos del orden y suficientemente instruídos para ver en su conservación la mejor esperanza de salud. Veamos, con todo, lo que hizo.

„Su primera medida fué poner á las órdenes de Urdaneta, en la Vieja Guayana la división que se llamaba Piar, autorizándole para mantener en ella la más severa disciplina y para proceder en juicio sumario contra cualquier individuo que se mostrase adicto á los proyectos nuevamente descubiertos. Después convocó todos los generales y jefes del ejército á una junta de guerra, en que su autoridad fué reconocida de una manera explícita y solemne.

„Seguidamente destinó á Cedeño y á otros varios jefes, de los mismos que Piar había intentado seducir, para que con una columna de Caballería siguiesen en su alcance y le prendiesen. Escribió á todas partes; envió comisionados por doquiera; á unos jefes halagó; de otros (los más temibles, por cierto, y sospechosos) hizo entera confianza; y por fin, oponiendo á tan eminente peligro una proporcionada fortaleza, alentó á sus amigos, á sus enemigos puso miedo y á todos probó ser digno del puesto que ocupaba.

„Esta prudente conducta tuvo el efecto que podía desearse, y Piar, abandonado por todos, se fué á Aragua de Cumaná, buscando la protección de los descontentos adictos á Mariño. Cedeño y los comandantes Juan Francisco Sánchez y Juan Antonio Mina, encargados de prenderle, le encontraron en aquella población escoltado por un cuerpo numeroso de Caballería á las órdenes del intrépido Francisco Carmona; pero instruído éste de las órdenes del Libertador, no hizo resistencia alguna, y Piar fué luego al punto arrestado y conducido á Angostura con

todas las atenciones debidas á su clase y su desgracia.

„Principiada luego y sustanciada la causa por sus trámites, se reunió el Consejo de guerra de oficiales generales en el alojamiento del almirante Brion, su presidente; eran vocales los generales de brigada Pedro León Torres y José Antonio Anzoátegui, los coroneles José Ucroz y José María Carreño, y los tenientes coroneles Judas Tadeo Piñango y Francisco Conde; fiscal el general Carlos Soublette; defensor el coronel Fernando Galindo. El tribunal, según las actas del proceso, dió su sentencia el 15 de Octubre de 1817, condenándole unánimemente á muerte, con degradación militar, por los crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción.

„El jefe supremo la confirmó en su primera parte, no en la segunda, y el día siguiente, por la tarde, y á presencia de todo el ejército, recibió Piar la muerte con la misma serenidad é intrepidez que en todo tiempo y ocasión había mostrado.

„Tal fué el desgraciado término á que se vió conducido Piar por su índole inquieta y soberbia, y por el engreimiento de sus servicios, realmente esclarecidos, en la guerra de la independencia. Su muerte, por más que digan algunos émulos miserables de Bolívar, que se han querido convertir en ecos de los realistas, fué justa é impuesta legalmente. Los hombres que denunciaron á Bolívar sus proyectos *(de Piar)* presentando sus cartas, habían servido á sus órdenes, pertenecían á su división y eran sus amigos ó sus hechuras: tales fueron Cedeño y su secretario el teniente coronel José Manuel Olivares; Sánchez, el coronel Manuel Salcedo y otros; entre los que compusieron el Consejo de guerra, Brion, su paisano, debía tener y tenía, en efecto, por él más de un motivo de simpatía, ó por lo menos de consideración; Torres y Anzoátegui habían sido ascendidos por él á generales después de la batalla de San Félix. Éstos, los demás vocales y el fiscal, eran hombres de verdad, valor y conciencia, incapaces de cometer un vil asesinato; la ejecución, en fin, fué pública, hecha por

sus propios soldados y en ocasión de ser éstos mandados por jefes que, como Bermúdez, no tenían el más pequeño interés en sancionar con su aprobación ó su silencio aquel terrible escarmiento, si hubiera sido injusto" (1).

El Libertador publicó al otro día de la muerte de Piar una proclama en que decía al ejército:

¡Soldados! Ayer ha sido un día de dolor para mi corazón. El general Piar fué ejecutado por sus crímenes de lesa patria, conspiración y deserción. Un tribunal justo y legal ha pronunciado la sentencia contra aquel desgraciado ciudadano, que embriagado con los favores de la fortuna y por saciar su ambición, pretendió sepultar la patria entre sus ruinas. El general Piar, á la verdad, había hecho servicios importantes á la República, y aunque el curso de su conducta había sido siempre la de un faccioso, sus servicios fueron pródigamente recompensados por el Gobierno de Venezuela.

Nada quedaba que desear á un jefe que había obtenido los grados más eminentes de la Milicia. La segunda autoridad de la República, que se hallaba vacante de hecho, por la disidencia del general Mariño, iba á serle conferida antes de su rebelión; pero este general, que sólo aspiraba al mando supremo, formó el designio más atroz que puede concebir una alma perversa. No sólo la guerra civil, sino la anarquía y el sacrificio más inhumano de sus propios compañeros y hermanos se había propuesto Piar.

¡Soldados! Vosotros lo sabéis. La igualdad, la libertad y la independencia son nuestra divisa. ¿La Humanidad no ha recobrado sus derechos por nuestras leyes? Nuestras armas, ¿no han roto las cadenas de los esclavos? La odiosa diferencia de clases y colores, ¿no ha sido abolida para siempre? Los bienes nacionales, ¿no se han mandado repartir entre vosotros? ¿La fortuna, el saber y la gloria no os esperan? ¿Vuestros méritos no son recompensados con profusión, ó por lo menos con justicia? ¿Qué quería, pues, el general Piar para vosotros? ¿No sois iguales, libres, independientes, felices y honrados? ¿Podía Piar procuraros mayores bienes? No, no, no. El sepulcro de la República

(1) R. M. Baralt: *Historia de Venezuela;* vol. I, págs. 325-326.

lo abría Piar con sus propias manos para enterrar en él la vida, los bienes, el honor de los bravos defensores de la libertad...

. . . . . .

¡Soldados! El cielo vela por vuestra salud, y el Gobierno, que es vuestro padre, sólo se desvela por vosotros. Vuestro jefe, que es vuestro compañero de armas, y que siempre á vuestra cabeza ha participado de vuestros peligros y miserias, como también de vuestros triunfos, confía en vosotros; confiad, pues, en él, seguro de que os ama más que si fuera vuestro padre ó vuestro hijo.—**Simón Bolívar.**

Cuartel general en Angostura, Octubre 17 de 1817.

Los efectos del enérgico proceder del Libertador fueron grandes, inmediatos y saludables á la República. Las tropas se moralizaron, la autoridad quedó más firme, todo marchó con más severa disciplina, confesando amigos y enemigos que las discordias y rivalidades habrían conducido inevitablemente los patriotas á la afrenta del patíbulo que Morillo tenía levantado por todas partes (1).

El Libertador decretó también la prisión de Mariño y cometió el encargo de prenderle al general Bermúdez, nombrando á éste comandante general de la provincia cu-

(1) El general Manuel Piar, uno de los jefes más apuestos y denodados de nuestra guerra de independencia, nació accidentalmente en la isla de Curazao en 1782. Sus padres, de origen venezolano, eran pobres y trabajaban para vivir. Este caudillo, que salía de las honradas y humildes clases del pueblo, tenía una aversión profunda por las profesiones mecánicas, sobre todo por la de carpintería, que fué la de su padre y de su abuelo. Á los quince años vino á Venezuela. Recorrió algunas de las Antillas buscando fortuna, sin hallarla, hasta la revolución de Caracas en 1810. Tomó entonces servicio y mereció del general D. Francisco Miranda los primeros ascensos en su carrera. Piar era valiente, y su bravura inspiraba confianza á sus soldados. Poseía talento natural; pero no tenía nociones científicas ningunas. En 1812 acompañó á Mariño en sus empresas de Oriente, y en 1813 y 14 se señaló por su ímpetu en la guerra y por su amor á la causa de la independencia. Murió de treinta y cinco años, lleno de robustez y de esperanza. La ambición y el orgullo le perdieron. La muerte de Piar fué muy sentida en el ejército; pero no hubo uno solo que no reconociera la justicia con que se había infligido aquella terrible pena.

manesa. Por fortuna, Mariño dejó el mando y se pasó á Margarita, destruyendo con su ausencia el motivo permanente de culpabilidad. Bermúdez recordó su antigua amistad con Mariño, intercedió por él y obtuvo de Bolívar que no le persiguiese.

IX.—Bolívar crea la capital provisoria de la república y organiza la administración del Estado.

Antes de la ejecución de Piar, y conforme al decreto y reglamento de *confiscación y secuestro de bienes españoles*, dado en 3 de Setiembre de aquel año, promulgó el Libertador la ley sobre reparto de bienes nacionales entre los militares de toda clase de la República, como recompensa á tantos servicios no siempre retribuídos económicamente, por las circunstancias angustiosísimas de la revolución y su extrema penuria.

Luego instituyó el Consejo de Estado para que la República fuese gobernada según las bases de la política moderna, cuyos principios capitales son la división y el equilibrio de los poderes. Al efecto, congregó en el palacio del Gobierno, en Angostura (10 de Noviembre), á los patriotas Brion, Zea, Soublette, Anzoátegui, Montilla (Tomás), que era gobernador de la plaza, Peñalver, Antonio Díaz, Conde, Olivares, Lecuna y otros; les manifestó el estado de la República y que, existiendo sólo por el momento, en aquella vida de constante campaña, el Poder ejecutivo, era indispensable establecer el legislativo y judicial, ahora que se poseía ya una ciudad como Angostura.

He aquí el discurso con que el jefe supremo abrió la sesión:

Cuando el pueblo de Venezuela rompió los lazos opresivos que lo unían á la España, fué su primer objeto establecer una

Constitución sobre las bases de la política moderna, cuyos principios capitales son la división de poderes y el equilibrio de las autoridades. Entonces, proscribiendo la tiránica institución de la Monarquía española, adoptó el sistema republicano, más conforme á la justicia, y entre las formas republicanas escogió la más liberal de todas: la federal.

Las vicisitudes de la guerra, que fueron tan contrarias á las armas venezolanas, hicieron desaparecer la República y con ella todas sus instituciones. No quedó otro vestigio de nuestra regeneración, que algunas reliquias dispersas de los defensores de la patria, que, volviendo por la Nueva Granada y Güiria, restablecieron el Gobierno independiente de Venezuela.

Las circunstancias que acompañaron á esta nueva reacción fueron tales y tan extraordinarias, tan rápidos y tan impetuosos los movimientos de la guerra, que entonces fué imposible dar al Gobierno la regularidad constitucional que las actas del Congreso habían decretado en la primera época. Toda la fuerza, y, por decirlo así, toda la violencia de un Gobierno militar, bastaba apenas á contener el torrente devastador de la insurrección, de la anarquía y de la guerra. ¿Y qué otra Constitución que la dictatorial podía convenir á tiempos tan calamitosos?

Así lo pensaron todos los venezolanos, y así se apresuraron á someterse á esta terrible pero necesaria administración. Los ejemplos de Roma eran el consuelo y la guía de nuestros conciudadanos...

Vuelto á desaparecer el Gobierno de la República, insurrecciones parciales sostuvieron, aunque precariamente, sus banderas, pero no su Gobierno, pues que éste había sido enteramente extinguido. En la isla de Margarita volvió á tomar una forma regular la marcha de la República; pero siempre con el carácter militar, desgraciadamente anexo al estado de guerra. El tercer período de Venezuela no había presentado hasta aquí un momento tan favorable en que pudiese colocarse al abrigo de las tempestades el arca de nuestra Constitución.

Yo he anhelado, y podría decir que he vivido desesperado, en tanto que he visto á mi patria sin Constitución, sin leyes, sin tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, sin más principios que la destrucción de los tiranos y sin más sistema que el de la independencia y de la libertad. Yo me he apresurado, salvando todas las difi-

cultades, á dar á mi patria el beneficio de un Gobierno moderado, justo y legal. Si no lo es, V. E. va á decidirlo; mi ánimo ha sido establecerlo.

Por la Asamblea de Margarita de 6 de Mayo de 1816, la República de Venezuela fué decretada una é indivisible. Los pueblos y los ejércitos que hasta ahora han combatido por la libertad, han sancionado, por el más solemne y unánime reconocimiento, esta acta, que al mismo tiempo que reunió los Estados de Venezuela en uno solo, creó y nombró un Poder ejecutivo, bajo el título de jefe supremo de la República. Así, sólo faltaba la institución del Cuerpo legislativo y del Poder judiciario.

La creación del Consejo de Estado va á llenar las augustas funciones del Poder legislativo, no en toda la latitud que corresponde á la soberanía de este cuerpo, porque sería incompatible con la extensión y vigor que ha recibido del Poder ejecutivo, no sólo para libertar el territorio y pacificarlo, sino para crear el cuerpo entero de la República; obra que requiere medios proporcionados á su magnitud y cuantas fuerzas pueden residir en el Gobierno más concentrado. El Consejo de Estado, como V. E. verá por su creación, está destinado á suplir en parte las funciones del Cuerpo legislativo. Á él corresponde la iniciativa de las leyes, reglamentos é instituciones que en su sabiduría juzgue necesarios á la salud de la República. Él será consultado por el Poder ejecutivo antes de poner en ejecución las leyes, reglamentos é instituciones que el Gobierno decreta. En todos los casos arduos, el dictamen del Consejo de Estado será oído y sus avisos tendrán la más grande influencia en las deliberaciones del jefe supremo.

La Alta Corte de Justicia, que forma el tercer Poder del cuerpo soberano, se ha establecido ya, y su instalación no ha tenido efecto, porque antes me ha parecido consultar al Consejo sobre tan importante institución, su forma y los funcionarios que han de llenar estas eminentes dignidades. La Alta Corte de Justicia es la primera necesidad de la República.

Con ella quedarán á cubierto los derechos de todos, y las propiedades, la inocencia y los méritos de los ciudadanos no serán hollados por la arbitrariedad de ningún jefe militar ó civil, y ni aun del jefe supremo. El Poder judiciario de la Alta Corte de Justicia goza de toda la independencia que le concede la Constitución federal de la República de Venezuela.

La erección de un Tribunal de Comercio ó cuerpo consular ha tenido lugar en favor de los asuntos comerciales y de la protección de la agricultura, que tanto ha menester de prontas y urgentes medidas. La erección del Consulado hará conocer á V. E. la naturaleza de este benéfico cuerpo.

Las provincias libres de Venezuela han recibido la organización regular que han permitido las circunstancias y la situación del enemigo. En Barcelona, el general de brigada Tadeo Monagas ha sido nombrado gobernador y comandante general de aquella provincia, prescribiéndole los límites que anteriormente tenía, el número y la fuerza de los cuerpos militares que deben defenderla y pacificarla.

Un gobernador civil está encargado provisionalmente del Poder judicial de aquella provincia, pero inmediatamente sujeto á la Alta Corte de Justicia. El general Monagas ha recibido instrucciones detalladas para la conservación de los bienes nacionales, el restablecimiento del orden civil en toda la provincia y su organización.

El general de división José Francisco Bermúdez, nombrado gobernador y comandante general de la provincia de Cumaná, ha sido encargado por el Gobierno del noble objeto de pacificar la provincia y libertar la capital, para lo cual debe organizar y disciplinar tres ó cuatro batallones de Infantería y uno ó dos escuadrones de Caballería, tanto para expulsar los españoles como para destruir las facciones que la disidencia del general Mariño había producido en la provincia, aplicando su mayor atención á restablecer el orden que el espíritu de partido había allí alterado, y á proteger la agricultura, el comercio y la industria, tratando á los cumaneses con la suavidad á que ellos son acreedores por su fidelidad á la causa de la independencia.

La invicta isla de Margarita, que á la sombra de sus laureles podía descansar en el reposo que procura la paz, ha necesitado en estos últimos tiempos de todos los cuidados de un Gobierno paternal. Las victorias de Margarita han agotado sus recursos; así, armas y pertrechos se han mandado comprar para auxiliarla, y el almirante Brion está especialmente encargado de llenar este agradable deber en favor de un pueblo que merece ser libre y ha menester la protección de sus hermanos.

La organización de Margarita es la obra del benemérito ge-

neral Arismendi, y á su cabeza se halla actualmente el general Francisco Esteban Gómez.

El general Páez, que ha salvado las reliquias de la Nueva Granada, tiene bajo la protección de las armas de la República las provincias de Barinas y Casanare. Ambas tienen sus gobernadores políticos y civiles y sus organizaciones cual las circunstancias han permitido; pero el orden, la subordinación y buena disciplina reinan allí por todas partes, y no parece que la guerra agita aquellas bellas provincias. Ellas han reconocido y prestado juramento á la autoridad suprema, y sus magistrados merecen la confianza del Gobierno.

Libertada Guayana por las armas venezolanas, ha sido mi primer cuidado incorporar esta provincia, como parte integrante, á la República de Venezuela, y ordenar la erección de un Cuerpo municipal. Ella ha sido dividida en tres departamentos, cuyos límites se han fijado según la naturaleza del país, y su organización civil y militar consta por los documentos que presento á la consideración de V. E.

El general de división Manuel Cedeño está nombrado gobernador y comandante general de la provincia de Guayana, y su defensa le está igualmente encargada con diez escuadrones de Caballería, dos batallones de Infantería, dos compañías de Artillería, y de la Guardia nacional.

Desde la segunda época de la República ha sido conocida la necesidad de fijar un centro de autoridad para las relaciones exteriores, recibir cónsules y enviados extranjeros, entablar, concluir negociaciones de comercio, comprar y contratar armas, municiones, vestuarios y toda especie de elementos de guerra.

Pero sobre todo, el objeto más importante que reclama imperiosamente el nombramiento de un Consejo de gobierno, es el de llenar provisionalmente las funciones del jefe supremo en caso de fallecimiento. La República sufrirá un considerable trastorno si el Consejo de gobierno no quedase establecido antes de emprender yo la próxima campaña. Por tanto, me congratulo con V. E. de haber procurado este nuevo apoyo á la República.

Los soldados del ejército libertador eran demasiado acreedores á las recompensas del Gobierno para que hubiese podido olvidarlos. Hombres que han arrostrado todos los peligros,

que han abandonado todos los bienes, y que han sufrido todos los males no debían quedar sin el justo galardón que merecen su desprendimiento, su valor y su virtud. Yo, pues, á nombre de la República he mandado distribuir todos los bienes nacionales entre los defensores de la patria. La ley, que fija los términos y la especie de esta donación, es el documento que con mayor satisfacción tengo el honor de ofrecer al Consejo. El premio del mérito es el acto más augusto del poder humano.

La ciudad de Angostura será provisoriamente la residencia y capital del Gobierno de Venezuela. Permanecerán, pues, en ella hasta que la capital de Caracas sea libertada, los Consejos de Gobierno y Estado, la Alta Corte de Justicia y la Comisión especial para la repartición de los bienes nacionales entre los militares del ejército libertador.

La religión de Jesús, que el Congreso decretó como la exclusiva y dominante del Estado, ha llamado poderosamente mi atención, pues la orfandad espiritual, á que desgraciadamente nos hallamos reducidos, nos compele imperiosamente á convocar una junta eclesiástica, á que estoy autorizado como jefe de un pueblo cristiano, que nada puede segregar de la comunidad de la Iglesia romana. Esta convocatoria, que es el fruto de mis consultas á eclesiásticos doctos y piadosos, llenará de consuelo el ánimo afligido de los discípulos de Jesús, y de nuestros religiosos conciudadanos.

Señores del Consejo de Estado:

La instalación de un Cuerpo tan respetable y digno de confianza del pueblo es una época fausta para la nación. El Gobierno, que en medio de tantas catástrofes y aislado entre tantos escollos no contaba antes con ningún apoyo, tendrá ahora por guía una congregación de ilustres militares, magistrados, jueces y administradores, y se hallará en lo futuro protegido, no sólo de una fuerza efectiva, sino sostenido de la primera de todas las fuerzas: la opinión pública. La consideración popular, que sabrá inspirar el Consejo de Estado, será el más firme escudo del Gobierno.

X.—Actividades útiles.

El Libertador, seguidamente de su mensaje, nombró los presidentes y miembros de las secciones del Consejo, por el orden siguiente:

Estado y Hacienda: Zea, presidente; Fernando Peñalver, José María Ossa y Vicente Lecuna, vocales.

Marina y Guerra: Brion, presidente; Cedeño, Tomás Montilla, Pedro Hernández y Francisco Conde, vocales.

Interior y Justicia: Dr. Juan Martínez, presidente; Luis Peraza, José España y Antonio José Betancourt, vocales.

Expuso luego el Libertador las razones en que fundaba esta elección, haciendo ver que los ciudadanos que se distinguían en una carrera, que obtenían en ella los primeros empleos, y que los habían desempeñado con gloria en las circunstancias más críticas de la República, eran los más á propósito para preparar en cada ramo los trabajos del Consejo, y dar el primer impulso á sus benéficas deliberaciones. Manifestó también que aunque el voto del Consejo no era más que consultivo, porque así lo exigían imperiosamente la situación política y la actitud militar de toda la República, deseaba que reinase la más completa libertad en las discusiones y en los pareceres, y esperaba que le diesen pruebas de ella en el examen de todos los decretos expedidos desde la ocupación de la Guayana, que presentaba á su deliberación.

El jefe supremo terminó la sesión manifestando su satisfacción al verse rodeado de los más ilustres amigos de la Patria, que, animados todos de los mismos sentimientos y penetrados de los mismos principios, concurrían unánimes á apoyar y sostener el Gobierno, prestándole el auxilio poderoso de sus conocimientos, de sus luces y experiencia en las grandes operaciones políticas y militares

que era llegado el caso de emprender para fijar de una vez los altos destinos de Venezuela...

Para la época de la institución del Consejo de Estado, el Libertador, que administraba desde que venía del campo de batalla, había dado, como se ve, organización regular á las provincias, había establecido un tribunal de comercio en favor de la celeridad de los asuntos mercantiles, restablecido el orden en Cumaná, incorporado á Guayana como parte integrante de la República y constituído Angostura capital provisoria y residencia del Gobierno de Venezuela.

En medio de estos arreglos civiles que ofrecían el más importante resultado, trabajaba el Libertador incesantemente y con actividad sin ejemplo en la organización militar, reclutando gente, recogiendo caballos, formando cuerpos, disciplinándolos, armándolos, vistiéndolos... Su secretario, el coronel José Gabriel Pérez, sujeto fácil para el despacho y constante en el trabajo, se vió atareado en aquellos días en que el Libertador, incansable, se paseaba como de costumbre, dictando y leyendo á la vez, atendiendo á la guerra, á la administración, á la subsistencia y á la marina, á la justicia y al cultivo de la opinión y de la amistad.

CAPÍTULO XXIV

1817

I.—Policarpa Salabarrieta.

En tanto que estas cosas pasaban en Guayana, otras muy diversas se cumplían en Santa Fe *(Bogotá)*. No tocan, es verdad, íntimamente á la vida de Bolívar; pero todo se enlaza y conexiona en aquella magna empresa que él dirigía: virtudes, talentos, valores, martirios, sacrificios... por cuya causa no se tendrán como extraños á la relación hechos dignos de memoria, consumados á tan gran distancia.

En aquellos mismos días en que el Libertador instituía el Consejo de Estado en Angostura, poniendo así los fundamentos durables de la independencia de la nación; cuando él proscribía la tiranía y con su genio inmenso contenía el torrente devastador de la insubordinación y de la discordia, subía las gradas del cadalso, en la plaza Mayor de Santa Fe, arrastrada por manos de los tiranos, la heroica POLICARPA SALABARRIETA, mártir sublime de honor y libertad. Trescientas leguas separaban aquellos dos altares del patriotismo.

Ya desde muy al principio de la guerra se había visto con horror que las armas de Boves, Lizón y otros caudillos españoles se ejercitaban no sólo contra los valientes defensores de la independencia, sino también contra el sexo amoroso y débil, digno siempre de estimación y de respeto. La señora Merced Abrego, natural de Cúcuta, acusada de haber bordado un uniforme de brigadier para

el general Bolívar, fué decapitada por Lizón, *después de haber echado suerte entre los suyos para saber á quién tocaría la feliz ventura de cortarle la cabeza.* A la señora Josefa Figueras, de Barcelona, la asesinó Morales, pagándole de este modo 200 pesos que le debía. Boves mató á Carmen Mercié, en Cumaná, complaciéndose de las convulsiones del feto que llevaba en su seno, que se extinguía sin haber vivido...! Otros hechos menos crueles, pero indignos, se recuerdan de Aldama y de Morillo. El primero hizo azotar públicamente en las calles de Cumaná á la señora Leonor Guerra porque se negaba á declarar lo que el déspota deseaba. El segundo despidió de su presencia, con voces groseras y gritos descompasados, más de 300 señoras de las principales de Bogotá, que en cuerpo fueron á implorar gracia por sus hijos, esposos y hermanos...! Pero, en fin, no se había levantado todavía oficialmente un patíbulo para ver morir en él á una mujer; y podía decirse que aquellos desafueros, y aquella sangre inocente, sin piedad vertida: tormentos que no merecieron la consagración funesta del cadalso, eran las obras de exterminio de una guerra sin lástima que derramaba la calamidad por todas partes...!

Estaba reservado al virrey D. Juan Sámano dar el espectáculo horrible del suplicio de una joven, sacrificada con todo descanso, y aun haciéndose lujo de tal iniquidad. Moza elegante en denuedo, hermosa, de honestas costumbres, de palabras y condición blanda y recatada, era POLICARPA SALABARRIETA, entusiasta por la independencia y favorecía y daba auxilio, en cuanto le era permitido, á los patriotas oprimidos. Había estallado por aquel tiempo una insurrección en Casanare, acaudillada por fray Ignacio Mariño, del Orden de Predicadores, quien desde el principio de la revolución hizo la guerra á los realistas. Otras guerrillas se formaron también en el Cauca y en el Socorro; y muchos patriotas bogotanos resolvieron irse á Casanare y á los lugares donde estaban las pequeñas fuerzas independientes. Policarpa amaba y era

amada de Alejo Savarain, oficial de la República, á quien los españoles condenaron á servir como soldado. La joven influyó en el joven y le persuadió á que huyera de la esclavitud y se fuera á Casanare con otros compañeros. Ella misma dispuso lo necesario para la fuga de ocho personas, de las cuales cinco eran militares; y no sabríamos decir cómo consiguió datos *exactos* de las fuerzas que tenían los españoles en la capital y en las provincias vecinas, cuyos pormenores envió á los jefes republicanos de Casanare.

Desgraciadamente Alejo fué sorprendido, y las cartas que llevaba vendieron á la Salabarrieta.

Sepultóla Sámano en un calabozo, siguiéndole causa militarmente. Nada pudieron arrancar los jueces de aquella heroína; nada supieron de sus cómplices. Con nada pudieron intimidarla ni seducirla. Al fin fué condenada por un Consejo de guerra á ser fusilada por la espalda, con siete compañeros más: entre ellos, Alejo Savarain.

Ya Morillo había hecho sacar para el patíbulo á un padre á la presencia de su hijo, y á un hijo á la presencia del padre; pero tocaba á Sámano hacer morir á un tiempo á dos amantes, presenciando mutuamente sus tristes agonías.

Policarpa Salabarrieta murió el 14 de Noviembre de 1817. Murió serena, impávida, aturdiendo con su firmeza á los verdugos. *Mi sangre*—dijo al salir para el patíbulo—, *mi sangre será bien pronto vengada por los libertadores de la Patria!*

La muerte de aquella esforzada y generosa mujer, inmolada por la libertad, causó en Santa Fe una impresión profunda. El pueblo está atónito.

No hubo corazón sensible que no llorase aquella muerte prematura de aquella virgen de Colombia, que con su muerte dejó una lección de fortaleza.

Los patriotas de aquella época hicieron del nombre de Policarpa Salabarrieta este anagrama

YACE POR SALVAR LA PATRIA

CAPÍTULO XXV

1817 Y 1818

I.—El clero y la opinión pública.

Juzgando el mariscal Grouchy sobre los sucesos de Sur-América, escribía desde Filadelfia en una interesante nota:

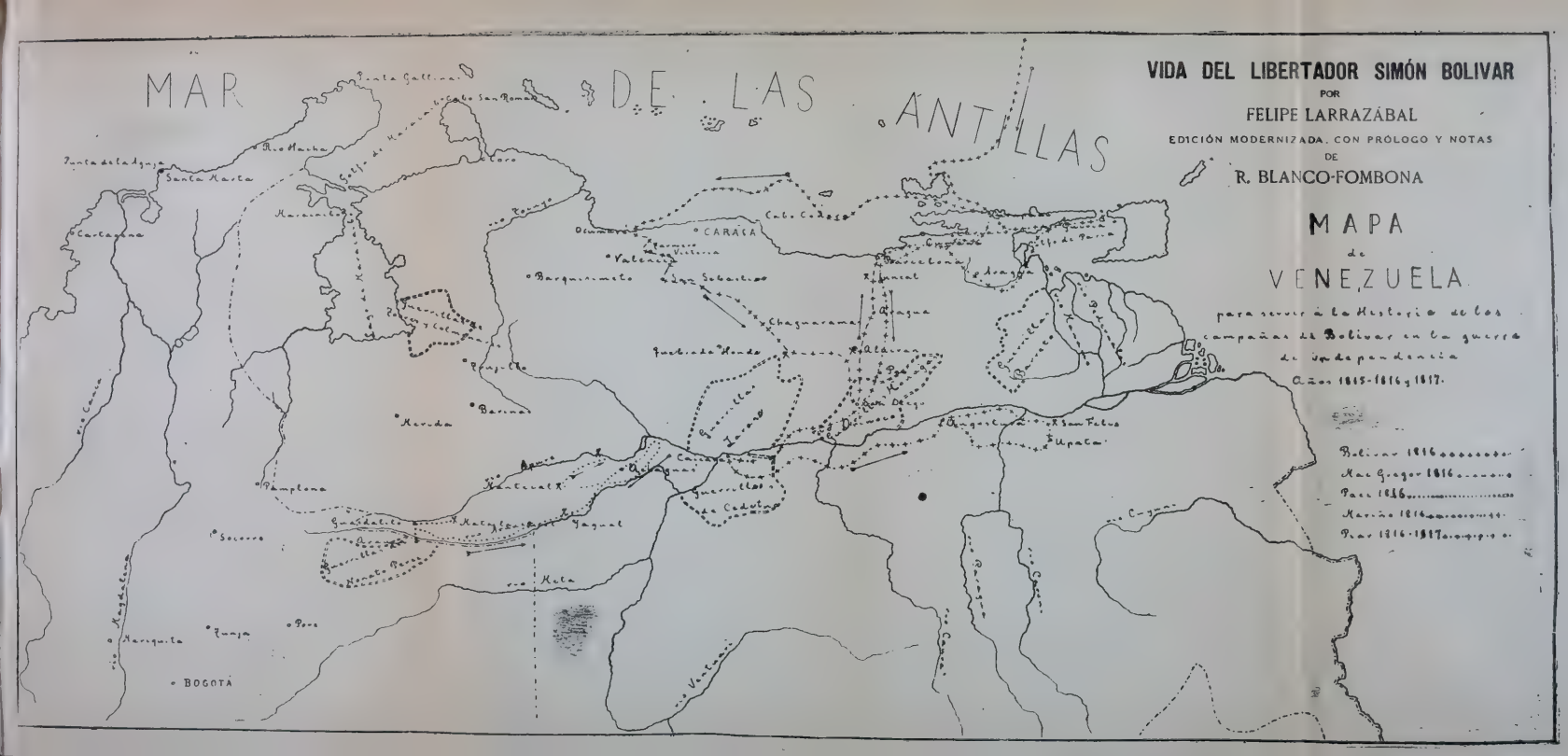
La independencia de la América española no puede menos que triunfar; parece, no obstante, que encuentra para su establecimiento y consolidación mayores obstáculos de los que muchos se habían imaginado. Son éstos nacidos de todos modos por la desunión de los habitantes... Las desgracias experimentadas por los numerosos ejércitos de la Independencia, han sido débilmente sostenidas por la masa de los habitantes del país en que se ha hecho la guerra. Si así no fuera, ochenta mil insurgentes reunidos casi junto á los muros de Méjico, ¿habrían sido dispersados por algunos millares de soldados españoles? Venezuela y Nueva Granada, ¿habrían sido reducidas al yugo por ocho mil realistas? ¿Chile obedecería, y Bolívar habría sufrido los últimos reveses? (1).

El mariscal Grouchy tenía razón. Una y otra vez lo hemos dicho: uno de los más grandes méritos del Libertador

(1) Nota del mariscal Grouchy sobre la *Organización de la guerra en el Sur de la América,* escrita en Filadelfia, á 1.° de Septiembre de 1816, y dirigida á los patriotas de Chile.

fué el de haber creado en Colombia la opinión que no existía y sabido inspirar en las masas indolentes y bien halladas en su estancamiento y con su esclavitud, por la infelicidad de aquellos tiempos, el deseo vehemente de ser libres. ¿Cómo combatir por reconquistar la dignidad nacional, pueblos sin iniciativa y sin patriotismo, que no sabían lo que era independencia? ¿Ni cómo tratar de sacudir el yugo cruel, cuando las ideas religiosas, tan fuertes por sí mismas, eran un obstáculo invencible que á ello se oponían? Figuraos un pueblo sumido en la ignorancia más deplorable, que nada conocía, ni siquiera las primeras nociones de política y de derecho individual; que tenía la servidumbre como patrocinio, y que durante trescientos años no había oído en la casa, en la iglesia, ni en parte alguna, sino consejos de obediencia y sumisión. Figuraos un pueblo que no leía, porque la instrucción estaba entrabada por la censura y por la Inquisición; que no veía extranjeros, que no hablaba más idioma que el suyo, y que en todas las solemnidades y aun en todos los actos menos importantes de la vía común, oía del cura desde la cátedra evangélica:

"¿Qué suerte tendríais si os separáseis un palmo de la obediencia del soberano? ¿Qué fuérais sin vuestro dulce y amado monarca?... Nada, menos que nada: aun la cólera del cielo os habría sepultado en los abismos horribles de la miseria y de la desesperación; porque Dios no deja sin castigo (y un castigo horrendo) la infidelidad contra su ungido. Así, pues, mis amados, vivid tranquilos bajo la sombra benéfica del trono; ocupaos solamente de obedecer las órdenes del rey; ved en la persona del monarca la imagen del Dios que adoramos. *Por Dios reinan los reyes: la potestad que ejercen es de él.* El libertinaje y la impiedad han querido persuadir á los pueblos que la obediencia al soberano es opinable. Error condenado por la Universidad de la Sorbona y con más extensión por los concilios de Toledo, principalmente el sexto, compuesto de cuarenta y siete obispos, entre ellos un San Eugenio. El


VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLIVAR
POR
FELIPE LARRAZÁBAL
EDICIÓN MODERNIZADA, CON PRÓLOGO Y NOTAS
DE
R. BLANCO-FOMBONA
MAPA
de
VENEZUELA
para servir á la Historia de las campañas de Bolivar en la guerra de Independencia
Años 1815-1816 y 1817.
MAR DE LAS ANTILLAS
Punta Gallinas
Cabo San Roman
Punta de la Aguja
Santa Marta
Rio Hacha
Coro
Cartagena
Maracaibo
CARACA
Cabo Codera
Valencia
Barquisimeto
San Sebastian
Chaguaramas
Barinas
Pamplona
Socorro
Tunja
Pore
Mariquita
BOGOTÁ
Hato
Tunjuelo
Tocuyo
Apure
Orinoco
Cabo Tres Puntas
Isla de Tortuga
Cumana
Barcelona
Angostura
San Felipe
Upata
Caroni
Bolivar 1816
Mac Gregor 1816
Paez 1816
Marino 1816
Piar 1816-1817

Concilio dijo: el que quebrante la fidelidad hacia el rey sea excomulgado á la presencia de Dios Padre y extrañado de la Iglesia católica y téngase por condenado en el juicio futuro, con el diablo y sus ángeles. Anatema *(Maran Atha)*, perdición en la venida del Señor. Y si fuere clérigo, ¡que no sea absuelto sino en el postrer término de la vida...!" (1).

Un pueblo que aprendía tales máximas de memoria, en el catecismo: que las oía inculcadas por el ministro de la religión, por el hombre encargado de conservar los dogmas y de propagar la moral y las verdades útiles á la sociedad, ¿qué podía hacer? ¿Se cree que valen poco esas impresiones de toda vida: esos hábitos, esas ideas que se transmiten de generación en generación, y que, á fuerza de tiempo, llegan, por decirlo así, á incrustarse en lo más íntimo del corazón de todos? Bolívar y sus pocos compañeros pretendieron cambiar el orden de cosas, y con él los hábitos inveterados, las creencias erróneas, la disposición servil de los espíritus... y emprendieron una obra de titanes.

Cuando se dijo independencia, la masa del pueblo no comprendía lo que se decía. Cuando comenzaba á penetrarlo, el terremoto, las convulsiones de la Naturaleza, vinieron á inspirarle aborrecimiento hacia aquella idea, que se les hizo mirar como reprobada por Dios con manifiestos signos de su ira. ¡Qué incansable no debió ser, pues, la persuasión, y qué encendida la palabra para poder vencer tan sólida y permanente resistencia!

---

(1) Estas palabras están tomadas de un sermón del reverendo padre fray Francisco Javier de Sosa; pero las mismas, más ó menos, se hallan en los del nerista D. Salvador García de Ortigoza, y en las pláticas doctrinales y sermones de todos los clérigos anteriores á nuestra revolución, y de los mismos que se hallaron, por desgracia, en ella, con muy raras excepciones.

II.—Los esfuerzos de Bolívar: la carrera pública de este héroe es una carrera de obstáculos.

En punto á luchar contra toda suerte de obstáculos, casi sin elementos, y á superar esos obstáculos á poder de constancia, de genio, Bolívar es un prodigio, y la Historia del mundo no lo presenta semejante...

Washington no conoció esas fatigas, y no sabemos si hubiera podido superarlas, dominando la opinión casi unánime de su país. Por el contrario, en los Estados de la Unión anglo-americana, mucho tiempo hacía que, en sus negocios domésticos, ellos poseían y practicaban la República. Allá no se conoció la monarquía sino de lejos, al través de los mares, como un nombre... Los ciudadanos de aquella sociedad (cualquiera que fuese el estado de su fortuna y el grado de su ilustración), todos opinaban unánimes en favor del Gobierno propio *(self-government)*, del Gobierno republicano. Las colonias inglesas crecían rápidamente en población, en riqueza, en fuerza interior, en importancia exterior. En vez de establecimientos obscuros y en capacidad apenas de mantener su propia vida, un pueblo se formaba cuyas empresas, comercio, agricultura y relaciones tomaban lugar en el mundo. Por otra parte, la Metrópoli no tenía la voluntad perversa de oprimir ese pueblo, aunque alguna vez lo incomodó y aun lo ofendió. Por una rara fortuna todo conspiraba en favor de las colonias. Su causa era justa: su fuerza, grande. En ellas mismas, en su propio suelo, todo concurría á animarlas. En Europa, poderosos aliados como Francia y España se preparaban á sostenerlas, como las sostuvieron, y auxiliaron oficialmente con expediciones militares; hasta en la misma Inglaterra, en la Corte, en el Parlamento, tenían

amigos y apoyos. Alrededor de Washington estaban Franklin, Adams, Hamilton, Jefferson, Madison, Jay, Henry, Mason, Greene, Knox, Morris, Pinckney, Clinton, Trumbull, Rutlege... En el momento en que se proclamó la independencia había en cada provincia y casi en cada pueblo hombres respetados de sus conciudadanos, probados en la defensa de las libertades públicas, influyentes por su fortuna, talento y carácter; fieles á las antiguas virtudes y partidarios de las luces nuevas; sensibles al brillo de la civilización y adheridos á la sencillez de las costumbres; de un corazón fiero y de un espíritu modesto: hombres raros que esperaban mucho de la Humanidad y que todo lo empeñaron por la libertad y la gloria de su país (1).

Pero Bolívar, ¿qué tuvo de todo esto? ¿Qué potencia de Europa se alió á él y le favoreció? Y en el interior, ¿cuántos eran los que amaban la República? ¿Cuáles los apoyos que ofrecieron? Impelido del destino y confiando en la verdad eterna de las cosas, emprendió el Libertador la obra portentosa de redimir la América y de asegurar su independencia.

¡Qué estupenda empresa! Acaso no pensó en las rudas borrascas que le esperaban, ni antevió las dolorosas pruebas que le reservaba el destino; no se imaginó que había de empezar por crear un pueblo y transformar aquellas turbas en sociedades inteligentes, capaces de la vida política activa; pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que extirpando las tradiciones viciosas, luchando con el pasado, regenerándolo todo, reemplazando con su persuasión al tiempo en su labor segura, logró Bolívar divorciar la opinión de la causa realista y crear en un pueblo-colonia el derecho de la personalidad del ciudadano, la libertad de todos y de cada uno. Logró despejar la vía para todas las fuerzas productivas, para todas las facultades; preparar la igualdad social, la solidaridad de intereses, la fraternidad de todos los americanos, la santa alianza de los pue-

(1) Léase el precioso libro de Guizot titulado: *Fondation de la République des États Unis d'Amérique.*

blos oprimidos... ¡Y con esto constituir el poder nacional! ¡Y vencer los ejércitos contrarios! Y emancipar medio mundo. ¡Y fundar la república como institución! ¡Y dejar, al morir, una familia de Pueblos!

En verdad, la Historia no tiene nada más extraordinario que ofrecer en todo el curso de sus anales, que ese gran combate librado en la segunda mitad del Nuevo-Mundo entre el absolutismo apoyado por todos los poderes morales de la tierra: encontrando por dondequiera auxiliares y favorecedores, y la libertad reducida, en última análisis, á la sola fuerza de un hombre.

Pero ese hombre era Bolívar...

> ... Nil majus generatur ipso,
> Nec viget quidquam simile aut secundum.
> (HORAT., l. I, od. XII.)

Parece justo confesar que, en ese cambio y favorable variedad de la opinión, en la inclinación de los pueblos á última hora hacia la independencia, entraron por mucho los crueles jefes españoles, y los americanos realistas que cansaron con su persecución odiosa la paciencia de las gentes y les hicieron ver que los riesgos de la revolución, y aun la guerra misma, con sus estragos y cruentos sacrificios, eran preferibles á aquella situación humilde en que tanto más se encarnizaba el tirano cuanto más postrado aparecía el colono. Los secuestros inicuos, las proscripciones sangrientas, las muertes, la rapacidad insaciable, los baldones insolentes, levantaron vengadores; y cuanto pecho hubo generoso y digno, llegó á ser enemigo. Esas masas sencillas é indolentes, que al principio de la guerra parecían no sentir el nudo que las aprisionaba y vivir conformes en su rendimiento, fueron luego ejércitos formidables que destrozaron por todas partes las huestes españolas, y Bolívar encontró guerreros dondequiera que hubo hombres...!

III.—José Antonio Páez, comandante de caballerías llaneras.

Después de la toma de Angostura pensó el Libertador invadir inmediatamente á Caracas, y con tal fin dispuso que el general Zaraza observase al enemigo en Orituco y Calabozo, estando pronto para reunirse al ejército que el mismo Bolívar había de conducir.

Este plan requería para su logro apetecido, que las fuerzas independientes llamasen la atención por Barinas, y el general José Antonio Páez se encargó de cooperar al éxito de la empresa, desempeñando esa parte de las operaciones.

A principios del año, cuando el malogrado general Piar envió cerca del jefe supremo al coronel José Manuel Olivares, para darle cuenta del próspero estado de las cosas en las riberas del Orinoco y Caroní, se unieron con el comisionado varios jefes que bajaban el Apure, atraídos de la nueva feliz que el Libertador había vuelto de los Cayos: uno de ellos era el coronel Santander. Dió este al Libertador noticias minuciosas del ejército y operaciones de Páez en los Llanos del Apure, y conociendo Bolívar la importancia de atraerle y de utilizar las fuerzas llaneras, obrando en combinación, despachó desde Angostura á los coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo, que se presentaron al general Páez en el hato del Yagual, donde éste había fijado su cuartel general, y después de algunas conferencias, obtuvieron su aquiescencia para concurrir con las tropas de su mando á hacer la guerra bajo la dirección del Libertador, como jefe supremo, bien que Páez quedaba obrando con absoluta independencia y plenitud de facultades en el territorio que dominaba.

Era Páez, á la sazón, joven, como de veintiocho años, de agradable aspecto, ágil, robusto y de aventajadas dotes para la guerra. Su gente intrépida, pero sin disciplina; y él mismo, aunque jefe, y lleno de celosos ardides para mantener su autoridad, sin conocer el arte militar, no teniendo más título para hacerse obedecer, que el de su intrepidez y su valor personal. Páez ejercía influencia entre los llaneros y amaba la libertad. Ya ocupaba gloriosa página en la historia de la Independencia, y debía ocuparla mayor todavía, porque le aguardaba alta ocasión de mostrarse bizarro cual ninguno. Desde los años de 1813 y 1814 sonaba su nombre en Barinas y Mérida como capitán.

La toma de Guasdualito en 1815 y la acción de la Mata de la Miel en 1816 dieron fama y gran celebridad á sus proezas; y resuelto á medirse con el ejército de Morillo y libertar el Apure, mandando fuerzas respetables que sólo confiaban en él, oyó, no obstante, sin repugnancia, el mensaje de Manrique y de Parejo. Contaban éstos que, en conversación llena de fraternal franqueza, Páez les había dicho, con aire de satisfacción, que él tenía un ejército en los llanos y otro en su fama, creyéndose ya muy ilustre capitán. Y calificaba Manrique estos conceptos como hijos de la más reprensible vanidad. Acaso no fué otra cosa que una arrogancia militar, disculpable entre compañeros, y más que todo en un joven á quien tanto acariciaba la fortuna.

Lo cierto del caso fué que Páez se prestó sin dificultad á hacer la guerra bajo la dirección del Libertador, y que lo reconoció como jefe supremo de la República, siendo de pequeña monta aquella condición que puso de obrar con plenitud de facultades en el territorio que dominaba, pues eso, por fuerza había de ser así, en aquella época en que sólo el Libertador propendía á constituir un Gobierno estable y ordenado, y conocía la importancia de la autoridad general y de la obligación común y uniforme.

Hasta qué punto contribuyó Páez al éxito de la grande

obra de nuestra regeneración, vamos á verlo en el discurso de esta obra.

IV.—Derrota del general patriota Zaraza en La Hogaza.

Bolívar tomaba sus disposiciones para la campaña y mientras enviaba armas, pertrechos y buenos oficiales á Zaraza, y engrosaba las filas de éste con cuerpos que salieron á las órdenes del general Pedro León Torres, Morillo, inquieto y lleno de recelo, hizo reunir en Calabozo el grueso de sus fuerzas. No penetraba lo que discurría el Libertador, pero comprendía la importancia de atacar simultáneamente á Páez en Apure y á Zaraza en los llanos de Caracas. Dejó, pues, la capital y situó su cuartel general en el centro de los llanos.

De las cinco divisiones que componían el ejército real y que debían obrar contra los patriotas, mandaba la primera el brigadier D. Miguel de Latorre, acampado en los pueblos del Calvario y del Sombrero, y con sus regimientos de Castilla y de la Unión, con sus húsares de Fernando VII y el escuadrón de Lanceros del país, *(es decir, de lanceros venezolanos)* amenazaba á Zaraza, que se hallaba acampado en el hato de Belén.

El Libertador confiaba mucho en la actividad y experimentado valor de este guerrillero, uno de los más famosos entre los independientes; sin embargo, sabía que no tenía educación militar y que sus dotes eran sólo intrepidez y lealtad. Resolvió, pues, ir á mandar en persona la acción que preparaba Latorre, conduciendo 1.500 hombres para aumentar la división Zaraza. Se embarcó en el Orinoco á 22 de Noviembre y subió con sus tropas hasta el puerto de Cadenales, á la izquierda del río y como á treinta leguas de Angostura. Desde allí mandó decir á Za-

raza, con el coronel Montesdeoca, que evitase la acción, alejándose siempre de la línea enemiga hasta que él efectuase su incorporación, y que ésta tendría lugar en Río-Clare.

Parece, por desgracia, que Zaraza comprendió Santa Clara, río que se junta con el Manapire, entre Caicara y Chaguaramas. Bolívar llegó el 4 de Diciembre á San Diego de Cabrutica, y allí hirió vivamente su ánimo la fatal noticia de la derrota completa de Zaraza en la sangrienta jornada de La Hogaza.

Zaraza había olvidado las prevenciones reiteradas del Libertador, y creyéndose superior en fuerza á Latorre, no sólo no excusó sino que empeñó una acción. Venció en esta vez la disciplina de las tropas europeas sobre el número y el resultado fué dejar nosotros en el campo 1.200 muertos, 1.000 fusiles, cañones, más de 1.000 caballos, banderas y otros artículos de guerra. La derrota fué completa, y Latorre, aunque herido en un muslo, tuvo el placer de quedar victorioso.

V.—Confianza de Bolívar, á pesar de los desastres, en el triunfo de América.

Al saber Bolívar el desastre de La Hogaza, contramarchó á Angostura, pasando el Orinoco por Soledad.

Una vez en la capital de Guayana, y sin ocultar á nadie el descalabro padecido, publicó la ley marcial, y desplegando aquella su actividad, fecunda en recursos, consiguió en breve reponer la pérdida que la República había hecho por la inexcusable inobediencia de Zaraza.

Su anhelo era auxiliar á Páez, amenazado por Morillo, y ahora en mayor peligro por la preponderancia de Latorre. Dirigió á Urdaneta cerca de Páez, con el propósito de combinar las operaciones y franquear las bocas del

Apure; dispuso lo más necesario para la campaña y se embarcó con 2.000 hombres que había sacado, como por encanto, y llevando 29 buques, que comenzaron á subir el Orinoco el 31 de Diciembre.

Cuando el general Morillo tuvo noticia en San Antonio de Apurito de la victoria de Latorre en La Hogaza, vino volando á Calabozo. Aquellas marchas forzadas del general en jefe causaron asombro á todo el mundo. ¿Qué pensaba? ¿Qué iba á hacer á aquella ciudad, emporio de los llanos? Prepararse para más recia campaña: para hechos que ningún talento podía prever, pero que eran indefectibles, porque *Bolívar, triunfante, sigue un itinerario conocido*—decia él—; *perdidoso, no es posible acertar por dónde caerá, más que nunca activo y formidable.*

Y así fué, en efecto.

Las divisiones Monagas y Torres dispuso el Libertador que se trasladasen á la orilla derecha del Orinoco para continuar marchas por tierra hasta Caicara. A Zaraza le previno que siguiese al río Caura. Cedeño, con su fuerza, estaba apostado en el Tigre. Todo el ejército se reunió en la Urbana, en el Alto Orinoco, el 22 de Enero de 1818, y el 31, al mes precisamente de haber dejado á Angostura, se reunió Bolívar con Páez en el Caujaral, desde cuyo lugar marcharon juntos hasta San Juan de Payara, donde estaba el cuartel general.

Los patriotas, llenos de placer y de asombro, veían terminada aquella larga y peligrosa operación.

El Libertador inflamó con su presencia el ánimo de los llaneros de Páez; y este mismo, acreditado de valeroso y buen patriota, tomó entonces más aliento, remitida, entre los fervores del entusiasmo, la oculta propensión de inobediencia.

El Libertador permaneció seis días en San Juan de Payara organizando el ejército, remontando la Caballería y dando descanso á todos. De allí se puso en marcha para San Fernando, henchido el pecho de la más halagüeñas esperanzas.

La campaña de 1818 prometía á Bolívar grandes resultados. *En este año*—repetía con frecuencia—, *Venezuela verá rendirse ó perecer á sus crueles conquistadores.* Los desastres y pasados disgustos, y la rota de Zaraza en La Hogaza, que fué completa, no le desmayaron. En cierto modo él había logrado reparar la pérdida, y una luz interior le hacía ver como adquirida ya la independencia. ¡Tal era su confianza!

Enemigos del Libertador le censuran esa confianza, porque era infundada, dicen, y peligrosa... Muchas causas concurrían para inspirar esa seguridad en el ánimo levantado de Bolívar... El hombre de los Cayos, el de la expedición de Ocumare, que Morillo calificó de "locura", es dueño de un inmenso territorio, provisto de subsistencias; es dueño de un río navegable, y sus tropas van á obrar en combinación con las tropas de los llanos, que habían obtenido triunfos brillantes sobre las poderosas falanges españolas. La República no estaba ya errante: su capital era Angostura (1). En ella tremolaban los pendones de la libertad: allí estaban los magistrados de Colombia, y Bolívar había dado centro á la causa; fuerza al Gobierno; estímulo al valor; honor y premio á los servicios. ¿Tenía ó no razón para expresar confianza en el resultado final de su empresa? No es cierto que las prosperidades militares sean las que únicamente puedan dar base á la confianza, pues el suceso de las armas pende de mil accidentes y circunstancias que es imposible prever. El general Latorre había triunfado en La Hogaza; pero los patriotas no eran ya una gavilla de guerrilleros rivales y desmandados, obrando cada cual por su consejo. Los bienes inestimables de la unidad comenzaban á ser sentidos y apreciados: ya había lazos que ataban las voluntades; poder inteligente que mancomunaba los esfuerzos; autoridad suprema, reconocida hasta en el corazón de los llanos, que dirigía el valor de los defensores de la patria y

(1) Esta es la misma que hoy se llama *Ciudad Bolívar.*

que destruía los obstáculos que á la idea emancipadora y á la noble aspiración de existencia propia opusiera el despotismo. Esas pruebas irrefragables de adelanto, ¿no eran bastantes para justificar la confianza del Libertador?

"La América va á expulsar á sus tiranos!" "El día de la América ha llegado." Estos pensamientos infundían esfuerzo y levantaban el corazón de Bolívar; y tan penetrado estaba de ellos, que escribiendo al gobernador de la Barbada, le decía, con pleno convencimiento: *Si Morillo existe aún en Venezuela, debe esta precaria fortuna á la carencia por nuestra parte de elementos militares. Pero ya los tenemos, y bien pronto no fechará de Venezuela sus mentirosos despachos* (1).

Et sermo illius potestate plenus erat.

Y sus palabras estaban llenas de poderío.

"Nubes y viento á que no se sigue la lluvia es el varón jactancioso", dice el sabio; pero dardo y espada y saeta aguda es el que cumple lo prometido. Bolívar prometió, y cumplió. Morillo no fechó muchos meses más de Venezuela sus *mentirosos despachos;* pronto se retirará á España, dejando tendido en los campos de Venezuela, el ejército que trajo para humillarla.

(1) Véase la carta de 1.° de Setiembre de 1818.

CAPÍTULO XXVI

1818

I.—La actividad de Bolívar juzgada por un español.

"Mientras que el general Morillo se dedicaba en Calabozo con infatigable celo á poner su ejército en el estado más respetable para emprender nuevas operaciones, se presentó repentinamente el indomable caudillo caraqueño al frente de los realistas el 13 de Febrero á la cabeza de 2.000 infantes y 3.000 caballos" (1).

(1) Así comienza Torrente el capítulo XXVI de su *Historia de la Revolución Hispano-Americana,* en el cual habla de los sucesos de 1818; y añade luego: "el retroceso de dicho rebelde al Orinoco; su rápida vuelta cruzando aquel río por la *Encaramada;* su reunión con todas las fuerzas de Páez, y su inesperada aparición sobre Calabozo, habiendo caminado más de 300 leguas en el corto tiempo de mes y medio, fué sin duda alguna la empresa más brillante de que puede gloriarse."

La empresa de levantar un ejército casi de la nada, transportarlo Orinoco y Apure arriba, y marchar por espacio de 300 leguas, creando hasta los más mínimos elementos de transporte fluvial y terrestre, alimentarlo, vestirlo, armarlo, disciplinarlo, volar sobre el general enemigo y derrotar el ejército europeo cuando creían al jefe americano á muchas leguas distante, vencido y maltrecho, todo ello en el lapso de mes y medio, es en verdad empresa de cuenta, y bien hace el historiador peninsular en celebrarla; pero esa no es la empresa más brillante de Bolívar. La empresa más brillante de Bolívar es otra: la de haber

II. —La toma de los buques españoles, en el Río Apure, por la caballería de Páez.

San Fernando de Apure estaba dominado por los realistas; allí estaba Quero con 600 hombres que se sostuvieron denodadamente. El Libertador no quería dar asalto á San Fernando, porque su intento era caer sobre Morillo en Calabozo. Páez apoyó este plan é indicó el paso del Diamante para atravesar el río. Bolívar lo despachó delante y le previno que tuviese listas embarcaciones suficientes para pasar con prontitud el ejército. Llegando el Libertador al paso designado, no halló barca alguna, pues sólo se veían á la parte opuesta una cañonera, tres flecheras y varias canoas enemigas.

—General Páez, dijo Bolívar con manifiesta inquietud, ¿cuáles son los buques que usted tiene prevenidos?

—Señor, repuso Páez, cuento con una cañonera, tres flecheras y varias canoas, en las que muy bien puede pasar la tropa.

—¿Dónde están?

—El enemigo las tiene, dijo Páez, mirando los buques realistas.

Adivinó el Libertador el atrevido pensamiento del bizarro llanero; pero con todo, viendo las cosas sujetas á una maniobra tan arriesgada, comenzó á lamentarse de que su plan fracasaría por la tardanza en conseguir me-

emancipado la América del Sur del dominio español. Aquella empresa que el mismo Bolívar relataba de pluma maestra á su regreso á Bogotá, desde las tierras del Sur: "Cinco años hace que salí de esta capital para marchar á la cabeza del ejército libertador, desde las riberas del Cauca hasta las cumbres argentinas del Potosí... Un millón de colombianos y dos repúblicas hermanas han obtenido la independencia á la sombra de vuestras banderas, y el mundo de Colón ha dejado de ser español".—*(Nota de 1918.)*

dios para pasar la tropa. Páez, entonces, se arrojó al caudaloso Apure con Aramendi, bravo sin segundo, y cincuenta lanceros más, que montaban todos caballos en pelo. Acción extraordinaria que dejó admirado á Bolívar y sorprendidos á los adversarios. Con todo, éstos se defendieron por cuantos modos les sugería la desesperación; pero Páez los destrozó y les quitó los buques, en los cuales pasó el ejército que iba á obrar contra Morillo (1).

III.—Bolívar derrota á Morillo en Calabozo, y no lo alcanza y destruye en la retirada por la testarudez del general Páez.

A tiro y medio de cañón de San Fernando se verificó el paso de nuestras fuerzas, y acto continuo emprendieron su marcha hacia Calabozo, delante de cuya plaza desplegó Bolívar sus fuerzas al amanecer del 12 de Febrero. Tal fué la rapidez de la marcha; tan prontos y veloces los movimientos del ejército, que el general español tuvo noticias de las operaciones de su enemigo cuando lo vió encima de su cuartel general. El regimiento de Húsares fué destrozado; el batallón de Castilla perdió equipajes y gran número de prisioneros: dos compañías de Navarra fueron batidas, y Morillo mismo, perseguido de cerca por el bravo coronel Aramendi, debió su vida á que el caballo de éste metió un pie en un hoyo y se detuvo.

Dos segundos decidieron de la vida del general en jefe expedicionario.

Los patriotas no dieron cuartel á las tropas españolas y

(1) Esta hazaña de Páez despertó tanto la admiración de los oficiales ingleses que acompañaban al Libertador, que en las Memorias dejadas por ellos hacen casi todos hincapié en la toma audaz de los barcos por la caballería venezolana. El general Cedeño, en el río Caura, realizó una hazaña idéntica.—(*Nota de 1918.*)

Morillo estuvo como atónito del exterminio que acababa de sufrir. Aquella celeridad con que Bolívar marchó desde San Diego de Cabrutica hasta Angostura; de Angostura á la Urbana, frente á las bocas del río Arauca; y después hasta Calabozo, recorriendo en breves días más de trescientas leguas, sorprendió de tal género á Morillo que estuvo dudando de lo mismo que veía. Vino á sacarlo de duda la generosa intimación del Libertador para que se rindiese, asegurándole que estaba pronto á perdonar á Fernando VII mismo!

Morillo evacuó á Calabozo en la media noche del 14, y se dirigió hacia el Sombrero.

Bien quiso Bolívar interponerse entre este punto y el ejército realista: operación acertada que hubiera casi concluído la guerra con la destrucción de las fuerzas de Morillo; pero Páez se opuso con algunos otros jefes, que deseaban hacer alarde de su triunfo en Calabozo, y se perdieron momentos preciosos que nada pudo compensar después. El pensamiento de ocupar á Calabozo era en realidad insignificante; el de interceptar á Morillo, que iba desmoralizado, era vital. Bolívar quiso persuadir á Páez; pero todo fué en vano (1).

Y no paró aquí por desgracia el mal, sino que, habiendo alcanzado el ejército por marchas forzadísimas á Morillo y su gente en las márgenes del Guárico, éste levantó su campo y se retiró á Barbacóas, sin que los republicanos lo persiguieran. La causa fué que Páez y otros jefes de su bando se denegaron abiertamente á continuar la persecución del ejército español, dando por excusa que la caballería se hallaba muy despeada. Y así podía ser en efecto.

Tal contratiempo causó á Bolívar un dolor acerbo, vien-

(1) "Sólo tan sublime sentimiento,—el amor á la independencia—dice RESTREPO, pudo inspirarle en aquel día tanta prudencia como la que empleó para reducir á su deber al general Páez. Por fin, el influjo del Libertador disipó aquella nube, restableciéndose la unión, á lo menos en apariencia."

do que se salvaban los realistas, *cuando podían ser destruídos.*

Su autoridad, aunque reconocida, no estaba bien afirmada aún en los llanos y no le era dable hacerse obedecer por el rigor.

Aquellos hombres que amaban la libertad personal, pero que se cuidaban poco de la independencia nacional, que no comprendían ó comprendían mal, le habrían desconocido sin reparo; y era preciso condescender, saber disimular á tiempo, que es prudencia acomodarse á la voluntad de todos, sacrificar la gloria y el triunfo mismo para conservar la unidad, y triunfar después.

La lucha de Bolívar no fué sólo con la España; fué también, al principio, con la indiferencia de las masas, y luego y siempre con el orgullo de los caudillos, con la anarquía, con los intereses fraccionarios, con la discordia, con los elementos, con la escasez de recursos, con el egoísmo, con la ignorancia presuntuosa.

Sólo aquella alma acerada, que nada pudo hacer destemplar ni enflaquecer jamás, hubiera conseguido llevar al cabo la libertad de Venezuela, pueblo anárquico que parecía condenado á perpetua servidumbre.

Libre Morillo de la persecución de los republicanos, continuó su retirada hacia los valles de Aragua. Escribe un historiador (1) que *aparentaba el desorden de una fuga;* no lo aparentaba.—Morillo huía en realidad, y huía de una sombra. Este jefe perspicaz comprendió que lo procedente era que lo persiguieran sin descanso. La torpeza de Páez lo salvó.

Bolívar regresó á Calabozo.

Antes, en el pueblo del Sombrero, expidió una proclama dirigida á los habitantes de los llanos, anunciándoles que los ejércitos de Boves y Morillo, que eran valientes y numerosos, habían quedado tendidos en los campos consagrados á la libertad; que la ciudad de Calabozo

---

(1) Torrente: Ob. cit

había entrado bajo la protección de la República, y que los restos del ejército de Morillo, batido en los días 12 y 16, fugitivos, se escapaban á encerrarse en los muros de Puerto Cabello; pero *en vano*—les añadía—*porque de allí serán arrojados á los mares. Un ejército de hombres libres, valerosos y vencedores no puede encontrar resistencia. La victoria marcha delante de nosotros, y Venezuela verá rendirse ó perecer á sus crueles conquistadores.—¡Llaneros! Vosotros sois invencibles; vuestros caballos, vuestras lanzas y estos desiertos os libran de la tiranía. Seréis independientes á despecho del imperio español* (1).

---

(1) Para cohonestar la sorpresa de Calabozo y aquella rota y la precipitada fuga hacia Aragua, dijo Morillo mucho después en su «Manifiesto« de 6 de Septiembre de 1820 que su retirada había sido plan militar tranquilamente concebido para atraer á Bolívar al país montuoso é inutilizar su caballería.—Ese plan ha sido de posterior invento, y lo prueban los oficios y cartas de Morillo que se copian:

Oficio.—"Conforme dije á V. S. desde la villa del Pao y San José de Tiznados, noticioso de que el rebelde Bolívar se había reunido á Páez y puesto sitio á San Fernando, me dirigí en posta á Calabozo, adonde me atacaron el 11 del actual todas las fuerzas rebeldes de aquel caudillo, compuestas de más de dos mil caballos y mil quinientos infantes, en cuya acción tuvimos alguna pérdida, pero fué mucho mayor la del enemigo. Permanecí tres días defendiendo dicho puesto, y habría logrado destruir la numerosa caballería rebelde en las secas sabanas de la citada villa si hubiese contado con los depósitos de víveres que con tanta repetición y tiempo tenía pedidos.

„No teniendo subsistencias de ninguna clase, emprendí mi retirada á este pueblo con la mayor resolución, donde acabo de llegar, siempre seguido por los enemigos, que no han dejado de incomodarme bastante; pero no han osado atacar ninguna de nuestras columnas.

„No se ha perdido ningún equipaje, y todo ha venido en el mayor orden, á pesar de la inmensa fatiga y sufrimiento de las tropas, que en un día entero y dos noches sin comer ni dormir han tenido que arrostrar toda clase de peligros y sufrimientos, pues hemos tenido más de cien muertos de hambre, de sed y de cansancio.

„Me dirijo con estas tropas á la villa de Cura, adonde espero se sirva V. S. dar las disposiciones convenientes para que encuentren los auxilios que necesiten, y que puedan de algún modo reparar lo que han sufrido; en el concepto que esto no da espera, y que nuestra sub-

IV.—El beduíno Páez.

El Libertador, como se ha dicho, regresó á Calabozo después de su proclama del Sombrero. Vióse allí en la necesidad de hacer un nuevo sacrificio, por el empeño

---

sistencia, en el estado en que estamos, merece que sea tratada con otra actividad diferente de la que hasta aquí se ha mirado.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel general del pueblo del Sombrero, á 16 de Febrero de 1818.—PABLO MORILLO.—Sr. D. Juan Bautista Pardo."

Carta.—"Mi estimado Pardo: No se puede usted figurar cuánto hemos sufrido con el cansancio de la tropa, la fatiga, el polvo y no tener alimento para resistir la marcha; han muerto muchos ahogados de calor, y otros no ha sido posible salvarlos, á pesar que desde mi persona hasta el último oficial hemos dado nuestros caballos, y yo he venido á pie la mayor parte del camino para dar ejemplo. La sed nos ha devorado y el calor; la marcha ha sido también muy rápida.

„Los húsares han perdido sobre sesenta hombres, entre ellos Santander y Huesca, que murieron, lo mismo que Navas y otros de infantería.

„Estos diablos han reunido todo tótilimundi, hasta Monagas, que estaba en la provincia de Barcelona; en Guayana sólo han dejado cien hombres de guarnición. Si Calzada hubiese podido reunirse conmigo, acabamos con la patria, pero no podía verificarse esto á tanta distancia; lo que podrá es hacerles mucho daño en sus recursos, como es quitarles sus caballadas, que es en lo que consiste toda su esperanza.

„Si en Calabozo hubiese tenido víveres para sólo quince días, estoy seguro que sus caballos no hubieran podido aguantar y entonces eran hombres perdidos.

„No nos dejan sosegar estos diablos un momento y siempre los tenemos encima, y la tropa la tenemos muerta de cansada; esto está más montañoso, y no es tan bueno para su caballería.

„Que se den providencias activas para socorros de víveres.

„Páselo usted bien y mande á su afectísimo—MORILLO.—Sombrero, 16 de Febrero de 1818."

Oficio.—"Cerrando los pliegos que dirigí ayer á V. S. comunicándole mi situación y el movimiento que había hecho desde Calabozo, fuí atacado en el pueblo del Sombrero por toda la infantería y caballería

que tomó Páez de obrar sobre el Apure para rendir á San Fernando.

"Esta operación—le decía el Libertador—es innecesaria; aquella plaza debe rendirse, bloqueada como está, y sin auxilio; y por otra parte, no debemos en la circunstancia presente debilitar el ejército que ha de obrar compacto para obtener seguro triunfo." Ninguna reflexión bastó para disuadir á Páez de su intento favorito. Desmembró el ejército, y marchó por fin, el 23 de Febrero, con su caballería, de que estaba, con razón, ufano.

---

rebelde con el mayor vigor; pero el acertado fuego del regimiento de Navarra y la decisión con que los intrépidos soldados del de Castilla cargaron á los enemigos, hizo, después de dos horas de un fuego horroroso, no sólo el que se rechazasen completamente, sino que, atacados á su vez, fuesen puestos en vergonzosa fuga, dejando en nuestro poder multitud de armamento y prisioneros, la bandera del batallón que llaman de Honor y más de trescientos cadáveres, sin necesidad de haber empleado el regimiento de la Unión ni un corto número de húsares que quedaron de reserva, aunque éstos con los caballos cansados y extenuados de fatiga. Si en aquel momento hubiera podido disponer de alguna caballería para perseguirlos en el desorden y confusión que se les puso, hubieran acabado los restos de la República.

„Me he replegado á este pueblo para reunirme á la columna del teniente coronel D. Rafael López, que debe llegar esta noche con seiscientos caballos y trescientos infantes, y pienso marchar inmediatamente á atacar á los rebeldes, ya puestos en salvo los enfermos y equipajes que tanto nos embarazaban; no dudando, si nos esperan, destruirlos completamente.

„Entretanto, y por un efecto del movimiento que han hecho los rebeldes sobre estos puntos, queda el coronel Calzada en aptitud de cogerles en el Apure las caballadas y recursos que allí tienen y han dejado ahora casi abandonados para hacer este esfuerzo.

„Haga V. S. que las dos compañías de Burgos, el batallón de pardos y toda la caballería que le tengo dicho anteriormente, se sitúen en la villa de Cura, lo verifiquen sin perder momento, aumentando el mayor número de caballos que sea posible, que es el arma que más necesitamos.

„Vuelvo á decir á V. S. que si no se nos facilitan subsistencias el ejército vendrá á perecer por el hambre.

„Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel general de Barbacoas, 17 de Febrero de 1818.—Pablo Morillo.—Sr. D. Juan Bautista Pardo."

Otro.—"Después de la victoria conseguida por las tropas de este

El Libertador hizo de la necesidad virtud, y dió á Páez el nombramiento de comandante general de la provincia de Barinas, que debía libertar.

Cuando Páez llegó á San Fernando ya el coronel Guerrero, segundo jefe de la división de Apure, había puesto sitio á la plaza; y era del todo inútil la fuerza que Páez llevaba, cuando por otra parte se tocaba de bulto la necesidad de que permaneciera con el grueso del ejército que debía seguir las huellas á Morillo y ocupar á Aragua.

San Fernando se rindió por hambre.

---

ejército en el pueblo del Sombrero, los enemigos no han osado adelantar un paso, y hemos tenido noticias positivas de que su pérdida ha sido horrorosa, habiéndoseles desertado la mayor parte de la poca infantería que les quedó después de la acción.

„Estos soldados que con tanta bizarría han resistido y batido fuerzas tan superiores, siguen su marcha desfallecidos, y estragados los estómagos á consecuencia de no comer, y de beber sólo agua ya ha muchos días, pues apenas se ha contado con algunas reses; y se hallan en el más deplorable estado si no se les auxilia. Lo digo á V. S. para que dé las más enérgicas disposiciones, á fin de que se nos envíen subsistencias á la villa de Cura, y se tomen las medidas necesarias para reparar algún tanto los indecibles trabajos y sufrimientos de estos valientes.

„Ignoro aún si en dicha villa se hallan ya el batallón de pardos y dos compañías de Burgos que dije á V. S., pues no he recibido correspondencia suya; y espero al mismo tiempo que se sirva V. S. dar disposiciones muy activas para reunir una buena y considerable recluta, con quien pienso completar los cuerpos europeos, aumentándolos hasta mil doscientas plazas cada batallón sobre la fuerza que tienen, en cuya operación no deberán guardarse consideraciones, por ser muy importante.

„La caballería necesita aumentarse por todos medios, porque sin ella no podremos sacar recursos del llano, que es imposible conservar, teniendo tanta fuerza de esta arma los enemigos.

„También necesitamos con mucha urgencia armamento, y es indispensable que V. S. disponga se reuna cuanto sea posible sin perder momento.

„El capitán D. Manuel de Porras y Rapalo, del regimiento de Navarra, que huyó de presentarse en el ejército cuando supo que se acercaba al Sombrero, ha ido por todos los pueblos alarmando á los habitantes con falsas noticias; y espero se sirva V. S. disponer se ponga preso inmediatamente y se me remita al Cuartel general para que sea juzgado en consejo de guerra.

„Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel general de Camata-

V.—Plan para acabar con Latorre, tomar á Caracas, y luego con Morillo, y ocupar á Valencia, el Centro y el Oeste.

Bolívar, apoyado en el dictamen de una Junta de guerra, se movió (8 de Marzo) con dirección á Cura. Todas las caballerías al mando de Zaraza y alguna tropa de infantería, pasaron más allá de Maracay y cubrieron la fuerte posición de la Cabrera.

El Libertador fijó su cuartel general en La Victoria, después de haber dado personalmente instrucciones á Monagas, Zaraza y otros jefes, respecto á las operaciones que debían cumplir.

La ocupación de los valles de Aragua realzó el prestigio de las armas republicanas. El jefe supremo expidió un decreto en forma de proclama á los habitantes de los valles del Tuy, llamando al servicio á todos los hombres y mandando formar cuerpos cívicos para la defensa de las poblaciones. Esta proclama se difundió por todas partes,

---

gua, 19 de Febrero de 1818.—PABLO MORILLO.—Sr. D. Juan Bautista Pardo."

Por estos partes oficiales se demuestra claramente que Morillo se retiró desde el Sombrero: primero, porque no tenía subsistencias; segundo, porque tampoco tenía caballería con que combatir en la llanura, y le era preciso buscar las montañas, como terreno propio para su infantería, y tercero, en fin, para reunir, aumentar y armar su ejército, de modo que pudiese competir con el de los independientes. En ninguno de estos documentos menciona Morillo el plan de campaña que excogitó después, y así puede asegurarse no haber existido. Por consiguiente es inmerecida la gloria que algunos escritores realistas le han querido atribuir, andando el tiempo, por aquella supuesta concepción, que se pinta como hija de la sabiduría y de una previsión consumada.

y sin duda habría ofrecido el mejor éxito si hubiera habido tiempo para esperar sus resultados.

He aquí dicho documento:

Quartel-General del Consejo
á 14 de Marzo de 1818, 8.°

SIMON BOLIVAR, *Gefe Supremo de la República, Capitán-General de los Ejércitos de Venezuela y de la Nueva Granada, &c. &c.*

A los habitantes de los valles del Tuy:

Libre vuestro territorio de enemigos es vuestro primer deber reuniros al Gobierno de la República que como siempre os tratará como sus hijos predilectos. Vuestra libertad, vuestras vidas, y vuestros bienes están en perfecta seguridad.

Artículo 1.° Todos los habitantes hábiles para tomar las armas se reunirán en los pueblos de su jurisdicción trayendo consigo sus armas y sus bestias, ó presentando las que tengan para el servicio de la República.

Art. 2.° Abolida la esclavitud en Venezuela, todos los hombres que ántes eran esclavos se presentarán al servicio para defender su libertad.

Art. 3.° Los que sepan donde existan bienes del enemigo los denunciarán para su captura.

Art. 4.° Los Comandantes y Justicias de los pueblos y villas reunirán todos los vecinos y formarán de ellos cuerpos cívicos de infantería y de caballería para la defensa de sus propios hogares.

Art. 5.° Todas las fraguas serán empleadas en construir lanzas y los armeros en componer las armas para el servicio de los mismos cuerpos cívicos.

Art. 6.° Los comandantes de los pueblos pondrán la mayor vigilancia en conservar el órden en ellos y hacer cumplir exactamente todos los artículos de este bando.

Publíquese, y fíjese para que llegue á noticia de todos.

Bolívar.

La posición de nuestro ejército era falsa y peligrosa, colocado como estaba en el centro de dos enemigos formidables: Morillo en Valencia, Latorre en Caracas.

El Libertador, que con tanta audacia dió aquel paso, se dispuso á obrar con la mayor celeridad. Su plan consistía en atacar á Latorre, que había dejado ya sus posiciones y estaba en camino, para luego de destruirlo volver volando sobre Morillo, á fin de estrecharlo entre dos fuegos, contando con que Páez concurriría por San Carlos.

Este plan trazado atrevida é ingeniosamente debía dar un golpe decisivo á los realistas; mas no pudo tener su cumplimiento, porque cuando Bolívar expedía sus últimas y más importantes resoluciones, supo que Morillo había logrado sorprender el destacamento de la Cabrera y las caballerías de Zaraza y Monagas que forrajeaban en varias haciendas, *tan descuidadas como si hubieran tenido el enemigo á mil leguas de distancia.*

Pocos infantes lograron escapar y los jinetes se dispersaron siguiendo inconsultamente el camino de Cura, sin cuidarse de la infantería que se había internado para Caracas. Por dicha, el coronel Salcedo dió parte á Urdaneta de lo acaecido, y Urdaneta despachó á su edecán Travieso, rompiendo cinchas, para advertir del peligro al Libertador.

Eran las dos de la tarde del 14 de Marzo cuando Travieso desempeñaba su comisión cerca del Libertador. Ordenó éste (en el acto) la retirada *violenta*, y con razón, que si dilatan minutos en retirarse, se habría visto encerrado el ejército entre dos cuerpos enemigos, sin retirada. Llovía á la sazón copiosamente, los caminos estaban enlodados; pero el ejército marchó toda la noche por la Cuesta de las Mulas, y al amanecer se hallaba en Cura. Allí descansó un rato, y siguió luego para Bocachica con el resto de la caballería de Zaraza que ya se le había unido.

VI. Triunfo de Morillo en Semen (15 de Marzo).

Morillo bramaba de furia cuando supo en Cagua que Bolívar y sus tropas se habían adelantado. Apretó el paso para sorprenderles en Cura, adonde llegó á la una de la noche; pero Bolívar no estaba allí, y á las dos de la madrugada tuvo noticia que el enemigo le perseguía. En ese momento dispuso hacer desfilar el parque y los equipajes para la quebrada del río Semen, y él emprendió su retirada lentamente y en orden: situó sus fuerzas en una planicie de buen tamaño, y esperó á Morillo.

Aun no había amanecido cuando comenzó la lucha con la vanguardia que mandaba Morales. Grande fué el riesgo para todos, porque los enemigos cargaron con fuerza y nuestra tropa resistió con denuedo. Superiores y pasmados á su turno, en aquel choque de los más reñidos y sangrientos, cedían y retomaban el terreno, peleando tan cerca los combatientes que los tacos de fusil incendiaban sus vestidos.

A las nueve de la mañana, hora en que llegó á escape Morillo con sus edecanes, los realistas habían perdido seiscientos hombres. El suelo se hallaba empapado en sangre. Las fuerzas de Morales comenzaron á desbandarse; Morillo trató de reunir á los dispersos y fué arrollado; mas ¡ah! en ese momento desembocaron frescos á la llanura los batallones de la "Unión" y "Pardos de Valencia" que estaban avanzados; sus cargas fueron cerradas, y los nuestros no pudieron resistir. La caballería huyó hacia San Juan de los Morros y la infantería se dispersó, trazando ella misma el cuadro de su exterminio.

La pérdida que allí sufrimos no hay para qué detallarla; baste decir que no pudieron salvarse ni los papeles del Libertador.

Prisioneros, no los hubo.—Los partes españoles nada dicen. Lo que significa que no se dió cuartel á nadie.

Los generales Urdaneta, Torres, Valdés, con otros jefes y oficiales, fueron heridos.

Al terminar aquella tan reñida acción, un soldado patriota, que estaba agazapado en una mata de cují, tiró un lanzazo á Morillo, y le atravesó el vientre de parte á parte.

En pocos momentos se halló á las puertas de la muerte y fué conducido á Valencia.

La casualidad y su naturaleza robusta permitieron que pudiera restablecerse (1).

El rey le dió, en premio de aquella victoria, el título de *Marqués de la Puerta.*

Los partes que dieron los realistas sobre la acción de Semen ó de *la Puerta*, como ellos la llamaron, expresaban sobradamente nuestra pérdida. "Es imposible—decía Correa al capitán general de Caracas—que Bolívar pueda rehacerse más; ¡tan duro y terrible ha sido el golpe de esta jornada! El jefe insurgente dejará de molestarnos, yendo á esconder su derrota en el desierto." Correa se engañaba. Días después se batirá Bolívar con Latorre en Ortiz.

¡Qué gasto de energía humana, de actividad, de genio! ¡Qué lucha contra la desgracia, contra la desorganización, contra la barbarie, contra la carencia de elementos, contra la pobreza, contra la falta de opinión, contra el desierto, contra todo...!

Son los años trágicos de Bolívar. Nunca el infortunio se cebó más en un soldado.

---

(1) Al cometer el mando al brigadier D. Ramón Correa, Morillo le encargó que *respetara la vida de los prisioneros.* Correa, hombre de honor y de virtud, no necesitaba de esta advertencia. Y sucedió que, pasado el peligro de la herida, se olvidó Morillo de aquella inspiración de humanidad, y fusiló y ahorcó á los que tenían la desgracia de caer en su poder.—Díganlo, si no, el joven FLORENCIO TOVAR, capitán, ayudante del Libertador, hijo del eminente patriota Martín Tovar, y los tenientes coroneles JOSÉ FRANCISCO PORTERO, JUAN DE DIOS MORALES y MANFREDO BERTOLAZZI (*italiano*), fusilados, este último en Valencia, y los otros en Caracas, la Guaira y San Carlos.

A la desgracia de la Puerta seguirán, como encadenadas, otras y otras infelicidades, que pondrán á prueba la constancia invencible de Bolívar; pero ¡qué airoso saldrá de tanto contratiempo, de tan larga serie de rotas é infortunios!

CAPÍTULO XXVII

1818 y 1819

I.—Combate de Ortiz (26 de Marzo).

Las barrancas de Semen que abandonan los patriotas dispersos, no las ocupan los realistas. ¡Tan costoso fué el triunfo, que ni aliento dejó al vencedor para cantar victoria!

El ejército de Bolívar marchó por Parapara y Ortiz hacia el Rastro (Marzo 19), y el de Morillo, que provisoriamente quedó á las órdenes de D. Ramón Correa, esperó la presencia de Latorre para marchar hacia Calabozo, sin inquietar en tanto la retirada de sus contrarios.

El Libertador no perdió momentos; reorganizó y aumentó los cuerpos (ya esta operación era más fácil) y remontó las caballerías; despachó al general Pedro León Torres al Apure, para hacer venir en su auxilio las fuerzas de Páez y Cedeño, y puso á Calabozo en el mejor estado de defensa; tanto que, cuando Latorre vino sobre Calabozo, se sorprendió de hallar, no unos dispersos, desmoralizados, como creía, sino un ejército respetable, casi igual al que combatió en el Semen.

Con esto se retiró precipitadamente hacia Ortiz.

Incapaz de fatiga, Bolívar le persiguió, picándole la retaguardia, y tan de cerca, que casi á un tiempo llegaron á Ortiz (26 de Marzo). Latorre ocupó las alturas que

están á la entrada del pueblo, con casi mil infantes y un escuadrón de caballería. Bolívar determinó forzar aquellas posiciones, combatiendo por más de cinco horas, sin tregua, con un arrojo extraordinario. Y aun llegaron nuestras tropas á tomar la primera altura; pero nada se consiguió con esto, porque Latorre se replegó á la segunda. Trepó la caballería por escarpas y cerros para alcanzar los batallones españoles, y 500 jinetes se desmontaron para auxiliar los infantes: mas el terreno, lleno de declives y accidentes, fué un obstáculo insuperable, contra el cual se estrellaron, sin fruto, el denuedo y bizarría de nuestros soldados.

Bolívar abandonó la temeraria empresa; y Latorre, temeroso de ser segunda vez atacado, y entonces quizás envuelto, se retiró por la noche calladamente á Cura.

En este choque de las alturas de Ortiz, fué herido mortalmente el animoso coronel Genaro Vázquez. Murió, en efecto, al otro día. Vázquez era un oficial de muy buenos servicios, patriota, de un valor á toda prueba y de una destreza para jugar la lanza incomparable. Se asegura haber sido él quien dió á Morillo, en Semen, el formidable lanzazo que lo clavó en la silla.

Como fuesen vanas las tentativas del Libertador para penetrar en Caracas por el camino de Cura, varió de plan. "Si no logramos ocupar de pronto la capital—dijo—, nos apoderaremos del Occidente...!" Y en el acto dispuso que Páez marchara por el Pao á obrar sobre San Carlos (31 de Marzo). Él se vino á Calabozo á hacer leva de gente. A Monagas lo envió á Barcelona; á Zaraza, para el Sombrero; á Soublette, para Guayana; todos con orden de allegar gente. Él, además, preparaba subsistencias y juntaba caballos. Tan oportunas y acertadas fueron sus providencias que, en menos de ocho días, se halló al frente de 600 infantes y algunos jinetes no mal montados. Con esa fuerza pensó engrosar á Páez, que estaba en camino de San Carlos, y se puso desde luego en movimiento (8 de Abril) por San José de Tiznados. En este pueblo

esperó la columna del coronel Justo Briceño, que no pudo llegar sino el 16, y por la tarde de ese día, puesto el sol, salió á situarse en el *Rincón de los Toros*, media legua distante de San José.

II.—Sorpresa del Rincón de los Toros (noche del 16 al 17 de Abril).

Cercano andaba el coronel D. Rafael López, venezolano realista, muy valiente, muy apreciado y con razón en los ejércitos del rey; venía el coronel López á la cabeza de cinco escuadrones realistas, y con el encargo especial de no dejar reunir al Libertador con Páez, Bolívar lo ignoraba.

López, que en efecto era audaz y que meditaba una sorpresa, se acercó al campamento de Bolívar cuanto pudo, protegido de la engañosa luz de la luna, que ya se ocultaba, y aun logró hacer prisionero al sirviente del capellán del Libertador Fr. Esteban Prado, que buscaba en el campo unas caballerías perdidas. Por el criado supo López las cosas más menudas y los detalles del campamento general libertador, hasta el lugar mismo donde dormía Bolívar, y los oficiales y sargentos que mandaban las patrullas. Con datos tan prolijos, un capitán de los dragones de la Unión, D. Tomás de Renovales (1), concibió el proyecto de matar en aquella noche á Bolívar, y se ofreció á ejecutarlo. Pensó López que el golpe era cer-

(1) Baralt, que copia á Montenegro, dice «D. Mariano Renovales». Este es un error. El español que se ofreció á asesinar al Libertador en el Rincón de los Toros, se llamaba Tomás. D. Mariano de Renovales era teniente general español, y se hallaba en Londres á fines de 1817; desde esta capital escribió al Libertador por medio de D. Luis López Méndez ofreciendo sus servicios á la causa de la independencia americana, y el Libertador le contestó en 20 de Mayo de 1818. Léanse ambas cartas, que se hallan en la colección.

tero y concedió el permiso á Renovales; preparándose él para atacar á los patriotas al apuntar el alba.

Renovales escogió 36 soldados que se ofrecieron á acompañarle; mas sólo llevaba 8, cuando ya inmediato al lugar en que dormía Bolívar, encontró la patrulla del subjefe de Estado Mayor, coronel Francisco de Paula Santander. Este hizo varias preguntas á Renovales, y fueron todas satisfechas; y llevando al lado al criado prisionero, marchaba el asesino con la seguridad de un miembro del campamento.

Santander, que tenía un poco el acento peninsular, no conoció el engaño por la pronunciación de Renovales; él iba hacia la *mata* (1) donde el Libertador estaba, á recibir órdenes, y Renovales, que afirmaba tener que dar cuenta de su comisión, siguió también para el mismo punto. El Libertador se sentó en la hamaca para estar en aptitud de oir mejor y despachar, y cuando Renovales y sus ocho compañeros hicieron fuego, estaba inmóvil. Las balas pasaron por encima de su cabeza y fueron à herir el caballo que comía inmediato (2).

Conociendo el Libertador, aunque tarde, la proximidad de los realistas, dió sus disposiciones para esperarlos, evitando la alarma que en aquella noche fatal pudo producirse. Merced á esas disposiciones, nuestras tropas se hallaron capaces de trabar el combate á los primeros albores del día.

Los enemigos de Bolívar han falseado de mil maneras la historia de aquella sorpresa.

Los que menos hostiles se muestran al Libertador le acusan, con todo, de haberse dejado sorprender. ¡Como si

---

(1) *Mata* se nombra en los Llanos un arbolado ú oasis en medio de la pampa desnuda ó sólo cubierta de gramíneas.

(2) No es cierto lo que dice Montenegro y reproduce Baralt, que perdieron entonces la vida el capellán Prado y el coronel Salcedo. No: ninguno de los que dormían en aquel sitio fué herido ni muerto. La partida española, en su retirada, encontró solo al coronel Fernando Galindo, y un soldado le traspasó con la bayoneta.

las sorpresas y asechanzas pudieran evitarse en un país dividido por afectos y opiniones, y donde la naturaleza del terreno y sus accidentes geológicos se brindan para las insidias y estratagemas de la guerra! Desde que un accidente impensado puso en noticia de los realistas el santo y seña, la sorpresa fué practicable con suceso. César fué sorprendido en sus reales á las márgenes del Sambra. Demetrio lo fué en Gazza; Sempronio en Trebia. A ninguno le ha ocurrido, sin embargo, acusar por ello á estos grandes capitanes; y si bien se mira, tenían menos descargo que Bolívar.

Como éste lo había sospechado, las tropas de López no esperaron la luz del día para la refriega, y antes de amanecido la habían empeñado sangrienta y no inútilmente. Al pronto una parte de nuestra caballería cedió, aturdida y desconcertada, y esto dió ocasión á que la infantería quedase destrozada. Las tropas republicanas no hicieron casi resistencia. Las realistas persiguieron activamente nuestros dispersos, y todo lo que había en el campamento se perdió.

Pero el placer de la victoria se acibaró para el vencedor al tender la vista sobre el cadáver de López, atravesado el corazón por una bala al terminar la débil lucha (1).

En aquel día en que tan desdichada constelación influía sobre el destino de la patria, se vió el Libertador en gran riesgo de morir, ó lo que era peor, caer prisionero; porque huyendo, después de perdida la acción, dió en un bosque espeso: probó á pasarlo á caballo, lo que fué imposible; echó pie á tierra entonces y se despojó de su gorra y su dormán para no ser conocido, y saliendo de nuevo á la sabana, el enemigo venía *literalmente* encima, no queriendo ninguno de los que huían dar su caballo á

(1) Era este López natural de Barinas, hombre de color, intrépido, como ya hemos dicho, y de disposiciones singulares para la guerra de guerrillas. Sirvió al rey con una decisión asombrosa y causó grave daño a los patriotas, quienes se regocijaron al saber que estaban ya libres de enemigo tan formidable.

Bolívar, aunque lo pidió á varios. Al fin, un soldado de caballería que le conoció, tuvo la generosidad de darle la bestia bien aperada en que montaba, quedando él en riesgo de perecer (1).

III.—Nuevos infortunios: derrotas de Páez y de Cedeño.

Considerando el jefe supremo que ninguna operación importante podía emprender con aquel resto de fuerzas que pudo concentrar en el Rastro, encargó de ellas al general Cedeño, á quien nombró comandante general de los llanos de Calabozo; y él resolvió marchar á unirse con Páez, que sabía hallarse en los alrededores del Pao. Partió con 40 hombres que quisieron seguirle, y andando tres días con sus noches, se encontró en el paso de Guadarrama, en el río de la Portuguesa; allí supo que Páez estaba sobre San Carlos; mas, siendo arriesgado el tránsito por el camino que conducía á este punto, determinó dirigirse á San Fernando de Apure por Camaguan, desde donde reforzó la división de Cedeño y levantó nuevos cuerpos que obrasen persiguiendo las partidas enemigas (2).

(1) Los historiadores de Colombia y Venezuela no dicen quién fué ese soldado bienhechor que libertó á Bolívar de una muerte cierta. Hemos tenido prolijo empeño en saber quién fué aquel soldado, para dar á conocer su nombre á la posteridad, y el empeño no ha sido vano: creemos poder asegurar que se llamaba Leonardo Infante, de Maturin, el mismo que, ya hecho coronel, murió años adelante en Bogotá. Es inaveriguable si fué éste ú otro quien mató al segundo López; pero el caballo que montaba y que generosamente ofreció al Libertador, era el de López, y en los estribos de plata se veían las letras R. L., circunstancia que no dejó duda de la muerte de aquel terrible enemigo.

(2) Nos aprovechamos con gusto de una nota que comunicó el general Daniel Florencio O'Leary al historiador Sr. Restrepo, sobre

El Libertador pasó en San Fernando casi todo el mes de Mayo, enfermo; que los males y las desgracias de la patria, aún más que las fatigas, llegaron á quebrantar su cuerpo de bronce. Allí supo con dolor la pérdida de la

---

la manera de vivir el Libertador en aquella y en las demás campañas de los llanos de Venezuela. Dicha nota es la siguiente:

"Cuando Bolívar se hallaba en los Llanos su vida era la de un llanero. Levantábase con el día, y luego montaba á caballo para visitar los diferentes cuerpos de tropas que estaban cercanos. De paso animaba á cada uno con algunas palabras cariñosas ó con recuerdos lisonjeros. Él seguía las marchas con su estado mayor: al mediodía se apeaba para bañarse, cuando había comodidad, almorzar carne como todos los demás y descansar en su hamaca. Entonces dictaba las órdenes que debía comunicar y despachaba su correspondencia, lo que hacía moviendo constantemente la hamaca. Después de haber comido las tropas su corta ración de carne se continuaba la marcha hasta las cinco de la tarde, hora en que ordinariamente se acampaban, escogiendo, si era posible, alguna mata ó pequeño bosque. Si la escena no se variaba por algún encuentro con los españoles, cada día sucesivo representaba con monotonía los mismos sucesos, de levantar el campo, marchar durante el día y acamparse de nuevo por la tarde, siempre á cielo raso, pues nunca había tiendas. Generales, jefes y oficiales estaban con respecto al modo de vivir sobre un pie de entera igualdad aun con el soldado; ellos participaban de las mismas fatigas, comían de las mismas raciones, agua y carne, preparadas de la misma manera. Hasta en el vestido eran todos iguales, sin que el Libertador usara en el Llano distinción alguna; aun hubo algunas veces que estuviera escaso de vestido. Es claro, pues, que aquellas campañas de Venezuela fueron las más penosas de la agitada vida de Bolívar y de sus beneméritos compañeros de armas. Entonces gozaba el Libertador de todo el vigor y robustez de su edad (treinta y seis años), y se exponía á sufrir las mayores fatigas, como andar quince y veinte horas seguidas á caballo, con gran rapidez, comiendo sólo un pedazo de carne asada. Las innumerables vacadas y yeguadas que pacían en las extensas llanuras que riegan el Orinoco y sus afluentes, fueron la base indispensable para conseguir la independencia de Venezuela. Sin ellas, los patriotas, pobres, miserables y sin puertos, habrían perecido de hambre, de enfermedades y de toda clase de penas, ocultos en sus guaridas de los bosques solitarios. Mas la abundancia de ganados y de caballos los salvó y condujo al fin hasta fijar en Caracas, la Guaira y Puerto Cabello la bandera tricolor, arrojando á los españoles, que por más de trescientos años habían dominado, poblado y civilizado el país."

batalla de Cojedes (2 de Mayo), aciaga para Páez y los independientes, aunque no muy lisonjera tampoco para los realistas; y supo también la derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos, y la ocupación de Calabozo por Morales (20 de Mayo).

¡Cuanto se había ganado al comenzar del año estaba perdido! Ya no había dinero, ni armas, ni municiones. Escaseaban los otros artículos de guerra. El ejército republicano se veía destruído: la infantería, al menos, base esencial de todo ejército regular, no existía, y gran parte de aquellos caballos que se extrajeron de las fértiles llanuras que riegan el Arauca y el Apure, habían caído en poder de los realistas, ó habían muerto. Sólo se conservaba íntegro, y en mejor temple, el espíritu de Bolívar, que sacaba de la desdicha ocasiones de esperanza, y del abandono de la fortuna, motivos de triunfos y de grandeza.

IV.—Sigue la suerte adversa: el general Bermúdez, destrozado, pierde á Cumaná y el general Mariño á Cumanacoa.

El Libertador envió á Barcelona, Cumaná y Guayana á los generales Urdaneta, Valdés y otros jefes á recoger hombres con quienes formar un nuevo ejército; y él mismo partió para Angostura el 24 de Mayo, llevando consigo su estado mayor y algunos cuadros de infantería.

El 7 de Junio arribó á Angostura.

Bermúdez llegó á este punto casi al propio tiempo que el Libertador; y le impuso de la pérdida completa de Cumaná, de su derrota en el "Puerto de la Madera" y de las nuevas contrariedades de Mariño, que habían sido causa de tal derrota.—Allí supo también la pérdida del mismo Mariño en Cumanacoa y la preponderancia que

parecían tomar en todas partes los realistas; aumentando sus conflictos las noticias que llegaron de Apure de "haber desconocido las tropas la autoridad de Bolívar y nombrado á Páez jefe del ejército y director supremo del país".

Hallóse, pues, Bolívar en una de aquellas situaciones horribles en que se abaten y descaecen los ánimos más grandes. Nunca en el teatro del mundo hizo tan varios papeles la fortuna. Mostróse favorable á los realistas, que temían adversidades, y rígida á los independientes, que aguardaban sus favores.

V.—Entereza de alma de Bolívar en medio del infortunio y su fe en los destinos de América.

El Libertador consideró las circunstancias que le rodeaban, agravadas éstas con la falta de dinero, con la falta de hombres, con la falta de subordinación y de buena inteligencia en muchos de los jefes inferiores; consideró lo pernicioso que podría ser en lo moral su descalabro (que la desgracia ahuyenta, como se sabe, á los amigos mismos); pero, resuelto á confesar su ruina, quería también vivificar las esperanzas de libertad y de gloria en el ánimo de los buenos patriotas. Por esta razón, contestando á una hermosa carta del Sr. Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias del Plata, y hablando á los habitantes de aquella feliz comarca, les decía: *Sin duda, Venezuela, consagrada toda á la santa libertad, considera sus sacrificios como triunfos. Sus torrentes de sangre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absoluta de todas las creaciones del hombre y aun de la naturaleza: todo lo ofrece en las aras de la patria. Hoy está cubierta de luto; pero mañana, cuando cubierta*

de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará á una sola sociedad, para que nuestra divisa sea: UNIDAD EN LA AMÉRICA MERIDIONAL. *Sí, una sola debe ser la patria de todos los americanos.*

A Bolívar abandonaba desdeñosa la fortuna; y lo abandonaba cuando él menos lo creía; pero más altivo entonces, diríase que aspiraba á arrancarle por fuerza sus favores. Como Carlos VII de Francia pudo exclamar: apelo de los agravios de la suerte á la grandeza de mi corazón y á mi espada. Y ya veremos si le valió su firmeza (1).

VI.—Reorganizando el caos.

Los días que siguieron al arribo del Libertador á la capital de Angostura, los empleó éste en ocupaciones meramente administrativas. La República debía guarnecerse y fortalecerse, tanto con las armas como con las leyes; y acaso recordaba el Libertador aquel dicho famoso del emperador Justiniano: "Al poder supremo no sólo

(1) La carta que el Libertador escribió al Sr. D. Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de Buenos Aires, fué en respuesta á otra de este personaje, que quiso ser el primero en escribir á Bolívar. El voto del Congreso de Tucumán le había elegido, en 29 de Julio de 1816, Director Supremo de la República; y con tal carácter escribió á nuestro Libertador, cuya carta se hallará en la colección. Era Pueyrredón, bajo muchos títulos, uno de los argentinos más distinguidos en aquella época. Joven, bizarro, dotado por la naturaleza con un aspecto marcial y caballeroso que realzaba una educación esmerada, ilustrado y emprendedor infatigable, se distinguió desde temprano en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, y guerreando en el Alto Perú contra los españoles. Él fué quien combinó los planes de la invasión de Chile, para lo cual vino á Córdoba á ponerse al habla con San Martín; y fué él también quien reforzó el ejército de Salta para resistir los furiosos ataques del general D. José de la Serna. Pueyrredón salvó á Buenos Aires y le tocó la honra de publicar el acta de independencia de aquella rica nación americana.

conviene estar adornado con armas, sino también con leyes" (1), o aquel otro de Tulio: "No menos aprovecharon á Atenas las victorias de Temístocles que las leyes de Solón" (2). Reorganizó el gobierno supremo que durante su ausencia había estado á cargo del Consejo de Estado: nombró secretarios del Despacho; dictó muchas medidas de organización, y creó el *Correo del Orinoco*, publicación semanal de cuya redacción encargó al Sr. Francisco Antonio Zea, escritor ameno y de fácil y elegante pluma.

Mas luego, volviendo toda su atención á los negocios de la guerra, nombró á Mariño comandante general de operaciones de la provincia de Cumaná, olvidando generosamente sus faltas y manifestando que sabía mandar *porque sabía disimular*; organizó nuevos cuerpos en Upata, en Angostura y en algunos pueblos de la provincia de Barcelona; dió órdenes enérgicas para reprimir el motín de Apure; y despachó á Bermúdez desde Angostura para que ocupase á Güiria en movimiento combinado con el almirante Brion. La ocupación de Güiria tenía por objeto proteger el comercio de Angostura, cooperar á las operaciones de Mariño y privar á los realistas de Cumaná de los recursos que sacaban de las costas de barlovento.

VII.—Bolívar anuncia con un año de antelación su campaña contra el virreinato de Nueva Granada.—Proclama profética.

A tiempo que atendía el Libertador á la administración del país libre y que expedía nuevos decretos sobre exención de los extranjeros del servicio, sobre contrabando y modo de seguir los juicios de comiso, dando la policía á los gobernadores de las provincias, etc.; se ocu-

(1) *In præm. instit.*

(2) CICER.: *Offic.*

paba también en despachar para Casanare, con armas y municiones, al general Francisco de Paula Santander, nombrándole jefe del cuerpo que debía formarse y que debía componer la vanguardia del ejército libertador de la Nueva Granada. No olvidaba jamás Bolívar á los granadinos, de quienes tantas pruebas recibiera de amistad y aprecio; y reconociendo esos favores, les exhortaba á reunir sus esfuerzos trabajando en común por la independencia; porque *el día de la América ha llegado*, les decía.

Acompañaron á Santander varios jefes granadinos y venezolanos, y marchó de Angostura el 26 de Agosto remontando el Orinoco. Al despedirse, el Libertador le entregó muchas copias impresas de la proclama que dirigía á los granadinos; y estrechando la mano á Santander: "Adiós, general—le dijo—; confíe usted en que Morillo no vale nada. Tenga usted por cierto, y dígalo usted á todos, que el poder español toca á su ruina en América, en medio de sus aparentes prosperidades."

La proclama que le entregaba decía así:

¡Granadinos!

Ya no existe el ejército de Morillo. Nuevas expediciones que vinieron á reforzarlo, tampoco existen. Más de veinte mil españoles han empapado la tierra de Venezuela con su sangre. Centenares de combates gloriosos para las armas libertadoras han probado á la España que la América tiene tan justos vengadores como magnánimos defensores. El mundo, asombrado, contempla con gozo los milagros de la libertad y del valor contra la tiranía y la fuerza. El imperio español ha empleado sus inmensos recursos contra puñados de hombres desarmados y aun desnudos, pero animados por la libertad. El cielo ha coronado nuestra justicia: el cielo, que protege á la libertad, ha colmado nuestros votos y nos ha mandado armas con que defender la humanidad, la inocencia y la virtud. Extranjeros generosos y aguerridos han venido á ponerse bajo los estandartes de Venezuela. ¿Y podrán los tiranos continuar la lucha, cuando nuestra resistencia ha disminuído su fuerza y ha aumentado la nuestra?

La España, á la que aflige Fernando con su dominio exterminador, toca á su término. Enjambres de nuestros corsarios aniquilan su comercio; sus campos están desiertos, porque la muerte ha segado sus hijos; sus tesoros agotados por veinte años de guerra; el espíritu nacional anonadado por los impuestos, las levas, la inquisición y el despotismo. La catástrofe más espantosa corre rápidamente sobre la España.

¡Granadinos! El día de la América ha llegado, y ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza, guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos á los de vuestros hermanos: Venezuela conmigo marcha á libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertasteis á Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas algunas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares á los destructores de la Nueva Granada.

El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares levantados á la libertad.

Cuartel general de Angostura, Agosto 15 de 1818, año octavo de la independencia.

Simón Bolívar.

Esta promesa—la promesa del último párrafo de la proclama—, que parecía un delirio, se cumplió al pie de la letra.

Tan luego como expidiera el Libertador el documento que acaba de leerse, dispuso embarcar su guardia de honor para San Fernando, y él se preparó á pasar el Orinoco por Soledad para seguir á Maturin. Su objeto era revisar las tropas de Mariño y Bermúdez, establecer en forma el sitio de Cumaná si no pudiera ser asaltada la plaza y dar á Brion órdenes para sus operaciones posteriores; pero el cúmulo de trabajos administrativos fué tal que, á pesar de todos los esfuerzos que hizo por salir de Angostura, se demoró sin embargo hasta fines de Octubre.

Una de las atenciones que lo preocuparon fué la *Convocatoria del Congreso.*

VIII.—El Libertador dispone la convocatoria de un Congreso nacional.

La reunión de una Asamblea nacional ofrecía ventajas positivas: en ella debía hallar el Libertador un escudo contra sus ofensores; una fuente de justificación en sus providencias y de recursos en sus operaciones. Acaso no faltaba alguno que llevase cuesta arriba la facultad suprema de Bolívar; y éste veía con gusto que se pusiera límite á los pretextos de los ambiciosos, cubiertos fingidamente con el manto de republicanismo y libertad.

El 10 de Octubre reunió, pues, el Consejo de Estado, y abriendo la sesión en persona propuso la convocación del Congreso de Venezuela para el 1.° de Enero de 1819; manifestó la necesidad que había de que se diera al gobierno supremo una forma republicana, y que se llamaran á componerlo otros ciudadanos distinguidos que la pudieran establecer sobre bases sólidas; que un guerrero como él, arrastrado con frecuencia al campo de batalla, era imposible que fuese al mismo tiempo el magistrado y el creador de la República; en fin, que nada era tan opuesto á su carácter personal y su destino como el ejercicio del gobierno, repitiendo haber llegado el tiempo de que otros ilustres ciudadanos le descargaran de sus funciones. En consecuencia, propuso al Consejo que nombrara una comisión especial para que discutiera el modo de hacer las elecciones populares, y presentara un proyecto de reglamento para la convocación del Congreso costituyente de Venezuela.

Discutida la materia, se acordó en la misma sesión ser conveniente y aun necesaria la convocatoria del Congreso; y se nombró la comisión indicada. Componíase de los ciudadanos Juan Germán Roscio, Fernando Peñalver, Juan

Martínez, Ramón García Cádiz, Luis Peraza y Diego Bautista Urbaneja, miembros del mismo Consejo. El jefe supremo escogió para presidirla al general Rafael Urdaneta, y para secretario á García Cádiz.

La comisión terminó sus trabajos, y el reglamento quedó adoptado y mandado ejecutar. Treinta y cinco representantes compondrían el segundo Congreso venezolano, y la instalación del cuerpo se fijó para el 1.° de Enero de 1819.

Con esta ocasión, el Libertador dió un manifiesto "á los venezolanos", convocando el Congreso y bosquejando la historia de los sucesos de los años anteriores. ¡Qué precioso documento! Cuando uno lee las sublimes producciones del Libertador, se vienen á la memoria aquellas palabras que se decían de César: *eodem animo scripsit quo bellavit:* escribía del mismo modo que luchaba, y sus luchas eran titánicas!

El manifiesto ó convocatoria decía así:

¡Venezolanos!

El Congreso de Venezuela debe fijar la suerte de la República, combatida y errante tantos años. Nuestras heridas van á curarse al cuidado de una representación legítima. No es por una vana ostentación, ni por hacer mi apología, que os hablaré de mí: yo os he servido, y os debo dar cuenta de mi conducta.

Cuando las convulsiones de la Naturaleza sepultaron al pueblo de Venezuela en el más profundo abatimiento, el general Monteverde hizo entrar en la nada á nuestra naciente República. Yo, que más temía la tiranía que la muerte, abandoné las playas de Venezuela y fuí á buscar la guerra que se hacía á los tiranos en la Nueva Granada, como el único alivio á los dolores de mi corazón. El cielo oyó mis votos y gemidos, y el gobierno de Cartagena puso á mis órdenes cuatrocientos soldados, que en pocos días libertaron el Magdalena y la mayor parte de la provincia de Santa Marta. En seguida marché á Cúcuta, y allí la victoria se decidió por nuestras armas. Venezuela me vió aparecer en su territorio coronado con los favores de la fortuna.

El Congreso de la Nueva Granada me concedió el permiso

de rescatar á mi patria. Muy pronto tuve la dicha de restablecer las autoridades constituídas en la primera época de la República en las provincias de Mérida, Trujillo y Barinas. La capital de Caracas recibió en su seno á los bravos granadinos; pero Puerto Cabello, cubierto por sus muros, llamó luego mi atención por su resistencia, y apenas me dió tiempo para tomar medidas que salvasen del desorden el dilatado país que habíamos arrancado á los tiranos de España.

La expedición *(de tropas europeas)* de Salomón hizo concebir á los realistas nuevas esperanzas, y, aunque batidos en Bárbula y las Trincheras infundió tal aliento á nuestros enemigos, que casi simultáneamente se sublevaron los Llanos y el Occidente de Venezuela. Las batallas de Mosquitero y de Araure nos devolvieron el Occidente y los Llanos. Entonces volé desde el campo de batalla á la capital, hice renuncia del poder supremo y dí cuenta al pueblo, el 2 de Enero de 1814, de los sucesos de la campaña y de mi administración militar y civil. El pueblo en masa respondió con una voz unánime de aprobación, confiriéndome nuevamente el poder dictatorial que ya ejercía. Nuevos reveses me llamaron á la campaña, y, después de la lucha más sangrienta, volví del campo de Carabobo á convocar á los representantes del pueblo para que constituyesen el gobierno de la República.

El desastre de La Puerta sepultó en el caos nuestra afligida patria, y nada pudo entonces parar los rayos que la cólera del cielo fulminaba contra ella.

Yo marché á la Nueva Granada. Dí cuenta al Congreso granadino del éxito de mi comisión; premió mis servicios, aunque infructuosos, confiándome un nuevo ejército de granadinos y venezolanos. Cartagena fué el sepulcro de este ejército, que debía dar la vida á Venezuela. Yo lo abandoné todo por la salud de la patria; voluntariamente adopté un destierro que pudo ser saludable á la Nueva Granada, como también á Venezuela. La Providencia había decretado ya la ruina de estas desgraciadas regiones, y les mandó á Morillo con su ejército exterminador.

Yo busqué asilo en una isla extranjera, y fuí á Jamaica solo, sin recursos y casi sin esperanzas. Perdidas Venezuela y la Nueva Granada, todavía me atreví á pensar en expulsar á sus tiranos. La isla de Haití me recibió con hospitalidad: el magnánimo

presidente Petion me prestó su protección, y bajo sus auspicios formé una expedición de trescientos hombres, comparables en valor, patriotismo y virtud á los compañeros de Leonidas. Casi todos han muerto ya; pero el ejército exterminador también ha muerto. Trescientos patriotas vinieron á destruir quince mil tiranos europeos y lo han conseguido.

Al llegar á Margarita, una asamblea general me nombró jefe supremo de la nación: mi ánimo fué convocar allí el Congreso; pocos meses después lo convoqué, en efecto. Los sucesos de la guerra no permitieron, sin embargo, este anhelado acto de la voluntad nacional. Libre Guayana y libre la mayor parte de Venezuela, nada nos impide ahora devolver al pueblo sus derechos soberanos.

¡Venezolanos! Nuestras armas han destruído los obstáculos que oponía la tiranía á vuestra emancipación. Y yo, á nombre del ejército libertador, os pongo en posesión del goce de vuestros imprescriptibles derechos. Nuestros soldados han combatido por salvar á sus hermanos, esposas, padres é hijos; mas no han combatido por sujetarlos. El ejército de Venezuela sólo os impone la condición de que conservéis intacto el depósito sagrado de la libertad. Yo os impongo otra no menos justa y necesaria al cumplimiento de esta preciosa condición: elegid por magistrados á los más virtuosos de vuestros conciudadanos, y olvidad si podéis, en vuestras elecciones, á los que os han libertado. Por mi parte, yo renuncio para siempre la autoridad que me habéis conferido, y no admitiré jamás ninguna que no sea la simple militar, mientras dure la infausta guerra de Venezuela. El primer día de la paz será el último de mi mando.

¡Venezolanos! No echéis la vista sobre los sucesos pasados sino para horrorizaros de los males que os han destrozado; apartad vuestros ojos de los monumentos dolorosos que os recuerdan vuestras crueles pérdidas; pensad sólo en lo que vais á hacer, y penetraos bien de que sois todos venezolanos, hijos de una misma patria, miembros de una misma sociedad, y ciudadanos de una misma república. El clamor de Venezuela es libertad y paz; nuestras armas conquistarán la paz, y vuestra sabiduría nos dará la libertad.

Simón Bolívar.

Cuartel general en Angostura, á 22 de Octubre de 1818, 8.° de la independencia.

Este interesante documento fué objeto de sarcasmo y burla para el Gobierno español, que de ese modo quería disminuir la impresión que estaba destinado á producir entre los hombres sensatos del mundo.

¡Convocar un Congreso! Tal paso anunciaba el establecimiento de un gobierno popular, representativo, capaz de hacer el bien, y eso fué siempre el pensamiento de Bolívar, que sabía cuán importante era establecer las formas gubernamentales, porque una vez establecidas, las sustenta el tiempo.

IX.—Nueva derrota de Mariño.

Logró por fin Bolívar desprenderse de Angostura y marchar para Maturin; allí estaba el 2 de Noviembre, y escribía á White: "Sigo esta tarde para el cuartel general de Mariño, que debe estar en Cariaco ó sobre Cumaná, pues desde el 24 marchó de San Francisco. Muy pronto me incorporaré yo, y estrecharemos el sitio de la plaza."

Esto no pudo ser así como lo pensaba el Libertador, porque en Guanaguana recibió la triste nueva de la derrota completa de Mariño, quien habiendo obrado contra las instrucciones que tenía, no pudo resistir las fuerzas del teniente coronel español D. Agustín Nogueras, y huyó á Santa María.

El Libertador, entonces lleno de pesar, se volvió á Angostura: "¡quién no pierde la esperanza y hasta el juicio - exclamaba—al considerar tantos errores y desaciertos! Sobre todos los males que nos combaten, tenemos la impericia, el atropellamiento, la presunción. Todos quieren mandar á la fortuna! ¡Extravagancia!"

Desde Angostura envió al coronel Avendaño á hacerse cargo de la Comandancia general de Cumaná; á Mariño lo destinó á Barcelona á organizar nuevas fuerzas, y trató,

por medio de acertadas providencias, de remediar el mal en lo posible.

X.—Actitud del Libertador y del pueblo de Venezuela, ó de sus representantes, ante las amenazas de la Europa monárquica y anti-liberal.

Una grave cuestión vino á alarmar el espíritu de los independientes: tal fué la intervención que se decía solicitaba la España de las otras potencias de Europa para terminar la lucha con América, sujetándola otra vez á su dominio arbitrario. Las insinuaciones del Gabinete de Madrid fueron positivas y premiosas como la naturaleza del asunto lo demandaba. La Inglaterra, nación liberal, era una grande esperanza para los republicanos; pero Bolívar no debía esperar que los ministros de la Gran Bretaña se opusiesen á la pretensión del rey Fernando. A él le tocaba hacer vigorosa y resueltamente aquella oposición, y la hizo en efecto. El decreto de 20 de Noviembre contiene la famosísima ratificación de los principios de independencia proclamados el 5 de Julio de 1811. Este decreto se publicó con solemne pompa y se tradujo en tres idiomas, enviándose á todas partes para hacer ver la invariable y heroica resolución de los patriotas venezolanos.

El decreto dice así:

Simón Bolívar, Jefe Supremo de la República de Venezuela.

Considerando que cuando el Gobierno español solicita la mediación de las Altas Potencias para restablecer su autoridad, á título de reconciliación, sobre los pueblos libres é independientes de América, conviene declarar á la faz del mundo los sentimientos y decisión de Venezuela;

Que aunque estos sentimientos y esta decisión se han manifestado en la República desde el 5 de Julio de 1811, y más particularmente desde los primeros anuncios de la solicitud del Gabinete de Madrid, es deber del Gobierno, en quien reside la representación nacional, reiterarlos y declararlos legal y solemnemente;

Que esta declaratoria franca y sincera no sólo es debida á las Altas Potencias en testimonio de consideración y de respeto, sino indispensable para calmar los ánimos de los ciudadanos de Venezuela;

Reunidos en junta nacional el Consejo de Estado, la Alta Corte de Justicia, el gobernador vicario general de este obispado, sede vacante, el Estado Mayor General y todas las autoridades civiles y militares, después de haber examinado detenidamente la conducta del Gobierno español, hemos tenido presente:

1.° Que una reconciliación cordial jamás ha entrado en las miras del Gobierno español;

2.° Que habiéndosela propuesto la Gran Bretaña por dos veces, desde los primeros días de las desavenencias, la ha desechado con desprecio de todos;

3.° Que al mismo tiempo que se trataba de reconciliación, ella bloqueaba nuestros puertos, mandaba ejércitos contra nosotros y tramaba conspiraciones para destruirnos;

4.° Que habiéndose sometido Venezuela bajo una capitulación solemne, apenas ésta depuso sus armas, cuando ella la violó en todas sus partes, sacrificando millares de ciudadanos cuyos derechos había jurado respetar;

5.° Que haciéndonos una guerra de exterminio, sin respetar el sexo, la edad ni la condición, ha roto los vínculos sociales y ha excitado un odio justo é implacable;

6.° Que este odio se ha exaltado por las atrocidades que ha cometido y por la mala fe con que nos mira bajo todos los aspectos;

7.° Que toda la América, y muy particularmente Venezuela está íntimamente convencida de la imposibilidad absoluta en que se halla la España de restablecer de ningún modo su autoridad en este Continente;

8.° Que toda la América está ya satisfecha de sus fuerzas y de sus recursos; conoce sus ventajas naturales y medios de

defensa, y está segura de que no hay sobre la tierra poder bastante para ligarla otra vez á la España;

9.° Que cuando lo hubiese, está resuelta á perecer primero que someterse de nuevo á un gobierno de sangre, de fuego y de exterminio;

10. Que hallándonos en posesión de la libertad é independencia que la Naturaleza nos ha concedido, y que las leyes mismas de España y los ejemplos de su historia nos autorizaban á recobrar por las armas, como efectivamente lo hemos ejecutado, sería un acto de demencia y estolidez someternos bajo cualquiera condición que sea al Gobierno español.

Por todas estas consideraciones, el Gobierno de Venezuela, intérprete de la intención y de la voluntad nacional, ha tenido á bien pronunciar á la faz del mundo la siguiente declaración:

1.° Que la República de Venezuela, por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española, y constituída en un Estado independiente, libre y soberano;

2.° Que la España no tiene justicia para reclamar su dominación, ni la Europa derecho para someterla al Gobierno español;

3.° Que no ha solicitado ni solicitará jamás su incorporación á la nación española;

4.° Que no ha solicitado la mediación de las Potencias para reconciliarse con la España;

5.° Que no tratará jamás con la España sino de igual á igual, en paz y en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones;

6.° Que únicamente desea la mediación de las Potencias extranjeras para que interpongan sus buenos oficios en favor de la humanidad, invitando á la España á ajustar y concluir un tratado de paz y amistad con la nación venezolana, reconociéndola y tratándola como una nación libre, independiente y soberana;

7.° Ultimamente, declarà la República de Venezuela que desde el 19 de Abril de 1810 está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres, por recobrar sus derechos soberanos, y que por mantenerlos ilesos, como la divina Providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo

de Venezuela á sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.

Dado en Angostura, á 20 de Noviembre de 1818, año octavo de nuestra independencia.

Simón Bolívar.

Pocos días después de promulgado este decreto, marchó el Libertador de Angostura para los llanos del Apure (21 de Diciembre). Era preciso oponerse á Morillo en aquel teatro probable de sus operaciones, y reducir á Páez á que volviese al sendero que le trazaban sus deberes.

XI.—El Libertador somete á Páez.

Páez, á quien un tal coronel Wilson y otros de sus amigos y aparceros proclamaron *director supremo de la República*, desconociendo la autoridad del Libertador, había aceptado sin repugnancia aquel mando. Mas el Libertador, que en este lance y por el primer momento afectó cierto intencional descuido, creyó que convenía ya arreglarlo; que no se ha de permitir el desliz hasta que se convierta en derecho. Marchó, pues, para ver en persona quiénes eran los que insultaban su carácter y los que negaban su autoridad, y quiso la buena suerte que no los encontrara; porque Páez mismo, impelido de un noble sentimiento, no pretendió sostenerse contra el ascendiente irresistible del Libertador, reconociendo su autoridad sin dilación y *sin dolor*, como él decía. Bolívar supo que los oficiales y jefes que suscribieron el acta de su desconocimiento se habían juntado de nuevo y que trataban de hacer un pronunciamiento, insistiendo en sus propósitos.

Las circunstancias no podían ser más críticas. Los amigos de Páez eran hombres resueltos, sin previsión, é incapaces de pesar el escándalo que iban á dar y el peligro á que se exponían, dividiendo la opinión con el enemigo al frente, cuyo triunfo era entonces inevitable! Fuerza era evitar tan grandes males y salvar la dignidad del gobierno y la disciplina militar. El Libertador llamó á Páez á una conferencia privada y le manifestó la firme resolución de no acceder jamás á las inicuas pretensiones de una facción que destruía con su propósito la República y minaba la ley de la subordinación; que él sabría mantener su dignidad, y que para ello no retrocedería ante ningún sacrificio.

Páez se vindicó, haciendo ver que él no tenía parte alguna en los planes de aquellos comprometidos, y ofreció al Libertador que influiría por que todos desistiesen del pronunciamiento proyectado. Y así lo cumplió.

Tal acción afianzó la reputación del general Páez y cimentó la autoridad de Bolívar.

Éste premió el buen proceder de Páez ascendiéndole á general de división y confiriéndole el mando de la caballería.

Apagado aquel incendio, que habría devorado todos los trabajos y las glorias de los independientes, determinó el Libertador regresar á Angostura, con tanta mayor urgencia, cuanto que tuvo avisos de haber arribado un batallón de ingleses, contratados para el servicio de nuestra república por el coronel Elson.

En San Juan de Payara pasó revista al ejército el 16 de Enero de 1819, y arengando á los soldados con aquella elocuencia seductora de que la historia militar del mundo tiene pocos ejemplos:

"Llaneros—les dijo—, vosotros seréis independientes, aunque se oponga el mundo todo. Vuestras lanzas y estos desiertos os libran de la tiranía. ¿Quién puede subyugar la inmensidad? Preparaos al combate; vuestros hermanos de Guayana, de Barcelona y Caracas estarán á vuestro

lado. El impertérrito general Páez os conducirá á la victoria, y el genio de la libertad escribirá vuestros nombres en los fastos de la gloria. Llaneros: sois invencibles."

El 23, después de haber dado á Páez sus últimas disposiciones y conferenciado con los jefes del ejército, llenándolos de racionales esperanzas, partió para Angostura (1). Iba á instalar el Congreso nacional, que no había podido reunirse aún. Iba á dar al gobierno español ese golpe *decisivo*, cimentando la República en la opinión, reina del mundo. Iba á fijar la fortuna de Venezuela, hasta entonces incierta y vacilante, y hacer que se cura-

---

(1) Cuando el Libertador dejó el Apure para volver á Angostura, había recibido ya noticias oficiales del arribo á Venezuela de tropas inglesas que venían contratadas al servicio de la República.—En el año anterior (1818), impelidos por un generoso sentimiento de simpatía, habían venido los coroneles MacDonald, Campell, Wilson, Hippisley y Gilmore con cosa de 350 á 400 hombres.

Las expediciones más considerables fueron: 1.°, las del coronel James English (1.200 hombres), que equiparon MM. Herring & Richarson; 2.°, la del coronel Elson, despachada por Messrs. Hurry, Powles & Hurry (580 hombres, fuera de 300 hannoverianos que mandaba el bravo y fidelísimo coronel Uzlar); 3.°, la Legión irlandesa que equipó el general D'Everux (1.750 hombres).—Por todo, con estas expediciones, con las pequeñas partidas y oficiales venidos en 1818 y los enganchados por el coronel Macirone y MacGregor, que obraron sobre Porto-Belo y el Río de la Hacha, vinieron cosa de 6.000 hombres, de los cuales es preciso deducir los que naufragaron en las costas de Francia con el coronel Skeene (300 hombres), que no llegaron á nuestras playas.

Gran parte de esas tropas inglesas, que habían combatido con fortuna en la Península, murieron en nuestra guerra de independencia. Los oficiales permanecieron en Colombia. English, que había sido comisario en el ejército de Wellington en España, y que hablaba un poco el español, Uzlar, Elson, D'Evereux y sus buenos oficiales, modelos de subordinación y de disciplina militar, merecieron la amistad y los elogios de Bolívar, de Zea, de Brion y de todos los desinteresados patriotas. Por desgracia, uno entre todos volvió disgustado á Europa, Hippisley, y escribió iniquidades contra el Libertador y sus conmilitones. Los cargos reales, innegables, eran: que no daban ración á la europea, que hacían la guerra desnudos, sin armas y como podían, y, por último, que no eran ricos

sen las heridas de la guerra al abrigo de instituciones sabias y generosas. Venezuela no podrá despojarse aún del luto: pasará todavía días de sangre; pero experimentará también momentos de gloria y de ventura, y al fin saldrá salva y vigorosa de la recia tempestad que ha amenazado sumergirla en los abismos.

CAPITULO XXVIII

1819

I.—Se instala el Congreso de Angostura (15 de Febrero).

De conformidad con el Reglamento formado por el Consejo de Estado para las elecciones de diputados al Congreso de Angostura, debían reunirse en aquella ciudad treinta y cinco representantes el día 1.° de Enero de 1819, contándose entre éstos los de la provincia neogranadina de Casanare. Y estaba dispuesto que sucesivamente vinieran los de las otras provincias de la Nueva Granada, al paso que éstas fuesen entrando en el dominio de la Libertad.

De Bolívar nació este pensamiento; pues quería formar una nación de los pueblos de Nueva Granada y Venezuela y pensó que de tal modo quedaban incorporados de hecho (1).

Sin embargo, la instalación del cuerpo no pudo tener lugar el día prefijado, por falta de algunos diputados, y cuando el Libertador llegó á Angostura (7 de Febrero) no habían ocurrido aún los de Margarita, Barinas y Cumaná. "Tardan demasiado, escribía Bolívar á un amigo,

---

(1) Ya en su carta de 1815, desde Jamaica (6 de Septiembre), habla de la unión de Venezuela y Nueva Granada; luego, para esa fecha, ya la idea maduraba en su pensamiento. *(Nota de R. B.-F.)*

y temo que los primeros hayan sufrido alguna desgracia en la navegación, pues debían estar aquí desde Enero. Si vinieren los otros, se instalará el cuerpo inmediatamente que haya *dos terceras* partes."

Bolívar anhelaba por la reunión del Congreso, para hacer cesar cuanto antes el gobierno militar y necesariamente absoluto de que él estaba encargado y para dar al territorio libertado cierta apariencia de nación procurándole un cuerpo representativo que la constituyese.

Para el 15 de Febrero se encontraban en la capital veintiséis diputados por Caracas, Barcelona, Cumaná, Barinas, Guayana y Margarita, que eran:

Por Caracas.—Dr. Juan Germán Roscio, Dr. Luis Tomás Peraza, licenciado José España, Onofre Basalo, Francisco Antonio Zea.

Por Barcelona.—Coronel Francisco Parejo, coronel Eduardo A. Hurtado, Diego B. Urbaneja, licenciado Ramón García Cádiz, Diego Antonio Alcalá.

Por Cumaná.—General en jefe Santiago Mariño, brigadier Tomás Montilla, Dr. Juan Martínez, coronel Diego Vallenilla.

Por Barinas.—Pbro. Dr. Ramón Ignacio Méndez, coronel Miguel Guerrero, general de división R. Urdaneta, Dr. Antonio María Briceño.

Por Guayana.—Eusebio Afanador, Juan Vicente Cardoso, intendente de ejército F. Peñalver, brigadier Pedro León Torres.

Por Margarita.—Gaspar Marcano, Dr. Manuel Palacio Fajardo, licenciado Domingo Alzuru, José de Jesús Guevara (1).

Reconocidas las actas de elección, conformes en todo con el Reglamento, fijó el Libertador las once del día para la instalación de la Asamblea.

---

(1) Más tarde concurrieron al Congreso tres de los cinco diputados por Casanare: Zea, el coronel José María Vergara y el teniente coronel Vicente Uribe. El Dr. José María Salazar y el coronel Antonio Morales no asistieron á la Asamblea.

Una salva de artillería, al ponerse el sol, y una iluminación general, anunció el 14 la solemnidad del día siguiente.

El 15, al salir el sol, se hizo otra salva de artillería. Los diputados se reunieron, á las diez y media, en la sala del palacio de gobierno destinada á sus sesiones, y el Estado Mayor general, el gobernador de la plaza y comandante general de la provincia, jefes y oficialidad en la casa del jefe supremo, para acompañarle á tan augusta ceremonia. Tres cañonazos anunciaron la marcha de la comitiva, y los diputados salieron á recibir al Libertador fuera de las puertas del palacio. Un numeroso destacamento, que ocupaba el frente, le hizo los honores militares.

El Sr. B. Irvine, comisionado de los Estados Unidos, y uno de los comerciantes ingleses más beneméritos de la Independencia, en representación de los demás, fueron convidados á este acto solemne, y colocados entre el señor provisor, gobernador del Obispado, y los primeros jefes militares. El concurso de extranjeros y de ciudadanos llegó á ser, relativamente, numeroso.

II. — Discurso de Bolívar al inaugurar el Congreso de Angostura.

La primera sesión del Congreso fué un acto imponente, lleno de gravedad y respeto, capaz de alimentar el patriotismo de mil edades. ¡Qué generoso ardor inflamaba el pecho de aquellos dignos varones! ¡Qué justas esperanzas! ¡Qué magnánimos propósitos!

El Libertador, introducido en el salón del Congreso y colocado en sitio de honor, pronunció un largo discurso, uno de sus más bellos discursos, trascendental por el pensamiento, como se verá al leerlo íntegramente y con

cuidado, rico de estilo y de hermosas imágenes. Lo airoso del cuerpo del Libertador, la viveza de sus ojos, la majestad de su rostro, la finura de su ademán, contribuyeron á cautivar al auditorio. La palabra inflamadora de Bolívar ejercía su influjo habitual. Bolívar, el héroe, el Aníbal colombiano, era también el Demóstenes, el Pericles de los Andes, lleno de elocuencia, cuya expresión imponente y delicada, magnífica y armoniosa, tenía un hechizo irresistible.

«¡Dichoso el ciudadano — decía, devolviendo á los Representantes del pueblo el poder supremo que se le había confiado—dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta! Yo me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir á los Representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso: fuente de la autoridad legítima, depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la Nación.

Al transmitir á los Representantes del pueblo el poder supremo que se me había confiado, colmo los votos de mi corazón, los de mis conciudadanos y los de nuestras futuras generaciones, que todo lo esperan de vuestra sabiduría, rectitud y prudencia. Cuando cumplo con este dulce deber, me liberto de la inmensa autoridad que me agobiaba, como de la responsabilidad sin límites que pesaba sobre mis débiles fuerzas. Solamente una necesidad forzosa unida á la voluntad imperiosa del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de *Dictador, Jefe Supremo de la República.* Pero ya respiro, devolviéndoos esta autoridad que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener en medio de las tribulaciones más horrorosas que pueden afligir á un cuerpo social!»

«No ha sido la época de la República que he presidido una mera tempestad política, ni una guerra sangrienta, ni una anarquía popular; ha sido, sí, el desarrollo de todos los elementos desorganizadores: ha sido la inundación de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela.

Un hombre, ¡y un hombre como yo! ¿qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones?

En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco.

¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela: examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional.

No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas puede suponérseme simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela. Sin embargo, mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas á la censura del pueblo. Representantes! Vosotros debéis juzgarlas. Yo someto la historia de mi mando á vuestra imparcial decisión. Nada añadiré para excusarla: ya he dicho cuanto puede hacer mi apología. Si merezco vuestra aprobación, habré alcanzado el sublime título de buen ciudadano, preferible para mí al de *Libertador*, que me dió Venezuela, al de *Pacificador*, que me dió Cundinamarca, y á los que el mundo entero puede dar.

Legisladores! Deposito en vuestras manos el mando supremo. Vuestro es ahora el augusto deber de consagraros á la felicidad de la República. En vuestras manos está la balanza de nuestros destinos, la medida de nuestra gloria; ellas sellarán los decretos que fijen nuestra libertad.

En este momento el jefe supremo de la República no es más que un simple ciudadano; y tal quiere quedar hasta la muerte. Serviré, sin embargo, en la carrera de las armas, mientras haya enemigos en Venezuela. Multitud de beneméritos hijos tiene la patria capaces de dirigirla: talentos, virtudes, experiencia y cuanto se requiere para mandar á hombres libres, son el patrimonio de muchos de los que aquí representan al pueblo; y fuera de este soberano cuerpo se encuentran ciudadanos que, en todas épocas, han mostrado valor para arrostrar los peligros, prudencia para evitarlos, y el arte, en fin, de gobernarse

y de gobernar á otros. Estos ilustres varones merecerán, sin duda, los sufragios del Congreso y á ellos se encargará del Gobierno que tan cordial y sinceramente acabo de renunciaros...»

Luego, aduciendo razones para que el Congreso aceptara la abdicación que hacía del mando de la Nación, dijo:

«La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra á obedecerle y él se acostumbra á mandarle: de donde se originan la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben temer con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande siempre.»

Echando luego una ojeada sobre lo pasado, y apreciando con mucho tino el estado de las cosas en Venezuela:

«Al desprenderse la América de la monarquía española, se ha encontrado semejante al imperio romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo...

Uncido el pueblo al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido, y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza...! Por el vicio se nos ha degradado más que por la superstición! La esclavitud es hija de las tinieblas: un pueblo ignorante es un instrumento torpe de su propia destrucción: toma la licencia por libertad, la traición por patriotismo, la venganza por justicia. Semejante á un robusto ciego, que, instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz, y dando en todos los escollos, no puede rectificar sus pasos.

La libertad es un alimento suculento, pero de difícil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que robustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable y nutritivo pan de la libertad. Entumidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en la sombra de las mazmorras, y aniquilados por las pestilencias serviles ¿serán capaces de marchar, con paso firme, hacia el augusto templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina?...

Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión; mas, son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos, porque son los pueblos más bien que los gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía. El hábito de la dominación los hace insensibles á los encantos del honor y de la prosperidad nacional, y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad, bajo la tutela de las leyes dictadas por su propio querer. Los fastos del universo proclaman esta espantosa verdad.»

Hablando luego del poder de los hábitos y de las ideas formadas en trescientos años de dominación, decía el Libertador:

«El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, mayor suma de estabilidad política. Por las leyes que dictó el primer Congreso, tenemos derecho de esperar que la dicha sea el dote de Venezuela; y por las vuestras, debemos lisonjearnos que la seguridad y la estabilidad eternizarán esa dicha. A vosotros toca resolver el problema: ¿cómo, después de haber roto todas las trabas de nuestra antigua opresión, podemos hacer la obra maravillosa de evitar que los restos de nuestros duros hierros no se cambien en armas liberticidas? Las reliquias de la dominación española permanecerán largo tiempo antes que lleguemos á anonadarlas: el contagio del despotismo ha impregnado nuestra atmósfera, y ni el fuego de la guerra, ni el específico de nuestras saludables leyes, han purificado el aire que respiramos. Nuestras manos están ya libres, y todavía nuestros corazones padecen de las dolencias de la servidumbre.

El hombre al perder la libertad, dice Homero, pierde la mitad de su espíritu.»

Hablando del equilibrio de los poderes, y pintando el magistrado republicano, decía:

«En las repúblicas, el ejecutivo debe ser más fuerte, porque todo conspira contra él; en tanto que, en las monarquías, el más fuerte debe ser el legislativo, porque todo conspira en favor del monarca. La veneración que profesan los pueblos á la magistratura real es un prestigio que influye poderosamente en aumentar el respeto supersticioso que se tributa á su autoridad. El resplandor del trono, de la corona, de la púrpura; el apoyo formidable que le presenta la nobleza; las inmensas riquezas que generaciones enteras acumulan en una misma dinastía; la protección fraternal que recíprocamente reciben todos los reyes, son ventajas muy considerables que militan en favor de la autoridad real y que la hacen casi ilimitada. Estas mismas ventajas son las que deben confirmar la necesidad de atribuir á un magistrado republicano una suma mayor de autoridad que la que posee un príncipe constitucional.

Un magistrado republicano es un individuo aislado en medio de una sociedad: encargado de contener el ímpetu del pueblo hacia la licencia y la propensión de los administradores hacia el abuso. Está sujeto inmediatamente al cuerpo legislativo, al pueblo: es un hombre solo, resistiendo el ataque combinado de las opiniones, de los intereses y de las pasiones del estado social, que, como dice Carnot, no hace más que luchar continuamente entre el deseo de dominar y el deseo de sustraerse á la dominación. Es un atleta, en fin, lanzado contra una multitud de atletas.»

Hablando de las proezas militares de los años de 1812 hasta el de 1819:

«Representaros la historia militar de Venezuela, sería recordaros la historia del heroísmo republicano entre los antiguos: sería deciros que Venezuela ha entrado en el gran cuadro de los sacrificios hechos sobre el altar de la libertad. Nada ha po-

dido llenar los nobles pechos de nuestros generosos guerreros, sino los honores sublimes que se tributan á los bienhechores de la humanidad. No combatiendo por el poder, ni por la fortuna, ni aun por la gloria, sino tan sólo por la libertad, títulos de *libertadores* son sus dignos galardones..... Hombres que se han desprendido de todos los goces, de todos los bienes que antes poseían, como el producto de su virtud y de sus talentos; hombres que han experimentado cuanto es cruel en una guerra horrorosa, padeciendo las privaciones más duras y los tormentos más acerbos; hombres tan beneméritos de la patria deben llamar la atención del gobierno.»

Como el Libertador había experimentado los perniciosos efectos del sistema de gobierno débil por descentralizado y complicado por estructura, dijo:

«Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases, la soberanía del pueblo, la división de poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios.—Necesitamos la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, los hombres, las opiniones políticas y las costumbres. Luego, extendiendo la vista sobre el vasto campo que nos falta por recorrer, fijemos la atención sobre los peligros que debemos evitar.

Que la historia nos sirva de guía en esta carrera. Atenas la primera nos da el ejemplo más brillante de una democracia *absoluta*, y al instante, la misma Atenas nos ofrece el ejemplo más melancólico de la debilidad extrema de esta especie de gobierno. El más sabio legislador de Grecia no vió conservar su república diez años, y sufrió la humillación de reconocer la insuficiencia de la *democracia absoluta* para regir ninguna especie de sociedad, ni aun la más culta y limitada; porque sólo brilla con relámpagos de libertad. Solón ha desengañado al mundo y le ha enseñado cuán difícil es dirigir por simples leyes á los hombres.

No seamos presuntuosos, legisladores; seamos moderados en nuestras pretensiones. No es probable conseguir lo que no ha logrado el género humano, ni en las más grandes y sabias naciones. La libertad indefinida, la democracia absoluta, son los escollos donde han ido á estrellarse todas las esperanzas republicanas. Echad una mirada sobre las repúblicas antiguas, sobre

las repúblicas modernas, sobre las repúblicas nacientes: casi todas han pretendido establecerse absolutamente democráticas, y á casi todas se les han frustrado sus justas aspiraciones. Son laudables ciertamente aquellos hombres que anhelan por instituciones legítimas y por una perfección social; pero, ¿quién ha dicho á los hombres que ya poseen toda la sabiduría, que ya practican toda la virtud que exige imperiosamente la liga del poder con la justicia? ¡Ángeles, no hombres, pueden únicamente existir libres, tranquilos y dichosos, ejerciendo todos la potestad soberana!

Ya disfruta el pueblo de Venezuela de los derechos que legítima y fácilmente puede gozar; moderemos ahora el ímpetu de las pretensiones exageradas que quizás le suscitaría la forma de un Gobierno incompetente para él. Abandonemos las formas federales, que no nos convienen; abandonemos el triunvirato del Poder ejecutivo, y concentrándolo en un presidente, confiémosle la autoridad suficiente para que logre mantenerse luchando contra los inconvenientes anexos á nuestra reciente situación, al estado de guerra que sufrimos y á la especie de enemigos externos y domésticos contra quienes tenemos que combatir. Que el Poder legislativo se desprenda de las atribuciones que corresponden al Ejecutivo, y adquiera no obstante nueva consistencia, nueva influencia en el verdadero equilibrio. Que los tribunales sean reforzados por la estabilidad y la independencia de los jueces, por el establecimiento de jurados, de códigos civiles y criminales que no sean dictados por la antigüedad, ni por reyes conquistadores, sino por la voz de la Naturaleza, por el grito de la justicia y por el genio de la sabiduría.

Mi deseo es que todas las partes del Gobierno y administración adquieran el grado de vigor que únicamente puede mantener el equilibrio, no sólo entre los miembros que componen el Gobierno, sino entre las diferentes fracciones de que se compone nuestra sociedad. Nada importaría que los resortes de un sistema político se relajasen por su debilidad, si esa relajación no arrastrase consigo la disolución del cuerpo social y la ruina de los asociados. Los gritos del género humano claman contra los inconsiderados y ciegos legisladores que han pensado que pueden hacer ensayos de quiméricas instituciones. Todos los pueblos del mundo han pretendido libertad: los unos por las armas, los otros por las leyes, pasando alternativamente de

la anarquía al despotismo y del despotismo á la anarquía; muy pocos son los que se han contentado con pretensiones moderadas, constituyéndose de un modo conforme á sus medios, á su espíritu y á sus circunstancias. No aspiremos á lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos á la región de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada. Hagamos que la fuerza pública se contenga en los límites que la razón y el interés prescriben: que la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala; que una legislación civil y criminal análoga á nuestra actual constitución, domine imperiosamente sobre el poder judiciario, y entonces habrá un equilibrio, y no habrá el choque que embaraza la marcha del Estado, y no habrá esa complicación que traba en vez de ligar la sociedad.

Para formar un Gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: *moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública*. Los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son de una difícil asignación; pero puede concebirse la regla que debe dirigirlos: es la restricción y la concentración recíproca, á fin de que haya la menor frotación posible entre la voluntad popular y el poder legítimo. El amor á la patria, el amor á las leyes, el amor á los magistrados, son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano. Los venezolanos aman la patria; pero no aman sus leyes, porque éstas han sido nocivas y eran la fuente del mal; no han podido amar á sus magistrados, porque eran inicuos, y los nuevos apenas son conocidos en la carrera en que han entrado. Si no hay un respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo; es un conflicto singular de hombre á hombre, de cuerpo á cuerpo.

Para sacar de este caos nuestra naciente República, todas nuestras facultades morales no serán bastantes si no fundimos la masa del pueblo en un todo; la composición del Gobierno en un todo; la legislación en un todo, y el espíritu nacional en un todo: *Unidad, unidad, unidad* debe ser nuestra divisa. La san-

gre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla; nuestra constitución ha dividido los poderes: enlacémoslos para unirlos; nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos: que este edificio monstruoso se derribe, caiga, y apartando hasta sus ruinas, elevemos un templo á la Justicia, y bajo los auspicios de su santa inspiración, dictemos un código de leyes venezolanas.

La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una República: moral y luces son nuestras primeras necesidades...»

Recordando el Libertador su promesa hecha al presidente de Haití, Petión, y no deseando que el Congreso dejase sin valor lo que sobre "libertad de esclavos" él había decretado, dijo:

«La atroz é impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela, y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la Humanidad, y luego la redención disipó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos, y Venezuela se ha visto rodeada de nuevos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de libertad. Sí, los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos de una madrastra, ya son defensores de una patria. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida, es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los ilotas, de Espartaco y de Haití; cuando vosotros sabéis que es imposible ser libre y esclavo á la vez, sino violando á la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono á vuestra soberana decisión la reforma ó la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.»

Hablando de la declaratoria de independencia de Venezuela el Libertador recordó el yugo extranjero y dijo:

«Convencida Venezuela de poseer las fuerzas suficientes para repeler á sus opresores, ha pronunciado por el órgano del

Gobierno su última voluntad, de combatir hasta expirar por defender su vida política, no sólo contra la España, sino contra todos los hombres del mundo, si todos los hombres se hubiesen degradado tanto, que abrazasen la defensa de un Gobierno devorador, cuyos únicos móviles son una espada exterminadora y las llamas de la Inquisición; un Gobierno que ya no quiere dominios, sino desiertos; ni quiere hombres, sino cadáveres. La declaratoria de la República de Venezuela es el acto más glorioso, más heroico, más digno de un pueblo libre...»

Al terminar su discurso, el Libertador habló de Colombia, y su alma se elevó á las regiones de la poesía y de la inspiración.

«Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, dijo, mi alma se remonta á la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado y que nuestra patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio á la familia humana; ya la veo enviando á todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida á los hombres dolientes del antiguo hemisferio; ya la veo comunicando sus preciosos secretos á los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces á la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza; ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo nuevo...! Dignaos, legisladores, acoger con indulgencia la profesión de mi fe política y los ruegos fervorosos que, á nombre del pueblo, me atrevo á dirigiros. Dignaos conceder á Venezuela un gobierno eminentemente moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa; un gobierno que haga reinar la inocencia, la humanidad y la paz; un gobierno, en fin,

que haga triunfar, bajo el imperio de leyes inexorables, la igualdad y la libertad.

Legisladores: empezad vuestras funciones; yo he terminado las mías...!!»

El genio oratorio había encontrado su acento. Bolívar electrizó á sus oyentes, y nos electriza todavía á nosotros mismos, después de tantos años de lucha, después de tantas muestras de elocuencia patriótica y viril. Aquella palabra ardiente de entusiasmo; solemne de vigor y de virtud; cumplida de gallardía, de dulzura y de grandiosidad, no se conocía en América; y los colombianos pudieron decir como los admiradores sinceros del Salvador:

Nunquam sic locutus est homo
Sicut hic homo...

¡Nadie ha hablado jamás como este hombre! Admiremos en él, sobre todo, aquella habilidad instintiva de decir lo que convenía decir, y hacer pensar lo que no era lícito decir. Admiremos aquella majestad, aquella elevada y serena razón que domina sin esfuerzo, sobre las pasiones mismas; aquel vigor, en fin, propia calidad del alma honrada, que comunica el nervio de la conciencia á las formas más débiles ó más vulgares...

El discurso del Libertador en Angostura puede considerarse como una obra maestra de razón y patriotismo.

III.—Bolívar resigna el mando.

Cuando cesaron los aplausos que despertó su palabra, Bolívar, después de vitorear al Congreso, dijo con una energía extraordinaria: "Mi espada y la de mis ínclitos compañeros de armas están siempre prontas para sostener su augusta autoridad..."

En aquel acto mismo el Libertador presentó al Congreso un proyecto de Constitución; resignó el mando civil en el presidente del Congreso, y dirigiéndose al cuerpo militar, dijo:—"Señores generales, jefes y oficiales, mis compañeros de armas: Nosotros no somos más que unos simples ciudadanos, hasta que el Congreso Soberano se digne emplearnos en la clase y grado que á bien tenga. Contando con vuestra sumisión voy á darle en mi nombre y el vuestro la prueba más clara de nuestra obediencia, entregándole el mando militar de que yo estaba encargado."

Diciendo esto se acercó al presidente del Congreso, y presentándole su bastón, continuó: "Devuelvo á la República el bastón de general que me confió. Para servirla, cualquier grado ó clase á que el Congreso me destine, es para mí honroso: en él daré el ejemplo de la subordinación y de la ciega obediencia que deben distinguir á todo soldado de la República."

El presidente de la Asamblea, dirigiéndose al Congreso, dijo: "Parece que no admite discusión la confirmación de todos los grados y empleos conferidos por S. E. el general Simón Bolívar durante su gobierno; sin embargo, pido para declararlo la aprobación expresa del Congreso: ¿parece al Congreso que los grados y empleos conferidos por S. E. el general Simón Bolívar, siendo jefe supremo de la República, sean confirmados?" Todos los diputados poniéndose de pie respondieron que sí, y el presidente continuó: "El Soberano Congreso de la República confirma en la persona de S. E. el capitán general Simón Bolívar todos los grados y empleos conferidos por él mismo durante su gobierno"; y devolviéndole el bastón, le dió asiento á su derecha.

Después de algunos momentos de silencio, el Presidente habló en estos términos:

«Todas la Naciones y todos los imperios fueron en su infancia débiles y pequeños, como el hombre mismo á quien deben su

institución. Estas grandes ciudades que todavía asombran la imaginación, Menfis, Palmira, Tebas, Alejandría, Tiro, la capital misma de Belo y de Semíramis, y tú también, soberbia Roma, Señora de la tierra, no fuiste en tus principios otra cosa que una mezquina y miserable aldea. No era en el Capitolio, no en los palacios de Agripa y de Trajano, era en una humilde choza, bajo un techo pajizo que Rómulo, sencillamente vestido, trazaba la capital del mundo y ponía los fundamentos de su inmenso imperio. Nada brillaba allí sino su genio; nada había de grande sino él mismo. No es por el aparato ni la magnificencia de nuestra instalación, sino por los inmensos medios que la Naturaleza nos ha proporcionado, y por los inmensos planes que vosotros concibiréis para aprovecharlos, que deberá calcularse la grandeza y el poder futuro de nuestra República.

Esta misma sencillez y el esplendor de ese grande acto de patriotismo de que el general Bolívar acaba de dar tan ilustre y memorable ejemplo imprime á esta solemnidad un carácter antiguo, que es ya un presagio de los altos destinos de nuestro país. Ni Roma, ni Atenas, ni Esparta misma en los hermosos días de la heroicidad y de las virtudes públicas, presentan una escena más sublime ni más interesante. La imaginación se exalta al contemplarla: desaparecen los siglos y las distancias, y nosotros mismos nos creemos contemporáneos de los Arístides y los Fociones, de los Camilos y los Epaminondas. La misma filantropía y los mismos principios liberales que han reunido á los jefes republicanos de la alta antigüedad con esos benéficos emperadores Vespasiano, Tito, Trajano, Marco Aurelio, que los reemplazaron dignamente, colocan hoy entre ellos á este modesto general, y entre ellos obtendrá los honores de la historia y las bendiciones de la posteridad.

No es ahora que puede justamente apreciarse el sublime rasgo de virtud patriótica de que hemos sido admiradores más bien que testigos. Cuando nuestras instituciones hayan recibido la sanción del tiempo, cuando todo lo débil, todo lo pequeño de nuestra edad, las pasiones y los intereses y las vanidades hayan desaparecido, y sólo queden los grandes hechos y los grandes hombres, entonces se hará á la abdicación del general Bolívar toda la justicia que merece, y su nombre se pronunciará con orgullo en Venezuela y en el mundo con veneración. Prescindo de todo lo que él ha hecho por nuestra libertad. Ocho

años de angustias, peligros; el sacrificio de su fortuna y de su reposo, afanes y trabajos indecibles, esfuerzos de que difícilmente se halla otro ejemplo en la historia; esa constancia á prueba de todos los reveses; esa firmeza incontrastable para no desesperar de la salud de la Patria, viéndola subyugada, y él desvalido y solo: prescindo, digo, de tantos títulos que tiene á la inmortalidad, para fijar solamente la atención en lo que estamos viendo y admirando. Si él hubiera renunciado la autoridad suprema, cuando ésta no ofrecía más que riesgos y pesares, cuando atraía sobre su cabeza insultos y calumnias, y cuando no era más que un título al parecer vano, nada hubiera tenido de laudable y mucho de prudente; pero hacerlo en el momento en que esta autoridad comienza á tener algunos atractivos á los ojos de la ambición, y cuando todo anuncia próximo el término dichoso de nuestros deseos, y hacerlo de propio movimiento y por el puro amor de la libertad, es una virtud tan heroica y tan eminente, que yo no sé si ha tenido modelo, y desespero de que tenga imitadores. ¡Pero qué! ¿permitiremos nosotros que el general Bolívar se eleve tanto sobre sus conciudadanos que los oprima con su gloria, y no trataremos á lo menos de competir con él en nobles y patrióticos sentimientos, no permitiéndole salir de este augusto recinto sin revestirle de esa misma autoridad de que él se ha despojado por mantener inviolable la Libertad, siendo éste precisamente el medio de aventurarla?»

"No, no", repuso con energía el general Bolívar; "jamás, jamás volveré á aceptar una autoridad á que para siempre he renunciado de todo corazón, por principios y por sentimientos." Continuó exponiendo los peligros que corría la Libertad, conservando por mucho tiempo un mismo hombre la primera autoridad; manifestó la necesidad de precaverse contra las miras de algún ambicioso, contra las de él mismo, que no tenía ninguna seguridad de pensar y de obrar siempre del propio modo, y terminó su discurso protestando en el tono más fuerte y decisivo, que en ningún caso y por ninguna consideración volvería jamás á aceptar una autoridad, á que tan cordial y tan sinceramente había renunciado para asegurar á su patria los beneficios de la libertad.

Concluída su contestación, pidió permiso para retirarse y se le concedió, nombrándose una diputación de diez miembros para que le acompañase.

IV.—El Congreso y la opinión pública.

En seguida se trató en el Congreso de nombrar un presidente interino de la República; pero ocurriendo muchas dificultades para la elección, se acordó que el general Bolívar ejerciese este poder por veinticuatro, ó á lo más por cuarenta y ocho horas, y se mandó una diputación á comunicarle esta resolución. El general contestó que sólo por consideración á la urgencia y á las razones que se le expusieron admitía el encargo, bajo la precisa condición de que sólo fuese por el término prefijado.

Al otro día (16 de Febrero), el Congreso meditó maduramente la cuestión y reconoció la necesidad de que el Libertador continuase en la presidencia de la República; eligiendo un vicepresidente para que, en la ausencia de aquél, desempeñase el gobierno. El Sr. Zea fué electo vicepresidente, y esta elección se participó al Libertador.

Insistió aún en que debía separarse del mando, porque los deberes de la campaña, decía, lo ocupaban completamente y porque carecía además de talento administrativo. El Congreso, sin embargo, no varió su resolución.

El Libertador dividió las secretarías de Estado en tres:

Estado y Hacienda; Marina y Guerra; Interior y Justicia.

Las relaciones exteriores no merecían, por el momento, un ministerio especial.

Para el desempeño de aquellos puestos nombró por su orden á los Sres. Manuel Palacio Fajardo, general Pedro

Briceño Méndez y licenciado Diego Bautista Urbaneja.

Ante las circunstancias anormales de la república, cuyo territorio era necesario ir reconquistando á las tropas europeas y americanas realistas que lo ocupaban en gran parte; ante la necesidad de ir poco á poco y de manera sumaria y militar organizando lo rescatado para salvarlo de nuevas invasiones ú ocupaciones por el audaz enemigo, el Congreso declaró que, en campaña, el Libertador ejercería las facultades extraordinarias, le invistió de ellas, y le autorizó para delegarlas en todo ó en parte, según creyere conveniente.

Preveía el Libertador cuánto debía ganar Venezuela en la opinión de los hombres sensatos de todas las naciones, principalmente de Inglaterra, con la instalación del Congreso; y se apresuró á aprovechar aquella coyuntura, enviando como comisionados cerca del gabinete de St. James á los Sres. Fernando Peñalver y general José María Vergara, quienes, á más de sus funciones diplomáticas, tenían también el encargo de contratar armas, vestuarios, municiones y un empréstito de un millón de libras. Nada pudieron hacer los enviados á pesar de sus diligencias y buen deseo; porque los ruinosos empeños que contrajo D. Luis López Méndez habían dado al traste con nuestro crédito, concurriendo á hundirlo la circunstancia de haberse negado el gabinete inglés á recibir pública y oficialmente á los encargados Vergara y Peñalver. Éste regresó á Guayana, y Vergara permaneció más tiempo en Londres, pero sin suceso.

El Congreso, en tanto, continuaba sus sesiones, ocupado de asuntos importantes; fijaba los destinos inciertos de la República, constituída desde 1811, pero anonadada muy pronto por las vicisitudes físicas y combatida de muerte por ejércitos enemigos; daba entidad á los principios, valor á las resoluciones, forma á los intereses. Aún hizo más que todo esto, porque ofrecía el espectáculo de un gobierno propio, tranquilo y mesurado en medio de un grande espíritu de independencia, que

revelaba conciencia: fuente de magnánimas inspiraciones, justicia y soberano poder.

Colombia aparecía:

> Qualis ubi Occeanus perfusus Lucifer unda.
>
> (ÆNEID., VIII.)

Desde el punto de vista de política interior fué la reunión del Congreso un gran paso, y en el extranjero mismo hizo excelente impresión,—impresión que las futuras victorias militares iban á consolidar, borrando en la opinión europea y yanqui el recuerdo de los contrastes anteriores.

Faltan términos á ponderar cuánto trabajaron Morillo y los suyos por desautorizar el Congreso, ora despreciando sus resoluciones, ora multiplicando los fieros y amenazas, ora, en fin, haciendo burla de sus intentos.

Escribieron entonces más que nunca, buscando intérpretes para que, en diversas lenguas, se leyese la profanación de nuestra soberanía. Pero en vano; porque el Congreso siguió sus tareas con acierto y llamó la atención del mundo por las esperanzas fundadas que ofrecía á los amigos y defensores de la libertad. Escribiendo el ilustrado coronel James Hamilton al duque de Sussex lo que ocurría en Venezuela, le decía: "El acontecimiento más digno de atención es, sin duda, la instalación del Congreso nacional en esta ciudad el 15 de Febrero último, con cuyo motivo dió el general Bolívar una prueba tan brillante de moderación y patriotismo, *como no se encuentra en los anales de ningún país...!* He asistido muchas veces á las sesiones del Congreso, y las deliberaciones se hacen con mucho decoro y regularidad, lo cual puede atribuirse á la solidez y formalidad del carácter nacional. Entre sus miembros hay varios de talentos eminentes y algunos de grande experiencia. Jamás ha obrado el general Bolívar más políticamente, ni ha dado un golpe tan decisivo al Gobierno español, como reuniendo la

representación nacional. Ha fijado para siempre su reputación, obrando como *hombre grande* y como un *virtuoso ciudadano*, y ha excitado y dado tal consistencia al carácter nacional, que asegurará muy prontamente á Venezuela su completa independencia" (1).

¡El advertido y penetrante Hamilton no se engañaba!

V.—La libertad de los negros esclavos.

Antes de pasar adelante, y con sólo el intento de justificar al Libertador, disipando las dudas que algunos haitianos han formado respecto de la buena fe con que éste prometiera á Petión la libertad de los esclavos en Venezuela, expondremos sucintamente lo ocurrido á este respecto.

Los lectores conocen la proclama de Ocumare (6 de Julio de 1816) y el decreto del Consejo (pág. 134). El Libertador había declarado no haber en Venezuela sino ciudadanos y *hombres libres*. Este era su anhelo y su esperanza. En medio de contingencias y catástrofes, instituyó el Consejo de Estado y la Alta Corte, Tribunal Supremo de Justicia en Angostura, "para que así quedaran á cubierto los derechos de todos; para que las propiedades, la inocencia y los méritos de los ciudadanos no fueran hollados por la arbitrariedad de ningún jefe militar, y ni aun del jefe supremo". *(Palabras de su discurso en la instalación del Consejo.)* Cuando el Libertador volvió á Angostura después de los desastres de Semen, la Alta Corte desempeñaba sus funciones; mas, careciendo de los decretos del jefe supremo, que eran ley en la República, el Libertador envió á aquel tribunal copia de los que conservaba aún y le decía:

(1) Carta de 4 de Julio de 1819.

Incluyo á V. E. once copias de los principales decretos expedidos en la tercera época de la República, para que se tengan presentes en las resoluciones de la Alta Corte de Justicia, conforme lo ha pedido V. E. por su oficio del 14 del corriente. La libertad general de los esclavos no ha sido declarada sino por una proclama dirigida á los habitantes de la provincia de Caracas cuando ejecuté el desembarco en Ocumare el 6 de Julio de 1816. Ella derogaba un decreto expedido en Carúpano el mes anterior, concediendo la libertad personal y de sus familias á los que tomasen las armas, y sostuviesen con ellas los derechos de Venezuela. Las vicisitudes de la guerra han hecho extraviar ó perder aquella proclama, que entre otras cosas decía en el art. 4.°: «La desgraciada porción de nuestros hermanos que ha gemido hasta ahora bajo el yugo de la servidumbre, ya es libre. La Naturaleza, la justicia y la política, exigen la emancipación de los esclavos. En lo futuro no habrá en Venezuela más que una clase de hombres: todos serán ciudadanos.» Esta proclama, que ha sido cumplida estrictamente en todo el territorio de la República, desde el día de su publicación, ha recibido nueva fuerza por los bandos en que repetidas veces se ha hecho saber á los pueblos tomados bajo la protección de nuestras armas. Nadie ignora en Venezuela que la esclavitud está extinguida entre nosotros. Dios guarde á V. E. muchos años.

Bolívar.

No muy tarde logró el Libertador reunir el segundo Congreso venezolano en Angostura, y acabamos de leer sus conceptos respecto de la *libertad de los esclavos:* promesa solemne que Bolívar hizo á Petión para retribuir con un gran beneficio á la raza de Petión los servicios que éste prestara tan generosamente, como presidente de Haití, á la libertad de Venezuela.

¿Exigió Petión de Bolívar aquella promesa? Es posible. Como también es posible que fuera espontánea, no pudiendo Bolívar pagar de otro modo, por el momento, los servicios que recibía. Pero voluntaria ó no esa promesa, que cumplió en cuanto pudo al pie de la letra, se armonizaba con los instintos filantrópicos de Bolívar, su sed hu-

manitaria de emancipación para todos los hombres y su misión de libertador de pueblos y razas.

Las dudas de los haitianos á este respecto son infundadas. Todavía en 1821, después de Carabobo, solicita Bolívar del Congreso como recompensa única por aquella victoria, que aseguraba definitivamente la tranquilidad de la patria, la confirmación de la libertad de los esclavos. Pero cuando los haitianos dudaban de que Bolívar hubiera hecho lo que hizo en pro de los negros, tal vez desconocían la documentación de la época. Los hechos de aquel tiempo aparecían entonces cubiertos por el humo de las campañas, por la polvareda que levantaron las caballerías amigas y enemigas, por la sangre que corrió abundante como para empapar la tierra.

VI.—Bolívar sale para Apure.

Después de dar el Libertador todas las providencias que creyó necesarias para la tranquila y conveniente marcha del Gobierno, con incesante diligencia visitó á todas las autoridades y personas notables de Angostura, exhortándolas á la unión en expresivos términos, y en la madrugada del 27 de Febrero marchó á reunirse con el ejército de Apure.

Acompañábale, con licencia del Congreso, el secretario de Guerra, Pedro Briceño Méndez.

Días después, despachado por el Libertador, salió Urdaneta para Margarita, adonde habían llegado tropas extranjeras que conducía el general English, las cuales, aumentadas con otras del país, debían hacer una expedición sobre Costa-Firme, ocupando La Guaira y Caracas, si era posible, bajo las órdenes del propio Urdaneta.

El Libertador llevaba el intento de atacar al enemigo en los llanos del Apure, y buscaba una fuerte diversión por las costas del Atlántico.

VII.—Ideas políticas de Bolívar.

El Libertador era hombre habituado á grandes y profundos pensamientos. Varias veces, repasando con novedad y primor los elementos de futura quietud y bienestar de los pueblos de América, había lanzado su opinión contra la forma federativa, que confesaba ser *la más perfecta y capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad;* pero también la más opuesta á los intereses de los nacientes Estados. Ahora que Colombia comenzaba á tener seguridad y merecer respeto; ahora que, empeñada incontrastablemente en una lucha gigante, columbraba la necesidad de traspasar sus fronteras é ir más allá á libertar los pueblos del Cuzco y los hijos de Atahualpa, menos creía Bolívar aceptable un gobierno complicado y débil, ocasionado á competencias y contestaciones que retardando el efecto de las más saludables providencias, deja por el mismo caso tomar al mal el incremento que es la muerte de la justicia, de la conveniencia ó de la salud común.

El Libertador instó mucho por que no se pensara siquiera en federación. "Semejante forma social, decía, es una anarquía regularizada, ó más bien la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el Estado con todos sus individuos. Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, *aunque es el mejor del mundo.*"

Y ésta fué su opinión invariable.

"Los hijos de este continente, había dicho antes, han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas; sin duda llevados del instinto que tienen todos los hombres de aspirar á la mayor felicidad posible, la cual se alcanza infaliblemente en las sociedades civiles cuando están fundadas sobre las bases de la justicia, de

la libertad y de la igualdad. Pero, ¿seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? Puede concebirse que un pueblo recientemente desencadenado se lance á la esfera de la libertad, sin que como á Icaro se le deshagan las alas y recaiga en el abismo..."

El Congreso se persuadió de la necesidad de un gobierno riguroso, eficaz, siempre vigilante para evitar los riesgos, activo para allanar y vencer las dificultades, firme en la unidad, y estableció la república central.

Grandes ventajas reportó el país del sistema de gobierno que adoptó. Colombia tuvo fuerza física; tuvo un centro de dirección y de impulso para las operaciones y para el empleo de los medios: y la conciencia de su poder y de sus recursos crearon la fuerza moral. Las pruebas irrefragables, los argumentos perentorios de la excelencia de la unión y del vigor del sistema, los hallaremos más adelante cuando veamos libre un inmenso territorio; triunfante el pabellón colombiano y respetado en los mares; el Perú libertado por nuestros auxilios; Colombia reconocida y sus instituciones y sus leyes preconizadas en el mundo.

Bolívar quería también algo de la constitución inglesa (se sabe que por las instituciones políticas de Inglaterra tenía el mayor respeto), con la diferencia de que, en lugar de un rey, establecía un presidente encargado del Poder Ejecutivo, de elección popular y duradero; quería una Cámara ó Senado legislativo hereditario, que se interpusiera, durante las tempestades públicas, entre las olas populares y los rayos del gobierno, y quería, en fin, un cuerpo legislador de libre elección, sin más restricciones que las de la Cámara baja de Inglaterra. "Esta constitución, decía, participa de todas las formas, y yo deseo que no participe de todos los vicios" (1).

---

(1) Para apreciar con justeza las ideas políticas del Libertador, no debemos tener presente la América de hoy, sino la América para la

El Libertador conocía á fondo el estado de las poblaciones americanas: estado *negativo*, lo llamaba él, sin igual en ninguna otra asociación civilizada; temía que aquellos pueblos que habían vivido abstraídos y, por decirlo así, *ausentes del Universo*, en cuanto decía relación con la ciencia del gobierno y la administración del Estado; que no habían manejado nunca sus asuntos domésticos, y que, de repente, por sucesos inesperados, habían venido á ser libres y representar en la escena del mundo, se devorasen mutuamente, y entre sí, por inexperiencia ó por exceso del espíritu de libertad.

No convenía en el sistema federal, entre los populares y representativos, por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos muy superiores á los que en el país había; rehusaba con tesón la monarquía, porque la naturaleza mismae n América la repele, y todo su conato se limitaba á precaver la anarquía, buscando un medio entre extremos opuestos, que habrían de conducir siempre á los mismos escollos: á la infelicidad y al deshonor. Para fundar un gobierno libre, sin excesos tumultuarios, y fuerte, sin los azares del despotismo, imaginó las Cámaras populares, el presidente vitalicio, y entre esos extremos un cuerpo neutro: el Senado hereditario. "Éste será la base de todo el sistema—decía—; igualmente servirá de contrapeso para el gobierno y para el pueblo; potestad intermedia que embotará los tiros que recíprocamente se lanzan estos rivales eternos. En todas las luchas, la calma de un tercero viene á ser el órgano de la reconciliación; así, el Senado

---

cual él legislaba, aquella América caótica, que el mismo Libertador estaba sacando de la nada, á la que tantos factores internos y externos combatían y á la que él deseaba ante todo, y por los medios que creía mejores, salvar. Deseaba, sobre salvarla, que perdurase. Lo primero era existir: para eso realizó la epopeya; lo segundo sobrevivir con orden y con dignidad: para eso legisló sin atenerse á abstracciones, ni á lo que fuera bueno en los Estados Unidos, ó según Benjamín Constant, sino según lo que imaginó bueno para la América que tenía por delante.—*R. B.-F.*

de Venezuela será la traba de este edificio delicado y harto susceptible de impresiones violentas; será el iris que calmará las tempestades y mantendrá la armonía entre los miembros y la cabeza del cuerpo político."

El Congreso no adoptó esta idea, ni la del presidente vitalicio.

Con el gobierno estable Bolívar, que preveía y anunció las revueltas sucesivas y las tiranías militares americanas, quería evitar unas y otras, arrancando el pretexto á periódicas ambiciones desencadenadas.

"La suprema autoridad, creía el Libertador, debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas. El presidente de la República ha de ser como el sol, que, firme en su centro, da vida al Universo."

Y ésta fué su opinión invariable (1).

El Congreso, obedeciendo á influencias morales, á la más invencible de todas, el espíritu general de la nación, rechazó la autoridad vitalicia y el Senado hereditario, que habrían tenido sabor de monarquía; y nos dejó las elecciones populares aplicadas al primer funcionario nacional en corto espacio de tiempo, lo cual ha sido origen fontal é inmediato de terribles trastornos, que jamás lloraremos debidamente. Bolívar deseaba saciar desde temprano la

---

(1) Los hombres políticos de América, los más sensatos y experimentados, van dando la razón al Libertador en la idea de presidencia durable. "La historia de la América antes española presenta por todas partes cuadros de desolación, de sangre y ruina (decía el señor Pombo ante las Cámaras granadinas). La anarquía se asoma con todos sus furores; y este mal se deriva principalmente *de los frecuentes cambios de gobierno, no sólo en su forma, sino en el personal de los que lo han ejercido;* su instabilidad relaja los vínculos de la sociedad política, da pábulo y presenta teatro de acción á las ambiciones que se levantan durante la revolución, mina la existencia de la sociedad y expone á continuos azares las vidas las propiedades y todos los grandes intereses públicos."

ambición militar, *evitando con la munificencia el crimen;* quería llevar al Senado hereditario á los libertadores y primeros bienhechores de la República, y esto no sólo por gratitud y honor nacional, sino por "interés público". Sus ideas no fueron comprendidas.

CAPÍTULO XXIX

1819

I.—La guerra de desgaste.

El viaje de Bolívar remontando el Orinoco al dirigirse hacia Apure, para reunirse con Páez, fué tan rápido, que para el 10 de Marzo estaba en Araguaquen; y á poco sobre la ribera derecha del Arauca, donde se vió con el jefe llanero.

Ese vuelo como de águila; ese movimiento impetuoso que ignora los peligros y deja atrás las dificultades, era muy propio del carácter de Bolívar. Así desconcertó muchas veces al enemigo, por la rapidez de sus marchas; y recobraba por la celeridad lo que había perdido por la suerte incierta de las armas.

Morillo había pasado el río Apure con 7.000 hombres (1), en los postreros días de Enero; operación impru-

(1) "En los últimos días de 1818 Morillo hizo publicar oficialmente en Caracas y en las Antillas un estado de fuerzas que acusaba una existencia de 17.000 hombres sobre las armas, sosteniendo las banderas del rey en Venezuela." El *ejército de Apure,* como se llamaba por los realistas el que obró entonces bajo las inmediatas órdenes de Morillo, se componía de 7.000 hombres, como se indica en el texto, como lo dice Páez en sus *Memorias* y como lo indicó el propio Morillo al Libertador en 1820. (Véase L. Duarte Level: *Cuadros de la Historia militar y civil de Venezuela,* págs. 311-312 ed. Editorial-América, Madrid, 1917.)

Para oponerse á esa masa de fuerzas tenía Bolívar en la campaña de los Llanos, el año 1819, sólo 7.200 contado en este número hasta los cuerpos volantes, hasta la marinería de los barcos.—*(Nota de 1918.)*

dente que debía costarle caro; porque si los patriotas se resolvían á tomar la defensiva, dejando obrar en su favor el clima y los rigores insoportables del desierto, era evidente que aquel ejército español iba á perecer en su mayor parte. Esta consideración no podia escaparse al Libertador, que se estuvo sin acometer al enemigo, y escribía á D. Guillermo White, desde la Laguna de los Laureles: "Nuestra defensiva ha sido mortal para Morillo; porque en marchas, contramarchas y combates parciales ha perdido casi la mitad de su ejército. Yo lo habría atacado de frente y dado una batalla general, casi cierto del éxito; pero he tenido que reprimir mi resolución y evitar el combate por conformarme á los consejos reiterados de todos nuestros amigos, que no quieren ver comprometida la suerte de la República en una acción general. Por otra parte, la ruina de los enemigos es segura si permanecemos observándolos y molestándolos de cerca, hasta que la expedición del general Urdaneta les llame la atención por la espalda. Entonces, ó dividen sus fuerzas, ó dejan uno de nuestros cuerpos en estado de aprovecharse del país que abandonan. Nosotros con esto aumentamos nuestras fuerzas; y ellos disminuyen las suyas, por la inevitable deserción de sus tropas y la escasez de sus recursos. Morillo no espera nada de España, y á nosotros no nos faltan esperanzas de socorros ingleses. Todo, en fin, me aconseja la conducta de Fabio, que con harta pena me veo obligado á seguir; pues, desgraciadamente, estoy muy distante del carácter de aquel gran general romano: *él era prudente, y yo soy impetuoso*" (1).

Aquí está revelado el sistema de guerra de Bolívar en aquel momento: cansar al enemigo, abatirlo por las marchas; molestar sus soldados, harto molestos ya en el clima rigoroso de los llanos con sus morrales, capotes, morriones, botines, corbatas, cantimploras, y todo ese tren indispensable del infante europeo; quitarles la carne ahuyen-

(1) Véase la carta de 4 de Abril de 1819.

tando los ganados y quemando las sabanas; amagar los parques y mantener las columnas expedicionarias arma al hombro... Y el resultado costó muy caro á Morillo, que perdió mucha gente; que se desesperó, sin haber podido jamás ni concebir la idea de batir á los republicanos audaces, porque no veía otra cosa que guerrillas (*moscas*, como se llamaban), las cuales con intrepidez asombrosa le acribillaban por todas partes (1).

II.—Las Queseras del Medio (3 de Abril).

Fué en este tiempo que el jefe español se acercó por la orilla izquierda del Arauca á las posiciones en que estaba acampado el Libertador á la derecha, y la ocasión en que el general Páez, seguido de 150 compañeros, pasó el río y se avanzó en tres pequeñas columnas sobre el enemigo.

El movimiento no podía ser más arriesgado.

Morillo, sin perder tiempo, movió sus fuerzas, ordenándolas como para una acción campal. El paso de Páez

(1) Para que se juzguen los resultados de esta táctica, después de haber oído á Bolívar en su carta al inglés White, el 4 de Abril de 1819, óigase también á Morillo en su oficio del 28 de Febrero de ese mismo año, al ministro de Guerra español:

«Desde que dejamos la villa de Calabozo, hemos estado constantemente marchando por desiertos, exhaustos de todo recurso é imposibilitados de recibirlos, por las dificultades de los transportes é interceptación de las comunicaciones. Los continuos pasos de ríos y de caños, atravesando días enteros pantanos y lodazales, con el agua hasta la cintura, unido al escaso y miserable alimento del soldado en los arenales ardientes del Llano, ha ocasionado muchos enfermos de gravedad; y son muchos hombres los heridos por las rayas y mordeduras de los pescados llamados caribes y tembladores, siendo hasta ocho los devorados por los caimanes.»

Véase *El teniente general don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena y marqués de la Puerta...* por Antonio Rodríguez Villa, vol. IV, págs. 9-10. *(Nota de 1918.)*

por el Arauca lo tuvo como indicio de que el resto de las fuerzas de Bolívar vendría á empeñarse en un combate general, no suponiendo jamás que 150 hombres osasen desafiar un ejército de 7.000. Viendo luego que Páez se retiraba y que á su espalda dejaba el paso del río (el Arauca no es vadeable por todas partes), lo creyó perdido sin remedio y lanzó entonces sobre él toda su caballería, esto es, cosa de 1.000 hombres, y 200 carabineros, impaciente ya de ver castigado tanto arrojo. Confiado y lleno de brío, recomendaba Morillo el triunfo, y decía á sus oficiales al partir: *Es preciso despedazar esos rebeldes para que escarmienten*. Páez en tanto continuaba su retirada sin inquietarse. Era arte para acometerlos después, cuando estuviese la caballería bien distante de la infantería.

Así que vió, en efecto, alejados los jinetes españoles, volvió cara y los cargó, dividiendo en siete grupos su pequeña fuerza, y sin dar tiempo á los expedicionarios para ordenarse y resistir, los desbarató en el primer ímpetu, causándoles grande estrago.—Ellos hicieron que los carabineros, que iban á la grupa, echasen pie á tierra, y fué para su mal, porque Páez cayó sobre los que se desmontaban tan briosamente como acometía á los jinetes, y alanceándolos, lo arrolló todo.

La caballería realista, derrotada y mermada, corrió hacia su campamento.

Morillo, con la noche, que supo aprovechar, retirándose, evitó mayores desastres.

¡Gloriosa página ocupa el hecho de las *Queseras del Medio* en la vida militar de Páez! Perdieron los españoles en aquella terrible acometida más del doble de la gente que los desafiaba. Perdieron además prestigio. Nunca se vió combate más desigual, ni fué ninguno entonces más glorioso para las armas de la República, porque Morillo se retiró precipitadamente á Achaguas, rabioso de lo que le aconteciera en Arauca, y conociendo allá en lo íntimo del pecho que era imponderable el

valor de los llaneros y muy difícil resistir su vigoroso empuje.

El día siguiente el Libertador expidió un decreto concediendo la *Cruz de Libertadores* á todos los jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados que combatieron en aquella acción de guerra *(3 de Abril)*. Todos eran beneméritos, todos habían mostrado un valor realmente heroico.

Aquella proeza se ejecutó de *propósito deliberado*, "atacando de frente las fuerzas de Morillo, á quien no bastaron, como decía Bolívar, artillería, infantería, caballería, para defenderse de los 150 héroes que acompañaban al intrépido Páez".

El Libertador, no sólo celebró oficialmente aquel rasgo de extraordinario valor, sino que, escribiendo confidencialmente á un amigo, le decía: "Antes de ayer el general Páez ha logrado un golpe admirable sobre Morillo y que pudo haber sido completamente decisivo si la noche no lo hubiera ocultado á nuestras lanzas. No pensábamos más que darle á conocer la superioridad de nuestra caballería, y así no aprovechamos el brillante resultado que tuvimos, porque no habíamos preparado el lance para ello. Arrollamos todo el ejército cuando sólo pensábamos batirle una parte de su caballería. Ciento y cincuenta valientes mandados por el general Páez no podían solos destruir todo un ejército estando nuestras tropas con el Arauca por medio" (1).

III.—Morillo busca cuarteles en Calabozo mientras dura la estación de lluvias y pueden transitarse los inundados llanos.

Las aguas comenzaban á inundar ya las sabanas de Apure y hacer penosa la inacción en aquellos sitios. Bo-

(1) Carta citada del 4 de Abril de 1819.

lívar trató de mover sus fuerzas sobre Barinas, aprovechando las dificultades en que se veía Morillo, para apoderarse sin obstáculos del Occidente de Caracas. Las crecidas de los ríos y los pantanos que se formaban en aquellos territorios relativamente bajos no permitían maniobras y faenas militares; pero nada estorbaba las mejores evoluciones en el país montuoso.

Morillo publicó por su Estado Mayor un boletín (14 de Mayo) en que daba por concluída la campaña de 1819; pero entonces era precisamente que iba á comenzarla Bolívar, y cuando el jefe expedicionario pasaba el Apure con dirección á Calabozo buscando parajes mejores para el acantonamiento de sus tropas, el Libertador movía contra Barinas las divisiones que tenía en Rincón-Hondo, ingresando á su paso por Mantecal la brigada de caballería á las órdenes del coronel Rangel, que se mantenía victorioso desde este pueblo hasta el de Nutrias, y continuando su marcha hacia el antiguo y arruinado pueblo de Setenta, por las inmediaciones del cual proyectaba pasar el Apure.

Parece que los caballos, flacos y despeados por las enormes marchas que habían hecho en el invierno, seguían con dificultad; y sugirió Páez la idea de no acometer la empresa de Barinas sin contar antes con caballería de remonta, gorda y descansada. Justa era la observación y el Libertador la aceptó, despachando al mismo general Páez á Guasdualito á verse con el coronel Nonato Pérez y comunicarle la orden de incorporarse al ejército con su escuadrón, trayendo, además, todos los caballos frescos que pudiera reunir.

Bolívar tenía su campo en el hato del Cañafístolo, á corta distancia de la ribera del Apure.

IV.—Bolívar somete á una Junta de guerra el plan de atravesar inmediatamente los inundados llanos, tramontar la cordillera de los Andes en pleno invierno del trópico, cuando menos lo esperaría el enemigo, y caer sobre el virreinato de Nueva Granada.

Esperando el resultado de la comisión de Páez, recibió el Libertador comunicaciones de Santander que trajo el coronel Jacinto Lara desde Casanare. Por ellas supo Bolívar la verdadera situación de las provincias de la Nueva Granada, las opresivas medidas del virrey Sámano y de los jefes realistas; el descontento y hasta la exasperación que habían producido en el ánimo de aquellos dóciles habitantes; los felices resultados obtenidos por Santander, que desplegó en aquella coyuntura su moderación, su celo discreto, todas sus virtudes civiles.

Las noticias plausibles de Lara llenaron de alborozo el corazón del Libertador; é indagando con fijeza la fuerza organizada con que contaba Santander, una idea luminosa, una inspiración inflamó su espíritu é hizo brillar en sus ojos de fuego el placer de la victoria.

¿Recordó Bolívar acaso la promesa de Angostura: "¡Granadinos! Venezuela conmigo marcha á libertaros como vosotros conmigo libertasteis á Venezuela. El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares levantados á la libertad..."?

¿Calculó en un instante que sería fácil engañar á Morillo, y atravesando rápidamente los Andes granadinos libertar aquellos pueblos virtuosos á los que debió en otros tiempos amor y protección?

¡Quién sabe! Los grandes pensamientos nacen del corazón. La campaña de la Nueva Granada era una aventura

erizada de vicisitudes y peligros. Marchar á Santa Fe, expulsar á sus tiranos y emplear luego las armas, los tesoros y los hombres de aquel reino para obtener la libertad de Venezuela, era un propósito atrevido que no ofrecía sino riesgos y dificultades de todo género, pero que fanatizó el espíritu de Bolívar.

¡Un paréntesis en la guerra de Venezuela! ¡Y ese paréntesis era la ocupación gloriosa de todo un reino, el nuevo reino de Granada!

¡Gigantesca idea! La entidad de las batallas que debían darse en el opuesto lado de los Andes; la ocupación de aquel vasto territorio; la consumación de la independencia granadina, y aun la circunstancia misma de no haber retirada posible al través de aquella inmensidad de cordilleras que se encumbran hasta el cielo, cubiertas de bosques seculares y de escarpados que asombran y desvanecen: todo eso tentó el genio de Bolívar.

Él meditaba en silencio y sometía á profundo examen los sucesos. Pero nada comunicaba á ninguno. "Puedo asegurar á usted—escribía á White—que el retardo de la expedición (del coronel English) nos ha hecho un perjuicio de que no hay idea, y hasta ahora mi opinión es que nos habría sido más útil no haber sabido nada de esa expedición inglesa, que el bien que puede hacernos su llegada. Todo se ha trastornado y todo no se ha hecho como pudo haberse hecho. En fin, querido amigo, *todas las bonitas no se besan*. No digo á usted lo que voy á hacer, porque no conviene que se sepa, y esta carta puede perderse. EL RESULTADO LO DIRÁ..."

Ya más madura la reflexión, convocó una Junta de guerra, compuesta de los generales y oficiales del ejército, á los cuales comunicó "el pensamiento de abandonar la invasión de Barinas: entretener á Morillo ocultándole el movimiento y caer de improviso sobre la Nueva Granada y libertarla".

Aunque algunos repiten que todos aprobaron con aplauso aquella idea, no es eso tan exacto. Anzoátegui,

Ambrosio Plaza y Soublette fueron de los que la apoyaron con entusiasmo. Otros la hallaron más difícil que acertada, más ingeniosa que prudente; y bien que, al cabo, el Libertador, con su palabra encendida, fijó todas las incertidumbres y venció todas las contradicciones, no puede negarse que las hubo.

La Junta se terminó encargando el Libertador á todos la reserva inviolable y la buena disposición.

V.—Marcha de las tropas republicanas y su primer triunfo: Gámeza (11 de Julio).

El ejército retrocedió al Mantecal.

El 25 de Mayo comenzó el Libertador el movimiento con dirección á Guasdualito. En este pueblo dejó mil hombres de caballería que, á las órdenes de Páez, debían obrar sobre Barinas y ejecutar un movimiento por la montaña de San Camilo, en la dirección de Cúcuta.

Esta operación era un artificio para ocultar á la suspicacia vigilante de Morillo el plan verdadero del jefe republicano, á la vez que, interrumpiendo la comunicación entre Venezuela y la Nueva Granada, no permitía á Latorre que se internase en el virreinato y dejaba á Bolívar obrar con libertad.

El 4 de Junio pasó el ejército el Arauca.

Desertáronse en aquella ocasión muchos llaneros, que sospecharon el destino de la expedición y no quisieron trepar por los Andes granadinos. Se retiraron también el bravo coronel Iribarren—que fué de la Junta de Cañafístolo—con todo su escuadrón, y el coronel Rangel, que estaba enfermo, con el suyo.

La pena que esta separación causó á Bolívar quedó en algún modo templada con la resolución del noble coronel Rook, quien, á la cabeza de la Legión británica, dijo al

Libertador que le seguiría *hasta más allá del cabo de Hornos, si fuera necesario.*

Bolívar se unió el 11 en Tame con la división de vanguardia de Santander; el 25 estaba en Pore con 2.500 hombres.

La invasión del territorio granadino ocupado por los realistas era ya inminente.

A pesar del cansancio del ejército, que hacía marchas forzadas en estación lluviosa, el Libertador le hizo tramontar la cordillera por el páramo de Pisba.

El 27 estaba en Paya, y el 5 de Julio en Socha, pueblo de la provincia de Tunja, el primero que se encuentra á la falda opuesta de los Andes orientales.

Estaba reservado al incomparable genio de Bolívar vencer y superar obstáculos que á cualquier otro, á Aníbal mismo, hubieran aterrado. ¡Qué empresa, desde el Mantecal á Tunja!

"La estación—escribía un testigo presencial—era, á la sazón, de un riguroso invierno en que los llanos todos estaban intransitables. Desde Apure hasta Pore hay que atravesar innumerables ríos caudalosos, y muchos navegables, caños profundísimos y sabanas inmensas... Hay que atravesar el estero de "Cachicamo" (laguna de muchas leguas de diámetro que las lluvias forman en una gran sabana baja á inmediaciones del Arauca), más bien un pequeño mar que terreno sólido, en el territorio por donde el ejército debía hacer sus primeras marchas...

„Las tropas, después de las diversas operaciones que habían ejecutado en los llanos, quedaron desnudas, hasta el punto que raro era el soldado que conservaba (en buen estado) un pantalón. Aquellos hombres nacidos y criados en climas ardientes y vestidos de tal manera eran los que debían atravesar los páramos y obrar en climas excesivamente fríos. ¡El llanero, que nunca ha recibido la impresión de un aire templado, ese hijo de la luz y del calor, debía pasar el helado temperamento de Tunja desnudo, á pie, reducido á nulidad, porque no podía hacer uso de su

caballo ni de su lanza...! Y en medio de todo esto, ¿cuáles eran los enemigos que iban á combatir? Batallones numerosos y aguerridos, aclimatados, vestidos y bien disciplinados, con todos los recursos en su poder, prácticos en el terreno, etc. Si se hubiera consultado con los grandes capitanes de los tiempos antiguos y modernos su opinión sobre la campaña de la Nueva Granada, no habría habido uno que creyese que podía emprenderse con tales elementos y en semejantes circunstancias. Sólo Bolívar podía marchar con un ejército desde el centro de los llanos de Venezuela desprovisto de todo, *menos de valor y de constancia*, y triunfar de la Naturaleza y de los opresores de Cundinamarca."

Nada le arredraba...

El 25 de Mayo decretó en el Mantecal la libertad de las regiones granadinas; el 4 de Junio pasó, como se ha dicho, el Arauca; el 22 dejó los llanos de Casanare y comenzó á trepar la montaña; el 27 triunfó de las primeras tropas enemigas en Paya, y el 5 de Julio apareció en las provincias internas... Su presencia allanaba todos los inconvenientes, hacía superar todos los obstáculos é inspiraba aquella confianza que precede infaliblemente á la victoria. ¡Cuánto aliento, cuán magnánima constancia! Aquel ejército marchaba sin alimento; dormía sin abrigo; y los contratiempos de un movimiento rápido por caminos fragosos y espantables lo habían destruído. —Bolívar tenía una alma de fuego: los trabajos no le quebrantaban; pero los demás ¿gozaban de ese temple?... Morían de frío los soldados en aquellas heladas y escabrosas cimas. Muchos emprendieron devolverse; otros se inutilizaron y llenaron los hospitales. La caballería quedó muy disminuída y los cuerpos llegaron por fin á Socha sin un caballo. Las municiones de boca y guerra quedaron abandonadas, por la escasez de acémilas para atravesar la cordillera y de hombres para conducirlas.

En esta horrible situación fué cuando Bolívar se hizo superior á todos los grandes capitanes del mundo anti-

guo y moderno, desplegando una firmeza más allá de lo que el entendimiento humano puede concebir. Todo era tristeza y miseria á su rededor; todo quebranto y pena...! El ejército parecía un cuerpo moribundo: uno ú otro jefe eran los únicos que podían hacer el servicio... Y acampados en Socha supieron que venía sobre ellos el general español D. José María Barreiro, joven de pundonor, que comandaba una masa de 5.000 guerreros, al ímpetu de los cuales debía expirar la libertad de la Patria...

Necesaria fué la irresistible influencia de Bolívar para que los nuestros no se hundieran en el desmayo.

En tres días, el Libertador hizo montar la caballería y reponer las armas: reunió parque y restableció el ejército. *Las acciones en que vamos á vencer*, decía, *faltan á la República para el lleno de su gloria.* Habló á los pueblos granadinos con mucho amor, animándolos á la obra de su emancipación: "*en vuestro seno*—les decía por una hermosa proclama—; *en vuestro seno tenéis ya un ejército de amigos y bienhechores, y el Dios que protege la humanidad afligida, concederá el triunfo á sus armas redentoras. No temáis nada de los que vienen á derramar su sangre por constituiros en una nación libre.—Los granadinos son inocentes á los ojos del ejército libertador. Para nosotros no hay más culpables que los tiranos españoles, y ni aun éstos perecerán sino en el campo de batalla.*"

Luego dirigió guerrillas sobre el enemigo: amagó atacarle en todas direcciones, y el 11 de Julio presentó la primera batalla en las alturas de Gámeza. Duró el combate ocho horas, con una desventaja de posiciones la más desigual por nuestra parte; pero nuestras tropas pelearon con brío, y el enemigo se retiró con pérdida considerable.

Y no le dió tiempo el Libertador á que se rehiciese, pues, por un movimiento de flanco, apareció ocupando el valle de Serinza, lo que obligó á Barreiro á abandonar sus posiciones y venir á cubrir á Tunja y Santa Fe, situándose en los *Molinos de Bonza*, ventajoso paraje para

su infantería y que dispuso además para la defensa con algunas obras de campaña.

VI.—Los republicanos vencen en Pantano de Vargas (25 de Julio).

Bolívar estableció su campo enfrente y provocó al enemigo de mil maneras, aunque todo en vano, porque Barreiro se mantuvo quieto. El 25 de Julio, viendo que su contrario no se decidía, y temiendo que aquella inacción fuese estudiada para esperar refuerzos que diesen segura la victoria, ordenó el Libertador un movimiento por el flanco izquierdo sobre la retaguardia enemiga, á fin de atacar á Barreiro por la espalda ó hacerle abandonar las buenas posiciones que ocupaba.

Barreiro se movió entonces y con tal brío que nos obligó á combatir en posición notablemente desventajosa. Todo el ejército español cayó con ímpetu sobre el nuestro, que atravesaba una hondonada paludosa llamada *Pantano de Vargas*, circuída de colinas, de las cuales se apoderó el jefe español, para hacer llover sobre los patriotas un fuego incesante y mortífero...

¡Reñido combate, lucha atroz y desesperada en la que todos pelearon con imponderable esfuerzo! El triunfo estuvo largo tiempo dudoso. El brío de los generales y oficiales, la serena intrepidez de las tropas, el estar presente Bolívar en todas partes, su voz empleada en dar mayor aliento al soldado é inspirarle confianza; todo esto reunido hizo triunfar en Vargas á las armas republicanas. Duró el combate hasta la noche, sostenido con una tenacidad y un encarnizamiento de que no hay idea.

Los españoles perdieron entre muertos y heridos más de 500 hombres, y dejaron en poder de Bolívar, vencedor, prisioneros, lanzas, fusiles, municiones, dos banderas de

los Dragones de Granada... Los valerosísimos Rondon y Carvajal se distinguieron en aquel día, y las compañías británicas se cubrieron de gloria en esta primera vez que combatían á la vista del Libertador. Este quedó dueño de la provincia de Tunja, á excepción de la capital; Socorro y Pamplona estaban libres y el resto del país en insurrección.

Los pueblos granadinos recibían al ejército libertador con el más extraordinario entusiasmo.

El boletín del 6 de Agosto lo dictó el Libertador al general Soublette, jefe del Estado Mayor General, en la misma ciudad de Tunja, la que ocupó por un movimiento atrevido, tomando prisionera la guarnición.

Aquí se reforzó el ejército; y los reclutas, que para otro jefe no habrían podido servir sino después de muchos meses de instrucción, para el Libertador sirvieron en el acto que debió ocuparlos.

Gámeza y Bonza habían sido un campo de gloria para Bolívar; también lo fueron las alturas de Vargas, que de todas partes había desalojado á los españoles; pero imprescindible era asegurar aquellos triunfos parciales con un éxito final glorioso, y asegurarlos pronto, porque no hay cosa más útil en la guerra que coronar unos aciertos con otros y premiar las fatigas de esos encuentros preparatorios con el fruto de una acción decisiva y memorable.

Gámeza, Bonza y Vargas anunciaban la gran jornada de *Boyacá.*

VII.—Victoria de Boyacá (7 de Agosto).

Cuando el enemigo, al favor de la noche, se salvó de una ruina total en Vargas, se retiró á Paypa. Bolívar no pudo perseguirlo; mas, al otro día, le siguió los pasos,

teniéndolo á la vista. *Sin embargo de que el enemigo ha reunido algunos cuerpos de Infantería después de la batalla del Pantano de Vargas*—decía el Libertador—, *estamos casi ciertos de la victoria.*

A esa certidumbre daban algún peso las promesas que habían hecho los gobernadores de las provincias del Socorro y de Pamplona, de enviar sin tardanza gente, provisiones y vestuarios. Debe saberse que desde Bonza, el Libertador, que administraba en todas partes, había nombrado á los coroneles A. Morales y Pedro Fortoul gobernadores para aquellas dos provincias, con encargo el más estrecho de llamar á las armas á sus habitantes y de enviar refuerzos al ejército. Sin embargo, éstos no vinieron tan oportunamente, y habiendo las avanzadas participado, al amanecer del 7, que el enemigo se movía, el ejército se puso sobre las armas.

Barreiro, que veía disminuir sus fuerzas, habiendo sido escarmentado ya tres veces, proyectó reunirse á las tropas del brigadier D. Juan Sámano, virrey, que estaban en Santa Fe, evitando un encuentro con las de Bolívar.

Éste tenía su campamento en Tunja, esto es, entre Barreiro y Sámano, amenazando á uno ú otro y acechando el momento de caer sobre cualquiera de ellos. Justo es confesar que su posición no era del todo favorable, porque á la vez podía verse también envuelto, siendo acometido de frente y por la espalda; pero la audacia consciente y la celeridad eran virtudes de Bolívar.

Bolívar formó su ejército en la plaza de Tunja, y esperó... Barreiro debía tomar el camino de Samacá ó bien el del puente de Boyacá. Al decidirse, el Libertador resolvería. Aquello era asunto de minutos. Los avisos se repetían. Muchos estaban apostados en las alturas, para observar y dar anuncio. El Libertador mismo, inquieto de ordinario y de una vivacidad prodigiosa en los lances de importancia, montó á caballo y fué á descubrir la verdadera dirección del enemigo. Súpola al fin, y en el acto dió las órdenes más precisas para hacer volar el ejército

hacia el punto famoso en que debía quedar destruído el poder que oprimía la tierra granadina. *O forzamos á Barreiro á admitir la batalla y lo pulverizamos*—decía el Libertador á Anzoátegui y á los demás generales que con él se hallaban—, *ó le impedimos ponerse en contacto con Sámano, y la desmoralización de sus tropas lo hará rendir.*

Barreiro admitió la lucha.

Él disponía de 3.000 hombres; Bolívar, de 2.000 (1).

Anzoátegui mandaba el centro y la derecha, Santander la izquierda. La fuerza de los independientes marchó tendida en batalla. Nada puede ser comparable —dice el boletín de Boyacá—á la intrepidez de Anzoátegui, al cual le tocó la honra de rendir el cuerpo principal del enemigo. A él se debió en gran parte la victoria. Discípulo de Bolívar, su compañero en la desgracia, su auxiliar en la guerra, su amigo en todas partes y en todas ocasiones, tan valiente de entendimiento como de corazón, conocía las cosas en su punto y sabía lograrlas. Se esforzó heroicamente en Boyacá, ilustrando su nombre en la acción famosa. Hacía el enemigo un fuego terrible; pero Anzoátegui y los suyos, con movimientos audaces y ejecutados con la más estricta disciplina, envolvieron todos los cuerpos enemigos.

La compañía de granaderos de á caballo (toda de españoles) fué la primera que huyó, y desde ese momento los esfuerzos todos del general Barreiro fueron infructuosos. Él mismo perdió su posición y hasta la facilidad

(1) Bolívar había iniciado la campaña trasandina de 1819 con 3.400 hombres entre venezolanos, granadinos é ingleses. Dejaba atrás, en Venezuela, el ejército realista compuesto de 17.000 soldados, entre europeos y americanos, al mando del general Morillo, é iba á desafiar al virrey Sámano, que contaba en su virreinato de Nueva Granada 9.880 hombres de tropa. El general Barreiro, que era la vanguardia del virrey, salió al encuentro de Bolívar con cosa de 5.000 hombres (la 3.ª división), número que se creyó suficiente para cerrar el paso de los Andes al Libertador, dadas las inexpugnables posiciones con que la naturaleza favorecía en la Cordillera á los realistas.—*(Nota de R. B.-F.)*

de escaparse. Un soldado de Rifles, Pedro Martínez, le hizo prisionero en el campo de batalla.

Todo el ejército enemigo cayó en manos de Bolívar. Fueron hechos prisioneros, á más de Barreiro, el segundo de éste, coronel Jiménez; casi todos los comandantes y mayores de los Cuerpos; 1.600 soldados, y se tomaron sus caballos, su armamento, su artillería, municiones, lanzas, banderas, correspondencia, caja militar, etc.

Santander, que por su parte dirigió los movimientos con grande acierto y firmeza, marchó en persecución de algunos dispersos; Anzoátegui permaneció toda la noche en el campo de su gloria (1).

---

(1) El general de división José Antonio Anzoátegui murió en Pamplona (Nueva Granada), á consecuencia de las heridas que recibió en la batalla de Boyacá. Tenía cuando falleció 30 años de edad; había nacido en Barcelona (Venezuela), en 1789. Este héroe de la libertad había visto la luz en un año clásico para los hombres libres. Entre los innúmeros oficiales que dió Venezuela á la emancipación americana y que se cuentan desde Miranda en los Estados Unidos, Montilla en Méjico y Narciso López en Cuba, hasta Paz del Castillo en Chile y el comandante Matute en la Argentina, fué Anzoátegui uno de los más briosos y eminentes. El "regañón" Anzoátegui lo llama O'Leary, por el carácter severo y exigente, en punto á corrección y disciplina, de este campeón del derecho y de la justicia. Distinguido por su familia, lo fué aún más por sí mismo. Inteligente, organizador, activo, humano con enemigos y subalternos, —condición que debe siempre ponderarse cuando la encontremos en algún campeón de aquella tremenda y sanguinaria guerra,—Anzoátegui fué uno de los más cultos soldados que dió la región de Oriente á la emancipación de Venezuela. Fué también uno de los que falleció más temprano y de los que más servicios prestó á la causa de América, si bien circunscribiendo estos servicios á Venezuela y Nueva Granada. Desde muy temprana edad empezó sus servicios á la patria. Ya servía como soldado contra los tiranos en tiempos de Monteverde. Hizo las terribles campañas de Venezuela en 1813 y 1814; campañas en que se combatió casi de diario. Y entre tantos valientes se distinguió como oficial de mucho mérito en Mosquitero, con Campo-Elías; en Bocachica, con Mariño; en Araure, en la primera de Cara-bobo, y en San Mateo con el Libertador.

Cuando sucumbió Venezuela bajo las patas del caballo de Boves, voló Anzoátegui, en la División del general Urdaneta, á prestar sus servicios en la Nueva Granada. Con Bolívar entró triunfante en Bogo-

Las ventajas de la acción de Boyacá no son calculables. Jamás las tropas colombianas triunfaron de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido contra tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas.

Bolívar marchó para Bogotá.

Al llegar al puente del Común, recibió avisos de que

---

tá, á fines de 1814. En 1815 siguió la suerte del Libertador y se expatrió, como éste, á las Antillas para no mancharse en la guerra civil que provocaba el oficial granadino Castillo, con su lugareñismo y su odio intransigentes. De los 300 que invadieron á Venezuela con Bolívar en 1816, Anzoátegui fué uno: peleó entonces en Carúpano, al frente de la infantería, cuando se tomó esta plaza.

Ese mismo año hizo la campaña conocida con el nombre de *Invasión de los seiscientos*, á las órdenes de Mac-Gregor y Soublette y se batió, al frente de su batallón, en Quebrada Honda y Alacrán; y luego, á las órdenes de Piar, en el Juncal. Con este último jefe hizo la campaña de Guayana en 1817. Fué de los más señalados en el triunfo patriota de San Félix (el 12 de Abril de 1817). En Agosto del propio año entró triunfador en Angostura, capital de la Guayana, con el general Bermúdez.

Fiscal en la causa abierta á Piar, miembro del Congreso de Angostura, Anzoátegui, ya general de brigada, hizo la campaña sobre Caracas, en 1818, con el Libertador y combatió al frente de la infantería, en Sombrero, Semen, Ortiz y Cojedes. En la campaña de 1819 al través de los Andes, sobre el virreinato granadino, Anzoátegui, nombrado comandante general de infantería y segundo jefe del ejército de Occidente, contribuyó como ninguno al éxito de la campaña con su intrepidez habitual, su espíritu de orden y sus grandes prendas de soldado. En Gámeza y en Vargas se mostró el héroe de siempre. En Boyacá, al frente de su división, fué el héroe principal de la jornada. En Boyacá lo ascendió Bolívar á general de División. Era un hombre alto, delgado, de figura marcial. Sus virtudes sociales no eran inferiores á sus virtudes guerreras, aunque éstas por su brillo oscurecían á las otras. Iba, por orden del Libertador, á encargarse del ejército del Norte, cuando la muerte lo sorprendió en Pamplona. El Libertador dió á la División que Anzoátegui comandó el nombre del héroe y escribió á la viuda una carta muy sentida. Era aquel hombre de la escuela y del temple moral de Sucre. En las campañas del Sur estaba llamado á desempeñar un gran papel. La libertad perdió con Anzoátegui una de sus mejores columnas. El ejército vistió luto ocho días por la muerte del héroe de Boyacá. Hoy tiene éste una estatua en Barcelona y uno de los Estados federales de Venezuela lleva su nombre. *(R. B.-F.)*

el virrey, la Audiencia, la Guardia de Honor, el regimiento de cazadores de Aragón y todos los empleados civiles y militares habían abandonado la capital, dejándola en una espantosa anarquía.

El Libertador apresuró su marcha y entró ese mismo día (10 de Agosto), como á las cinco de la tarde, en Bogotá. Todavía, cuando él atravesaba las calles de la capital, con Soublette, Raimundo Freites, Justo Briceño y otros que le acompañaban, en unas partes vitoreaban al rey, y en otras la independencia.

Los patriotas á duras penas podían creer lo que veían y llamaban á Bolívar ángel tutelar y su Libertador. Muchos derramaban lágrimas y le estrechaban entre sus brazos. ¡Qué espectáculo tan grato para los patriotas fué el inesperado arribo de Bolívar y la destrucción del gobierno de los virreyes, sobre todo para los que habían perdido en el patíbulo al padre, al marido, al hijo ó al hermano en aquellos días tremendos de represión realista!

VIII.—Mientras los enemigos creen á las tropas republicanas víctimas de la naturaleza, Bolívar se sienta ya en la curul de los virreyes granadinos.

A los setenta y cinco días de marcha del pueblo de Mantecal, provincia de Barinas, entró Bolívar en la capital del Nuevo Reino, habiendo superado trabajos y dificultades imponderables y destruído un ejército casi tres veces más fuerte que el que llevaba.

El territorio inmenso que se dilata entre Mantecal y Santa Fe apenas puede ser recorrido, en invierno, por un hombre, del 25 de Mayo al 10 de Agosto. El ejército que en igual tiempo lo atravesó combatiendo, equipándose y haciendo reposos forzados, sólo podía ser movido por

una actividad extraordinaria: por Bolívar. Baste decir que cuando los opresores de Bogotá suponían á nuestro ejército marchando á Pore, ya estaba entrando en Tunja, dejando batido un cuerpo enemigo.

Cuando Morillo en Venezuela contaba con que nuestro ejército estaría detenido á las orillas de los ríos y *allí se quedará todo probablemente*, decía, ya estaba Barreiro preso, y Sámano huyendo, despavorido, con un aturdimiento que no le honra.

Bolívar, presente en todos los puntos de la acción, dió las órdenes más precisas para hacer brillar el valor de las tropas, el esfuerzo de los jefes y terminar con lucimiento la obra que había tomado á su cargo. Triunfó en Boyacá y habría querido multiplicar los instantes para aprovechar la victoria. Del mismo campo de batalla partieron columnas al Norte, al Magdalena, á Antioquía, Chocó y Popayán, y en pocos días la libertad había recobrado su imperio en aquellas hermosas provincias.

Es Boyacá la corona brillante de esa campaña de setenta y cinco días, inmortal en los fastos de la historia de América. Allí probó Bolívar, más que en ninguna otra ocasión, sus virtudes militares, su ciencia de los combates, su previsión, su audacia, su genio. Allí pudo escribir como César *vine, vi, vencí;* pero se expresó mejor, porque hablando á los granadinos desde la capital misma de Santa Fe, les dijo:

«¡Granadinos! Desde los campos de Venezuela, el grito de vuestra aflicción penetró en mis oídos y he volado por tercera vez con el ejército libertador á serviros. La victoria, marchando siempre delante de nuestras banderas, nos ha sido fiel en vuestro país, y dos veces nos ha visto vuestra capital triunfantes. En esta como en las otras, yo no he venido en busca del poder ni de la gloria. Mi ambición ha sido libertaros de los horribles tormentos que os hacían sufrir vuestros enemigos y restituiros al goce de vuestros derechos, para que instituyáis un gobierno de vuestra elección. ¡Granadinos! Ocho de vuestras pro-

vincias respiran la libertad. Conservad ileso este sagrado bien con vuestras virtudes, con vuestro patriotismo y valor.»

IX.—Comunicación sobre la toma de Bogotá al gobierno de Venezuela.

Dando cuenta al gobierno de Venezuela del término dichoso de su empresa, ofició al vicepresidente de la República y le dijo:

Cuartel general de Santa Fe,
á 14 de Agosto de 1819.

Simón Bolívar, presidente de la República, capitán general de los ejércitos de Venezuela y Nueva Granada, etc.

Al excelentísimo señor vicepresidente de la República.

Desde que concebí el proyecto de adelantar mis marchas á lo interior de este reino, conocí que un temor alarmante debía poner en acción todos los recursos de los mandatarios españoles. En efecto, esta idea, apoyada sobre la experiencia de mis observaciones, la confirmé más cuando por los estados que se le aprehendieron al virrey D. Juan Sámano, hallé que una fuerza superior, bien organizada y puesta en disciplina, era el muro en que se intentaba que viniera á estrellarse el valiente Ejército Libertador.

Yo calculaba, sin embargo, que la abundancia de males, con que estos pueblos habían sido, y aun eran afligidos, habría preparado el espíritu de ellos para abrazar con gusto á sus heroicos defensores. Y á la verdad, apenas di mis primeros pasos de este lado de la cordillera que divide el llano de los terrenos quebrados, limítrofes con la provincia de Casanare, cuando oí resonar delante de mí bendiciones de unos hombres que esperaban mis armas con todo el entusiasmo de la libertad, como un remedio á las calamidades é infortunios que los habían llevado al último grado de exasperación.

Un jefe experto al frente de un ejército de cuatro ó cinco mil

hombres, es lo primero que se me presenta en el campo de batalla. El general D. José María Barreiro, encargado de su dirección, apura sus esfuerzos; mueve todos los resortes del valor; y él me ha presentado acciones que faltaban á la República para el lleno de sus glorias.

La disciplina de sus tropas, su buena organización, las ventajosas posiciones que ocupaba, y la multitud de recursos que oportunamente se había proporcionado, me hicieron creer que esta empresa sólo era propia de la intrepidez y denuedo de las armas de la República.

La jornada de Boyacá, la más completa victoria que acabo de obtener, ha decidido de la suerte de estos habitantes; y después de haber destruído hasta en sus elementos el ejército del Rey, he volado á esta capital, por entre la multitud de hombres que á porfía nos prodigaban las expresiones de la más tierna gratitud, y precipitándose por entre las partidas dispersas de los enemigos, no hacían caso de su propia indefensión para cooperar activamente al absoluto exterminio de aquéllas, tomándoles las armas y haciendo un gran número de prisioneros. Los pormenores de este triunfo los hallará V. E. consignados en los impresos que remito adjuntos.

No poco se ha conmovido mi sensibilidad al llegar á esta capital de la Nueva Granada, en donde todavía se ven marcadas la depredación y la crueldad de los prosélitos de la Península.

El virrey Sámano, unido á todos los empleados, á la mayor parte de los españoles y al resto de las fuerzas que le quedaba, salió precipitadamente, fugitivo, á la primera noticia que tuvo de la última victoria, y antes de mi llegada á esta capital hice marchar algunas divisiones hacia el Sur y Occidente de ella, que son las rutas que ha tomado, con la fundada esperanza de aprehenderles á ellos, y á una numerosa emigración.

A pesar de la devastación general que ha sufrido este reino, la República puede contar con un millón de pesos en metálico, fuera de la cuantiosa suma que producirán las propiedades de los opuestos y mal contentos fugitivos.

Yo trabajo con actividad en el arreglo de la economía interior; y las bellas disposiciones de estos pueblos en donde apenas se encuentra un enemigo, me hace presentir que el poder de los tiranos quedará confundido en la nada.

Reciban V. E. y toda la República mis tiernas felicitaciones,

y los sinceros votos del ilustre pueblo granadino, que sólo aspira á una felicidad común con el venezolano: dignándose V. E. igualmente presentar los triunfos de las armas de mi mando al Supremo Congreso, como un tributo de mi deber.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Bolívar (1).

X.—Bolívar, administrando, echa los fundamentos legales y jurídicos de la nueva república.

Bolívar, vencedor, no perdió un instante en asegurar los beneficios del triunfo alcanzado. No le desvaneció la gloria, no le perturbó la alegría ni le divirtieron de sus graves pensamientos tantos y tan ricos trofeos, sino que luego destinó varios cuerpos á Popayán para que se opusiesen á Latorre; levantó fuerzas como por encanto y las hizo marchar á Pamplona, donde Soublette mandaba una división lucida; organizó, armó, disciplinó y vistió nuevos batallones que hizo reclutar; envió á Guayana sumas considerables de dinero para aliviar las necesidades de los patriotas que lidiaban allá por la independencia.

---

(1) Torrente atribuye los triunfos del ejército libertador en la campaña trasandina de 1819 á la supresión, en el reino de Nueva Granada, de una moneda creada por el virrey Montalvo!!!

Menos extraño al orden posible de los sucesos humanos (aunque en nuestro caso alejado también del camino de la verdad) es lo que escribió el general Barreiro al virrey Sámano, dándole parte de la batalla de Vargas, pues le decía: «Tengo observado que Bolívar, poco satisfecho de la voluntad de sus tropas, elige siempre posiciones sin salida para que la desesperación produzca los efectos del valor.»

Esto era un error; pero no una sandez como la de Torrente.—Engañábase ó engañaba á su virrey; pero confesaba al menos que peleaban nuestros soldados como desesperados y que nuestras posiciones habían sido desventajosas, lo cual dobla, sin duda, y da mayor realce á la victoria.

En medio de todo esto cuidó de la organización del gobierno civil y de la administración del país libertado: abolió las contribuciones extraordinarias; alentó la industria minera; abrogó el odioso derecho de confiscación; suprimió los empleos inútiles y labró por su moderación, su benevolencia y su espíritu de rectitud la cadena para el rendimiento de todas las voluntades.

El mismo que en los durísimos conflictos, al tramontar los Andes, ayudaba con su persona á cargar el parque, alentando al soldado é inspirándole el fanatismo de la libertad y el entusiasmo de los grandes hechos; el mismo que pasaba en la grupa de su caballo á los soldados más débiles ó fatigados, al través de los torrentes andinos, por donde á menudo se despeñaban hombres y bestias al abismo; el mismo que vencía en Bonza y Vargas con indomable brío, contrapesando la desventaja del número y de la posición con la ventaja del tino y las diligencias del acierto, es ahora también el que administra, el que todo lo ordena, el que levanta los espíritus del quebranto en que yacían por providencias sabias y oportunas, el que se aplica á las artes de la paz con veneración á la justicia, con respeto religioso á la verdad, con celo por el bien común, con amor á la virtud, coronando, en fin, su grande obra de emancipación con esfuerzos cívicos que contribuían poderosamente á crear el orden en la paz, echando los cimientos legales y jurídicos de la república.

Es famoso, entre todos, el decreto sobre instrucción pública, cuyos considerandos revelan las íntimas convicciones del Libertador acerca de la necesidad de la difusión de los conocimientos sanos en la república para su conservación y su progreso:

«Como la educación é instrucción pública—dijo—son el principio más seguro de la felicidad general y la más sólida base de la libertad de los pueblos, y considerando que en la Nueva Granada existen una multitud de niños desgraciados que, por

haber sido sus virtuosos padres inmolados en las aras de la patria por la crueldad española, no tienen otro asilo ni esperanza para su subsistencia y educación que la República... Decreto, etc.» (1).

Tantos fueron los bienes que el Libertador hizo á los pueblos de Cundinamarca en los cortos días de su residencia en Santa Fe, que el gobierno político y los tribunales de justicia, cabildos, comunidades, curas y las personas más respetables, reunidos en una grande asamblea, declararon solemnemente, como un voto emanado del más justo reconocimiento, que el presidente y general en jefe de los ejércitos de la República, Simón Bolívar, era *libertador de la Nueva Granada;* y le decretaron un triunfo y una corona de laurel con otros honores (2).

El Libertador estableció también un gobierno provisional para las provincias libres granadinas, encargando del mando supremo al general Francisco de Paula Santander, con el título de *Vicepresidente de la Nueva Granada;* propuso al virrey Sámano un canje de prisioneros "para libertar al general Barreiro y á toda su oficialidad y soldados", y proveyendo largamente á la defensa de las provincias que acababa de libertar, marchó el 20 de Sep-

(1) El decreto tiene fecha 17 de Septiembre de 1819.

(2) La asamblea declaró á los que componían dicho ejército «Libertadores de la Nueva Granada»; les concedió una cruz de honor llamada de *Boyacá;* decretó para el general Bolívar un triunfo solemne y una corona de laurel, que le sería presentada en nombre de la ciudad y por una comisión de señoritas. También decretó que se colocara, bajo del dosel de la casa capitular, un cuadro emblemático de la *Libertad,* sostenida por el brazo de Bolívar, y á sus costados los retratos de los generales Anzoátegui, Santander y Soublette; que se levantara una columna en la entrada de San Victorino, en cuya parte superior se inscribiera el nombre del Libertador, y en seguida los de todos los valientes que triunfaron en Boyacá; en fin, que se celebrara cada año, el 7 de Agosto, un aniversario de aquella célebre victoria.

El triunfo se verificó el 18 de Septiembre, entrando Bolívar por la calle de las Nieves, desde el convento de San Diego hasta la catedral, bajo arcos triunfales, y por medio de un gran concurso que mani-

tiembre para el ejército del Norte, llevando consigo fuerzas considerables. Visitó á Tunja, Socorro y Pamplona. Su marcha fué triunfal. No hubo testimonio de gratitud, de amor y de confianza que no le prodigasen los pueblos granadinos. Bolívar—asegura un escritor coetáneo—, Bolívar gozó en aquella época de la gloria más pura para un corazón sensible: *la de verse el objeto de las bendiciones de tantos millares de hombres á quienes había sacado de feroz esclavitud.*

XI.—Bolívar y Morillo en Nueva Granada.

Nada hace resaltar más la superioridad de nuestro héroe que la comparación de la campaña que dió á Morillo el dominio de la Nueva Granada, con la que restituyó á estos pueblos sus derechos.

Mucho se ha celebrado, y con razón, la actividad del general Morillo. Pero recuérdense los hechos y sáquense consecuencias. La República no tenía casi fuerzas en 1816, cuando una masa irresistible de tropas europeas y venezolanas, con Morillo á la cabeza, tropas bravísimas, disci-

festaba el mayor júbilo y el más profundo reconocimiento al guerrero ilustre que les había dado libertad. Los generales Anzoátegui y Santander acompañaban al Libertador. Después de terminada la procesión triunfal, se hallaban los tres generales en un pabellón erigido en la Plaza Mayor, cuando una joven, cuyo padre había sido sacrificado por los españoles, colocó sobre la cabeza de Bolívar una corona de laurel. Al mismo tiempo le dirigió expresiones dictadas por el entusiasmo del reconocimiento; éstas hicieron derramar lágrimas de gozo á muchos de los concurrentes al verse respirando el aire dulce de la libertad. Otra señorita puso en el pecho del triunfador la cruz de Boyacá, y dos más hicieron lo mismo con los generales Anzoátegui y Santander, no recibiendo la cruz el general Soublette por estar ausente. Aquel día, sin duda, fué tan honroso como agradable á Bolívar y á sus ilustres compañeros de armas. (Véase á RESTREPO: *Historia de Colombia.*)

plinadas, aguerridas y bien provistas de todo, la atacaron por cinco direcciones.

La República sucumbió.

Después de la rendición de las murallas de Cartagena siguieron algunos sucesos ordinarios en la guerra, que condujeron al general español hasta el palacio de Santa Fe.

Detúvose allí seis meses.

Al largo tiempo de su dominación tranquila se debieron la creación de grandes fuerzas y la elección de medidas capaces de asegurar la conquista.

Bolívar, con un solo, cortísimo y casi desnudo ejército, por una sola dirección, luchando con todas las dificultades imaginables, combatiendo contra la naturaleza y á la vez contra enemigos fuertes y numerosos, en cuarenta días libertó tantas provincias como las que subyugó Morillo en 1816.

Se disparó el último fusil en el puente de Boyacá, y todas las tropas españolas diseminadas, desde Cúcuta hasta Popayán, fueron prisioneras ó desaparecieron. Se ocurrió á la defensa de la Nueva Granada á la vez que marchaban para Venezuela cuerpos numerosos, y en cuarenta días que permaneció el Libertador en Santa Fe, hizo más de lo que hubiera hecho Morillo en cuarenta años.

El general que sin recursos y en contradicciones estupendas hizo revivir á Venezuela; el que no desesperó en la adversidad, llegando del extranjero con 250 compañeros; el que trabajó con perseverancia sobrehumana por inscribir en la lista de las naciones inmensa parte del Continente americano; el hombre activo, incansable, apoyo de la libertad, amigo del talento, honrador del mérito, Bolívar, no encuentra fácilmente rival, por cuanto no sólo tuvo grandes y raras cualidades, sino porque las empleó para establecer entre los hombres, como él mismo decía, *el imperio de la razón y de la naturaleza*...

Morillo entró en Santa Fe y la anegó en sangre. Bolívar no hizo otra cosa que cicatrizar las heridas de la guerra y derramar por todas partes el bálsamo del consuelo. "Yo

asistí á toda la campaña de la Nueva Granada—escribe un granadino muy autorizado que se halló en el Estado Mayor Libertador—: he estado en todos los combates; he visto tomar prisioneros á muchos oficiales y soldados españoles, y jamás he oído de la boca de Bolívar una sentencia de muerte. Muy malvado, muy facineroso ha de ser el hombre á quien, por su mandato, deba ejecutarse (1). Harto públicas eran las muertes que los españoles ordenaron en personas pacíficas, ilustradas y notables; viudas y huérfanos innumerables se presentaban á nuestra vista, excitando su presencia y sus lágrimas nuestra venganza; los miembros de nuestros compatriotas, levantados en escarpias en los caminos públicos, clamaban la muerte de sus verdugos; las correspondencias epistolares que sólo respiraban sangre y horrores, eran el proceso contra sus criminales autores...! Nada pudo cambiar el corazón de Bolívar. En vano clamó el ejército por que se ejecutasen los oficiales prisioneros; en vano se le persuadió la justicia y la utilidad evidente de la represalia. El Libertador ordenó que todos fuesen tratados con decoro; y luego que hubo ocasión propuso un canje."

¿Y qué no hizo Bolívar á su entrada en Santa Fe? Abrió los brazos y recibió en ellos á toda clase de personas: no preguntó por el anterior comportamiento de ninguno; averiguó los que emigraron para expedirles salvoconductos sin distinción. ¿Qué más podía esperar la humanidad? Si este proceder no es digno de elogio y admiración, que se borre de la historia la beneficencia de Tito...

"La victoria de Boyacá nos puso en posesión de un

---

(1) Entre los prisioneros tomados en Boyacá vió el Libertador uno cuya fisonomía no le pareció desconocida. Lo fijó un instante, y reconoció, en efecto, que era aquel mismo Fernández Vinoni que en 1812 había hecho la revolución en el castillo de Puerto Cabello. En el acto lo mandó ahorcar. Fué el único fusilado por Bolívar en el campo de Boyacá.

inmenso territorio; pero la benéfica conducta de Bolívar, vencedor, nos dió la posesión de muchos corazones" (1).

---

(1) Véase el folleto publicado en Bogotá en 1827 titulado: «EL GENERAL BOLÍVAR EN LA CAMPAÑA DE 1819», relación escrita por un granadino, etc.

Después de los triunfos de Boyacá y cuando se reconocieron las inmensas ventajas que de aquella campaña, para siempre célebre, se derivaron, muchos han pretendido haber sido los autores del pensamiento feliz que Bolívar ejecutó admirablemente.

A todos puede contestarse con unas palabras de Baralt bien oportunas: "El empeño insensato de atribuirse glorias ajenas ha hecho decir á algunos hombres, ora que habían sugerido al Libertador el pensamiento de esta operación; ora que en Casanare quería éste variar de plan y á ellos se debió que siguiese el primitivo. ¡Miserias todas de la vanidad, hijas en mucha parte de la destreza con que aquel hombre singular hacía obrar a sus agentes, persuadiéndoles que ejecutaban sus propias ideas cuando sólo se movían por las que él les inspiraba!" (R. M. BARALT: *Historia de Venezuela.*)

CAPITULO XXX

1819

I.—Conducta de los realistas.

Si sorprendente fué el movimiento de Bolívar desde Mantecal hasta Boyacá, imposible se creyó su triunfo contra tropas superiores y bien disciplinadas. Barreiro, comunicando al virrey Sámano el reñido combate de las alturas de Vargas, le engañó, porque se dió por vencedor, y terminaba su nota diciéndole: "Estoy reconociendo el campo y recogiendo *á cargas* los fusiles." Con esto Sámano se dió á esperar de un momento á otro el anuncio plausible de la destrucción de los *bandidos insurgentes de Venezuela* y la captura de Bolívar. Comiendo con sus palaciegos y oficiales y haciendo alarde de la confianza que tenía en el ejército de Barreiro, se levantó para recibir á unas señoras, cuando se aparece de repente, á las siete de la noche del 8 de Agosto, el oficial D. Manuel Martínez de Aparicio con la funesta nueva de la pérdida de Boyacá y de estar prisioneros Barreiro, Jiménez y 39 oficiales más. Aparicio repetía á las preguntas que se le hacían: *Todo está perdido; Bolívar está encima...*

Cuál sería la presuntuosa fatuidad de Sámano y el aturdimiento y confusión en que después cayó lo revelan estas palabras de un historiador español: "Apenas tuvo

el virrey las primeras noticias de esta funesta jornada, quedó de tal modo conmovido su espíritu, que no acertó á tomar providencia alguna... *¡Todas sus anteriores bravatas quedaron convertidas en estupor!* Se enervó su antiguo brío y ya sólo pensó en salvarse, con la fuga, de aquel peligro" (1).

Sámano corrió sin tomar descanso hasta Honda y allí se embarcó para Cartagena. A los cuatro días después de abandonar la capital, ya estaba en Nare (50 leguas de Santa Fe), de donde ofició al capitán general de Quito, D. Melchor Aymerich, pintando á su manera la catástrofe. "La distancia del teatro de la guerra no había tranquilizado aún su agitado espíritu", dice Torrente.

Calzada, que había quedado en Bogotá á la partida del virrey, se retiró por el camino de Quito con 400 hombres del regimiento de Aragón, regido por D. Basilio García—valiente oficial éste á quien encontraremos, andando el tiempo, en Bomboná—, después de haber mandado poner fuego al almacén de pólvora situado á las márgenes del Fucha, y correspondió á las generosidades del Libertador, declarando de nuevo la *guerra á muerte* y haciéndola llevar á cabo con la mayor dureza é impiedad. Con banderas negras, desplegadas al aire, salió el comandante D. Miguel Rodríguez, al frente de la columna que marchó de Popayán al Cauca. Calzada siguió por Pasto llevando consigo á muchos criollos que hizo matar poco á poco. En el llano de Aragua-Blanca fusiló á dos y dió orden escrita para alancear á los cansados. En Timbo dió muerte á un jovencito de quince años, de apellido Trujillo, y en Popayán azotó y escarneció públicamente á una señorita Guevara, hija del Sr. Camilo Guevara, porque decía que era patriota y amaba la libertad de su patria. Al padre, anciano respetable, que imploró piedad para su hija, que era un ángel, se le aherrojó en una cárcel y luego se le condujo como un criminal á Pasto. La

(1) TORRENTE: Ob. cit.

guerra á muerte se hacía sin compasión. Hombres caracterizados y del último respeto, como los Sres. Hurtado y Rodayega, mayores de sesenta años, fueron destinados á soldados, porque no daban dinero; otros, como el señor Cristóbal Mosquera, condenados á morir por la misma causa. El presbítero Figueroa fué, primero, reducido á un calabozo y luego conducido preso á Patía, en medio de los más crueles tratamientos. ¿Y por qué? Porque había dicho que Bolívar había derrotado á los realistas...

Así se correspondió á la magnanimidad del Libertador.

Por lo que hace á la propuesta del canje que Bolívar hizo á Sámano en gracia del general Barreiro y de sus oficiales, quedó sin efecto.

Sámano no contestó el oficio, ni siquiera por cortesía.

II.—Parte el Libertador para Venezuela.

El lunes 20 de Septiembre, á las seis y cuarto de la mañana, salió el Libertador de Bogotá para volver á Venezuela. Voluntariamente se reunió un inmenso pueblo para verle partir. Un silencio respetuoso manifestaba el sentimiento de que estaban poseídos todos los granadinos que habitaban en la capital.

El Libertador encargó mucho á Santander la buena administración, la vigilancia, el respeto de los derechos, *porque la justicia*, le decía, *es la base de la República*.

Al día siguiente, Santander publicó una hermosa proclama dirigida á los granadinos, en que se leía: "Cuarenta días, un ejército de bravos y un jefe acostumbrado á vencer, á superar obstáculos y á romper las cadenas de los pueblos esclavos: he aquí todo lo que se ha empleado en vuestro bien. ¡Granadinos! Recordad siempre que

vuestra regeneración en 1819 es obra del inmortal Bolívar."

El 26 de Septiembre el Libertador estaba en Puerto Real. El 27 seguía por la vía de Vélez al Socorro. Por todas partes recibía demostraciones de contento y gratitud. "Pero el mayor presente que he recibido y el más grato á mi corazón,—escribía á Santander—son las lágrimas mezcladas con transportes de alegría con que he sido bañado y los abrazos con que *me he visto expuesto á ser sufocado por la multitud*" (1).

III.—Situación de Venezuela durante la ausencia de Bolívar: el general Morillo.

Morillo había permanecido en Calabozo durante las marchas del Libertador. A principios de Agosto se vino á Valencia y más tarde á Caracas. Aquí supo la jornada de Boyacá, y estableció en el acto su cuartel general en Tinaco, de donde lo mudó á Barquisimeto. Queriendo disminuir la impresión funesta de la pérdida del virreinato, hablaba mucho de las fuerzas de Calzada, de los triunfos de Canterac en Lima, y, sobre todo, de una grande expedición que se aprestaba en Cádiz á las órdenes del general O'Donnell, *la cual debía acabar con todos los insurgentes.*

IV.—Situación de Venezuela durante la ausencia de Bolívar: el vicepresidente Zea y las intrigas de Angostura.

Por Guayana, las cosas andaban de otro modo.

Durante la ausencia del Libertador en Bogotá, el Poder

(1) Oficio de 26 de Septiembre de 1819.

Ejecutivo debía ejercerse por el Sr. Zea, que, como se sabe, tenía el título de vicepresidente de la República. Sabio; poseyendo una facilidad de elocución incomparable, sentimientos de verdadero patriotismo, un alma buena y gran pasión de libertad, era Zea de carácter mediocre, y no conocía, sino por definición, la entereza del ánimo. Acusábanle muchos de abandono y flojedad; para otros tenía el singular defecto de ser *civil*, y la mayor parte de los jefes militares no llevaban sino agua arriba el mando de un hombre que, no sabiendo manejar la lanza ni empuñar la espada, *no podía verle la cara al enemigo*. Esta era la frase consagrada.

¡Como si no fuera tan grande la razón para juzgar como la fortaleza para pelear! (1).

El disgusto crecía con los días y llegó á invadir y tener aura en el Congreso...

De Zea se pasó á Bolívar, porque los desagrados fueron tomando la fisonomía de la ambición. Hubo muchos que en privado y públicamente murmuraban del Libertador, y hasta en el Congreso se oyeron discursos vehementes contra la conducta del ilustre jefe. Ni faltó quien propusiera que se le juzgara como *desertor*, por haber emprendido la campaña de la Nueva Granada sin consentimiento y previa autorización del Congreso de Angostura; proposición que quedó sin efecto, pero que fué recibida con aplausos que vil intriga había preparado de antemano.

Inventaron los revoltosos para ganar prosélitos, que los españoles marchaban sobre Angostura; que los pueblos se pronunciaban por el rey, *cansados de las cosas del Congreso*, y, por último, que el Libertador había sido derrotado, y estaba preso y á punto de ser ahorcado en Santa Fe. Los menos exagerados le pintaban fugitivo, solo, á pie, regresando con mil inconvenientes que al cabo, decían, no podría superar...

(1) *Expetenda est magis discernendi ratio quam certandi fortitudo.* (Cicer. Off. I.)

Todo era una máquina de enredos y patrañas, inventada por los descontentos y á que prestaba ocasión Zea, con su debilidad, por una parte, con sus providencias inoportunas ó desacertadas, por otra. Y mucho ha de darse también á la condición particular de aquellos tiempos, en que el desorden de las pasiones extremas se confundía á veces con el patriotismo, y la petulancia con la libertad.

V. — Situación de Venezuela: la oposición del Congreso hace renunciar la vicepresidencia al débil Zea y nombrar para el cargo á Arizmendi.

Bolívar había exigido á Arizmendi un contingente de 500 margariteños. La isla sólo se prestaba á dar marinos; y Arizmendi, que pulsó lo arriesgado que era llevar á efecto un reclutamiento forzoso, lo hizo presente á Urdaneta con franqueza. Este era comisionado del gobierno para mandar aquella fuerza. Zea, á quien se dió conocimiento del asunto (ya el Libertador ausente), ordenó: que sin excusa se extrajesen los 500 hombres que se habían pedido. Hubo resistencia, y hubo también alborotos, motines y asonadas que se atribuyeron á los generales Gómez y Arizmendi. El primero pudo sincerarse; pero el segundo, contra el cual depusieron veintiocho oficiales, fué reducido á prisión, como promovedor de desórdenes y por desconocimiento de la autoridad; cuyo auto lo consultó el Dr. Andrés Narvarte.

Arizmendi fué, pues, remitido preso á Angostura.

Este hecho, grave por la influencia poderosa del hombre en quien se ejercía con carácter legal una violencia verdadera, no podía menos que producir fatales consecuencias. La ocasión no tardó en presentarse. Zea, como vicepresidente, no sólo mantenía preso al libertador de

Margarita, sino que también tenía altamente resentido á otro de los jefes de fama de la época: el general Santiago Mariño.

Al acto de vencer en Cantaura al enemigo, fué Mariño privado del mando del ejército de Oriente, so pretexto ó con motivo de ser llamado á ocupar su puesto en el Congreso. Tan inconsulto llamamiento fué causa de que se perdiera el fruto de la victoria y la combinación militar que era su secuela. Mariño pasó á Angostura y desde luego se hizo el centro de una poderosa oposición que se manifestó, como dejo dicho, en el recinto mismo del Congreso con calor inmoderado.

La extrema indulgencia ó, por decir mejor, la inexcusable apatía de Zea daba lugar á otros excesos. Exagerando los amigos y aparceros de Mariño y de Arizmendi los peligros de la patria, capitaneados por el diputado Domingo Alzuru (1), pidieron que se nombrase un vicepresidente *militar*, formularon cargos contra el general Bolívar y un miembro del Congreso llegó á decir: "Sea ó no cierta la derrota que se dice del general Bolívar (ya no quería darle el título de Libertador), acostumbrémonos á prescindir de él y salir de su tutela..."

En el Congreso había un partido que sostenía á Alzuru; y bien que lo combatiera con firmeza y habilidad el licenciado Diego Bautista Urbaneja, que desempeñaba la Secretaría del Interior é interinamente la de Guerra, no por eso dejó de avanzar hacia sus fines. Una turba armada rodeaba la barandilla y galerías del Congreso y amenazaba prepararse á las vías de hecho. Los gritos y desafueros se sufrían por momentos. *¡Abajo el vicepresidente!* era la voz que todos repetían.

Zea renunció su título y alta dignidad ante el Congreso (14 de Septiembre).

El mismo día el Congreso nombró, para suceder al Sr. Zea, al general en jefe Juan Bautista Arizmendi, que

(1) Baralt escribe *Alzazu;* pero es error. Era el licenciado Domingo Alzuru, que tenía asiento como diputado por Margarita.

fué conducido, en triunfo, desde la prisión hasta el palacio del Congreso, por los coroneles Julián Montes de Oca, Francisco Sánchez y otros jefes. La tropa, custodia del preso, se convirtió en guardia de honor del magistrado.

Arizmendi prestó el juramento como vicepresidente de la República encargado del Poder Ejecutivo, tomando posesión de su empleo en la misma noche del 14, y su primer acto fué nombrar á Mariño jefe del ejército de Oriente.

Partió luego Mariño, ufano de su nombramiento, á relevar á Urdaneta y Bermúdez del mando de sus respectivas divisiones.

Zea, "el Demóstenes, el sabio del Congreso", como le llamaba el Dr. Salazar, volvió á ocupar modestamente su asiento en la Asamblea, entre los mismos que le habían elegido vicepresidente y que después eligieron á Arizmendi, convencidos de su impopularidad ó inconveniencia.

¡Pasma la consideración y deja el ánimo sumergido en tristes reflexiones el recuerdo de lo que tuvo lugar en el Congreso de Angostura!... ¡Dejarse dominar de vanos temores y pueriles razones para anteponer en el gobierno de la República Arizmendi á Zea! ¿Era una acción la que iba á darse, por ventura, y en que más necesario pudiera ser el esfuerzo que la ciencia? Y para administrar ¿no es más á propósito el hombre instruído que el ignorante? ¿El sabio, que el varón fuerte? ¿Mejor el que sabe vencerse á si mismo que el que vence las ciudades? (1). Más aprovecharon á Agamenón, rey de los griegos, en el cerco de Troya, los consejos de Ulises, que las fuerzas de Aquiles (2), y el parecer prudente de Catón valió mucho para Roma en la guerra africana aun después de muerto aquél. No se pierden las repúblicas por mengua de capitanes atrevidos, amigos de guerra y señorío,

(1) Melior sapiens viro forti est; et qui dominabitur animo suo, expugnatore urbium. (Prov. c. 16.)

(2) Iliad. l. 2.

sino por falta de consejo y de madura reflexión; por falta de noticia en el gobierno, donde más ilustres cosas y durables se obran con el entendimiento que con las picas y el estruendo de las armas. Dióse entonces funesto ejemplo para lo futuro, posponiéndose las buenas letras y el alto ingenio y acordándose la preeminencia al sable y la arrogancia.

Y tan natural se hizo la propensión al absurdo y a la injusticia después de aquel lamentable, contagioso ejemplo de depravación, que el propio Sr. Urbaneja no tuvo escrúpulo en autorizar con su firma el decreto que expidió Arizmendi el 21 de Septiembre declarando: "que todos los cueros de ganado vacuno, cualesquiera que fuesen sus dueños, pertenecían al Estado, sin reserva ni excepción, y de los cuales él solo podía disponer", medida violenta y sobremanera injusta en sus términos y en la acepción que hacía de los contribuyentes, siendo así que los deberes del sostenimiento del Estado son comunes.

Por lo demás, Arizmendi gobernó con acierto y rectitud. No se puede entrar en el examen detallado de las medidas que dictó en beneficio de la guerra que se hacía á la España; pero bastará decir que los secretarios del despacho de Arizmendi fueron los mismos de Bolívar y de Zea. Días después de instalado en la curul del Poder Ejecutivo pasó á Maturín á organizar con su actividad de siempre las operaciones de la campaña, y parece increíble lo que conseguía aquel hombre de resolución y fortaleza.

La alegría de los revoltosos de Angostura se aguó en algún modo con el parte oficial que vino luego de la victoria de *Boyacá* y con el temor que concibieron del regreso inmediato del Libertador.

Roscio, presidente del Congreso, contestó satisfactoriamente á la nota del *general Bolívar*, ¡vencedor!, y el gobierno y las autoridades se felicitaron mutuamente por los brillantes sucesos obtenidos sobre los realistas en la Nueva Granada.

VI. — Contrariedades del Libertador en su marcha hacia Venezuela.

Tres graves accidentes vinieron á sorprender y martirizar el ánimo del Libertador cuando se hallaba de camino para Venezuela.

Fué el primero lo sucedido en Angostura y la deposición de Zea, ocurrencia que contrariaba sus grandes miras de unión de Venezuela y Nueva Granada formando una vasta y poderosa República.

Fué el segundo la muerte impensada del general Anzoátegui, el héroe que mostró tanto ardimiento en Boyacá y cuánto pueden el arte y la disciplina. ¿Quién había de decir á la patria en aquel día que pronto habría de llevar luto de madre por el joven que formaba sus delicias?

> ... En flor cortada
> fué presto su temprana vida—,
> cual árbol nuevo que al jardín adorna
> y el recio soplo de aquilón derriba!

La muerte prematura del valeroso Anzoátegui dejaba un vacío difícil de llenar. En la salina de Chita recibió el Libertador la fatal nueva (19 de Noviembre), y demostró el mayor sentimiento, *porque es difícil*—exclamaba—*reemplazar dignamente un jefe como Anzoátegui* (1).

(1) El general José Antonio Anzoátegui fué uno de los servidores de la patria más resueltos, más constantes y más llenos de moderación y de virtudes ejemplares. El Libertador le amaba, porque descubría en él, no sólo valor y sufrimiento (dotes que fueron comunes en aquella época), sino también una inteligencia viva y despejada, que es el complemento de todas las prendas. Anzoátegui nació en Barcelona, de familia respetable, el año 1789. Cuando estalló la revolución, joven de veintiún años, abrazó la carrera de las armas. En 1815 estuvo en la Nueva Granada con aquella división que condujo Urda-

Fué el tercer desagrado, en fin, la noticia del fusilamiento del general español Barreiro y treinta y ocho de sus oficiales que se custodiaban en Santa Fe como prisioneros de guerra.—Hízose la ejecución en la mañana del 11 de Octubre, juntamente con la de un paisano español, quien á la vista de los banquillos prorrumpió en expre-

---

reta, y fué á Cartagena, de donde emigró para Jamaica, y de aquí pasó á Haití. Reunióse con el Libertador en los Cayos, y fué uno de los de la expedición que vino á Margarita, Carúpano y Ocumare. Cuando Mac Gregor penetró en los llanos con la división que había sobrevivido al desastre de los Aguacates, Anzoátegui le acompañó, hallándose en todos los encuentros, unos más graves que otros, que tuvo aquella fuerza en su memorable recorrida. Mac Gregor se reunió á las tropas de Piar, de Monagas y otros, y Anzoátegui, que tenía aún inferior grado en la milicia, pasó á servir bajo las inmediatas órdenes de Piar. La orden general de 23 de Octubre de 1816 le dió á conocer como coronel efectivo, juntamente con Salom, Ambrosio Plaza, Miguel Borrás, Estanislao Ribas y Julián Montesdeoca; este ascenso lo ratificó el Libertador con expresiones lisonjeras. Anzoátegui se encontró en la gloriosa acción de San Félix, y su comportamiento fué tan bizarro en ese día que al siguiente (12 de Abril de 1817) fué dado á reconocer por general de brigada en unión de Pedro León Torres.—En ese acto Anzoátegui fué nombrado jefe de la brigada de honor, cuyo nombramiento le comunicó el secretario Pedro Briceño Méndez con palabras muy expresivas de justo y realzado elogio.—Anzoátegui hizo las campañas de los años sucesivos, distinguiéndose siempre por su modestia, por su ardimiento y por su cultura.—Falleció el 15 de Noviembre de 1819 casi súbitamente. Al sentarse á la mesa que él presidía se sintió malo, y rogó entonces al general Diego Ibarra que hiciese sus veces, porque él se retiraba. La enfermedad de aquel dignísimo jefe dió al traste con el placer de la comida, y los comensales se apresuraron á ofrecerle sus servicios. Todo fué inútil. Anzoátegui no existía. La patria esperaba de él grandes consuelos, y tuvo que resolverse á llorar con muy sentidas lágrimas su temprana irreparable muerte. Bolívar manifestó el mayor sentimiento, y el ejército granadino llevó luto por ocho días.

Una particularidad en la preciosa vida de Anzoátegui: ninguno le acusó de duro, de avaro, de sanguinario... Si en la guerra era animoso y resuelto, después de la victoria era manso y tratable, y las memorias del tiempo y la voz de la posteridad le titulan uno de los más egregios soldados de Colombia y ardiente amigo y sostenedor de nuestra independencia.

siones indiscretas contra el gobierno de la República. Todo lo dispuso el vicepresidente de Cundinamarca, general Santander. ¡Ruidoso acontecimiento que el Libertador sintió en el alma y que censuró amargamente: primero, por humanidad, y luego porque contrariaba la política que venía siguiendo el Libertador desde 1816 en que abolió la guerra á muerte. Este paso de fusilar prisioneros de guerra, sin fórmula de juicio, en una ciudad en paz, en la capital de la República, iba á ofrecer pésima idea de nosotros á las naciones del mundo, cuya opinión comenzaba á mostrarse favorable!

Baralt llamó *acto de crueldad inútil* y por ello *altamente criminal* la ejecución de Barreiro y de sus desgraciados compañeros. Restrepo la justifica. Santander mismo publicó un manifiesto para hacer conocer los motivos que le determinaron á tan violento proceder. Necesario es, para decidir con justicia en este caso, conocer el estado en que se hallaba el país y la exaltación de las pasiones... Las revoluciones tienen exigencias terribles que el imperio de las circunstancias pinta como justas. Barreiro acababa de fusilar treinta y cuatro prisioneros patriotas cogidos en la acción de Gámeza; los fusiló sin derecho y violando todo linaje de consideración humana; eran los más soldados y oficiales subalternos de Santander, jóvenes de educación, por cuya vida imploró un digno eclesiástico á quien Barreiro vió con desprecio, contestando arrogantemente: "Los paso por las armas, como pasaré á Bolívar si cayere en mis manos"...

¡La suerte quiso lo contrario!

Fué él quien cayó en las manos de Bolívar, que se condujo con generosidad. El general Santander, enconado y vindicativo, no supo olvidar.

¡Epoca de sangre y lágrimas! (1).

---

(1) Los fundamentos que el general Santander adujo para justificar tan fuerte providencia estaban consignados en un manifiesto que publicó. Después de pintar el estado crítico en que se hallaba el país y de anunciar que el virrey Sámano de ningún modo admitiría el canje

VII.—El Libertador se presenta en Angostura.—Arizmendi se apresura á renunciar su vicepresidencia.

Luego que el Libertador tuvo noticia de las ocurrencias de Angostura, precipitó su marcha hacia Venezuela. El 20 de Noviembre salió de la Salina de Chita, pasó la cordillera de los Andes, tocó en Casanare y penetró en los llanos de Apure. Allí inspeccionó el ejército de Páez

---

propuesto y que ni aun respondería á la carta de Bolívar, como, en efecto, sucedió, añadía: "En tal estado y en el de proveer á la seguridad de la República amenazada de una reacción, y sin que hubiese un lugar aislado y seguro donde relegar á los prisioneros, cuando los buenos ciudadanos estaban temerosos, una gran parte del pueblo, vacilante, los perversos acechando un momento favorable y todos con los ojos clavados sobre un Gobierno que acababa de renacer, ¿qué otro partido quedaba por adoptar que el de fusilarlos ó ponerlos en libertad con pasaporte para el cuartel general de Morillo ó para España? Yo no lo encontré entonces: todavía no me ocurre cuál hubiera debido ser. Darles pasaporte habría sido ponerlos de nuevo á nuestro frente para que siguiesen haciéndonos la guerra exterminadora que nos habían hecho; hubiera sido soltar tigres y panteras cebados en nuestra sangre para que volvieran á despedazarnos. En semejante extremo hubiera valido más no haber traído nuestras armas sobre la Nueva Granada. Antes, al menos, no era tan exaltado su encono contra los pueblos."

Por último se apoyó Santander, para justificar su conducta, en la guerra de exterminio que Morillo y Sámano habían hecho en la Nueva Granada, levantando patíbulos hasta en los ángulos más remotos de sus provincias; sangre derramada que pedía venganza. Recordó el hecho aún reciente de Barreiro, quien mandó ejecutar la muerte de treinta y cuatro prisioneros patriotas cogidos en la acción de Gámeza. "Fusilar—decía—treinta y ocho prisioneros tomados en una guerra regular y cual se usa entre pueblos cultos, hubiera sido un suceso no inaudito, pero sí escandaloso. Mas fusilarlos en una guerra irregular, en donde los enemigos no observan derecho alguno, en que violan

y salió para Angostura, adonde llegó en la mañana del 11 de Diciembre.

En el momento que se difundió la noticia de la llegada del Libertador, el pueblo corrió al puerto y le condujo en triunfo á la casa del comandante general, coronel Francisco Conde. Arizmendi se hallaba en Maturín, adonde había ido con el intento de reorganizar el ejército de Oriente y aumentarlo; y regresó á Angostura pocos días después de haber llegado el Libertador.

Bolívar se condujo con la mayor circunspección y cordura, no dándose por ofendido de la alevosía y ruindades de los suyos, ni dirigiendo reconvención alguna á Arizmendi, á sus amigos ni á los de Mariño. A Zea le habló privadamente, y á todos manifestó generosidad y con-

---

hasta las consideraciones debidas á la humanidad, en que no nos tratan como á hombres, sino como á bestias, es un acto de justicia y aun de necesidad. Si ellos nos degüellan cuando caemos en sus garras, ¿por qué no los podremos degollar nosotros si caen en nuestras manos?" *(Nota de Larrazábal.)*

Hasta aquí se conserva la nota de Larrazábal.

Ahora añadiremos á la presente edición las consideraciones pertinentes del historiador neogranadino Aníbal Galindo, compatriota de Santander y su partidario en política. «El general Santander—escribe Galindo—publicó para justificar la medida un largo manifiesto, desprovisto de todo valor civil, alegando razones tan especiosas como frívolas: los temores de conspiraciones realistas, alentadas ó apoyadas por estos jefes, y la carencia de tropas y prisiones donde custodiarlos con seguridad. Nada de eso era cierto... Pero si juzgando á los hombres por el promedio de las virtudes humanas, y concediendo al carácter sanguinario de la lucha y á las pasiones de la época toda la parte que en ella tuvieron, se explica y aun se justifica la ejecución de Barreiro y sus desgraciados compañeros de armas, las circunstancias indecorosas de que el general Santander hizo acompañar el acto; la vulgaridad de complacerse en presenciarlo, y el refinamiento de crueldad de haber salido después de su palacio, acompañado de gentes soeces, á cantar *Las emigradas* sobre los cadáveres de aquellos hombres tomados con las armas en la mano, en el campo del honor, merece la más severa reprobación de la posteridad.»

(Aníbal Galindo: *La batalla de Ayacucho; cap.* De Boyacá á Carabobo, á Maracaibo y á Puerto Cabello.) *(Nota de 1918.)*

fianza. Reservó sólo la censura para algunos amigos particulares que tanto debían á su liberalidad. Montes de Oca y Sánchez cargaron con su desprecio.

Quidquid delirant Reges, plectunctur Achivi.

(HORAT.)

Arizmendi regresó á Angostura, é inmediatamente dirigió al Congreso su renuncia. Honor le hacen los términos en que se halla concebido aquel documento. La abnegación, modestia y desconfianza que en ella manifiesta, aunque lugares comunes de semejantes papeles, no fueron en la ocasión falsas protestas, porque puede decirse que desde entonces puso en práctica el deseo expresado en su renuncia "de quedar reducido á la clase de simple ciudadano, para dedicarse á otras obligaciones no menos sagradas y preciosas á su corazón". El Congreso le contestó una nota muy honrosa (Diciembre 17). Díjole que reconocía el celo, actividad y desinterés manifestado en el desempeño de tan altas funciones; que el fruto de sus desvelos correspondía á la confianza en él depositada, y que la renuncia *era inadmisible*, por cuanto debían nombrarse altos funcionarios interinos, según la nueva ley fundamental que formaba la república de Colombia.

VIII.—El Libertador, ante el Congreso, propone la unión de Venezuela y Nueva Granada.

El 11 de Diciembre por la mañana llegó Bolívar á Angostura. El 11 no salió de la casa, recibiendo allí los cumplimientos de sus amigos. El 12 lo pasó retirado, si no enfermo, al menos sufriendo las fatigas de un viaje sin descanso. El 13, en virtud de un aviso oficial del

ministro del Interior al secretario del Congreso, anunciando que el Libertador, presidente de la República, pasaría *personalmente* á presentar á la asamblea nacional el homenaje de los triunfos obtenidos bajo su mando en la Nueva Granada y la expresión unánime de aquellos pueblos por su reunión política con los de Venezuela, se citó para una sesión extraordinaria á las doce del día siguiente; y como no había ceremonial previsto para la recepción del Libertador, el Congreso se ocupó, en la mañana del 14, de lo que en tal acto debía observarse.

Al medio día del 14, el Congreso estaba lleno, y el Presidente, que lo era á la sazón el Sr. Zea, nombró una comisión que, precedida de la música militar, fuese á felicitar á S. E. y le acompañase hasta el salón de las sesiones.

Tres cañonazos anunciaron la salida de Bolívar de su habitación, y al entrar en la plaza del Congreso fué saludado con veintiún cañonazos.

El Congreso en cuerpo salió á recibirle fuera de la barra, y el Presidente, por una demostración singular, le cedió el asiento preferente, y le dijo: "V. E. tiene la palabra. El Congreso espera y desea oirle."

Bolívar hizo un profundo acatamiento á la Asamblea y puesto de pie dijo:

Al entrar en este augusto recinto, mi primer sentimiento es de gratitud por el honor infinito que se ha dignado dispensarme el Congreso, permitiéndome volver á ocupar esta silla, que no ha un año cedí al Presidente de los representantes del pueblo.

Cuando, inmerecidamente y contra mis más fuertes sentimientos, fuí encargado del Poder Ejecutivo al principio de este año, representé al cuerpo soberano que mi profesión, mi carácter y mis talentos eran incompatibles con las funciones de magistrado; así, desprendido de estos deberes, dejé su cumplimiento al vicepresidente, y únicamente tomé sobre mí el encargo de dirigir la guerra. Marché luego al ejército de Occidente, á cuyo frente se hallaba el general Morillo con fuerzas superiores. Nada habría sido más aventurado que dar una batalla en circunstancias en que la capital de Caracas debía ser ocupada por

las tropas expedicionarias últimamente venidas de Europa, y en momentos en que esperábamos nuevos auxilios. El general Morillo, al aproximarse el invierno, abandonó las llanuras del Apure, y juzgué que más ventajas produciría á la República la libertad de la Nueva Granada, que completar la de Venezuela.

Sería demasiado prolijo detallar al Congreso los esfuerzos que tuvieron que hacer las tropas del ejército libertador para conseguir la empresa que nos propusimos. El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, la súbita mutación de clima, un triple ejército aguerrido y en posesión de las localidades más militares de la América meridional, y otros muchos obstáculos tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada.

Yo recomiendo á la soberanía nacional el mérito de estos grandes servicios por parte de mis esforzados compañeros de armas, que con una constancia sin ejemplo, padecieron privaciones mortales, y con un valor sin igual en los anales de Venezuela, vencieron y tomaron el ejército del Rey.

Pero no es sólo al ejército libertador al cual debemos las ventajas adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz cooperación reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas. El delirio que produce una pasión desenfrenada es menos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar su libertad.

Ese pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en las aras de la patria. ¡Ofrendas tanto más meritorias cuanto que son espontáneas! Sí, la unánime determinación de morir libres y de no vivir esclavos ha dado á la Nueva Granada un derecho á nuestra admiración y á nuestro respeto. Su anhelo por la reunión de sus provincias á las provincias de Venezuela es también unánime. Los granadinos están íntimamente penetrados de la inmensa ventaja que resulta á uno y otro pueblo de la creación de una nueva República, compuesta de estas dos naciones. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la garantía de la libertad de la América del Sur.

¡Legisladores! el tiempo de dar una base fija y eterna á nuestra República ha llegado.

A vuestra sabiduría pertenece decretar este grande acto social y establecer los principios del pacto sobre los cuales va á fundarse esta vasta República.

Proclamadla á la faz del mundo, y mis servicios quedarán recompensados.

El Libertador puso así á los pies de la Representación nacional los laureles con que lo había coronado la victoria, y le presentó las cadenas de más de dos millones de hombres rotas con su espada. ¡Brillante y memorable día!

IX.—El presidente del Congreso y el diputado Alzuru toman la palabra.

Por premio de sus trabajos el Libertador pidió la creación de Colombia. *Proclamadla á la faz del mundo*—dijo—*y mis servicios quedarán recompensados.*

Cuando el Libertador pronunció esta frase, se puso el Sr. Zea de pie, lleno de inspiración y patriotismo, y dijo:

No cabe, señores, en la imaginación lo que el héroe de Venezuela ha hecho desde que dejó instalado este augusto Congreso, y asombra la perspectiva inmensa de lo que ya no puede menos de hacer. La empresa sola de pasar los Andes con un ejército fatigado de tan larga y penosa campaña; esta empresa atrevida, en el rigor de la estación de las lluvias y de las tempestades, cuando torrentes impetuosos se precipitan de todas partes, cuando los ríos se convierten en mares, cuando desaparecen los valles bajo inmensos lagos, y no puede darse un paso sin peligro y sin horror, fluctuando siempre entre las aguas de la tierra y las que arroja el cielo; esta empresa sólo pareció tan extraordinaria que el enemigo llegó á mirarla como un *delirio militar.* Así es que, sobrecogido de un terror pánico, á la repentina aparición de nuestras tropas sobre las cumbres inhospitalarias de Paya, abandona una posición formidable en que un puñado de hombres pudiera detener fuerzas inmensas.

Vencida la naturaleza, ¿qué oposición no presenta todavía un ejército tres veces más numeroso, bien disciplinado, bien provisto, estacionado en aquella frontera y batiéndose siempre en posiciones ventajosas: Gámeza, Vargas, Bonza, Boyacá, bajo las órdenes de un general tan hábil como intrépido y experimentado? Pero todo cede al ímpetu rápido y terrible de los soldados de la independencia; apenas puede la victoria alcanzar al vencedor, y en menos de tres meses la principal y mayor parte de la Nueva Granada se halla libertada por esas mismas tropas, cuya completa destrucción daba el virrey de Santa Fe por segura é inevitable.

¿Y qué hombre sensible á lo sublime y grande, qué país capaz de apreciar los altos nombres, dejará de pagar á Bolívar el tributo de entusiasmo debido á tanta audacia y á tan extraordinarias proezas? Haber llevado el rayo de las armas y de la venganza de Venezuela desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico, haber enarbolado el estandarte de la libertad sobre los Andes del Oriente y del Occidente, haber arrebatado en su rápida carrera doce provincias á la *inquisición* y á la *tiranía*, haber hecho resonar desde las ardientes llanuras de Casanare hasta las cimas heladas de los montes del Ecuador, en una extensión de cuarenta mil leguas cuadradas, el grito heroico de LIBERTAD ó MUERTE, que, cada vez, repiten los pueblos con nueva energía y más intrépida resolución; tantos prodigios obrados por la salud del mundo interesado en la independencia de América, ¿no serán admirados? Y el Genio á quien se deben ¿no obtendrá el premio que ambiciona? ¿Qué? ¿No logrará él la unión de los pueblos que ha libertado y sigue libertando...?

La importancia en política es proporcionada á las masas, como la atracción en la naturaleza. Si Quito, Santa Fe y Venezuela se reúnen en una sola República, ¿quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondiente á tan inmensa masa...? Quiera el cielo bendecir esta unión, cuya consolidación es el objeto de todos mis desvelos y el voto más ardiente de mi corazón.

El Libertador contestó al discurso de Zea atribuyendo la gloria de la redención de la Nueva Granada al valor y denuedo de las tropas, al entusiasmo sublime de los pueblos, y á la habilidad y heroísmo de los jefes, entre los cuales distinguió al coronel inglés Rook y al general de

división Anzoátegui, tributando á su memoria los elogios más brillantes y más encarecidos. Hizo también honorífica y respetuosa conmemoración del ilustrado patriotismo del clero secular y regular de la Nueva Granada, altamente persuadido de que la independencia de la América extendería el imperio de la religión y le daría nuevo realce y esplendor.

Cuando el Libertador acabó de hablar, el diputado Alzuru pidió la palabra... aquel mismo Alzuru que pedía se prescindiese de Bolívar, cuando Bolívar estaba ausente.

¡Qué laberinto tejido de errores y engaños, de cautelas, vilezas y contradicciones es el hombre!

Como no se han copiado otros discursos de Alzuru contra el Libertador, tampoco parece bien copiar este que terminó así: "¡Legisladores! Estad ciertos que por mucho que hagamos para manifestar nuestra gratitud á nuestro amigo y conciudadano Simón Bolívar, jamás podremos recompensar dignamente á un héroe que nos ha dado patria, vida y libertad."

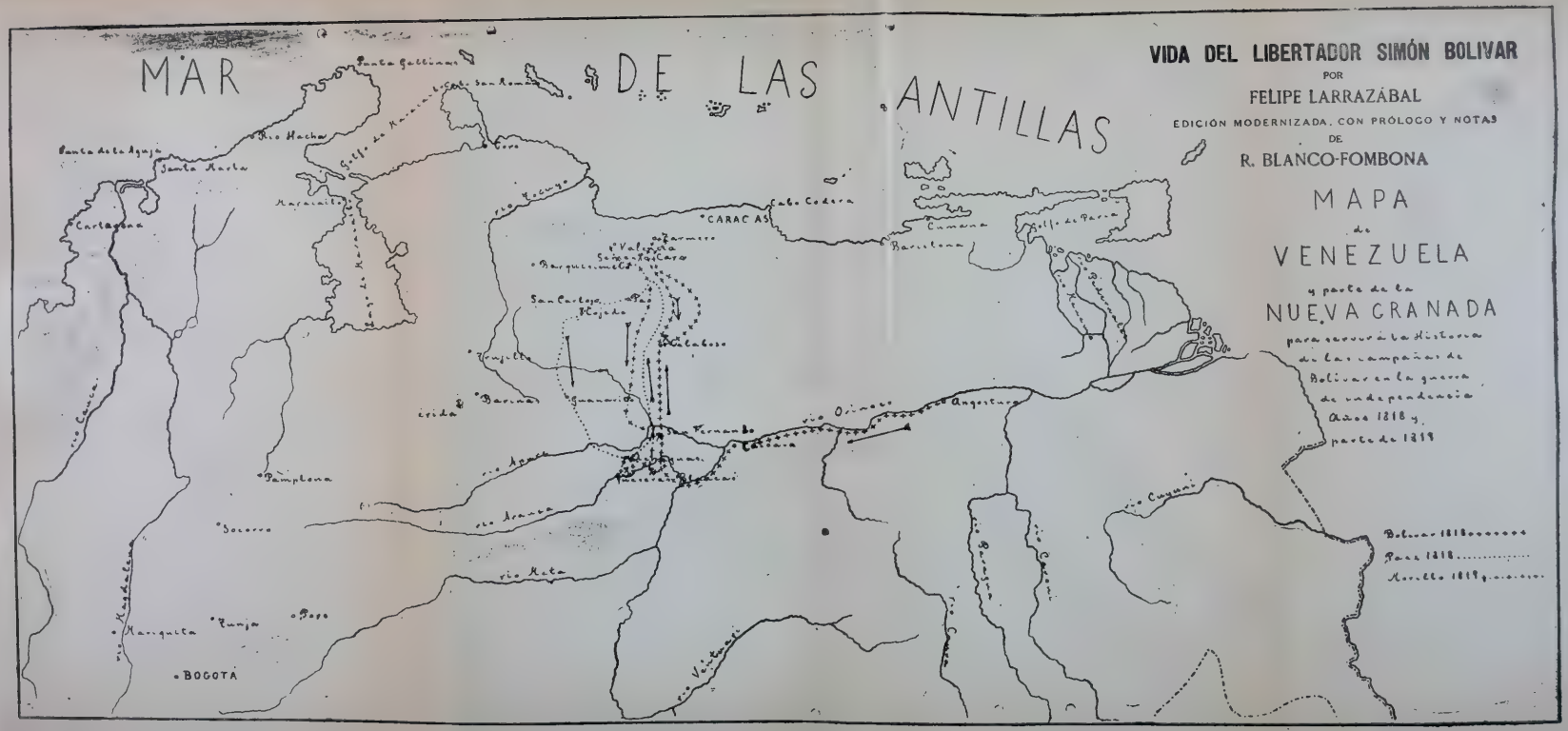
Levantóse entonces Bolívar y haciendo acatamiento al Congreso se retiró, recibiendo de vuelta á su habitación los mismos honores que á su venida. El concurso de extranjeros y nacionales de distinción era grande. Casi todo el Congreso en cuerpo acompañó al Libertador.

X.—Don Mariano Montilla.

Poco después de llegar á la casa el Libertador Presidente, se presentó el cuerpo militar, en gran uniforme, á felicitarlo.

Esta forma ceremoniosa y de ordenanza dió lugar á un suceso tan inesperado como plausible.

El coronel Mariano Montilla, de quien no sabemos nada desde 1815, en los Cayos, donde se mostró tan contrario


VIDA DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLIVAR
POR
FELIPE LARRAZÁBAL
EDICIÓN MODERNIZADA, CON PRÓLOGO Y NOTAS
DE
R. BLANCO-FOMBONA
MAPA
de
VENEZUELA
y parte de la
NUEVA GRANADA
para servir á la Historia
de las campañas de
Bolívar en la guerra
de independencia
Años 1818 y
parte de 1819
MAR DE LAS ANTILLAS
Punta Gallinas
Cabo San Román
Punta de la Aguja
Santa Marta
Río Hacha
Golfo de Maracaibo
Cartagena
Maracaibo
Coro
Cabo Codera
CARACAS
Cumaná
Barcelona
Golfo de Paria
Valencia
San Carlos
Barquisimeto
San Carlos
Pajaro
Calabozo
Zaraguata
Barinas
Guanare
Trinidad
Angostura
Pamplona
Socorro
Tunja
Boyacá
Honda
Mariquita
BOGOTÁ
Bolívar 1818
Paez 1818
Arellano 1819

al Libertador, había vuelto de su voluntario ostracismo á Margarita y se incorporó á la división que organizaba Urdaneta, en calidad de jefe de Estado Mayor, en el cual destino le confirmó el Libertador con el ascenso á coronel vivo y efectivo. Montilla vino luego á Angostura llamado por su hermano el general de brigada Tomás Montilla, diputado al Congreso por Cumaná. En aquellas novedades peligrosas de que atrás se ha hablado, en medio de tanta ruindad y de tan sórdidos manejos, Montilla se comportó con patriotismo y cordura, desvaneciendo la idea de que entre el Libertador y él pudiera haber enemistad personal.

Aun se hallaba en Angostura, el 11 de Diciembre, cuando regresó Bolívar de la Nueva Granada con el propósito de constituir á Colombia, y fué, entre los militares que en cuerpo le felicitaron, el 14, después de la memorable sesión del Congreso, sin permitirse ninguna insinuación de su parte, guardando las leyes del decoro y dignidad. El Libertador divisó á Montilla, á quien no veía hacía tiempo, airoso siempre y simpático; y como tan acostumbrado á sentir y comprender las acciones delicadas, hijas del deber y de la fina educación, apreció aquel rasgo de su antiguo amigo y compañero, alejado un momento, por opiniones, en asuntos y tiempos ya pretéritos.

Al despedirse el numeroso cuerpo militar, Bolívar instó á Montilla á que permaneciese un rato más. Apenas solos, separándose el Libertador de toda etiqueta social, expresó á su amigo sus sentimientos con demostraciones de la más cordial y positiva confianza; Montilla correspondió lleno de satisfacción... y en estrecho y largo abrazo quedó allí renovada aquella amistad de la infancia, cimentada por relaciones de familia, por una idéntica posición social y de fortuna, por opiniones políticas, por sacrificios y esperanzas. "Nunca tuvo más imperio la voz de Bolívar—refería Montilla—que en aquel instante de nuestra entrevista; era irresistible, y él mismo, haciéndome derramar dulces lágrimas, las derramaba también."

Allí mismo, las manos aún apretadas, Bolívar, cuya vivacidad era superior á toda ponderación, habló á Montilla de ir á libertar á Cartagena, donde estaba Sámano y se habían concentrado las fuerzas españolas. "Munificente fué el Libertador en esta ocasión—dice el biógrafo de Montilla—, manifestando de aquel modo todo lo que puede el sentimiento en un corazón de héroe."

Él revistió á su amigo de facultades omnímodas (orden de 14 de Diciembre de 1819), puso á sus órdenes la legión irlandesa que el general D'Evereux había traído á Margarita y mandó que los empleados y jefes á quienes Montilla se dirigiera, obedeciesen sus órdenes, como emanadas de su propia autoridad.

"De resto—le añadió—, yo haré marchar por el interior, hacia el Magdalena, fuerzas que obrarán en combinación y auxiliarán en mucho la importante comisión de que usted va encargado."

XI.—El Congreso decreta la unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito, bajo la forma de República, con el nombre de Colombia.

En los días siguientes, el Libertador se ocupó de varios actos de mera administración. El Congreso, por su parte, examinó maduramente y por tres veces las razones del informe de la comisión nombrada para informar respecto á la unión de Venezuela y Nueva Granada y el proyecto de ley que creaba á Colombia, y en la mañana del 17 lo aprobó *unánimemente*, emplazándose para firmar la ley en sesión extraordinaria el mismo día.

Llegada la hora, el presidente del Congreso abrió la sesión, felicitando al Cuerpo por aquel grande acto de sabiduría que hará su memoria eterna, como era inmenso

el Estado cuyos fundamentos acababa de poner. Él mismo leyó la ley, y luego la firmó. Firmaron después los diputados, y poniéndose en pie el Sr. Zea, dijo en voz alta: "La República de Colombia queda constituída".

Luego se procedió á la elección de presidente de Colombia, y unánimemente fué electo el general Simón Bolívar.

Nadie podía dudar de esta elección, y sin embargo, fué recibida con entusiasmo.

Para vicepresidente fué electo el ciudadano Francisco Antonio Zea, por catorce votos, por uno que obtuvo el general Rafael Urdaneta, otro el Dr. José Manuel Restrepo y otro el general de división Francisco de Paula Santander.

Para la Vicepresidencia de Cundinamarca fué electo el general Santander, y para la de Venezuela, el Dr. Juan Germán Roscio.

Por lo que hace á la de Quito, se determinó que en aquella capital se elegiría cuando entrasen las armas libertadoras.

Una comisión presidida por el licenciado Ramón García Cádiz se encargó de presentar el Libertador la ley fundamental, y anunciarle la elección que en su persona se había hecho para la primera magistratura de Colombia. La Comisión cumplió su encargo é informó que el Libertador presidente había recibido la ley con demostraciones de la más viva satisfacción; que había discurrido larga y elocuentemente sobre su transcendental importancia, y que deseoso de contribuir al bien de Colombia, aceptaba con placer la presidencia de la República.

Una nueva y clara luz amanecía sobre el hemisferio de Colón después de tanta obscuridad y tinieblas...

Dolce color d'oriental zaffiro

. . . . . .

Agli occhi miei riccominció diletto
Tosto ch'io uscí fuor dell'aura morta
Che m'avea contristati gli occhi e'l petto.

¡Era Colombia que, bella y poderosa, tomaba su puesto entre las naciones del mundo y con mano firme alzaba sus pendones...! ¡Atrás quedaban diez años de calamidades, de sangre, de horrores y de muerte; atrás quedaba el recuerdo de la opresión, y aun parecía ya remoto el 5 de Julio de 1811...! ¡Tantas y tan grandes cosas llenaban el espacio que separaban los días iniciales de la independencia y Boyacá! Despedazada la patria por tiranos, agotada por el sufrimiento, renacía bajo los triunfos de Bolívar.

¡Colombia...! aquella gran República que el Libertador había como profetizado, desde 1815, en Jamaica, se mostraba al mundo, y su anuncio hizo más eco que el que hubiera hecho el descubrimiento de un gran planeta en los espacios celestiales. Aquel acto de política que unió tantos pueblos en una sola nacionalidad, se realizó en las vastas selvas del Orinoco. Y quedaron consagrados diez años de combates y de sangre; diez años de victorias, de derrotas, de abnegación y de virtudes; diez años de magnánimos sacrificios, de inclemencias, de lágrimas, de anales resplandecientes, de desastres inmensos, de grandeza, de esperanzas. Colombia aparecía con una de las más hermosas historias que sea posible ofrecer á la civilización, presentando á la Europa su independencia, su amistad, su poder militar, sus numerosos puertos en los dos océanos que la bañan; sus bálsamos, aromas, resinas, tintes los más brillantes, frutos los más útiles y los más apreciados; sus metales y piedras preciosas, sus topacios y rubíes, sus nácares y perlas; sus aves tan varia y vistosamente vestidas, desde el cóndor que habita las cumbres del Chimborazo hasta el colibrí de oro y de esmeralda; y una generación de héroes. Sentada sobre la porción del globo más pródiga y magnífica, Colombia atrajo la vista de todos los pueblos desde el instante en que se mostró en la constelación americana.

Era la obra, principalmente, de Bolívar, que llenaba un mundo con sus beneficios y ambos con su nombre.

CAPITULO XXXI

1820

I.—Política española.

¡Nuevas y peregrinas escenas tuvieron lugar en 1820! ¡Mudanzas, treguas, vicisitudes!—Morillo, vencido hasta en su orgullo, vese obligado á titular al padre y fundador de Colombia *excelentísimo señor presidente de la República, general Simón Bolívar...!*

Era esto en cierto modo reconocer nuestra independencia en nombre de España, cuyo gobierno le daba poderes para tratar *con el presidente de Colombia.*

Cuando el Libertador, triunfante en Bonza, Vargas y Boyacá, se preparaba á enviar las nuevas de sus hechos al gobierno y á sus amigos de Angostura, recibieron los españoles aviso oficial de estar alistados en Cádiz, isla de San Fernando y otros lugares, con destino á América, 20.200 hombres de infantería, 2.800 de caballería y 1.370 de artillería con un parque abundante, en el cual se contaban 94 piezas de campaña y de batir de diferente calibre.

El anuncio de la expedición llenó de júbilo á los realistas.

Seis fragatas, diez corbetas, bergantines, goletas y treinta cañoneras debían dar la vela conduciendo y escoltando á aquella expedición.

Cuando Fernando de Borbón entró en España, después

de la prisión de Valencey, gobernó como *Señor absoluto*. Nada ó muy poco había aprendido en su infortunio. Por un decreto disolvió la Regencia y las Cortes; por otro anuló todos los actos liberales (que él llamaba con rudeza *bribonadas)*, y ordenó el arresto de los principales diputados. La Inquisición fué restablecida, y descubrióse de claro en claro que todo el propósito del soberano era infamar y oprimir á los grandes caracteres del país. Volvieron los jesuítas con mucho influjo á la Península; y reconciliados con los dominicos, como el rey quería, pudo ya agruparse toda la milicia monacal al pie del trono. Los sufrimientos de Argüelles, de Calatrava, de Martínez de la Rosa y de otros amigos de la Constitución española, presos en los presidios de Africa, pesaban dolorosamente sobre todos los corazones generosos. La conducta de aquel infame rey no había podido ahogar ni las ideas ni los sentimientos liberales. De aquí las revueltas militares de Porlier (cuñado de Toreno), al cual ahorcó el rey; de Mina, que fué fusilado en Mallorca; del coronel Vida, que murió malamente en Valencia; de aquí los excesos de la indignación más justa, aunque no bien maliciosa, porque le faltó aviso para esperar el momento y elegir el lugar; de aquí, en fin, las sociedades secretas...

A las manolas de Madrid se les pagaba porque gritaran cuando el rey pasaba: *déspota te queremos;* pero los hombres sensatos y el pueblo en general apetecían otra cosa muy diversa:—seguridad, ley, respeto, franquicias.

Morillo mandaba en Venezuela el ejército más brillante que jamás se ha visto en estos países; y, sin embargo, pedía con encarecimiento, y hasta con importunidad, reemplazos para ese ejército: hombres con quienes vencer á Bolívar, *alma indomable á la que bastaba un triunfo, el más pequeño, para adueñarse de quinientas leguas de territorio.— Bolívar es el jefe de más recursos*—escribía Morillo al rey—*y no hallo cómo ponderar su actividad... Mucha fuerza se necesita para vencer á estos rebeldes, que*

no desmayan con ninguna derrota y que están resueltos á morir antes que á someterse (1).

Fernando VII resolvió formar un ejército que viniese en parte á robustecer el de Morillo; y como muchos regimientos y gran número de oficiales fuesen sospechosos en el ánimo del monarca, quien los juzgaba contaminados con las ideas de *liberalismo,* halló propicia ocasión para alejarlos de España y descargarse de ellos.

Urgía, por otra parte, desbaratar con un golpe de autoridad los proyectos que fomentaba el ministro de Relaciones Exteriores de Francia, barón de Renneval, el cual aspiraba á coronar como rey de Buenos Aires al príncipe D. Carlos Luis de Borbón, duque de Luca, y casarlo con una princesa de Braganza; idea ésta que tuvo asentimiento en el Congreso de Aquisgrán y la aceptaban también muchas personas influyentes de las provincias del Plata. D. José Valentín Gómez, enviado por Pueyrredón como representante de la República cerca del Gabinete de las Tullerías, era, según se decía, autor de semejante idea en asocio con eminencias oficiales y figuras políticas de Buenos Aires.

La expedición, pues, que reforzaba á Morillo y aliviaba al trono del peso de descontentos y de enemigos internos, era al propio tiempo un obstáculo grave al proyecto de M. de Renneval. Así, teniendo tres fases seductoras, se fomentó con ahinco, y llegó á formarse y equiparse sin que el rey hiciera alto en los crueles sacrificios que costaba.

Tenía el mando de esa fuerte expedición (cuyos detalles atrás quedan referidos) el irlandés D. Enrique O'Donnell, conde de l'Abisbal, jefe que se había hecho ilustre en la Península durante la guerra contra los franceses; pero O'Donnell era el alma de una conspiración

---

(1) Véase la correspondencia oficial de Morillo con el Gobierno español, en ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA: *El teniente general don Pablo Morillo...* volúmenes II, III y IV. *(Nota de 1918.)*

militar que tendía á revivir, y si fuera dable, aclimatar las libertades constitucionales en España.

El rey lo ignoraba.

A fines de Julio de 1819 ciertas palabras vertidas con indiscreción, y de que se hizo cargo el espionaje, dieron con D. Antonio Quiroga, San Miguel, Arco-Agüero y otros comprometidos en la cárcel.

Éstos eran amigos y copartidarios de O'Donnell, que comenzó á ser sospechoso desde entonces.

El celo se redobló.

A poco el conde de Calderón reemplazó al conde de l'Abisbal.

Reinaba á la sazón en Cádiz la fiebre amarilla, cebándose cruelmente en los expedicionarios; y retardaba día por día la salida de la expedición. El ejército en tanto se hallaba pagado y provisto de todo. La España se agotaba por un último esfuerzo contra la América. Su población mermaba; su tesoro se destruía; pero el gobierno llevaba adelante su propósito de reconquistar los dominios ultramarinos. Fernando quería repetir desde sus galerías del palacio de Aranjuez: *¡El sol no se pone en mis Estados!* (1).

Veía el ejército en esta época con desagrado el hecho de venir á América para hacer la guerra á los defensores

---

(1) Según la exposición del señor ministro de la Guerra á las Cortes ordinarias, se habían enviado á la América, desde 1815, *cuarenta y dos mil ciento sesenta y siete hombres de todas armas.* Después se mandaron algunos centenares más... Antes de 1815, esto es, desde el principio de la revolución hasta la vuelta del rey á Valencey, se enviaron más soldados de los que fueron después. Así, podemos calcular, sobre poco más ó menos, que se arrancaron de España y se enviaron al otro mundo 100.000 españoles, que no estaban de sobra en éste. ¿Y qué han dado de sí esos 100.000 españoles?: 30.000 viudas por lo menos, 50.000 huérfanos y muy cerca de 80.000 muertos. Este producto sólo es para España; pues por lo que toca á la América, el cálculo más moderado nos da *medio millón de víctimas inmoladas á la libertad...*

El señor ministro del Despacho de Ultramar ha manifestado á las

de la libertad. Los oficiales hablaban de la expedición con arranques de despecho, teniéndola como una sentencia de extrañamiento; otros amargaban ellos mismos su sociedad y sus placeres con el présago de la muerte en climas lejanos y apartados de sus objetos más queridos por defender lo que tan profundamente odiaban: el *absolutismo*. Así el plan de la expedición estaba socavado, y los medios que el rey había conseguido organizar y encaminar á la reconquista de su poder en América, no tenían subsistencia. La opinión los había minado.

Mandaba el batallón Asturias (de los de la expedición) D. Rafael Riego, oficial, joven aún, como de treinta y cinco años, que había recibido una excelente educación y cultivado las ideas de libertad, de la que hablaba á sus amigos y compañeros con talento y seductora persuasión. Era D. Rafael de los conspiradores, esto es, de los que se oponían al proyecto de la expedición; y antes que venir á América á esclavizar hombres libres pensaba en despertar la España y dar allí libertad á los oprimidos. El destino empujaba á Riego en el camino del heroísmo. Un instante de vértigo más tarde le condujo al cadalso, víctima de los serviles y de la Santa Alianza...

El 1.° de Enero de 1820, á las ocho de la mañana, se dió el grito de insurrección en las Cabezas de San Juan, donde estaba acantonado el batallón Asturias. Hizo lo mis-

---

Cortes que sólo en preparar la última expedición (que no se verificó gracias á Riego) se consumieron 400 millones de reales; y con este dato podemos deducir que si 20.000 hombres que no llegaron á salir gastaron 400 millones, 100.000 hombres que salieron deben haber consumido, por lo menos, 2.000 millones... ¡y todo esto para barrernos con la escoba de la destrucción! *(Carta de un americano á un diputado á las Cortes extraordinarias de España,* impresa en Londres el 10 de Agosto de 1821.)

Estos cálculos se dejan como opinión, en aquellos días, de un caballero que no tenía por qué ser de exactitud histórica. En sólo la Gran Colombia perecieron medio millón de americanos. En Méjico, aunque se terminó la guerra temprano, hubo mucha pérdida. También la hubo en los pueblos del Sur, aunque en menor escala. *(Nota de 1918.)*

mo el batallón Sevilla, que estaba en Villamartín, movido por D. Antonio Muñoz, su segundo comandante, amigo de Riego. Ambos cuerpos se dirigieron por distintas vías contra el cuartel general, que estaba en Arcos. Llegó primero Riego, y con feliz audacia sorprendió al general en jefe Calleja, conde de Calderón (1), y á los generales Tournaz, Salvador y Blanco. En seguida fué puesto á la cabeza de la revolución el coronel D. Antonio Quiroga, quien estableció su cuartel general en la isla de León.

El grito de Riego en las Cabezas de San Juan: "Constitución y libertad", fué á poco la voz y el sentimiento unánime de España. Para el 7 de Marzo (sesenta y cinco días después de aquella primer voz lanzada en un extremo de la Península) el rey Fernando, arrastrado por la creciente de los sucesos, había convocado á Cortes.

La revolución había triunfado.

Y fué esto, sin duda, un gran provecho para nosotros; que si la expedición de l'Abisbal no hubiera logrado dominar jamás las vastísimas regiones de Sur-América, habría prolongado la lucha al menos y hecho verter torrentes de sangre americana y española.

La Providence est grande, et j'admire en effet
Comme le bien succède à tout le mal qu'on fait.

(F. D'EGLANTINE.)

II.—Carta de Bolívar sobre la política española.

La noticia de los acontecimientos de Cádiz vino á La Guaira por el bergantín mercante *Rápido*, que llegó pro-

(1) Este es el mismo despiadado que tantas lágrimas costó al pueblo de Méjico. *(Nota de 1918.)*

cedente de aquel puerto el 20 de Marzo, á las seis de la tarde. Difundióse luego la nueva de la insurrección de las tropas destinadas á la América, y el 22 de dicho mes se publicó en la *Gaceta de Caracas* que *había habido un tumulto sin importancia de la soldadesca acantonada en Arcos de la Frontera...*

Así consideraba Morillo aquel suceso, aunque había recibido por Jamaica y Maracaibo detalles circunstanciados de lo ocurrido en las Cabezas de San Juan. Nada dijo del restablecimiento de la Constitución ni del juramento de Fernando, aunque la proclama del rey se pasaba de mano en mano.

Cuando el Libertador tuvo noticia de estos sucesos escribió á su amigo D. Guillermo White, que residía en Trinidad: "De los negocios de España estoy muy contento, porque nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga. Nos mandaban 10.000 enemigos, y ellos, por una filantropía muy natural, no quisieron hacer la *guerra á muerte*, sino la *guerra á vida*, pues bien sabían que por allá podían salvarse, y por acá, no. ¡Qué dicha, no venir y quedarse 10.000 hombres que eran enemigos y son ya los mejores amigos!!!!! ¡Golpe de fortuna local Aunque triunfe Fernando ya no puede mandar otra expedición, sabiendo los expedicionarios cómo se han de quedar. Además, mucho debe haberse reprobado, aun por los serviles mismos, el empeño de mandar á América ejércitos forzados. La opinión de las tropas se habrá ilustrado infinito por la seducción de los liberales. La Francia misma, quiero decir sus Borbones, habrán temblado por la revolución de España, y condenado la conducta de Fernando en esta parte que tanto los compromete á ellos mismos. Digo otro tanto de la Inglaterra, que tiene razones más eficaces: ella teme la revolución de Europa y desea la revolución de América; una le da cuidados infinitos y la otra le proporciona recursos inagotables. La América del Norte, siguiendo su conducta aritmética de negocios, aprovechará la ocasión de hacerse de las Flo-

ridas (1), de nuestra amistad y de un gran dominio de comercio. Es una verdadera conspiración de la España, de la Europa y de la América contra Fernando. Él la merece; mas ya no es glorioso pertenecer á una liga tan formidable contra un imbécil tirano. Yo, que siempre he sido su enemigo, veo ya con desdén combatir contra un partido arruinado y expirante. Fué sin duda muy digna de alabanza nuestra resistencia cuando era singular; ahora puede tenerse como alevosa. ¡Tanto confío en nuestros medios y sucesos! ¡Y en los buenos servicios que nos ha hecho siempre y nos hará nuestro mejor amigo: White!"

Esta carta tiene fecha 1.° de Mayo, en San Cristóbal. El Libertador supo allí, aunque tarde, el fin de la expedición aprestada contra la América. Internado en los Andes, en las provincias granadinas y venezolanas de la Cordillera, sin otro canal de comunicación que el Orinoco, no recibía avisos que debieran ser oportunos.

III.—El Libertador va á Bogotá.—En Bogotá se proclama la alianza de Nueva Granada y Venezuela, bajo la denominación de Colombia.

Bolívar había salido de Angostura el 24 de Diciembre del año anterior. Doce días permaneció en aquella antigua capital de Colombia que hoy lleva su nombre; y doce días le bastaron para la multitud de cosas que hizo de tan provechosa consecuencia.

En el mes de Enero de 1820 atravesó la provincia de

(1) No parece sino que el Libertador leía con vista clara en el porvenir. Los Estados Unidos se hicieron de las Floridas algunos meses después. La orden de Fernando VII dirigida al capitán general de Cuba, mandando entregar aquel territorio, tiene fecha 24 de Octubre de 1820.

Apure hacia Guasdualito; pasó revista al ejército de Apure y comunicó al general Páez instrucciones especiales; dispuso que se aumentara la división que iba de Venezuela á las órdenes del general Manuel Valdés, la cual debía obrar en Cundinamarca (1). Luego, atravesando la montaña de San Camilo, partió Bolívar para Cúcuta, adonde llegó el 8 de Febrero; revistó el ejército del Norte situado en aquellos famosos valles y en los pueblos inmediatos á la provincia de Mérida, y con su actividad de siempre, actividad asombrosa que hace olvidar la de César, marchó en seguida para Bogotá.

El primordial objeto que el Libertador llevaba á la Nueva Granada era mandar publicar y ejecutar la ley fundamental de la unión con Venezuela. Habíase publicado en Angostura con gran solemnidad el día siguiente de la partida de Bolívar, y en Bogotá la hizo publicar Santander el 12 de Febrero.

Santander dice al Libertador participándole aquel suceso: "Por mí, como jefe de este vasto Departamento y como uno de los individuos del ejército libertador que tantas veces V. E. ha conducido á la gloria, en nombre de todas las corporaciones y en el de estos virtuosos pueblos que tanto deben á los esfuerzos de V. E., le doy la más justa y sincera enhorabuena. Es V. E. solo el autor de tanto bien y el solo instrumento de nuestra prosperidad. En ninguna ocasión como en esta, merece V. E. tan justamente el nombre glorioso de PADRE DE LA REPÚBLICA. V. E. la ha libertado de sus tiranos, la ha defendido, la ha conservado, la ha reunido y la presentará también libre, independiente y constituída á la vista del Universo. Colombia es la hija única del inmortal Bolívar...!"

---

(1) Nació el general Manuel Valdés en Venezuela en 1785. Mereció que el Libertador lo elevara á general de división en el campo de victoria de Bomboná. Murió en Angostura en 1845. Asistió á diez y ocho batallas campales y á innúmeros combates. Fué uno de los divisionarios más distinguidos de la antigua Colombia, y condujo las primeras tropas de Bolívar á tierra del Perú. *(Nota de 1918.)*

El Libertador se hallaba en el Socorro (25 de Febrero) cuando recibió la nueva que le comunicaba el vicepresidente Santander. Transportado de gozo le dirigió en el acto una hermosa carta (1).

IV.—El Congreso de Angostura.

En tanto, el Congreso de Angostura, que había continuado sus trabajos con asiduidad, cerró sus sesiones el 19 de Enero, á los once meses de haberlas comenzado. El Sr. Zea, que era el presidente, leyó un largo "manifiesto", producción bellísima de su despejado y fecundo entendimiento, en la cual pintaba con brillantes rasgos los beneficios de la unión. Por un decreto declaró el Congreso que el general Simón Bolívar quedaba condecorado con el título de LIBERTADOR, que debía usar en todas oportunidades, anteponiéndolo al de PRESIDENTE, y considerarlo "como una propiedad de gloria en cualquier destino". Mandó también que el retrato del héroe se colocara bajo el solio del Congreso, con la inscripción en letras de oro: BOLÍVAR, LIBERTADOR DE COLOMBIA, PADRE DE LA PATRIA, TERROR DEL DESPOTISMO. Aprobó la Orden de los Libertadores de Cundinamarca; expidió leyes orgánicas para el gobierno de la República; concedió un indulto general para casi todos los delitos, en celebridad del grande y fausto acontecimiento de la vida de Colombia; acordó el reglamento para las elecciones de los diputados al Congreso general, etc., etc...

Los trabajos del Congreso de Angostura fueron, en general, provechosos. La justicia exige reconocer que aquellos dignos patriotas, novicios forzosamente en la ciencia de la legislación, procuraron, sin embargo, des-

(1) Se hallará en la colección.

arrollar los elementos de la verdadera justicia, fortaleciendo los intereses legítimos, elevando los espíritus, enseñando á todos los ciudadanos á gozar de la libertad democrática sin pasar al desenfreno y colocándoles entre el temor de la ley y la necesidad imperiosa de practicar las virtudes civiles para alcanzar positiva estabilidad y progresos durables y fecundos. Pudieron errar, y errarían sin duda, en muchas cosas. El error es nuestro lote. Mas ellos nos enseñaron cuanto supieron.

V. — El fundador de Colombia habla á los colombianos.—Los Hermanos de San Francisco honran al Libertador.

El Libertador, en camino para Bogotá, se detuvo en la parroquia de Serinza (27 de Febrero), conferenciando con el gobernador de Tunja, que había salido á su encuentro y dando instrucciones al coronel Salom, que iba destinado al ejército del Sur en la Nueva Granada.

El 1.° de Marzo llegó á Tunja, de donde salió al amanecer del 3, y pasando por Guatavita, Venta-Quemada, Hato-Viejo, Chocontá y Sesquile, donde pernoctó, hizo su entrada en Bogotá, á las doce del día 4, en medio de las aclamaciones más entusiastas. Inmediatamente el Libertador habló á los colombianos. Les decía—por su proclama del 8 de Marzo—que la República de Colombia, proclamada por el Congreso con el beneplácito de los pueblos libres de Venezuela y Cundinamarca, sellaba la independencia del país; que las potencias extranjeras reconocerían pronto la nueva República, viéndola próspera, grande, guerrera y constituída sobre sólidas bases de riqueza y de orden. España misma reconocerá que los colombianos son dignos de gozar de la libertad. El día de la paz se anuncia. Y haciendo creer á políticos y pue-

blos que aquella nueva nación—obra casi exclusiva de Bolívar—era la obra de ellos, les decía: "*Ya vuestros votos se han cumplido.*" Agregaba, no obstante: "*La intención de mi vida ha sido una: la formación libre é independiente de Colombia entre dos pueblos hermanos. Lo he alcanzado. ¡Viva el Dios de Colombia!*"

Uno de los obsequios que se tributaron al Libertador en Bogotá fué un acto literario público. Bolívar se excusó de asistir. Mas, al otro día, dirigió al Padre Lector Fray Francisco Javier Florido la carta siguiente:

Reverendísimo Padre:

El acto literario que V. P. y el Rdo. Padre Fr. Francisco Medina se han dignado dedicarme, es á la vez el testimonio más glorioso de la esclarecida virtud y patriotismo de los sagrados alumnos de San Fraucisco y la prueba más evidente de la ceguedad de las pasiones impetuosas que inspira una gratitud sin límites, y una exorbitante bondad. Sí, Reverendísimo Padre: el sentimiento sublime que V. P. abriga en su pecho de lo grande, de lo heroico, de lo perfecto, le ha hecho mirar en mí, al través de los prestigios más lisonjeros, un hombre tal cual V. P. ha concebido el modelo, ó quizá ha reconocido en sí mismo la imagen de ese magnífico modelo.

V. P., prodigándome sus inagotables encomios, me ha colmado de méritos que no he contraído, de servicios imposibles para mí y de virtudes que no poseo. Así, V. P. ha hollado las débiles honras á que podía esperar; y lejos de ensalzar mi ambición, la ha humillado, presentándome como no puedo ser y haciéndome sufrir el contraste terrible de lo que realmente soy. Si V. P., menos profuso, me hubiera ofrecido un objeto que yo fuese capaz de alcanzar, podía agradecer como lección los honores que se me han tributado; pero, Reverendo Padre, V. P. me ha querido elevar tanto, que me ha reducido á la imposibilidad de seguir el arrogante vuelo de su genio.

Los temas del certamen de que V. P. y su digno consocio han sido los defensores, son, en mi dictamen, los más acreedores á ser colocados en la cátedra de la verdad, bajo los santos auspicios de la filantropía y de la religión. Atletas de los títulos imprescriptibles del hombre y de Colombia, VV. PP. han abierto

un nuevo camino de gloria á los verdaderos apóstoles de la verdad y de la luz; y asociando VV. PP. el saber de la Religión á los sencillos preceptos de la naturaleza, han dado mayor realce á la túnica y á las sandalias del seráfico: á esa orden que fué siempre la primera en santidad monástica y ahora en santidad política. No; jamás las bendiciones del cielo han podido derramarse á la tierra por un canal más puro que el del ministerio de nuestros maestros, de nuestros pastores, de nuestros oráculos. La augusta verdad no puede ofrecerse á los hombres bajo formas más majestuosas, sino cubiertas con el manto celestial y resplandeciente con los rayos de la Sabiduría eterna. VV. PP., semejantes á los Profetas, á los Apóstoles, á los Mártires, anuncian los bienes futuros, enseñan la sana doctrina y se preparan á un sacrificio glorioso.

¡Qué más dignamente ha podido llenar su carrera un justo!

Acepten VV. PP. los testimonios más sinceros de mi gratitud cordial, de mi alta consideración y de mi profundo respeto,

Simón Bolívar.

IV.—Motín de irlandeses.

El Libertador se detuvo apenas diez y ocho días en Bogotá y marchó luego para el ejército del Norte (22 de Marzo) (1).

Durante su residencia en Bogotá, acordó con San-

(1) Restrepo dice el 24, pero sin duda es un error.—El itinerario del Libertador fué el siguiente:

El 22 de Marzo salió de Santa Fe de Bogotá.

El 23 estaba en Zipaquirá, repasando las salinas.

El 24 pasó por Enemocon y llegó á Chocontá.

El 25 estaba en Tunja, donde permaneció hasta el 27.

El 28 llegó á Sogamoso.

El 29, á Santa Rosa, donde se quedó despachando algunas cosas interesantes hasta el 31 que durmió en Serinza.

El 1.º de Abril estaba en Zátiba; el 2, en Asuata; el 3, en Capitanejo; el 4, en el Cerrito; el 5, en Enciso; el 6, en Pamplona; el 7, en Chinácota; el 8, en San José de Cúcuta; el 9, en el Rosario, y el 10, en San Cristóbal.

tander las medidas más convenientes para activar la guerra en el Sur y en las márgenes del Magdalena; erigió la nueva provincia del Cauca, y despachó al bravo general Valdés, que había llegado con su división del Oriente de Venezuela, para Neiva, donde debía asegurar la libertad de las provincias del Sur de Nueva Granada y preparar la independencia de las del Ecuador y el Perú.

El Libertador aguardaba con ansia los resultados de las operaciones que había encomendado á Córdova sobre Mompox... Recuérdese que antes de dejar á Angostura, mandó aprestar la expedición que el general Montilla había de conducir al Río del Hacha y Cartagena; y en ese mismo tiempo ordenó al joven José María Córdova, oficial lleno de audacia y ardimiento, que bajara por el Cauca y procurara poner en insurrección las llanuras del Corozal y la ciudad de Mompox.

Córdova era el hombre más adecuado para esta empresa: antioqueño, extensamente relacionado en el país, tan activo como intrépido, tenía muchos caminos para llenar con éxito los deseos del Libertador. Sin embargo, nada pudo hacer entonces, porque habiendo sufrido una caída del caballo, quedó como loco, y en ese triste estado se mantuvo por algún tiempo, perdidos para la causa común su celo, su actividad y patriotismo. Por fortuna, el Libertador, que nada descuidaba y *cuyo ojo previsor é incansable celo revolucionario se extendía por todos los ángulos de Colombia* (como confiesa el historiador español D. Mariano Torrente), conociendo la importancia de ayudar á Montilla en sus operaciones sobre Río del Hacha y Santa Marta, despachó de San Cristóbal al coronel Francisco Carmona con fuerzas para libertar á Ocaña; al coronel Hermógenes Maza lo destinó á Mompox para batir las fuerzas sutiles enemigas que obraban en sus inmediaciones, y á los coroneles Jacinto Lara y José María Carreño, al mando cada cual de una columna, les ordenó marchar, por diversas vías, á reunirse con Córdova y seguir hasta Santa Marta buscando á toda costa la comunicación con Mon-

tilla. El plan era la libertad de las provincias litorales de la Nueva Granada, cuya permanencia bajo el dominio español causaba á los pueblos graves daños por la falta de puertos para el comercio exterior; á la vez que este suceso facilitaría también la libertad de Maracaibo, acontecimiento que Bolívar anhelaba.

Montilla había verificado su desembarco el 13 de Marzo en Río del Hacha y ocupado aquel punto sin resistencia. Marchó luego hacia el valle Dupar, donde tampoco halló oposición considerable; mas, como supiese que de Maracaibo y Santa Marta se destinaban fuerzas á batirlo, replegó á Río del Hacha, siendo su intento poner la división en mejor estado de resistir y de vencer.

Allí tuvo en sus tropas las novedades más alarmantes.

Componíase la expedición de mil á mil trescientos hombres de infantería y tropa de marina: setecientos de la legión irlandesa que había traído el general D'Evereux, y el resto de criollos y extranjeros de otras naciones. Cuando los irlandeses vieron próximo el combate por haberse acercado las tropas realistas que venían contra Montilla, se sublevaron pidiendo sus pagas atrasadas y el enganche con que habían sido reclutados en Dublín.

La situación del coronel Montilla se hizo con esto angustiada y peligrosa: el enemigo al frente, escaso de armas y de hombres, y los irlandeses en insubordinación criminal la más completa. Apuró aquel jefe los recursos de su persuasión (que no eran pocos), para reducir á sus deberes á los irlandeses amotinados. Dióles zapatos y vestuarios, y les prometió lo que pedían en momentos menos premiosos. Era necesario haber conocido el talento y la seducción de Montilla para medir la pertinacia y el rudo empeño de los irlandeses, que se mantuvieron firmes en el motín, abusando villanamente del estado crítico del jefe. Este no consintió en el saqueo de Santa Marta propuesto en transacción por los sublevados, y con una pequeña fuerza dió cara gallardamente á los realistas, logrando derrotarlos y dispersarlos. Ni quisieron los mer-

cenarios prestarse aun á perseguir al enemigo, y Montilla volvió al Río del Hacha para disponer el reembarco de aquella columna irlandesa que tan vilmente se condujera.

Cuando el Libertador tuvo conocimiento de la sublevación de los irlandeses y de su reembarco para Jamaica, escribió al coronel Montilla: *"Nada he extrañado de lo que usted me dice de la legión irlandesa. Todo lo temía de esos verdugos que, si no les pagan, no matan, y que son como aquellas cortesanas que no se rinden sino después del cohecho. Así, he visto con placer la separación de esos viles mercenarios; y, por el contrario, vería con horror que deshonrasen aún nuestras filas, después de los excesos cometidos en Río del Hacha."*

Separados los legionarios, y en la imposibilidad de continuar Montilla en aquella rada abierta, falto de víveres y de medios para obtenerlos, se decidió á invadir á Cartagena y seguir haciendo la guerra á los españoles en aquellas costas hasta conseguir la proyectada comunicación con el Libertador.

V.—Después de haber hecho desaparecer al virrey de Nueva Granada, Bolívar se dispone á caer sobre el conde de Cartagena y los 14.700 soldados con que domina gran parte de Venezuela.—Aniversario del 19 de Abril.

Morillo, en tanto, que había fijado su cuartel general en Valencia, tenía fijos los ojos en Bolívar para ver lo que emprendiera. El *Pacificador* estaba como atónito después de los magnos sucesos cumplidos en la Nueva Granada y Angostura. Bolívar, por su parte, pensaba destruirlo, y para ello había venido á Cúcuta á tomar el mando del ejército en persona.

Esperando Morillo los nuevos refuerzos de la metrópoli para asegurar mejor sus operaciones (gracias á Riego estos refuerzos no vinieron), situaba convenientemente las divisiones de su ejército para que en un momento dado se prestasen mutuo auxilio. Latorre estaba en Mérida con 1.400 hombres en observación del Libertador; Morales en Calabozo con 2.300, cubriendo los llanos de esta parte del Apure; el brigadier Real con 1.600 hombres estaba en Barinas en comunicación con Morales y Latorre; Morillo se hallaba en Valencia con la flor del ejército: 2.500 hombres que se extendían desde aquella ciudad hacia el Pao y San Carlos. Además, 1.300 hombres guarnecían á Cumaná; 1.600 defendían á Barcelona, y como 4.000 de diferentes cuerpos francos cruzaban la extensión de Maracaibo á Caracas.

Catorce mil setecientos soldados veteranos dirigidos por el mismo Morillo defendían á Venezuela, que era de todas las provincias americanas la que más cuidado daba á los realistas y en la que tuvieron siempre más y mejores tropas. Además de las fuerzas indicadas, 2.000 hombres, á las órdenes de Sámano, ocupaban las costas granadinas, apoyados en la plaza fuerte de Cartagena y en muchos puntos de los ríos Cauca y Magdalena, que dominaban sus escuadras; 3.000 hombres de la división de Calzada y de las fuerzas de Pasto obedecían al mariscal de campo don Melchor Aymerich, capitán general de Quito... Así, en toda la extensión que separa á Coro y Maturín de Cuenca y de Tumbez, tenían los españoles un ejército considerable, fuertes posiciones, provincias enteras llenas de recursos, plazas fuertes, costas, dinero, escuadras...! (1). Nece-

(1) En la campaña de 1820 contaban los españoles, en el perímetro de Colombia, 19.700 hombres en armas, sin mencionar tropas de marina, en las cuales, y en buques, eran superiores á los colombianos; entre sus buques contaban algunos tan buenos como la fragata de guerra *La Prueba*, de 52 cañones, que llegaba del Sur ocasionalmente á reforzar la escuadra realista del Pacífico colombiano. En el Atlántico tenían las corbetas *Céres, Diana, Descubierta, Morillo* (goleta de guerra) y muchos otros buques por el estilo, apoyándose en plazas

sario era que el nombre de Bolívar les inspirase un sentimiento de inseguridad, cuando con tales elementos nada se atrevían á hacer, sino que pedían más tropas á la Península. El virrey Sámano lo llamaba el *cobarde*, el *tímido*, el *más miserable de los hombres*; pero allá en el fondo de su alma todos reconocían que era un nuevo Aquiles de vigor incontrastable.

Por su parte Bolívar juzgaba inevitable la destrucción de Morillo, á pesar de sus buenas y numerosas tropas. "En este año—escribía el Libertador á un amigo—doy á ustedes libre toda Colombia, si una burla de la suerte no hace fallar mis empresas.—Dos ejércitos tengo ofensivos: el primero marcha á Quito; el segundo está invadiendo á la vez las provincias de Cartagena, Santa Marta y Maracaibo. En este invierno logramos la posesión de estas provincias, y en el verano envuelvo á Morillo. Si éste me busca, me encuentra y lo destruyo; y si me espera, es inevitable su ruina" (1).

Hallábase el Libertador en San Cristóbal, desde la tarde del 10 de Abril.—El 19 aun permanecía allí tomando disposiciones para asegurar los resultados de esos dos ejércitos, que en direcciones opuestas tenían el encargo de extender los dominios de la libertad...

El 19 de Abril de 1820 no debía pasar sin recuerdos, y como desdeñado, cuando ya constituída Colombia comenzaban las épocas monumentales, los fastos de solemnidad y de gloria nacional...! Desde San Cristóbal, Bolívar

fuertes como Cartagena y Puerto Cabello. Ese propio año 1820 arribó de España á Venezuela, aunque con carácter pacífico, pero conduciendo muchas municiones de guerra, una división naval compuesta de las fragatas *Viva* y *Ligera*, la corbeta *Aretusa*, los bergantines *Hiena* y *Hércules* y cuatro trasportes.—Bolívar sólo tenía en 1820 en Venezuela, para oponerse á los 14.700 realistas que la defendían para Fernando de Borbón, 6.000 soldados. Y los parques republicanos estaban vacíos. En cuanto á escuadra, ese año, baste con decir que la escuadrilla al mando de Brión, que sitiaba á Cartagena, tenía que huir á la aproximación de la corbeta *Céres*. *(R. B.-F.)*

(1) Véase la carta de 26 de Marzo de 1820.

saludó aquel fausto día que fué el preludio venezolano de la independencia de Hispano-América, y su saludo robusteció la esperanza de un porvenir más venturoso. El Libertador, que estuvo desde temprano rodeado de sus amigos, conversó en la mañana de ese día con una felicidad de ideas y de expresión admirables.

De repente, volviéndose al teniente coronel José Gabriel Pérez, qne era uno de los que le oían de más cerca, y á quien amaba mucho el Libertador, "escriba usted—le dijo—y haga que se publique en el acto lo que voy á dictarle."

Á los soldados del Ejército Libertador!

Diez años de libertad se solemnizan este día. Diez años consagrados á los combates, á los sacrificios heroicos, á una muerte gloriosa...!! Pero diez años que han librado del oprobio, del infortunio, de las cadenas, á la mitad del mundo.

Soldados! El género humano gemía por la ruina de su más bella porción: era *esclava* y ya es *libre*. El mundo desconocía al pueblo americano; vosotros lo habéis sacado del silencio, del olvido, de la muerte, de la nada. Cuando antes era el ludibrio de los tiranos, lo habéis hecho admirar por vuestras hazañas y lo habéis consagrado á la inmortalidad por vuestra gloria.

Soldados! El 19 de Abril nació Colombia: desde entonces contáis diez años de vida.

Cuartel general Libertador en San Cristóbal, á 19 de Abril de 1820, 10.°

Simón Bolívar.

Es ésta la proclama que conmemora el 19 de Abril, y la que difundió el gozo en las filas del ejército.—La seguridad que sentía el Libertador de llevar á buen término la colosal empresa de independizar la América del Sur, le infundía elevado y heroico espíritu, siendo ese el secreto de su palabra mágica, de su ardimiento y de su constancia invencible.

VI.—Morillo, á regaña dientes, jura y hace jurar, en las provincias venezolanas que gobernaba, la Constitución española.

Ocho días antes de la memorable fecha que acaba de citarse (11 de Abril) se expidieron en Madrid para el general Morillo las circulares del Ministerio, en las cuales, de orden de S. M., se prevenía al jefe expedicionario publicase y jurase la Constitución, restableciendo la paz en Venezuela y Nueva Granada por medio de una reconciliación fraternal. Habíase limitado Morillo hasta entonces á contestar las notas oficiales en que se le instruía del triunfo de la revolución en España, del restablecimiento del sistema constitucional y del juramento del Rey, asegurando al gobierno "que le era grato ver restablecida la constitución española promulgada en 1812"; pero, desentendiéndose siempre de proclamar ese mismo sistema liberal en Venezuela, hacía continuar el país sometido á su opresión. Acaso creía que las circunstancias no le obligaran á variar de rumbo.

Muchos impresos de La Coruña recibidos en Caracas, y la gaceta oficial de Puerto Rico en que constaba que así en aquella isla como en la de Cuba se había prestado obediencia á la Constitución, dieron valor al Ayuntamiento de Caracas para presentarse al capitán general interino, D. Ramón Correa, pidiéndole que fuese publicada la Constitución de la monarquía del mismo modo que en las otras colonias se había hecho. No se opuso Correa á esta solicitud; mas, considerando el asunto de consecuencia, resolvió consultar con el general Morillo. Dos comisionados de influencia marcharon para Valencia á hablar con el *Pacificador*. A la verdad, éste difería proclamar el nuevo sistema que

en España había, temeroso de contribuir él mismo á desautorizarse en Venezuela. Luchaba en mil contrariedades su amor propio; pero, al fin, vino á Caracas y proclamó solemnemente el código político de la monarquía española. Morillo se consideró desde aquel momento privado de las facultades absolutas que le había conferido el Rey absoluto; y fué ésta una feliz circunstancia para Bolívar y los demás jefes que hacían la guerra por la independencia de la patria.

Como una de las circulares mandaba que fuesen puestos desde luego en libertad y que volviesen á sus domicilios los presos y expulsos por delitos políticos, Morillo cumplió la orden del Rey, y en una proclama que dirigió á los perseguidos, llamándoles para que gozasen de la gracia que se les concedía: "Vosotros—dijo—estéis donde estuviereis y sean cualesquiera vuestras opiniones, acciones y circunstancias, podéis venir á vuestras casas á gozar de la tranquilidad de vuestros hogares y de las ventajas del gobierno representativo que acaba de jurar la Nación y que nos hace libres como debemos serlo...! Cuánto costarían estas palabras á Morillo (observa Restrepo), á Morillo, que fusiló en la Nueva Granada y en Venezuela á tantos y tan ilustres patriotas, *porque quisieron ser libres!...*

VII.—El Gobierno español inicia negociaciones de paz con los patriotas.

Instaba el ministerio español porque se abriesen negociaciones con los disidentes (ya no éramos "sediciosos", "rebeldes", "bandidos") y porque se terminase una guerra desastrosa que arruinaba á ambas Españas, como se decía entonces (1). El conde de Cartagena, general

(1) Instrucciones á las autoridades civiles y militares de las provincias ultramarinas, etc.

Morillo, recibió el encargo de presidir la comisión de negociaciones que se abrieran con los caudillos de la libertad colombiana. Tal encargo era debido á su carácter y á la representación que ejercía; sin embargo, no le fué muy grata. "Están locos en Madrid—manifestaba—, no saben lo que mandan: no conocen el país, ni los hechos ni las circunstancias. Quieren que yo me abata á tratar con los que he combatido; que pase por la humillación de llamar amigos á los sediciosos y hermanos á los que he herido en lo más vivo como enemigos y como rebeldes... Así se perderá todo. Yo obedeceré; pero no hay que contar más con sujetar estas provincias."

Morillo estableció en Caracas una Junta con el título de *Pacificadora*, en cuyo seno estaba, haciendo de secretario con voto, el caraqueño José Domingo Díaz, el más tenaz é insolente enemigo de los patriotas. Dicha Junta debía ocuparse de las negociaciones con los disidentes, y fueron sus primeros trabajos dirigir comunicaciones á los generales Páez, Bermúdez, Monagas, Zaraza, Rojas, Cedeño, Montes, Montilla y al gobernador de la isla de Margarita, diciéndoles (Morillo hablaba como presidente de la "Junta pacificadora") que estando autorizado para tratar particularmente con los gobiernos y jefes disidentes, mientras sus comisionados cerca del Congreso de Angostura y de Su Excelencia el presidente de la República desempeñaban aquel encargo, daba órdenes á los comandantes de las tropas y fuerzas navales de su mando, para suspender hostilidades por un mes, contándolo desde el día en que se recibiera la comunicación.

Morillo nombró al brigadier D. Tomás Cires y al superintendente de Hacienda pública D. José Domingo Duarte comisionados para hacer proposiciones al Congreso de Angostura, y á D. Juan Rodríguez del Toro y D. Francisco González de Linares, para que pasasen á Cúcuta á tratar con el Libertador, que se hallaba en aquellos valles.

Toro se enfermó en el camino y fué reemplazado por el coronel D. José María Herrera.

VIII.—El Libertador prevé la actitud que, con respecto á América, asumirá el Gobierno de España, después de la revolución liberal.—Ideas del Libertador sobre la paz con España.

Bolívar no tuvo necesidad que el jefe español le informase de la disposición del ministerio liberal de la Península, ni que le dijese que el rey había jurado, mal su grado, la Constitución, mudado ya el aspecto de las cosas en la metrópoli. Una correspondencia que interceptó el coronel Carmona en Chiriguaná, le impuso de todo, y anticipándose á lo que debía tener lugar, con aquella luz clarísima que le conducía á descubrir lo ignorado y revelar lo futuro, escribió desde el Rosario de Cúcuta al general Carlos Soublette, diciéndole:

Junio 19 de 1820.

Mi querido general y amigo:

Ayer he recibido una comunicación muy interesante interceptada por el coronel Carmona en Chiriguaná, fechada en Cartagena el 20 de Mayo, por la cual hemos sabido noticias positivas de la España hasta el mes de Abril. Fernando VII, el 7 de Marzo, ha jurado la Constitución por un decreto, forzado por la voluntad del pueblo y á instancias del general Ballesteros. Parece que la revolución era general en la Península y que el rey estaba en la última extremidad cuando juró la Constitución. Su situación, pues, es violentísima, y tendrá que complacer al pueblo y al ejército, que desean la paz por salir de los sacrificios y de la muerte. Aun los liberales mismos tendrán que halagar al ejército con la paz, porque la cuestión no es otra que la venida á América, y el modo de calmar hasta la sospecha de este mal es concluir la guerra, en lo que parece pronunciada ya toda la Península.

Por otra parte, no habiendo podido subyugarnos la España con sus expediciones, ahora lo alcanzará menos sin ellas; no teniendo otro interés que el del comercio exclusivo en América, y teniendo nosotros innumerables corsarios que se multiplicarán en razón inversa de nuestras desventajas militares, ó, mejor diré, que se aumentarán cuanto menos territorio tengamos,—su comercio, por consiguiente, se anula.

Siendo el interés de los liberales la propagación de los principios, contra los cuales encontrarán en España y en toda Europa muchos contrarios, es indispensable que las Cortes se decidan en nuestro favor; tanto porque ya no se trata de una simple cuestión de economía política, sino de una preponderancia interior, como porque habiendo en América gobiernos libres, ellas encontrarán siempre entre nosotros puntos de apoyo y aun medios para combatir á los serviles, pues la afinidad de principios produce siempre la atracción recíproca en materia política. Los serviles, además, y sobre todo Fernando, tienen necesidad de hacer la paz para acallar al ejército, que no tiene otro clamor, ni puede ser lisonjeado de otro modo; porque los hombres no se contentan con que les curen el mal de que padecen, sino que desean acabar con el mal mismo, por la aprensión que imprime y la amenaza que deja de volver á afligir. Así, las tropas españolas no estarán satisfechas mientras no hayan visto cesar las hostilidades con nosotros; sabiendo, por experiencia, que todos los géneros de sistemas que han regido en España las han enviado á América. Si alguna cosa retarda nuestras negociaciones con España, no será, ciertamente, ni su voluntad, ni los embarazos que se opongan á esta consecución.

Yo pienso que solamente los inminentes peligros que ambos partidos van á correr, y la ocupación urgente de sus intereses inmediatos, no más, los harán descuidar momentáneamente esta medida.

Por lo mismo, es de nuestro deber proporcionar á los enemigos los medios y las ocasiones de tratar con nosotros. Estos medios pueden ser iniciados por nuestros enviados en Londres y en los Estados Unidos directamente con los enviados españoles é indirectamente con los otros enviados extranjeros que más interés muestren por nuestra causa. Estos mismos pasos admiten infinidad de modificaciones, más ó menos eficaces, más ó menos directas, por vías públicas ó privadas, por la imprenta, por la conver-

sación, por los amigos y aun por los enemigos. Jamás será degradante ofrecer la paz bajo los principios consignados en la «Declaratoria de la República de Venezuela» (1), que debe ser la base de toda negociación: primero, porque así está ordenado como ley de la República, y segundo, porque así lo prescriben la naturaleza y la salvación de Colombia.

Ofrecer así la paz á los españoles es pedirles la corona del triunfo, pues no siendo otro el objeto de la contienda, obtenerlo es vencer.

A los españoles, que están altamente convencidos de su impotencia con respecto á nosotros,y que sufren en la guerra cuantas calamidades pueden afligirlos; á los españoles, digo, concederles la paz es decretarles un triunfo, no menos importante y no menos deseable.—Ellos están en el caso del rico de Platón: tienen todo que perder y nada que adquirir, y nosotros, no teniendo nada que perder, aspiramos á cuanto ellos poseen. La lucha no nos ha dejado más que la vida, y ésta es de ningún precio para hombres desesperados.

Esta cuestión, bien desenvuelta, es inmensa, y presenta todas las consideraciones que pueden halagar á nuestros contrarios y á nosotros mismos. Por tanto, nosotros no debemos ofrecer más que la paz en recompensa de la independencia. Ésta, para nosotros, nos trae todas las bendiciones del cielo, y aquélla, para los españoles, es una fuente de inmensas prosperidades futuras.

He aquí mis ideas, las que deseo que usted, el vicepresidente de Colombia y el secretario de Estado mediten profundamente y las empleen en la ocasión, sin esperarla, sino buscándola y proporcionándola de todos modos, porque los momentos presentes tienen un valor infinito, y no sólo Séneca debe saber apreciar el mérito del tiempo.

Si, por accidente, se supiere ó se recibieren noticias de alguna negociación diplomática, que se pongan alas al correo y se le ofrezcan premios exorbitantes para que, volando, me lleguen oportunamente.

Deseo que nada se haga sin mi conocimiento en esta materia. Nada es más fácil que dilatar las cosas, ofrecer mi llegada por instantes y esperarme. Hace mucho al caso el personal en toda

---

(1) Véase la Declaratoria de 20 de Noviembre de 1818, pág. 157.

materia, y muy particularmente en las diplomáticas. En los negocios pacíficos, como en los militares, es muy importante el ser veterano.

Los correos me matan con sus dilaciones. Al fin tendré que mandar pagar los postas españoles, pues que nos sirven mejor que los de Colombia. Hace más de dos meses que han llegado fusiles á Angostura, y todavía no lo sé de oficio, y estoy esperándolos por momentos de Guasdualito, ¡si es que han sabido hacer esto siquiera! ¡Qué bello gobierno para la posma! Mi desesperación en esta parte sólo compite con mi indignación por esos señores. Hágame usted el favor de decírselos así.

Por la secretaría de Guerra sabrá usted nuestro estado militar, que es tan brillante como puede desearse, aunque sin victorias decisivas aún.

El ejército tiene todo: víveres, dinero, salud y mucho espíritu. ¡No nos falta más que diez mil fusiles!... Mándelos usted en revancha de tan buenas noticias. No se deje usted poseer del aire endémico que corre en Angostura; y en caso que sea necesario adoptar algún extremo, más bien que sea el del furor y no el del imperio de la apatía, que es el que ha reinado ahí hasta ahora soberanamente. ¡Y después querrán gobernar...' ¡¡Y después intrigarán...!! ¡¡¡Y después mandarán...!!! ¡¡¡¡Y después harán morir como á Milcíades á los *Libertadores de la Patria!!!!*...

Adiós, mi querido general.

Soy de usted de corazón,

Bolívar.

Hacía poco que el general Soublette se hallaba en Angostura, previsto por el Libertador para la vicepresidencia de Venezuela. Zea, que había sido nombrado vicepresidente de Colombia, estaba en Londres con permiso del Congreso, y el Dr. Juan Germán Roscio fué elegido para sucederle. Con tal motivo, vacante la vicepresidencia de Venezuela, el Libertador no vaciló un instante en el nombramiento de Soublette, llamado por sus talentos, por su consagración al trabajo y por su patriotismo, á hacer muchos bienes en la elevada situación en que se le colocaba.

La interesante carta de Bolívar que acaba de leerse fijó, por decirlo así, la respuesta que dió el Congreso á los comisionados de Morillo.—Aquel cuerpo, como ya sabemos, había suspendido sus sesiones desde Enero; pero fué convocado extraordinariamente para considerar el oficio en que el jefe español anunciaba el envío de sus comisionados Cires y Duarte.—Estos subieron el Orinoco hasta la Vieja Guayana, y allí tuvieron la respuesta del Congreso, que suscribió Fernando Peñalver como presidente, á saber: *Que el soberano Congreso de Colombia oiría con gusto todas las proposiciones del gobierno español, siempre que tuvieran por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia, y que no admitiría las que se separasen de este principio muchas veces proclamado por el gobierno y pueblos de la República.*

IX.—Proposiciones de los comisionados de España y respuesta de los representantes de la República.

Al amanecer del 6 de Julio recibió el Libertador en la villa del Rosario la circular de Morillo y una carta del general Latorre que remitió Urdaneta desde San Cristóbal, donde quedó el ayudante de Estado Mayor general D. José María Herrera, conductor de dichos pliegos. El oficio de Latorre estaba concebido en los términos más finos, concluyendo por decir al Libertador que "él no dudaba le proporcionaría la satisfacción de abrazarle un día como su más verdadero y caro hermano". El Libertador contestó á los generales Latorre y Morillo en los términos siguientes:

Cuartel General Libertador en San Cristóbal,
á 7 de Julio de 1820.

Señor general:

Acepto con la mayor satisfacción, *para el ejército estacionado aquí*, el armisticio que á nombre del general en jefe del ejército español me propone V. S. por un mes de término, contado desde el día de ayer.

Siento que los señores comisionados del gobierno español se hayan dirigido por grandes rodeos en busca de mi Cuartel General; pero V. S. podrá muy bien indicarles la ruta que deben seguir en el caso de venir á tratar con el gobierno de Colombia de paz y amistad, reconociendo á esta República como un Estado independiente, libre y soberano. Si el objeto de la misión de esos señores es otro que el del reconocimiento de la República de Colombia, V. S. se servirá significarles de mi parte que *mi intención es no recibirlos y ni aun oir ninguna otra proposición que no tenga por base este principio.*

Espero que V. S. me dará su respuesta categórica sobre la continuación ó no continuación del armisticio en el término de ocho días, pasados los cuales, las hostilidades quedarán abiertas.

Bolívar.

Cuartel General Libertador en el Rosario,
á 23 de Julio de 1820.

Excelentísimo señor:

Tengo el honor de acusar la recepción del despacho que V. E. se ha servido dirigirme con fecha 22 de Junio desde su Cuartel General de Valencia.

La República de Colombia se congratula de ver rayar el día en que la libertad extiende su mano de bendición sobre la desgraciada España, y de ver á su misma antigua metrópoli seguirla en la senda de la razón.

Resuelto el pueblo de Colombia, ha más de diez años, á consagrar hasta el último de sus miembros á la única causa digna del sacrificio de la paz: á la causa de la patria oprimida; y con-

fiado en la santidad de su resolución expresada con la mayor solemnidad el 20 de Noviembre de 1818, de combatir perpetuamente contra el dominio exterior, y de no reconciliarse sino con la independencia, me tomo la libertad de dirigir á V. E. la adjunta copia de la ley fundamental, que prescribe las bases sobre las cuales puede tratar el gobierno de Colombia con el español.

Con la mayor satisfacción tengo el honor de ofrecer á V. E. esta franca declaración como preliminar de toda transacción entre nuestros respectivos gobiernos y como en testimonio de la rectitud que caracteriza á nuestro sistema liberal representativo. El amor á la paz, tan propio de los que defienden la causa de la justicia, no será jamás ahogado por dolientes clamores de la humanidad, antes inmolada en el teatro de tantos horrores...

V. E. puede contar con que no serán oídos el resentimiento, ni el odio, ni aquellos intereses particulares que V. E. conceptúa como enemigos de la paz. Un solo grito resuena en Colombia: es el de la naturaleza que reclama todos sus derechos, hollados y hundidos hasta ahora en los abismos del despotismo, que ha convertido en vasta desolación cuantos dominios fueron españoles...

El armisticio solicitado por V. E. no puede ser concedido en totalidad, sino cuando se conozca la naturaleza de la negociación de que vienen encargados los Sres. Toro y Linares. Ellos serán recibidos con el respeto debido á su carácter sagrado.

Dios guarde á V. E., etc.

Simón Bolívar.

Dadas estas respuestas, el Libertador, que deseaba infundir con su presencia vigoroso impulso á la campaña del Magdalena, determinó hacer una rápida excursión á las costas del Atlántico, sin detenerse en Cúcuta por esperar á los comisionados de Morillo. Urdaneta quedó encargado del ejército del Norte, y este mismo y el secretario de la Guerra, coronel Pedro Briceño Méndez, recibieron poder é instrucciones para contestar á las propuestas de los diputados realistas. El Libertador partió á

principios de Agosto por el camino que conduce desde Cúcuta á Ocaña; visitó á Mompox, Barranquilla y Turbaco, dictando en todas partes las más eficaces providencias para activar la guerra (1).

Cuando el Libertador regresó á Cúcuta de las costas de Cartagena (mediados de Septiembre) supo el resultado de las conferencias entre los comisionados españoles y los colombianos. Propusieron aquéllos "que se adoptara y jurara en estas provincias la constitución política de la

---

(1) En Barranquilla recibió el Libertador un oficio del general Gabriel Torres. Solicitaba éste, á nombre del gobierno de la Península, suspensión de armas para tratar de paz. Bolívar contestó al jefe español. Torres se apresuró á detallar las proposiciones que, según decía, el rey y la nación española le mandaban hacer en provecho de la humanidad. Reducíanse éstas á la «sumisión de Colombia á España; juramento de la Constitución del año 12 y envío de diputados á las Cortes que habían de celebrarse en Madrid».

Esto prueba, más que nada, el orgullo, la mezquindad y, sobre todo, la ceguera del gobierno español; prueba una absoluta carencia de tacto político, un desconocimiento increíble del carácter de la revolución colombiana y una más increíble incomprensión de la psicología de aquel hombre con que estuvo luchando día á día, desde ocho ó diez años atrás.

La respuesta del Libertador fué una de las cosas más terribles que han salido de su pluma.

... «*¿Podríamos olvidar centenares de victorias obtenidas contra las armas españolas?*

¿Podríamos olvidar nuestra gloria, nuestro derecho y el heroísmo de nuestros soldados?

¿Cree V. S., señor gobernador, que la vieja y corrompida España puede dominar el Nuevo Mundo?

¿Cree V. S. que el gobierno de esa nación que ha dado el ejemplo más terrible de cuánto puede ser absurdo el espíritu humano, logre formar la dicha de una sola aldea del Universo?

Diga V. S. á su rey y á su nación, señor gobernador...»

No queremos copiar más.

Los historiadores de Colombia han censurado por dura esa respuesta. Tienen razón. Pero si Bolívar no la hubiese dado así, no sería el Bolívar que conocemos: sería otro, un historiador de Colombia, por ejemplo.

El general Torres se rindió poco después á las armas de la República y la República lo pasaportó y embarcó para Europa.—*(R. B.-F.)*

monarquía española, y ofrecieron que Su Majestad conservaría á sus actuales jefes el mando de las provincias que ocupaban, por tiempo indefinido, pero con subordinación al general en jefe del ejército pacificador ó al gobierno de España directamente". Nuestros dignos comisionados contestaron: "que no estaban autorizados para sellar los males de Colombia sometiéndola á la España, sino para promover sus intereses y derechos constituyéndola libre, independiente y soberana". Y añadieron: "los defensores de la justicia y de la libertad, lejos de ser halagados por ofertas de un mando ilimitado, reciben un verdadero ultraje al verse confundidos con las almas groseras que anteponen la opresión y el poder á la sublime gloria de ser los libertadores de su patria."

Así terminó esta primera negociación.

CAPÍTULO XXXII

1820

I.—Ideas constitucionales y políticas de Bolívar, expuestas en carta al inglés Guillermo White.

En el número de las cualidades que singularizaban al Libertador había una (rara por cierto, entre los hombres de su elevación y su poder), que lo distinguía: Bolívar gustaba de la discusión. No se ofendía de la verdad, y, diligente, entraba en las explicaciones más menudas para demostrar la justicia ó conveniencia de lo que proyectaba.

El discurso que pronunció en el Congreso de Guayana causó, como debe suponerse, grande impresión, no sólo por lo elevado de las ideas, sino también por las novedades políticas que entrañaba. *El Correo del Orinoco* lo reprodujo *in extenso*, y el Libertador lo envió á su amigo D. Guillermo White para que lo hiciese traducir en inglés por Hamilton y se conociera mejor en Inglaterra.

Era White un hombre honrado, franco, amigo de la verdad y de la razón, que á todos trataba con miramiento, pero sin reserva ni lisonja. Puro en sus costumbres, sincero en sus afectos, ni sabía fingir ni tenía el hábito pernicioso de la disimulación.

Man of life upright and pure.

Bolívar le estimaba mucho y hablaba siempre de él con elogio, llamándole *su amigo*. Escribíale con frecuencia sobre asuntos graves, aunque muchas veces no estaban de acuerdo sus opiniones; lo cual en nada venía á disminuir el mutuo placer de su correspondencia.

White leyó el discurso del Libertador con la atención que merecía, y en varios particulares le desagradó en extremo; por cuya causa escribió una larga y muy meditada carta, manifestando sus ideas, y diré más, censurando las de Bolívar, aunque al mismo tiempo le decía que *ya había puesto por obra la traducción que le encargaba.*

No se enojó el Libertador de la libertad de White, ni ensoberbecido despreció la censura del amigo.

Retardó de intento la contestación á White, para que éste no creyera que replicaba el amor propio en lugar de la convicción íntima, y después le dijo:

San Cristóbal, 26 de Mayo de 1820.

Mi querido amigo:

Aprovecho la oportunidad para dirigir á usted mi discurso al Congreso, reimpreso en Bogotá, y que lo mire con más indulgencia que antes.

Me parece que usted me criticó la creación de un Senado hereditario y la educación de los senadores futuros. Lo primero está de acuerdo con la práctica de todas las Repúblicas democráticas; y lo segundo, con la razón.

La educación forma al hombre moral, y para formar un legislador se necesita ciertamente de educarlo en una escuela de moral, de justicia y de leyes.

Usted me cita la Inglaterra, como un ejemplo contrario á mi establecimiento; pero, en Inglaterra, ¿no deja de hacerse mucho bueno?

En cuanto á mi Senado diré que no es una aristocracia ni una nobleza, constituídas la primera sobre el derecho de mandar la República y la segunda sobre privilegios ofensivos. El oficio de mi Senado es temperar la democracia absoluta; es mezclar la forma de un gobierno absoluto con una ins-

titución moderada, porque ya es un principio recibido en la política: que tan tirano es el gobierno democrático absoluto como un déspota; así, sólo un gobierno temperado puede ser libre. ¿Cómo quiere usted que yo tempere una democracia sino con una institución aristocrática? Ya que no debemos mezclar la forma monárquica con la popular que hemos adoptado, debemos, por lo menos, hacer que haya en la República un cuerpo inalterable, que le asegure su estabilidad; pues sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina siempre por destruirse.

Tenga usted la bondad de leer con atención mi discurso, sin atender á sus partes, sino al todo de él. Su conjunto prueba que yo tengo muy poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos, y sin moral republicana no puede haber gobierno libre. Para afirmar esta moral, he inventado un cuarto poder que críe los hombres en la virtud y los mantenga en ella. También este poder le parecerá á usted defectuoso; mas, amigo, si usted quiere república en Colombia, es preciso que quiera también que haya virtud política.

Los establecimientos de los antiguos nos prueban que los hombres pueden ser regidos por los preceptos más severos. Todo el cuerpo de la historia manifiesta que los hombres se someten á cuanto un hábil legislador pretende de ellos y á cuanto una fuerte magistratura les aplica. Dracón dió leyes de sangre á Atenas, y Atenas las sufrió y aun las observó hasta que Solón quiso reformarlas. Licurgo estatuyó en Esparta lo que Platón no se había atrevido á soñar en su República, si no hubiese tenido por modelo al legislador de Esparta. ¡A que no se han sometido los hombres! ¡A que no se someterán aún! Si hay alguna violencia justa, es aquella que se emplea en hacer á los hombres buenos y por consiguiente felices; y no hay libertad legítima sino cuando ésta se dirige á honrar la humanidad y á perfeccionarle su suerte. Todo lo demás es de pura ilusión, y quizás de una ilusión perniciosa.

Perdone usted, amigo, esta larga digresión sobre mi discurso; pues usted bien la merecía hace mucho tiempo, y yo se la había ahorrado más por desidia que por voluntad.

Bolívar escribía en 1820... Y, si traemos á la memoria los sucesos que se han verificado después; si pensamos

en muchos hombres públicos y escudriñamos sus hechos; si ponemos á prueba la rectitud de sus intentos y releemos luego las sentencias del Libertador, ¡qué profundas, qué ciertas é indudables las hallaremos!

Sin moral republicana no puede haber gobierno libre...

Si ha de haber República en Colombia, es preciso que haya virtud política...

Yo tengo poca confianza en la moral de nuestros conciudadanos...

Tan tirano es el gobierno democrático absoluto, como un déspota...

Sin estabilidad, todo principio político se corrompe y termina por destruirse...

La educación forma al hombre moral; y para formar un legislador se necesita ciertamente educarlo en una escuela de moral, de justicia y de leyes...

No hay libertad legítima sino cuando ésta se dirige á honrar la humanidad y perfeccionarle su suerte; lo demás es de pura ilusión y quizás de una ilusión perniciosa...

II.—Inconsulta conducta diplomática de Zea.—Actitud indiferente de los Estados Unidos con los pueblos americanos.—Los patriotas obtienen recursos sin debérselos á nadie.

La necesidad de abrir relaciones con las potencias europeas, señaladamente con Inglaterra, cuya amistad anhelaba el Libertador, le hizo insistir en el propósito de acreditar un nuevo agente, celoso y activo, que desempeñase aquel grave y consecuente encargo. El señor Zea, segundo jefe de la República, fué escogido para tal fin, y llegó á la capital del Reino Unido hacia la mitad del año de 1820. El nombre de Zea previno mucho en favor de

nuestra causa, y le fué fácil establecer el crédito de Colombia por una grande operación, que dió á la República existencia moral y una fama financiera que aumentó el brillo de su gloria militar.

Zea reunió á los acreedores de Colombia, y bien lejos de aprovecharse de sus justos temores y de las buenas razones que pudiera tener para rehusar el pago de muchas cantidades, les dijo: "No me presento ante ustedes, señores, como un especulador que negocia con vuestros temores y por subterfugios... Mi país quiere pagar todo lo que debe, cualquiera que sea el origen de la deuda."

Zea fué oído con entusiasmo y obtuvo todo lo que deseó.

Si la generosidad inconsulta de Zea expidiendo obligaciones á muchos que se llamaban acreedores y que no justificaron absolutamente su acreencia (1), pudo ser funesta á la República, es cierto también que á sus esfuerzos se debió el restablecimiento del crédito de Colombia, arruinado por los empeños temerarios de López Méndez, de Real y otros comisionados que le habían precedido (2). Zea esforzó los medios que estaban en su comprensión y en su arbitrio para el logro del fin patriótico que se había propuesto y lo alcanzó. Colombia tuvo más crédito que muchas potencias de segundo orden de la Europa.

Menos feliz fué Zea en la negociación que privadamente abrió con el duque de Frías, embajador de España en Londres, acerca del reconocimiento de la independencia de Colombia, negociación desechada en Madrid y reprobada enérgicamente por el Gobierno de Colombia. Proponía Zea en su disparatado *plan de transacción* "que Fernando VII reconociera espontáneamente la indepen-

---

(1) Esta circunstancia la reveló el mismo Zea en oficio de 9 de Enero de 1821.

(2) José María del Real, antiguo agente de las provincias de la Nueva Granada, que comprometió personalmente su responsabilidad, llegó á ser conducido á una cárcel en Londres.

dencia de nuestra República, de las de Chile y Buenos Aires y la ofreciera á las demás provincias ultramarinas, bajo la condición de que Colombia y las otras Repúblicas formarían una vasta confederación cuyo jefe sería el rey de España." Esto era un despropósito, inadmisible por tanto, y para el cual no tenía poderes el agente colombiano. Asombra que Zea, tan maduro en sus dictámenes, tan sutil, tan buen patriota, hubiera entrado con desatino en materia de tan peligroso fondo, abrigando por un momento siquiera la idea de que el rey de España continuara siendo Señor de América bajo ninguna denominación...! Y no cabe aquí, para excusarle, aquello de que "Homero dormita alguna vez". No; otro fué el motivo. El esfuerzo de nuestros héroes, las batallas de Araure y Bocachica, las de Carabobo, Juncal, San Félix y Boyacá nos habían libertado del dominio español, pero no de las preocupaciones coloniales. Zea pagaba su tributo... y nuestros legisladores y estadistas lo pagan cada día. Hoy es, y en muchas cosas de consecuencia somos todavía colonos. Ha desaparecido el despotismo de los reyes, pero queda aún el de los hábitos: el despotismo del pasado que tiene su trono en las costumbres. ¡Tanto así se encarnó en nuestra sociedad americana el espíritu de las leyes españolas, sus errores y sus prevenciones!

Cuando el Libertador tuvo noticia del proyecto de Zea, le escribió una larga carta expresándole el disgusto que sentía; y le amonestó que, sin instrucciones particulares del gobierno, no diese paso en materias delicadas, en las cuales, por la suma importancia, se requieren el consejo y la mayor seguridad.

Contrasta dolorosamente la conducta vituperable de Zea en este punto, con el ahinco plausible del presidente de la Cámara de Representantes de la Unión Americana, Henry Clay, eminente hombre de Estado, que proponía á la sazón nuestro reconocimiento como nación libre, *digna por muchos títulos de figurar entre los pueblos más ilustres del orbe*. La propuesta de Clay no tuvo en aque-

llas circunstancias resultado favorable. El gobierno de Washington guardaba una política de reserva tanto más sorprendente cuanto menos esperada. Por su parte, el ministro español reiteró sus protestas con fuerza y buen suceso, y la voz de Clay resonó sola en los Estados Unidos. Mas continuó trabajando con destreza; uniformando la opinión y haciendo conocer á Colombia y á sus hombres bajo una luz clara y propicia. Sirvióle de mucho en este empeño y aguijoneólo cuanto pudo nuestro agente, el Sr. Manuel Torres, que residía en Washington, y el cual, por sus conocimientos especiales y su carácter, estaba llamado más que ningún otro á esforzar la buena disposición de Clay.

Díjose mucho en aquel tiempo que el presidente Monroe, á quien visitaba con frecuencia Torres, había ofrecido á éste, en reserva, auxiliar á Bolívar con fusiles y otros elementos de guerra. Si fué cierta esta promesa (que lo dudamos), no tuvo jamás efecto. Acaso sólo fué un medio ingenioso de Monroe para dejar pesar sobre las Cámaras la responsabilidad de no haber reconocido á Colombia; ó también para templar en algo el sinsabor que esto debía haber causado á Torres.

Por fortuna no urgía tanto la protección de los Estados Unidos en esta parte. El armamento que tenían los patriotas era á la verdad malo, y aun muchos batallones carecían de fusiles y municiones; mas el Libertador había hecho trabajar minas de plomo en Cundinamarca y establecido fábricas de pólvora, y desde Angostura hizo partir á varios comisarios para las Antillas y otros puntos en busca de armamento, habiendo logrado comprar el general Sucre, en las islas de Barlovento, 9.750 fusiles, que introdujo por el Orinoco á mediados de Abril. Éstos eran los que pedía el Libertador al general Soublette en la carta de 19 de Junio desde el Rosario (pág. 267), y que le fueron remitidos una parte por el Arauca y otra por el Meta. Enorme era la distancia que debía recorrer el armamento hasta llegar á Cúcuta, y graves las dificultades

del tránsito; pero todo se venció por el esfuerzo de los patriotas, á quienes daba aliento el amor santo de la libertad.

III.—Pourparler entre el Gobierno de España y el de Colombia.

Cuando el Libertador llegó á Cúcuta, de regreso de las provincias litorales, dirigió una comunicación al general Morillo (21 de Septiembre, en San Cristóbal), en la que le decía:

V. E. nos ha convidado á un armisticio cuyo objeto parecía ser la paz de la América. Pero, un armisticio semejante, sin ofrecer siquiera el reconocimiento de nuestro gobierno, es demasiado perjudicial á los intereses de la República, cuando ella se lisonjea de un triunfo final y completo, según todas las probabilidades. La continuación de las hostilidades debe producirnos la ocupación del resto de Venezuela y Quito, libertándonos al propio tiempo de las enormes erogaciones que nos causa un ejército demasiado numeroso para Colombia; y la suspensión de ellas, en la estación más propia para la guerra y en momentos críticos para nuestros enemigos, trae consigo la pérdida de todas las ventajas que podrían resultarnos de nuestros constantes, prolongados y dolorosos sacrificios.

Sin embargo, el gobierno de Colombia quiere manifestar á V. E. y á toda la nación española, que prefiere la paz á la guerra, aun á su propia costa, y propone en consecuencia entrar en comunicaciones con V. E., para transigir las dificultades que ocurran sobre el armisticio con que se le ha convidado, siempre que, en calidad de indemnización, se den á Colombia las seguridades y garantías que exige como gaje de este empeño.

Para facilitar y abreviar nuestras recíprocas comunicaciones, yo estableceré mi Cuartel general en San Fernando para fines del próximo Octubre, en donde espero la respuesta de V. E., ó

los comisionados que quiera V. E. dirigirme, si lo tuviere por conveniente.

Entretanto, no suspenderemos nuestras operaciones.

Morillo se hallaba en San Carlos, y en el acto que recibió el oficio del Libertador, lo dirigió, sin demora, á la *Junta de Pacificación* de Caracas, indicándole que nombrara de comisionados para tratar con el presidente de Colombia al brigadier Correa, á D. Juan Toro y don Francisco González de Linares. Así se hizo, como Morillo lo ordenaba; y él contestó en los mejores términos al Libertador, en 20 de Octubre.

No obstante los preliminares del armisticio, se dieron órdenes para las más activas operaciones militares. Dos brigadas, bajo el mando del coronel Ambrosio Plaza, ocuparon las provincias de Trujillo y Mérida. El Libertador en persona ocupó la capital de Mérida (2 de Octubre), é hizo perseguir á la división española, que constaba de más de mil hombres, mandados por el coronel Tello. Sospechó que éste se sostendría en el puente de Chama, punto que permite la oposición de cien hombres al ejército más numeroso; pero el enemigo tal vez no acertó á apreciar aquel lugar tan importante para resistir con éxito.

El Libertador, que había forzado sus marchas, llegó á las orillas del Chama el 5 en la tarde; en la madrugada del 6 mandó pasar el puente, y él se adelantó rápidamente, con los batallones Tiradores y Vencedor, hasta San Juan, donde le informaron que las fuerzas realistas iban sumamente lejos en dirección del Tocuyo. Entonces volvió á San Cristóbal con el Estado Mayor, y de allí pasó á Trujillo, en cuya ciudad fijó su cuartel general el 17 á las once del día. "Dos provincias han entrado en el seno de la República—escribía Bolívar—, y el ejército Libertador ha marchado por entre las bendiciones de estos pueblos, rendidos á la libertad" (1).

(1) Al día siguiente (18 de Octubre) recibió el Libertador comunicaciones del almirante Cochrane y del general O'Higgins, éste direc-

El 26, aunque el Libertador no había recibido respuesta de Morillo á su oficio de San Cristóbal, le dirigió otra comunicación diciéndole que no le había sido posible ir á San Fernando, como ofreciera, por haberse enfermado el general Urdaneta, quien debía mandar el ejército; mas, como desease abreviar los términos de la negociación, le proponía directamente las bases del ajuste. Halló Morillo que éstas eran perjudiciales á la España, y se remitió á lo que arreglasen definitivamente los comisionados. Fué contestando á esta nota del jefe español que Bolívar le suplicó autorizase á sus encargados para concluir un tratado *verdaderamente santo que regularizara la guerra de horrores y crímenes que hasta entonces había inundado de lágrimas y de sangre á Colombia.*

Esta proposición hará honor en todo tiempo á los humanos y filantrópicos sentimientos de Bolívar.

A la vez que el general Morillo se comunicaba con el Libertador sobre el asunto del armisticio, se avanzaba rápidamente, con más de 2.000 infantes y 200 caballos, de Barquisimeto hacia Carache, donde llegó á fijar sus estancias.

Bolívar exigió que el ejército español no adelantara sus puestos avanzados: "*Si V. E. piensa venir á dictar las condiciones del armisticio*—escribió á Morillo—, *yo aseguro á V. E. que no lo aceptaré jamás, y que V. E. será responsable ante la Humanidad y su nación de la continuación de esta sangrienta lucha, cuyo resultado final será la emancipación de toda la América, ó su completo exterminio, si aún se pretende someterla.*"

Morillo contestó que había adelantado sus marchas con el objeto de cubrir á Maracaibo y para asegurar las subsistencias de su ejército, pero que deseaba sinceramente la paz. Propuso al Libertador una suspensión provisional de

---

tor de la República de Chile. Trajo dichas comunicaciones el capitán mayor José Antonio Muñoz, comisionado por Santander para comprar armamento en aquella república.

Estas comunicaciones se hallarán en la colección.

hostilidades, á fin de evitar un choque, y comenzaron los fructuosos trabajos del armisticio en Trujillo.

Fueron comisionados por el Libertador el general de brigada Antonio José Sucre, el coronel Briceño Méndez y el teniente coronel José Gabriel Pérez. Los de Morillo sabemos que eran Correa, Toro y Linares.

IV.—Lo que promete á su rey el soldado de la potestad española.—Lo que promete á sus conciudadanos el soldado de la libertad.

Y ha llegado aquí la oportunidad de observar los diferentes resultados que tuvieron las promesas arrogantes de Morillo al rey, y la resuelta manifestación de Bolívar á Morillo.

"*Desde el puerto de Buenaventura, para el cual tengo ya establecidos caminos militares*—escribía Morillo á Fernando VII—, *iré á castigar los rebeldes de Buenos Aires, sofocaré los gérmenes de insurrección en Méjico* y *V. M. dictará su voluntad desde Valdivia en Chile hasta San Blas en California*" (1).

¡Ponderación jactanciosa! Porque Morillo derramaba á su sabor la sangre de los más ilustres granadinos y venezolanos, creía que le era dado avasallar á la América y presentarla encadenada á los pies del trono de Fernando. ¡Insensatez! Esa sangre era la independencia; y cada víctima inmolada tenía el precio de una batalla gloriosa para la libertad...

El Libertador anunció á Morillo que si pensaba venir á dictar el armisticio, se equivocaba; y *el resultado final de la lucha*, añadió, *será la emancipación de toda la América.*

(1) Oficio de 31 de Agosto de 1816.

Más explícito con los comisionados de este general, en nota de 9 de Noviembre, les dijo: *Protesto á V. SS. y á toda la nación española, que las miras del gobierno de Colombia son las más moderadas y las más legítimas; pero si se le fuerza aún á la guerra, siempre que la victoria nos sea favorable nuestras miras se extenderán sobre toda la América. Esta protesta la hago en presencia de V. SS. para que la trasmitan al gobierno su comitente,* etcétera.

Y no fué bravata necia, arrogantemente vertida; porque un lustro no pasará sin que las palabras de Bolívar tuvieran su más exacto cumplimiento. El orgulloso soldado del rey que prometía destruir á los *rebeldes* desde Méjico hasta Buenos Aires vió su altivez rendida y su reputación descalabrada; mientras que el soldado de la república llevó sus armas en triunfo hasta donde Pizarro hizo tremolar los pendones soberbios de Castilla...

Optimos quippe mortalium, altissima cupere.

(TACIT., 1. 4, *Ann.)*

V.—El armisticio se firma.

Túvose la primera conferencia sobre negociación del armisticio en la mañana del 21 de Noviembre, y aunque el debate fué duro y sostenido y la negociación estuvo á punto de romperse, logróse más tarde un avenimiento, y el tratado se firmó, por último, á las diez de la noche del 25.

El armisticio debía durar seis meses y era extensivo á toda Colombia; designáronse los límites y posiciones en que debían permanecer ó situarse las tropas colombianas y españolas; y por lo que hacía á la Nueva Granada, se acordó enviar comisarios de ambas partes, á fin de que

ellos fijasen las líneas de demarcación; convínose en nombrar enviados y recibirlos para tratar de la paz y de una reconciliación permanente, estipulándose que si á alguna de las partes no convenía esperar el término del tratado, debía dar aviso cuarenta días antes de abrir nuevamente las hostilidades. Por último, quedó aceptado que se celebraría un tratado de regularización de la guerra conforme á los preceptos del derecho de las gentes y á los usos de las naciones civilizadas.

La primera idea de este convenio filantrópico para regularizar la guerra fué de Bolívar, y de Bolívar fueron las bases propuestas por los comisionados de Colombia.

En él se estipuló la conservación, buen trato y canje de los prisioneros; que los desertores aprehendidos en las filas enemigas no pudieran ser castigados con pena capital, ni tampoco los conspiradores ni desafectos; que se respetaría á los pueblos ocupados alternativamente por las tropas de los dos gobiernos, y, en fin, que se enterrarían ó quemarían los cadáveres de los que desgraciadamente muriesen en los campos de batalla.

Este tratado se firmó á las diez de la noche del 26 y fué ratificado el 27. El tratado es un monumento de filantropía que hace honor á ambos contendores. Hasta entonces nunca se fué más allá, en punto á liberalidad, en tratados de esa índole (1). ¡Día de bendición, aquel en que terminó la guerra de exterminio que iniciaron los europeos para castigar á los americanos, y que retaliada por nuestros jefes, como de justicia, inundó la tierra en sangre! Finalizaron así las desgracias de nuestro asolado país... ¿Dónde estaban sus riquezas, dónde sus moradores? ¡Ah! casi todo había desaparecido... (2).

(1) Véase en el Apéndice un estudio del profesor francés de Derecho internacional, Monsieur Jules Basdevant, sobre este tratado. *(Nota de 1918.)*

(2) La fiereza con que los militares españoles hacían la guerra en Venezuela y Nueva Granada era casi la misma en el año 20 que en el año 14. Como el propósito era extinguir la raza americana, no había motivo por que desmayar en las crueldades. Dos ó tres meses antes de

VI.—Entrevista del Libertador y el conde de Cartagena.

Concluídos los tratos, el general español manifestó por medio de sus comisionados que deseaba tener una entrevista con el Libertador. Este la aceptó con gusto, designándose el pueblo de *Santa Ana*, situado á la mitad del camino entre Trujillo, residencia de Bolívar, y Caraché, que era la de Morillo. Ambos generales marcharon á aquel pueblo seguidos por algunos jefes y edecanes (1).

Morillo llegó primero, y destinó cuatro oficiales al encuentro del presidente de Colombia. Él mismo salió luego con toda su comitiva á recibirle á las afueras del pueblo. Avistándose se desmontaron ambos y se precipitaron uno y otro á darse estrecho abrazo, lo que también hizo el general Latorre.

---

celebrarse el armisticio y el tratado de *regularización de la guerra*, que el Libertador propuso, el coronel español D. Miguel Balbuena, que al frente del regimiento de *León* sorprendió un destacamento de caballería en Cospique y entró hasta Turbaco, hizo degollar á los rendidos, á los enfermos del hospital, á dos venerables sacerdotes y hasta un gran número de *mujeres y niños* que se hallaron refugiados en el templo. Mandó quemar el pueblo y asolarlo todo...

(1) Para los detalles de la entrevista véase *Memorias del general O'Leary:* BOLÍVAR Y LA EMANCIPACIÓN DE SUR-AMÉRICA, vol. II, páginas 64-66 ed. de Madrid, 1915. O'Leary asistió á la entrevista como edecán del Libertador. «A poco rato—refiere O'Leary—llegué yo á anunciarle al general Morillo que el Libertador estaba en camino y no tardaría en llegar. El general me preguntó qué escolta traía el jefe de la República; contestéle que sólo venían en su séquito diez ó doce oficiales y los comisionados realistas, y que no traía escolta. *Bien* - dijo Morillo—*muy pequeña creía yo mi guardia para aventurarme hasta aquí; pero mi antiguo enemigo me ha vencido en generosidad. Voy á dar orden á los Húsares para que se retiren.* Así lo hizo inmediatamente. Preguntóme luego quiénes eran los oficiales españoles particularmente odiosos al Presidente; y habiéndole satisfecho yo la pre-

Morillo había hecho preparar en la población una comida sencilla, lo mejor que se pudo en aquel pueblo. En ese festín militar, en que la historia contempla el poder de la justicia, la eficacia y valor de la constancia y el triunfo de la libertad, Morillo, henchido de alborozo, propuso que se consagrara á la posteridad un monumento que perpetuase la memoria de aquel día; que se erigiera una pirámide en cuya base se grabaran los nombres de los comisarios de Colombia y España que habían presentado, redigido y concluído el tratado de regularización de la guerra entre los dos pueblos; que la primer piedra fuese conducida por el presidente de Colombia y por él, que habían aprobado y ratificado aquel tratado que se vería en Europa como un documento eterno de generosidad y de filantropía, y que sobre aquella piedra se renovasen sus promesas de cumplirlo estricta y fielmente, dando de este modo un carácter más augusto y religioso á aquel convenio, que debía llamarse el de la conservación de los que en lo sucesivo fueran destinados por los dos Gobiernos á sostener sus derechos. El Libertador adoptó la idea con transporte; y Morillo y él condujeron al lugar donde se encontraron y se abrazaron la primera vez, una piedra angular, sobre la cual se abrazaron de nuevo y reiteraron sus ofertas (1).

---

gunta, observó que ninguno de ellos estaba presente. Poco después se divisó la comitiva del Libertador, en la colina que domina el pueblo de Santa-Ana. Morillo, Latorre y los principales oficiales se adelantaron á encontrarle. El general español iba de riguroso uniforme, llevando las órdenes militares y demás insignias recibidas del soberano por sus servicios. Al aproximarse las dos comitivas quiso Morillo saber cuál era Bolívar. Al señalárselo exclamó: *¿Cómo, aquel hombre pequeño de levita azul con gorra de campaña y montado en una mula?*—No bien había acabado de hablar cuando el hombre pequeño estaba á su lado; y, al reconocerse los dos generales, echaron ambos en el acto pie á tierra y se dieron un estrecho y cordial abrazo.» *(Nota de 1918.)*

(1) El monumento existe. También hay un monumento de mucho más mérito, obra de un escultor español, que la colonia española de Venezuela regaló á la ciudad de Caracas cuando el centenario de nuestra emancipación; este monumento de fraternidad entre la madre pa-

El Libertador, con la amenidad de sus palabras y la lucidez de su espíritu, tuvo hechizados á Morillo y á los suyos, que rindieron con su admiración el afecto juntamente. En la mesa fué el primero que discurrió. Al terminar, electrizado, dijo: *A la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército: á la constancia, sufrimiento y valor sin ejemplo; á los hombres dignos, que al través de males horrorosos, sostienen y defienden la libertad; á los que han muerto gloriosamente en defensa de su patria ó de su gobierno; á los heridos de ambos ejércitos, que han mostrado su intrepidez, su dignidad y su carácter...*

Un trueno de aplausos interrumpió las palabras de Bolívar. Él había evocado todos los recuerdos y saludado á todos los bravos, á todos los leales, á todos los mártires de la obediencia ó de la justicia. Morillo y Latorre fueron los más expresivos de admiración y de contento. Pero Bolívar estaba aún de pie. Una idea más tenía que emitir. Su fondo era inagotable. Restablecido el silencio, el Libertador dijo: *Odio eterno á los que deseen sangre y la derramen injustamente.*

Morillo contestó al brindis del presidente de Colombia, diciendo estas palabras: "Castigue el cielo á los que no estén animados de los mismos sentimientos de paz y de amistad que nosotros."

Después de la mesa, en la noche y en la mañana siguiente, Bolívar y Morillo hablaron largamente de sus campañas, de los vaivenes de la política, de la situación de Europa y del porvenir de América. Morillo estuvo expansivo. Bolívar, que era amenísimo conversador y que en la palabra tenía una de sus mejores armas, conversó

---

tria y su antigua dependencia conmemora la entrevista y presenta las figuras de Morillo y Bolívar abrazándose. En el museo de infantería, en Toledo, en el alcázar de Carlos V, existe asimismo un pequeño monumento, obra del escultor venezolano Lorenzo González. Rememora la entrevista y el abrazo de Santa-Ana: los dos soldados, de cuerpo entero, se estrechan efusivamente las manos, teniendo por fondo una pirámide. *(Nota de 1918.)*

con aquella holgada y discreta franqueza, con aquella abundancia salpicada de agudezas que le era peculiar.

Consérvanse documentos de la impresión que aquel homérico Bolívar produjo en los oficiales y jefes españoles que se encontraron en Santa Ana (1).

En la mañana del 28, se dirigieron de nuevo Bolívar y

---

(1) El autor de esta nota publicó en *El Imparcial*, de Madrid, e 5 de Julio de 1911—día centenario de la Declaratoria de independencia de Venezuela—, un artículo, en donde se caracteriza, á las volandas, á los dos personajes. Cópiese, de allí, un párrafo pertinente: "Las dos ideas en pugna: la idea de fundar nacionalidades independientes y la idea de que el imperio español no se fraccionase, tuvieron sus más altos representantes, sus campeones: en Bolívar, el héroe de América, y en Morillo, el héroe de España. Y ¡extraña coincidencia! cada uno de ellos encarnaba y defendía una aspiración política que el adversario pudo representar mejor. Así Bolívar, que era un aristócrata, un millonario, un favorecido—por su cuna—del antiguo régimen, representa la Revolución, la República, la Democracia; y Morillo, que salía de las entrañas populares, y sólo por mérito propio y gracias á una guerra popular, había ascendido hasta las más altas jerarquías del Ejército, representa la Reacción, la Tradición, el Absolutismo."

Por lo demás, Morillo desaparece de la escena de América, y en ella queda batallando nuestro ilimitado Libertador. Él había contendido con Monteverde, con Boves, con Ceballos, con Miyares, con el virrey Sámano: unos habían muerto, otros habían desaparecido de la escena. Ahora le tocaba el turno á Morillo. El Libertador se las habrá con Latorre, que desaparecerá también. Irá luego Bolívar á buscar, entre los volcanes del Ecuador, á los dominadores de aquel país: los vencerá. Sus últimos duelos van á ser en el Sur del Pacífico contra el poderío naval de España y en el Callao contra el heroicísimo general Rodil, después de haber vencido en Junín al general francés Canterac, comandante del Ejército español, y después de haber recibido de manos de catorce generales europeos rendidos en Ayacucho, con el último virrey á la cabeza, "los títulos de aquella fabulosa propiedad que Colón pusiera, trescientos años antes, en manos de Isabel y Fernando".

Se iba Morillo, titulado el Pacificador; se iba dejando la guerra en pie y malparada su causa. Pero podía partir el admirable y heroico soldado con la satisfacción del deber cumplido, cumplido hasta más allá de todo límite, habiendo demostrado en cinco años de guerra cruelísima grandes virtudes guerreras: bravura, constancia, astucia, fortaleza para hacerse obedecer y conocimientos militares. *(R. B.-F.)*

Morillo al lugar donde primero se abrazaron; allí se estrecharon cordialmente; repitieron sus promesas y sentimientos; vitorearon alternativamente á España y Colombia, y se separaron para no volver á verse más.

El Libertador quedó muy complacido de conocer personalmente al conde de Cartagena y á la brillante oficialidad española que lo rodeaba: el general Latorre, siempre caballeresco; el general Bausaá; el coronel Tello, á quien llamó más tarde, en carta á Morillo, "el elegante coronel Tello"; el teniente Caparros, á quien nombra, en la misma carta, "el precioso amigo Caparros", y otros.

Tan cautivado, por su parte, quedó el general Morillo de la entrevista con el Libertador, que le escribió una hermosa carta á las pocas horas de haberse separado. También lo es la respuesta del Libertador (30 de Noviembre).

Aunque las dos cartas que á continuación se insertan no añaden nada á los particulares de la entrevista, comprueban, sin embargo, todos los detalles y tienen el mérito de ser de los contrarios entre sí; por tanto ajenas de todo fingimiento. La primera es del general Morillo; la segunda, del general Bausaá.

Carache, Noviembre 28 de 1820.

Mi estimado Pino:

Acabo de llegar del pueblo de Santa Ana, adonde pasé ayer uno de los días más alegres de mi vida en compañía del general Bolívar y de varios oficiales de su estado mayor, á quienes abrazamos con el mayor cariño. Todos estuvieron contentos: comimos juntos y el entusiasmo y la fraternidad no pudieron ser mayores. Bolívar vino sólo con sus oficiales entregado á la buena fe y á la amistad, y yo hice retirar inmediatamente una pequeña escolta que me acompañaba. No puede usted ni nadie persuadirse de lo interesante que fué esta entrevista, ni de la cordialidad y amor que reinó en ella. Todos hicimos locuras de contento, pareciéndonos un sueño el vernos allí reunidos como españoles, hermanos y amigos. Crea usted que la franqueza y la

sinceridad reinaron en esta reunión. Bolívar estaba exaltado de alegría: nos abrazamos un millón de veces y determinamos erigir un monumento para eterna memoria del principio de nuestra reconciliación en el sitio que nos dimos el primer abrazo.

Quedo de usted, etc.

MORILLO.

Carache, 28 de Noviembre de 1820.

Mi estimado Gárate:

Acabo de llegar ahora que son las diez de la mañana de Santa Ana de ver la entrevista la más halagüeña, más liberal y más incomprensible que puede imaginarse. Sí, amigo: Morillo y Bolívar con varios jefes y oficiales comieron juntos todo el día de ayer, y juraron una fraternidad y filantropía interminable. El gozo, la buena fe y la sinceridad brillaban en los semblantes; la efusión íntima y verdadera del alma se hacía conocer en los síntomas del rostro en todos los circunstantes. La comida fué dispuesta y dada por el general (Morillo) y fué tan alegre y animada, que no parecía sino que éramos antiguos amigos. Bolívar brindó varias ocasiones por la paz y el valor del general en jefe y su ejército. El general Morillo, con toda la sinceridad de su carazón y hasta saltársele las lágrimas de placer, brindó por la concordia y fraternidad mutua. El general Latorre y demás jefes de uno y otro partido continuaron con los brindis bajo el mismo concepto; y todo, amigo, eran abrazos y besos. El general Morillo y Bolívar se subieron en pie sobre la mesa á brindar por la paz y los valientes de ambos ejércitos, á lo que se siguió *vivas* por Morillo y por Bolívar. En fin, amigo, sólo á la voz podré completamente pintar á usted las diferentes, incomprensibles y apreciables circunstancias de esta entrevista. Nunca me lo figuré, y ustedes menos pueden creerlo.

Se decretó poner un monumento en el mismo paraje donde se abrazaron por primera vez Bolívar y el general en jefe, para acreditar á la posteridad los laudables deseos de filantropía que animaba á ambas partes para la cesación de la guerra. Se nombraron comisionados; y pronto veremos erigidos estos trofeos de lo que puede la razón cuando se oye desnuda de pasiones y preocupaciones. Se llevó por los generales la primera piedra en

donde ha de estribar el monumento y se colocó con un juramento solemne en el mismo punto donde hubo el abrazo que he dicho. También se levantará una lámina que represente la actitud más animada de la comida, colocando como primeros personajes en su misma figura y asientos que ocupaban los tres generales, Morillo, Bolívar y Latorre.

Soy de usted, etc.

VICENTE BAUSAÁ (1).

VII.—El armisticio, censurado.

El tratado de *armisticio* que tan felices resultados produjo en favor de la independencia, no obtuvo, sin embargo, entre los colombianos, la misma universal aceptación que el de *regularización de la guerra*. Los jefes que

(1) El Libertador escribió al conde de Cartagena, poco después de la entrevista, una carta de que se hace mención en el texto. Lo mejor será copiarla íntegra, porque ella, como la carta de Morillo á Pino, acredita lo cordial de las nuevas relaciones entre hombres que se habían combatido tan rudamente, en obediencia á sus respectivos ideales y en cumplimiento de sus respectivos deberes. La carta dice así:

Trujillo, 30 de Noviembre de 1820.

Con mucha satisfacción he recibido, mi estimado amigo, las primeras letras confidenciales y amistosas que usted se ha servido dirigirme con el amable teniente Arjona.—Iguales recuerdos, iguales sentimientos hemos experimentado por acá todos los que hemos tenido la ventura de conocer á usted y á sus dignos compañeros de armas. Parece que una mutación universal se ha hecho en nuestras sensaciones, para verlo todo por el aspecto más lisonjero. Por mi parte, confieso que mi corazón se ha mudado con respecto á mis nuevos amigos. No hay momento que no recuerde alguna idea, alguna sensación agradable, originada de nuestra entrevista. Y me doy la enhorabuena por haber conocido á hombres tan acreedores á mi justo aprecio, y que, al través de los peligros de la guerra, no podíamos ver sino cubiertos de las sombras del horror.

Nuestro teniente Arjona ha tocado las dificultades que existen para elevar el monumento consagrado á nuestra reconciliación, á la tregua

obraban á largas distancias lo censuraron, diciendo que equivalía á la pérdida de diez batallas; en Guayana se recibió con disgusto, y muy pocos fueron los que llegaron de pronto á penetrar todas las ventajas que envolvía y que la experiencia vino á demostrar después. Ni es esto de extrañar, si bien se considera; que para alcanzar las consecuencias de un acto de importancia en política, es preciso (aparte de buenos conocimientos) una sagacidad especial que pocos poseen de ordinario.

A fines de Septiembre, el Libertador ofició al general Morillo.

"El Libertador, para entonces—escribe con excelente juicio un historiador patrio—, había extendido considerablemente el teatro de sus operaciones, y para asegurar la

---

y al derecho común de los hombres (a). Bien merecía este monumento ser tallado en una mole de diamante y esmaltado de jacintos y rubíes; pero está construído con nuestros corazones. El teniente Arjona dirá á usted sus ideas sobre este particular. Yo me refiero á él.

He recorrido ligeramente el manifiesto que usted ha dado; y lo he visto con placer, porque hace la apología de un hombre benemérito á su patria. No me he ofendido porque el lenguaje de la guerra es de etiqueta, y está recibido como un lenguaje de convención para dañar al contrario. Nada sino las malas acciones debe molestar á los hombres sensatos.

Todos nuestros amigos comunes han agradecido las expresiones de aprecio con que usted los ha honrado, y las retornan con la más fina voluntad. Haremos, sin embargo, mención muy particular de nuestro general Latorre (b), que nos ha agradado infinito; del elegante coronel Tello (c) y del precioso amigo Caparros (d), que nos ha enamorado tanto por su bellísima índole como por su expresiva fisonomía.

Acepte usted, mi querido general y amigo, los testimonios de mi alta consideración y aprecio.

Besa la mano de usted,

Bolívar.

(Nota de 1918.)

(a) Siempre se erigió, y subsiste.

(b) Sucesor de Morillo, al frente del ejército español. Latorre fué el más caballeresco y uno de los más humanos y distinguidos generales españoles que hicieron la guerra de América.

(c) El capitán Sevilla habla del coronel Tello en sus amenísimas *Memorias*.

(d) De Caparros se conservan algunas cartas en las *Memorias del general O'Leary* (*Correspondencia*).

libertad de las provincias granadinas, destinó fuerzas á Popayán y al Magdalena. La estación del invierno no permitía ningún movimiento de importancia á las tropas que obraban en las llanuras; las fuerzas de Oriente, pocas y desparramadas en un grande territorio, no podían adelantar gran cosa. Demás de eso, Bolívar se hallaba apenas con las municiones suficientes para dar una batalla, porque los repuestos no habían podido pasar de Guasdualito á causa de la falta de transportes y las inundaciones de San Camilo. Por otra parte no había un cuerpo de tropas intermedio en que apoyarse desde Trujillo hasta Bogotá, y una derrota en semejantes circunstancias le habría hecho perder infaliblemente, así en territorio como en opinión, todo el fruto de las ventajas anteriores. Esperar, pues, tranquilamente á que el tiempo pusiera en actividad las diferentes divisiones del ejército, adquirir pertrechos, reunir caballería y combinar mejor y con más espacio las operaciones, fué lo que se propuso conseguir y consiguió en efecto con el armisticio.

Y fuera de estas razones militares, había otras políticas de mucho peso que á ello mayormente le determinaron. Conocía que los pueblos, cansados de la guerra, le agradecerían el haberla suspendido; y que tratando con los españoles de igual á igual, les haría ver que sus huestes no eran catervas de bandidos, sino hombres que valían por lo menos tanto como sus adversarios. Luego el roce y comunicación que durante la tregua iba á establecerse entre unos y otros, le atraería la confianza de los hijos del país, con tanta ventaja suya como perjuicio de sus enemigos. Estos, en efecto, perdieron desde entonces toda su fuerza moral; los pueblos vieron regularidad, ejércitos y gobierno allí donde los realistas decían que no había sino desorden, guerrillas mal armadas y anarquía; el edificio de patrañas y mentiras, levantado con tanta pena por el impudente gacetero de Caracas (1), vino á tierra en un momento.

(1) José Domingo Díaz, caraqueño á sueldo de los europeos y sostenedor del absolutismo, fué uno de los hombres que más odió y

La joven república, radiante de glorias militares, ufana de sus héroes, llena de vida y esperanzas, apareció colosal al lado de la caduca monarquía; y Bolívar triunfó en las negociaciones, como había triunfado en la campaña; y los hombres más opuestos á sus planes vieron después con asombro brotar nuevas raíces al pie de aquella planta, que naciera, creciera y prosperara bajo su mano generosa" (1).

VIII.—El general Morillo parte para España.—Su juicio de 1816 sobre los venezolanos.

Días antes que el general Morillo firmara los tratados de armisticio y regularización de la guerra, recibió una orden del ministerio español, relevándole del mando del ejército de Venezuela.

El mariscal de campo D. Miguel de Latorre fué nombrado para sucederle.

Algunas autoridades de Caracas, La Guaira, Petare y San Antonio, obrando espontáneamente, ó bien solicitadas en reserva, se empeñaron por que continuara Morillo en el mando, dado que en ningún otro jefe sería posible hallar reunidas sus virtudes militares y políticas.

Morillo insistió en su deseo de separarse del país. Había solicitado con viva insistencia su retiro. Comprendía el hábil general que estaba perdido.

---

calumnió á los patriotas. Este amigo y apologista de Boves era el redactor, en tiempos de Morillo, de la *Gaceta de Caracas*, órgano oficial de los realistas. *(Nota de 1918.)*

(1) R. M. Baralt: *Historia de Venezuela*, tomo II, páginas 23-24. Cada vez que en esta biografía se cita la *Historia de Venezuela*, por Baralt, se trata de la edición primera, estampada en París, imprenta de H. Fournier y C.ª, calle de Saint-Benoit, 7, el año de 1841.

Véase á continuación el contexto de la Real orden contentiva del relevo:

Ministerio de Guerra. Primera División.—Secretaría del Departamento.—Quinta sección ó de Ultramar.

Condescendiendo el Rey con las instancias del benemérito general conde de Cartagena, y muy satisfecho de sus servicios, se ha dignado concederle el regreso á la Peninsula, nombrando para sucederle en el mando del ejército de Venezuela al mariscal de campo D. Miguel de Latorre.

De Real orden lo trasmito á usted, etc.—Dios guarde á usted muchos años.

JUAN JABAT.

Madrid, 13 de Septiembre de 1820.

Señor Capitán General de la Provincia de Venezuela (1).

---

(1) Entre las notas de Jules Mancini que iban á servir para el volumen segundo de su monumental obra sobre *Bolivar et l'émancipation des colonies espagnoles*—volumen que dejó concluído, ó casi concluído—, hay algunas muy interesantes que se refieren al general Morillo. Tomadas en los archivos de la Marina francesa, las notas en cuestión fueron informes secretos del comandante Albert Roussin á su Gobierno, que lo había enviado en misión á las costas de Sur-América.

«*Le capitaine de vaisseau Albert Roussin* -dice Mancini—, *commandant la corvette* La Bayadère *et ayant sous ses ordres le brick le* Favori, *commandé par M. Letourneur (et que Roussin renvoya en France à cause de ses mauvaises qualités, de la Martinique, le 14 Mai 1819). Roussin quitte Rochefort le 3 Février; il visita les côtes d'Espagne, celles du Brésil, il passe ensuite aux Antilles, au Vénézuéla et rentre en France par la Havane le 30 Juillet 1820. Le but de sa mission était d'opérer la reconnaissance hydrographique des côtes de l'Amérique méridionale, dès Sainte Catherine à* (no se puede leer)*; mais il va sans dire qu'il lui était enjoint, comme à tous nos officiers faisant campagne dans cette partie du monde, de s'enquerir de la situation. Le rapport du commandant Roussin, écrit dans un style alerte et net, est le plus remarquable de tous.*»

Entrevista del comandante Roussin con el general Morillo.

«*Le général Morillo est un homme de 42 ans, noir de teint et de cheveux, il a les yeux vifs, les traits prononcés, la voix haute et*

En 2 de Diciembre dirigió el general Morillo una proclama de despedida al ejército, y otra á los venezolanos. Manifestando en este último documento cuanto hiciera *por la paz y por nuestra felicidad*, decía: "Yo parto de vuestro suelo, venezolanos, llevando en mi corazón á mi amada Venezuela. Mis venezolanos y mi ejército de Costa-Firme estarán siempre en mi memoria como los objetos de mi delicia. Ellos me acompañarán á todas horas y en todas partes. ¡Nada podrá separármelos...!"

¡Cuánto nos amaba S. E.!

En sus oficios al rey echaba sobre nuestros hombres cuantas cargas le era dable; y en una de las relaciones

prompte, la taille grande et tendant à l'obesité; il est né d'une famille du peuple à Salamanque (sic); *il était sergent de Marine lorsque la guerre s'étant déclaré en Espagne, il se mit dans les guerrillas. C'est là qu'il se fit remarquer de lord Wellington et qu'il fit sa fortune; il se créa colonel lui-même dans un cas opportun, et sa hardiesse fut approuvée des Cortes qui confirmèrent le grade. Proposé par lord Wellington pour conduire la guerre d'Amérique on le fit brigadier; il est maintenant lieutenant général, grand commandeur de tous les Ordres de la Monarchie, comte de Carthagène et marquis de la Puerta.*

Je l'amenais sur la chapitre de Bolivar, je lui demandai ce qu'il en pensait... Il fit l'éloge de son activité, qu'il nomme prodigieuse, et il parla de ses troupes en homme qui juge par expérience:

—Ce sont, me dit-il, des hommes terribles. Hommes et chevaux ils sont faits pour leur climat; eux seuls peuvent supporter la guerre dans un tel pays: ils n'ont besoin pour vivre que de ce qu'ils trouvent; presque nus, sans autres harnais qu'une peau de vache, sans autre arme qu'une lance, il ne leur faut que ce que la nature a mis autour d'eux; ils seront impunement deux et trois jours sans manger. Un troupeau de vaches parait-il le joignent, tuent ce qu'il leur faut, se rassasient, mettent une pièce de viande sous eux, et ne s'inquiètent plus du reste; d'ailleurs il est impossible de combattre de tels ennemis: on ne les trouve pas, nulle cavalerie ne saurait les atteindre, ni se maintenir près d'eux. Tandis que toujours alertes, toujours avertis, ils tombent à l'improviste sur leurs adversaires et ne leur laissent ni le temps de se mettre en défense, ni la possibilité de les poursuivre.

... Je demandai au général ce qu'il attendait de la nouvelle Constitution pour l'Amérique.

*—Elle n'y changera rien, me répondit-il. L'*indépendance *abso-*

que dirigió al ministro de Guerra desde su cuartel general de Nueva Granada, en el mes de Marzo de 1816, decía:

El americano no quiere ser gobernado por nadie, á menos que sea un jefe de su país; no obedece á ningún europeo, sobre todo si es español, ó, si le obedece, no es sino aguardando la ocasión de sacudir el yugo. Cada provincia de América quiere ser gobernada á su manera: lo que es bueno para el reino de Santa Fe, no es conveniente para Venezuela, aunque estos países sean limítrofes...

El habitante de Santa Fe se ha mostrado tímido; el de Venezuela, *áudaz, malvado* y *sanguinario*.En el virreinato (Santa Fe), se escribe mucho, y los jueces están abrumados de trabajo; en Caracas, al contrario, se terminan las disputas por medio de la espada. De aquí la diversa clase de resistencia que hemos encontrado en los dos países; aunque en una cosa se parecen ambos, que es en la disimulación y la perfidia (1).

---

lue, sans restriction, *est ce qu'ils veulent, et l'ambition des chefs s'opposera à ce qu'on sorte jamais de cette ligne qui exclut tout rapprochement. Le raisonnement des Américains est devenu bien simple aujourd'hui à ce sujet: "La Constitution, disent-ils, empêchera-t-elle que nous soyons gouvernés par des Espagnols? Probablement non: Eh bien! nous ne voulons plus que désormais un seul espagnol nous gouverne.*

Voilà ce que le général Morillo met dans la bouche des chefs insurgés, mais qu'il serait plus exact d'attribuer à la population entière.

Mancini, al comentar la entrevista de Morillo con Roussin, dice con su habitual penetración:

"*Morillo a été sincère avec Roussin—car à ce moment la France et l'Espagne étaient* unies—, *de plus Roussin lui était recommandé par le général Dauzelot, gouverneur général de la Martinique,* son voisin, *comme disait Morillo, et qu'il estimait. Il lui écrit d'ailleurs à la suite de son entrevue avec Roussin une lettre conservée aux Archives Nationales* (M. B. B.[4] 414, p. 152)."—*(Nota de 1918.)*

(1) Tuvo razón el general Morillo en decir lo que decía de la ferocidad, que nosotros llamamos bravura, de los venezolanos. También tuvo razón al afirmar, en el mismo oficio, que en Venezuela habían muerto muchísimos blancos. La raza blanca había sido en Venezuela, realmente, muy perseguida. Boves y el propio Morillo la habían querido

Probablemente los habitantes del virreinato no nos habrían resistido con tanta obstinación, si no hubieran estado ayudados por los venezolanos. Por igual motivo ha sido que Cartagena se ha sostenido tanto tiempo contra nosotros. Al lado derecho de las márgenes del Magdalena han dado algunos combates: los que más se han distinguido en ellos han sido igualmente los venezolanos. La estéril provincia de Antioquia nos ha declarado una guerra á muerte por dos ocasiones, y ha cerrado el paso de sus montañas: los venezolanos han sido los que á ello la han excitado. Santa Fe ha tomado las resoluciones más desesperadas en virtud de las insinuaciones de los *emisarios de Venezuela.* En una palabra, todo en la lucha actual es la *obra de este maldito pueblo.*

En su propio país es una horda feroz, y si se la dirige bien, nos va á dar que hacer por mucho tiempo, y será necesario sacrificar muchos soldados y muchos tesoros para reducirlo á la obediencia. A mi llegada á este país, á la cabeza de la expedición de S. M., me ha horrorizado el saber que cada acción perdida ó ganada, costaba multitud de soldados. Persuadido de que la guerra de destrucción era la obra de dos partidos animados por la venganza, creí llegado el tiempo de emplear la clemencia que S. M. ha recomendado tanto; pero ¿cuál ha sido el resultado de la dulzura? Nuevas revoluciones; nuevas perfidias han sido la continuación de la aparente pacificación, y si en algún tiempo se somete al virreinato, se puede estar persuadido de que no

---

destruir sistemáticamente. ¿Por qué? Porque los blancos; es decir, los criollos; es decir, los descendientes exclusivamente de españoles; es decir, los hombres de pura raza caucásica, eran los iniciadores, propulsores y factores de la revolución. Boves decía (véanse las *Memorias del Regente Heredia)* que todos los blancos debían morir, y obraba en consecuencia; Morillo se jactaba de haber hecho perecer á cuantos sabían leer y escribir, que, dado el régimen de castas imperante, eran también, en su inmensa mayoría, los hombres de raza blanca. Morillo tenía razón. Venezuela, que sufrió más que ningún otro pueblo americano con las guerras de independencia, fué víctima, entonces, de una selección al revés. En la matanza de Maturín, practicada por el feroz Morales en 1814, perecieron innúmeras familias de la flor y nata de Caracas: perecieron "desde sus cabezas hasta sus esclavos",—recuerda con fruición J. D. Díaz, apologista de crímenes y criminales. Y Juan Vivente González, en su *Biografía de José Feliz Ribas,* lamenta que linajes enteros quedaran extinguidos. Tenía razón el conde de Cartagena. *(R. B.-F.)*

aguardará sino una ocasión favorable para sublevarse de nuevo, sobre todo si no se ha extinguido radicalmente el germen de la revolución de Venezuela (1).

Morillo entregó el mando á Latorre el 14 de Diciembre y se embarcó en la Guaira el 17, con dirección á Cádiz, donde le esperaban su esposa y sus amigos. "Obró muy cautamente en instar por ser relevado del mando *(escribe Vadillo)*, de un mando que era ya mucho más comprometido que cuando lo recibió, y en procurarse así una retirada prudente que echando sobre otro la vergüenza de evacuar el país, le asegurase á él, en todo caso, sobre el grado de teniente general habido antes de

(1) Larrazábal dice con lealtad que el juicio de Morillo sobre los venezolanos era de 1816; pero no hace en ello hincapié. Creo que debe hacerse. Las palabras de Morillo en 1820, á pesar de ese juicio de 1816, debían ser sinceras, hasta donde la política permite sinceridad. ¿Cómo no? El general Morillo había vivido cinco años en el país; expuso allí la vida á cada día durante esos cinco años, y por sus hazañas allí mereció del rey el título de marqués de la Puerta, vinculando un fragmento de territorio nacional y el recuerdo de una señalada victoria suya á su propio nombre y al de su descendencia. Hombre valiente, además, como era Morillo, tuvo allí á su servicio los soldados más heroicos de su ejército, hijos de Venezuela; soldados que él conservó siempre en estima, y de algunos de los cuales hizo, indirectamente, magnífico elogio cuando exclamó: "Dadme cien mil llaneros y me paseo por Europa en nombre del rey de España." Del soldado venezolano siempre habló con entusiasmo de guerrero, después que abandonó el país y aun estando en él: léase, si no, en otra nota de este mismo Capítulo lo que decía en privado respecto á los venezolanos, en cuanto soldados, al comandante de la marina francesa, M. Albert Roussin. Y oficialmente, ¿no escribía á su gobierno respecto de Venezuela: "*esta es la América militar*"? ¿No decía al ministro de Guerra desde 1816: "*es menester dirigir nuestros principales esfuerzos contra Venezuela; de este país se proveen las demás provincias de oficiales que son los hombres más atrevidos...*"? Esas comunicaciones oficiales del general Morillo donde llama á los venezolanos bandidos, canalla feroz, criminales resueltos á morir y otras lindezas por el estilo, las traducimos hoy, un siglo después de escritas, como impotencia desesperada de un pretor ante la irreductibilidad de un pueblo heroico. Creo sinceras las palabras de Morillo en 1820. *(R. B.-F.)*

salir de Cádiz, el condado de Cartagena, aunque abandonase á Cartagena, y la gran cruz de Isabel la Católica, aunque amenazase próximo el tiempo en que por la batalla de Carabobo, sólo la memoria de esta ínclita reina era lo que con aprecio ó con encono habría quizás de conservarse en aquellas regiones" (1).

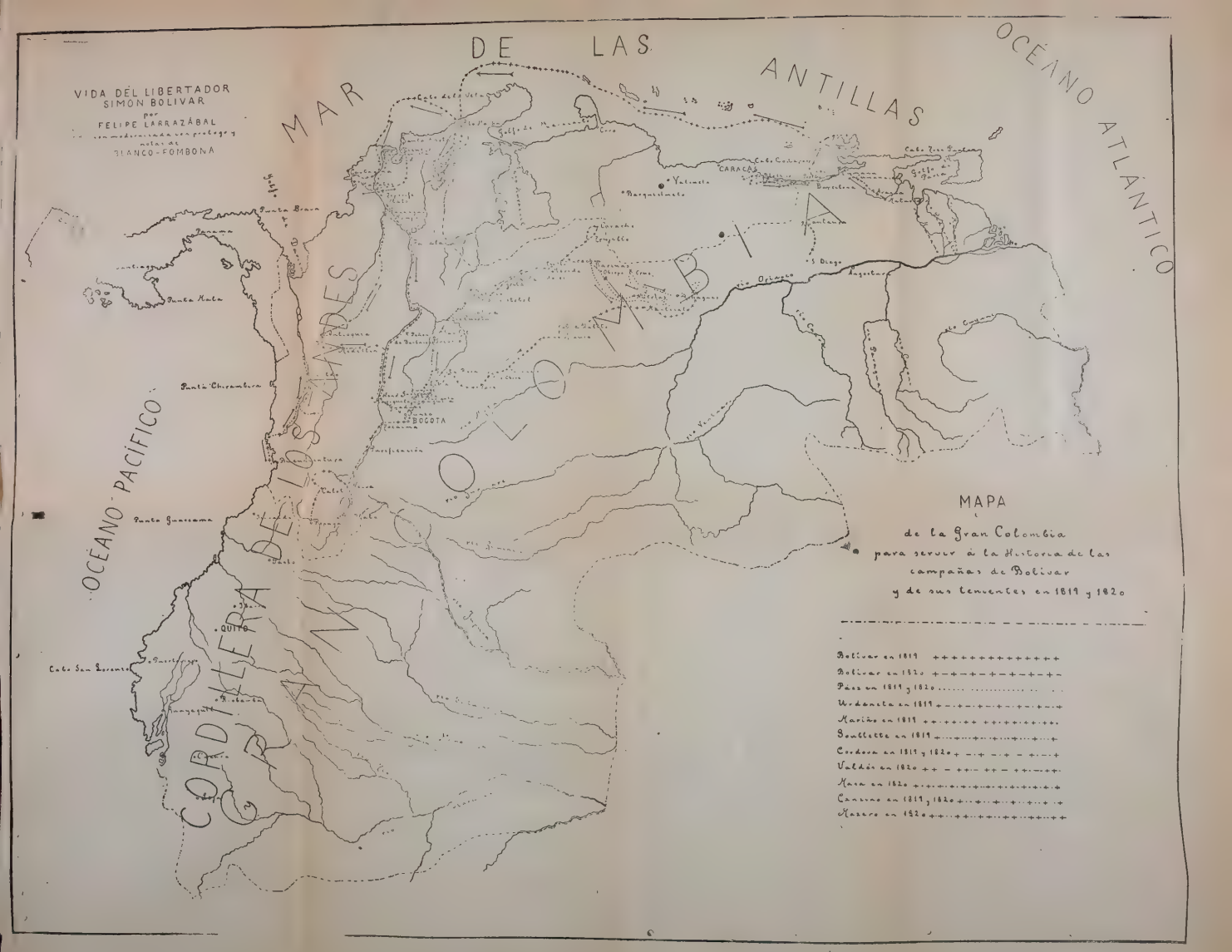
IX.—Cómo termina el año de 1820.—Entereza de la viuda del general José Feliz Ribas, tía carnal del Libertador.

Inmediatamente después de la celebración de los tratados que ya conocemos, se nombraron los oficiales que debían notificar el armisticio á las diferentes divisiones realistas y colombianas y arreglar la demarcación de los territorios (2).

El Libertador dejó á Urdaneta en Trujillo con las fuerzas que allí había y pasó á Barinas para atender á la conveniente situación de los diversos cuerpos del ejército, verificado lo cual, se trasladó á San Cristóbal (Diciembre 22) con ánimo de seguir hasta Quito, ó Popayan á lo menos, para transigir cualquier dificultad que se suscitara en el Sur de Colombia. Era este el motivo ostensible; el verdadero era ponerse en comunicación con O'Higgins, San Martín, Olmedo y los demás patriotas de Chile, Perú y Guayaquil. Esta ciudad acababa de hacer su revolu-

(1) VADILLO: Apuntes históricos.

(2) El coronel venezolano Justo Briceño y el capitán español don Manuel Landa fueron nombrados para cumplir el tratado de armisticio en las costas de Cundinamarca. El teniente coronel realista D. José Moles, y el coronal republicano Antonio Morales, gobernador que había sido del Socorro, fueron comisionados para anunciarlo al presidente de Quito.


VIDA DEL LIBERTADOR
SIMON BOLIVAR
por
FELIPE LARRAZÁBAL
MAPA
de la Gran Colombia
para servir á la Historia de las
campañas de Bolivar
y de sus tenientes en 1819 y 1820
Bolivar en 1819
Bolivar en 1820
Paez en 1819 y 1820
Urdaneta en 1819
Mariño en 1819
Soublette en 1819
Cordova en 1819 y 1820
Valdés en 1820
Mora en 1820
Canaveno en 1819 y 1820
Mazero en 1820
MAR DE LAS ANTILLAS
OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO PACÍFICO
CORDILLERA DE LOS ANDES
COLOMBIA
CARACAS
BOGOTA
QUITO
Orinoco
Cabo San Lorenzo
Punta Chiramira
Punta Gorgona
Punta Mala
Punta Brava
Panama

ción, declarándose independiente del poder español (1).

Quedaba encargado de la dirección de la guerra y del despacho de los negocios administrativos, durante la ausencia del Libertador, el vicepresidente Dr. Roscio, quien debía residir en el Rosario de Cúcuta, lugar designado para la residencia provisional del gobierno y la reunión del Congreso constituyente de Colombia.

Así iba á terminar el año de 1820 (2).

Pero antes de cerrar el año de 1820, y para cerrarlo con aplauso de las virtudes americanas, no reducidas únicamente á la perseverancia y al valor de nuestros soldados, debe hacerse mención de la noble respuesta que dió la señora Josefa Palacios á los edecanes del general Morillo, en ocasión que éstos le llevaron un mensaje de su jefe (3).

Cuando los desastres espantosos del aciago año 1814, amenazando Boves á Caracas, no quedó otro arbitrio á los

(1) La revolución de Guayaquil tuvo lugar en la noche del 9 de Octubre de 1820. Fueron de sus principales autores los capitanes Escobedo, Letamendi, Urdaneta (Luis) y León Febres Cordero, con algunos paisanos de valor.—Ellos dieron inmediatamente aviso á Colombia despachando un buque al puerto de Buenaventura.

(2) Después del retiro del general Morillo y de la licencia que se concedió á muchos oficiales expedicionarios para volver á España, la mayor parte de los que permanecieron en Venezuela sin obtener aquel favor quedaron disgustados. Y no podía ser de otro modo, al pensar que la mayoría de sus compañeros había desaparecido en la guerra, que algunos ahora se iban, y que, á pesar de las promesas, poco auxilio debían ya esperar de España los que se quedaban. El armisticio, tarde ó temprano, terminaría; y la sola idea de la renovación de la guerra los espantaba. Por otra parte, ¿no veían de bulto la imposibilidad de subyugar la América y reducirla al dominio de la España? Allá en la Península, los ánimos gubernamentales y los comerciantes enfermos de ambición y de codicia podían soñar con la reconquista de las provincias ultramarinas: pero acá, donde se percibía clara la situación de las cosas, acá, en concepto de los propios españoles, estaba resuelto el problema de la independencia.

(3) El general Pardo, subalterno de Morillo y por Morillo puesto en el gobierno de Caracas, hombre cruel como el que más y que como militar no llegaba por los talones al héroe y marqués de La Puerta, se complace en viviseccionarlo ante un extranjero. En una cosa podemos convenir con el general Pardo: en que Morillo, excelente soldado,

patriotas que someterse á los ultrajes de aquel monstruo, ó emigrar. La elección no era dudosa. Llenáronse los caminos de emigrados y los bosques de hombres que buscaban un escondrijo para ocultarse á la furia de aquel sangriento Atila. Muchas señoras siguieron la suerte de sus maridos ó de sus padres y hermanos, y aunque habituadas á la delicadeza y al regalo, sobrellevaron con ejemplar resignación las descomodidades del camino y las penalidades del destierro, que duró siete años. Errantes de isla en isla del mar Caribe, trabajando con la aguja para

---

era mediocre político. Véase lo que decía de Morillo al comandante Roussin, palabras que éste recogió para transmitir á su gobierno. Se copia esa conversación de los cuadernos de Mancini.

Conversación de Roussin con el general Pardo, ex capitán general de Caracas.

Voici comment le général Pardo (dice Mancini) *rencontré à Curaçao résume pour le commandant Roussin, les événements d'Amérique:*

—La révolution d'Amérique, proprement dite, ne date que de l'arrivée du général Morillo. C'est-à-dire, que c'est de cette époque seulement que date la resolution nationale *de se séparer de l'Espagne et de s'affranchir de l'obéissance au Roi Ferdinand VII. Jusque là ce projet de séparation avait été sans doute émis, mais il n'était appuyé* d'aucune popularité. On pouvait le regarder comme la spéculation d'un tout petit nombre d'esprits qu'on eût aisément fait passer pour factieux en s'y prenant adroitement.

Lorsque le Roi remonta sur le trône une foule de motifs se réunissaient pour le maintien de la soumission des peuples. Leur ancienne vénération pour l'Espagne encore augmentée par la guerre qu'elle venait de souffrir, l'opinion qu'ils avaient des vertus du jeune roi, l'intérêt que les souffrances de sa jeunesse et de sa captivité leur inspiraient; le langage, la religion, tous les liens enfin d'une longue habitude tendaient à un prompt retour à la paix, si les moindres avances, quelques petites concessions eussent été faites. *Saisis d'étonnement à la nouvelle du retour inespéré, les Américains fatigués de la guerre restèrent indécis, una conduite modérée à leur égard aurait promptement séduit la majorité et dépopularisé les chefs de l'insurrection: il y avait des milliers de chances pour la réussite.* L'envoi du général Morillo *avec 10.000 hommes, le parti violent qu'il prit aussitôt sans rien entendre, décidèrent du sort de l'Amérique. A dater de cet événement, convaincus qu'ils n'avaient plus rien à espérer du Roi ni de la*

ganar la subsistencia, las Palacios, las Soublettes, las Montillas, las Tovares, Gertrudis Toro y otras que sería imposible enumerar, dieron ejemplos de honradez y de virtud.

En ese malhadado año, de tristísimo recuerdo, una caraqueña, la señora Josefa Palacios, hermana de la madre del Libertador y viuda del valerosísimo general José Félix Ribas, prefirió enterrarse viva, antes que soportar la pre-

---

nation espagnole, les Américains meridionaux résolurent de se suffire à eux-mêmes et d'obtenir par la force ce que la force s'apprétait à leur refuser; et comme l'opposition qui n'est pas sur le champ suivie de succès pousse toujours au delà du but ceux contre qui on l'emploie, l'arrivée et la conduite du général Morillo ont fait proclamer l'Indépendance des Colonies, la création de la République de Colombie, *tandis que dans le principe, il ne s'agissait que d'obtenir quelques réformes de l'administration* (a).

Le général Morillo qui a hautement fixé l'attention de l'Europe depuis cinq ans, que ses ennemis accusent d'une horrible férocité, n'est pas cruel de caractère et ses actions prouvent assez qu'il a des talents militaires indépendamment d'une grande bravoure personnelle. Mais il s'est entièrement trompé sur la nature du théâtre où il venait agir et sur celle des hommes qui l'habitaient: il a suivi une voie qui a tout perdu. Sans aucune connaissance des hommes, sans même se douter que l'étude de ceux à qui il allait avoir à faire pût être du moindre intérêt pour ses succès, il jugea de la guerre qu'il allait entreprendre comme un capitaine de guerrillas. Les pouvoirs dont il était investi étaient tels qu'aucun officier n'en avait eu de semblables depuis l'existence de la monarchie espagnole; rien ne le contraria dans le choix du système qu'il adopta: ce fut celui de la violence, de la guerre la plus sanguinaire, des récriminations les plus sévères. Débarqué au mois d'avril 1815 il s'empara de Margarita et de Caracas en juin et juillet, il assiégea Carthagène qui se defendit jusqu'à la dernière extrémité et ne se rendit que le 5 décembre quand 3.000 personnes y furent mortes de faim. La guerre dès ce moment prit un caractère atroce; la prise de Santa Fe de Bogotá *assurée au mois de juin 1816 et suivie de l'exécution de 600 personnes qui avaient siégé au Congrés et aux gouvernements principaux et dont les opinions passaient pour suspectes, acheva d'exaspérer les esprits à tel point qu'aucune puissance humaine ne saurait aujourd'hui les rapprocher.*—(Nota de 1918.)

(a) El general Pardo olvida los documentos de la época, que prueban lo contrario; entre otros, el Acta de independencia de Venezuela, el 5 de Julio de 1811; olvida la actitud radical de Nueva Granada y otras provincias.

sencia de los opresores y devastadores de su país. Sujeta á achaques de hidropesía y con el corazón henchido de lágrimas, se mantuvo aquella venerable señora por siete años encerrada en un cuarto, acompañada de sus criadas, sin ver á nadie ni recibir otra visita que la del médico que la asistía. El Libertador, que sabía la situación de aquella hermana de su madre, á la que amaba y admiraba por su constancia, habló á Morillo de esta dama en la entrevista de Santa Ana y le suplicó que, á su regreso á Caracas, la persuadiese á dejar su encierro, recomendándosela del modo más estrecho.

Morillo prometió que así lo haría, y, caballerescamente, así lo hizo. Apenas llegó á Caracas, envió un edecán á manifestar á la señora Palacios el encargo que había recibido del general Bolívar y los deseos que á él le animaban de sería útil, acreditando la sinceridad de sus promesas. La señora contestó con entereza: "Diga usted á su general que yo no abandonaré este obscuro rincón mientras mi patria sea esclava; que aquí seguiré hasta que los míos vengan á sacarme anunciándome que somos libres."

De nada sirvieron las insinuaciones de Morillo (1), re-

---

(1) Opiniones del comandante Roussin sobre Morillo.

El general Morillo no fué un saqueador profesional como el miserable general D. Salvador Moxó, á quien Morillo encargó de la Capitanía general de Caracas y se fugó con el tesoro de la Capitanía, dejando con un palmo de narices á sus gobernados, á sus compañeros del ejército expedicionario, á Morillo y al mismo rey don Fernando VII.

Véase, sin embargo, (entre los papeles de Mancini) la acción de Morillo que refiere el comandante Roussin y que es disculpable en parte, porque no se realizó en provecho propio, y porque obedecía á un estado de alma general que consistía en no respetar ni la vida ni la propiedad de los americanos, no por americanos sino por colonos. Y ese estado de alma que podemos llamar metropolitano no es, en justicia, exclusivo de España.

Le général Morillo (escribe Roussin) *comme tous les hommes revêtus d'un grand pouvoir a été en butte à beaucoup d'inculpations; fondées ou non aucune ne lui a été épargnée et il n'a pas réussi à les repousser*

petidas por sus edecanes y por otras personas. La respuesta de la digna esposa de Ribas fué siempre la misma.

Nuestra historia tiene rasgos en todos los géneros de heroísmo que la harán admirable á los ojos desapasionados de la posteridad...!

---

toutes. Pour detourner celle de lapidation, il envoya en 1818 à Madrid les ornemens de la Cathédrale de Santa Fé de Bogotá. C'était un trésor considérable; on citait entr'autre une Custode tellement enrichie de pierreries qu'on l'évaluait à 2 millions de piastres, mais la source d'où provenait les richesses les rendait plus précieuses encore que leur valeur propre: c'était le fruit de la piété des peuples. C'était la proprieté d'hommes de la même religion que celle de leurs vainqueurs du moment, d'une population dont on prétendait vouloir regagner l'affection: *elles devaient donc paraître sacrées à plus d'un titre. Elles causèrent une grande satisfaction à la Cour mais elles n'y produisirent que cela. Ces ornemens furent exposés pendant trois jours aux regards et à l'admiration des courtisans qui à l'exemple d'un grand personnage que son état et l'habit qu'il porte devaient élever contre ce pillage sacrilège, ne cessaient de dire "Vraiment, il n'est qu'un Morillo dans le monde", sans doute cela était fâcheux, car probablement on pensait que s'il y avait eu deux Morillo, il y aurait eu aussi deux* custodes. *Mais n'était-ce pas dejà beaucoup trop d'un homme qui pour cette spoliation impolitique (et honteuse) faisait plus de mal à la cause qu'il devait soutenir, que n'en avait pu faire la perte de la bataille la plus sanglante? Et ne devait-il pas être hautement blamé, puni même, et chargé de rendre sur le champ à leur première destination des objets si criminellement ravis? Loin de là le général en chef reçut des témoignages de satisfaction et ses envois restèrent à Madrid où l'on s'imagina sans doute que les jours de Pizarre et d'Ojeda étaient revenus et que les ornemens de la Cathédrale de Santa Fé de Bogotá étaient les trésors de Cuzco et les dépouilles profanes des temples du Soleil".*—(Nota de 1918.)

CAPITULO XXXIII

1821

I.—El Libertador entrega á Sucre el mando del ejército del Sur.

El Libertador, juzgando que la guerra no ofrecía ya en Venezuela formales motivos de inquietud y recelo, llevó la vista y la atención al estado de cosas en el Sur, y ofició á Valdés por varias veces que activara sus operaciones sobre Quito. Él mismo, como sabemos, se propuso ir hasta Popayán (si los asuntos del gobierno no le permitían pasar más adelante), porque deseaba ver tremolar el pabellón colombiano sobre las rocas volcánicas del Guáitara.

Es digno de particular ponderación el tino seguro, la habilidad que el Libertador tenía en elegir los hombres más propios para los negocios y las situaciones dadas; porque dispuso que con los comisionados para la notificación del armisticio partiese el general Antonio José de Sucre á encargarse del ejército del Sur. ¡Abría el destino las puertas de la gloria á aquel corazón magnánimo en quien el amor á la virtud y á la libertad ocupaba el lugar que el egoísmo y la presunción llenan en las almas vulgares!

Luego ordenó el Libertador que se trasladase Sucre á Guayaquil y desempeñase la importante comisión de

negociar con los gobiernos de Guayaquil, Cuenca y los demás que se hubiesen revolucionado contra el gobierno español, su incorporación á Colombia. Guayaquil no había sido comprendido en el armisticio, porque el presidente de Quito, D. Melchor Aymerich, dijo que dicha provincia dependía del Perú y se había puesto bajo la protección de San Martín. No era cierto el fundamento que alegaba Aymerich; antes bien: Guayaquil componía parte del reino de Quito, que era de la Nueva Granada, y por consiguiente correspondía á Colombia. Mas era indudable que San Martín había enviado á Guayaquil al inteligentísimo coronel Tomás Guido y al coronel Luzuriaga para asegurar la incorporación de esta provincia al Perú y que había un partido interior que favorecía calorosamente tal proyecto. No estando, pues, comprendido aquel territorio en el armisticio, hallábase en riesgo de ser invadido por los realistas de Quito mientras cesaban las hostilidades en otros puntos, y el Libertador conocía muy bien la importancia de defender á Guayaquil por los sucesos posteriores de Colombia.

También recibió Sucre el encargo de agenciar que se le confiriese el mando en jefe de las tropas de los diferentes gobiernos, á fin de obrar con ellas contra los españoles de Quito unidas á la columna colombiana que debía conducir á Guayaquil para afirmar la independencia de aquel departamento. El Libertador confiaba mucho en los talentos y virtudes de Sucre; en su actividad y en cierta dote que poseía de adquirir influjo con quien trataba. Sucre era entonces joven, como de treinta años; pero en él habían madrugado los dones del espíritu, y con la actividad del mozo tenía la reserva del hombre experimentado, el bizarro ánimo de César y la integridad de Catón.

Más adelante veremos cuál fué el rumbo de los asuntos en Guayaquil; bastando por ahora anunciar que Sucre consiguió organizar una expedición que embarcó en el puerto de Buenaventura sobre el Pacífico y llegó á Guayaquil oportunamente para salvarlo.

II.—Se encarga del ejército español el general Latorre.—Llegan de España comisionados especiales á tratar con los gobernantes americanos.

El Libertador se encontraba en Bogotá para el 5 de Enero; allí se detuvo unos días en arreglos indispensables y activando la reunión del Congreso. Luego marchó para el Sur.

En la Mesa recibió un oficio del general Latorre en que le noticiaba la salida de Morillo para España y que él había quedado encargado del mando del ejército realista; también le decía que habían venido comisionados de España directamente para tratar de pacificación. Los comisionados dirigieron al propio tiempo una respetuosa comunicación al Libertador; y como éste creyese que tenían poderes bastantes para terminar la guerra, resolvió diferir su viaje á Popayán y acercarse hacia Caracas con el fin de facilitar la negociación deseada, y sobre todo, para hacerla con mayor presteza y diligencia.

Fué el portador de los pliegos de Latorre y de los comisionados el teniente coronel D. Antonio Van-Halen, á quien el general en jefe recomendó no detenerse hasta no entregar aquéllos á Bolívar.

En los postreros días de Diciembre del año anterior había dado fondo en la Guaira una escuadra española destinada á relevar la que se hallaba de estación en Puerto Cabello. Hacían viaje en ella los comisionados del rey para intervenir en la *pacificación de estos dominios*, siendo sus instrucciones las mismas, poco más ó menos, que Morillo recibiera seis años antes.

En España no se había adelantado nada en tanto tiempo (1).

(1) La Corte de Madrid no vió nunca con claridad en la cuestión americana. La Regencia prodigó invectivas contra nosotros; y las misio-

Los comisionados para Venezuela fueron el brigadier D. José Sartorio y el capitán de fragata D. Francisco Espelius; para Santa Fe, el capitán de navío D. Tomás Urrecha y el de fragata D. Juan Barry, y para el Perú, los capitanes de navío D. Joaquín Goñi y D. Francisco Ulloa.

También hubo comisionados para Chile y Buenos Aires, pero éstos tomaron otra dirección. Fueron para Chile el brigadier D. José Rodríguez de Arias y el capitán de fragata D. Manuel Abreu; y para Buenos Aires, el secretario de S. M. Cortinas, el capitán de fragata don Manuel Mateo y el coronel D. N. Herrera.

El Libertador regresó á Bogotá el 25 de Enero en la tarde, y el 26 despachó á Van Halen con respuesta satisfactoria para los señores Sartorio y Espelius y para el general Latorre. A éste le contestó con aquel modo lleno de civilidad que tan propio y familiar le era.

«Me es muy satisfactorio responder á la carta de V. E. fechada en Caracas el 24 de Diciembre; y mi gozo es más vivo aún, porque sé que es V. E. la persona que está á la cabeza del ejército expedicionario de Costa-firme. Ninguno es más digno que V. E. de llenar, en circunstancias tan delicadas, la doble misión de la guerra y de la paz. Si el cielo me permite abrazar á V. E., como amigo, yo seré el más feliz de los hombres; y si el genio del mal me fuerza á combatir contra V. E., sentiré el dolor más

---

nes de los señores Cortabarría á Puerto Rico, Javier Elio á Montevideo, Benito Pérez á Panamá y de Villegas á Méjico, tuvieron por objeto poner en movimiento todos los resortes para encender la guerra. La Regencia hacía lo que Pisandro en Atenas: sembrar discordias. Pensaba que así le sería más fácil subyugarnos. Después de muchos años, y cuando acciones brillantes de guerra nos habían asegurado la independencia, nuevos comisionados aparecen en nuestras costas. Es cierto que ya no vienen á procurar nuestro exterminio; pero todas sus instrucciones se reducían á *que nos sometiéramos al dulce imperio de la madre patria*. Fernando VII decía que "deseaba seguir llamándose nuestro padre, y emplearse en la felicidad de sus Américas..." En el propósito de la Regencia hubo política, aunque de mala ley; en la aspiración de Fernando, una tan necia porfía é ignorancia, que es imposible definirla.

vivo, viéndome obligado á ser el enemigo de un hombre que no debe ni puede tener por enemigo sino á los tiranos.»—Y en carta particular le decía: «Me doy la enhorabuena, mi querido general, de verlo á usted á la cabeza de mis enemigos; porque nadie es capaz de hacer menos mal y más bien que usted. Usted está llamado á curar las heridas de su nueva patria.—Usted vino á combatirla y va á protegerla.—Usted se ha mostrado siempre noble enemigo; sea usted también el más fiel amigo.»

A los señores Sartorio y Espelius les dijo: que *el Gobierno de Colombia, dispuesto á alcanzar la paz por todos medios, había arrimado las armas para oir la voz de la reconciliación; y que en aquella misma fecha enviaba cerca del Gobierno español comisionados encargados de llevar al pie del trono de S. M. Constitucional los votos del pueblo de Colombia. Nuestros comisionados*—añadía el Libertador—, *los señores José Rafael Revenga y doctor Tiburcio Echeverría, van revestidos de todas las autorizaciones necesarias para concluir un tratado definitivo que regle los intereses respectivos y consolide para siempre el reposo de nuestros conciudadanos.*

En ocasión tan notable, el Libertador dirigió una carta á Fernando VII, *congratulatoria por su advenimiento al trono del amor y de la ley; por haber empuñado el cetro de la justicia para los españoles y el iris de la paz para los americanos, considerando esta circunstancia como la gloria que apetecieran los mayores monarcas del mundo...* Bolívar concluía rogándole *acogiese con indulgencia los clamores de Colombia por su existencia política.*

¡Vanos esfuerzos! En lo que menos pensaba Fernando de Borbón era en ser Rey Constitucional ni en reconocer los derechos del Nuevo Mundo á gozar su independencia.

III.—El caso de Maracaibo.

Un día después de despachado Van Halen, emprendió el Libertador su marcha para Cúcuta. En el camino estaba cuando recibió oficio del comandante general de Maracaibo, Francisco Delgado, noticiándole que aquella ciudad había proclamado su independencia de España y su adhesión á la república de Colombia.

Este suceso era muy grave de suyo y de vasta consecuencia para que pasara sin dar margen á reclamos y desagrados. Desde luego, puede asegurarse que preparó la continuación de la guerra. Latorre ofició á Bolívar exigiéndole que salieran de Maracaibo las fuerzas que allí enviara Urdaneta para sostener el pronunciamiento de la plaza. El Libertador recibió esta comunicación en San José de Cúcuta y contestó (19 de Marzo) negándose á la exigencia de Latorre. En carta particular que se hallará en la colección, decía Bolívar á este jefe:

"*Si alguna vez la posesión de Maracaibo ha sido para nosotros objeto de deseo, hoy es causa de dolor, por la posición equívoca en que nos ha situado. Sin duda, usted me debe la justicia de creer que yo no he tenido la menor parte en la insurrección de aquel pueblo...*"

El Libertador terminaba invitando á Latorre á ir hacia la frontera y tener una explicación en Carache.

"*Yo pienso*—añadía—*que cuantos más motivos haya de ruptura, tanto más circunspectos debemos ser nosotros en la observancia de los tratados y del derecho de gentes; nosotros somos hoy el centro de una inmensa esfera de operaciones en el Nuevo Mundo y el objeto de la atención de todos los espíritus superiores. De resto, nos debemos á nosotros mismos honor y buena fe; y si se comete, por desgracia, una falta accidental, no debemos repararla con nuevas faltas ó nuevas infracciones.*"

Realmente, Bolívar no había tenido parte en el movimiento de Maracaibo, que fué obra de sus habitantes, dispuestos á reconquistar su libertad por la calorosa é infatigable persuasión del eminente patriota Domingo Briceño y Briceño, ayudado de los Delgados, Pedro Lugo y otros (1). Con toda razón se negaba Bolívar á devolver la plaza y hacer salir las tropas que la guarnecían. En la comunicación de oficio que dirigió á Latorre para razonar su negativa, le decía:

San José de Cúcuta, 19 de Febrero de 1821.

Excelentísimo señor:

El acto del gobernador, guarnición, cabildo y pueblo de Maracaibo para sustraerse de la dominación española, ha suscitado entre nuestros respectivos gobiernos una cuestión, al parecer, difícil y peligrosa, pero que no traerá ningún reato, si la deciden el derecho y la justicia.

Empezaré por declarar francamente que he desaprobado la marcha del comandante Heras á aquella ciudad; y que será juzgado, porque ha excedido sus facultades, no aguardando la resolución de su jefe para acoger bajo la protección de las armas de la República á un territorio que pertenecía á la España al suspenderse las hostilidades.

Las protestas y razones consignadas en el acta celebrada en

(1) Domingo Briceño era hermano de Antonio Nicolás Briceño; joven entonces, activo, de una penetración suma y de una tenacidad y constancia incontrastable. En 1810 se había señalado como corifeo de los proyectos de emancipación; Miyares mandó prenderle, pero Briceño se escapó. Ocupado luego en comisiones secretas de la Junta de Caracas, cayó en poder de los realistas y sufrió una larga prisión hasta 1818. Vuelto á Maracaibo, donde su familia estaba, Briceño era la más fuerte columna que poseían los patriotas; y él, en acecho de una ocasión propicia, la halló al fin en 1821 para hacer independiente á su país natal. Briceño contaba con que Urdaneta, maracaibero, protegería el movimiento; y Urdaneta lo protegió, en efecto, no escasamente. A Briceño, gentil y bizarro en las disposiciones de su cuerpo; tribuno elocuente é impetuoso; patriota, sin más ambición que la de ser *libre*, á Briceño, digo, se debió en su mayor parte la revolución de Maracaibo.

Maracaibo, el 28 de Enero, para fundar su resolución, eximen á este Gobierno de todo cargo con respecto á la espontaneidad del acto, y alejan hasta la sombra de mala fe ó infracción del armisticio, por mi parte. El gobierno de Colombia no podía conocer las disposiciones de aquel pueblo contra sus dominadores; no podía ni debía mezclarse en sus quejas, ni decidir su justicia, y no debía, ni estaba á su alcance impedir los efectos del resentimiento para reprimirlo y contenerlo. Así, yo creo que ningún reclamo justo puede intentarse sobre el hecho de la conmoción misma, y que el único motivo aparente de violación existe en el paso impremeditado del comandante Heras. Será, pues, este sólo al que me contraeré, exponiendo á V. E. los principios que lo justifican y que constituyen á este gobierno en la necesidad de sostenerlo. Repito, sin embargo, y suplico á V. E. tenga siempre presente que la justicia y el derecho son las bases sobre que deseo se funde la decisión; y que mi comunicación se limita á exponer estos fundamentos, sin decidir nada hasta que nos hayamos recíprocamente explicado.

V. E. sabe que, entre dos naciones en guerra, el derecho común de gentes es el que se practica, cuando no hay pactos ó tratados particulares entre ellas. Habiendo éstos, su sentido literal es el que se observa; y se entiende permitido todo lo que no está prohibido en ellos. Este principio debe aplicarse más estrictamente cuando la guerra no es entre naciones constituídas, sino entre pueblos que se separan de sus antiguas asociaciones para formar otras nuevas. V. E. sabe también que, entre España y Colombia, no han existido ni existen otros tratados que los del armisticio y regularización de la guerra, y que ellos son la regla á que debemos referirnos, puesto que no se ha considerado ninguno de los dos pueblos sujeto á ningún derecho en todo el largo curso de la guerra.

El armisticio de Trujillo no incluye ninguna cláusula que nos prive del derecho de amparar aquel ó aquellos que se acojan al gobierno de Colombia. Por el contrario, mis negociadores sostuvieron contra los del gobierno español que nos reservábamos la facultad de amparar y proteger á cuantos abrazasen nuestra causa; así, no se hizo mención en el tratado del artículo en que exigía el conde de Cartagena la devolución de desertores y pasados. El armisticio, pues, sólo nos prohibe á entrambas partes el traspaso de nuestros respectivos territorios y las hostilidades.

Establecido este principio, la cuestión queda reducida á examinar si la ocupación del territorio de Maracaibo por una columna de Colombia, el 29 de Enero, ha sido ó no una invasión del territorio español. Para este examen debemos antes convenir en que nuestro actual estado de guerra no ha desaparecido por la suspensión de armas; que hay una inmensa distancia entre el estado de paz y el de tregua, en que la guerra no pierde sino momentáneamente una parte de sus horrores; y por último, que el tratado de armisticio no garantiza, de ningún modo, la integridad de nuestros respectivos territorios, circunstancia muy notable, y que es una de las que distinguen y caracterizan generalmente los tratados de paz.

El acta que tengo el honor de incluir á V. E. en copia es un documento incontrastable: el más espontáneo, formal y solemne con que puede un pueblo expresar su voluntad. El de Maracaibo había proclamado en ella su absoluta libertad é independencia del gobierno español; y ni Colombia, ni las demás secciones de América que combaten contra España, tienen otro derecho ni fundamento para haber tomado las armas, y para pretender y apoyar con ellas su reconocimiento. Si Colombia y las demás secciones de América en guerra forman pueblos separados y no pueden considerarse como parte de la monarquía española, porque los derechos posesivos de la España sobre América no son sino los de la fuerza y de la conquista, y porque éstos cesan de regir cuando cesa la posesión; Maracaibo, puesto en el mismo caso, dejó de ser dominio español desde el 28 de Enero, y las armas de Colombia, ocupándolo, han ocupado un país que estaba fuera de las leyes españolas, que no era ya parte de la nación á que V. E. pertenece, y que estaba en libertad de elegir su forma de gobierno, ó de incorporarse al pueblo que más conviniese á sus intereses.

El derecho de gentes autoriza á Colombia para recibir aquel pueblo é incorporarlo, ó por lo menos, para entablar relaciones con él, de cualquier naturaleza que sean. La España misma ha consagrado este derecho por un acto positivo, ocurrido poco tiempo ha, doblemente escandaloso por el modo y por las circunstancias. Hablo de la ocupación de Montevideo y parte oriental del Rio de la Plata por las armas del Brasil. El Brasil, no en guerra, sino en paz y amistad con la España, reconociendo y habiendo garantizado la integridad de la monarquía española,

invadió y se apoderó de aquella parte del Río de la Plata, la retuvo en su poder, á pesar de los reclamos de la España, que no por esto creyó violados sus tratados, ni rota la paz que existe entre ambos pueblos. El Brasil no ha sostenido su justicia para este paso, sino en la razón de que el territorio ocupado estaba separado de la España y formaba ya un pueblo diferente.

Debo repetir y hacer observar á V. E. la diferencia que hay entre dos naciones amigas, y dos que no lo han sido, y que por el contrario combaten obstinadamente, sin sujetarse á vínculo alguno precedente á la guerra, dando por nulos y disueltos todos los que existían; y la diferencia esencial que hay de haber ocupado un país por la voluntad é invitación expresa y encarecida del pueblo, como ha hecho Colombia, en el caso de la cuestión, y ocuparlo por la fuerza contra los poseedores que lo resistían y contra los derechos de dos pueblos amigos, como eran Buenos Aires y España, en el caso del Brasil. Y si éste no violó sus tratados solemnes de paz y garantía con la España, ni dió causa á la guerra, ¿podrá decirse infringido el armisticio de Trujillo por un acto infinitamente menos grave? La conducta de las naciones entre sí es lo que constituye el derecho de gentes; la del Brasil y España, que refirieron sus reclamos á negociaciones y no á hostilidades, debe servirnos de regla para fundar la nuestra, y decidirla por la razón y el derecho, no por las armas.

Mas si ninguna de estas consideraciones es suficiente para convencer á V. E. de la legitimidad de mi derecho á proteger á Maracaibo, yo adoptaré un medio que ha sido en otros casos muy aplaudido. Nombremos árbitros por ambas partes, y defiramos á su decisión. Por mi parte, cumplo mi oferta de Santa Ana: será el señor brigadier Correa (1).

Ante todo es de mi deber preguntar á V. E. de un modo positivo y claro:

1.° Si en caso de no volverse á Maracaibo, habrá un rompimiento de hostilidades, sin esperar el término del armisticio.

2.° Si deberá participarse cuarenta días antes, ó romperse las hostilidades desde luego, sin esta notificación.

3.° Si los cuarenta días deben contarse desde el día en que se manda la notificación, ó desde aquel en que se recibe.

---

(1) Militar español, hombre humano y justiciero que combatía contra nosotros, en pro de la potestad española. *(Nota de 1918.)*

4.° Si se debe notificar á cada comandante de cuerpo de ejército ó división, con los mismos requisitos que al general en jefe, y con el mismo plazo.

Mi conducta, señor general, será igual á la que V. E. observe, tanto en Venezuela como en Cundinamarca y Quito.

Dios guarde á V. E.

Bolívar.

Aunque larga esta comunicación, se publica íntegra, porque es de aquellas que no pueden extractarse ó reducirse.

Era muy considerable para los patriotas el peligro de retirar las tropas, porque se hería mortalmente el entusiasmo en momentos en que sólo estaban suspendidas, no terminadas, las hostilidades. La prudencia debe medir los daños con los bienes; y aunque jamás se haya de faltar á la justicia, es preciso advertir que obrará con desacierto el magistrado que por un nimio escrúpulo haga nacer el descontento entre los ciudadanos y el desaliento entre sus tropas. ¿Cómo habrían recibido los patriotas de todo el Continente la entrega de la heroica Maracaibo á la España? ¿Y qué rumbo habrían tomado, en su despecho, los mismos maracaiberos? Aquella *ligera* concesión que pretendía Latorre, habría ocasionado tal vez la ruina de la República; que un pequeño gusano roe el corazón á un cedro. Y no vale alegar que las fuerzas que mandaba Heras y por cuyo medio cooperó Urdaneta á la transformación de Maracaibo podían, sin inconveniente, evacuar la plaza; porque de tal suerte se trabaron y ajustaron las cosas, que mover las tropas equivalía á retirar la protección al pueblo y librarlo al odio de los peninsulares (1).

(1) Bien miradas las cosas, y sin olvidar ni la situación de los patriotas, ni que se luchaba por la existencia de la patria, ni la importancia económica, política, geográfica y militar de Maracaibo, desde el momento que se regularizó la guerra y se firmaron convenios dentro del derecho de gentes, Bolívar, á pesar de todos sus brillantes sofismas, obró malamente desde el punto de vista legal, quedándose con Maracaibo, aunque esto conviniera, y aunque la presión de las circunstancias lo obligara á ello.—*(R. B.-F.)*

IV.—Las razones privadas de Bolívar para romper el armisticio.

Tan seguro estaba el Libertador en la fuerza de sus razones, que no vaciló en proponer al general Latorre que se decidiese la cuestión por árbitros, y nombró de su parte al brigadier español D. Ramón Correa, subalterno de Latorre. Éste, que creía tener el derecho de su parte, y que para todo evento contaba con 12.000 soldados aguerridos y bien disciplinados, no blandeó en la cuestión, y el Libertador desde Boconó de Trujillo le intimó la renovación de las hostilidades (10 de Marzo) y fué señalado el 28 de Abril para la apertura de la campaña.

Cuando el Libertador intimó á Latorre, desde Boconó, la renovación de la guerra, dispuso que los cuerpos de caballería que había en Trujillo marchasen á Barinas y que Urdaneta organizase en Maracaibo una expedición contra Coro; dió orden al general Soublette para invadir la provincia de Caracas; al coronel Carillo para obrar por el Tocuyo y Barquisimeto y él se trasladó á Barinas, por donde meditaba abrir las operaciones. En seguida pasó á Achaguas para tratar de la incorporación de Páez á sus tropas y regresó á Barinas á disponer el movimiento.

Preparábase la batalla de Carabobo: ¡la Farsalia de Colombia!

Muchos han censurado el paso del Libertador cuando intimó á Latorre la cesación del armisticio. El mismo jefe expedicionario lo calificó de *inesperado é inconcebible*, y Restrepo no teme asentar que *con justicia se tildó de inconsecuente su conducta.* Parece hallarse la explicación del proceder de Bolívar en una carta de éste á White, fechada en Barinas (6 de Mayo) en la que, hablándole de la terminación del armisticio, le decía:

«No es posible permanecer más tiempo en la inacción, mientras no se nos dé como recompensa segura el reconocimiento de la independencia. He tanteado todos los medios imaginables por saber si los comisionados españoles (Sartorio y Espelius) estaban autorizados para ofrecérnosla, y al fin he visto con dolor que la España, siempre mezquina, no los ha autorizado como era de esperarse... Yo no creo prudente completar la ruina de mi patria difiriendo más la decisión de la contienda. Jamás se me ha presentado una campaña bajo un aspecto tan favorable como la presente. Todo conspira contra los enemigos y todo nos favorece. Sus tropas, aunque no son débiles en número, no tienen la fuerza moral, *que es la verdadera fuerza de un ejército*, mientras que nuestros soldados se creen invencibles», etc.

Aquí tenemos, pues, la clave. Sartorio y Espelius habían venido sin las facultades necesarias para impedir la continuacion del curso lamentable de la guerra; el Rey de España pretendía buenamente nuestro sometimiento, y en semejante caso, ¿para qué aguardar más tiempo? Unos días que faltaban de armisticio no entraban por nada en la consideración de Bolívar, quien, por otra parte, tenía el derecho de renovar las hostilidades cuando lo creyera conveniente. El armisticio no era sino un paso hacia la paz, y la paz para nosotros era la independencia. Desde que ésta, pues, no se alcanzara por la negociación, se hacía necesario alcanzarla por las armas. *Pace suspecta tutius bellum*, decía Tácito; y con razón, porque la paz que no es segura es un peligro constante y ocasión de ruina cierta.

V.—La propaganda en Europa.

Al abrir la campaña, el Libertador aseguraba no temer sino una sola cosa: los engaños y falsedades de los enemigos en Europa, por la influencia que pudieran ejercer en el ánimo de nuestros enviados.

La consideración de que puedan ser sorprendidos con noticias falsas me atormenta, escribía á White desde Barinas, y me obliga á recurrir á usted para que sea *el órgano del desengaño.* Usted es bien conocido de todos ellos, y sólo las relaciones de usted pueden desvanecer la impresión que causen las imposturas españolas. Recomiendo y suplico encarecidamente á usted que por Gibraltar ó por cualquiera otra vía, y por todas ocasiones, escriba á Revenga y á Echeverría á Madrid, informándoles cuanto sepa y remitiéndoles nuestros papeles, que he mandado le envíen á usted por duplicado para que los tenga abundantes y con seguridad. Usted puede contradecir y negar todas las victorias que los enemigos se atribuyan, en la confianza de que yo mismo participaré á usted los reveses que suframos para que los transmita también en su verdadero color. Sólo usted pudiera tranquilizarme de las inquietudes que me causa el temor de un comprometimiento de Zea, ó de Revenga y Echeverría en circunstancias en que somos nosotros y no la España los que debemos dictar el tratado de paz y reconocimiento.»

¡Preciosa bajo todos aspectos es la correspondencia privada del Libertador! ¡Cuánta penetración revela, cuánto saber, cuánta facultad activa; y con esto, qué fervoroso, qué delirante patriotismo!

VI.—La conquista de los espíritus.

Dejó el Libertador el Cuartel General de Barinas (25 de Abril) y marchó en dirección hacia Guanare. Antes habló á los españoles, á los colombianos y á los soldados del ejército libertador. A los primeros les dijo en una proclama:

Españoles!

Vuestro general en jefe os ha dicho que no queremos la paz; que hemos infringido el armisticio; que os despreciamos. Vuestro general se engaña. Es el Gobierno español el que quiere la

guerra. Se le ha ofrecido la paz por medio de nuestro enviado en Londres, bajo de un pacto solemne; y el duque de Frías, por orden del Gobierno español, ha respondido *que es absolutamente inadmisible*. Españoles: ¿no es vuestro Gobierno el que pretende nuestra sumisión á costa de vuestra sangre? ¿No es vuestro Rey el que os desprecia enviándoos á un sacrificio infalible?

Españoles: á pesar de todos los graves dolores que nos causa vuestro Gobierno, seremos los más observantes del tratado de regularización de la guerra. La pena capital se aplicará al que lo infrinja, y vosotros seréis respetados aun en el exceso del furor de vuestra sed de sangre. Vosotros venís á degollarnos, y nosotros os perdonamos; vosotros habéis convertido en horrorosa soledad nuestra afligida patria, y nuestro más ardiente anhelo es volveros á la vuestra.

A los pueblos de Colombia les dijo:

Colombianos!

Más de un año entero ha pasado la España en libertad, sin que su Gobierno haya ordenado el término de su tiranía en Colombia. Hemos oído sus palabras de paz con gozo, las hemos acogido con transporte y dirigido nuestros enviados á Madrid á tratar de la paz, que estaría derramando sus bendiciones sobre este suelo desolado si la España la hubiera querido eficazmente; pero no, no ha oído las dolientes quejas de la humanidad, con el grado de interés que debía inspirarle su propia conciencia y su reposo.

Á los soldados del ejército libertador les recomendó la observancia del tratado de Trujillo, que regularizaba la guerra; y asegurándoles la victoria final que esperaba alcanzar: Soldados, les dijo:

Las hostilidades van á abrirse dentro de tres días; porque no puedo ver con indiferencia vuestras dolorosas privaciones.

Todo nos promete una victoria final, porque vuestro valor no puede ya ser contrarrestado. Tanto habéis hecho, que poco os queda que hacer; pero sabed que el Gobierno os impone la obligación rigorosa de ser más piadosos que valientes.

Sufrirá pena capital el que infringiere cualquiera de los artículos de la regularización de la guerra. Aun cuando nuestros enemigos los quebranten, nosotros deberemos cumplirlos para que la gloria de Colombia no se mancille con sangre.

Obsérvese que la *guerra á muerte* procedió de los jefes españoles en los días de su poder y sus victorias aun sin haberla declarado expresamente (1); que Bolívar la declaró en consecuencia y la sostuvo en los años de su abatimiento y sus desgracias; que preparándose á la generosidad, antes de la victoria, ofreció en Ocumare (6 de Julio de 1816) perdonar á los que se rindiesen *aun siendo españoles*, y que proscribió, en fin, en los días de su triunfo y de su preponderancia la muerte de los rendidos y de los prisioneros, la guerra de exterminio, dando decretos humanos que cumplía con religiosidad y obligando á los enemigos á humanizarse ellos mismos. Por fortuna, éstos no eran ya Boves y Antoñanzas, sino Latorre y Correa, hombres de honor y sin afectos malévolos, en quienes hablaba alto la voz de la humanidad. ¡Cuánto distaban estos tiempos de aquellos de sangre y lágrimas...!

VII.—San Martín participa al Libertador que el batallón venezolano «Numancia» entra al servicio del Perú.

En Trujillo (5 de Marzo) tuvo el Libertador la fausta nueva de que el batallón "Numancia", creado en Venezuela por Yáñez en 1813 y compuesto sólo de venezolanos, había dado el grito de insurrección contra la España en el Perú y puéstose á las órdenes del protector San Martín. Esta noticia y la de la fuga del virrey Pezuela de Lima las daba el comandante de la costa del Pacífico

(1) Vol. I, cap. VIII.

al comandante general del Cauca. Después recibió el Libertador una hermosa comunicación de San Martín en la que, adjuntándole un boletín oficial, le detallaba el suceso del batallón "Numancia" y le decía que había incorporado á su ejército este cuerpo con el título de *leal á la patria* (1).

VIII.—Nariño es nombrado vicepresidente de Colombia.

Estando aún en Trujillo visitando las fuerzas y preparándose para reconocer los acantonamientos de Apure y de Barinas supo el Libertador la grave enfermedad del doctor Roscio. El Congreso no estaba aún reunido, y las atenciones de la campaña que iba á abrirse y que se anunciaba como decisiva, no le permitían volver á Cúcuta. Bolívar nombró, pues, como vicepresidente interino al general de brigada Luis Eduardo Azuola, secretario de Hacienda que era entonces; y encargó el despacho de esta secretaría al doctor Alejandro Osorio, mientras llegaba Gual, que había sido nombrado en propiedad. En Achaguas supo el fallecimiento de Roscio, que tuvo lugar el 13 de Marzo, y como se le avisase que Azuola estaba enfermo, el Libertador nombró vicepresidente interino de Colombia al célebre general de división Antonio Nariño (4 de Abril), que se había escapado de España y regresaba por Angostura y los llanos de Apure á Bogotá, su patria. Azuola murió en efecto el 13 de Abril, y mientras llegó Nariño estuvo acéfalo el Poder Ejecutivo (2).

---

(1) Véase en la *Correspondencia general* la carta del 26 de Marzo de 1821.

(2) Respecto á Nariño, personaje de relieve en la historia de Nueva Granada, consúltese la obra de D. EDUARDO POSADA: *El Precursor;* Bogotá, 1903. Esta obra tiene muchos ducumentos impor-

Cuando acaeció desdichadamente la muerte de Azuola, faltaban ya pocos miembros para instalar el Congreso. Mas ¿quién presidiría la instalación?—se preguntaban.—Bolívar estaba ausente, haciendo preparativos para la guerra, y se ignoraba que hubiese nombrado vicepresidente. En esos momentos se apoderó de muchos de esos hombres que no saben conducirse sin ser dirigidos, una especie de la desesperación; y el que no acusaba al Libertador de mirar con desprecio al Congreso, le tildaba de inadvertido; sin reparar que había sido Bolívar el más empeñado en reunir la representación nacional y en dar á Colombia las garantías constitucionales que anhelaba. A la enfadosa circunstancia de ignorarse el nombramiento del general Nariño para vicepresidente, vino á añadirse otra más acerba aún, cual fué la escasez que padecían varios diputados estrechos de medios, que no contaron con las demoras que inevitablemente ocurren. Estos llenábanse á sí mismos de desazón y á los demás de enfado. Inútil es decir que esas penurias se achacaban á Bolívar, que se absorbía todo en la guerra y no ocurría á la subsistencia de los representantes... Pero tal censura era infundada. El Libertador pensaba en todo y se anticipaba á todo. Escribiendo confidencialmente al doctor Gual, ministro de Hacienda, le decía:

"*Tome usted para el Congreso los caudales que vienen para el ejército, porque dentro de poco la mitad de los soldados habrá muerto y la otra mitad no necesitará de nada, vencedora ó vencida... Y no es justo que el Congreso se disuelva por falta de lo necesario*" (1).

No descuidaba, pues, Bolívar de proveer á los medios para la conservación de la Asamblea Constituyente de Colombia. En aquellas circunstancias, ¿podía hacer más?

---

tantes. También el Sr. Pérez Sarmiento, cónsul de Colombia en Cádiz, ha hecho imprimir, en aquella ciudad, un volumen de documentos que se refieren al general Nariño. *(Nota de 1918.)*

(1) Véase entre las cartas de Bolívar esta importante carta que tiene muchos particulares del mayor interés.

La presencia de Nariño en Cúcuta hacia los últimos días de Abril, calmó por dicha la ansiedad de los diputados querellosos, y el Congreso pudo celebrar su instalación el 6 de Mayo, en el salón destinado para sus sesiones, que fué la sacristía de la iglesia parroquial de la Villa del Rosario.

IX.—Se reune el Congreso de Colombia en el Rosario de Cúcuta.

El Libertador se hallaba en Barinas el día de la instalación del Congreso; mas había despachado anticipadamente á uno de sus edecanes para que presentara en el primer momento de la reunión de aquel cuerpo el oficio que le dirigía. Dicho oficio, contentivo de su congratulación y de su renuncia, decía así:

Cuartel general del Libertador en Barinas... 1821.

Señor:

El acto augusto de la instalación del Congreso general de Colombia, compuesto de los representantes de veintidós provincias libres, ha puesto el colmo á mis más ardientes votos. La República, fundada ahora sobre la más completa representación de los pueblos de Cundinamarca y Venezuela, se elevará á la cumbre de la dicha y de la libertad á que aspira esta nación; y yo, al ver que los legítimos depositarios de la soberanía del pueblo ejercen ya sus sagradas funciones, me juzgo eximido de toda autoridad.

Nombrado por el Congreso de Venezuela presidente interino del Estado, y siendo vuestra representación la de Colombia, no soy yo el presidente de esta República; porque no he sido nombrado por ella; porque no tengo los talentos que ella exige para la adquisición de su gloria y bienestar; porque mi oficio de sol-

dado es incompatible con el de magistrado; porque estoy cansado de oirme llamar *tirano* por mis enemigos, y porque mi carácter y sentimientos me oponen una repugnancia insuperable (1).

Dignaos, señores, acoger con toda vuestra bondad mi más reverente homenaje, la profesión que os hago de mi más cordial adhesión, y el juramento más solemne que os presto, de mi más ciega obediencia. Pero si el Congreso soberano persiste, como lo temo, en continuarme aún en la presidencia del Estado, renuncio desde ahora para siempre el glorioso título de ciuda-

(1) El estilo, el espíritu y la obra del Libertador ejercieron, desde temprano, influencia, tanto en los revolucionarios de América como en los de Europa. Otros personajes de cuenta brillaban en el drama de América. Sin embargo, contra Bolívar solo enviaba España, una y otra y otra vez, sus mejores tropas y sus más numerosos buques; sólo el nombre de Bolívar, desde temprano, y á pesar de los esfuerzos beneméritos de otros guerreros y otros estadistas, simbolizó ante Europa la independencia americana. Ni el capricho ni la casualidad—suposiciones absurdas, que no hubieran resistido á los años—tuvieron parte en ello. Por el momento, contentémonos con saber que el hecho existe, como existe el hecho de que el sol impide lucir los demás astros.

Quiroga y Riego proclaman y hablan ó escriben, en España, por el patrón de Bolívar. Para convencerse no hay sino leer escritos de estos jefes liberales y compararlos con los del Libertador: el espíritu es el mismo. El ejército toma el nombre de "ejército libertador", como el de Bolívar. El ejército se negó, como es sabido, á embarcarse para América. Aparte las razones de política interior que concurrieran á tal paso, chocaba á aquellos hombres el ir á imponer en el Nuevo Mundo las ideas absolutistas que abominaban en Europa y de las que eran víctimas. Además, esas ideas de libertad soplaban precisamente del Nuevo Mundo. Hasta en los detalles se advierte que los liberales españoles miraban con simpatía hacia América en 1820: la entrada solemne que se preparó á Riego en Madrid, después de la entrada privada, es trasunto de la entrada solemne que se preparó á Bolívar en Bogotá (1819) después de su entrada á la calladita el 10 de Agosto, en persecución del virrey Sámano.

Los revolucionarios de Nápoles, en 1821, gritaban: "libertad ó muerte". Era el mismo lema que llevaban inscrito en sus banderolas los soldados de Bolívar.

Canning no es un revolucionario, sino un ministro, aunque conservador, que no tiene miedo á las innovaciones. Pues bien: Canning, en la serie de medidas que tomó respecto á la libertad para los negros de las Antillas, revela la influencia del liberalismo especial de la revo-

dano de Colombia, y abandono de hecho las riberas de mi patria.

Soy, señor, con la más profunda sumisión y respeto, vuestro más humilde súbdito.

Simón Bolívar.

El Congreso dió al Libertador una hermosa contestación sin admitirle la renuncia.

---

lución sur-americana, ya para esa fecha (1822) vinculada en la persona de Bolívar.

El 24 de Agosto de 1820 estalla un movimiento revolucionario en Oporto. El 29 ocurre otro movimiento en Lisboa. Las Cortes, que no se habían reunido hacía un siglo, son convocadas por los revolucionarios. La Regencia viene á tierra. Las Cortes proclaman una constitución liberal, como en España; se abolieron los restos del feudalismo; suprimióse la Inquisición; se estableció la igualdad ante la ley, la libertad de imprenta y—base del principio democrático—la aptitud de cualquier ciudadano para cualquier cargo del Estado.

Era el espíritu de 1789, que había pasado de Francia á América y que América inoculaba ahora, á su turno, en Europa.

Por lo demás, Emilio Olivier, el ministro de Napoleón III, constata la influencia de América y de su héroe representativo en toda la Europa revolucionaria de la época:

«*Le chef que les colonies insurgées acceptèrent* (escribe Olivier) *le colombien Bolivar, reunissait tous les dons qui exaltent les imaginations: il était également brillant comme homme, comme orateur, comme écrivain, comme soldat. Salué du nom de Washington de la Amérique du Sud, il paraissait à beaucoup d'enthousiastes, superieur au Washington du Nord. Son nom, symbole d'independance et d'héroïsme, exalté en Europe non moins qu'en Amérique, circulait parmi les peuples mecontents et les ranimait.*» (Emile Olivier: *L'Empire libéral;* vol. I, págs. 122-123.)

En América se imita al Libertador. La expedición chileno-argentina al Perú, en 1820, fué bautizada "expedición libertadora". Bolívar decía en 1821: "Estoy cansado de oirme llamar *tirano* por mis enemigos." El ilustre general San Martín repetirá las propias palabras en 1822. También él, dice, "estaba cansado de oirse llamar tirano".

Estas coincidencias y el prestigio del héroe,—que no hará sino crecer y crecer después que Bolívar selle la libertad definitiva del continente en Junín, Ayacucho y el Callao,—no prueban sino una cosa: que cuando aparece una personalidad de tanto relieve, un temperamento de tanto brío, un hombre de tanto genio como Bolívar, su influencia es tan grande sobre contemporáneos y pósteros, que hasta en donde menos se piensa encuéntrase el sello del coloso. *(R. B.-F.)*

«No puede recordar el Congreso, *le decía*, sin una emoción de tierna gratitud, que al constante valor y perseverancia de V. E. ayudados de las gloriosas victorias obtenidas por los dignos defensores de Colombia y por los generosos sacrificios de los pueblos, debe hoy la Nación verse legalmente congregada y en aptitud de pronunciar sus voluntades. La memoria de V. E. irá siempre reunida á la historia de la Representación Nacional, y sus leyes serán otros tantos recuerdos de los tiempos en que los valientes soldados de la República, acaudillados por V. E., hicieron cumplidos los votos de los pueblos y aseguraron la esperanza de su futura prosperidad.»

Estos conceptos calmaron el resentimiento de que se hallaba poseído el Libertador por las declamaciones privadas de algunos diputados imprudentes.

El Congreso se ocupó luego del estudio de la ley fundamental. En el ejercicio de sus poderes legales, el Congreso de Cúcuta gozó de la más amplia libertad. Bolívar no quiso que tropa alguna, ni jefes, ni oficiales se acercasen á la villa del Rosario. Él no manifestó opinión sobre las materias constitucionales que se ventilaban, y con su ejemplo y con su palabra enseñó el respeto debido á la independencia del Poder legislativo.

CAPITULO XXXIV

1821

I.—El Libertador, ante las fuerzas extraordinarias de la Naturaleza en la América de los trópicos, compara las dificultades vencidas y el heroísmo de los guerreros americanos con los hechos de los antiguos.

Cuando salió el Libertador de Barinas para Guanare con parte del ejército que debía quedar dueño del campo en Carabobo, se vió obligado á detenerse dos días en un lugarejo llamado "La Yuca", porque la creciente extraordinaria del río de este pueblo impidió la continuación de la marcha. Llovía á chorros, y la casilla donde estaba alojado el Libertador con Salom, Pérez, Briceño y otros oficiales, se mojaba tanto, que ya no había paraje ni lugar seco donde situarse. Dió aquello motivo á varias reflexiones sobre la dificultad de hacer la guerra en América y los inesperados contratiempos que se presentaban para destruir los mejores y más bien combinados planes; ponderóse la fuerza de nuestra Naturaleza gigantesca, donde la lluvia transforma en mares los arroyos, donde los árboles se empinan hasta el cielo y la tierra ostenta un poder de creación asombroso, y el Libertador decía á sus compañeros:

"La historia refiere que César y Aníbal marchaban al

frente de sus tropas á pie, con la cabeza descubierta, al sol y al agua; pero esos grandes capitanes no hicieron la guerra en la zona ardiente, donde el clima y las condiciones topográficas lo modifican todo. La retirada de los griegos, que tanto se elogia por la constancia y el valor con que sufrieron el rigor del cielo en las montañas de Armenia, no es, sin embargo, comparable á la invasión de la Nueva Granada, tramontando las tropas la cordillera de los Andes y pasando ríos caudalosos, sin puentes; páramos, sin abrigo; inmensos esteros, sin alimento. ¿Recuerda usted, Salom, la alegría del ejército cuando en Betoyes se le racionó de plátanos?... Puede decirse que había dos días que no comía. Ese ejército, sin embargo, no se quejaba. Seguía proporcionando la constancia á los trabajos, porque se le había dicho que iba á destruir á los tiranos. Cuando se escriba la relación de nuestros combates y se cuenten los prodigios de valor de nuestros soldados, su aliento en todas las adversidades, la historia antigua, llena de héroes y de pinturas exageradas, perderá gran parte de su importancia, porque se verá excedida con verdad..." (1).

Refiere Salom que era tanta la humedad, que estaban como entumecidos todos y resfriados, y el Libertador no tuvo con qué mudar su vestido (2).

---

(1) Manuscrito del general Salom, adjunto á sus itinerarios y campañas.

(2) El invierno de los trópicos es, como se sabe, la estación de las lluvias. Dura seis meses, de Mayo á Octubre; lo que no quiere decir, por otra parte, que llueva diariamente. Llueve, sin embargo, mucho. Los grandes ríos se desbordan sobre las llanuras, y vastísima región del país pierde su carácter y se convierte en lago ó series de lagos que se unen entre sí por lodazales y ciénagas de leguas. Esta región que se descaracteriza de tal suerte es la de nuestras pampas, en la vecindad de ríos como Orinoco y Apure. Los llanos de Venezuela se dilatan por una extensión de 9.000 leguas cuadradas, según los estudios de Codazzi; estas 9.000 leguas cuadradas de llanuras tienen un nivel sobre el mar que varía entre 109 metros en Apure, como mínimo, y 204 en Cumaná, como máximo. Están cruzadas por infinitos ríos. De esos ríos que fertilizan la llanura son navegables todo el año algunos como el

¡Todo era entonces trabajo, ímproba tarea, descomodidad y peligro!

El Libertador llegó á Guanare (19 de Mayo), donde recibió aviso de que se acercaban ya las fuerzas del general Páez.

Y recibió también allí la respuesta del Congreso á su mensaje. En el acto el Libertador volvió á dirigirse á aquel cuerpo, diciéndole que:

"*Instado de los clamores con que su propia familia y las de algunos de sus amigos y compañeros de armas se lamentaban por la miserable situación en que se hallaban, se había tomado la libertad de librar, en el año 1819, una orden á su favor y contra las cajas públicas de Bogotá, por catorce mil pesos, cuyo libramiento se había satisfecho; que la ley de repartimiento de bienes nacionales le asignaba 25.000 pesos, como general en jefe, dándole derecho para esperar asignaciones y gracias extraordinarias; que la ley sobre sueldos de empleados le asig-*

Orinoco, el Apure, el Arauca, el Portuguesa, etc., etc., etc.; otros, como el Guárico, el Tucupido, el Acarigua, el Camagua, etc., etc., etc., sólo son navegables en la época de las lluvias. Durante las lluvias la llanura pierde en muchas regiones, como se dijo, el carácter de mar de gramíneas, sellado de rebaños vacunos y caballares, que le es peculiar; los rebaños y las alimañas emigran á regiones más altas y quedan los llanos bajos cubiertos de agua con un espesor que llega hasta dos brazas. "Luego que se efectúa esta transformación—informa un escritor de Calabozo, capital de las pampas del Guárico—aparecen en la llanura los bajeles de todos tamaños: bongos, canoas de junco cienaguero, balsas y piraguas veleras. Entonces el espectáculo es de lo más pintoresco y singular: discurren en todas direcciones los bajeles por entre palmares y por las calles de muchas poblaciones, donde las casas son construídas sobre estacadas..." (DANIEL MENDOZA: *El Llanero*, pág. 26; ed. de Madrid, 1918.)

El anotador se detiene en tales detalles para que todo el mundo pueda formarse idea geográfica de una de las regiones donde Bolívar y sus tenientes hicieron múltiples campañas. En los llanos inundados, atravesándolos durante días y días con el agua á la cincha, empezó el Libertador la segunda campaña de 1819, que terminó en el virreinato de Nueva Granada, tras la región de los páramos y las nieves perpetuas. *(R. B.-F.)*

naba 50.000 pesos como presidente de la República desde 1819; pero que él renunciaba aquellos derechos y acciones que no había recibido, dándose por satisfecho de ellos por los 14.000 pesos tomados en Bogotá.—El objeto á que los destiné, concluía el Libertador, *y las sagradas obligaciones á que satisfice con ellos, me han recompensado ampliamente de los derechos que renuncio á favor del Tesoro público.*"

El Congreso, admirando este rasgo generoso, y queriendo competir con el Libertador en magnanimidad, le repuso por un acuerdo extraordinario: *Bien puede el Libertador Simón Bolívar renunciar ante el futuro Congreso los sueldos, gracias y asignaciones que le tocan por las leyes; pero teniendo presente su amor á la libertad, su constancia infatigable por defenderla, su integridad y desprendimiento, jamás podrá renunciar á la gratitud de Colombia, que es su mejor patrimonio.*

Jam fuit...! nec post unquam revocare licebit.

(LUCRET. III.)

II.—La batalla de Carabobo.

En Guanare supo el Libertador que Latorre había llegado con fuerzas hasta Araure y que de allí replegó á Valencia. Resolvió en el acto sacar provecho de aquella operación, ocupando á San Carlos, y dió esta comisión al general Cedeño.

Soublette, que debía auxiliar el movimiento principal que ejecutaba el Libertador, había ordenado á Bermúdez marchar sobre Caracas, y á Monagas que auxiliase á Zaraza en sus operaciones sobre Calabozo. Tal disposición fué por extremo acertada; porque Bermúdez debía

llamar poderosamente la atención de Latorre hacia la capital.

En efecto, tuvo éste que desmembrar su ejército, enviando el 2.° batallón de Valencey en apoyo del brigadier Correa, quien no pudo resistir en Caracas y abandonó esta ciudad por fin. Además, Morales tuvo que venir á Aragua con 800 hombres, y las fuerzas realistas se diseminaron, debilitando Latorre el grueso de su ejército que se oponía al principal de los independientes, á cuya cabeza se hallaba el Libertador.

Bolívar estableció su cuartel general en San Carlos el primero del mes de Junio, y allí esperó los diferentes cuerpos que debían reunírsele. Páez fué el primero que llegó al frente de mil jinetes, lo más selecto de los valientes de Apure. Dos días después arribaron las demás tropas de su hermosa división. Más tarde llegó Urdaneta.

Latorre había asentado su campo en las llanuras de Carabobo.

En este memorable sitio había batido Bolívar el año 1814 á Cagigal y Ceballos, y allí debía batir, siete años después, á Latorre, destruyendo para siempre el poder español en Venezuela.

El 20 de Junio se movió el Libertador de San Carlos; el 23 se reunieron las divisiones (6.000 hombres) en los campos de Tinaquillo, y el 24 se marchó sobre el cuartel general enemigo.

A las once de la mañana se oyó la orden de ataque. Rompióse el fuego. Mandaba la acción en persona Bolívar. Una hora, no más, duró el combate, y fué bastante... Los indomables guerreros colombianos terminaron con aquella célebre jornada la guerra de Venezuela.

Murió al fin del combate el general Cedeño, *valiente de los valientes*, queriendo precipitarse casi solo sobre una masa de bronce de infantería española. Una bala le hirió en el centro de su gran corazón. Cayó súbitamente con el sable empuñado; y aquel cuerpo que había sido feliz y precioso depósito de valor heroico, quedó tendido

en el campo de Carabobo para cubrirse de gloria en la inmortalidad. Igual suerte tocó al valerosísimo coronel Ambrosio Plaza, que también solo, se empeñó en rendir á *Valencey*, y fué herido de muerte, exhalando luego el último aliento de su perseverancia en la lealtad y en el amor de nuestra santa causa (1).

---

(1) Como Larrazábal no es militar, sus narraciones de campañas y batallas dejan tanto que desear que nos quedamos en ayunas, ó poco menos, después de leer su obra, sobre lo que valiera Bolívar como estratega y como táctico. Para comprender la admirable campaña de 1821, que tuvo por término la victoria de Carabobo, consúltese el estudio de D. Vicente Lecuna: *La campaña de Carabobo y la diversión de Bermúdez* en la obra CAMPAÑAS DE BOLÍVAR *(París-Ollendorff)*. Consúltese también el estudio del general Lino Duarte Level, estudio titulado: *La campaña de 1821*, en su obra *Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela (Madrid, casa Editorial-América)*. «El éxito de la batalla de 1821—resume el general Duarte Level—no fué el producto de la fortuna ó buena suerte, ni de la audacia como la de 1819. Ella se estudió con frialdad, se meditó en todos sus detalles, se ejecutó sobre un plan fijo, con término y objeto indicados de antemano, con movimientos combinados científicamente, y hasta se indicó el lugar en que se daría la batalla final." (Ob. cit., pág. 348.)

En cuanto al paso de los Andes en 1819 y la batalla de Boyacá, léanse las *Memorias de un oficial de la Legión británica (ed. Editorial-América)*, obra—aunque publicada anónima, con el título *Campaings and cruisers in Venezuela and New Grenada*—del legionario inglés capitán William D. Mahoney. Léase también, para conocer la campaña de Bolívar sobre los Andes granadinos en 1819, al general argentino Mitre: el capítulo XLIII de su Historia de la emancipación Sud-americana. Dice Mitre:

"La inundación de los Llanos, que facilitaba la ejecución del plan de Bolívar para invadir la Nueva Granada, por cuanto detenía á Morillo en sus acantonamientos, dificultaba su marcha para reunirse con Santander en Casanare. Tenía que atravesar una vasta extensión cubierta totalmente de agua, vadear siete caudalosos ríos á nado conduciendo su material de guerra, y le quedaría aún la mayor dificultad á vencer, que era el paso de la Cordillera, nevada, en pleno invierno. Todo fué superado con constancia, sufriendo las más grandes penalidades...

Al trasladarse el ejército invasor del llano á la montaña, el paisaje cambiaba. Los nevados picos de la cadena oriental de los Andes se divisaban á la distancia. Al inmenso y tranquilo lago sin horizontes de

El Libertador detalló en su mensaje al Congreso los principales sucesos de la jornada de Carabobo. La verdad no podía hallar palabra más autorizada.

He aquí el mensaje:

Valencia, 25 de Junio de 1821.

Excelentísimo Señor:

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria, el nacimiento político de la República de Colombia.

Reunidas las divisiones del ejército Libertador en los campos

---

la planicie, se sucedían grandes masas de agua que descendían bramando de las alturas. Los caminos eran precipicios. Una selva tropical de árboles gigantescos que retiene las nubes en sus cimas y de que se desprende una lluvia incesante, sombrea los estrechos desfiladeros. A las cuatro jornadas todos los caballos se habían inutilizado. Un escuadrón de llaneros desertó en masa al verse á pie. Los torrentes eran atravesados por angostos y vacilantes puentes formados con troncos de árboles ó por medio de las aéreas taravitas: cuando daban vado, eran tan impetuosos, que la infantería tenía que formarse en dos filas, abrazados los hombres del cuello, para vencer el ímpetu de la corriente, que arrastraba para siempre al que perdía el equilibrio. Bolívar pasaba y repasaba con frecuencia á caballo estos torrentes, transportando á la grupa, de una orilla á otra, á los enfermos, á los más débiles, ó á las mujeres que acompañaban á sus soldados.

Este era, relativamente, el jardín selvático de la montaña, en que la temperatura húmeda y caliente hace soportable el tránsito con el auxilio de la leña. A medida que se asciende, el aspecto de la naturaleza varía y las condiciones de la vida se alteran. Inmensas rocas caóticas superpuestas y montones de nieve forman el límite monótono del desierto escenario: las nubes, que coronan las selvas de la montaña, vense á los pies, en la profundidad de los abismos; un viento glacial y silencioso, cargado de agujas heladas, sopla en esta región; no se oye más ruido que el de los torrentes lejanos y el grito del cóndor; la vegetación desaparece, y sólo crecen allí los líquenes y una planta que, por su tronco con hojas velludas, á manera de gasa fúnebre, y coronada de flores amarillentas, ha sido comparada á una antorcha sepulcral. Para hacer más lúgubre *el camino*, todo su trayecto estaba señalado por cruces de los viajeros muertos á lo largo de él. Este era el páramo.

Al entrar el ejército expedicionario en la región glacial del páramo, los víveres se habían agotado: el ganado en pie, único recurso con que

de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el cuartel general enemigo, situado en Carabobo.—La primera división, compuesta del bravo batallón *Británico*, del *Bravo de Apure* y 1.500 caballos á las órdenes del general Páez.—La segunda, compuesta de la segunda brigada de la guardia, con los batallones *Tiradores*, *Boyacá* y *Vargas*, y el escuadrón *Sagrado*, que manda el impertérrito coronel Aramendi, á las órdenes del general Cedeño.—La tercera, compuesta de la primera brigada de la guardia con los batallones *Rifles*, *Granaderos*, *Vencedor de Boyacá*, *Anzoátegui*, y el regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, á las órdenes del coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos sepa-

---

se contaba, no pudo acompañar á los soldados en sus fatigas. Al tocar la cumbre se encontraba el desfiladero de Paya, que, bien defendido, podía detener la marcha de un ejército con sólo un batallón. Estaba defendido por un destacamento de 300 hombres, que la vanguardia al mando de Santander desalojó fácilmente. El ejército empezaba á murmurar. Bolívar, para dominar moralmente este desaliento, convocó una junta de jefes, y después de manifestarles los obstáculos mayores que aun quedaban por vencer, les consultó sobre si debían perseverar ó no en la empresa. Todos fueron de opinión de seguir adelante. Esto infundió nuevo aliento á las tropas.

Al trasmontar la gran Cordillera más de cien hombres habían muerto de frío; de ellos, cincuenta ingleses. Ninguna cabalgadura podía resistir á la fatiga. Fué necesario abandonar las armas de repuesto y parte de las que los soldados llevaban en las manos. Al descender las pendientes occidentales de la Cordillera, el ejército de Bolívar era un esqueleto. En tan deplorable estado ocupó el ameno valle de Sogamoso, en el corazón de la provincia de Tunja (6 de Julio de 1819). Desde este punto el Libertador envió auxilios á los cuerpos retrasados, reunió caballos, desprendió partidas al interior, se puso en comunicación con algunas guerrillas que existían en el país. El enemigo, sorprendido, que ignoraba el número de los invasores, se mantuvo á la defensiva en fuertes posiciones. Reconcentrado el ejército independiente, después de algunos reconocimientos recíprocos y combates de vanguardia, Bolívar, por una hábil marcha de flanco, tomó la retaguardia del enemigo, y, ocupando un país abundante en recursos, remontó sus fuerzas... Era urgente para los invasores tomar la ofensiva antes que la fuerte guarnición de Bogotá con que contaba el virrey Sámano se pudiese unir con la división de Barreiro, y que Morillo acudiese en auxilio del país invadido. Bolívar, por una nueva y atrevida marcha de flanco, atravesó el río Sogamoso, se puso sobre su reta-

raban del campo enemigo, fué rápida y ordenada. A las once de la mañana, desfilamos por nuestra izquierda, al frente del ejército enemigo, bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo, que sólo daba frente para un hombre, á presencia de un ejército que, bien colocado, en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro general Páez, á la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo, que, en media hora, todo él fué envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas.

---

guardia buscando una batalla y obligó á los realistas á abandonar sus atrincheramientos...

En seguida *(después de la acción de Pantano de Vargas)* hizo un movimiento general trasladándose á la margen derecha del Sogamoso, amagando un ataque, obligó á Barreiro á replegarse, á fin de cubrir el camino de Tunja y Socorro, que parecía ser el objetivo (3 de Agosto). Para hacer creer al enemigo que volvía á su antigua posición, ejecutó una ostensible marcha retrógrada á la luz del día, pero en la noche efectuó una contramarcha y ocupó la ciudad de Tunja, donde se apoderó de 600 fusiles y de los depósitos de guerra, sorprendiendo á su débil guarnición (5 de Agosto). De este modo quedó interpuesto entre el ejército realista en campaña y Bogotá, cortando las dos fuerzas que defendían el Alto Magdalena. Barreiro, comprendiendo la importancia decisiva de este movimiento, se apresuró á restablecer sus comunicaciones perdidas y se puso resueltamente en marcha hacia Bogotá... Ya era tarde... Boyacá fué una victoria completa. Dado el primer impulso por el general que tan hábilmente la preparó, el valor de las tropas y la inspiración de los jefes divisionarios José Antonio Anzoátegui, Santander y el coronel Juan José Rondón, hicieron lo demás. Anzoátegui y Rondón fueron los héroes de la batalla: el primero, dando la carga decisiva al frente de la infantería de la derecha y del centro, que envolvió al enemigo, y Rondón al dar la carga final con la caballería llanera. Los voluntarios ingleses se probaron por primera vez, acreditando la solidez británica, que nunca desmintieron... Todo el ejército realista en campaña de la Nueva Granada quedó completamente destruído... La Nueva Granada quedó por siempre conquistada para las armas republicanas... El virrey Sámano, aturdido, fugó con 200 hombres hacia Cartagena, abandonando los archivos y cerca de un millón de pesos depositados en las cajas reales... El Libertador, con una débil escolta, ocupó triunfante la capital en medio de bendiciones y aclamaciones populares (10 de Agosto).» *(Nota de 1918.)*

El batallón *Británico*, mandado por el benemérito coronel Farriar, pudo aun distinguirse entre tantos valientes, y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del general Páez en la última y más gloriosa victoria de Colombia, le ha hecho acreedor al último rango en la milicia; y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido, en el campo de batalla, el empleo de general en jefe del ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón *Tiradores de la Guardia*, que manda el benemérito comandante Heras. Pero su general, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dió solo contra una masa de infantería, y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La República ha perdido en el general Cedeño un grande apoyo en paz ó en guerra; ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este general al Congreso soberano, para que se les tributen los honores de un triunfo solemne.

Igual dolor sufre la República por la muerte del intrepidísimo coronel Plaza, que lleno de entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo á rendirlo. El coronel Plaza es acreedor á las lágrimas de Colombia y á que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fué tal, que tuvimos una gran pérdida en esta alta clase del ejército.—El boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de 6.000 hombres, compuesto de todo lo mejor de las «expediciones pacificadoras».—Este ejército ha dejado de serlo; 400 hombres habrán entrado hoy á Puerto Cabello.

El ejército Libertador tenía igual fuerza que el enemigo; pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas 200 muertos y heridos.

El coronel Rangel, que hizo, como siempre, prodigios, ha marchado hoy á establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso soberano, en nombre de los bravos que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el

más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser, etc.

Bolívar.

La victoria de Carabobo coronó la magna empresa del 19 de Abril; ó como escribe con dolor un historiador peninsular, "en ella se firmó la emancipación de las provincias de Venezuela; en ella expiró el dominio del Rey en esta regiones..." (1). Latorre se retiró á Puerto Cabello. La caballería de Morales, en fuga desordenada, tiró por el camino del Pao hacia los Llanos. Batallones enteros se tomaron prisioneros; otros, arrojando las armas, se dispersaron. El *1.º de Valencey*, que cubría el camino de San Carlos á Valencia, fué el único que emprendió retirarse en columna cerrada por aquella vía, logrando conservar su formación y rechazar las terribles cargas de nuestros jinetes. Ya cerca de Valencia (como una legua), viendo el Libertador que nuestra infantería, estropeada por largas marchas, no podía seguir el paso de trote que llevaba *Valencey*, hizo montar á caballo los batallones *Rifles* y *Granaderos de la Guardia*, y que á galope alcanzaran al enemigo. En efecto, le alcanzaron entrando en Valencia, donde pudo guarecerse y evitar su total ruina. El batallón *Valencey* llegó á las diez de la noche al pie de la cordillera de Puerto Cabello, donde se reunió con Latorre. Ese batallón se había conducido con una disciplina admirable y un heroísmo digno del mayor aplauso.

III.—El Congreso decreta honores á los héroes de Carabobo.

Cuando el Congreso en Cúcuta tuvo noticia de la victoria de Carabobo, se llenó del más vivo y patriótico en-

(1) Torrente: Ob. cit.

tusiasmo. Muchos diputados propusieron en el acto un decreto de honores inmortales, y sin oposición se sancionó. Como este decreto no puede extractarse porque cada artículo tiene un interés especial, los lectores permitirán que sea publicado íntegro.

Dice así:

EL CONGRESO GENERAL DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

Instruído por el Libertador presidente de la inmortal victoria que en el día 24 de Junio próximo pasado obtuvo el ejército bajo su mando sobre las fuerzas reunidas del enemigo en los campos de Carabobo, y teniendo en consideración:

1.° Que por esta batalla ha dejado de existir el único ejército en que el enemigo tenía fincada todas sus esperanzas en Venezuela.

2.° Que por la siempre memorable jornada de Carabobo, restituyendo al seno de la patria una de sus más preciosas porciones, ha consolidado igualmente la existencia de esta nuev República.

3.° Que tan glorioso combate es merecedor de agradecido recuerdo y eterna alabanza, tanto por la pericia y acierto del general en jefe que lo dirigió, como por las heroicas proezas y rasgos de valor personal con que en él se distinguieron los bravos de Colombia.

4.° En fin, que es un deber de justicia presentar á sus ilustres defensores los sentimientos de gratitud nacional, así como pagar el tributo de dolor á los que con su muerte dieron honor y vida á la patria.

Ha venido en decretar y decreta:

1.° Los honores del triunfo al general Simón Bolívar, y al ejército vencedor bajo sus órdenes.

2.° No pudiendo verificarse en la capital de la República, tendrán lugar en la ciudad de Caracas, quedando á cargo de sus autoridades, y particularmente de su ilustre Ayuntamiento, acordar las disposiciones necesarias á fin de que se haga esta manifestación nacional con la pompa y dignidad posibles.

3.° En todos los pueblos de la República y divisiones de

sus ejércitos se consagrará un día á regocijos públicos en honor de la victoria de Carabobo.

4.° El día siguiente á esta solemnidad se celebrarán funerales en los mismos pueblos y divisiones en memoria de los valientes que fenecieron combatiendo.

5.° Para recordar á la posteridad la gloria de este día, se levantará una columna ática en el campo de Carabobo. El primer frente llevará esta inscripción:

Día 24 de Junio del año XI.—Simón Bolívar, vencedor, aseguró la existencia de Colombia.

Se hará después mención del Estado Mayor General. En los otros tres frentes se incribirán por su orden los nombres de los generales de las tres divisiones de que se componía el ejército, y los nombres de los batallones y regimientos de cada uno, con los de sus respectivos comandantes.

6.° En el lado de la base que corresponde á la segunda división, se verá grabado:

El general Manuel Cedeño—honor de los bravos de Colombia—murió venciendo en Carabobo—ninguno más valiente que él—ninguno más obediente al Gobierno.

En el lado de la base que corresponde al frente de la tercera división se leerá:

El intrépido joven, general Ambrosio Plaza—animado de un heroísmo eminente—se precipitó sobre un batallón enemigo—Colombia llora su muerte.

7.° Se colocará en un lugar distinto de los salones del Senado y Cámara de representantes el retrato del general Simón Bolívar con la siguiente expresión:

Simón Bolívar—Libertador de Colombia.

8.° Se concede al bizarro general José Antonio Páez el empleo de general en jefe, que por su extraordinario valor y virtudes militares, le ofreció el Libertador, á nombre del Congreso, en el mismo campo de batalla.

9.° Todos los individuos del ejército vencedor en aquella jornada llevarán en el brazo izquierdo un escudo amarillo, ornado con una corona de laurel con este mote: *Vencedor en Carabobo año XI.*

10. El Libertador, además, presentará muy especialmente á nombre del Congreso el testimonio de agradecimiento nacional al esforzado batallón *Británico*, que pudo aun distinguirse entre

tantos valientes, y sufrió la pérdida lamentable de muchos de sus dignos oficiales, contribuyendo de esta suerte á la gloria y existencia de su patria adoptiva.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento en todas sus partes.

El presidente del Congreso, José Manuel Restrepo.

El diputado secretario, Miguel Santamaría.

Palacio del Gobierno de Colombia, en el Rosario de Cúcuta, á 23 de Julio de 1821, XI.

Ejecútese, publíquese, y comuníquese á quienes corresponda. Castillo.

Por S. E. el Vicepresidente de la República.—El Ministro del Interior, Diego Bautista Urbaneja (1).

---

(1) La columna ática de que habla el artículo 5.° del anterior decreto ha tenido la misma suerte que el monumento de Santa Ana y otros mandados erigir en honor del Libertador. "Las atenciones de la guerra—escribe Baralt—, las tempestades civiles que á ésta se siguieron, un fondo grande de levedad y de indolencia en el carácter nacional y *mucha dosis de ingratitud*, hizo que pasados los primeros instantes de alborozo, se olvidaran los triunfos, los triunfadores y los monumentos." Acaso nuestros hijos, más felices y virtuosos, satisfarán la deuda de la patria, honrando las cenizas y la memoria de sus héroes.

Esa deuda de que habla la nota precedente la han satisfecho, en parte, al fin, los olvidadizos Estados; pero la han satisfecho de una manera bastante cursi. El monumento, llamémoslo así, de Santa-Ana es de una tosquedad primitiva. En cuanto al monumento de Carabobo, erigido, no en el campo de batalla, sino en Caracas, parece más bien una venganza póstuma de los enemigos de Bolívar que un homenaje de los pueblos agradecidos á su Libertador. Es verdad que se levantó aquel adefesio en bronce durante el desgobierno de ese iletrado asesino, de ese ladronzuelo de encrucijada, de ese cobardón antipatriota, de ese patán soez, de ese mozo de mulas, de ese pesador de carne de vaca en su juventud y ahora de carne humana, de ese traidor sonreído, de ese ente ridículo, de esa bestia estrafalaria, que no tiene de hombre sino el aspecto, llamada Juan Vicente ó Juan Bisonte Gómez. (Nota de 1918.)

IV.—El coronel español Pereira.

En la tarde del día 24 de Junio, cuyo recuerdo será siempre grato á los venezolanos, entró Bolívar en Valencia. El ejército llegó al día siguiente.

Desde allí dispuso el Libertador que el coronel Rangel siguiera hacia Puerto Cabello á establecer una línea de asedio entre Vigirima, la Cumbre y el Cambur; y que el coronel Heras volase en persecución de Tello, que con dos batallones y un escuadrón de caballería había marchado hacia Barquisimeto. Reorganizó el ejército; encargó el mando de todas las fuerzas por aquella parte al general Mariño; á Salom le dió el despacho del Estado Mayor General, y siguió sin descansar para Caracas, llevando los cuerpos de *Granaderos*, *Vencedor*, *Anzoátegui* y parte de la caballería de Páez. Era su objeto ponerse á la espalda de la división Pereira, destinada por Latorre, como sabemos, á obrar contra Bermúdez.

Mientras el Libertador practicaba la marcha de Valencia á Caracas, donde llegó el 29, Latorre hacía salir una división de buques menores para recoger las tropas de Pereira en la Guaira ó cualquier otro punto de la costa donde se hallasen. Los buques regresaron sin noticia del paradero de aquél ni de las fuerzas realistas; porque Pereira apenas supo el triunfo de Carabobo y consideró su arriesgada situación, trató de internarse hacia los Llanos. En el pueblo del Valle recibió una comunicación del general en jefe, ordenándole dirigirse á Puerto Cabello por el camino de la costa. Retrocedió entonces y fué hasta Carayaca; mas la operación que Latorre indicaba no era practicable. La tierra fragosa, cubierta de espesos bosques y jamás transitada hacia Puerto Cabello, no ofrece paso. Volvió, pues, Pereira á la Guaira, y solicitó del al-

mirante francés Jurien de la Gravière el permiso de embarcarse en su escuadra, surta á la sazón en aquel puerto. Negóse el almirante por no infringir la neutralidad que el gobierno francés observaba, y con esto se hizo más crítica la situación de Pereira.

El Libertador profesaba particular estimación á este bizarro oficial, en quien brillaban prendas de virtud y de honor; aunque le fuese fácil destruirle en el apurado paso en que se veía, prefirió escribirle ofreciéndole que oiría y le acordaría una capitulación honrosa.

La guerra ha mudado de aspecto—le decía Bolívar—; *no estamos en el caso de elegir una muerte desesperada, cuando puede conservarse una vida honrosa y ahorrar sangre inocente... Cuando un oficial ha llenado sus deberes aún más allá de lo justo, es loca temeridad no acceder á las leyes imperiosas é irresistibles de la fuerza y de la necesidad. Seré liberal*—terminaba el Libertador—*y tendré particular satisfacción en manifestar á usted cuánto aprecio hago del mérito, aunque sea en mi enemigo* (1).

Después de algunas notas recíprocas, se entregó el coronel Pereira por capitulación (4 de Julio). De 900 hombres de que constaba su división, 300 siguieron las banderas españolas, el resto prefirió alistarse bajo las colombianas.

Pereira marchó para Puerto Cabello, donde á pocos días de su arribo, falleció de fiebre causada por las fatigas y penalidades de la campaña (2).

---

(1) El coronel D. José Pereira era gallego, y había venido á la América para unir sus esfuerzos con los de sus compatriotas en el fin de subyugar este mundo para la España. Era, sin duda, de los mejores oficiales expedicionarios: activo, valiente y pundonoroso. Compararlo con Boves, como ha hecho Torrente, es insultar la honrada memoria del coronel Pereira.

(2) Entre los papeles inéditos dejados por Jules Mancini, papeles que iban á servirle ó le sirvieron para su obra sobre Bolívar, hay algunos que se refieren á la capitulación de La Guaira en 1821 y á la

V.—Venezuela dividida en tres distritos militares.—Los libertadores como Páez son un peligro para la libertad.

Apenas se vió el Libertador en Caracas, fué uno de sus primeros pasos enviar en solicitud del Vicepresidente de Venezuela, general Carlos Soublette, para que arreglase el gobierno de la capital y de la provincia. El genio

---

misión del contra-almirante francés Jurien de la Gravière. Inorgánicos y todo como están, son de incuestionable interés. Lo pertinente dice, al pie de letra, así:

4 JUILLET 1821.—EVACUATION DE LA GUAYRA.—INTENTION DE L'AMIRAL JURIEN DE LA GRAVIERE.—PAGES 128 & 200.

Le 3 juillet la division commandée par le Contre-Amiral Jurien de la Gravière arrivait à La Guayra.

Cette place était alors reduite à la dernière extremité par l'armée de Bolívar. Le colonel Pereyra qui la commandait pour les Royalistes avait resolu de s'ensevelir sous ses débris avec la garnison, plútot que de se rendre à son ennemi. Dans cette situation des choses, Monsieur le Contre-Amiral Jurien suggera au colonel Pereyra l'idée de proposer une capitulation d'après laquelle les troupes espagnoles seraient transportées sur la Division Française à Puerto Cabello.

Le 5 juillet un arrangement fut fait en conséquence duquel 412 individus officiers, soldats, femmes, etc., furent embarqués à bord de la Division qui se dirigea sur Puerto Cabello où elle arriva le lendemain 6.

(Ces details sont dans le Rapport du Contre-Amiral Jurien M. BB[4]. 420, folios 200 à 204. J'en extrais le paragraphe intitulé *Relations avec Bolívar* et la lettre adressée par le Libérateur au C. A.) a. b.

Relations avec Bolivar.

a)..... «D'après les dispositions qui m'étaient annoncées j'envoyai à terre Monsieur le Lieutenant de Vaisseau Lalande pour qu'il s'entendit avec le chef de la division espagnole sur les moyens d'activer autant que possible l'embarquement des troupes. Je lui donnai aussi l'ordre de se rendre auprès de Bolívar qui se trouvait avec son état major dans une des maisons du faubourg et d'expliquer à ce chef quels

de Bolívar era todo organización y no podía avenirse con las cosas en desorden. Por fortuna, Soublette no estaba lejos y voló inmediatamente al llamado de Bolívar. Y, como éste no quería perder momentos, con aquella pasmosa actividad que no alcanza á ponderarse, luego que concluyó la capitulación de Pereira y conferenció con Soublette sobre puntos de gobierno, marchó para Valencia, dejando en Caracas y la Guaira fuerzas suficientes.

étaient les motifs qui avaient dû regler ma conduite à l'égard des deux partis. Monsieur Lalande fut accueilli avec distinction; voici la reponse que lui fit le général de l'armée indépendante:

—Je dois vous prier de remercier et de feliciter Monsieur l'Amiral de la conduite qu'il a tenue dans cette circonstance; il a gardé une neutralité qu'on n'eut osé espérer d'aucune autre nation que de la nation française et il m'a donné en même temps l'occasion de prouver au monde et particulièrement aux espagnols que nous ne faisons pas la guerre comme des barbares. Le colonel Pereyra est une excellent militaire, qui défend avec une constance incroyable, une cause injuste et perdue. Je lui ai accordé une capitulation qu'il ne pouvait esperer, enfin tout ce qu'il a demandé, parce que je suis sûr qu'il se fût defendu jusqu'à la dernière extrémité; c'eut eté encore du sang inutilement versé pour une cause qui en a tant coûté et nous devons tous les deux à Monsieur l'Amiral de l'avoir epargné.

Le général Bolívar avait dans le principe pris nos bâtimens pour une division espagnole, et son erreur ou sa crainte n'avait cessé que le 3 juillet à la vue du convoi qui avait passé au large et qu'il croyait en effet composé de bâtimens espagnols. (Note: celui-ci passa en effet au large et vers Puerto Cabello...) *Aussi dit-il à Monsieur Lalande que notre presence avait rendu un service bien important à l'Espagne, en sauvant de braves gens d'une perte certaine, et à lui en même temps en éloignant le convoi qui se fût peut-être dirigé sur La Guayra si nos bâtimens n'en avaient occupé le mouillage; que cette circonstance l'aurait force de garder la place avec toutes ses forces, tandis que dans l'état une faible garnison suffirait sur ce point et que son armée pourrait se porter sur Puerto Cabello dont il avait l'intention de s'approcher. «Mon erreur, dit le Président de Colombie, était bien excusable, car un vaisseau* (signos ininteligibles) *ces parages est un méteore comme la France en est un en Europe.»*

J'avais également chargé Monsieur Lalande d'offrir au Président Bolívar de visiter mon vaisseau et de reclamer la protection du commerce français dans les lieux qui dépendaient de son Gouvernement.— Il repondit qu'il eût avec plaisir abandonné des ocupations plus im-

Llegó el 11 á Valencia, y luego hizo marchar á Mariño para el Occidente con tres batallones: *Maracaibo, Rifles* y *Tiradores;* dió órdenes para estrechar el sitio de Puerto Cabello y regresó á Caracas el 22.

Fué entonces que el Libertador dividió provisionalmente á Venezuela en tres distritos militares:

Uno que comprendía á Coro, Mérida y Trujillo: lo puso á cargo de Mariño;

---

portantes pour se rendre à mon invitation, si la mer qui ce jour là était extrêmement forte ne l'incommodait pas, même dans les plus beaux temps. Quant à notre commerce:

—Vous pouvez, dit-il, assurer Monsieur l'Amiral que le commerce français ne se sera nulle part aussi protégé que dans la République de Colombie. Nous avons dernièrement pris deux fois Caracas la ville la plus attaché à l'Espagne, et aucun desordre n'y a eu lieu même envers les espagnols—que ferons nous donc pour une nation qui donne en ce moment un si bel exemple de neutralité dans notre guerre de famille."

.. ..

Bolívar, por la capitulación que concedió, daba permiso para embarcarse á los individuos de oficialidad y tropa que quisieran hacerlo, permitiendo quedarse en La Guaira á cuantos lo desearan. Parece que se forzó á embarcarse á soldados que preferían quedarse. Por este motivo, y por haber el contra-almirante francés prestado su bordo á las tropas españolas, Bolívar le dirigió la comunicación siguiente, copiada por Mancini:

b)... République de Colombie.

Maiquetia, le 4 Juillet 1821.

Excellentissime seigneur.

Par un acte de générosité, j'ai accordé à la division espagnole qui a capitulé le droit d'embarquer tous les officiers et soldats espagnols qui désirent volontairement sortir du pays. Mais je suis informé que leur chefs abusant de leur influence et de ma condéscendance n'ont pas permit aux soldats d'user librement de leur volonté et ont même employé la violence envers quelques uns en les forçant à s'embarquer.

Pour arrêter cette infraction au traité et pour ne pas exposer la ville de La Guayra à d'autres maux, je m'abstiens de prendre les mesures

Otro que se componía de Caracas, Carabobo, Barquisimeto, Barinas y Apure: lo confió á Páez;

El tercero, en fin, formado de las provincias de Barcelona, Cumaná, Guayana y Margarita, dejó á las órdenes de Bermúdez, á quien había elevado, con aprobación del Congreso, á general en jefe.

"Este arreglo provisional manifiesta (en sentir de Baralt) que en Venezuela ardía aún el fuego de la guerra." Cierto es que los realistas tenían en su poder aún las plazas de Puerto Cabello y Cumaná, y que algunos guerrilleros atrevidos se mantenían en las provincias de Caracas y Coro; en esta última sobre todo, que fué porfiadamente realista. Pero la causa del arreglo provisional fué otra. (Si Baralt hubiera leído la correspondencia del Libertador

---

necessaires pour faire exécuter religieusement le traité, et je m'en repose avec confiance sur ce que peut Votre Excellence. Il suffirait de ne conduire à bord aucun homme qui manifesterait la moindre repugnance à suivre la cause espagnole ou qui desirerait rester en Colombie. Votre Excellence me permettra de la prier d'envoyer à bord de chaque bâtiment connaître leur volonté et de faire mettre à terre ceux qui le désireraient. Elle confirmera par là la magnimité des sentiments qui l'ont dirigés dans cette occasion importante, sentiments dignes d'un amiral français.

Je prie Votre Excellence d'agréer les témoignages sincères de mon respect et de la haute considération avec laquelle j'ai l'honneur d'être &.

(Signé) **Bolívar.**

. . . . . .

El contra-almirante Jurien comentó para el ministro de marina francés, el oficio de Bolívar en los términos siguientes, según los cuadernos de Mancini:

Les vues du général de l'Armée Independante (ajoute le Contre-Amiral) —ne furent pas trompées puisque des 900 hommes qui composaient la division du colonel Peregra on n'en trouva après le recensement que 354 et 58 émigrés formant en tout 412 individus passagers parmi lesquels se trouvaient 7 officiers supérieurs, 77 officiers, 27 officiers ou soldats, 16 femmes et 42 paysans...

Je donnai des ordres, etc.—(Nota de 1918.)

con el Sr. Gual, habría encontrado la razón positiva de esa tripartición y de esos nombramientos.)

«No pueden ustedes formarse una idea exacta —le decía—del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que ustedes conocen; son los que ustedes no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, y humillados, y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las *adquisiciones de su lanza.* Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales á los otros hombres que saben más ó parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado á su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma, y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que deben reinar entre camaradas y conciudadanos. Persuádase usted, Gual, que estamos sobre un abismo, ó más bien, sobre un volcán pronto á hacer su explosión. *Yo temo más la paz que la guerra;* y con esto doy á ustedes idea de todo lo que no digo, ni puede decirse» (1).

Es indudable que obrando el Libertador sin desconfianza ni recelo alguno, habría dispuesto de otro modo mejor las cosas; pero tuvo que rendirse aquí al duro yugo de la necesidad y tripartir á Venezuela para contentar la aspiración de mando de los generales Bermúdez, Mariño y Páez.

Su situación era embarazosa y de difícil desenlace. La independencia de Colombia no estaba íntegramente asegurada aún. Habíamos triunfado, es cierto; pero el triunfo debía consolidarse, y una parte de esa estabilidad deseada consistía en la independencia de Quito y del Perú, al Sur; de las Antillas españolas y la América Central hacia el Norte.

El Libertador, por el momento, tendía su vista de águila hacia el Sur, donde nuevas glorias le esperaban y nuevas conquistas para la libertad; mas por la misma razón que debía alejarse de Venezuela y que su influjo había de

(1) Carta de 24 de Mayo, en Guanare.

rebajarse con la separación, por eso mismo cuidaba que los tres jefes nombrados quedasen satisfechos, para que no tuviesen entre sí rivalidad, ni diesen entrada en sus almas ardientes á las persuasiones de la ambición, con menoscabo de sus relevantes méritos y ruina de la felicidad de Colombia.

No una, sino muchas veces se ha censurado en conversaciones privadas por los contemporáneos, el decreto provisional del Libertador expedido después de la famosa jornada de Carabobo. "¿No había otro hombre á quien dejar en el mando militar de las hermosas provincias del centro, decían los murmuradores, sino á Páez, el menos adecuado quizás para ello? ¿No tenía Bolívar presente á Urdaneta, á Montilla, á Briceño, á Clemente, á Manrique...?" El Libertador plegó en esta ocasión bajo la ley del genio inflexible que se llama *necesidad*. La política trae á veces premiosas exigencias; y entonces es necesario resignarse y saber elegir el menor de los daños, cuando son inevitables los mayores. ¿Qué habría sido de Colombia, amenazada por la España, y devorada al propio tiempo por la guerra intestina suscitada en el corazón de los Llanos?

El espíritu que animaba á Urdaneta, á Soublette y á los demás jefes de educación é inteligencia, era el de libertad; se desvivían por ser útiles á su patria y le ofrecían su sangre, sus mejores años, sus haberes y su vida misma; pero éstos eran pocos. Había otros, menos instruídos y más presuntuosos, que no pensaban sino en coger el fruto de las adquisiciones de su lanza, y con éstos era preciso contemporizar; evitándoles la ocasión de desacato é infidencias, para salvar el decoro y la gloria de la República (1).

(1) Así y con todo, Páez tuvo inmediatamente disgustos con el general Soublette, del cual no quería recibir órdenes. Soublette, que era director de la guerra en el departamento de Venezuela, fué luego á ver á Páez á Valencia, para cortar de raíz todo motivo de desagrado; pero éste le significó *que su presencia en el cuartel general podía cau-*

VI.—El Libertador se dispone á llevar sus armas al Sur.

El Libertador salió de Caracas en la tarde del 1.° de Agosto, dirigiéndose al occidente de Venezuela. Su propósito era transportar algunas fuerzas para Río del Hacha y Santa Marta: rendir á Cartagena; ocupar el istmo de Panamá, iniciar los trabajos de un canal interoceánico para comunicar el Atlántico con el Pacífico y embarcarse de Panamá para Guayaquil y Quito.

"*Es necesario*—escribía á Soublette desde Trujillo—*terminar de un modo resplandeciente la guerra de América. Yo estaré dentro de tres ó cuatro días en Maracaibo, aprestando la expedición, y luego que deje todo preparado, me adelantaré á Santa Marta; de allí remontaré el Magdalena con dirección al Sur. Las cosas por allá no van muy bien, y San Martín está en armisticio con los enemigos. ¡Quiera Dios que no haya evacuado el Perú!*"

De paso para Maracaibo, el Libertador dictó eficaces providencias para la pacificación de la provincia de Coro: *la Libia de la América del Sur*, como él la llamaba, por sus arsenales; y en los primeros días de Septiembre se hallaba en Maracaibo. De allí hizo marchar al batallón *Rifles* para Río del Hacha, á cuyo frente colocó al coronel Salom, confiriéndole el mando de la expedición que debía organizarse en Santa Marta para obrar sobre Portobelo y Panamá.

---

sar dificultades y desavenencias funestas... La ambición de mando, el necio espíritu de superioridad, la ignorancia elevada al poder por los sucesos de la guerra, eran males que temía el Libertador y se asustaba de ellos. ¡Cuántas veces hablaba sobre el horror que producía en su ánimo la consideración de las agitaciones subalternas, interminables y sangrientas de la anarquía! ¡Cuántas veces predecía los males futuros de Colombia, y revelaba la inteligencia de los peligros que la rodeaban...!

Sobre los planes que había concebido para dar libertad á los pueblos del Sur, Bolívar se comunicó con el general San Martín, con el vicealmirante Cochrane, con Sucre y con el gobierno de Guayaquil por pliegos que condujo el coronel Diego Ibarra, uno de los edecanes á quien más distinguía el Libertador.

VII.—Teoría sobre los enemigos de la patria y los enemigos personales.

Ocupado en estos preparativos, y resuelto á salvar el lindero de Colombia, "para libertar á las honradas descendencias de Manco-Capac, que son también familias americanas," recibió Bolívar muchas cartas de los diputados al Congreso, llamándole á Cúcuta.

Repúsoles que de ningún modo iría, para dejarles en plena libertad.

Recibió también una larga misiva de Gual, Ministro de Hacienda, en la que le esforzaba á dejar todo de la mano y venir prontamente á dar elevación é importancia al gobierno de la naciente Colombia.—La respuesta la concibió el Libertador de otro modo que una simple negativa.

Maracaibo, Septiembre 16 de 1821.

Mi querido amigo:

He recibido con mucho gusto la carta de usted, que me trajo el edecán Alvarez.—Usted *conjura á los Dioses para que me muevan á ir á Cúcuta.* ¿A qué, cuando tengo expediciones importantes entre manos, en momentos preciosos y únicos? Yo conozco lo que puedo hacer, amigo; y sé dónde soy útil: persuádase usted, que no sirvo sino para pelear, ó, por lo menos, para andar con soldados, impidiendo que otros los conduzcan peor que yo. Todo lo demás es ilusión de mis amigos. Porque me

han visto dirigir una barca en una tempestad, creen que yo sirvo para almirante de una escuadra. Suele, en caso semejante, hacerlo mejor un simple piloto que un almirante, y no por esto mudarse los talentos ni las condiciones de ambos.

Usted me dice *que la historia dirá de mi cosas magníficas*. Yo pienso que no dirá nada tan grande como mi desprendimiento del mando, y mi consagración absoluta á las armas para salvar al Gobierno y á la Patria. La historia dirá: «Bolívar tomó el mando para libertar á sus conciudadanos, y cuando fueron libres, los dejó para que se gobernasen por las leyes y no por su voluntad.» Esta es mi respuesta, Gual; las otras razones las verá usted en mi carta al Vicepresidente.

Parece que por todas partes se completa la emancipación de la América. Se asegura que Iturbide ha entrado en Junio en Méjico; San Martín debe haber entrado, en el mismo tiempo, en Lima; por consiguiente, á mí es que falta redondear á Colombia, antes que se haga la paz, para completar la emancipación del Nuevo Continente. Vea usted, amigo, si en estas circunstancias debo yo perder tiempo y dar lugar á que algún aficionado se apodere del *vehículo del Universo!...*

¿Cree usted que haya cosa más importante que esta operación? ¿Qué otros enemigos tiene la República que los que yo busco? Si los hubiera en otra parte, ¿no los buscaría? Ustedes han querido intimidarme con temores vanos, que yo no veo más peligro que en las fronteras. Sólo los *godos* son nuestros enemigos; los otros son enemigos del general Bolívar, y á éstos no se les presenta batalla: se les debe huir para vencerlos.

Soy de usted, mi amigo, su afectísimo de corazón,

Bolívar.

Pasemos en silencio cuantos temas de ponderación suministra esta breve carta; y ni siquiera se encarezca aquella última idea que es el rasgo más noble y magnánimo de un espíritu superior, para cargar únicamente la consideración sobre la clarísima vista de Bolívar que distinguía desde entonces (1821) la importancia de Panamá, y llamaba al istmo el *vehículo del Universo...* ¡Qué perspicacia! ¡Qué asombrosa facultad de leer en lo futuro! Parece que nada se escapaba á la previsión del Liberta-

dor: *Bolívar*—decía el mariscal Sucre—*es previsivo hasta lo increíble. Para él no encubre secretos el porvenir* (1).

En hecho de verdad, cuando se sigue el inmenso detalle que representa la vida de Bolívar, y se admiran sus hazañas, y se conocen sus resoluciones, sus advertencias y útiles avisos, el ánimo queda como pasmado en la contemplación de tantas virtudes y tan maravillosos dones con que le enriqueció la Naturaleza.

VIII.—Bolívar pide gracia al Congreso en favor del español D. Francisco Iturbe, su protector en 1812.

Por esta misma época dió el Libertador testimonio brillante de gratitud á su amigo D. Francisco Iturbe.—Residía éste á la sazón en Curaçao, emigrado, más por seguir el ejemplo de sus compatriotas, que por odio á la República. Iturbe era muy bueno y no tenía entre nosotros un malqueriente. Sus bienes, sin embargo, cayeron bajo la ley general del secuestro como propiedad de español. Súpolo Bolívar, y en el acto se dirigió al Congreso; refirió cómo no le fué posible evitar el año 1812 la infausta suerte que tocó á los demás por la capitulación de Miranda, y añadió:

Yo fui presentado á Monteverde por un hombre tan generoso, como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó D. Francisco Iturbe al vencedor: *Aquí está el comandante de Puerto Cabello, el Sr. D. Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía: si á él toca alguna pena, yo la sufro. Mi vida está por la suya.*

¿A un hombre tan magnánimo puedo yo olvidar?

¿Y sin ingratitud podrá Colombia castigarlo?

(1) Carta del general Sucre al general Santa Cruz.

Don Francisco Iturbe ha emigrado por punto de honor, no por enemigo de la República; y aun cuando lo fuera, él ha contribuído á libertarla de sus opresores, sirviendo á la humanidad y cumpliendo con sus propios sentimientos, no de otro modo. Colombia en prohijar hombres como Iturbe, llena su seno de hombres singulares.

Si los bienes de D. Francisco Iturbe se han de confiscar, yo ofrezco los míos, como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben; soy yo el agraciado...

Bolívar.

Cuando terminó la lectura de este documento, que el Congreso oyó con placer, el doctor Ramón Ignacio Méndez, diputado por Barinas, dijo en alta voz: "Las almas grandes son siempre agradecidas."—Propuso que se accediera á la solicitud del Presidente de la República, y que se manifestase á éste la satisfacción que había tenido el Congreso en ver aquel rasgo de moderación y de generosidad; proposición que fué aprobada unánimemente.

CAPITULO XXXV

1821

I.—Elecciones de presidente y de vicepresidente de la República.

Cuando los diputados recibieron en Cúcuta las contestaciones del Libertador (de las cuales se habla en el capítulo que precede,) y fueron instruídos de sus proyectos, propusieron que el Congreso se ocupara sin demora en la elección de presidente y vicepresidente de Colombia, y que se obligase á los ciudadanos que resultasen electos á prestar ante el Congreso el juramento.

Aprobada esta moción, se fijó el 7 de Septiembre para las elecciones. Cincuenta y nueve eran los miembros que componían el Congreso general: Bolívar obtuvo 50 votos desde el primer escrutinio y fué declarado presidente de la República. Restrepo, Méndez, Peñalver, Blanco y otros diputados no votaron por Bolívar para presidente. La elección de vicepresidente se disputó entre Nariño y Santander; y después de repetidos escrutinios, éste obtuvo las dos terceras partes de los sufragios.

Dos correos extraordinarios partieron en ese mismo día 7: el uno á Maracaibo, llamando al Libertador; el otro á Bogotá, llamando á Santander. Ambos magistrados obedecieron sin tardanza y llegaron al Rosario casi á un mismo tiempo.

El sábado 29 de Septiembre, á las once de la noche, entró el Libertador presidente en Cúcuta; y á pesar de lo avanzado de la noche y de no aguardársele, luego que se divulgó la noticia de su llegada, ocurrió el pueblo á celebrarla con general regocijo. Los diputados le cumplimentaron con sinceras expresiones de respeto y de afectuosa consideración.

II.—Comunicación de Bolívar al Congreso diciendo que prefiere dirigir la campaña contra el enemigo extranjero á gobernar el país.—Contestación del Congreso.

El 1.° de Octubre, el Libertador quiso escribir al Congreso antes de prestar el juramento para que había sido llamado. Temía que sus deseos de continuar en la campaña se viesen frustrados, y dirigió el siguiente oficio:

Rosario de Cúcuta, 1.° de Octubre de 1821.

Excelentísimo señor presidente del Congreso:

Llamado por V. E. para venir á prestar el juramento como presidente del Estado, tengo la honra de decir á V. E. que he obedecido con gratitud á la voluntad del Congreso general. Pero V. E. tendrá la bondad de cometer á su sabiduría las siguientes consideraciones, antes de obligarme á aceptar un destino que tantas veces he renunciado.

Cuando las calamidades públicas me pusieron las armas en la mano para libertar á mi patria, yo no consulté mis fuerzas ni mis talentos. Cedí á la desesperación del espectáculo de horror que ofrecía ella en cadenas; y poniéndome á la cabeza de las empresas militares, que han continuado la lucha por más de once años, no fué con ánimo de encargarme del gobierno, sino con la firme resolución de no ejercerlo jamás. Yo juré en el fondo de mi corazón no ser más que un soldado; servir solamente en la guerra,

y ser en la paz un ciudadano. Pronto á sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre y hasta la gloria misma, no puedo sin embargo hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar á Colombia, no conociendo ningún género de administración. Yo no soy el magistrado que la República necesita para su dicha: soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado en un campo, ó en cuarteles. El bufete es para mí un lugar de suplicio. Mis inclinaciones naturales me alejan de él tanto más cuanto he alimentado y fortificado estas inclinaciones por todos los medios que he tenido á mi alcance, con el fin de impedirme á mí mismo la aceptación de un mando que es contrario al bien de la causa pública, y aun á mi propio honor.

Si el Congreso general persiste, después de esta franca declaración, en encargarme del Poder Ejecutivo, yo cederé sólo por obediencia; pero protesto que no admitiré el título de presidente sino por el tiempo que dure la guerra y bajo la condición de que se me autorice para continuar la campaña á la cabeza del ejército, dejando todo el gobierno del Estado á S. E. el general Santander, que tan justamente ha merecido la elección del Congreso general para vicepresidente, y cuyos talentos, virtudes, celo y actividad ofrecen á la República el éxito más completo en su administración.

Tengo el honor de ser, con la más alta consideración, de V. E. el más atento y obediente servidor,

Bolívar.

El presidente del Congreso, que era á la sazón el doctor José Ignacio Márquez, contestó:

Palacio del Congreso General de Colombia,
Rosario de Cúcuta, 1.° de Octubre de 1821.

Excelentísimo señor:

Tengo la honra de anunciar á V. E. haber expuesto á la consideración del Congreso general la comunicación que con fecha de este día me ha dirigido V. E.

Ella no ha producido otro efecto en la deliberación del Congreso sino añadir nuevos motivos para insistir la representación

nacional en que sacrificando V. E. su natural repugnancia al desempeño de la autoridad ejecutiva, y posponiendo al juicio del Congreso las razones que aquélla le sugiere, proceda V. E. á ponerse en posesión de la Suprema Magistratura.

Los deseos que manifiesta V. E. de continuar la campaña á la cabeza del ejército, los verá conciliados con la Constitución cuya ejecución le va á ser cometida; puesto que ella autoriza al presidente de la República, no sólo para dirigir generalmente las fuerzas de mar y tierra, sino para mandar en persona los ejércitos, depositando interinamente la administración del Estado en el vicepresidente, según lo previene la misma Constitución, conforme igualmente con los deseos de V. E.

Si á la conclusión de la guerra persistiere V. E. en retirarse del mando superior, podrá V. E. reproducir sus instancias al Congreso que entonces represente la Nación.

Tal ha sido la resolución del Congreso general, de cuya orden tengo el honor de comunicarla á V. E.

Soy, con el mayor respeto y distinguida consideración, de V. E. muy atento y obediente servidor,

José I. Márquez.

III.—Jura del Libertador como presidente de Colombia.—Firma Bolívar, como jefe del Ejecutivo, la Constitución de 1821.

Señalóse el 3 de Octubre para el acto solemne del juramento y la posesión de la Suprema Magistratura. El Libertador se presentó á las once de la mañana en el salón de las sesiones del Congreso, acompañado de una diputación de sus miembros que con este objeto había pasado á la casa del gobierno, de los HH. ministros y de brillante oficialidad que le seguía. Habiendo tomado asiento á la derecha del presidente del Congreso, le anunció éste ser llegado el momento de llenar el primer deber que le imponía la Constitución cuyo cumplimiento le iba

á ser cometido, é inmediatamente el Libertador prestó juramento ante el Congreso general y en manos de su presidente, de ejecutar y hacer ejecutar la Constitución y leyes de la República, desempeñando fiel y exactamente las funciones de presidente de Colombia.

A continuación Bolívar, con tono que descubría manifiestamente la vehemencia de afectos que combatían su espíritu, pronunció el siguiente discurso:

Señor:

El juramento sagrado que acabo de prestar en calidad de presidente de Colombia es para mí un pacto de conciencia que multiplica mis deberes de sumisión á la Ley y á la Patria. Sólo un profundo respeto por la voluntad soberana me obligaría á someterme al formidable peso de la Suprema Magistratura. La gratitud que debo á los representantes del pueblo me impone además la agradable obligación de continuar mis servicios por defender, con mis bienes, con mi sangre y aun con mi honor, esta Constitución que encierra los derechos de dos pueblos hermanos ligados por la libertad, por el bien y por la gloria. La Constitución de Colombia será junto con la Independencia el ara santa en la cual haré los sacrificios. Por ella marcharé á las extremidades de Colombia á romper las cadenas de los hijos del Ecuador, á convidarlos con Colombia, después de hacerlos libres.

Señor: espero que me autoricéis para unir con los vínculos de la beneficencia á los pueblos que la Naturaleza y el Cielo nos han dado por hermanos. Completada esta obra de vuestra sabiduría y de mi celo, nada más que la paz nos puede faltar para dar á Colombia todo: —dicha, reposo y gloria.

Entonces, señor, yo ruego ardientemente, no os mostréis sordo al clamor de mi conciencia y de mi honor, que me piden á grandes gritos que no sea más que ciudadano. Yo siento la necesidad de dejar el primer puesto de la República al que el pueblo señale como al jefe de su corazón. Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado á la Magistratura: la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional.

La espada, que ha gobernado á Colombia, no es la balanza de Astrea; es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer á la tierra para castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de la paz, y ese debe ser el último de mi poder; porque así lo he jurado para mí, porque lo he prometido á Colombia, y porque no puede haber República donde el pueblo no esté seguro del ejercicio de sus propias facultades.

Un hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un gobierno popular: es una amenaza inmediata á la Soberanía Nacional. Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean.

Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra, aquél emana de las leyes. Cambiadme, señor, todos mis dictados por el de *buen ciudadano.*

El presidente del Congreso le contestó en los términos siguientes:

Excelentísimo señor:

Lleno de la mayor satisfacción el Congreso general ha recibido los respetuosos homenajes que el fundador de la República tributa al primer cuerpo representativo de la nación. El Congreso general mira en V. E. al Padre de la Patria, al terror del despotismo, al protector de la libertad, de la independencia y de la justicia de Colombia. V. E. en todo tiempo obtendrá los elogios de la historia y las bendiciones de la posteridad; su nombre ilustre se pronunciará en Colombia con orgullo, y en el mundo con veneración. La gloria que cubre á V. E. no es la de aquellos héroes que frecuentemente no obtuvieron este título brillante sino oprimiendo á los hombres, regando la tierra con sangre, sembrándola de horrores para levantar el trono de su grandeza sobre la desgracia y el envilecimiento de sus semejantes, sobre el exterminio ó la esclavitud de los pueblos, sobre el temor, el luto y la desolación. Un pueblo abatido, pero muy digno de ser libre, víctima desgraciada de la barbarie de sus opresores, privado por largo tiempo de los bienes inmensos que le había concedido la naturaleza, recibe al fin de mano de Bolívar su libertad, y con ella entra en su carrera política y comienza á representar con las demás naciones del globo. V. E. extiende el

aliento vital sobre la República, ella revive, progresa, y bajo su brazo siempre vencedor se presenta majestuosa y triunfante.

Superior á cuantos guerreros inmortaliza la historia, V. E. ha pulverizado á los tiranos, ha hecho desaparecer á los opresores y dado á conocer al mundo entero, que un pueblo que tiene á su frente un jefe sabio, prudente, virtuoso, jamás será inmolado al capricho, á la tiranía ni al despotismo. Gloríese enhorabuena Esparta de haber tenido un Leonidas, Tebas un Epaminondas, Atenas un Focion, un Arístides, un Temístocles; Roma, la soberbia Roma, un Camilo, un Fabio, un Cincinato. Colombia se gloría con más justicia de tener al inmortal Bolívar, que por su prudencia, su saber, su valor, por ese desprendimiento de que acaso no hay modelo, y que tal vez no tendrá imitadores, ha eclipsado el mérito de la fama de todos los héroes que le han precedido. Colombia proclama á V. E. su Libertador, y al recibir los bienes de su libertad, se reconocerá siempre deudora á V. E. de todos estos beneficios.

Colombia, después de haber sacudido el yugo, después que V. E. ha despedazado las cadenas que le unían al triple carro de la ignominia, de la tiranía y del fanatismo, se ha dado ya una Constitución que asegura siempre esta misma libertad que V. E. le ha conquistado con tanta gloria. La Constitución, este código sagrado que fija los derechos y los deberes del ciudadano, que determina las atribuciones de cada uno de los poderes de la República, será en todo tiempo el más seguro garante de los bienes que van á gozar los que tengan la dicha de pertenecer á este país afortunado.

El Congreso tiene un placer inexplicable al poner en manos de V. E. este depósito santo, que autorizado con su nombre, será religiosamente custodiado en toda la República. Los trabajos de V. E. serán cumplidos, si al terminar la guerra deja la República firmemente constituída. Entonces se dirá de Bolívar, con más justicia que del fundador de la opulenta Roma:—Bolívar fundó está grande y vasta República. Bolívar la sacó de la nada, la sostuvo con su brazo, la vivificó con su aliento, y le conquistó su libertad é independencia, bienes inestimables que le ha dejado en dote, junto con la paz más inalterable, de que es prenda segura la Constitución. La patria exige de V. E. este nuevo sacrificio; la República con voz imperiosa llamaba á V. E. á ocupar la primera magistratura del Estado, y V. E. no

podía abandonar la obra de sus manos en los momentos mismos en que más necesita de su protección y de sus cuidados.

No; jamás V. E. será un ciudadano peligroso á la patria á quien ha libertado, á la que ha sacrificado su tranquilidad, su reposo, sus intereses, y á quien ha consagrado su vida misma. Bolívar, por el contrario, será siempre el apoyo más firme de los derechos de los colombianos, el baluarte de la soberanía nacional, el defensor de las facultades del pueblo; su ejemplo contendrá las miras de la ambición, y sus virtudes, recordando á los que se sucedan en esta alta magistratura, cuáles son los deberes que deban cumplir, cuáles los derechos que deban llenar, será un freno que contenga el ímpetu de las pasiones del espíritu humano. Ningún ciudadano se acercará en lo sucesivo á ocupar la silla de la presidencia, sino penetrado de un santo temor y respeto; y él se dirá en lo íntimo de su corazón: «Bolívar la ocupó el primero; ninguno más desinteresado que él, ninguno más virtuoso, ninguno más amante de la libertad. Él no sólo derribó la tiranía, sino que sobre sus ruinas él afirmó en toda Colombia el imperio de la justicia y de las leyes. Él fué grande entre los héroes, eminente entre los magistrados.»

Reciba V. E. el mando que su grandeza y su generosidad habían abdicado en manos del cuerpo soberano de la nación; continúe su empresa; perfeccione su obra, y, si es posible, derrame todavía mayores bienes sobre los colombianos.

Terminado el acto, una numerosa diputación del Congreso, presidida por el vicepresidente del mismo, doctor Cornelio Valencia, presentó al Libertador un ejemplar de la Constitución para que la firmara y mandara ejecutar. Había querido la mayoría del Congreso que Bolívar decretase la *ejecución* del Código fundamental, como para añadir la influencia del genio á los desvelos de la sabiduría y del patriotismo. "Estábamos persuadidos—dice Restrepo—que, entonces, todo el mundo la respetaría y obedecería." De gran peso era sin duda para los pueblos la firma de Bolívar; porque él había sido quien durante la lucha tremenda en la conquista de la patria contra la usurpación y de las ideas contra la barbarie, había echado las bases de la república, resumiendo en su unidad vigo-

rosa la libertad y el orden, la esperanza, el foco de atracción, los elementos nacionales, los intereses de la emancipación, la vida de Colombia...

Cuando Bolívar hubo firmado, los vivas al Libertador de la patria y á la Constitución de Colombia resonaron por largo tiempo en aquellas mismas bóvedas bajo las cuales cinco meses de infatigables trabajos, presididos por los consejos de la justicia y de la sabiduría, consignaron las libertades colombianas en el código depositado en manos del hombre á quien llamaba el voto de los pueblos para ser su custodia y su defensa.

En medio de estas demostraciones de público regocijo, y de un crecido concurso de pueblo, se retiró el Libertador con el mismo acompañamiento que le había traído.

Santander prestó después el juramento constitucional (1).

---

(1) Aunque en parte conocen los lectores la vida pública del general Santander, parece conveniente trazar aquí un bosquejo biográfico de este personaje tan célebre en Colombia por más de un respecto, y cuya autoridad é influencia vamos á ver empeñadas en los sucesos trascendentales de 1826, 27 y 28...

La revolución de 1810 sacó al joven Francisco de Paula Santander de una condición pobre é ignorada, de los bancos de un colegio, para elevarle, en alas de la libertad, al primer rango de su patria. Nació en la villa de Rosario de Cúcuta el 2 de Abril de 1792. Fueron sus padres D. Agustín Santander, gobernador de la ciudad y provincia de San Faustino de los Ríos, y D.ª Manuela Omaña, americanos. En 1805 vistió la beca de colegial en Bogotá, y cursó filosofía y derecho. La transformación política de 1810 abrió á Santander otro campo de esperanzas; y por consejos de su tío, el doctor Nicolás Mauricio Omaña cura de la catedral de Bogotá, tomó las armas. El 26 de Octubre de 1810 recibió el despacho de subteniente abanderado del batallón «Nacional», y fué nombrado secretario de la Comandancia militar de Mariquita. Luego sirvió bajo el general Baraya la secretaría de la Inspección general. Encendida la guerra civil, Santander formó parte del ejército federal, y fué hecho prisionero por Nariño en 1813. Restituído á la libertad, se le dió el grado de sargento mayor del 5.° batallón de la Unión, que debía marchar á Cúcuta á las órdenes del entonces coronel Simón Bolívar. Este emprendió la conquista de Venezuela, y

IV.—Bolívar habla á los pueblos recomendándoles la Constitución.

El Libertador organizó la administración, nombrando al doctor Pedro Gual, secretario de Relaciones Exteriores; al doctor José María del Castillo Rada, secretario de Hacienda; al doctor José Manuel Restrepo, secretario del Interior, y al coronel Pedro Briceño Méndez, secretario de Guerra y Marina.

En seguida habló á los pueblos de Colombia presentándoles la ley fundamental para su observancia, y les dijo:

¡Colombianos!

El libro de la ley, que tengo la gloria de ofreceros como la expresión de vuestra voluntad y arca santa de vuestros derechos, fija para siempre los destinos de Colombia. Vuestros representantes, penetrados del origen sagrado de su autoridad, conservaron la mayor suma de poder para el soberano, que es el pueblo: al depositario de la fuerza pública le han cometido la dulce facultad de haceros bien, sin que pueda dañaros.

¡Colombianos! El Congreso general ha dado á la nación lo

Santander quedó encargado de la seguridad de los valles de Cúcuta. En 1814, cuando Bolívar tomó la capital de Bogotá, Santander aseguraba la retaguardia del Libertador, defendiendo la frontera de Venezuela de cualquier invasión enemiga. En 1815 recibió el nombramiento de comandante general de las tropas que el Libertador había confiado á Florencio Palacios al dejar las playas de Cartagena. En los años posteriores, Santander sirvió con lealtad, aunque sin suceso, contra los españoles; y perdida toda esperanza en la Nueva Granada, se vino á Venezuela, donde Bolívar organizaba las huestes libertadoras y tomaba el iris de Colombia, que no muy tarde debía hacer flamear en el Chimborazo, como señal gloriosa de la independencia del mundo de Colón.

Los sucesos posteriores en que tuvo parte Santander están ya escritos en el cuerpo de esta obra.

que ella necesitaba: una ley de unión, de igualdad, de libertad; ha formado de muchos pueblos una familia; ha consultado un centro común para todos; ha mudado la residencia del gobierno á Bogotá, en donde todas las extremidades lo verán de cerca.

¡Venezolanos! Vuestro patriotismo y vuestras victorias prometen á Colombia una firme adhesión á sus leyes y á la gloriosa posesión de vuestro reposo.

¡Cundinamarqueses! Colocado el gobierno supremo en vuestro seno, Colombia espera que lo conservaréis ileso, como un depósito confiado á vuestra virtud.

¡Quiteños! El ruido de vuestras cadenas hiere el corazón del ejército libertador. Él marcha al Ecuador: ¿podéis dudar de vuestra libertad? Y libres, ¿podréis dejar de abrazar á los que os convidan con independencia, patria y leyes?

¡Colombianos! La ley ha señalado al vicepresidente de Colombia para que sea el jefe del Estado, mientras yo soy soldado. Él será justo, benéfico, diligente, incontrastable, digno conductor de Colombia. Yo os aseguro que hará vuestra dicha.

Dada en el Rosario de Cúcuta á 8 de Octubre de 1821, 11.°

Simón Bolívar (1).

---

(1) El elogio que el Libertador hizo aquí de Santander era muy merecido. Su comportamiento hasta entonces había sido el mejor. "En su nombramiento—escribe Baralt—tuvo por su mal el Libertador una gran parte, pues no era ni podía ser general en el Congreso la buena disposición hacia aquel funcionario granadino... Había otros hombres más dignos por sus servicios de ocupar tan alto puesto. Nariño, por ejemplo, que lo servía interinamente, era, con igual ó mayor suma de conocimientos, más respetado, más querido y digno. No sabemos por qué Bolívar, que le nombrara poco antes en Achaguas, rehusó empeñar por él su valimiento: acaso no fué esto repugnancia hacia Nariño, sino confianza excesiva en Santander..., etc."

Baralt padece error en lo que ha escrito, pues ni el Libertador tomó parte en las elecciones del Congreso, en cuyos trabajos no quiso influir absolutamente; ni era Nariño en aquella ocasión vicepresidente, ni Bolívar le rehusó jamás su apoyo. Las únicas cartas que recibieron del Libertador los diputados fueron aquellas en que les decía *que no quería ir á Cúcuta, para dejarles en más completa libertad en sus deliberaciones*. Bolívar, es cierto, había nombrado á Nariño en Achaguas vicepresidente interino, como sabemos; pero éste se puso luego en colisión con el Congreso y se vió obligado á renunciar, por cuya causa fué nombrado el Sr. Castillo Rada en su lugar. Bastábale á Baralt ha-

V.—Conceptos sobre el Libertador.

Cuando se tuvo noticia de la renuncia que hizo el Libertador de la presidencia, al instalarse el Congreso de Cúcuta, y más después de su discurso ante ese mismo Congreso, prestando el juramento de obediencia á la Constitución y á las leyes, las gacetas españolas le criticaron como de ordinario, con especialidad las de la Habana y Cádiz, teniendo por engaños y *embelecos* sus palabras, y suponiendo que *afectaba imitar el desprendimiento y las virtudes de los capitanes griegos y romanos, porque sabía que su dimisión no iba á ser aceptada.* De paso titulaban *estúpidos* á nuestros pueblos, y *ambicioso caudillo, farsante é hipócrita* al padre y fundador de Colombia.

De muy distinto modo se estimaban los hechos del Libertador en los Estados Unidos y en Inglaterra y Francia por hombres superiores, muy hábiles en sondar e fondo de la mayor profundidad.

"¿Cuánto no debe la generación actual á Bolívar?—decía la *Gaceta federal de Baltimore*—. ¿Cuánto no le

---

ber visto que la ratificación de la ley fundamental de la Unión de los pueblos de Colombia, que se sancionó el 12 de Julio, está mandada cumplir por Castillo, como vicepresidente de la República. Ya, pues, para aquella fecha no era Nariño segundo magistrado, y con mayor razón no lo era en Septiembre. No es cierto tampoco que Nariño fuera más respetado y más querido; porque desgraciadamente tomó un estilo tan duro en las contestaciones que dió al Congreso en el asunto de la prisión del general D'Evereux, que llegó hasta hacerse la moción «que el Congreso depusiera á Nariño y lo juzgara». La irritación del ánimo de muchos diputados era excesiva.—Por último, Bolívar no rehusó su apoyo á Nariño, que éste tampoco llegó á solicitar. Después de su renuncia, en Julio, se retiró Nariño, aquejado de calenturas intermitentes con acumulaciones mórbidas de serosidad en el vientre. Preocupóse mucho de su situación, que sin duda era grave, y no se ingirió más en los negocios políticos.

deberán las venideras? Aquel hombre, aquel patriota generoso y denodado no ha sido elegido para mandar ejércitos por un pueblo unido, sino que él ha creado ese mismo pueblo y con la fuerza de su genio y de su ejemplo ha levantado una nación libre en los desiertos que dejara el despotismo asolador.—Bolívar ha tenido, es verdad, ilustres compañeros dignos de la causa y de su confianza; pero ha tenido que vencer dificultades que en ninguna lengua pueden significarse; y después de haber triunfado de todas, su último hecho denota su magnanimidad y el noble imperio de su espíritu... No obstante, consideramos prematura su renunciación de la presidencia; y pensamos que debe continuar en ella hasta que por un tratado de paz con España dé la última y más formal autorización á la independencia de Colombia."

"¡Bolívar (exclamaba el general Foy), nacido esclavo, redimiendo un mundo y muriendo ciudadano, será para la América una deidad redentora, y en la Historia el ejemplo más noble de grandeza á que puede llegar el hombre!"

"La moralidad del mundo (escribía monseñor De Pradt, arzobispo de Malinas), la moralidad del mundo, debilitada con tantos ejemplos de violencia, de bajeza, de ambición y de codiciosa hipocresía, necesitaba el estimulante de Bolívar, cuya moderación y cuyo desprendimiento inaudito en el mayor auge del poder, ha hecho odiosa la ambición. Los ejemplos de ese grande hombre virtuoso pueden servir de purificación general y tener fuerza para desinfectar la sociedad."

¡Cuántas de estas citaciones, en obsequio del Libertador, obra de sus contemporáneos, en toda Europa y en ambas Américas no pudieran multiplicarse! (1).

---

(1) ¿Cuál era el estado de la revolución americana y de la política española para 1821, el año de Carabobo? Veámoslo:

Insurreccionado, en Cádiz, el ejército que debía pasar á América, tanto por influencia de las ideas emancipadoras y liberales que soplaban del Nuevo Mundo como por repugnancia de ir á sucumbir entre

VI.—La gloria de Bolívar.

La gloria que cubría á Bolívar, como muy bien dijo el presidente del Congreso, Sr. Márquez, contestándole, no es la de aquellos héroes que frecuentemente obtuvieron

---

los horrores de la guerra á muerte, con el principal objeto de conservar los dominios de un odioso tirano como Fernando VII, los liberales, apoyados en ese ejército insurrecto, subieron al poder. Ya en ejercicio del gobierno, los constitucionalistas peninsulares enviaron comisiones á América, á las colonias en revolución, á los generales triunfadores, para tratar de paz. Se quería oir la voz de América, saber en definitiva á qué aspiraba, y se la convidaba, no con la independencia, sino con la libertad, con una libertad relativa, restricta, valetudinaria, de que la misma metrópoli, sin la cadena del coloniaje, iba á gozar bien corto tiempo. Sólo se ofrecía á los americanos la constitución de 1812. Esos mismos liberales españoles nos habían tratado de rebeldes, cuando no lo éramos más que ellos, cuando sólo nos constituíamos en juntas autonómicas, como ellos. Era poco ofrecer ofrecernos la constitución cuando ya habíamos conquistado la independencia. Sin embargo, ¿cuál fué el resultado de las delegaciones pacifistas?

En toda América, con la única excepción de Colombia, se convino en conservar la forma monárquica y, en una ú otra manera, someterse á España.

México llamaba abiertamente á Fernando VII á que ocupara el trono de Moctezuma y, en su defecto, á alguno de los infantes de España.

En el Perú, el general San Martín, en las célebres conferencias de Punchuaca, no sólo aceptó reconocer la forma monárquica, que había preconizado y defendido toda su vida, como la única viable en América, sino que se sometió al general español La Serna, reconociéndolo como regente del Perú y hasta ofreció personalmente ir á España en solicitud de un príncipe.

He aquí, sin comentarios, las proposiciones que suscribió el general San Martín:

1.° El general La Serna será reconocido presidente de una regencia, compuesta de tres individuos;

2.° El mismo general ó el que él elija, mandará los ejércitos de Lima y patriótico como una sola fuerza;

este título brillante oprimiendo á los hombres... Bolívar conquistó la gloria despedazando las cadenas que ataban la América al triple carro de la ignorancia, de la tiranía

---

3.° Quedará sin efecto la entrega pretendida y convenida del Castillo del Real Felipe y demás fortificaciones del Callao;

4.° El general San Martín marchará á la península, en compañía de los demás que se nombren, para negociar con el soberano de España;

5.° Las cuatro provincias pertenecientes al virreinato de Buenos Aires quedarán agregadas á la monarquía del Perú;

6.° El grande objeto de estas negociaciones es el establecimiento de una monarquía constitucional en el Perú; el monarca será elegido por las Cortes generales de España, y la constitución á que quede ligado será la que formen los pueblos del Perú;

7.° Se cooperaría á la unión del Perú con Chile para que integrase la monarquía y se harían iguales esfuerzos respecto de las provincias del Río de la Plata.

Cuanto á la Argentina, donde reinaba el espíritu monárquico en la inmensa mayoría de los personajes influyentes, convinieron éstos en someter las Provincias Unidas al gobierno español. Posteriormente se ha negado la autenticidad del documento en que tal consta; pero de todas suertes, sea ó no fidedigno el documento en cuestión, el espíritu nacional, ó mejor dicho, el espíritu de los oligarcas dirigentes, estaba por el avenimiento con España, á cualquier precio, como lo estuvo, todavía en 1824, Rivadavia, y por la aceptación de un príncipe extranjero.

Chile, ó mejor dicho, su gobierno, abundaba en las propias ideas monárquicas que Argentina. El dictador militar que gobernaba no osó apellidarse presidente, sino director, como el jefe del gobierno en las Provincias Unidas y como Argentina mandó á Valentín Gómez, á Rivadavia y otros á solicitar en Europa monarcas extranjeros, Chile, bajo el gobierno de O'Higgins, comisionó á Irisarri con el mismo objeto. Aunque hubiera tenido Chile ulteriormente veleidades republicanas, lo que no era presumible dado el espíritu reinante y la acción de los dirigentes, su situación entre Argentina y Perú, ya monarquizados, con príncipes españoles á la cabeza, lo obligaba á someterse, y el propio general San Martín lo hubiera probablemente sometido. Chile, en este caso, pensarían los comisionados españoles, no juega papel importante. Lo cierto es que no se dignaron ir á Santiago.

Quedaba Colombia.

En Colombia tomó otro aspecto la gestión de los comisionados, y el resultado de la gestión fué muy otro. Desde luego Bolívar se negó á

y del fanatismo. Conquistó la gloria, sacando de la nada Estados soberanos, vivificándolos con su aliento, sosteniéndolos con su espada, ilustrándolos con sus virtudes y

---

tratar sino sobre la base de la independencia absoluta y sin mencionar siquiera príncipes españoles para Colombia.

Cuando los comisionados de España propusieron á los delegados de Colombia que ésta jurase la constitución peninsular de 1812, ofreciendo que su majestad conservaría á los actuales jefes con los mandos que ocupaban, respondieron los delegados de la república que "no estaban autorizados para sellar los males de Colombia, sometiéndola á España, sino para promover sus intereses y derechos, constituyéndola libre, independiente y soberana".

Bolívar hizo más: llegó, por su intransigencia, hasta la grosería. Al gobernador español de Cartagena, Torres, que le escribió, insistente en la jura de la constitución y en el envío de diputados á las Cortes de Madrid, el Libertador repuso, en un instante de arrebato:

Es el colmo de la demencia, y aún más, de lo ridículo, proponer á la república de Colombia su sumisión á la España; á una nación siempre detestablemente gobernada; á una nación que es el ludibrio de la Europa y la execración de la América por sus primeras degollaciones y por sus posteriores atrocidades. ¡Cómo! ¿Podríamos olvidar centenares de victorias obtenidas contra las armas españolas? ¿Podríamos olvidar nuestra gloria, nuestros derechos y el heroísmo de nuestros soldados? ¿Cree vuestra señoría, señor gobernador, que la vieja y corrompida España puede gobernar aún el Nuevo Mundo? ¿Cree vuestra señoría que el gobierno de esa nación, que ha dado el ejemplo más terrible de cuánto puede ser absurdo el espíritu humano, logre formar la dicha de una sola aldea del universo? Diga vuestra señoría á su rey y á su nación, señor gobernador, que el pueblo de Colombia está resuelto, por no sufrir la mancha de ser español, á combatir por siglos y siglos contra los peninsulares, contra todos los hombres y aun contra los inmortales, si éstos toman parte en la causa de España.

Esa energía desaforada, que á la vuelta de cien años nos choca por injuriosa á la madre patria, no deja lugar á duda; á esa energía desaforada se debieron la patria y la república en Colombia; esa energía desaforada hizo viable en toda la América la independencia, y, en mucha parte, para no prescindir de otras concausas, la democracia republicana que hoy impera desde el cabo de Hornos hasta Méjico.

Las negociaciones continuaron. Bolívar fué tratado en los documentos por Morillo como *Presidente de la república de Colombia.* La independencia y la república quedaban reconocidas en principio por España, que aprobó los tratados. Así lo comprendió Bolívar. Así lo

sus hazañas inmortales. Conquistó la gloria, afirmando la libertad de un mundo en el momento mismo en que hubiera podido arrebatársela.

---

comprendió la diplomacia europea. El ministro de Francia en Madrid escribió á su gobierno: «Las ilusiones, sin embargo, deben cesar. El primer sacrificio, el más doloroso al orgullo nacional está hecho, cuando se trata de igual á igual con la *República de Colombia.*" *(Fernando VII,* pág. 30.)

Pero no se detiene aquí Bolívar en sus trabajos políticos y diplomáticos. Manda comisionados á España, escribe á Fernando VII, envía una legación á Méjico y otra al Perú.

En las instrucciones á los comisionados á Madrid se lee:

2.° Aceptada y recibida la misión de los señores Revenga y Echeverría, como está convenido en el armisticio, activarán sus conferencias con el ó los ministros que su majestad cesárea nombre al intento, y tratarán de abreviar de todos modos la conclusión de un tratado de paz honrosa y gloriosa, cuya base fundamental debe ser el reconocimiento por la España de la absoluta independencia, libertad y soberanía de Colombia como República ó Estado perfectamente igual á todos los demás Estados soberanos é independientes del mundo, con la renuncia expresa y bien significada de la España, su pueblo y gobierno, por sí y sus sucesores, á cualquier título, derecho ó pretensión de propiedad ó soberanía sobre el todo y cada una de las partes que forman la República de Colombia.

Las demás provincias americanas, de acuerdo con lo pactado con las comisiones respectivas llegadas de la península, enviaron también agentes á Madrid; pero todos ellos iban, más que á aceptar, á pedir príncipes españoles para América. Los mejicanos proponían al infante D. Francisco de Paula, para que fuera á hacer la felicidad de Méjico. Los comisionados del Perú, ó dígase de San Martín, se contentaban con el duque de Luca, como no hubieran encontrado rey en Inglaterra, Alemania, Austria, Rusia, Francia ó Portugal. Y la Argentina, que desde el principio de la revolución había buscado, sin encontrar, un príncipe portugués, inglés, brasileño, francés ó español, ofrecía ahora, según aparece de un documento célebre, cuya autenticidad se niega, devolver el insurreccionado virreinato al señor D. Fernando VII.

De todos modos, en la Argentina no se pensaba sino en solicitar un príncipe de cualquier país, como puede verse en la obra del argentino Adolfo Saldías: *La evolución republicana.* Allí pueden apreciarse (volumen I, pág. 92) los extremos de vileza adonde descendió Rivadavia, el mulato ímprobo, presuntuoso y mediocre, destituído de todo

¡Un hombre como yo es un ciudadano peligroso! No: un hombre como el Libertador será siempre el objeto de amor de cuantos tengan corazón para sentir el dulce es-

---

entido de las realidades sociales, en esta busca de un amo extranjero para su patria.

Colombia, ó dígase Bolívar, iba á desentonar en este concierto de ranas que pedían rey.

Montmorency-Laval, ministro de Francia ante la corte de Madrid, escribía el 24 de Mayo de 1821 al ministro de Relaciones de Francia, barón de Pasquier:

Como no hay duda de que los plenipotenciarios de Bolívar vienen á Madrid á negociar bajo la base de la independencia absoluta, ocurre preguntar: ¿no vendrán á complicar la cuestión y dar un mal ejemplo á los que sólo aspiran á salir de la tutela y á gozar de una independencia administrativa, sin separarse de la corona de España? (Véase *Fernando VII y los nuevos Estados*, por C. A. Villanueva, pág. 70.)

Pero Bolívar no se contentó con salvar para Colombia la independencia y la república; sino las quiso, y lo obtuvo, para toda la América.

El ministro de Colombia en Méjico, Santa María, conspira con los liberales mejicanos contra el trono de Itúrbide. Una reunión de republicanos de aquel país fué descubierta en la casa del ministro colombiano, y el Sr. Santa María fué desterrado.

A Buenos Aires escribió el Libertador el 4 de Febrero de 1821, dirigiéndose al «Director supremo de los ESTADOS UNIDOS DEL RÍO DE LA PLATA". El documento es importantísimo. Conociendo los sentimientos, ideas é intereses políticos que reinaban entonces á las orillas del Plata, se advertirá lo discreto del documento y el móvil que lo inspiraba. Este no era otro sino el de influir para que se fortificaran los principios republicanos en Argentina y porque ésta obrase de acuerdo con los demás Estados de América para la consecución de la absoluta independencia.

Bolívar expone:

La España se muestra decidida á contribuir por su parte á la grande obra de nuestra emancipación, y sólo opone como única dificultad la insubsistencia de los principios sobre que intentamos establecer nuestros gobiernos, y más que todo, la falta de unión y firmeza en los ya constituídos y las frecuentes variaciones y trastornos á que se hallan expuestos.

No se podía, con más sutileza, tocar el punto institucional, ni insinuar más discretamente la necesidad de un gobierno estable: era pre-

tímulo del agradecimiento y las vivas impresiones de lo bello y de lo grande.

Alejandro y César se hicieron inmortales por sus he-

---

cisamente entonces la Argentina el país que España, negándose á reconocer la independencia, indicaba como ejemplo de la inconsistencia de los gobiernos, al punto de que el conde de Toreno dirá en 13 de Febrero de 1822, cuando se discute en las Cámaras españolas la emancipación: «Pero señores, si estos gobiernos no dejan de sucederse unos tras otros, como sucede en Buenos Aires, ¿no demuestran un estado de anarquía?"

El Libertador continúa:

Ligadas mutualmente entre sí todas las Repúblicas *que combaten contra la España, por el pacto implícito y á virtud de la identidad de causa, principios é intereses, parece que nuestra conducta debe ser uniforme y una misma. Nada influirá tanto en su concepto (de España), como vernos proceder de acuerdo en las negociaciones de la paz, aprovechando la ocasión en que, ocupada la España en su propia restauración, no puede atender á la continuación de nuestra guerra, por los riesgos á que se expondría por su actual estado de debilidad, y porque sería contradecirse á sí misma.*

Rivadavia, ministro influyente á la sazón en Buenos Aires, no reconocía por patria sino la provincia de este nombre, con prescindencia hasta de las demás provincias argentinas, como Santander no reconocía por patria sino á Cundinamarca y Páez sino al Apure. A estos hombres les chocaba que Bolívar hablara de *América*. Aquí se advierte el esfuerzo diplomático del Libertador para que Argentina no se separase de las demás secciones del continente, sino que negociara junto con ellas la independencia común. Rivadavia no creyó que el interés de su patria y el de América toda era uno mismo. Bien pronto, sin embargo, en el conflicto con Brasil, iba el gobierno argentino á buscar el apoyo de Colombia y del Perú, y á solicitar de Bolívar la dirección de los ejércitos rioplatenses.

Bolívar no toleraba por entonces oir hablar de monarquía, aunque no fuera, aparte todo otro sentimiento, sino por no borrarse tras de un trono, "imposible posición para hombre semejante«, según parecer de Lorain Petre. (SIMON BOLIVAR, *by F. Lorain Petre*, pág. 434 ed. London 1910.)

Pero es más: no contento Bolívar con arrancar á España el reconocimiento de Colombia, por medio del pacto con Morillo; no contento con enviar comisionados á España á tratar de paz sobre la base de la independencia, con enviar ministros de la república á los demás países americanos que ya no eran virreinatos y todavía

chos, pero vivieron devorados por la ambición, destruyendo á sus rivales y esclavizando á su patria para asegurarse el poder. Carlos V agitó la humanidad, y la agitó

---

no eran repúblicas, como Méjico y Perú,—que no se habían decidido por ninguna fórmula concreta de gobierno,—y mensajes á otros países que estaban en el mismo caso, como Argentina, que fluctuaba entre la monarquía y la república, sin haberse decidido, en diez años de revolución, á aceptar francamente la democracia republicana, que tampoco existía en Chile, Bolívar, presidente de Colombia, única verdadera república existente en la América española,[5] se decidió á oponerse, primero diplomáticamente, y, en último caso, por la fuerza, á la monarquización de los demás Estados, empezando por el Perú.

Con este objeto escribió las instrucciones terminantes que van á leerse, para que por ellas se manejase el coronel Diego Ibarra, su edecán, despachado en comisión cerca del general San Martín, que estaba en Lima.

1.° Que debe vuestra señoría proceder con la mayor circunspección hasta informarse de la verdad de estas noticias *(el pacto de Punchauca, por el cual se entregaba el ejército patriota á La Serna, se reconocía á este general peninsular por regente del Perú y se llamaba á un príncipe español para entregarle el país)*, y procurar saber lo que haya de cierto relativamente á ellas, para que lo participe á su excelencia con todos los detalles y extensión posible, de modo que pueda formarse un juicio exacto de este negocio, sus antecedentes, estado presente y resultados probables.

2.° Que si resultare verdadero el tratado, en los términos en que se dice concluído, procure vuestra señoría sondear y penetrar el ánimo del general San Martín y persuadirle á que desista del proyecto de erigir un trono en el Perú: por el escándalo que causará esto en todas las repúblicas establecidas en nuestro continente; por las *nuevas* divisiones que produciría en su ejército y en el país la proclamación de los principios monárquicos, después de haberse pronunciado todos los republicanos; por el aliento que esto inspiraría á los españoles para continuar la guerra en todos los Estados insurrectos, contando siempre con el apoyo del Perú y con las divisiones intestinas, ó pretendiendo que sigamos el mismo ejemplo; y últimamente por el peligro que hay de que halle aquí la Europa un pretexto para mezclarse en nuestras discusiones con la España y trate de decidirla á imponernos la ley de la arbitrariedad del trono y su absoluto poder sobre el pueblo. Si después de haber vuestra señoría expuesto todas estas razones, con las explicaciones que su prudencia y conocimientos le sugieran, no alcanzare vuestra señoría á disuadir del plan al general

violentamente, imponiendo á los pueblos inmensos sacrificios para satisfacer su vanidad. Carlos XII destruyó la Suecia; Napoleón diezmó la Francia, y no precisamente con fines desinteresados... Bolívar no pensó nunca sino en levantar pueblos abatidos: en redimirlos del cautiverio, dándoles libertad, independencia y el reino de la justicia. Su ambición era ser el instrumento de la redención de sus hermanos; y cuando apenas le parecía que ya alumbraba la suave aurora de la paz, *transmito*, decía, *á los representantes del pueblo el poder supremo que se me ha confiado. Ya no hay españoles en Colombia; he llenado mi misión: yo no debo mandar más. ¡Yo quiero ser ciudadano para ser libre, y para que todos lo sean...!*

San Martín, *protestará vuestra señoría de un modo positivo y terminante, que Colombia no asiente á él, porque es contra nuestras instituciones, contra el objeto de nuestra contienda, contra los vehementes deseos y votos de los pueblos por su libertad. (Memorias de O'Leary,* vol. XVIII, pág. 497.)

Así defendió é hizo triunfar Bolívar, contra propios y extraños, la independencia y la república en la América del Sur.

Con razón la posteridad reconocida, la posteridad que no se engaña, la posteridad que no se mueve por pasiones ni intereses, llama al padre de Colombia, al fundador de Bolivia, al héroe del Perú, al que iba á consolidar la independencia ya alcanzada de Chile y Argentina por sus victorias militares y por su destreza política, el Libertador de América. *(R. B.-F.)*

CAPÍTULO XXXVI

1821 y 1822

I.—El Libertador se dispone á realizar las Campañas del Sur. — Nombra ministros plenipotenciarios en México, Perú, Chile y Argentina.

Obediente á la excitación del Congreso, el Libertador había ido á Cúcuta; y después de estar allí varió en gran parte sus proyectos con relación á la guerra que meditaba en el Sur. No que desistiese en manera alguna del propósito de libertar las provincias meridionales de Colombia, sino que le pareció mejor dirigirse ahora por tierra hacia Quito.

Tomada esta resolución, despachó al coronel Jacinto Lara para que fuese á Santa Marta, donde Salom organizaba la expedición que debía obrar sobre Portobelo y Panamá, con orden á éste para que remontase el Magdalena con sus tropas, y fuese á Bogotá.

Lara llegó á Santa Marta el 22 de Octubre; y bien que Salom se diera prisa en cumplir la disposición del Libertador, hubo sin embargo retardos inevitables. El 30 salieron *Rifles*, y los escuadrones *Húsares*, *Guías* y *Cazadores*, hacia Sambrano, donde se embarcaron. El 7 de Noviembre salió *Vencedor*, y el 6 de Diciembre marchó el mismo Salom con algunos oficiales y el teniente coronel Demar-

quet, á quien había enviado el Libertador cerca de aquel jefe, con órdenes de premura, y para anunciarle que el punto de reunión era Popayán.

Entretanto, Bolívar, que no sabía malgastar el tiempo, sino que al contrario vivía devorado por la avaricia de las horas, se marchó á Bogotá con el fin de preparar allí lo necesario para una campaña que en su concepto era decisiva.

Fué en esa ocasión que dispuso enviar dos ministros plenipotenciarios, uno á Méjico y otro al Perú, Chile y Buenos Aires, con el objeto de hacer una liga ofensiva y defensiva entre las nuevas repúblicas americanas y celebrar con ellas tratados de navegación y de comercio.

Quería el Libertador presentar á la vista de Europa y del mundo todo la América unida estrechamente por los lazos de la política, del derecho, de intereses morales y materiales presentes y futuros. Esta alianza de la América fué uno de sus mayores y más constantes pensamientos.

Para ir á Méjico nombró al señor Miguel Santamaría, secretario que había sido del Congreso de Cúcuta. Para las demás repúblicas escogió al señor Joaquín Mosquera, miembro del Senado colombiano. Ambos ministros eran dignos por sus luces, su integridad y patriotismo, de las importantes y delicadas funciones que se les confiaban. El primero además era natural de Méjico (1).

---

(1) Finas atenciones dispensó el emperador Iturbide á nuestro ministro. A Bolívar le escribió de su propia mano, diciéndole: "Recibid, ciudadano Libertador, recibid lo primero con agrado mi admiración por vuestro heroísmo, mis deseos de imitar las virtudes militares y civiles de que disteis testimonios, y no esquivéis vuestra amistad á un hermano y compañero que se honrará de merecerla... Méjico reconoce á Colombia república soberana; le ofrece amistad eterna y todo lo que es consiguiente á esta oferta hecha con sinceridad y por convencimiento de que es un deber que ya desde el principio del mundo nos impuso naturaleza... Sed feliz, ilustre Libertador del suelo que os vió nacer: haced la gloria de vuestra patria y vivid tanto *siempre triunfador y siempre dichoso*, cuanto necesita la República y os desea vuestro fiel amigo."

II.—Bolívar aspira á confederar la América española contra la Europa y su santa Alianza de tronos.—El Libertador echa, el primero, las bases del Arbitraje internacional.—Establece para la delimitación de fronteras entre los pueblos de América la doctrina, que se ha seguido, del ***uti possidetis juris.***

"La creación de Colombia se entrelaza en la mente de Bolívar con la constitución de una confederación americana en la que Colombia fuera el centro y tuviera la hegemonía; confederación en la que las relaciones entre los Estados que la formaran tuvieran por suprema norma la de la justicia internacional. La justicia en las relaciones políticas internas, la justicia en las relaciones internacionales: he aquí, en síntesis, el grande ideal de Bolívar.

Un ensueño suele ser el hilo fijo en la trama de la vida de un hombre. El de Bolívar fué la unificación de la América meridional. De este ensueño sacó sus fuerzas morales para crear una gran potencia militar y llevar sus armas triunfales por todo el continente como Alejandro á través del Asia. Su primera intuición fué la creación del imperio colombiano. La segunda visión fué el establecimiento de una confederación sud-americana sobre las bases de una liga política y militar, regida por una Asamblea internacional de plenipotenciarios, á manera de la liga aquea en la Grecia (1).

Así considera un historiador argentino los proyectos de Bolívar.

Bendito ensueño aquel, diremos nosotros, que, realiza-

(1) B. Mitre: *Historia de San Martín*. Tomo IV, cap. XLIX.

do en parte, aseguró la libertad de la América y que se proyecta y se seguirá proyectando sobre las páginas de la historia americana como la luz inextinguible de los ideales del Libertador de un mundo.

Muchos historiadores recuerdan la carta que Bolívar escribió desde Jamaica el 6 de Septiembre de 1815 y copian algunos de los más conceptuosos párrafos de ella.

Desde entonces el Libertador dejaba traslucir la grandeza de sus pensamientos y de sus esperanzas, en relación con las naciones americanas. Se las imaginaba confederadas, unidas por los vínculos de *un origen, una lengua, unas costumbres y una religión*. De Panamá quería hacer para esas naciones lo que fué *Corinto para los griegos*. Allí, en Panamá, deberían reunirse los representantes de las naciones *á tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra*.

En 1818 recibió el Libertador, en Angostura, comunicaciones del director supremo de Buenos Aires, D. Juan Martín de Pueyrredón, en las que felicitaba á Bolívar y á Venezuela por los esfuerzos hechos y por la constancia tenaz en favor de la emancipación. Comunicaciones análogas recibió, poco después, del supremo director de Chile, D. Bernardo O'Higgins, en las que, al par que comunicaba la victoria de Maipu, expresábale los votos que en el Sur se hacían por la prosperidad de las armas libertadoras del Norte. Bolívar contestó á Pueyrredón en estos términos:

Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, ó que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, á entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de todas nuestras Repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las

naciones, la madre de las Repúblicas. Yo espero que el gobierno del Plata, con su poderoso influjo, cooperará eficazmente á la perfección del edificio político á que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración (1).

A O'Higgins contestóle en forma análoga.

En la proclama que dirigió Bolívar á los habitantes del Río de la Plata decíales en 12 de Junio de aquel mismo año de 1818:

La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad; y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará á una sola sociedad para que nuestra divisa sea: UNIDAD EN LA AMÉRICA MERIDIONAL (2).

Como se ve, la idea de la confederación americana se afirmaba en la mente de Bolívar, aun en los precisos momentos en que más graves eran sus preocupaciones militares y en que tantos otros asuntos de organización interna reclamaban su más seria atención.

Apenas quedó organizada definitivamente Colombia por el Congreso de Cúcuta, cuando ya Bolívar, antes de iniciar su campaña del Sur, se ocupó de la realización de sus grandes proyectos internacionales, y al efecto nombró dos plenipotenciarios, el uno para Méjico y el otro para el Perú, Chile y Buenos Aires. El primero fué D. Miguel Santamaría y el otro D. Joaquín Mosquera.

Las instrucciones impartidas á Mosquera por D. Pedro Gual, secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, decían así:

Mas repito á usted que, de cuanto llevo expuesto, nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una Liga verdaderamente americana. Pero esta Confederación no debe

(1) BLANCO Y AZPURÚA: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. VI, pág. 402 ed. Caracas. 1876.

(2) Ibidem. 402.

formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para ofensa y defensa: debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos.

Es necesario que la nuestra sea una Sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas, fuertes y poderosas para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero.

Es indispensable que usted encarezca incesantemente la necesidad que hay de poner desde ahora los cimientos de un CUERPO ANFICTIÓNICO ó Asamblea de plenipotenciarios que dé impulso á los intereses comunes de los Estados americanos, *que dirima las discordias* que puedan suscitarse en lo venidero entre pueblos que tienen unas mismas costumbres y unas mismas habitudes y que por falta de una institución tan santa pueden quizá encender las guerras funestas que han desolado otras regiones menos afortunadas.

El gobierno y pueblo de Colombia están muy dispuestos á cooperar á un fin tan laudable, y desde luego se prestaría á enviar uno, dos ó más plenipotenciarios al lugar que se designase, siempre que los demás Estados de América se prestasen á ello.

Entonces podríamos, de común acuerdo, demarcar las atribuciones de esta Asamblea, verdaderamente augusta.

Usted está autorizado para arreglar este punto interesantísimo con los gobiernos supremos del Perú, Chile y Buenos Aires, si lo juzgasen también útil y necesario.

Mosquera debería asimismo proponer que en los Tratados que iba á celebrar se incluyera una estipulación así concebida:

Ambas partes contratantes se comprometerán á no entrar en negociación alguna con el gobierno de S. M. C. sino sobre la base de la integridad de sus respectivos territorios, COMO ESTABAN DEMARCADOS EN 1810, esto es, la extensión del territorio que comprendía cada capitanía general ó virreinato de América; á menos que por leyes posteriores á la revolución, como ha suce-

dido en Colombia, se incorporen en un solo Estado dos ó más capitanías generales ó virreinatos (1).

A Mosquera dióle, por orden de Bolívar, el secretario de Relaciones Exteriores un proyecto de Tratado en el que se encontraba esta cláusula:

Ambas partes se garantizan mutuamente la integridad de sus territorios, *en el mismo pie en que se hallaban antes de la presente guerra,* debiendo respetarse los límites que tenía en aquel tiempo cada capitanía general ó virreinato, que han resumido en el día el ejercicio de su soberanía; á menos que de un modo legítimo dos ó más se hayan convenido en formar un solo cuerpo de nación, como ha sucedido con la antigua capitanía general de Venezuela y el nuevo reino de Granada, que componen hoy la República de Colombia.

Análogas instrucciones se dieron al Sr. Santamaría.

El objeto de aquellas importantísimas misiones, según se ve, era el de promover una confederación sujeta en sus relaciones á una autoridad suprema (llámesela Cuerpo anfictiónico, Asamblea de plenipotenciarios, etc.), encargada de dirimir las discordias entre los Estados asociados.

Iban, pues, los enviados de Colombia al Norte y al Sur de América á convidar á los pueblos que acababan de emanciparse á unirse bajo la égida del derecho y la justicia, bajo la salvaguardia civilizadora del arbitraje.

Y no fueron estériles las misiones nombradas. El señor Mosquera llegó á acordar con el Perú un Tratado, cuyos primeros artículos decían así:

Artículo 1.° Para estrechar más los vínculos que deben unir en lo venidero á ambos Estados y allanar cualquiera dificultad que pueda presentarse á interrumpir de algún modo su buena correspondencia y armonía, se formará una asamblea, compuesta de dos plenipotenciarios por cada parte, en los términos y con las mismas formalidades que, en conformidad de los usos

(1) Quijano Otero: *Límites de Colombia.*

establecidos, deben observarse para el nombramiento de los ministros de igual clase cerca de los gobiernos de las naciones extranjeras.

Art. 2.° Ambas partes se obligan á interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América antes española para entrar en este pacto de unión, liga y confederación perpetua.

Art. 3.° Luego que se haya conseguido este grande é importante objeto, se reunirá una asamblea general de los Estados americanos, compuesta de sus plenipotenciarios, con el encargo de cimentar de un modo más sólido y establecer las relaciones íntimas que deben existir entre todos y cada uno de ellos, y que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de sus Tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de JUEZ ÁRBITRO y conciliador en sus disputas y diferencias.

Con el gobierno de Chile se acordó un Tratado análogo, cuyos artículos 13 y 14 decían:

Art. 13. Ambas partes se obligan á interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América antes española para entrar en este pacto de unión, liga y confederación.

Art. 14. Luego que se haya conseguido este grande é importante objeto, se reunirá una asamblea general de los Estados americanos, compuesta de sus plenipotenciarios, con el encargo de cimentar de un modo más sólido y establecer las relaciones íntimas que deben existir entre todos y cada uno de ellos, y que les sirva de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en sus Tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de JUEZ ÁRBITRO y conciliador en sus disputas y diferencias (1).

Un Tratado semejante al celebrado con Chile se acordó con el Sr. Santamaría en Méjico.

El gobierno de Buenos Aires pactó también con el enviado de Colombia, Mosquera, un Tratado de amistad y

(1) *Colección de Tratados públicos de Colombia.*

alianza defensiva, pero no quiso aceptar las mismas bases consignadas en los Tratados de Colombia con el Perú y Chile. Rivadavia, que dirigía el gobierno de Buenos Aires y se entendió personalmente con Mosquera, rechazó la idea de un Congreso, en cierto modo soberano, árbitro de las cuestiones internacionales, y que juzgaba imitación inútil y peligrosa del Consejo anfictiónico de la antigua Grecia. Redújose, pues, el Tratado á acordar la amistad y alianza defensiva en sostén de la independencia, de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera.

Interpelado el ministro respectivo, en la Junta legislativa de Buenos Aires, sobre la supresión de ciertos artículos en el Tratado, dijo lo siguiente: "Un documento en que por la primera vez los Estados de América intervienen, dando la primera base de sus derechos, debe ser un documento del juicio con que penetran y calculan el porvenir. El proyecto de Tratado de Colombia no llenaba las condiciones apetecibles, por cuanto sólo fundaba la existencia de hecho de los gobiernos, y no su legitimidad, sin acordarse de la libre representación de cada país. Los Tratados de alianza al aire, no reglados por un Tratado especial, han sido inutilizados de hecho por los *casus fœderis*. Es preciso detenerse en el régimen representativo, en los intereses generales y recíprocos de Estado á Estado, y no en alianzas de familia" (1).

El Sr. Rivadavia era miembro de un gobierno en un país adonde los españoles no hicieron resistencia seria, donde puede decirse que casi no se combatió; no teniendo peligros internos ni internacionales, creía inútil la alianza con los demás Estados, aunque bien pronto, al sentir la amenaza del Brasil, solicitó esa alianza con Perú y Colombia, es decir, con Bolívar. Rivadavia fué miope, no sólo por cortedad de vista, sino porque en su espíritu monárquico soñaba todavía con un rey extranjero para la

(1) Diario de sesiones de la Junta de representantes de la provincia de Buenos Aires. Sesión del 9 de Junio de 1823.

Argentina y rechazaba la República. No supo comprender el interés momentáneo de su país, ni el porvenir de América, ni la conveniencia de la liga. Y á ese ciego lo quieren algunos hacer pasar ahora como un previsor.

De acuerdo con sus instrucciones, los enviados de Colombia se encargaron también de promover la reunión del proyectado Congreso de Panamá. El Sr. Mosquera celebró otro Tratado en Lima, por el cual Colombia y el Perú se comprometieron á proveer, por todos los medios que estuvieran á su alcance, que se reuniera en el istmo de Panamá ó en cualquier otro lugar que se designara de común acuerdo, una asamblea de plenipotenciarios de los Estados americanos. Debía ese Congreso ocuparse de discutir y acordar lo más conveniente para sostener los grandes intereses de América.

Tenemos, pues, que el Libertador, una vez elegido presidente de Colombia, prestó muy preferente cuidado á la realizacion de sus ideas y proyectos favoritos sobre política internacional; y tenemos también que los pactos que, de acuerdo con las instrucciones del gobierno de Colombia, celebraron los enviados Mosquera y Santamaría, consignan, los primeros en América (y en el mundo), la práctica civilizadora del Arbitraje.

Asimismo el Libertador proclamó, por primera vez en América, y en su carácter de presidente de Colombia, el principio del *uti possidetis*, del que vamos á ocuparnos en seguida" (1).

---

(1) FRANCISCO JOSÉ URRUTIA: *El ideal internacional de Bolívar*, cap. I. Este estudio,—del cual se inserta todo el capítulo primero,—del eminente jurista colombiano y ex ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, Dr. F. J. Urrutia, estudio publicado en volumen, en Quito, por los días del Centenario de la Independencia, fué luego recopilado en Madrid, junto con otros trabajos, por la Casa Editorial Renacimiento. Véase SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR DE LA AMÉRICA DEL SUR, *por los más grandes escritores americanos*. (Biblioteca Renacimiento. Madrid, 1914.)—*(Nota de 1918.)*

XIII.—El gobierno de Madrid despide incivilmente á nuestros comisionados, después de haber exigido que los enviasen.—Toma de Cartagena por Montilla.—El Libertador insta por que se tome el Istmo de Panamá.

Cuando el Libertador entendía en esos planes de derecho, de alianza y de comercio, entre pueblos distantes, procurando comunicación y mutuos beneficios de todo orden, recibió la desagradable nueva de la expulsión de nuestros Enviados de la Corte de Madrid.

Al pasar por París los señores Revenga y Echeverría dirigiéndose á España, se les incorporó el Sr. Zea, quien, movido de un impulso patriótico, quiso ayudarlos en la grave comisión que llevaban. Dos días después del arribo á Madrid, tuvieron una entrevista de mera introducción con el ministro Bardaxí y Azara, el mismo que había sido ministro de Estado de la Regencia, y que ya conocemos desde 1811 (1).

Nuestros comisionados permanecieron en la capital de España noventa días, sin que en todo este tiempo hubieran podido obtener una sola conferencia con el ministro ni respuesta siquiera á sus repetidas y corteses notas; hasta que al fin, en la mañana del 2 de Septiembre, recibieron sus pasaportes con la orden terminante de salir de Madrid en el plazo perentorio de veinticuatro horas. Revenga y Echeverría, asombrados de medida tan violenta que como bárbara se consideraría en Argel, salieron atropelladamente de Madrid en ese mismo día. Zea, que había sido Prefecto de Málaga en el reinado de José Bonaparte y cuya reputación científica y literaria le procuraba

(1) Véase vol. I, cap. V, págs. 60-61.

grande influencia, consiguió que se le permitiera permanecer cuatro ó cinco días más. Revenga regresó á Colombia; Echeverría quedó en Francia, y pocos meses después murió en Dieppe de una fuerte hemorragia que no fué posible contenérsele.

Hubo de disiparse entonces la idea que algunos acariciaban, de que la España se inclinaba á reconocer nuestra independencia: idea sin fundamento bastante, pues nunca estuvo más lejos la Corte de Fernando de convenir en tal propósito. Y tanto así que, por esa misma época, el propio Sr. Bardaxí y Azara dirigió una nota llena de brusquedad y vehemencia al encargado de Negocios de Portugal en Madrid, porque la Corte de Río Janeiro había reconocido la independencia de Buenos Aires (1). ¡Júzguese, pues, cuál era el espíritu de España en punto al reconocimiento de la independencia americana!

La pena que al Libertador causaron estos actos violentos contra las reglas de la civilidad y de las prácticas sancionadas por el Derecho de Gentes, se mitigó con las faustas nuevas de la toma de Cumaná por Bermúdez, y de la rendición de Cartagena, cuya plaza, una de las más importantes, si no la mejor de Sur-América, tomó el general Mariano Montilla, de Caracas, después de un sitio de catorce meses.

En todo el curso de la guerra americana, tan varia de sucesos, fué aquella la vez primera que una plaza de armas de la entidad de Cartagena pasaba de manos de los realistas á la de los patriotas, y Montilla quiso que la entrega se hiciese con todas las formalidades de la guerra. Nuestro jefe había sido indulgente con los capitulados de Cartagena hasta donde podía extenderse su índole hidalga y generosa. Convino en que se embarcase la guarnición española para Puerto Rico ó Cuba, cuyo embarco se haría por cuenta de Colombia; á los particulares les con-

(1) Este oficio tiene fecha 29 de Noviembre de 1821. A Portugal, pues, corresponde el honor de haber reconocido, el primero, la independencia de antiguas colonias hispano-americanas.—*(Nota de 1918.)*

cedió cuatro meses más para disponer de sus propiedades, si no querían permanecer en el país; dió amplias garantías á las personas y propiedades, etc. Pero una cosa hubo en que Montilla no convino; á saber, entrar en la plaza después que los realistas la evacuasen: circunstancia esta que, por un resto de insano orgullo, solicitaron el brigadier Torres y el coronel Balbuena con vivísimas instancias. La plaza fué entregada puesto por puesto, baluarte por baluarte, con lo que, á medida que en cada uno bajaba la bandera española, se enarbolaba la colombiana, que en el instante era saludada por las baterías. Así, con esa pompa digna de Montilla, cayó en su poder la fuerte Cartagena, *la llave del reino de Santa Fe* (como escribe Torrente), *cuya posesión había sido tan costosa á Morillo en 1815.*

El vencedor ilustre escribió en el mismo día de su entrada en la plaza (1.° de Octubre) á Bolívar, diciéndole:

Hoy remito á usted, por el órgano del ministro de Guerra y con el oficio que corresponde, las llaves de la plaza de Cartagena. Esta plaza encierra algunos millones que valen sus murallas y fortificaciones, y los inmensos materiales y proyectiles de sus vastos almacenes, sin contar con 3.500 á 4.000 quintales de pólvora, 1.300 de plomo, 3.000 fusiles y un rico parque de artillería. Todo es digno de usted, general, que lleva adelante, con la admiración del mundo, el gran propósito de libertar la América. La confianza que usted hizo en mí, está correspondida. *Cartagena debe ser el teatro de su gloria*, me dijo usted; ha sido el campo de mi esperanza para acreditarle mi amistad y mi agradecimiento de todo corazón...

El oficial encargado por Montilla para poner estos oficios y las llaves de oro de Cartagena en manos del Libertador, no encontró á éste en Bogotá, sino en Suatá, el 15 del propio mes de Octubre. Bolívar felicitó á su amigo y le dió albricias por la gloria de que se había cubierto en la campaña y toma de Cartagena, y le devolvió las llaves; porque él debía ser el guardián de aquel depósito

sagrado, conservándolo con la misma gloria con que fué adquirido (1).

Después de los primeros conceptos dedicados naturalmente á la satisfacción que sentía el Libertador por la toma de una plaza que le dejaba cuatro mil hombres libres para marchar dondequiera que se les condujera, Bolívar le decía á Montilla:

Usted sabe que mi primera intención fué tomar el istmo; por consiguiente es necesario que usted haga los mayores sacrificios para que el istmo se tome... Yo voy á Quito á dar fin á mi empresa, y por Panamá obraré de concierto con la expedición de Portobelo. De contado que las atenciones del enemigo serán muy grandes y nuestras facilidades más grandes aún. Por otra parte, estamos esperando en el curso del año la paz, y si no tomamos el istmo antes, no lo tendremos... El ministro de Guerra que ha quedado en cuenta con el Vicepresidente, dará á usted las instrucciones necesarias para esta expedición; pero yo *insto* á usted para que anticipe todas las medidas que sean posibles é indispensables.

IV.—Panamá, ya colombiano, entra á formar el 8.° Departamento de la República.

Otra vez hemos pretendido hacer notar á los lectores la importancia que daba el Libertador á la posesión del istmo. Con un juicio admirable de lo futuro, justificado por los acontecimientos ulteriores, creía que esa lengua de tierra que sirve para unir los dos vastos continentes americanos, estaba llamada á ser el centro de los intereses y el punto de depósito de todas las industrias del orbe. Ya desde 1815 decía desde Jamaica: *Esta magnífica posición entre los dos grandes mares, podrá ser con el tiempo el*

(1) Las llaves de Cartagena están en Caracas, en posesión de los herederos del general Mariano Montilla.—*(Nota de 1918.)*

emporio del Universo. Sus canales acortarán las distancias del mundo: estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, y traerán á tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio... (1).

Véase lo que son hoy Colón ó Aspinwall, Panamá y los pueblos comarcanos; medítese en el desarrollo que llevan y en lo que serán por fin, cuando se comuniquen entre sí

---

(1) Esta idea y estas bellas frases en que se la expresa son de 1815 y se encuentran en la célebre carta conocida con el nombre de carta de Jamaica, por la ciudad donde se escribió el 6 de Septiembre de aquel año.

Veinte años mas tarde, el sabio francés J. J. Ampére, no tuvo empacho en apropiarse la idea de Bolívar, y sobre todo, en consignarla casi con las mismas palabras.

"*La ciudad desconocida se levantará un día en el punto en que se reunen las dos Americas (Panamá) y será la Alejandría del porvenir. Será tambien, como Alejandría, el emporio del Oriente y del Occidente, de la Europa y del Asia; pero en escala más vasta y en las proporciones del comercio moderno.*"

Un periódico de París (*Le Matin*, 30 de Agosto de 1913) se pasma de admiración ante el genio y profecía del gran sabio francés, como lo llama. Pero «al gran sabio francés» que silenció el nombre de Bolívar, le fué fácil profetizar el porvenir de Panamá, veinte años después que el Libertador. Le bastaba con saber leer. «El gran sabio francés» ha probado que sabía.

Otro periódico de París, católico por más señas, el periódico del célebre controversista Louis Veuillot, (*L'Univers*, 29 mai 1914) decía: "*Il y a quelques années, M. Izoulet appelait Panama la clef du monde.*"

Y agrega el diario parisiense:

«*Il n'était pas nécessaire d'être un grand prophète pour prédire l'importance du Pacifique et de Panama, «sa clef», alors qu'on travaillait déjà au percement de l'isthme. Mais un autre avait tout prévu et prédit dès 1815, et à ce moment il y avait du mérite. Il avait même annoncé la création d'un tribunal suprême d'Arbitrage entre les Nations, mais au lieu de l'instaler à La Haye, il l'avait placé a Panama. La prédiction à pour auteur Simon Bolivar, le plus grand homme d'Etat et de guerre de la jeune Amérique.*» (R. B.-F.)

los dos grandes océanos y acorran á aquellos parajes los hombres de todas partes del mundo, cambiando sus riquezas y transportando los productos generosos de los climas más remotos, y dígase después si no es mirífica y realmente asombrosa la previsión del Libertador. En hecho de verdad, los ojos que ven al través del tiempo y pueden leer con lucidez á la distancia de cien ó más años, son ojos bien penetrantes...

A la sazón que el general Montilla se preparaba á llevar sus banderas victoriosas al istmo y dejar satisfecho el encargo reiterado del Libertador, el levantamiento espontáneo de la villa de Santos, al cual se siguió el de toda la provincia y luego el de Veraguas, hizo innecesaria la intervención de las armas. El impulso de la opinión, bajo presión de los triunfos y los nuevos preparativos del ejército libertador, bastó para precipitar y asegurar la transformación política de aquellas provincias que el gobierno de la República erigió en departamento y compusieron el 8.° departamento de Colombia.

Con la pérdida de Cartagena y de los pueblos del istmo se desvaneció para los españoles toda esperanza de volver á dominar el antiguo reino de Santa Fe. No quedaba por someterse á las banderas independientes sino la presidencia de Quito, y de ésta se habían hecho cargo Bolívar y Sucre. ¿Cuánto duraría la resistencia?

V.—Generosidad del Libertador.

Sabemos que desde Suatá escribió el Libertador á Montilla diciéndole que seguía para Quito *á dar fin á su empresa*. Esta no era más que la independencia absoluta de la segunda mitad del mundo de Colón.

Las penosas y largas marchas de sus tropas, que iban desde las costas del Atlántico hasta Bogotá, le retuvieron

dos meses, bien á pesar suyo, hasta que al fin partió para Popayán el 13 de Diciembre, cuando ya le habían precedido algunos batallones de la guardia y cuando la expedición que conducía Salom estaba para llegar á la capital de la República.

Los últimos días que pasó el Libertador en Bogotá los marcó con el sello de su generosidad. Recordaránse sólo dos actos magnánimos.

Llegó al conocimiento de Bolívar que la viuda é hijos del virtuoso Dr. Camilo Torres, á quien hizo Morillo fusilar y colgar en la horca, en Santa Fe, el 5 de Octubre de 1816 con Torices, Dávila y otros, estaban en la miseria, teniendo cada día más motivos para llorar su orfandad. En el acto, lleno de dolor, y deseando aliviar la desgracia de aquellos infelices, escribió al vicepresidente Santander y le dijo: *Yo tengo treinta mil pesos de sueldo, y la señora Francisca Prieto, viuda del más eminente ciudadano de la antigua Nueva Granada, está sumida en la miseria. ¿Puede ser esto justo? Disponga V. E. que se le den mil pesos anuales de mi sueldo, y que se me rebajen á mí de los que la ley me asigna* (1).

La magnanimidad, dice Homero, es la virtud de los héroes, y verdaderamente en Bolívar era un sentimiento que lo distinguía. El era justo en reconocer los méritos, y largo en premiar las virtudes y los servicos. Lisonjeros los cronistas, han llamado *noble* al rey Carlos de Navarra, y *magnánimo* á D. Alfonso de Aragón; pero, ¿á qué distancia no quedan estos personajes, que daban del depósito de las riquezas públicas, cuando se comparan con Bolívar, que daba de lo suyo, y que, habiendo nacido rico, murió sin dejar nada? (2).

(1) Véase esta carta en la colección de cartas del Libertador.

(2) El Libertador repartía generalmente su sueldo entre familias pobres de hombres que habían servido ó servían la causa de América.

Por lo demás, Bolívar daba cuanto poseía, ya á los amigos pobres, ya á las señoras desvalidas, ya á los soldados; y al decir que daba todo, no se refiere ello sólo á su sueldo, sino á su dinero de bolsillo, á sus bienes, á sus armas, á sus prendas, á sus caballos, á sus casas,

El otro hecho de bondad y de generosidad que quiere traerse á la memoria tuvo lugar con el coronel Pedro Briceño Méndez. En la noche del 12 de Diciembre, dando sus disposiciones para la partida al día siguiente, el Libertador dictó al señor José Gabriel Pérez, su secretario particular, una certificación referente á los servicios y á los distinguidos méritos del coronel Briceño. Esta certificación concluía por recomendar ante Colombia al inmaculado patriota, *á cuyos sabios consejos*, decía Bolívar, *era deudor en gran parte de sus aciertos;* cuya pureza era ejemplar, cuya laboriosidad no tenía límites, y cuya modestia y demás virtudes republicanas le encumbraban al rango de hombre modelo. Tuvo este acto de singular, que fué espontáneo; y se trasluce que Bolívar no habría de marchar contento al Sur sin dar á su fidelísimo amigo el testimonio de su aprecio y confesar públicamente que le debía ilustrados consejos y oportunas y muy preciosas advertencias.

VI.—El primitivo plan de Bolívar para la campaña del Ecuador.

Para el 5 de Enero de 1822 ya estaba el Libertador en Cali, ciudad designada como punto de reunión del ejército. Desde allí habló á los colombianos del Sur diciéndoles:

Colombianos del Sur! El Ejército Libertador viene á traeros reposo y libertad.

---

hasta á su ropa de uso. Recuérdese la carta á su criado para que entregasen al señor Peñalver sus joyas personales, para que se socorriese; recuérdese que en 1819 ordenó se le diesen al coronel inglés Rook unas camisas y no pudieron dársele porque al Libertador no le quedaban; recuérdese que, como refiere Posada Gutiérrez *(Memorias histórico-políticas*, vol. I, pág. 315), regaló hasta su Quinta cerca de Bogotá.—*(Nota de 1918.)*

Caucanos! El día de vuestra recompensa ha llegado. El heroísmo de vuestros sacrificios asegura para siempre vuestra dicha: él será el patrimonio de vuestros hijos, el fruto de vuestra gloria.

Pastusos! Habéis costado llanto, sangre y cadenas al Sur; pero Colombia olvida su dolor y se consuela acogiendo en su regazo maternal á sus desgraciados hijos. Para ella todos son inocentes; ninguno culpable. No la temáis, que sus armas son de custodia, no parricidas.

Quiteños! La Guardia Colombiana dirige sus pasos hacia el antiguo templo del padre de la luz. Confiadle vuestra esperanza. Bien pronto veréis las banderas del iris sostenidas por el ángel de la victoria.

Cuartel General de Cali, 17 de Enero de 1822.

Bolívar (1).

El Libertador vió en Cali que la división del general Valdés, mandada ahora por el general Pedro León Torres durante la enfermedad de aquél, se hallaba reducida

(1) Mientras preparaba esta campaña, Bolívar se ocupó en la empresa de comunicar ambos océanos. Mandó abrir caminos y comprar elementos mecánicos fuera del país para comunicar el Atlántico y el Pacífico, valiéndose de los ríos colombianos. La apertura del Canal fué siempre una preocupación suya desde muchos años antes. Ahora, que se acerca al teatro de esa gigante empresa, ordena emprenderla; y la obra se emprende. Pero las campañas del Sur y los acontecimientos políticos distrajeron su atención. Su nombre debía unirse en la historia antes que nada á la obra de la emancipación continental. No tuvo tiempo ni medios para la empresa de comunicar los Océanos. Sin embargo, su espíritu soñó con ella y no se limitó á soñar, sino que, hombre de acción como era, al mismo tiempo que hombre de pensamiento, de labios de Bolívar salieron las primeras órdenes para que aquel sueño se convirtiese en realidad. Véanse en O'Leary *(Documentos)* los oficios, á este respecto, del secretario general del Libertador (10 de Enero de 1822, 12 de Febrero de 1822 y 7 de Marzo de 1822) al gobernador del Chocó, Sr. Cancino. En uno de estos oficios (el 12 de Febrero) se ordena ya la compra de los elementos mecánicos necesarios por cuenta del gobierno, y se agrega: "*Su excelencia estará para el mes de Octubre en el Chocó y está resuelto á ejecutar la útil empresa de comunicar los dos mares*".—*(R. B. F.*

á la nulidad casi, no tanto por la deserción cuanto por los padecimientos, resultados del clima que tenía llenos los hospitales. Hizo ocupar á Popayán por las fuerzas del comandante Joaquín París y determinó trasladarse con la mayor parte de su ejército á Guayaquil para emprender desde allí la campaña de Quito. El Libertador evitaba con este plan los malísimos pasos del Juanambú, las enfermedades del clima mortífero de Patía y la deserción, atacando además al enemigo por donde éste no debía esperarle. Y otra ventaja podría aún tener la ejecución de aquel proyecto, cual era asegurar la posesión de Guayaquil, cuyo gobierno parecía indeciso entre anexarse á Colombia, al Perú ó asumir la condición de anseático.

Ya los batallones *Bogotá* y *Neiva* habían marchado al puerto de Buenaventura sobre el Pacífico para embarcarse con dirección á Guayaquil, y otros cuerpos debían seguirles por escalones, cuando el Libertador mudó de plan é hizo regresar las fuerzas á Popayán, donde él mismo se encontró el 26 de Enero. Fué la causa de este trastorno una correspondencia del general Sucre en que le avisaba el arribo á Quito del capitán general D. Juan de la Cruz Mourgeón con una expedición realista, y que sobre las costas del Chocó, desde Buenaventura hasta Guayaquil, cruzaban la corbeta *Alejandro* y cuatro buques más armados en guerra con el intento de apresar las tropas colombianas y al Libertador mismo si entre ellas iba. Como éste no tenía medios para equipar escuadra en el Pacífico, se vió obligado á desistir de su primitivo plan y á emprender la campaña de Pasto, que debía ser, como en realidad fué, sangrienta y muy costosa.

VII.—Arriba á tierras del Ecuador, desde España, el general Mourgeón, con una expedición realista.

El gobierno constitucional de la Península, que creía poder readquirir los dominios de América con nuevos empleados que tuviesen interés personal en la reconquista de ellos, había enviado á Quito al general Mourgeón, á quien dió el título de virrey de Santa Fe, mas con el bien entendido que debería tomar tal destino luego que hubiera reconquistado las dos terceras partes de aquel reino, siendo mientras tanto sólo capitán general y Presidente de Quito. Bolívar quiso inmediatamente descubrir qué hombre era el nuevo jefe con quien tenía que entenderse; porque ha de saberse que en esto era muy diligente, diciendo que más importante era estudiar los hombres que los libros, y que era mucha ventaja conocer á fondo el enemigo y *saber de cuál pie cojeaba...*

Despachó, pues, en comisión cerca del jefe realista á los coroneles Juan Paz del Castillo y Antonio Obando con el objeto ostensible de negociar el canje de algunos prisioneros; pero llevaban en reserva el encargo de examinar el estado de las fuerzas y sobre todo el temperamento, la instrucción y las calidades personales de Mourgeón. Y fué innecesario el informe de nuestros comisionados, porque Mourgeón mostró anticipadamente su carácter y el grado de su tolerancia política, habiendo prevenido á Castillo en una orden terminante, cuando aún estaba á diez leguas de Quito, *que saliera del territorio español, pues no quería tener con él ninguna clase de comunicación y que aquella orden no admitía caso excepcional por más justo que pareciera.* Castillo se devolvió inmediatamente para el cuartel general Liber-

tador y Bolívar supo ya qué linaje de sujeto era el general contra el cual iba á hacer la guerra.

VIII.—El guerrillero José María Obando, futuro asesino de Sucre, abandona á los españoles y se pasa á los patriotas.

Mejor suceso tuvo la diligencia que el Libertador empleó para atraer á las banderas de Colombia al hábil guerrillero José María Obando, comandante de los puntos avanzados de los españoles. Por consecuencia de la ocupación de Popayán de que atrás he hablado, hubo algunas comunicaciones con el teniente coronel Obando, y éste celebró con el general Pedro León Torres un armisticio particular de un mes. Durante la tregua vino Obando hasta Calí á conocer al Libertador, quien le trató con dulzura, le inspiró confianza y supo sembrar en el corazón americano de Obando el germen de los principios republicanos que muy pronto debían hacerle amigo de Colombia...

El Libertador le halagaba con inteligencia. Un día (el 7 de Febrero) se presentó Obando en Popayán acompañado de dos oficiales y de algunos soldados *para servir hasta la muerte*, decía, *á la causa de la independencia*. Bolívar le admitió en su grado, diciéndole que esperaba prestase muy útiles servicios á la Colombia más que por su habilidad como guerrillero, por su valioso influjo en el valle de Patía.

IX.—Campaña en los Andes ecuatoriales.—Fanatismo de ignaras poblaciones ultra-católicas y ultra-realistas.—Obstáculos de la naturaleza, y heroísmo de los habitantes.

La empresa que el Libertador acometía con el designio de dar libertad á las regiones del Ecuador, se hallaba rodeada de peligros y dificultades, que sólo hombres de hierro podían arrostrar y vencer. Desde luego, malísimos caminos, si así pueden llamarse angostas y desniveladas sendas en la dirección de la gran cordillera de sierras que atraviesa de Norte á Sur todo el Continente, agrias cuestas y precipicios profundos y tajados; la parte llana erizada de malezas y espesuras; algunos parajes en verdad menos ásperos, pero insalubres; el país falto en general de provisiones; cruel el clima, y con esto la opinión de los habitantes decididamente enemiga de las ideas de libertad.

El clero ignorante, y por desgracia harto influyente en aquellas poblaciones, había excitado el entusiasmo de los pastusos y quiteños contra los insurgentes, haciendo creer que la causa del rey era la causa de Dios, y que la muerte de los patriotas no debía considerarse sino como el triunfo de la justicia y de la ley divina.

El Sr. Jiménez de Padilla, obispo de Popayán, fué incansable en esta persuasión, y logró su objeto; porque en Pasto y otros pueblos de su diócesis, las mujeres, los niños, los viejos, la gente del campo y de la ciudad, los hombres instruídos y los ignorantes, todos eran serviles, adoradores del rey, á quien respetaban como al vicegerente de Dios en la tierra...

Por aquí puede venirse en conocimiento de una parte

de las dificultades que rodeaban la empresa de Bolívar. Pero no eran estas las mayores. Y suponiendo que en su constancia, en su valor grande y en su capacidad y prudencia hallase medios para superarlas, ¿podría vencer también los obstáculos que la Naturaleza concurría á oponerle en las formidables márgenes del Juanambú? ¿Lograría rendir y sujetar al enemigo en aquellas posiciones inexpugnables, que ellos conocían de antemano y que habían fortificado, añadiendo las reglas del arte militar y del sistema de defensa permanente á invencibles dificultades naturales?

Corre el Juanambú caudaloso y rápido, de oriente á poniente, á unirse con el Guáitara, y ambos se deslizan por un cauce profundo, coronado en su mayor parte de riscos y escarpas. En medio de estos dos ríos, fuerte barrera que protege la ciudad de Pasto, y como para completar el cuadro de aquella terrífica colosal naturaleza, se eleva imponente el volcán (el volcán de Pasto), inmenso cono surcado por cañadas profundas, que son otros tantos puntos militares. Pasto está fundada en las faldas del volcán, feraces por extremo; y también se ven aquí y allí otros pueblos menos importantes, pero cuyos moradores, todos aguerridos, eran entonces tan ignorantes como entusiastas de la España.

En ese punto, pues, era donde iba á hacer la guerra el Libertador, y abría la campaña á la vez contra los españoles, contra la opinión extraviada de los pueblos, contra el tesón y la influencia clerical, contra los rigores del cielo, contra los fraudes y artificios de los que pérfidamente hacían escasear las vituallas, contra los arduos obstáculos que la Naturaleza le ponía, contra los peligros de toda especie que se sucedían á cada hora, y contra la animosidad y el odio que apuraban sus recursos para que en aquéllos sucumbiese y se marchitase la gloria del Ejército Libertador.

Jamás Aníbal, en sus empresas difíciles é inciertas, atravesando los Alpes por precipicios ignorados y penetran-

do en Etruria por lodazales profundos; jamás se vió rodeado de las dificultades que Bolívar tuvo que superar en la guerra del Ecuador.

¡Cuánto aliento no era necesario para seguir adelante en medio de aquella terrible oposición! ¡Qué constancia, y qué amor por el bien y la libertad de la patria, para no abatirse con tan colosales resistencias, con tan horrendos peligros! Nada podía esperar el Libertador de la ocasión y la fortuna; todo debía alcanzarlo por su perseverancia, su inteligencia y su valor.

.... Vade im fortudine tua hac
Et salvabis populum. Ecce misi te.

(Jud. vi.)

"Después de haber acompañado á los ejércitos republicanos—escribe un historiador de la revolución de América—en las largas campañas de Venezuela, parecería difícil relatar otras (aunque más cortas) en que la paciencia, la abnegación, los sufrimientos físicos del soldado, y el valor, la energía y la tenacidad de los jefes, estuvieran llamados á soportar mayores pruebas... Aquéllas *(las campañas de Venezuela)* se hacían sobre un terreno comparativamente llano, de clima uniforme, y auxiliado para las marchas, por la navegación de caudalosos ríos, que lo cortan en todas direcciones, mientras que ahora va á hacerse la guerra en el territorio formado por el laberinto de montañas de la gran Cordillera americana, ora marchando sobre sus heladas cimas, ora descendiendo á los valles estrechos, profundos y mortíferos por donde se abren paso los torrentosos ríos que corren entre sus flancos. Los Andes venezolanos son simples accidentes del terreno, al lado de las inaccesibles cumbres á que se elevan las cimas de los Andes del Sur de Colombia, inferiores apenas á las del Himalaya.

El territorio que sirve de teatro á la campaña del Sur, se extiende desde el valle de Cauca hasta Guayaquil. Álzase en medio de él la gran mesa de los Pastos, formada

por el nudo de vibración de la cordillera, que allí se rompe en las tres grandes cadenas que siguen á perderse en el Norte del Continente. Esta elevada mesa, que no hay medio de rodear, y que es paso obligado de todo camino de tierra entre Popayán y Quito, está cortada al Norte por el Juanambú, y al Sur por el Guáitara, impetuosos torrentes que van al Patía, encajonados entre rocas superpuestas, cortadas á tajo vertical, y sobre las cuales van á empeñarse en breve los más sangrientos y obstinados combates de esta larga lucha.

Pasto ha sido llamado (por Bolívar), y con razón, la Vandea americana. Sus aguerridos y valerosos habitantes, imbuídos en las supersticiones del más grosero fanatismo, azuzado por el clero hostil á la República, abrazaron desde el principio de la lucha la causa del rey, con un fervor y un entusiasmo de que no dió ejemplo ninguna otra población ni comunidad alguna del elemento español en la guerra de independencia. Fueron los pastusos los primeros que se armaron y los últimos que depusieron las armas en defensa de Fernando VII, sin que nada, ni las más espantosas retaliaciones de la guerra á muerte, con que los jefes republicanos se vieron obligados á castigarlos, quebrantara su obstinación ni su valor. Incendiadas las poblaciones y talados los campos, los pastusos se diseminaron en numerosas guerrillas, que diezmaron el ejército republicano en sus lóbregas montañas. Reclutados en masa para el servicio del ejército patriota, preferían suicidarse por centenas y por miles, arrojándose á los ríos, antes que contaminarse con el servicio de la independencia, que para ellos era sinónimo de herejía é impiedad.

El nombre del obispo Jiménez de Padilla, que á tal grado de exaltación llevó las pasiones de estos fanáticos, debe pasar á la Historia como el del principal responsable de todos los excesos, horrores y crueldades con que se manchó la guerra de Pasto" (1).

(1) A. Galindo: *Las batallas decisivas de la libertad*. págs. 293-294; ed. de París y México, 1906.

X.—Hacia Bomboná.

El 8 de Marzo partió el Libertador de Popayán con su Estado Mayor. El ejército colombiano le había precedido dirigiéndose hacia la Alpujarra, cortas leguas distante del Juanambú. En la travesía se perdieron como mil hombres que quedaron en los hospitales de Tambo, Miraflores, Mercaderes, Taminango, etc.—Así la guardia mandada por Bolívar constaba apenas de 2.000 soldados disponibles al aproximarse á guerrear contra los españoles en Pasto.

Desde que el Libertador recibió aquella importante comunicación de Sucre que le hizo variar de plan y emprender la guerra por Pasto, dió orden á este general para que se moviese sobre Cuenca, á fin de dividir la atención del enemigo é impedir que cargase todas sus fuerzas contra la guardia que marchaba rodeada de dificultades y por climas inclementes. El Libertador estaba seguro de la obediencia de Sucre; pero nada supo de sus movimientos, cortada la comunicación por los realistas de Quito, Riobamba y los lugares intermedios.

El 24 de Marzo llegó á las márgenes del Juanambú con sus dos mil soldados; y á pesar de la impetuosidad de este río, logró vadearlo por un paso llamado de Burreros hacia la extremidad de la hacienda del Peñol. Es este el pueblo más distante de Pasto en la confluencia de los ríos Guáitara y Juanambú.

Bolívar había dejado á la izquierda el camino principal que guía por el Boquerón á la ciudad de Pasto, porque pensaba evitar las fortificaciones del enemigo y enseñorearse del territorio de los Pastos para atacar y someter á Quito antes que á la ciudad de Pasto; plan que, como veremos adelante, no fué posible realizar.

Oponíase á la marcha del ejército colombiano el coronel europeo D. Basilio García al frente de la segunda división española del Sur, que constaba de 2.000 hombres, entre ellos cazadores excelentes que hacían prodigios en aquellas fragosas sierras que tanto conocían. Era García hombre indomable, y había prometido al capitán general de Quito *que destruiría con pérdida insignificante de su parte todas las tropas insurgentes, y le entregaría vencido y humillado al que se titulaba Libertador de Colombia.*— "Esto no es difícil—decía el general Aymerich, encargado ya del gobierno de Quito por la enfermedad y muerte de Mourgeón—; esto no es difícil, porque García tiene fuerzas iguales á las de Bolívar y ocupa posiciones impenetrables. El país también le favorece...!"

Así pensaban los realistas.

El Libertador en persona se avanzó á reconocer las márgenes escarpadas del Guáitara, y vió que era imposible atravesarlo. El río impetuosísimo no da vado y corre por un lecho guarnecido de riscos enormes y rocas tajadas á pico. Sólo hay dos pasos transitables por tropas que lleven caballería y bagajes; éstos son los puentes de Veracruz y Yacuanquer. Empero los españoles habían cortado el primero, y no obstante la inmensa dificultad de reconstruirlo, defendían, sin embargo, la entrada con destacamentos y dos piezas de artillería volante. Dirigióse entonces el ejército por Sandoná y Consacá hacia Yacuanquer, y Bolívar decidió pasar el Guáitara por este puente, ó tomar á Pasto por el Sur.

En la tarde del 6 de Abril, cuando nuestras tropas llegaron á Consacá, García ocupaba, con todas las suyas, las alturas de Cariaco, á una legua de distancia. El terreno intermedio de *Bomboná* quedaba libre.

Esa marcha entre jarales y malezas á duras penas franqueables y por veredas escabrosas, no se hacía tranquilamente. En medio de aquellas montañas primitivas, contemporáneas del origen de las cosas, las emboscadas enemigas nos causaban un daño horrible, y más de una vez tuvo que

hacerles frente y dispersarlas el teniente coronel Laurencio Silva, uno de los vencedores de Carabobo y al que veremos más tarde cubrirse de gloria en Junín y Ayacucho.

XI.—«Tenemos que vencer, y venceremos.»

El 7, en la madrugada, el comandante Joaquín Paris y el coronel Barreto recibieron orden de atravesar la profunda quebrada de Consacá y reconocer las posiciones de los realistas. Iba Paris con una parte del batallón *Bogotá*, y Barreto á la cabeza de los *Guías*; acercándose tanto este atrevido jefe, que llegó á percibir las palabras que en el campamento enemigo se pronunciaban. Según lo que informaron al Libertador y lo que era muy positivo, la derecha del ejército contrario se apoyaba en las faldas escarpadas del volcán de Pasto; la izquierda en el Guáitara, más caudaloso por aquel punto, y el centro estaba cubierto por un bosque espeso, á cuyo inconveniente natural habían añadido los españoles otro de artificio, abatiendo grandes árboles que embarazaban la marcha. Todo el frente de la línea se hallaba defendida por una profunda cañada que sólo se atravesaba por un puente dominado éste por los fuegos de todos los cuerpos enemigos.

Tal posición era impenetrable.

El Libertador hizo un reconocimiento por sí mismo, y volviendo luego á su tienda de campaña: *Bien*, dijo; *la posición es formidable. Pero no debemos permanecer aquí, ni podemos retroceder. Tenemos que vencer, y venceremos...*

Como acabase de decir esto, dió orden al general Manuel Valdés de trepar el volcán de Pasto y atacar la izquierda del enemigo con el batallón *Rifles*. La derecha y

centro debían ser acometidos por el general Pedro León Torres á la cabeza de los batallones *Bogotá* y *Vargas*, y dos escuadrones de *Guías*. El batallón *Vencedor en Boyacá* y dos escuadrones quedaban en la reserva. El Libertador mandaba la acción en persona.

XII.—El error y la abnegación de Pedro León Torres.

Fué entonces que un error ó mala inteligencia de parte del intrépido Pedro León Torres, comprometió la suerte de nuestras armas, si bien dió ocasión á un rasgo de gentileza y patriotismo que hará honor siempre á la memoria de tan ilustre jefe. El Libertador, que veía con presteza de águila, conoció la importancia de tomar sin tardanza cierta altura desde cuya posición podía hacerse mucho daño al enemigo. *Sin que almuerce la tropa*—dijo á Torres—*tome usted aquella altura y yo vuelvo volando con las fuerzas que están en la reserva.* Por desgracia, Torres entendió mal; pues entendió lo contrario, y mandando hacer pabellones dispuso que la tropa almorzase la ración que traía en la mochila. Cuando volvió el Libertador y halló la tropa en descanso, mientras que Valdés se empeñaba aisladamente en el cumplimiento de lo que le tocaba hacer y los españoles tenían tiempo de distribuir mejor su gente, se incomodó por extremo y dijo á Torres: *Entregue usted el mando al coronel Barreto, que seguramente cumplirá mejor que usted las órdenes que se le den.*

Entonces Pedro León Torres, desmontándose del caballo y tomando un fusil: *Libertador*—le dijo con una decisión sublime—, *si no soy digno de servir á mi patria como general, la serviré al menos como granadero.* Bolívar, que tenía el alma sensible para todo lo que era noble y era grande, se desmontó en el momento y corrió á abra-

zar á Torres, devolviéndole el mando de su división y llenándole de justas y muy merecidas alabanzas.

Torres dió la voz de marcha y se lanzó furioso sobre el enemigo. Así comenzó la acción de Bomboná, una de las más cruentas que hubo en Colombia.

XIII.—La batalla de Bomboná (7 de Abril).

Eran las dos de la tarde. Torres quiso penetrar por la derecha del enemigo, pero le fué imposible. Intentó pasar la honda cañada de Consacá; pero cayendo sobre las abatidas de árboles, sus soldados no pudieron forzar las posiciones españolas.

Desfilando bajo los fuegos enemigos de artillería y fusilería que á manera de espeso granizo venían disparados contra ellos, todos los jefes y oficiales, menos seis, y muchos soldados quedaron en breves instantes muertos ó heridos. Al impávido Torres sucedió Paris; á Paris, Barreto; á Barreto, Sanders; á Sanders, Carvajal... Ninguno volvió cara. *Vargas* casi desapareció ese día. *Bogotá* quedó en reliquias. La muerte segaba á su sabor las vidas...!

Aquel bravísimo oficial español, D. Basilio García, defendíase detrás de sus posiciones con estoico valor.

A tiempo que esto sucedía en el centro, Valdés trepaba por las faldas del volcán á la cabeza de *Rifles* con un brío de que no hay ejemplo, y que quizás no tenga imitadores. Era preciso avanzar por aquellas rocas escarpadas y desalojar á los españoles del punto que ocupaban. Y nuestros soldados los desalojaron... subiendo por una escala de bayonetas clavadas en precipicios! Cuatro compañías escogidas de Aragón defendían aquel punto inexpugnable; pero no resistieron al ímpetu de Valdés, el primero en subir, el primero en destruir con una rabia heroica la resistencia enemiga.

La tarde estaba serena y el humo ocultaba á los combatientes. Sin embargo, en un momento de claridad, el Libertador, que estaba en el centro, vió la ventaja que obtenía Valdés, y envió entonces al batallón *Vencedor* que atacase las trincheras y parapetos del terrible centro de los españoles. *¡Batallón Vencedor*—le dijo—, *vuestro nombre solo basta para la victoria. Corred y asegurad el triunfo!* El ataque de *Vencedor* se ejecutó con la mayor intrepidez... Era ya la noche y brillaba la luna en su plenitud cuando Bolívar recibió el anuncio de Valdés que el enemigo huía. El grito de victoria resonó en el espacio: *¡Viva Colombia! ¡Viva la libertad!*

Bolívar despachó inmediatamente sus edecanes con órdenes á los jefes vencedores de que no persiguieran á los que huían. Esta orden salvó al enemigo de ser destruído completamente; pero fué prudente, porque nuestros soldados no conocían aquella cadena de escollos en cuyos bordes habían peleado, y con las sombras de la noche podía la victoria sernos más costosa que una derrota.

El campo de batalla quedó en poder de los independientes junto con la artillería, algún botín y muchos prisioneros y heridos...

Si el reino de Quito no se hubiera perdido (escribe un historiador español, refiriéndose á la conquista del Ecuador por Bolívar y Sucre) *tal vez tremolaría aún al presente el pendón de Castilla sobre todo el virreinato del Perú... Fué Quito el paso de los vencedores de Boyacá para destruir en Ayacucho los fieros leones de Castilla* (1).

XIV.—Habilidades de D. Basilio García y muerte de Pedro León Torres.

El 8 de Marzo amaneció flameando el pabellón de Colombia sobre las posiciones inexpugnables que ocupa-

(1) M. Torrente, ob. cit., vol. III, pág. 344, ed. Madrid, 1830.

ban los españoles el día anterior; y en vez de entregar en Quito, batido y humillado, al que se llamaba Libertador de Colombia, como ofreció García, fué éste quien meditaba entregarse ya á Bolívar para salvar su vida por una capitulación. Luchando en mil contrariedades su amor propio, halló por fin el medio de ponerse en comunicación con el Libertador, intimándole desde Guaca que se retirara á Popayán, pues de lo contrario quedaría destruído sin remedio. Bolívar era en gran manera suspicaz para no ver en aquella peregrina intimación otra cosa que una abertura de negociación; y desde luego pensó aprovecharla para concluir un armisticio que durase al menos mientras llegaban los refuerzos que había pedido á Popayán y Bogotá.

El coronel Paz del Castillo fué comisionado para la negociación, la que no tuvo por aquel momento resultado alguno. García negó, al cabo de ocho días de inútiles preliminares, lo mismo que deseaba y se prometía alcanzar. La causa fué una larga correspondencia que recibió de Pasto, en que los habitantes de esta ciudad le excitaban fuertemente á que destruyera á Bolívar y á los rebeldes, asegurando que ellos no permitirían al ejército republicano pasar por la ciudad, *porque hasta las mujeres saldrían á devorarlo...*

Bolívar decidió entonces situarse en el Peñol y aguardar en aquella ventajosa posición los refuerzos que debían venir. Su ejército era débil para emprender operaciones activas. El 16 de Abril comenzó el movimiento en dirección de Hato-Viejo. Quedaron en el hospital de Consacá trescientos enfermos y heridos que no podían conducirse por falta de caballerías. Entre aquellos últimos se contaba el general Pedro León Torres, quien murió á poco. Todos fueron recomendados al comandante español, y el Libertador dejó un comisionado con fondos suficientes para asistirlos en su convalecencia.

El general Pedro León Torres falleció de las heridas mortales que recibió en Bomboná. Venezuela perdió en

él uno de sus mejores hijos, uno de sus más bravos y leales defensores. El valor de Torres era admirable, y su índole dulcísima no tenía igual. Era robusto y capaz para resistir cualquier fatiga; activo, vigilante, amigo de la disciplina, el primero en los trabajos y peligros, sabía conciliar del modo más apacible los deberes y decoro de jefe con los oficios de camarada y amigo. Dote preciosa tanto más digna de ponderación y de alabanza, cuanto que no nacía en él del estudio, sino que era natural.—Torres, si apetecía alguna muerte era la del soldado, que cae glorioso combatiendo por su patria para levantarse en hombros de la fama á la inmortalidad.

Pulchrumque mori succurrit in armis.

(Virg. Æn. II.)

Y esa fué la suya.

El Libertador sintió su pérdida; y en aquellos días, preocupado de la desgracia que lloraba, habló mucho de Pedro León Torres, de sus servicios, de su obediencia, de su valor á toda prueba, de su bondad natural y hasta de la gentileza y gallardía de su persona.

XV.—D. Basilio García, el bravo defensor de Pasto, acepta la capitulación que Bolívar le ofrece.

A la vez que las tropas se movían hacia el Peñol, el Libertador hizo partir tres comisionados para acelerar la marcha de los refuerzos que con tanto ahinco se deseaban. Más de treinta días pasó aún aguardándolos, y como las guerrillas de Patía interceptaron las comunicaciones, no recibió tampoco la menor noticia; pareciendo como

abandonado de todos en aquellos bosques eternos, rodeado de implacables enemigos cuales eran los pastusos.

No debo pasar en silencio—decía el Libertador al gobierno de Colombia, pidiéndole los refuerzos de que necesitaba para terminar la campaña—; no debo pasar en silencio que las privaciones del ejército han sido muchas; que el clima nos ha tratado con más cruedad que los hombres, y que estos hombres son los más enemigos que tiene la libertad; que para odiarnos no hay distinción de sexo, edad ni calidad; que hemos sido hostilizados por todos los vivientes racionales de este país; que en marcha como en formación estamos acosados por el fuego de las guerrillas enemigas; que nuestras avanzadas, partidas y destacamentos, necesitan de una vigilancia infinita para no ser sorprendidos, y que habiendo sido el servicio extraordinariamente recargado, nuestras tropas han sufrido fatigas excesivas. Pero en recompensa, siempre hemos vencido. Nuestra disciplina y valor han triunfado de todo, y el enemigo no puede jactarse del triunfo una sola vez. ¡Ni un minuto siquiera! (1).

A pesar de todo, los auxilios no venían, y ya el ejército había consumido todas las vituallas en el Peñol y en sus

(1) Por aquí se advierte, aunque no lo supiésemos de sobra, que Bolívar libertó aquellos pueblos, contra la voluntad de esos mismos pueblos. Cosa idéntica ocurrió en Venezuela. Este documento del Libertador recuerda aquel otro documento del general Urdaneta al Congreso de Nueva Granada, en 1814, donde le pinta cómo son mirados y tratados por los pueblos de Venezuela los individuos del ejército libertador. "*Los pueblos*—decía Urdaneta—*se oponen á su bien. El soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro. Voluntariamente se reunen en los campos á hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas, y sus habitantes se van á los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas, tal vez á buscar el alimento, es sacrificado.*" (Informe al Congreso de Nueva Granada.)

La pintura no puede ser más parecida á la que hace Bolívar respecto de los pastusos y á lo que los pastusos hicieron contra los patriotas en 1822 á semejanza de lo que hicieron los venezolanos—salvo en las poblaciones más civilizadas de la provincia de Caracas—en 1814. *(R. B.-F.)*

alrededores; sólo existían las suficientes para tres días. Entonces fué necesario (usando de las mismas expresiones del Libertador) que éste, con la más dolorosa repugnancia, y casi humillado, se resolviese á volver él mismo en persona con las tropas de su mando al encuentro de los refuerzos que tan largamente se habían esperado!... Bolívar levantó el campo y repasó el Juanambú (10 de Mayo) á la vista del enemigo, que no dejó de molestarle.

En Mercaderes comenzó á recibir los auxilios que conducían de Popayán los coroneles Lara y Juan Paz del Castillo. Poco después, en el Trapiche, se incorporaron otros que traía el general Barreto. Así y con todo, no pudo completarse sino dos mil hombres; los jinetes sin buenos caballos, y tampoco había acémilas para los equipajes y municiones. ¡Con estas contrariedades y dos mil más que no pueden referirse, seguía Bolívar en su obra estupenda de redención!

El 23 de Mayo dirigió al coronel García, desde el Trapiche, *por última vez*, una intimación, excitándole á aceptar la capitulación que le ofrecía para las tropas y para el obstinado pueblo de Pasto, que tan hostil se había mostrado. El 28 contestó el jefe español "que estaba dispuesto á aceptar la capitulación que se le proponía". Tanto García como los jefes y oficiales de la segunda división española de Quito estaban muy decididos á capitular; pero tardó aquél en responder al Libertador, porque el pueblo de Pasto se oponía.—"Guerra á los insurgentes", clamaban aquellos estúpidos moradores, y este grito se oía repetido en todos los ángulos de la ciudad y de los campos. El coronel García interesó al Obispo Jiménez de Padilla para que persuadiera al pueblo la necesidad y conveniencia de la capitulación y calmara la efervescencia de los pastusos; pero mayor eficacia y persuasiva virtud tuvo la noticia de la importante acción de Pichincha, en que Sucre triunfó sobre Aymerich, y le obligó á capitular y entregar la capital...

XVI.—La campaña de Sucre: Victoria de Pichincha (24 de Mayo).

De conformidad con la orden del Libertador para que obrara sobre Cuenca y los pueblos al Sur de Quito, Sucre había atravesado la cordillera occidental por Machalá y venido á la provincia de Loja.

Cayeron sucesivamente en su poder Cuenca y Alausí, y persiguió el afortunado caudillo á los realistas hasta Riobamba, cuya plaza ocupó el 22 de Abril después de un brillante combate contra fuerzas superiores.

A los seis días se movió sobre Quito, y en las alturas que forman la cresta del volcán de Pichincha dió el 24 de Mayo la famosa acción que libertó aquellos pueblos y que será siempre uno de los mayores timbres de Sucre. 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles y porción considerable de fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y cuanto poseía el ejército español, otro tanto vino á manos del vencedor. Aymerich mismo se entregó prisionero, y el ilustre Sucre entró en Quito, en la ciudad de Belalcázar, el 25 de Mayo, precisamente á los doscientos ochenta años en que el pabellón de Castilla fué tremolado allí por la primera vez...!

XVII.—Bolívar entra en Pasto.

El Libertador supo los triunfos de Sucre por referencia que le hizo un joven Pombo que iba de Pasto; pero sin detalles ni exactitud. Sin embargo, en el acto se puso

en marcha á la cabeza de la Guardia colombiana, y en Berruecos, cerca del Juanambú, se hallaron D. Pantaleón del Hierro y D. Miguel Retamal, comisionados de García, para ajustar la capitulación propuesta. Por ella se entregaba al presidente de Colombia todo el territorio que mandaba el jefe de la segunda división española, y Bolívar concedía una absoluta garantía de personas y propiedades á todos los que existían en dicha demarcación.

Apenas firmado y ratificado el convenio, recibió el Libertador un parte del coronel García que le anunciaba el estado de suma agitación en que la ciudad se hallaba, y le pedía que apresurase su marcha, á fin de reprimir el desorden que tantos males habría de causar en Pasto.

El Libertador formó una columna de las compañías de granaderos y cazadores de todos los batallones, y marchó al frente de ella para la ciudad indómita. Cuando se acercaba salió á recibirle el coronel D. Basilio García con su estado mayor; y después de algunas palabras de cortesía que se cruzaron entre el valiente guerrero de España y el presidente de Colombia, entraron juntos hasta la plaza mayor, en donde estaban preparados los cuarteles. Luego vino Bolívar al alojamiento que se dispuso para él, á cuya puerta estaba una guardia de granaderos españoles.

Ésta hizo los honores al Libertador y permaneció en formación más de una hora, hasta que fué relevada por la compañía de granaderos de los nuestros, y según el convenio entregó sus armas.

Tal paso imprudente del Libertador pudo costarle á él la vida y aparejar á Colombia males infinitos; no sólo porque se dudara de los oficiales españoles, cuya actitud, en la que confió Bolívar, podía ser un ardid, sino por el odio que habían demostrado á los patriotas aquellas poblaciones, hasta el punto de que para prevenir cualquier desafuero tuvieron que hacer guardia á Bolívar, caballerescamente, soldados españoles del coronel García; aquellos mismos soldados que lo habían combatido en Bomboná y hostilizado luego en su marcha por los desfilade-

ros andinos. El arrojo y generoso espíritu del jefe republicano no reconocieron el peligro, pero lo hubo.

En el mismo día de su entrada en Pasto, el Libertador anunció á Colombia los grandes hechos realizados en el Sur. La proclama de 8 de Junio dice de este modo:

Cuartel General Libertador en Pasto
8 de Junio de 1822.

¡Colombianos!

Ya toda vuestra hermosa patria es libre. Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú el ejército libertador marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Una sola, plaza resiste, pero caerá.

¡Colombianos del Sur! La sangre de vuestros hermanos os ha redimido de los horrores de la guerra! Ella os ha abierto la entrada al goce de los más santos derechos de libertad y de igualdad. Las leyes colombianas consagran la alianza de las prerrogativas sociales con los fueros de la naturaleza. La constitución de Colombia es el modelo de un gobierno representativo, republicano y fuerte. No esperéis encontrar otro mejor en las instituciones políticas del mundo, sino cuando él mismo alcance su perfección.

Bolívar.

El 9 llegó el resto del ejército y tomó sus cuarteles en Pasto. En la tarde de este día se rindieron otras tropas españolas—de Cataluña—á las órdenes del coronel Salgado, recién llegadas de Quito en auxilio de Pasto. El Libertador hizo extensiva su capitulación á Salgado y sus tropas, quienes al día siguiente (el 10) entraron en la plaza y entregaron sus armas, caballos, monturas, pertrecho, dinero, etc., etc.

El Sur de Colombia quedó libre. Aymerich y García, con algunos jefes más, se embarcaron, pasaportados, para España.

Bolívar, por su proclama del 8 de Octubre de 1821 había dicho, desde Cúcuta, á los quiteños: *El ruido de vuestras cadenas hiere el corazón del Ejército Libertador. El marcha al Ecuador: ¿podéis dudar de vuestra libertad?*

La esperanza de entonces se veía ahora convertida en realidad.

De Bonaparte se ha dicho que fué un matemático en el trono. Bolívar fué un pensador en el campo de batalla y en el gabinete; un hombre inspirado, cuyas predicciones casi nunca fallaron y cuyas palabras fueron prenda de las obras. ¡Qué obras!... La independencia de un mundo!

CAPÍTULO XXXVII

1822

I.—Los Estados Unidos se deciden por fin, después de doce años que los países de América ejercen la soberanía, constituídos en naciones independientes, á reconocer la emancipación de dichas naciones.

En medio de los triunfos que acompañaron en las provincias del Sur á las armas colombianas, triunfos que tanto lisonjearon nuestro orgullo, un hecho, justísimo en su esencia, transcendental en sus fines, aunque tardo en su consumación, vino á rebosar la medida de las esperanzas y de las complacencias patrióticas. Hablamos del reconocimiento de nuestra independencia sancionado por el Congreso de los Estados Unidos de la América del Norte.

En otro de los capítulos anteriores vimos que, no obstante los avances que Henry Clay hiciera en 1820 para alcanzar tal objeto, el reconocimiento quedó diferido. Propúsolo ahora el presidente James Monroe (8 de Marzo de 1822) bajo el ministerio del hábil político y hombre de estado John Quincy Adams, quien hasta entonces lo había resistido, y parece que fué como arrastrado al acierto por circunstancias de la política internacional (1).

(1) Life of J. Q. Adams by W. Seward, p. 122.

Gozábamos nosotros de grande simpatía en el pueblo norte-americano, aunque nada se hizo, nada, por ayudarnos á conquistar nuestra independencia, olvidando los Estados Unidos que ellos tuvieron, en su empresa de libertarse, el apoyo de pueblos fuertes como España y como Francia. No sólo Clay sostenía nuestros derechos y Duane, editor de la *Aurora*, de Filadelfia, sino muchos hombres dignos y generosos empleaban su saber y su elocuencia en obsequio de nuestra causa. "Mr. De Witt Clinton—escribía Irvine al general chileno Carrera—ha sido electo gobernador del Estado de Nueva York; y tendrá siempre placer en saber la buena fortuna de usted y de su país. En verdad, *todos nosotros miramos á la América del Sur como una infortunada hermana cuya felicidad nos es querida*" (1). Pero esos mismos hombres influyentes, y el gobierno de Washington, sobre todo, temían, según expresaban, que no supiéramos constituirnos después de haber sabido libertarnos. El mismo Irvine escribía á Carrera en 1816 lo siguiente:

Los sud-americanos no conocen todavía el arte difícil del *self-government* (gobierno de sí propios). Acaso ellos están llamados á pasar por un severo aprendizaje antes de llegar á la tierra prometida. Si así estuviere ordenado por los poderes de lo Alto, el fin compensaría, sin embargo, la ofrenda de sangre y de caudales; porque la libertad merece los más grandes sacrificios.—Establecer la libertad después de asegurar la independencia es la obra más difícil de todas. Los soldados pueden conseguir ésta; pero sólo hombres de Estado, sabios y honrados son necesarios para organizar la constitución civil de un gobierno que mantenga aquélla. No desespero que podrán ustedes formar una sabia constitución *con el tiempo*. Esto no puede hacerse en un ensayo.

Para 1822, fecha por donde va esta relación histórica, ya se habían desvanecido, según parece, los temores

(1) Carta de Mr. Irvine al general Carrera.—Abril de 1817.

del gobierno de la Unión y de los hombres pensadores de aquel pueblo, y en un largo y razonado mensaje pidió el presidente á las Cámaras un acto legislativo que lo autorizara para reconocer á Colombia y las nuevas repúblicas sud-americanas, como naciones soberanas é independientes.

Es manifiesto á todos—decía el mensaje con sobrada sensatez—que las colonias antes españolas, no sólo están en plena posesión de su independencia, sino también que, considerando el estado actual de guerra y otras circunstancias, no hay ni el más ligero y remoto prospecto de que sean privadas de ella en lo futuro (1).

---

(1) Recuérdense estas palabras de Monroe, expresión de la verdad del momento y de la verdad histórica; recuérdese que los Estados Unidos no ayudaron nuestra independencia oficialmente ni con un soldado, ni con un fusil, ni con un buque, ni con un dólar, ni siquiera con apoyo moral, ni siquiera con una neutralidad benévola. La vaga simpatía que pudieron tener hacia nosotros personas aisladas, se ahogaba en la política del gobierno y de la mayoría de la nación. Ese gobierno de los Estados Unidos y esa mayoría estadunidense, ¿qué pensaban? Pensaban, primero, que éramos incapaces de conquistar la independencia, y luego, cuando nos vieron triunfantes por las armas, dudaron, como *nuestro amigo* el Sr. Irvine, que supiéramos constituirnos en Estado, y apenas creyeron, como *nuestro amigo* el Sr. Irvine que *con el tiempo*, es decir, en el transcurso de años, quizás de siglos, fuéramos capaces de «formar una sabia constitución».

Todo esto es necesario recordarlo. Es necesario recordar con insistencia, sobre todo, que los Estados Unidos no nos reconocieron, sino en 1822, cuando estábamos ejerciendo el gobierno propio y la soberanía como naciones emancipadas—aunque con varia fortuna militar—, desde doce años atrás, esto es, desde 1810; que los Estados Unidos ni nos ayudaron en nuestras horas de prueba ni nos reconocieron hasta que, según las palabras del presidente Monroe, estuvimos "*en plena posesión de la independencia*", hasta que no había "*el más ligero y remoto prospecto de que fuéramos privados de ella en lo futuro*".

Y esto debe tenerse muy presente ahora, en los comienzos del siglo XX, cuando ciertos elementos interesados en los Estados Unidos preconizan otra cosa; y cuando esa prédica influye hasta en algunos de nosotros. Un profesor, ex ministro argentino de Relaciones Exterio-

Cuando el resultado de esta lucha está manifiestamente decidido, los nuevos gobiernos tienen derecho á ser reconocidos y este reconocimiento no debe resistirse por las demás potencias...»

---

res, hombre profundo para sus jóvenes discípulos, el Sr. Zevallos, piensa—con una mentalidad colonial—que debemos nuestra emancipación á Monroe. Un distinguido publicista italiano, Orestes Ferrara, profesor de universidad en Cuba, cree que no hemos pagado «nuestra deuda de gratitud» á los Estados Unidos por el reconocimiento que hizo de nuestra independencia, y que debemos pagarle tal deuda mostrando absoluta sumisión á ese país en nuestras relaciones internacionales, al punto de seguirlos entusiasmados, por ejemplo, en su ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania y en su inmiscuencia en la guerra que hoy está desangrando á Europa y retrotrayéndola á días de barbarie destructora. Olvida el eminente autor que la situación política de nuestras repúblicas, frente á Europa, no es ni puede ser la misma que la de los Estados Unidos en toda circunstancia; y que nosotros, precisamente, debemos vivir de eso, de una política de balanceo, de una política que explote la rivalidad entre Europa y los Estados Unidos, teniendo también de nuestra parte, hasta donde sea posible, primero la fuerza y luego el derecho.

Por lo demás, no cabe ignorar la actitud de los Estados Unidos respecto á su política con la América Latina durante la época de la independencia, y lo que significó en su nacimiento y ulteriores evoluciones la declaración de James Monroe (Diciembre de 1823) después de publicada la célebre obra del escritor mexicano D. Carlos Pereyra: *El Mito de Monroe.*

Baste ahora transcribir conceptos del escritor brasileño Eduardo Prado, quien en su libro *La ilusión yanqui* aclara la cuestión.

«¿Cuál fué la actitud de los Estados Unidos en relación con las Colonias rebeldes? Un autor hispano-americano, el Sr. Samper, de Colombia, lo dice en su obra *Ensayo sobre las revoluciones políticas* (París, 1861): «*En cuanto á los Estados Unidos, es curioso observar que siendo esa potencia la más interesada en favorecer nuestra independencia, bajo el punto de vista político, y no poco bajo el comercial, se mostró, sin embargo, mucho menos favorable que Inglaterra; indiferente por lo común hacia nuestra revolución y muy tardía en sus manifestaciones oficiales, como parsimoniosa en procurarnos los auxilios de armamento que solicitábamos, con nuestro dinero, de los negociantes y armadores.*»

»Hasta 1822 la actitud de los Estados Unidos había sido de absoluta reserva y abstención, y como se trata de una nación que quiere presentarse como protectora de los ibero-americanos, es preciso confesar

La Comisión del Congreso presentó un informe favorable, diciendo en sustancia: *negar nosotros á los pueblos de la América española el derecho á su independencia, sería renunciar virtualmente á la nuestra.*—El Congreso

---

que su política no era de fraternidad sino de egoísmo. Hasta 1819 el gobierno de los Estados Unidos se había negado á recibir á los cónsules nombrados por Venezuela y por el gobierno de Buenos Aires, alegando varios pretextos. *(V. Annual Register of the year; 1819-1820, pág. 203. London.)* Y no reconoció la independencia de las repúblicas hispano-americanas sino el 9 de Marzo de 1822... El pobre Haití era objeto del odio anglo-americano. Hamilton, de la Carolina del Sur, declaró en la Cámara de representantes que la independencia de Haití no debía ser tolerada de ningún modo. Hayne, secundado por todo su partido, quería que el simple hecho de que un país reconociese la independencia de Haití, fuese motivo para la ruptura de las relaciones diplomáticas de ese país con los Estados Unidos.

»En 1825 el gobierno de los Estados Unidos pidió al zar de Rusia su intervención, unida á la de España, para que ésta cesase de hostilizar á sus antiguas colonias, ya independientes de hecho, y en particular á Colombia y á México. *Esto se hace*—decía el secretario de Estado, Henry Clay, á Middleton, ministro yanqui en San Petersburgo—*porque si Colombia y México siguen en guerra con España, pueden eventualmente dirigir su acción á Cuba y acabar con la esclavitud de la isla.* Henry Clay mandó también que se pidiera á Colombia y á México que renunciasen á su expedición libertadora destinada á Cuba; y Middleton recibió orden para que insistiera ante el zar, jefe de la Santa Alianza, sobre las disposiciones de los Estados Unidos para impedir la independencia de Cuba.

»México y Colombia instaron á los Estados Unidos para que cumplieran las promesas contenidas en el célebre mensaje de Monroe. Henry Clay contestó que el mensaje contenía, en efecto, una promesa, pero que los Estados Unidos se habían hecho esa promesa *á* sí mismos y no á otro país, y que, por consiguiente, ningún país tenía derecho para exigir el cumplimiento de tal promesa (a).

»... El ministro yanqui en Río de Janeiro, Raguet, opuso grandes dificultades á nuestra incipiente nacionalidad *(del Brasil)*... Raguet acusa de cobardía á nuestra escuadra en el Río de la Plata; dice que es inútil apelar á la razón y á la justicia, tratándose del pueblo brasileño; amenaza en términos groseros al ministro de Relaciones Exteriores con una declaración de guerra que harán los Estados Unidos. «Este no es un pueblo civilizado», dice en la pág. 54... El gobierno yanqui se

(a) VON HOLST: vol. I, páginas 422-423.

se formó en comisión para estudiar la materia, y resolvió *reconocer la independencia de las naciones americanas, antes provincias españolas.*

Del mensaje del presidente y de los trabajos del Con-

---

valió de las dificultades iniciales de nuestra independencia política para presentar reclamaciones desmedidas y exorbitantes... Léanse los insolentes mensajes del presidente Jackson al Congreso de los Estados Unidos sobre el Brasil y los otros países de la América del Sur. Aquel general sin escrúpulos, que fué el patriarca de la corrupción en su país, se expresa en sus mensajes al Congreso con grosera arrogancia al hablar del Brasil y de los otros países de Sur-América...

»¿Será posible hablar de las islas Malvinas sin recordar uno de los mayores atentados contra el derecho de gentes, en este siglo (XIX), atentado que se perpetró (contra la Argentina) por una fuerza naval de los Estados Unidos y que fué aprobado y sancionado por el gobierno de Washington? En 1831 los argentinos tenían una colonia en las islas Malvinas *(parte del territorio nacional, poco distante de la costa Este del país).* Algunos navíos pesqueros norte-americanos rehusaron obediencia á las órdenes del gobierno de esa colonia. De esto surgió un conflicto administrativo y diplomático entre el cónsul de los Estados Unidos en Buenos Aires y el Gobierno argentino. La cuestión se hallaba en este estado, cuando la corbeta norte-americana *Lexington* salió de Buenos Aires, mandada por el capitán Siles Duncan, fué á las islas Malvinas, bombardeó el establecimiento argentino, desembarcó tropa, mató á muchos colonos, incendió todas las casas, arrasó las plantaciones, se llevó presos á los supervivientes hasta los Estados Unidos y abandonó á otros, en la mayor miseria, en costas desiertas del Uruguay...

»Con México, su inmediato vecino meridional, ¿la política de los Estados Unidos habrá sido de fraternidad? ¿Cuál es el hecho más importante de esa política? Una guerra...

»*El célebre Monroe dijo á uno de los insurgentes de México que los Estados Unidos favorecían la independencia de este país bajo dos condiciones: la primera, que aceptaran las instituciones anglo-americanas para su régimen político, y la segunda, que cediera una parte de su territorio á la República vecina. Esta es la verdadera doctrina Monroe. Data de 1812* (a).

»En 1817, un emisario de Pernambuco fué á los Estados Unidos para pedir auxilio (*con objeto de ayudar á los independientes del Brasil*): se le hizo objeto de burlas, y el gobierno de Washington se apresuró

(a) Este párrafo en cursiva es del traductor castellano de *La ilusión yanqui:* nota de la pág. 26.

greso dió puntual noticia el *National Intelligencer* del 9 de Marzo y los días sucesivos; notándose solemnidad en la discusión é interés general por los *bravos y virtuosos*

á poner los hechos en conocimiento del ministro portugués Correia da Serra. Cuando el Brasil se hizo independiente no recibimos prueba alguna de la buena voluntad de los anglo-americanos, y nuestra autonomía no fué reconocida por los Estados Unidos sino después de que otros países hicieron el reconocimiento de la emancipación del Brasil...

»La independencia de las naciones latinas de América no recibió protección de ninguna especie por parte de los Estados Unidos.» (EDUARDO PRADO: *La ilusión yanqui, cap. I, passim.* ed. castellana Madrid, 1918.)

Larga es, en verdad, la cita que hacemos del escritor brasileño; necesitábase, sin embargo, un alegato extenso para poner las cosas en su punto. En vez de intentarlo nosotros, hemos preferido ceder la palabra á eminente publicista del Brasil. Con todo, para ser justos, debemos cohonestar el apasionado alegato de Prado, agregando que algunos hombres de Estado yanqui, hábilmente puestos en acción por aquel genial intrigante y patriota D. Francisco Miranda, y por el propio interés mercantil y político de los Estados Unidos, pensaron á fines del siglo XVIII (1798), en asociarse franca y resueltamente á la obra de nuestra emancipación, de acuerdo, entre las potencias, con Inglaterra,—y entre los américo-latinos, con Miranda. El más decidido y brillante de estos intervencionistas norte-americanos, fué Hamilton, que ambicionaba, además, representar un papel de primer orden en el drama que podía iniciarse.

Los Estados Unidos acababan de recibir humillaciones de Francia. Un fuerte partido del país, furioso, quería la guerra con la nación francesa. España, aliada de ésta, iba á ser atacada en sus colonias; y los Estados Unidos, de acuerdo con Inglaterra, se repartirían el comercio de Hispano-América y algunos de sus territorios: ese era el plan.

¿Por qué fracasó ó por qué no se pudo iniciar? Porque el proyecto no encontraba calor en la mayoría de los prohombres de los Estados Unidos, dado la triste idea que tenían de nosotros. El Presidente de la República, Adams, que se opuso al proyecto con todas sus fuerzas, era la voz elocuente del pensamiento general. ¿Y qué pensaba de nosotros el Presidente Adams? Oigámoslo:

"*El pueblo de la América del Sur es el más ignorante, el más fanático, el más supersticioso de los pueblos católico-romanos del universo; cree que la salvación eterna está limitada á él y á los españoles de Europa... En cuanto á Inglaterra, la América inglesa y las otras naciones protestantes, nada quiere ni espera para ellas sino las llamas inapagables,*

pueblos del Sur.—De 160 votos que se contaron, 159 fueron favorables á nuestro reconocimiento; uno solo, el de Mr. Garnett, se pronunció en contra.

---

eternas, de fuego y azufre... ¿Era, pues, probable, era posible, que un plan como el de Miranda para un gobierno libre ó una Confederación de gobiernos libres, pudiese ser introducido, establecido, entre tales pueblos, en todo ese vasto continente ó en una siquiera de sus partes? Me pareció más extravagante que los planes de Condorcet y de Brissot para establecer la democracia en Francia; planes que consideré tan absurdos como los de querer establecer democracia entre aves, bestias y peces..."

»*El complot de Miranda, el complot de Pitt, el complot de Hamilton, si Hamilton realmente tuvo parte en él, estaba en oposición directa con mi sistema: era subversivo... ¿Me creyeron Pitt y Miranda fascinado, hechizado, encantado, con lo que había sucedido en Francia* (la Revolución francesa) *hasta el punto de empeñarme y empeñar á mi patria en costosos y sangrientos experimentos para excitar los mismos horrores en la América del Sur?*"

Cualquiera creería que la existencia de los Estados Unidos iba á peligrar porque se le pedía al gobierno contribuyese á la libertad del continente americano, de cuyo comercio y de cuyo territorio iban los Estados Unidos á beneficiarse. ¿Y á contribuir con qué? Con un pequeño contingente de 4.000 hombres. El humanitario y ciego Presidente Adams, con su alma ultra-conservadora, optó por humillarse á Francia, dejando helado al mismo general Washington según la exclamación de éste *(me dejó helado)*; y por llamar á Pitt, que propiciaba la revolución de Hispano-América, en beneficio de Inglaterra, «*ignorante é incauto mozo*».

«*Ningún país posee tantas ventajas como Sur-América para ejercer el comercio y desarrollar su poder marítimo. ¿Qué iba á ser de la India y de la China si la comunicación comercial, la navegación, el poder, se abrían paso entre la América del Sur y el Oriente? ¿Qué iba á ser de la East India Company, de las posesiones inglesas? ¿Adónde iba á llevar ese ignorante é incauto mozo (Pitt) á su rey y á su nación?*»

Basta con lo expuesto. Si se quisieran más amplias informaciones respecto á la política anglo-yanqui con respecto á Sur-América y á Miranda, á fines del siglo XVIII y posteriormente, léanse la biografía de Jefferson, por Randall; la de Adams, por Charles F. Adams, y la de Miranda, por Ricardo Becerra.—*(R. B.-F.)*

II.—España se defiende con entereza en el terreno diplomático y los Estados Unidos le contestan con debilidad.—La circular de nuestro enviado en Europa.

No bien se tuvo conocimiento del mensaje de Monroe, cuando el ministro de España en Washington, á la sazón D. Joaquín de Anduaga, dirigió una enérgica protesta contra el acto de reconocimiento que se pretendía.

Ya desde 29 de Noviembre de 1821 el ministro Bardaxí había dirigido una nota (que puede calificarse de *agria*) al encargado de Negocios de Portugal en Madrid, por consecuencia de haber reconocido la corte de Río Janeiro la independencia de Buenos Aires. Ahora que la buena disposición de Anglo-América podía influir en los gabinetes de Europa para declarar legítimos nuestros derechos, con mayor razón se encendió la ira de Fernando y de sus servidores; y hasta el liberal D. Francisco Martínez de la Rosa, secretario de Estado, pasó una nota á las potencias aliadas, no sólo para disuadirlas de reconocer los Estados del Sur-América que se llamaban libres, sino para advertirlas del riesgo que con tal paso corrían los poderes legítimos respectivos.

Mr. J. Quincy Adams contestó débilmente á Anduaga (6 de Abril). La verdadera respuesta á las razones (si la injusticia puede tener algunas) de Bardaxí, de Anduaga y de Martínez de la Rosa, se halla en una circular que el Sr. Zea pasó á todos los gabinetes de Europa y Estados Unidos con referencia á Colombia.

París, 8 de Abril de 1822.

Señor:

El ruido de la lucha que la América acaba de sostener contra la España, ha resonado en todo el universo. Si es permitido

ignorar sus maravillosos pormenores, ninguna duda puede al menos formarse sobre los inmensos resultados obtenidos á fuerza de combates y victorias. La América deprimida, esclavizada durante tres siglos, ha sacudido el yugo de la metrópoli. La España no es ya nada más allá de los mares que bañan la península. La España despoblada, sin marina, sin industria, ¿habría sido capaz de retener por más tiempo bajo de sus leyes un continente entero separado de ella por el vasto Océano? La independencia no ha hecho, pues, más que restablecer el orden natural, y puesto término á males infinitos que producía necesariamente un enlace desigual.

La España, expulsada para siempre de las playas de América, no posee ningún medio de volver á pisarlas. Dividida en su interior; privada de las minas de Méjico y del Perú, ¿en dónde tomaría soldados para expediciones lejanas? ¿Cómo bastaría á cubrir los gastos necesarios para reconquistar lo que ha perdido? Las puertos, las bahías, los puntos fortificados están en poder de los americanos. Todos los emblemas de la superioridad europea han desaparecido: los leones y las torres de Castilla han cedido el lugar á los colores de la independencia y de la libertad. En aquellos vastos países que tan largo tiempo fueron el manantial de la grandeza española y el teatro de una dominación extranjera, no quedan ya sino osamentas esparcidas de guerreros que fueron enviados para oponerse á nuestros destinos. En todas partes se forman Estados nacientes, fundados sobre las mismas bases, igualmente favorecidos por la Naturaleza: poderosos en recursos locales; ufanos con un porvenir que no puede engañarlos. El clima solo los protegería contra invasiones temerarias, si el valor acreditado de sus habitantes no ofreciese la mejor de todas las garantías.

Entre esos Estados se eleva el de Colombia.

Doce años de una guerra implacable no han podido abatirla ni desalentar su marcha.

Colombia ha recogido el fruto de sus nobles trabajos: *ella es libre, soberana, independiente.*

Bien pronto, todos esos Estados formarán una asociación completa, solemne y fijarán de común acuerdo las bases de esa gran federación contra la cual todo ataque exterior sería más absurdo que peligroso. La coalición del mundo civilizado (si fuera posible) encallaría delante de esta barrera. Así, habiendo

llegado al punto en que se mira asimilada de hecho y de derecho á todas las naciones existentes, la América no tiene más que hacerse reconocer por la gran familia de que forma parte y á quien su asociación no puede menos que ofrecer ventajas...

La República de Colombia tiene todo lo que caracteriza á los gobiernos reconocidos sobre la tierra. A ninguno de ellos pregunta por qué derecho han llegado á ser lo que son: ellos existen y esto es todo lo que le importa saber. Colombia respeta todo lo que existe: ella tiene derecho á la reciprocidad: ella la pide, y esta demanda no es dictada ni por el interés ni por el temor: uno y otro motivo son indignos de una nación generosa. Colombia tiene la convicción íntima de su fuerza. Si invita á todos los pueblos á partir con ella los tesoros que le prodigó Naturaleza, es más bien por un sentimiento de generosidad que por un espíritu de cálculo. Cualquiera que se aproxime á Colombia con intenciones benéficas y benévolas podrá con toda seguridad aprovechar la fuente común de nuestras riquezas. Tal es la única base de las relaciones que estamos celosos de establecer con todos los pueblos de la tierra: *cordialidad, libertad, reciprocidad.*

Los celos, la desconfianza que en otros tiempos separaban las diversas naciones y las armaban unas contra otras, están desterrados de la legislatura igualmente que del espíritu de nuestros conciudadanos. Jamás desmentiremos los principios filantrópicos por los cuales ha corrido nuestra sangre con tanta abundancia en los campos de batalla y en los cadalsos. Pero, después de haber llenado así todos sus deberes respecto de las otras naciones, Colombia se debe á sí misma exigir que sus propios derechos sean igualmente reconocidos. Colombia no tiene los suyos de nadie. Ella se ha formado á sí misma y cuenta con sus propios medios para sostenerse *independiente, fuerte, libre, invulnerable.* Ella no obedece sino á un sentimiento de benevolencia: sólo aspira á hacer fáciles, amigables, útiles sus relaciones con los que traten con ella. Un vasto y rico continente habitado por pueblos civilizados no puede permanecer extranjero al resto del mundo. Sin embargo, sería difícil concebir relaciones durables, ventajosas y cual reclama el interés del comercio entre unos Estados cuyos gobiernos no se reconociesen recíprocamente...

Las potencias europeas que tenían interés político y económico en reconocer nuestra emancipación la reconocieron. Colombia, lo mismo que México y Buenos Aires, quedó admitida como igual en la sociedad de las naciones (1).

---

(1) Es este el lugar de hacer una observación curiosa fundada en hechos que no admiten contradicción. Cuando, abandonados á nuestra propia suerte, en los principios de nuestra transformación política, volvimos los ojos á la Inglaterra y á los Estados Unidos del Norte, alcanzamos poco de aquella nación, nada de ésta. Y, ¡cosa admirable!: desde 1811, el Gran Canciller de Rusia, conde de Romanzoff, comunicó al Sr. Luis López-Méndez, agente de Venezuela en Londres, una resolución de S. M. el Emperador de todas las Rusias, admitiendo el pabellón venezolano en los puertos de aquel imperio, *en la propia forma que el de los demás pueblos neutrales*. La Francia, la Suecia, la Holanda, la Dinamarca, no hicieron esta declaración sino en 1822. La Inglaterra no declaró legal el comercio con Colombia sino el 27 de Abril de 1822. Nada de cuanto se hizo pudo inducir al Lord Londonderry y á los ministros sus predecesores á entrar en relaciones directas con nosotros.—Mucho aprecio nos profesaba el pueblo inglés: allí estaban nuestros mejores amigos; los más decididos y generosos; los que no contentos con auxiliarnos desde lejos, pasaron el Océano y vinieron á participar de nuestras privaciones y peligros en los campos de batalla. En los distritos manufactureros de la Gran Bretaña se hacían peticiones para que el gobierno nos ayudara; la prensa nos sostenía; el Parlamento nos alentaba; pero el gabinete no se prestó á nada... hasta Abril de 1822.—*(Nota de Larrazábal.)*

Larrazábal, autor de la nota precedente, ¿no recuerda que la declaración de Monroe fué hecha en inteligencia con el gobierno inglés? En cuanto á la resolución de Rusia de aceptar desde 1811 el pabellón de Venezuela en los puertos de aquel imperio—adonde no iba á presentarse—puede considerarse, sin suponer lo absurdo, que se debió á las relaciones particulares del general Miranda con personajes de aquel imperio. Así fué Rusia la que primero, desde 1811, aceptó oficialmente un pabellón de Hispano-América, siendo ese pabellón el de Venezuela; luego reconocieron la independencia de los pueblos hispánicos de América, Portugal en 1821, que reconoció á las Provincias Unidas, hoy Argentina, los Estados Unidos é Inglaterra en Marzo y Abril de 1822, respectivamente, que reconocieron á la Gran Colombia, Buenos Aires y México. La última potencia que nos reconoció fué España.—*(R. B.-F.)*

III.—Bolívar organiza la provincia de Los Pastos.

En el momento que Bolívar entró en Pasto, organizó el territorio libertado desde el río Carchi, cerca de Tulcan, hasta el río Mayo. Eso formó la provincia llamada de Los Pastos. Nombró al coronel Antonio Obando por su gobernador, y aseguró á los pastusos que *las leyes benéficas de Colombia eran el garante de sus libertades;* dió varias resoluciones para el arreglo de la administración interior é hizo marchar á Salom con algunas fuerzas para Quito, donde pensaba él fijar su cuartel general.

Bolívar era, por temperamento, organizador, y poseía, por temperamento, el sentimiento del orden. Administraba en todas partes; celaba el cumplimiento de la justicia; promovía la educación de la juventud y el aumento del comercio, y no permitía la más leve injuria á la autoridad de la ley.

Estando en Pasto recibió un oficio del obispo de Popayán, D. Salvador Jiménez de Padilla, hombre vehemente y de los más incansables en la predicación contra Bolívar y los rebeldes excomulgados que le seguían, en el cual solicitaba del Libertador pasaporte para regresar á España, "en donde sólo apetezco—decía—vivir retirado en un rincón de un claustro para concluir mis días con tranquilidad y reposo." El Sr. Jiménez comenzaba ya á sentir el tedio de la vida, después que vió frustradas sus diligencias realistas en las que se dió tanto afán.

El Libertador no le concedió el pasaporte que solicitara; antes le escribió, haciéndole varias reflexiones sobre la orfandad en que dejaría á los fieles y diciéndole que su primer deber era cuidar la grey que le estaba encomendada.

El mundo es uno,—añadía el Libertador—; la religión es otra. El heroísmo profano no es el heroísmo de la virtud y de la religión. Un guerrero generoso, atrevido y temerario, es el contraste más elocuente de un pastor de almas. Catón y Sócrates, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo á los próceres de nuestra sagrada religión. Por tanto, yo me atrevo á pensar que V. S.I., lejos de llenar el curso de su carrera religiosa en los términos de su deber, se aparta notablemente de ellos abandonando la Iglesia que el Cielo le ha confiado, por causas políticas y de ningún modo conexas con la viña del Señor (1).

El obispo Jiménez de Padilla, después de esta carta de Bolívar, volvió á Popayán, ejerció su ministerio episcopal, y obró eficazmente en favor de la consolidación de la República.

En la mañana del 11 de Junio partió el Libertador para Quito con 200 infantes de *Vencedor* y *Rifles* y un escuadrón de granaderos montados. En Túquerres, en Ibarra, Otábalo y demás ciudades del tránsito, fué recibido con entusiasmo.

Llegó á Quito el 16 de Junio por la tarde.

IV.—El Libertador entra en Quito: organiza el país.

La entrada del presidente de Colombia en la capital de Quito fué un verdadero triunfo, más glorioso, sin duda, que el de los conquistadores. Todos los habitantes, casi sin excepción, salieron para manifestar al Libertador, á competencia, su reconocimiento por el beneficio que les había hecho librándolos del yugo extranjero.

La municipalidad, que se había reunido, llamando á su

(1) Véase esta carta en la edición crítica de las *Cartas de Bolívar:* Michaud, París-Buenos Aires, 1913.

seno á todas las autoridades, corporaciones y personas notables, celebró un acta en que, *á nombre del pueblo que componía el antiguo reino de Quito, reconociéndose en posesión de sus derechos imprescriptibles por medio del Genio tutelar de Colombia, por la mano del inmortal Bolívar, manifestaba reunirse á la República de Colombia, teniéndose como parte integrante de ésta.*

La municipalidad acordó también que se erigiese una pirámide sobre el campo de Pichincha, en el lugar de la batalla, que debía llamarse en adelante *Cima de la Libertad,* con esta inscripción: *Los hijos del Ecuador á SIMÓN BOLÍVAR, ángel de la paz y de la libretad colombiana.* Debía seguir en el mismo frente el nombre del general Sucre, y debajo: *Quito libre el 24 de Mayo de 1822.*

Que se pusiese en el frontispicio de la sala capitular una lápida que recordase á la posteridad el día feliz en que Quito había recobrado sus derechos y el nombre del Libertador.

Que se colocase en la municipalidad y en los salones de palacio los bustos del fundador de Colombia y del general Sucre.

Que una diputación del pueblo quiteño presentase al Libertador presidente una medalla de piedras preciosas con un sol naciendo sobre las montañas del Ecuador... etc.

La municipalidad acordó también distinciones honoríficas al Ejército Libertador.

Bolívar recibió con gozo el acta de los notables de Quito, y les contestó el 20 de Junio, diciendo á la municipalidad:

Señores:

El gozo de Colombia ha llegado á su colmo, al recibir en su seno el pueblo de la República que levantó el primero el estandarte de la libertad y de la ley contra la usurpación extranjera. El acto augusto que tan espontáneamente hacen los representantes del pueblo de Quito, de reconocimiento, de adhesión y de amor á la República de Colombia, es para este pueblo un

principio eterno de bien, y para Colombia un eterno motivo de gratitud hacia los primeros ciudadanos de la capital del Sur. Quito llevará consigo siempre el rasgo más distintivo de su gran desprendimiento, y del conocimiento más perfecto de una política sublime y de un patriotismo acendrado. En recompensa á tantos títulos por la prosperidad de Colombia, ésta agotará su poder y su deseo en derramar sobre la generosa Quito todos los canales de la riqueza, de la industria, de la libertad y del bienestar nacional.

Puede contar el Sur de Colombia con que las facultades ilimitadas que el Congreso general me ha concedido, se extenderán *ilimitadamente* en beneficio de la tierra querida de la patria, y de la última víctima del despotismo.

El testimonio de reconocimiento con que señala la Ilustre Municipalidad de Quito sus sentimientos generosos hacia los militares que trajeron sus vidas para inmolarlas en las faldas inaccesibles de los volcanes de Pasto y Pichincha, por la libertad de Quito, quedará grabado en el fondo del corazón de nuestros guerreros, más amantes de la gratitud nacional que de la gloria militar. Pero este testimonio del aprecio de Quito por sus libertadores debe ser sometido á los representantes del pueblo, para que su aprobación le dé un nuevo realce á sus propios ojos y á los de todos los colombianos, que nada anhelan que no esté de acuerdo con la voluntad de todos y la aprobación de los próceres de la República.

Mientras tanto, yo, á nombre del ejército libertador, no puedo expresar bastantemente cuánto queda agradecido á lo que el pueblo de Quito ha hecho en su obsequio para inmortalizar sus victorias y su gloria cívica por la redención de sus mejores hermanos.

Dios guarde á vuestras señorías muchos años.

Bolívar.

El Libertador se consagró inmediatamente á organizar el país.

Las provincias de Quito, Cuenca y Loja compusieron el vasto y populoso departamento del Ecuador. Sucre, ascendido ya á general de división, fué nombrado para gobernarle. La educación pública recibió una protección

directa del Libertador. Este decretó también la apertura del camino de Esmeraldas y la creación del puerto del mismo nombre; dió ascenso y distinciones á la división peruana que combatió en Pichincha, y escribió á San Martín, Protector del Perú (17 de Junio), diciéndole: *que la guerra en Colombia estaba terminada y su ejército pronto á marchar dondequiera que sus hermanos lo llamasen, muy particularmente á la patria de nuestros vecinos del Sur...* (1).

---

(1) Consúltense sobre las disposiciones militares, políticas y de administración tomadas por el Libertador: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, coleccionados por Blanco y Azpurúa. Caracas, 1875-1877. Consúltese también *Memorias del general O'Leary*. (Narración *y* Documentos.) Caracas, 1879-1888.

CAPITULO XXXVIII

1822

I.—Antecedentes respecto á Guayaquil.

Guayaquil se declaró independiente de la España en Octubre de 1820, y el Libertador ordenó al general Sucre trasladarse á aquella plaza y negociar con su gobierno provisorio la incorporación del territorio á Colombia (1).

Ya desde los días del armisticio ajustado en Santa Ana por Bolívar y Morillo, Guayaquil había quedado fuera de las demarcaciones establecidas en dicho pacto, porque el general Aymerich decía que aquella provincia dependía del Perú, lo que no era cierto.

Los gobernantes de Guayaquil, singularmente D. José Joaquín Olmedo, que había sido diputado á las Cortes de España y cuyos talentos y buena literatura le daban merecido influjo, deseaban conservar la provincia libre del yugo peninsular é independiente al mismo tiempo de Colombia: situación absurda, pero que entonces llegó á considerarse políticamente posible.

El protector San Martín, que conocía la importancia de poseer á Guayaquil, no vaciló un momento en despachar un comisionado, el general D. Tomás Guido, á solicitar la anexión de Guayaquil al Perú. Esta idea estaba también favorecida con ahinco por un partido fuerte que

(1) Véanse capítulos XXXII y XXXIII.

obraba en el propio Guayaquil; pero la Junta que presidía Olmedo evadió la instancia, reconociéndose sin facultades para un paso de tan graves consecuencias.

Tampoco Sucre pudo alcanzar nada por su parte; pero la Junta celebró con él un convenio, mediante el cual se puso *bajo la protección de Colombia* para defender su independencia.

Sucre se dedicó á organizar las tropas colombianas que tenía á sus órdenes y logró formar los batallones *Libertador*, *Santander* y *Albión* con algunos dragones. Mas los españoles que había en Guayaquil, en secreta inteligencia con Aymerich, tramaron una contra-revolución que puso á la Junta en apurado conflicto. Cuando ésta menos lo esperaba (como sucede siempre á los imprevisivos), oyó proclamar al rey de España y vió venirse abajo el edificio de su gobierno independiente. Sucre voló desde Samborondón á Guayaquil trayendo fuerzas suficientes, y según la expresión de un escritor de mucho peso, "sin la presencia y el respeto de la división colombiana y de sus jefes, se habría perdido la provincia de Guayaquil, sin que la Junta hubiera podido resistir á la tempestad".

No se desalentó el general Aymerich por el malogro de la contra-revolución que excitara en Guayaquil; antes bien, determinó hacer una invasión y marchó él mismo al frente de sus tropas. Sucre le salió al encuentro y, bien que con inferiores fuerzas, lo derrotó en Yaguachí. Abandonó Aymerich el campo. Su retirada tuvo más bien visos de dispersión.

Después de esta jornada, que aseguró la independencia de Guayaquil, Sucre trató de aprovechar su prestigio para ver si conseguía entonces la incorporación de Guayaquil á Colombia. Declaró el Cabildo que los votos de la provincia eran unánimes por la reunión á la República; pero opinó por que debía convocarse un colegio electoral para que así lo resolviera.

En efecto, el Cabildo expidió la convocatoria.

Rehechos los realistas presentaron otra vez batalla á

Sucre en las cercanías de Ambato, y el éxito fué completamente desgraciado para nosotros. Sin embargo, pudo el experto general Sucre defender aún á Guayaquil. Pero el desastre inesperado de Ambato influyó de tal género en los ánimos sobre la cuestión "incorporación", que aquellos mismos sentimientos que después del triunfo de Yaguachí eran *uniformemente favorables*, luego dejaron de serlo. Vióse la ciudad dividida en bandos y parcialidades, con tal calor y animación, que Sucre mismo, temiendo un desorden de consecuencias funestas, y que la división perjudicara á la defensa contra los españoles, propuso que la cuestión se considerase en otra oportunidad.

II.—Divisiones de la opinión pública.

Llegó á la sazón el coronel Diego Ibarra, edecán del Libertador, con pliegos de éste para Sucre, San Martín, O'Higgins y otras personas influyentes del Sur. Bolívar ofrecía al Protector del Perú su ayuda para concluir de libertar la América, y le añadía que al frente de alguna fuerza marchaba para Guayaquil. En el acto, el Protector, que deseaba acelerar la realización de aquellos planes que Bolívar desde Caracas le anunciara, envió á Guayaquil al general D. Francisco Salazar con el plausible encargo de felicitar al Libertador cuando llegase; mas en secreto llevaba otro muy estrechamente recomendado: promover y sostener la incorporación de Guayaquil al Perú.

En tanto, Sucre permanecía en sus estancias de Babahoyo. Era su plan defender los ríos y pasos difíciles mientras le llegaban refuerzos de Colombia para moverse con suceso sobre Loja, Cuenca, etc. Cuando á pocos días volvió á Guayaquil halló la ciudad más dividida aún, ó me-

jor dicho, más fuertemente dividida en el punto de incorporación á Colombia. Querían unos (entre éstos el más considerable era Olmedo) que la provincia se erigiera en República independiente, especie de territorio anseático intermedio entre Colombia y el imperio de los Incas. Querían otros que resueltamente se agregara al Perú, y de este modo de pensar eran los Sres. D. Rafael Jimena y Don Francisco Roca, miembros con D. José Joaquín Olmedo de la Junta gobernadora. Otros, en fin, estaban por la incorporación á Colombia, señalándose entre los más fervorosos el cantón Portoviejo, de los más poblados é importantes de Guayaquil.

Sucre obró con tino, como siempre, en aquella crítica emergencia, habiéndose dedicado á suavizar los partidos opuestos á Colombia. Él era muy diestro en esos propósitos de calmar las pasiones tempestuosas. Astuto, diligente, lleno de ardides y de sutilezas de ingenio, valerosísimo en la guerra, en las materias diplomáticas hábilmente avisado, rara vez dejaba de obtener éxito en lo que proyectaba.

Pero las cosas tomaron entonces un curso peligroso.

El Libertador, que iba á abrir la campaña sobre Pasto, ordenó á Sucre que hiciera una diversión al enemigo por Cuenca y Riobamba. Sucre obedeció, como sabemos, sacando la mayor parte de sus fuerzas de Guayaquil, donde quedó el general Lamar, con el cargo de comandante general de la provincia que la Junta le confiriera. Lamar se había declarado peruano, contra los intereses de su patria; era amigo íntimo de Salazar, el enviado de San Martín, y se sabía que éste no cejaba en el intento de adquirir á Guayaquil (1).

(1) El general D. José Lamar era natural de Guayaquil ó Cuenca y fué educado en España. En 1793 hizo con crédito la campaña del Rosillón. Era á la sazón teniente. Hallóse en el primer sitio de Zaragoza, donde fué herido (1808). Estando en el hospital de Tudela por consecuencia de sus heridas, quedó incluído en la capitulación del ejército de Blake y fué trasladado á Francia. En 1813 logró burlar la vigilancia de su guardia en Beaune y se escapó para Madrid. En 1814

Temía Sucre, con razón, que las intrigas se redoblaran durante su ausencia, y que quizás triunfaran por un golpe de mano los enemigos de Colombia; mas á pesar de tan triste consideración, obedeció la orden de Bolívar y distrajo la atención del enemigo, que, de otro modo, habría caído de lleno sobre las reducidas fuerzas que iban á someter á la indomable Pasto.

III.—Colombia y el Perú creen ambos tener derecho á la posesión de Guayaquil.

El Libertador, cuya atención estaba en todo y que no olvidaba los deberes políticos por atender á los cuidados propios del capitán, ofició á la Junta de Guayaquil instándole á que realizara pronto la incorporación de la provincia á Colombia. Y este paso lo llevó muy á mal San Martín, quien convocó al Consejo de Estado para que le consultara *si declararía ó no la guerra á Colombia*. El Consejo opinó que sí, con excepción del ministro Monteagudo y del general Alvarado. Por fortuna, los sucesos, que no daban vagar para nada, llamaron entonces hacia otros puntos la atención de San Martín y no le permitieron consumar el escándalo de hacer la guerra á sus hermanos cuando no estaban libres de las cadenas de la opresión común (1).

---

el Rey premió sus servicios haciéndole brigadier, y dos años después vino á Lima con el título de Inspector general del ejército del Perú. Cuando San Martín llegó á Perú abrió hábilmente negociaciones con Lamar, gobernador militar de aquella plaza, quien simpatizando con los patriotas revolucionarios, firmó la capitulación por la que se rindió, sin combatir, la fortaleza. Luego se alistó en las banderas independientes, sirviendo activamente en el Perú.

(1) "Lo cierto fué que al llegar á Lima tuvo el loco proyecto de declarar la guerra á Colombia y mandó á Santa Cruz que regresara con su división al Perú. Cuando caminaba Sucre con el ejército hacia

La fama de los triunfos de Bomboná y Pichincha no dejaría de entrar por algo en dulcificar la acritud del gobierno del Protector. Pero debe confesarse para ser justos que ya desde poco antes se notaba menos tirantez en la "cuestión Guayaquil".

Nuestro plenipotenciario Mosquera había presentado al señor Monteagudo, secretario de Estado de San Martín, un proyecto de tratado de "unión, liga y confederación perpetua entre el Perú y Colombia", proyecto elaborado por D. Pedro Gual para elevarlo á ley internacional con Chile, Buenos Aires y el Perú. Monteagudo fué nombrado negociador por su gobierno. Examinó el proyecto, y sólo encontró un artículo que ofrecía de pronto alguna dificul-

---

Quito para dar la batalla de Pichincha, le comunicó Santa Cruz la orden que tenía de separarse de las banderas colombianas... Sucre salvó la situación obligando á Santa Cruz á permanecer bajo las banderas de Colombia. Mientras tanto había llegado á Lima una nota de Sucre pidiendo que se le enviara el batallón (venezolano) *Numancia*; cosa que tampoco podían hacer allá por ser la base principal del gobierno y del ejército protectoral; y entonces, para armonizarlo todo, se dió contraorden á Santa Cruz." C. A. VILLANUEVA: *Bolívar y el general San Martín*. Cap. "La entrevista de Guayaquil".

Luego se hará ver cómo era crítica la situación de San Martín en el Perú al punto de no poderse sostener, pues la escuadra, con Lord Cochrane á la cabeza, lo había abandonado; el ejército, comenzando por el jefe de Estado Mayor general Las Heras, le era adverso; la opinión pública del Perú se pronunciaba en su contra, hasta hacerle una revolución al gobierno y deponer y expulsar á Monteagudo, ministro todopoderoso, en cuanto San Martín partió para la conferencia de Guayaquil; y los españoles, que dominaban la mayor y más importante porción del Bajo y todo el Alto Perú, habían formado un ejército imponente. Puede suponerse, en vista de las circunstancias, que el quimérico proyecto de llevar la guerra á Colombia, si atravesó un momento la cabeza conturbada del Protector, no fué tal vez sino una salida entrevista por la desesperación para distraer el espíritu público del Perú y del ejército chileno-argentino, y quizás para abrir negociaciones diplomáticas, como las de Miraflores y Punchauca, con el virrey del Perú, en espera de algún arreglo político de carácter monarquista y con la promesa de contribuir á la destrucción del centro de ideas democráticas y republicanas que era Colombia.—*(Nota de R. B.-F.)*

tad: fué éste el que comprendía á Guayaquil en el territorio de Colombia.

Largas y repetidas fueron las conferencias sobre tan espinosa materia, y se convino al fin en dejar indeciso el arreglo de límites para que por un convenio particular se terminasen las diferencias que existían.

Ya para esta época se hallaba el Libertador en Quito, y miraba con disgusto que faltase aún Guayaquil para completar en el Sur la integridad de Colombia. Resolvió, pues, ir personalmente á aquella ciudad y terminar el estado fastidioso de indecisión. Hizo marchar tres batallones. La división peruana de Santa Cruz, que se restituía á su patria, llevaba la misma ruta.

IV.—El Libertador arriba á Guayaquil.

El jueves 11 de Julio, á las cinco de la tarde, entró el Libertador en Guayaquil.

Apenas pudo divisarse la falúa en que venía, cuando mpezó una salva general. Toda la ciudad se puso en movimiento y corrió ansiosa al punto del desembarco. Todos querían conocer al hombre extraordinario. En el puerto se había construído una sencilla portada, desde la cual hasta el arco de triunfo, levantado frente al palacio que debía habitar el Libertador, estaba tendida la tropa. Las baterías hicieron los honores de la guerra. Toda la carrera estaba vistosamente colgada. El arco tenía en su frente esta inscripción: *Á Simón Bolívar, Presidente de Colombia: el pueblo de Guayaquil.* En el otro se leía: *Á Simón Bolívar, al rayo de la guerra, al iris de la paz: el pueblo de Guayaquil.*

El Libertador llegó cerca de las seis de la tarde á su morada, acompañado de la Junta de Gobierno y de las corporaciones y vecinos notables. El procurador municipal le dirigió un discurso. Bolívar contestó con desem-

barazo y elegancia á esta y otras arengas con que fué saludado en aquella tarde. Por tres veces repitió (y esto fué estudio) "las cimas de los montes se han humillado bajo las plantas victoriosas del Ejército Libertador". Y luego, hablando de la esclavitud de trescientos años y del mal que había incrustado en algunos ánimos débiles ó ignorantes (acaso recordando á Pasto), dijo: *La servidumbre tiene en sí tan prolijo y contagioso influjo, que sepulta el alma en un tenebroso limbo: la degrada, la envilece y, lo que es peor, la transforma para que ame la abyección y no sepa salir de la indolencia y de la barbarie.*

Olmedo, tan ilustrado, tan rico de imaginación, tan poeta, quedó seducido por el atractivo y la animada elocuencia del Libertador.

Al otro día fué éste cumplimentado generalmente, y volvió á recibir testimonios de respeto y adhesión del pueblo de Guayaquil. La Junta de Gobierno dió un espléndido convite para celebrar la feliz llegada del presidente de Colombia. Bolívar brindó muchas veces, una de ellas "por la libertad de los pueblos y por la estabilidad de los gobiernos de América, fundada en su mutua, fraternal é indisoluble unión".

V.—Bolívar se encarga del gobierno de la provincia.

El 13 de Julio, el Libertador hizo distribuir copiosamente una proclama al pueblo de Guayaquil, diciéndole que deseaba consultarle sobre la cuestión de incorporación. He aquí esta proclama:

¡Guayaquileños! Terminada la guerra de Colombia, ha sido mi primer deseo completar la obra del Congreso, poniendo las provincias del Sur bajo el escudo de la libertad y de las leyes de Colombia. El Ejército Libertador no ha dejado á su espalda un pue

blo que no se halle bajo la custodia de la Constitución y de las armas de la República. Sólo vosotros os veíais reducidos á la situación más falsa, más ambigua, más absurda para la política como para la guerra. Vuestra posición era un fenómeno que estaba amenazando la anarquía; pero yo he venido, guayaquileños, á traeros el arca de salvación. Colombia os ofrece por mi boca justicia y orden, paz y gloria.

¡Guayaquileños! Vosotros sois colombianos de corazón, porque todos vuestros votos y vuestros clamores han sido por Colombia, y porque de tiempo inmemorial habéis pertenecido al territorio que hoy tiene la dicha de llevar el nombre del padre del Nuevo Mundo; mas yo quiero consultaros, para que no se diga que hay un colombiano que no ame su patria y leyes.

La política de Bolívar produjo su efecto. Una parte del pueblo se pronunció abiertamente por Colombia. Muchos rogaron al Libertador se encargase personalmente del gobierno de la provincia.

Accedió Bolívar, declarando que de ningún modo coartaría el principio de libertad de los representantes de los pueblos para expresar francamente su opinión en la Asamblea.

La representación de la provincia, conforme á la convocatoria de la Junta de Gobierno, debía tener lugar el día 30 de Julio.

El Libertador, pues, esperó á que corriera el término, sin consentir en abreviarlo, como deseaban algunos consejeros de corta prudencia, ignorando ser la prisa enemiga de la madurez, y que mereció ser acusada de *improvida y ciega*.

Festinatio improvida est et cæca.

En la realización ó cumplimiento de estas cosas tuvo lugar un suceso de alta transcendencia, que no sólo fijó la suerte de Guayaquil, sino que influyó en la indepen-

dencia del Perú: la entrevista del general San Martín con el Libertador (1).

Parecerá extraño que Bolívar hiciese marchar fuerzas sobre Guayaquil, cuando se trataba de un acto que debía nacer de la libre voluntad del pueblo. La razón no fué coaccionar á Guayaquil, sino oponerse á la realización de un plan de que tuvo en Quito formal noticia el Libertador. Como se sabía que la división peruana que regresaba al Callao se embarcaría en Guayaquil, se formó el proyecto de aprovechar la estancia de aquella fuerza en la ciudad y de la escuadra peruana que debía venir á recibirla, para proclamar la anexión de Guayaquil al Perú. San Martín se había prometido dar mayor vigor al hecho, viniendo con cualquier pretexto á esta ciudad. El Libertador frustró la intriga, haciendo marchar sus batallones y trasladándose él mismo á Guayaquil. "El Libertador nos ha ganado por la mano", dirá más tarde San Martín, al alejarse de Guayaquil, adonde llegó después que Bolívar.

(1) El historiador argentino Mitre, panegirista apasionado del Protector, dice á este respecto, en el capítulo «La entrevista de Guayaquil», de la *Historia de San Martín*:

«Así *(con la presencia de Bolívar en Guayaquil)* quedó consumada de hecho la incorporación de Guayaquil á Colombia. Bolívar hacía lo que podía, y puede decirse lo que debía, para resolver la cuestión y prevenir un conflicto inminente; pero lo hacía mal, sin franqueza en las palabras y con violencia en los actos.

San Martín, por su parte, se preparaba á ejecutar una maniobra análoga, consecuente con su política y sus declaraciones comprometidas de sostener el voto libre del Estado mediatizado. Al efecto, se hacía preceder por la escuadra peruana que á la sazón se encontraba en Guayaquil bajo las órdenes de su almirante Blanco Encalada, con el pretexto de recibir la división auxiliar peruano-argentina, que desde Quito debía embarcarse en dicho puerto. *Ocupada así la ciudad, por agua y por tierra, el Protector contaba ser dueño del terreno para garantir el voto libre de los guayaquileños y tal vez inclinarlo á favor del Perú.* Pensaba que á su llegada aún se hallaría el Libertador en Quito... pero Bolívar *le ganó de mano*, según él mismo lo declaró después.» —*(Nota de 1918.)*

CAPITULO XXXIX

1822

I.—San Martín llega á Guayaquil.

Al embarcarse San Martín con dirección á Paita, en la noche del 6 de Febrero de 1822, resuelto á encontrar á Bolívar en Guayaquil, explicó de este modo el objeto de su viaje:

El Protector del Perú.—Cuando resolví ponerme al frente de la administración del Perú y tomar sobre mí el peso de tan vasta responsabilidad, anuncié que en el fondo de mi conciencia estaban escritos los motivos que me obligaban á este sacrificio. Los testimonios que he recibido desde entonces de la confianza pública, animan la mía, y me empeñan de nuevo á consagrarme todo entero al sostén de los derechos que he restablecido. Yo no tengo libertad sino para elegir los medios de contribuir á la perfección de esta grande obra, porque tiempo ha que no me pertenezco á mí mismo, sino á la causa del Continente americano. Ella exigió que me encargase del ejercicio de la autoridad suprema, y me sometí con celo á este convencimiento; hoy me llama á realizar mi designio, cuya contemplación halaga mis más caras esperanzas: voy á encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia: los intereses generales de ambos Estados, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos y la estabilidad del destino á que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituído en alto grado responsables del éxito de esta

sublime empresa. Yo volveré á ponerme al frente de los negocios públicos en el tiempo señalado para la reunión del Congreso, volaré al lado de mis antiguos compañeros de armas, si es preciso que participe de los peligros y la gloria que ofrecen los combates, y en todas circunstancias seré el primero en obedecer la voluntad general y sostenerla (1).

San Martín regresó de Paita á los pocos días, porque recibió aviso que Bolívar no podía entonces ir á Guayaquil. Para el 2 de Marzo se hallaba de nuevo en Lima. Allí aguardó mejor coyuntura de ver al Libertador, y ésta se le ofreció á poco.

En la carta que le anticipó el 13 de Julio, le anunciaba su visita y le decía:

«Aunque frustrados mis deseos en el mes de Febrero por las circunstancias que ocurrieron entonces, pienso no diferirlos por más tiempo: es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su independencia. Antes del 18 saldré del Callao, y apenas desembarque en Guayaquil, marcharé á saludar á V. E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento. Nos veremos, y presiento que la América no olvidará el día en que nos abracemos» (2).

---

(1) *Gaceta de Gobierno del Perú,* núm. 6. Sábado 9 de Enero de 1822.

(2) Esta carta, contestación á una nota de Bolívar fecha 17 de Junio, no llegó á manos del Libertador sino tarde. La carta de San Martín fué á Quito, donde San Martín suponía al Libertador, y de Quito regresó á Guayaquil. Pero antes que esa carta llegara á Guayaquil decir á manos de Bolívar) se presentó, sorprendiendo al Libertador, que no lo esperaba, el ilustre San Martín. El historiador chileno don Ernesto de Lacruz ha puesto en claro el asunto, en su estudio sobre *La entrevista de Guayaquil,* y agrega: "Los historiadores han comentado en forma que deja á entender que ella *(la carta de San Martín, del 13 de Julio)* llegó regularmente á su destino... Es incuestionable que Bolívar no la conocía á la fecha de la entrevista".—*(Nota de 1918.)*

Por su parte Bolívar, que había llegado á Guayaquil el 11 de Julio, escribió luego á San Martín una carta oficial, muy importante, que concluía con estos conceptos: "Al acercarme al Perú, me hallo más fuertemente animado del deseo de conocer á V. E. y de emplearme en servicio de la nación peruana" (1).—Esta carta, que, con otras dirigidas al mismo alto personaje, se hallará en la colección de cartas de Bolívar, estuvo acompañada de una nota de carácter privado en que el Libertador, con aquel estilo encendido y feliz que era su estilo, escribió íntimamente á San Martín invitándole á venir, y le decía:

Guayaquil, Julio 25 de 1822.

Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy á usted por la primera vez el título que mucho tiempo ha mi corazón le ha consagrado.—Amigo le llamo á usted, y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde á hermanos de armas, de empresa y de opinión: así, yo me doy la enhorabuena, porque usted me ha honrado con la expresión de su afecto.

Tan sensible me será que usted no venga hasta esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y si es posible tocar?

No es posible, respetable amigo; yo espero á usted y también iré á encontrarle dondequiera que usted tenga la bondad de esperarme, pero sin desistir de que usted nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted dice, son bastantes para tratar entre militares; pero no serán bastantes esas mismas pocas horas para satisfacer la pasión de la amistad que va á empezar á disfrutar de la dicha de conocer el objeto caro que se amaba sólo por la opinión, sólo por la fama.

(1) Carta de 23 de Julio de 1822, desde Guayaquil.

Reitero á usted mis sentimientos más francos con que soy de usted su más afectuoso apasionado servidor y amigo,

Bolívar.

Serían las siete de la mañana cuando, no bien acabara el Libertador de escribir y despachar esta carta, vinieron á anunciarle que el buque conductor del general San Martín echaba anclas en la Puná (25 de Julio).

San Martín se hallaba á bordo de la *Macedonia*. Así lo participaba el vigía.

En el acto, el Libertador destinó cuatro de sus edecanes á cumplimentar al Protector y ofrecerle alojamiento en la ciudad. Uno de aquéllos debía volver á participar la hora de la entrada.

El Libertador hizo preparar la magnífica casa de Luzarraga para hospedar en ella al jefe de una nación hermana de Colombia. San Martín agradeció las finezas de Bolívar, y ofreció desembarcar al día siguiente.

En efecto, en la mañana del 26 de Julio saltó á tierra. El Libertador, acompañado de todos sus edecanes y de los generales que con él estaban, había ido á recibirle fuera de tiro de cañón, y dispuso que se hiciesen al ilustre huésped los honores militares que le correspondían. El pueblo manifestó grande alborozo y victoriaba incesantemente al Libertador y al Protector. Las corporaciones y notables felicitaron á San Martín, y las damas le hicieron la más delicada y amable acogida.

El general Salom, con el estado mayor general; el coronel Morales, con el estado mayor divisionario del Sur, y el síndico procurador, á nombre de la ciudad, presentaron al ilustre huésped el homenaje de sus respetos.

III.—San Martín: su juventud.

El personaje que llegaba á Guayaquil á conferenciar con Bolívar sobre los destinos de América era el hombre

más ilustre que había producido la revolución en el extremo Sur del continente; era un general triunfador, un jefe de Estado. Expongamos tan brevemente como sea posible su personalidad y su actuación. Asi conoceremos al personaje y conoceremos el desarrollo de la revolución del Sur, que ahora se liga con la del Norte. Cuando San Martín, representante de la revolución en los pueblos australes de Sur-América, se aleje del escenario americano y de la política, cubierto de laureles, después de su entrevista con el Libertador, quedará éste siendo el que va á decidir, en los campos del Perú y en las aguas y costas del Pacífico, la suerte de las naciones del Sur, como ha decidido la suerte de los pueblos del Norte, en en los Andes ecuatoriales, en las márgenes del Orinoco y en aguas y costas del Atlántico. El hombre que acababa de pisar la playa de Guayaquil, D. José de San Martín, nació en Yapeyú, uno de los treinta pueblecitos indígenas de las misiones del Uruguay, el 25 de Febrero de 1778. Fueron sus progenitores españoles. Su padre era, un distinguido funcionario colonial: desempeñaba cuando nació San Martín el puesto de teniente gobernador del departamento de Yapeyú.

San Martín fué, como Bolívar, el cuarto hijo. Joven de ocho años pasó á España y entró en el Seminario de Nobles de Madrid. Ya en 1789, á los once años, abandonó la escuela, tomó servicio de cadete en el regimiento de Murcia y se batió contra los moros en Melilla y en Orán (1791) y contra los franceses, á las órdenes del general Ricardos, que atravesó los Pirineos, en el tiempo de la primera República francesa (1793). En 1801 entró en Portugal como teniente de una compañía y combatió en las mismas filas que un joven caraqueño que, como San Martín, iba á cubrirse de gloria en las campañas de la independencia americana. Ese joven se llamaba D. Mariano Montilla; pertenecía á los guardias de Corps del Príncipe de la Paz y salió herido en la campaña de Portugal. En 1808 era San Martín ayudante de campo del general D. Francisco María

Solano, marqués del Socorro, gobernador de Cádiz. Hizo en seguida la campaña de Bailén, sirviendo en la vanguardia de Castaños, á las inmediatas órdenes del marqués de la Romana. Allí obtuvo el grado de capitán, que le dió la Junta de Sevilla, y poco después alcanzó el de teniente coronel. A fines de 1811 partió á Londres, donde fué iniciado en la logia fundada por Miranda en aquella capital para difundir secretamente los principios de la revolución en América y realizar trabajos por la emancipación (1). En los últimos días de aquel año se embarcó para Buenos Aires con otros jóvenes americanos. El 13 de Marzo de 1812 pisaron el continente de Colón.

IV.—San Martín llega á América y toma servicio en el gobierno revolucionario que existe en Buenos Aires.

La revolución existía, ganando y perdiendo batallas, desde dos años atrás. Las soberanías nacionales existían

(1) Esta logia, llamada Gran Reunión Americana, en la que fué afiliado San Martín en el quinto ó último grado—porque entonces de él no se sabía, en resumen, sino que era un teniente coronel español, un oficial al servicio de la monarquía absoluta—, tenía una filial en Cádiz, centro del comercio español con América, filial de la que era miembro San Martín. "En los primeros años del siglo XIX—dice Mitre—habíase generalizado en España una vasta asociación secreta, con la denominación de Sociedad de Láutaro ó Caballeros Racionales, vinculada con la Sociedad matriz de Londres, denominada Gran Reunión Americana, fundada por el general Miranda. En sólo Cádiz, donde residía el núcleo, llegó á contar, en 1808, con más de cuarenta afiliados, entre ellos algunos grandes de España, como el conde de Puño-en-Rostro, amigo y corresponsal de Miranda. Su primer grado de iniciación era trabajar por la independencia americana, y el segundo la profesión de fe democrática, jurando *no reconocer por gobierno legítimo de las Américas, sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y de trabajar por la fundación del sistema republicano.*" Hist. San Martín: Vol. I; cap. II, pág. 107.

de hecho; declaradas ya algunas como la de Venezuela, desde el 5 de Julio de 1811; otras que se proclamarán más tarde como la de Argentina, país que declarará su independencia en 1816.

San Martín, desde luego, tomó servicio con el Gobierno revolucionario, ya establecido en Buenos Aires. Se le nombró teniente coronel de caballería y comandante de un escuadrón de granaderos á caballo. San Martín se dedicó á instruir militarmente á sus granaderos, les comunicó ideas de pundonor, los uniformó bien, los instruyó á conciencia, y su escuadrón sirvió de modelo para la organización de otros cuerpos, y tuvo una historia brillantísima en las campañas del Sur. "Organizó—expone su biógrafo—una academia de instrucción práctica que él personalmente dirigía, iniciando á sus oficiales y cadetes en los secretos de la táctica, á la vez que les enseñaba el manejo de las armas en que era diestrísimo, obligándolos á estudiar y á tener siempre erguida la cabeza ante sus severas lecciones, una línea más arriba del horizonte, mientras llegaba el momento de presentarla impávida á las balas enemigas" (1).

A poco intervino San Martín con sus fuerzas en un movimiento para derrocar el Gobierno que lo había nombrado. "Esta fué la primera vez—dice su biógrafo—que se vió á San Martín tomar parte directa en un movimiento revolucionario, y sólo por accidente otra vez más tomó parte indirecta en la caída de un gobierno" (2). Y no fué apoyo armado de aquella revolución el entonces coronel San Martín por espíritu demagógico, que antes fué siempre el suyo moderado y muy conservador, como de quien había hecho su carrera en los cuarteles de la España absolutista, al servicio de una monarquía tradicional, y había luchado contra las ideas y las tropas de la Revolución francesa. Pero la revolución

(1) B. Mitre: *Historia de San Martín*; vol. I, pág. 131, tercera edición. Buenos Aires.

(2) Ibidem: I; 149.

argentina no sólo estaba entonces, según él y otros patriotas creían, en manos débiles y dirigida por cabezas vacilantes, sino que entretenida en buscar y en esperar príncipes españoles ó extranjeros, no se aventuraba ni siquiera á llamarse revolución de emancipación. San Martín, "con su natural perspicacia y su natural buen sentido, había visto claramente que la revolución estaba tan mal organizada en lo militar como en lo político, que carecía de plan, de medios eficaces de acción y hasta de propósitos netamente formulados. Así es que, guardando una prudente reserva sobre los asuntos de gobierno, no excusaba expresarse con franqueza sobre aquel punto en las tertulias políticas de la época, diciendo: *Hasta hoy las Provincias Unidas han combatido por una causa que nadie conoce, sin bandera y sin principios declarados que expliquen el origen y tendencias de la insurrección: preciso es que nos llamemos independientes para que nos conozcan y respeten*" (1).

Tenía razón San Martín. La revolución argentina, que obedeció á las mismas causas que la revolución de las demás colonias americanas y estalló simultáneamente con todas ellas (1810) no fué radical, en conjunto, en el sentido de la independencia hasta muy tarde y fué, además, en la mayoría de sus hombres eminentes, desde San Martín hasta Belgrano entre los militares, desde Pueyrredon hasta Rivadavia, entre los gobernantes, y desde Valentín Gómez hasta Sarratea, entre los diplomáticos, de un fervoroso monarquismo. San Martín, en la medida de sus fuerzas y hasta donde las circunstancias se lo permitieran, iba á impulsar á su patria hacia la independencia; y aun más que á su patria, en el territorio de ésta, iba á servir la causa de su pueblo, que era la causa de toda América, en los países limítrofes del suyo.

El nuevo Gobierno instituído, después de la revuelta del 8 de Octubre, lo envió luego con una partida de

(1) MITRE: ob. cit. I; 134-135.

granaderos á atacar en las márgenes del río Paraná, soldados de una escuadrilla enemiga. San Martín cumplió el encargo: sorprendió con su partida de 120 granaderos á los soldados de la escuadrilla, esperándolos encerrado en los claustros y patios de un convento; y cuando los marinos desembarcaron y ascendían hacia el monasterio, en número de 250, salió fuera volando, cargó sobre ellos y los derrotó (3 de Febrero 1813). Era el primer servicio que prestaba á la independencia y la única vez que durante todos los años de guerra emancipadora combatió en territorio de la actual República Argentina, su patria, que hoy, agradecida, lo llama su libertador—á imitación de lo que se hace con Bolívar en el Norte—(1). En rigor, San Martín no tuvo ocasión de libertar á su patria, porque en vista de no haber enemigos extranjeros contra quien combatir, sino en las cuatro provincias argentinas del Norte (hoy Bolivia)—adonde San Martín creía inútil por entonces llevar la guerra—el antiguo soldado de Carlos IV, con heroica y luminosa grandeza, corrió á buscar á los dominadores de América, en Chile y las costas del Perú (2).

(1) Un escritor argentino ha dicho en obra reciente: "No extrañará que llamemos á Bolívar el Libertador, ya que los Congresos, los ejércitos y los pueblos agradecidos lo aclamaron en vida por tal, ya que como el Libertador lo reconoce la Historia universal y ya que es innecesario bautizar ahora con este título exclusivo de Bolívar á nuestro generalísimo San Martín, que no lo recibió nunca de Congresos ni de pueblos en su tiempo. Esto no implica restarle títulos á San Martín; pero tiene más realidad histórica en el jefe argentino, el calificativo de generalísimo, en el que concurren pocas ficciones retóricas." (J. Francisco V. Silva: *El Libertador Bolívar y el Deán Funes en la política argentina*, pág. 28, ed. Editorial-América. Madrid.)

(2) Por circunstancias especiales, entre las que resalta como primera la de que ningún ejército fuerte atacó á la Argentina después de que este país hizo su incruenta revolución municipal, como las demás colonias del continente, y porque destruyó con mano enérgica, desde temprano, la contrarrevolución que se iniciaba,—lo cierto es que la independencia argentina se hizo, por decirlo así, automáticamente, y que el país no tuvo, ni necesitó, por su fortuna, un Libertador. Esto ya lo observó y lo dijo con orgullo patriótico uno de los más eminentes y célebres escritores de la Argentina: Sarmiento. "En Venezuela Bo-

Aquel combate de San Martín, llamado de San Lorenzo, ha sido muy celebrado por los historiadores del Sur. San Martín en aquella acción tuvo, según el viajero inglés Robertson que la presenció, ocho muertos. El biógrafo asegura que quince por cuarenta el enemigo (1). "El instructor había probado que tenía brazo, cabeza y corazón y que era capaz de hacer prácticas sus lecciones en el campo de batalla. Su nombre se inscribía por la primera vez en el catálogo de los guerreros argentinos y su primer laurel simbolizaba, no sólo una hazaña militar, sino

---

lívar es todo—dice el autor de *Facundo*—. Venezuela es la peana de esa colosal figura. Buenos Aires es una ciudad entera de revolucionarios; Belgrano, Rondeau, San Martín, Alvear y los cien generales que mandan sus ejércitos son sus instrumentos, su brazo; no son su cabeza ni su cuerpo. En la República Argentina no puede decirse: *el general tal libertó el país*, sino *la Junta, el Directorio, el Congreso, el Gobierno de tal ó cual época mandó al general tal que hiciese tal cosa.*" (SARMIENTO: *Facundo*, pág. 141, ed. Ed.-Am.)

Y un historiador del Plata, que transcribe esa opinión de Sarmiento, la comenta así:

"Observemos aquí, de paso, que lo que dice Sarmiento no es del todo exacto; veréis cómo ese general Rondeau recordado por él continuará el segundo sitio de Montevideo, que dará en tierra con el dominio español en el Plata, *á pesar* de las órdenes del Gobierno de Buenos Aires, que le imponen levantar el asedio; sabréis oportunamente cómo el otro, Belgrano, librará la batalla de Tucumán, á ruego angustioso de los tucumanos, pero *contra las instrucciones* del triunvirato de Buenos Aires, que lo llaman premiosamente á la capital; veréis, por fin, cómo el tercero, San Martín, el más grande de los tres, realizará la expedición al Perú, *violando mandatos expresos* del Gobierno central, cuyos planes entorpece con ella. Pero Sarmiento tiene razón, no cabe duda, cuando juzga que en ninguno de esos generales estuvo el pensamiento integral de la revolución, ni la visión remota del edificio futuro, ni la acción, por consiguiente, del héroe, del arquitecto de patrias. Ésta estuvo sólo en otro que no era general de Buenos Aires ni su enviado, y que vais á conocer muy bien... Es menester que sepáis quién es ese Bolívar de que aquél *(Sarmiento)* nos habla, porque, efectivamente, es una figura colosal." (JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN: *La Epopeya de Artigas;* vol. I, páginas 113-114, segunda edición. Barcelona, 1916.)

(1) MITRE: ob. cit. I; 166.

también un gran servicio prestado á la tranquilidad pública á la par que una muestra del poder, de la táctica y de la disciplina dirigidas por el valor y la inteligencia" (1).

V.—La logia de Láutaro.

En 1813 el nuevo gobierno, á cuya exaltación San Martín había contribuído, contribuyendo á derrocar el gobierno anterior, lo hizo general.

Se le nombró, poco después, para el ejército del Norte, que tenía por objeto emancipar las provincias del Norte argentino que hoy forman la República de Bolivia y donde, desde 1810, todos los ejércitos argentinos allí enviados habían sido batidos, al punto de que en la mitad Norte del virreinato del Plata, quedaron, durante toda la guerra, hasta el fin, en 1825, dominando los españoles. San Martín alegó el mal estado de su salud, pasado allí algún tiempo, porque con su certero ojo militar conocía las dificultades é inutilidad de la empresa, y sobre todo por rivalidades con Alvear y para no servir de juguete á las facciones de Buenos Aires (2).

---

(1) Ibidem, I; 168.

(2) «Al principiar el invierno (año 1814) se generalizó en el ejército que una dolencia en el pecho aquejaba al general San Martín. No salió de su casa en muchos días; la retreta no se tocaba á su puerta, para que el ruido no le incomodase, y se hacía guardar el mayor silencio á los que llegaban á informarse de su salud ó con otro motivo. Poco después salió al campo, y luego de estar cerca de un mes en una estancia partió para Córdoba, con pretexto siempre de buscar temperamento adaptado á su salud. Por entonces se dudaba de la certeza de la enfermedad; pero luego fué de evidencia que ella era un mero pretexto para separarse de un mando en que no creía deber continuar. La razón era el conocimiento de que la facción que se entronizaba en Buenos Aires no le era favorable y que le escasearía los recursos con que había de sostener el ejército, mientras venía á suplantarlo, cuando llegase la ocasión, otro general más favorecido; es de

Tal vez á ello se deba el que tales provincias quedaran, como hemos dicho, en poder de los españoles hasta 1825, en que las tropas de Bolívar las emanciparon, y con las que se fundó un nuevo Estado. Pero si la Argentina las perdió, San Martín, antes de separarse de allí, prestó un gran servicio á su patria, dedicándose á entablar comunicaciones con algunos jefes enemigos, para sembrar la discordia entre los realistas—política que revela ya su carácter abundante en estratagema de esa índole—á instruir las tropas, levantando la moral de los soldados después de las recientes derrotas de Vilcapugio y Ayoh uma y enseñándoles el manejo de las armas, la disciplina y la táctica (1). "En este sentido su obra de Tucumán fué duradera" (2).

San Martín, adepto á las logias europeas del general Miranda, introdujo este sistema de logias políticas en Buenos Aires. En Londres, país donde no se podía ó no

---

cir, cuando fuese tiempo de obrar ofensivamente. Esta facción era la que formaba y en la que á la vez se sostenía el joven general D. Carlos M. de Alvear, que de subalterno que había sido del general San Martín se elevaba rápidamente y amenazaba escalar el primer puesto...

Después de haber estado Rondeau algunos años al frente de esta plaza (Montevideo) sitiándola, tuvo que ceder su puesto al general Alvear, cuando reducida su guarnición á la desesperación por falta de víveres, era una consecuencia inmediata su rendición; de este modo fué defraudado aquél de una gloria que le era debida, para adjudicarla al último.

Esto mismo quería hacerse en el ejército del Alto Perú y lo evitó, con respecto á su persona, el general San Martín, por su voluntaria separación.» (General José María Paz: *Memorias Póstumas;* vol. I, páginas 238-239, ed. de la Editorial-América. Madrid.)

(1) «Este ejército estaba desmoralizado y casi destruído después de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma; San Martín trabajó empeñosamente en su organización; y no creyéndose en estado de abrir una nueva campaña contra los españoles, entabló relaciones secretas con algunos jefes de éstos, para fomentar la división y la discordia en el campo enemigo.» (D. Barros Arana: *Compendio de historia de América*; vol. II, pág. 323, ed. de Santiago. 1865.)

(2) G. Bulnes: *Historia de la expedición libertadora del Perú.* Vol. I, pág. 23. ed. Santiago de Chile. 1887.

se debía conspirar abiertamente contra España, y para colonos americanos que no se iban á exponer, sin riesgo de la cabeza, á ser conocidos como conspiradores; en Cádiz, es decir, en el corazón mismo del país contra el cual se tramaba una sublevación de su imperio colonial, se comprenden las logias masónicas, las logias políticas. Pero no se comprende esa masonería política en un país que hace una revolución de independencia contra la metrópoli distante, y á cara descubierta; en un país donde puede hacerse la propaganda revolucionaria en la tribuna, por la prensa y donde el triunfo lo van á decidir las armas. Con todo, Alvear, San Martín y otros fundaron la Logia de Láutaro en Buenos Aires, logia que iba á tener un capítulo secreto é importante en la historia de la revolución argentina.

Más que contra los españoles, puede creerse que la Logia de Láutaro se estableció con fines de dominación política criolla. Esa sociedad secreta, á la cual han acusado de terrible, refleja el carácter de sus principales fundadores los generales San Martín y Alvear: ambicioso éste, mundano y audaz, que esperaba acaso alcanzar el poder público á la sombra de una oligarquía donde su influencia de hombre brillante fuera decisiva; receloso, discreto el otro en sumo grado, amigo del misterio, á quien se ha comparado con un zorro (1), y quien tal vez aspiraba á un velo para su acción privada en la política. Lo cierto es que la Logia de Láutaro fué un centro político reaccionario y en abierta oposición al espíritu del pueblo y al espíritu de la revolución. Su propósito, recuerda un historiador argentino, "*era acabar con el espíritu republicano (que para el pueblo era sinónimo de patria) y crear una monarquía sometida á un príncipe portugués, español ó al mismo Fernando VII, si en último caso no había otro medio de poner fin á los extravíos de*

(1) *San Martín es un zorro; Bolívar, un águila,* ha dicho en un paralelo bastante conocido el estadista de Chile, presidente de aquella República, Sr. Santamaría.

la revolución de Mayo" (1). Esa Logia, tribunal secreto como el de la Inquisición, fué también, como el de la Inquisición, de una eficacia tenebrosa. "Se ha hecho responsable á la Logia—dice un historiador de Buenos Aires—de ejecuciones sangrientas ó de crímenes aislados, que tienen su explicación, y aun su justificación en otros móviles y otras necesidades, convirtiéndola así en un conciliábulo tenebroso de asesinos políticos. Acusada de abrigar planes liberticidas y reaccionarios, se la ha cargado como al cabro emisario con todos los horrores y extravíos de su época que no tuvieron ni pudieron tener su origen en la institución misma. Juzgada, por último, de un punto de vista distinto de aquel en que sus autores se colocaron y sus contemporáneos la vieron, ha sido condenada sin equidad y aun sin compulsar las piezas del proceso" (2). Era la Logia, además, un Poder sobre el Poder; y un Poder absoluto é irresponsable (3).

VI.—San Martín, gobernador de la intendencia de Cuyo.

San Martín no había podido imponerse en la política ni alcanzar en Buenos Aires la posición que merecía, á

(1) Vicente Fidel López: *Historia Argentina*, edición de Buenos Aires, 1883.

(2) Mitre: ob. cit. I; 138.

(3) "Según la Constitución *(de la Logia)* cuando alguno de los hermanos fuese elegido para el supremo gobierno del Estado, no podría tomar por sí resoluciones graves sin consulta de la Logia, salvo las deliberaciones del despacho ordinario. Con sujeción á esta regla el Gobierno desempeñado por un hermano no podía nombrar por sí enviados diplomáticos, generales en jefe, gobernadores de provincia, jueces superiores, altos funcionarios eclesiásticos, ni jefes de cuerpos militares, ni castigar por su sola autoridad á ningún hermano." (Mitre: ob. cit. I; pág. 136.)

pesar de la Logia, donde se le sobrepuso Alvear, á pesar del movimiento contra el gobierno, movimiento al cual apoyó con sus tropas el 8 de Octubre de 1812 y que tuvo por resultado la caída del gobierno. Se le nombró como jefe del ejército del Norte. Pero como San Martín no quiso hacer la guerra por el Norte, se fingió enfermo—las enfermedades eran uno de sus recursos diplomáticos—y pidió y obtuvo la intendencia de Cuyo. Allí duró desde 1814 hasta 1817; y aprovechó aquellos años de gobierno y de paz para dedicarse á instruir y formar un ejército de 4.000 hombres, con el que luego iba á dar la primera de sus dos batallas famosas—las únicas que dió durante toda su vida de general—, pero que bastan, como las dos batallas célebres de Epaminondas, para inmortalizar su nombre y para que los pueblos agradecidos lo veneren como se lo merece.

"El hombre ilustre que realizó ese milagro de patriotismo *(la creación é instrucción del ejército que pasó á Chile)*, poseía—dice un historiador muy respetable—una naturaleza modesta y un espíritu relativamente opaco. Carecía de las exterioridades brillantes que provocan el entusiasmo de las muchedumbres. Era sobrio de lenguaje, preciso en la concepción, modesto en los hábitos personales. Tenía las cualidades que son propias de la reserva, como son la astucia y la perseverancia, y podríamos decir que fué las que usó más ampliamente en el curso de su carrera militar. Hacía consistir una parte principal del arte de la guerra en los recursos para engañar al enemigo y trastornar sus planes. A ellos recurrió para invadir á Chile y para cansar al virrey con sus obscuros movimientos desde su campamento de Huaura. Era fértil en recursos, ingenioso en los medios, decidido en la acción, pero lento para prepararla, y más paciente todavía para aguardar la hora decisiva. Tenía los inconvenientes y ventajas de las naturalezas reservadas; carecía de los arranques que precipitan los acontecimientos, de las espontaneidades que desconciertan en la guerra, de la rapidez de concepción que

aprovecha la oportunidad fugaz, del valor brillante que arrastra en el combate, y que tiene considerable influencia en la moral del ejército porque hace más estricto y exigente el sentimiento del honor individual... San Martín era modesto en su trato, sencillo en su vestido. No tenía ninguna de las presunciones de los espíritus vulgares. No se cuidaba de hablar bien, sino de decir bien lo que quería expresar. Desdeñaba los homenajes interesados del momento y recurría siempre al juicio severo de la posteridad" (1).

Cuyo era una región argentina al pie de los Andes que separan á la Argentina de Chile. Era "pobre, despoblada, y extraña por decirlo así al movimiento revolucionario de América, puesto que no había pasado por ninguno de los sacrificios que ocasionaba la causa de la independencia, ni había sentido el entusiasmo que en otras partes había inspirado la lucha" (2).

Nombrado gobernador de la intendencia de Cuyo (1814), el general San Martín multiplicó sus esfuerzos, hizo economías, hizo levas, infundió espíritu patriótico á toda la región, se condujo con suprema y eficaz energía en el propósito de recabar recursos para su obra (3), interesó al gobierno general de Argentina

---

(1) G. Bulnes: ob. cit. I; págs. 28-29.

(2) Barros Arana: ob. cit. II, 523.

(3) Léase la siguiente conminatoria circular á americanos y españoles de Cuyo, suscrita en la capital de la intendencia, sede del gobierno provincial:

«Mendoza, 4 de Octubre de 1851.

Los españoles, sedientos de sangre, amenazan nuestras playas con expediciones numerosas, la desolación, la muerte y todos los horrores desconocidos aun de las naciones más incultas; son las medidas que adoptan para tranquilizar estos países, que no aspiran más que á recobrar sus sacrosantos derechos. Todos hemos jurado ante las aras de la patria conseguir nuestra independencia ó perecer en la demanda. Para cumplir tan justo compromiso es de urgente necesidad mantener las tropas, que presentando sus pechos á las peligros, han de es-

en la fundación de un ejército y en la idea de trasladar ese ejército á Chile para libertar este país que yacía en manos de elementos realistas enviados por el virrey del Perú, desde Lima, en 1814. Su esfuerzo, en aquel tiempo, fué alto, noble, patriótico, fructífero y no cede al de ningún otro campeón del patriotismo americano. Esa empresa de organización duró desde 1814 hasta 1817, años en los que pudo dedicarse de lleno á su tarea, sin interrupción ni peligros de guerra. Debe decirse en honor de la Argentina que el gobierno de la nación, aunque quiso negarle un subsidio en metálico para realizar la expedición, subsidio que San Martín supo arrancar por fin con artimañas y energías patrióticas, lo auxiliaba para la creación y sostén del ejército con la suma de 5.000 pesos mensuales y desde que Pueyrredón ascendió al gobierno esta asignación mensual montó á 8.000 pesos. El Gobierno central argentino envió, además, escogido contingente de fuerzas para ayudar á formar el ejército de San Martín. Ya en Setiembre de 1816 contaba San Martín en sus filas 2.300 soldados. No era bastante. En 1817 tuvo 4.000, número calculado para la expedición (1). En ese número había más de 700 negros esclavos de Cuyo, que iban á rendir su tributo á la muerte en Chacabuco, y chilenos, de los derrotados en Rancagua (2). Vencidos en su país por el coronel Manuel Osorio, enviado desde Lima por el virrey Abascal, habían pasado los Andes estos solda-

---

carmentar á los tiranos y salvar nuestra existencia. Los recursos los hemos de buscar entre nosotros mismos, y así es que cada uno de los que recibe el beneficio necesariamente debe cooperar á aquel objeto. Bajo este principio ponga usted en Cajas del Estado la cantidad de... pesos en el perentorio término de seis días de esta fecha, documentándose como corresponde para satisfacerlos cuando mejoren las circunstancias. Cualquiera reclamación que usted quiera entablar, le acarreará sin recursos la condena del duplo de la cantidad designada.

Dios guarde..., etc.—*San Martín*."

(1) Véase respecto al número y formación de las tropas, MITRE: ob. cit., II, cap. XII.

(2) B. MITRE: ob. cit. II, 138.

dos de Chile—y otros numerosos elementos emigrados que, en número de 2.000, huían de las tropas realistas—encontrando refugio en Mendoza, capital del territorio gobernado por San Martín. La paz existente en aquel tranquilo rincón permitió á los chilenos prepararse con calma para colaborar con el eminente soldado argentino que los iba á restituir, triunfantes, á Chile. Con muy buen acuerdo obró San Martín, acogiendo con los brazos abiertos á O'Higgins y sus partidarios, y no á Carrera y los suyos; jefes rivales en cuyas manos se había perdido Chile. O'Higgins era un hombre heroicísimo y dócil, mientras que José Miguel Carrera, si no menos valiente y aun más brillante, era un espíritu díscolo y hombre de grandes ambiciones, incapaz de someterse á San Martín ni á nadie.

"San Martín no podía contentar á un tiempo á los dos rivales en que iba dividida (la emigración). No lo pensó tampoco. Desde el primer momento se decidió por O'Higgins y los suyos... Don José Miguel Carrera era altanero en sus negocios privados, y más altanero aún en aquellos que ventilaba como representante de Chile. La desgracia, sobre todo, lo ponía más inflexible que una barra de hierro. En la prosperidad era capaz de ceder; en el infortunio, nunca... O'Higgins era más dócil, más flexible, más manejable. Se doblegaba mucho mejor que su émulo bajo el imperio de las circunstancias. En vez de aspirar á ser general en jefe, se avenía á ser simple general de una división; San Martín lo caló de una mirada. Comprendió al instante que se conformaría en ser su segundo, que le ayudaría con su prestigio y con su brazo, y que nunca pensaría siquiera en hacerle sombra. Era ese el hombre que le convenía. Desde entonces fué su amigo declarado y el enemigo implacable de Carrera, que le ofendía con su orgullo y le hacía competencia con su ambición. No habiendo logrado imponer á D. José Miguel con su título de gobernador, trató de someterlo por la fuerza. Para eso congregó las tropas del país, y

por el influjo de O'Higgins insurreccionó contra el soberbio Carrera una parte de la división chilena. De este modo pudo desarmarle y enviarle escoltado á Buenos Aires" (1).

Entre San Martín y O'Higgins, por un lado, y José Miguel Carrera y sus dos hermanos (Juan José y Luis) por el otro, reinará en lo futuro un odio que sólo concluirá con el asesinato semi-jurídico de los Carrera (2).

San Martín había cobrado ya prestigio en las Provincias Unidas argentinas por su actuación en Mendoza, su espíritu de americanismo, su carácter serio, sus cualidades de organizador y por el ejército que con tanto celo, laboriosidad y paciencia había levantado.

"¿Cómo en tan breve espacio de tiempo (1814-1817) el general San Martín, en el más pobre y obscuro rincón del país—pregunta, asombrado, su biógrafo—sin fuerzas militares poderosas, sin hazaña ruidosa que lo señalara, sin tesoro y guiado por sus solas inspiraciones, había conquistado este predominio y este gran ascendiente moral?" (3). La respuesta es fácil: era el hombre más notable de la revolución argentina (4). Con todo, no alcanzó á im-

(1) M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna: *La dictadura de O'Higgins*, págs. 108-109, Biblioteca Ayacucho; ed. Editorial-América. Madrid.

(2) Respecto á la muerte de Juan José y Luis el año de 1818 en Mendoza, dice Bulnes: «*el auditor omitió formalidades esenciales en el juicio, y por ello ha dado á la historia el derecho de calificar ese acto como un asesinato*» *(ob. cit., I, 121)*. Y Mitre, por su parte, expone: «*La causa de los dos hermanos Carrera habíase seguido en Mendoza y Santiago de Chile de un modo tan irregular como excéntrico...*» Hist. de San Martín, III, 40. *Vid. La dict. de O'Higg.* 191-192.

(3) Mitre: ob. cit., II, 30.

(4) El biógrafo, al hacerse la pregunta, no se responde, sino agrega: «Es un punto *(el del prestigio de San Martín en Cuyo)* que debe históricamente establecerse para comparar el hombre á sí mismo, cuando en más vasta escena, con más grandes recursos y el auxilio de mayor cúmulo de luces, lo veamos relativamente empequeñecerse como administrador y como político» (II, 30). La más vasta escena de fracaso suponemos que sea, en la mente del historiador, Lima, y el cúmulo de luces suponemos que serán los consejos de Monteagu-

ponerse para dirigir la revolución en su propio país; y, desde entonces, empieza á revelarse una deficiencia, que será constante en la carrera militar de San Martín: sus soldados no lo aman, sus oficiales conspiran contra él: "... por este mismo tiempo—refiere su biógrafo—empezó á sentir-

do, García del Río y Guido. Por lo demás, la influencia no fué tanta que pudiera él imponerse contra sus rivales y dirigir la Revolución en su propio país. Véase cómo, según Mitre, llenaba el ilustre argentino sus gloriosos días de Mendoza, organizando el ejército: «Poniendo en práctica su máxima de que los soldados destinados á vencer sólo se forman en los campos de instrucción, estableció un campamento como una legua al norte de la ciudad, en un sitio pintoresco, llamado el Plumerillo. Era un hermoso valle cubierto de árboles, que fué desmontado, construyéndose en él espaciosos cuarteles y almacenes, á cuya erección contribuyó el vecindario con cuantiosos donativos y materiales. Allí se trasladó San Martín con todo su ejército en los primeros días de la primavera de 1816. Desde este momento, aquel sitio, antes desierto y silencioso, ofreció el espectáculo del trabajo incesante y de una actividad precursora de la gran campaña de que era la primera etapa. Al toque de diana, con las primeras luces del alba, se disparaba un cañonazo. A esta señal todos los cuerpos llenaban la gran plaza de armas en el centro del campo de instrucción, y se dividían en grupos: unos evolucionaban, otros se ejercitaban en el manejo de las armas ó en tirar la blanco, á cuyo efecto se había levantado un espaldón en medio de ella. El general se dirigía, de preferencia, á los pelotones de reclutas, y especialmente á los de Granaderos á caballo; pero su predilección eran los negros libertos, á quienes proclamaba, poniéndose al nivel de ellos con el charlatanismo de un general que sabe pulsar todos los resortes que mueven á los hombres en sus diversas esferas. A los Granaderos les decía, mostrándoles unos papeles que sacaba del bolsillo, que los maturrangos de la caballería española de Chile propalaban la voz de que sus sables eran de lata, porque pensaban que su Gobierno era tan pobre que no tenía con qué comprarlos de acero. Y desenvainando el suyo les daba con gallardía lecciones sobre su manejo, en que era muy diestro. Los soldados, llenos de ardor, imitaban sus movimientos, animados por su palabra y su ejemplo. A los negros les mostraba los mismos papeles, y les aseguraba que, según sus agentes secretos, los jefes españoles de Chile se preparaban á mandarlos vender como esclavos en las haciendas de azúcar del Perú, pensando que era cosa fácil tomar prisioneros á hombres libres que sabían manejar bien las armas. Los libertos afirmaban la proclama, aplicándose con más empeño á aprender su nuevo oficio. Los ejercicios duraban tres ó cuatro

se una especie de agitación sorda contra la autoridad del general, en que tomaban parte, más ó menos directa, algunos oficiales con mando de tropas" (1).

VII.—Conatos de imperialismo en Buenos Aires.

La revolución argentina no teniendo enemigos dentro salió á buscarlos fuera, patriótica y audazmente. Su primer cuidado fué tanto batir á los españoles como reivindicar para el nuevo régimen, lo que era natural, todas las provincias que constituían al antiguo virreinato del Río de la Plata. Sin embargo, sus justísimas pretensiones corrieron con mala suerte: los ejércitos de la actual República Argentina fueron derrotados en Paraguay y esta provincia se constituyó en república independiente; fueron derrotados en Alto Perú y estas cuatro provincias argentinas de Alto Perú formaron, andando el tiempo, la República de Bolivia; y la otra provincia del virreinato, Uruguay, fué defendida con éxito por Artigas contra el predominio de Buenos Aires y también se perdió, al cabo de los años y de varias vicisitudes, para el gobierno y la integridad de Argentina (2).

horas por la mañana, con breves intervalos de descanso, y se repetían por la tarde, prolongándose á veces hasta la noche cuando había luna... Después de la tercera lista se rezaba el rosario por compañías, y al toque de silencio reposaba aquella colmena guerrera, y sólo se oía el alerta de los centinelas... A imitación y ejemplo de su amigo y de su maestro en virtudes, el general Belgrano, eligió por patrona del ejército á la Virgen del Carmen, de la devoción del pueblo de Mendoza.» *(Ob. cit., cap. XII, págs. 144-146.)*

(1) MITRE: ob. cit. II, 137.—*Vide* MEMORIAS DEL GENERAL MILLER, vol. I, pág. 118, trad. esp. del gral. Torrijos. ed. Ed.-Am. Madrid.

(2) Un escritor moderno de aquel país, el Sr. J. F. V. Silva. llama esas pérdidas *la desmembración de la Argentina,* en una conferencia dada en Madrid, en la Real Sociedad de Geografía; y, nacionalista como el que más, transparenta allí su deseo de que el país recupere los miembros perdidos durante la revolución de independencia.

Desde entonces la ciudad de Buenos Aires empezaba á descubrir miras imperialistas. Esta bella ciudad imperial, donde vivían los hombres más notables y ambiciosos del país, quiso, á pesar de los descalabros en Paraguay, Bolivia y Uruguay, convertir la expedición libertadora de San Martín á Chile, tan patriótica como desinteresada en la mente de este grande hombre, en conquista de un pueblo para la influencia política de la metrópoli del Plata. Esa ambición, no censurable en sí, y que hubiera sido fácil tratándose de pueblo de menos garra que el de Chile, y si la Argentina no se hallara á la sazón devorada por la anarquía, transparéntase en las instrucciones que dió el Gobierno de Buenos Aires al general San Martín para que por ellas dirigiese su conducta en Chile. San Martín no se atuvo ni podía atenerse de todo en todo á las instrucciones. Fué hasta donde las realidades circundantes se lo permitieron; y desechó cuanto era quimera de ilusos oligarcas. Un notable historiador de Santiago ha comprendido esa actitud del Plata y sabe desglosarla del patriotismo más idealista y más americano del ilustre San Martín.

"Cuando el ejército de los Andes estuvo pronto para pasar á Chile—dice el eminente historiador chileno— (1), San Martín recibió de su gobierno las instrucciones á que debía ceñir su conducta. Este notable documento no participa del carácter ordinario de los de su clase, porque, saliendo de la esfera propiamente militar, prescribía órdenes relativas al gobierno civil y político de Chile. En este sentido, las instrucciones debieron ser las reglas generales de la unión de ambos países, ó sea la base de la alianza.

Esta pieza memorable consta de 59 artículos divididos en tres ramos: 1.°, guerra; 2.°, política y gobierno, y 3.°, hacienda. Más bien que un plan de administración es una aglomeración difusa de prescripciones de toda clase, en

(1) Gonzalo Bulnes.

que predomina un espíritu lugareño, contrario á los generosos propósitos que abrigaba el general de los Andes. Los artículos que se refieren al primer punto, ó sea á la guerra, son en su mayor parte de un carácter técnico y se relacionan con la economía del ejército, lo que nos excusará de estudiarlas. Sus principales disposiciones tienden á mantener del modo más estrecho posible la vigilancia del gobierno de Buenos Aires sobre su ejército, y su influencia y superioridad sobre el país libertado. No es de extrañar que el gobierno argentino recomendase á su general que conservase el mando del ejército, aun después de constituído el gobierno en Chile, desde que no hay país alguno que entregue voluntariamente á manos extrañas el mando inmediato de sus fuerzas militares. Asimismo San Martín debía conservar la dirección de la guerra, sin más sujeción que á su respectivo gobierno, lo que es natural desde que el ejército dependía de él.

Pero donde aparece la desconfianza es cuando se le recomienda que no permita la organización de una fuerza nacional chilena "que venga á aparecer superior á la del ejército", porque si esta prescripción tiene su razón de ser en los casos ordinarios de la política ó de la guerra, no la tiene cuando se trata de devolver un país á su libertad natural. Encargábasele dirigir de preferencia sus esfuerzos á la ocupación de la capital, lo que era un consejo prudente y bien calculado.

Organizado el gobierno de Chile, el general argentino debía propender á la creación de una división chilena compuesta de tres mil hombres, á lo menos, dividida en dos regimientos, que debían marchar á las Provincias Unidas y permanecer allí mientras durase la guerra con los españoles. De este modo Chile devolvería el servicio á su generoso auxiliar, enviándole un cuerpo de ejército superior probablemente como número al de soldados argentinos que figuraban en el ejército de los Andes. Pero lo que hacía significativa esta exigencia era que nuestros sol-

dados irían á pelear al Alto Perú bajo la cucarda de Buenos Aires, y los suyos quedarían ocupando á Chile bajo su bandera, abastecidos y pagados por nosotros. De ese modo Chile soportaría el peso de dos ejércitos sin gloria para él ni autonomía para su nombre.

Al leer estas disposiciones cabe preguntarse: ¿dónde se encuentra la sinceridad de la alianza? ¿Venía el ejército argentino á desatar los lazos que maniataban la libertad de Chile para dejarlo en aptitud de formar ejércitos á su manera, ó venia á buscar un auxiliar anónimo de su causa, una irradiación para su influencia ó una conquista para sus armas?

En el ramo político y gubernativo las principales disposiciones se reducen á separar lo que es administrativo de lo militar. En el primer punto, ó sea en la administración del país, las instrucciones dejan completa libertad de acción al gobierno que se establezca, y cuidan de encargar al general que la justicia se administre por sus funcionarios y procedimientos habituales. Asimismo le encargan que la forma de elección del mandatario que ha de regir al país se haga con la debida libertad, sin que el ejército asuma otro papel que el de guardián del orden.

La Logia, que inspiró este célebre documento, comprendió con claridad la índole de la población chilena, y las conveniencias generales del país. De aquí que recomiende al general el respeto de la religión y de los sacerdotes que consideraba muy influyentes en Chile. Su ojo previsor había descubierto además que la organización social de Chile era feudal, compuesta de una clase poco numerosa, pero engreída por su nobleza y fortuna, y de una masa popular sometida á su influencia.

El general no debía tomar partido en el ardiente choque de las rivalidades locales, pero aprovechar de todo: de la exaltación de los Carrerinos en favor de la independencia y del poder más sólido y más conservador de la familia de Larrain, en que, á juicio de la Logia, se dividía

la opinión de los chilenos. Recomendábasele también que procurase, por medio de su influjo, obtener de Chile que enviase diputados al congreso de las Provincias Unidas para armonizar la opinión de ambos pueblos sobre forma de gobierno, lo que en otros términos equivalía á pedir que se hiciese aceptar á Chile el puesto de provincia en el imperio, que tendría su trono en Buenos Aires.

Como consecuencia del estado de guerra y de la experiencia adquirida en la revolución, se ordenó á San Martín que mientras "todos los ÁNGULOS DEL REINO (1) no estuviesen absolutamente libres de los enemigos exteriores" influyera para que no se convocase un congreso, dejando así al poder ejecutivo la libertad absoluta de su acción. Este sabio consejo fué cumplido en Chile. Si lo hubiera sido en el Perú, la memoria de San Martín se ahorraría la responsabilidad de acontecimientos que pesaron duramente sobre el país.

El ramo de hacienda comprende las reglas á que debía sujetarse el pago y abastecimiento del ejército. Su provisión se haría por cuenta de Chile, lo mismo que el pago de los sueldos desde el día que saliese de Mendoza hasta que regresase á la misma ciudad, siendo de cargo de este país los gastos que se originasen en el paso y repaso de la cordillera. El gobierno que se estableciese en Chile debía, además, poner de su cuenta en Mendoza la división de tropas auxiliares que iría á refundirse en las filas

---

(1) El espíritu monarquista era tan arraigado en Buenos Aires y tan poco republicana fué la revolución de esa provincia, en sus más eminentes representantes, que todavía en 1816 el gobierno bonaerense llama á Chile "el reino"; y Pueyrredón, Director ó jefe del Estado, llama al Gobierno de Santiago, en 1818, «la corte de Chile». *(Véase el oficio de* PUEYRREDÓN AL DIRECTOR DE CHILE, O'HIGGINS: *Buenos Aires, 7 de Agosto de 1818.)* En Colombia, en cambio, se pecaba por lo contrario. La revolución de Colombia tenía otro carácter: aquí se discutía por implantar en las leyes los más avanzados principios de liberalismo y democracia; y estos principios no sólo se discutían en los periódicos y en los Congresos, sino que se ensayaban en las leyes y se practicaban en las costumbres. *(Esta nota no es de Bulnes.)*

argentinas, y pagaría el regreso de las mismas tropas desde la ciudad de Mendoza.

No puede ocultarse que estas condiciones eran gravosas. El sostenimiento de un ejército extranjero dentro del país, cuyos gastos de toda clase debían ser satisfechos por él, y la organización de otro ejército de tres mil hombres para que fuese á costa de su exhausto tesoro á la ciudad de Mendoza, era una condición onerosa de un lado y ofensiva del otro de la susceptibilidad nacional.

Estas consideraciones adquieren mayor fuerza conociendo otro artículo del mismo documento en que se recomienda al general que exija del gobierno de Chile una indemnización de dos millones de pesos por los gastos originados en la formación del ejército de los Andes.

Mirando el conjunto de las disposiciones ds este documento, cabe preguntarse: ¿Cuál era el papel que á juicio de sus autores venía á representar á Chile el ejército de los Andes?

Domina la idea de que permanezca en Chile, hasta asegurar definitivamente su independencia. Para realizar ese gran propósito era preciso desenvolver las fuerzas vitales de Chile, que estaban comprimidas, y promover el levantamiento del espíritu público; pero esto mismo era opuesto á la letra de las instrucciones que exigían al general que mantuviese siempre la preponderancia de su ejército. Este constaba de 3.800 hombres, más ó menos, de los cuales una parte no despreciable era de chilenos. Seguramente la fuerza propiamente argentina era diminuta, y cuando se exigía á San Martín que mantuviese la superioridad de esa división sobre las fuerzas nacionales, en realidad se le pedía que sofocase el levantamiento del espíritu público chileno, impidiendo que formase ejército.

Además, la ocupación permanente del país por fuerzas argentinas y el auxilio de las nuestras á su causa, ¿qué otra cosa importaba en el hecho que la conquista de Chile para la influencia argentina? Felizmente eran otros los propósitos que habían determinado á San Martín á

acometer esta empresa colosal, y otros los altos ideales que venía persiguiendo desde hacía algunos años. Vino á Chile á buscar un gran taller donde organizar un nuevo ejército para marchar al Perú y una escuadra para dominar el Pacífico. Ni una ni otra cosa podían realizarse sino dejando al país las libres manifestaciones de su actividad, fomentándolas en vez de mirarlas con desconfianza, estimulando el sentimiento público para llevar á término ese gran pensamiento que parecía una ilusión del patriotismo.

San Martín no cumplió aquello que envolvía una limitación de la libertad de Chile, ó un menoscabo de la confianza que debía ser la base de la alianza; ni los cobros de dinero, que habrían desviado hacia Buenos Aires los recursos que debían emplearse en los preparativos de la expedición al Perú. De ese modo la alianza encontró su base en el alto sentido moral del vencedor de Chacabuco, que deshizo con su espada ese tejido informe de desconfianzas y de apetitos lugareños.

La Logia lo envió á buscar una provincia más para la influencia de Buenos Aires, y él levantó un país postrado á la altura de las más grandes resoluciones, no en provecho de una ambición ó de una influencia, sino de la causa general de la América del Sur, vinculada á la independencia del Perú (1).

El ejército formado por San Martín en Mendoza atravesó los Andes y venció en Chacabuco. Al día siguiente se puso en marcha para la capital, que fué abandonada por las autoridades españolas. Santiago recibió con transportes de alegría la visita de sus libertadores y selló la alianza con entusiasmo y gratitud.

Obedeciendo á un artículo de sus instrucciones, el ven-

(1) "Instrucciones reservadas que deberá observar el capitán general del ejército de los Andes D. José de San Martín, etc.", publicadas en el tomo IV de los *Anales de la Revolución de la América latina*, por D. Carlos Calvo.

cedor convocó un cabildo abierto para designar la autoridad provisional del Estado, encargando que se eligiesen tres personas, en representación de Santiago, de Concepción y de Coquimbo, para que éstas á su vez designaran el director del Estado.

Los vecinos de Santiago, reunidos para aquel acto en la sala capitular, designaron por aclamación al modesto y glorioso vencedor, quien no aceptó el cargo é influyó para que diesen sus votos al brigadier D. Bernardo O'Higgins, que fué nombrado por unanimidad director supremo.

Aquella votación fué la decoración popular de un acuerdo del gobierno de Buenos Aires que había decretado con anterioridad el nombramiento del general O'Higgins. He aquí un documento que lo comprueba:

SEÑOR BRIGADIER GENERAL D. BERNARDO O'HIGGINS.

(Muy reservada.)

Mi caro y antiguo amigo:

Acabo ahora mismo de firmar la orden al capitán general para que, luego que pise el territorio de Chile, sea usted nombrado presidente de él, con entera y absoluta independencia de este gobierno. Me resultan dos satisfacciones de esto: la primera, haber firmado é influído para esto, y la segunda, que el gobierno de mi país acredita á la faz del mundo que no es ambicioso, ni piensa dominar países amigos y hermanos, sino salvarlos de la opresión tiránica en que gimen. Cuidado que esto no se dice á nadie, pues podría comprometerme, y estoy encargado del sigilo.

Carrera viene con una fragata de Norte-América. Vaya esta noticia para que todo no sea alegre. Mucho siento este accidente por lo que puede influir en el desorden de su hermoso país. Adiós, amigo; deseo á usted salud y victoria; mis memorias á su señora madre y hermanita, y usted cuénteme siempre entre el número de sus verdaderos amigos, q. b. s. m.,

JUAN FLORENCIO TERRADA.

Buenos Aires, 18 de Enero de 1817.

De este modo asumió el poder supremo de Chile el ilustre vencido de Rancagua.

O'Higgins no llevó al gobierno las profundas cualidades de un político ni las combinaciones de un gran general. Pero llevó un alma generosa en que desbordaba el patriotismo como la primera de las virtudes; una profunda consagración al trabajo y un tesoro de buen sentido que le permitió conjurar muchas dificultades. La prudencia de O'Higgins superó en ciertos casos la consumada habilidad de San Martín, y así las cualidades más diversas se pusieron al servicio del gran pensamiento histórico del vencedor de Chacabuco.

O'Higgins organizó su gobierno nombrando ministro de Estado á D. Miguel Zañartu; de Guerra y Marina, al coronel D. José Ignacio Zenteno, y general en jefe del ejército al general D. José de San Martín. Desde los primeros días uno y otro se consagraron al común objeto de todas sus aspiraciones, que era la expedición al Perú" (1).

VIII.—La revolución de Hispano-América.

La revolución de las colonias americanas fué municipal y oligárquica, habiendo tomado el pueblo en ella parte indirecta y secundaria. Cuando el pueblo de América vino á tomar parte activa y eficaz en la revolución fué cuando la revolución pasó de los Cabildos á los campamentos, cuando reclutado, ya por los patriotas, ya por los realistas, sirvió militarmente en las filas de unos y otros.

En todas las colonias españolas de América, con excepción de las Antillas, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo—esta última se incorporó á Colombia (2) momen-

(1) Gonzalo Bulnes: ob. cit., vol. I, páginas 29-35.

(2) La incorporación de una de las Antillas á la nación creada por Bolívar, después de Boyacá, con tres antiguas colonias españolas: el

táneamente en 1821—, la revolución de 1810 se hizo sentir unánimemente.

En el continente sólo dos pueblos siguieron un proceso revolucionario distinto: el virreinato del Perú y la Capitanía general de Guatemala.

Guatemala, cuyos límites iban desde México, al Norte, hasta la Gran Colombia (Panamá), al Sur, se mantuvo en paz, aunque en revolución latente; en 1821, después de la batalla de Carabobo, sintió el ejemplo y la tácita presión de sus dos vecinos del Norte y del Sur y obedeció á ella, emancipándose tarde y puede decirse que sin lucha. Perú, por su parte, no sólo no siguió á los demás países en el camino de la revolución—aunque tuviese en su seno, como tenía, patriotas revolucionarios (1)—, sino que detuvo á los que pudo y en la medida que pudo. Aquel brillante y poderoso virreinato fué, para los países del extremo Sur, el centro de la reacción realista; fué el soldado de España: él conquistó á Chile, con apoyo de los chilenos realistas, en 1814; derrotó á los ejércitos argentinos en repetidas ocasiones y mantuvo en manos españolas, hasta Ayacucho, y aun poco después, la mitad Norte del antiguo virreinato del Río de la Plata.

En las demás colonias (México, Chile, Argentina y los países que constituyeron la Gran Colombia) la revolución siguió un proceso casi idéntico y atravesó por casi idénticas fases. Fué cívica, municipal, en los comienzos, con la invocación de los derechos de Fernando VII, preso por los franceses, y en cuyo nombre las Juntas americanas decían gobernar, revistiendo esta pretensión con hábil fórmula jurídica: la soberanía, residente en el rey, retro-

---

virreinato de Nueva Granada, la Capitanía general de Venezuela y la Presidencia de Quito, fué una de las consecuencias políticas y lejanas de la victoria de Carabobo.

(1) Pumacahua y Angulo se levantaron en armas y en 12 de Noviembre de 1814 anuncian al Virrey que han tomado á Arequipa. La insurrección duró poco. (José Félix Blanco y Ramón Azpurúa: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, V. 178. Caracas, 1876.)

venía al pueblo, desaparecido el monarca. Era desconocer la autoridad de España sobre América y de cuantos gobiernos allí se sucediesen, mientras el monarca estuviera preso; y, como no llevaba trazas de verse libre, á la sombra de aquella ficción que resguardaba sus derechos, iba á organizarse, como se organizó, la resistencia á España, la emancipación de América (1). La segunda fase de la revolución fué la de hacer frente á la contrarrevolución realista, iniciada por españoles y americanos partidarios del rey y de la potestad española: clero, comercio, propietarios, antiguos funcionarios de la colonia y otros elementos conservadores, apoyados en masas ignaras de pueblo, á cuyo frente se pusieron audaces caudillos. La tercera fase de la revolución fué la de lucha armada contra ejércitos y escuadras que llegaron de Europa y los que se formaron á favor del rey, en el seno de las mismas colonias y con los propios hijos y elementos de éstas.

Pero si en México, Chile, Argentina y los países de Costa-Firme, que después constituyeron la Gran Colombia, la revolución siguió un proceso muy parecido, hubo en cada país diferencias episódicas, que pueden considerarse como esenciales, é imprimen sello á las distintas revoluciones de las distintas colonias. Estas revoluciones, englobadas, forman ante la historia universal, ese gran movimiento revolucionario de Hispano-América, del cual fué la figura central y culminante, el tipo representativo, el exponente heroico y genial, Simón Bolívar, el Libertador; pero no pierde cada una de esas revoluciones ni debe perder, al estudiarse en detalle, el sello que la caracteriza.

En las colonias del extremo Sur, Chile y Argentina, el pueblo no fué ni tan fanático ni tan estúpido como en

(1) Esa teoría, sacada de leyes y comentaristas de España, fué aducida, en coincidencia unánime, por todas las colonias en revolución. *Vide* Jules Mancini: *Bolivar et l'émancipation des colonies espagnoles*. París, 1912, tr. esp. (cap. III) París-México, 1914.

Venezuela, donde los llaneros, al principio, formaron orgullosos é ignorantes en las filas realistas; como en Pasto, donde no sólo odiaban á los libertadores, sino los combatían voluntariamente por modo heroico en los más abruptos desfiladeros de los Andes ecuatoriales al grito de *¡Viva Fernando VII! ¡Viva la religión!* Lo que no significa que en aquellos países, mayormente en Chile, no tuviesen apoyo las armas del Rey en el elemento popular.

Tampoco en los países del extremo Sur hubo la gran cantidad de españoles del viejo mundo como en países más cercanos á Europa: Venezuela, Cuba, México, por ejemplo,—ó en Perú; ni menos hubo entre esos españoles avecindados allí, caudillos de audacia y heroísmo fabulosos, como Boves, como Yáñez, como el canario Morales, tras de los cuales se iban los pueblos, á veces de buen grado, llenos de fe en sus jefes, á combatir contra los independientes. Las campañas del bravo y sanguinario Benavides, en el Sur de Chile, dan idea, aunque bien pálida, de lo que fueron los caudillos realistas de Venezuela. Todavía después de 1823, es decir, después de la toma por Páez del castillo de Puerto Cabello, último baluarte de los españoles en Costa-Firme, querian levantar caudillos del Rey las antiguas partidas terroristas, y alguno de ellos, Cisneros, recorría los campos, con increíble audacia, en nombre de Fernando VII (1). En Venezuela y Nueva Granada se peleaba no sólo por el terreno, sino por el terreno y por los hombres (2). En Chile ocurrió algo semejante durante algún tiempo, aunque en menor escala.

(1) «Nada notable hubo en la República durante el año 1824, si se exceptúa la persecución de partidas sueltas que, en son de realismo, como los bandidos de Calabria, cometían los mayores excesos, sin que fuese posible exterminarlas... Fundaban estas partidas sus esperanzas en las promesas que les hacía por la imprenta el furibundo realista é indigno venezolano D. José Domingo Díaz, refugiado en Puerto Rico, de que muy pronto llegaría á las costas de Venezuela una formidable expedición.» *Memorias del general José Antonio Páez*, págs. 314-315. Biblioteca Ayacucho; ed. Editorial-América, 1916.

(2) JULES MANCINI: *Bolivar et l'émancipation des colonies espagnoles*. París, 1912; trad. esp., pág. 567. París-México, 1914.

Otra diferencia hay entre las revoluciones del extremo Norte de Sur-América y las del extremo meridional. Al extremo Norte llegaron innúmeras expediciones europeas; al Sur, no.

En el Sur se peleaba contra las tropas indígenas que enviaba el virrey del Perú, y no,—como en Venezuela y Nueva Granada,—contra tropas europeas que enviaba el rey de España. El Perú era la España del Sur; la Europa, en este caso, de Chile y Argentina.

A Venezuela llegan Cortabarría y sus buques bloqueadores desde 1810. Llegan Cerveriz y sus presidiarios de Cádiz. A fines de 1811 se presenta en Coro el brigadier D. Juan Manuel Cajigal "llevando consigo algunos jefes militares, armas, pertrechos y dinero para hacer la guerra á las provincias sublevadas" (1). Cuerpos europeos íntegros, como el regimiento de la Reina, dejan ya á principios de 1813 el recuerdo heroico de su desaparición de golpe y en masa. El 13 de Setiembre de 1813 recalan á La Guaira la fragata *Venganza*, de cuarenta cañones, otros barcos de guerra y un convoy que conduce tropas de España: fué entonces cuando arribó el regimiento de Granada, al mando del coronel Salomón, regimiento que iba á figurar tanto por aquellos días y desaparecer bizarramente, después de haber sostenido con gloria en Vigirima, en Las Trincheras, en Bárbula, en Puerto Cabello, la enseña gualda y roja de la madre España. Durante este tiempo han arribado dos virreyes á la Nueva Granada: D. Benito Pérez, que toca tierra en Portobelo en Febrero de 1812, y el capitán general Montalvo, que pisa la playa de Santa Marta el 30 de Mayo de 1813. Estos virreyes, aunque no traen á su zaga los ejércitos de Jerjes, no se presentan inermes, con las manos vacías. Cuando Fernando VII en 1814 recupera el trono, las expediciones á Costa-Firme, que no han cesado, toman vigor oficial y se suceden á menudo.

Una sola de esas expediciones que arriban á Vene-

(1) R. M. Baralt: *Historia de Venezuela*, I, 87, ed. París, 1841.

zuela, la de Morillo, fué más numerosa que la llevada un día por el Duque de Alba á los Países Bajos, en tiempos de Felipe II.

Con orgullo y con verdad exclamaba su conductor, ya en Caracas: "A vuestras provincias llega un ejército cual jamás salió de España en número y calidad de tropas, ni aun en los tiempos más felices, pertrechado de todo cuanto puede necesitar en largo tiempo" (1).

Y á los habitantes del virreinato de Nueva Granada decía, poco después, el heroico y orgulloso capitán de España, hablándoles de sus soldados que acababan de luchar contra Napoleón y los mariscales del Imperio: "Son aquellos que supieron humillar á los Masenas, Sules, Dupones, Victores *(sic)*, etc., y ahora sabrán hacer desaparecer á los de la escuela miserable de los Bolívares..." (2).

Acompaña á ese ejército expedicionario, que va al mando del general D. Pablo Morillo, una escuadra al mando del comandante D. Pascual Enrile, y escuadra de la cual escribió con justicia un oficial de la expedición, sobrino de Enrile: *desde el descubrimiento de América ninguna tan numerosa había cruzado el Atlántico* (3).

Esa expedición arribó á las costas orientales de Vene-

(1) Proclama del general Morillo á los venezolanos: *Caracas, 11 de Mayo de 1815.* v. A. Rodríguez Villa: *El teniente general don Pablo Morillo* (Documentos justificativos), vol. II, pág. 465. Madrid, 1908.

(2) *Cuartel general de Ocaña*, 1.° de Abril de 1816.—Rodríguez Villa: ob. cit. *(Documentos justificativos)*, vol. III, págs. 46-47.—El general D. Pascual Enrile, jefe de la escuadra en la misma expedición, decía en memoria privada al Gobierno, recordando la historia de España, desde las guerras de Italia hasta las de Flandes: "¡Para qué sirve hacer un grande esfuerzo si no se alimenta con constancia y previsión! Sin disputa, jamás salió de la Península expedición más completa que aquella en que me he encontrado. Pues ahora está el ejército en esqueleto..." *(Memoria del general Enrile sobre el curso de las operaciones del ejército expedicionario y medidas que deben adoptarse, etc.*—Madrid, 19 de Junio de 1817.)

(3) Capitán Rafael Sevilla: *Memorias de un oficial del ejército español*, pág. 23. Biblioteca Ayacucho, ed. Editorial-América. Madrid, 1916.

zuela el 5 de Abril de 1815. Constaba entre tropas de desembarco, de las tres armas, y tropas de marinería, de 15.000 hombres (1).

Allí se encuentra con Morales, el segundo de Boves. Morales tiene un ejército de venezolanos; un ejército que, al mando del propio Morales y de Boves, recién muerto en la batalla de Urica (5 de Diciembre de 1814), acaba de vencer á los patriotas en múltiples y terribles combates. Ese ejército de Morales, sin segundo por el heroísmo, es llamado *Ejército de conquista* ó *Ejército de Oriente*—para distinguirlo de los demás ejércitos realistas de Venezuela: el *Ejército del Centro*, al mando de Calzada y de Ramos; el ejército del capitán general, quien estaba en Puerto Cabello; y las tropas que había en Occidente, guarnecien- á Coro, Maracaibo y á los pueblos de los Andes: Trujillo, Mérida, San Cristóbal, etc.

Sólo el ejército de Oriente, á las órdenes de Morales, consta de siete á ocho mil hombres (2), que se puede

---

(1) *Vide* Rodríguez Villa: ob. cit. (Documentos justificativos), III 563.—El general realista Duarte proclamaba así «á los americanos del nuevo reino de Granada», en 20 de Julio de 1815: «*Una expedición de quince mil guerreros españoles al mando de un general que merece dignamente este nombre, después de haberse señalado en las victorias que salvaron á España de la opresión de un bárbaro usurpador, os convida*, etc.»—Baralt, en su *Historia de Venezuela*, dice: "el total de hombres, incluyendo la marinería, ascendía á 15.000" (vol. I, pág. 247, ed. de París. 1841). A menudo, los historiadores de Venezuela no han computado sino las tropas de desembarco, del primer desembarco, olvidando las tropas de marina. También olvidan á veces las expediciones complementarias, desde la de Hore hasta las de Canterac, etc.

(2) Morales, segundo de Boves, general en jefe éste y caudillo supremo de la reconquista española, se dirigió á Barcelona y Cumaná, en el Oriente de Venezuela (hacia donde se replegaban los patriotas vencidos en el Centro de la república), con 8.000 hombres. "Constaba su ejército de 8.000 hombres cuando llegó á la villa de Aragua", dice el historiador español Torrente *(Hist. de la revol. hispano-americana, vol. II, pág. 81)*. Boves, de quien dice Torrente que era "el hombre más valiente que se ha visto en América, el realista más acendrado, el guerrero más abundante en recursos y ardides, el comandante más

aumentar por la recluta, y que Morillo aumentó (1).

Tenía, además, Morales, una escuadra de treinta y dos buques entre los de guerra y transportes (2).

Apenas saltó á tierra Morillo dispuso ya—aparte las tropas de marina y aparte las fuerzas venezolano-españolas del Centro y Occidente—de un ejército entre españoles y americanos, de diez y ocho á veinte mil hombres de las mejores tropas del mundo: las de Europa, que acababan de vencer á Napoleón, y las de América, que acababan de vencer á Bolívar.

La escuadra realista de Morillo y Enrile, unida á la de

---

afortunado, el jefe más popular y que más había sabido granjearse el amor del soldado y una semi-adoración de parte de los llaneros" (II, 83 ; Boves, esa perla del rey, salió de Caracas á fines de Julio con algunas tropas. "Después de haber organizado nuevos cuerpos en Carabobo emprendió la marcha para Barcelona con 2.000 hombres". (II, 82). Estos 2.000 hombres de Boves, unidos á los 8.000 de Morales, forman 10.000. Con estas tropas triunfaron ambos caudillos de los republicanos, no sin pérdidas. En la batalla de Urica, dada el 5 de Diciembre de 1814, donde terminó virtualmente la campaña de 1814 y donde murió Boves, tenía éste 7.000 hombres de tropa, principalmente de caballería y todos venezolanos. (BARALT: *Hist. de Venez.* I. 236). Su segundo en el mando, que heredó la dirección del ejército, Morales, se presentó (el 10 de Diciembre) ante Maturín, ciudad donde se habían acogido los restos de la emigración de Caracas, que huía del cuchillo de Boves, con "7.000 bárbaros victoriosos", según la expresión de Juan Vicente González *(Biografía del general José Félix Ribas*, pág. 279, Bibl. Ayacucho. ed. Editorial-América. Madrid). Después, hasta la llegada de Morillo en Abril de 1815 no hubo más batallas. Durante este tiempo Morales se ocupó en organizar y aumentar su ejército para dirigirse á la isla de Margarita, en manos de los independientes.—También aumentaba y mejoraba su ejército para cimentar en terreno firme su reciente y discutida autoridad, y para imponerse al capitán general Cajigal, como había hecho Boves, á cuya escuela de guerra y política pertenecía Morales. No es, pues, arriesgado afirmar que Morales tenía de siete á ocho mil hombres cuando llegó Morillo.

(1) «Las tropas veteranas y de milicias del país, que eran numerosas y se fueron aumentando..» *Morillo al Ministro de Guerra:* RODRÍGUEZ VILLA: *El teniente general D. Pablo Morillo.* (Documentos justificativos), III, 360. Madrid, 1908.

(2) RESTREPO: ob. cit. vol. II, cap. VII.

Morales, se componía de más de noventa buques presididos por el navío *San Pedro*, de 74 cañones, que debía perecer pronto en aguas de Venezuela—y las fragatas *Ifigenia* y *Diana* (1). Nunca hasta entonces vieron los mares de América semejante alarde de fuerza.

La expedición del general Morillo arribó á las costas orientales de Venezuela, como ya se indicó, el 5 de Abril de 1815. Pues bien; no pasa un mes apenas cuando en Mayo arriba otra expedición al occidente de Costa-Firme: la expedición de 2.500 soldados españoles al mando del brigadier D. Alejandro de Hore. Allí mismo se presenta en Maracaibo, con tropas europeas, el general D. Fernando Miyares. Tropas europeas de Puerto Rico pasan, sin pérdida de tiempo, á Venezuela y se ponen á las órdenes de Morillo (2). No es todo. El Rey ordena que también de Cuba pasen refuerzos de tropas peninsulares á la Capitanía general de Caracas (3).

En 1816 ya el general Morillo pide en múltiples oficios, con instancia, más soldados europeos, al ministro de Guerra español y envía comisionados á las Antillas en solicitud de nuevas tropas (4). "Vuelvo á pedir—dice al

---

(1) CAP. RAFAEL SEVILLA: *ob. cit.*, págs. 22-23.—J. M. RESTREPO: *Historia de la revolución de la República de Colombia*, vol. II, página 298, edición de Besanzón, 1858.

(2) "En el artículo 9.º de las instrucciones se me encarga que con las tropas de los fijos que encuentre, llene las bajas de los cuerpos expedicionarios, lo que acabo de hacer con el retazo que tenga del de Puerto Rico, incorporándolo á León, que está de guarnición en Cartagena. Pero como no bastase para completarlo hice otro tanto con el regimiento de Granada...« *Oficio de Morillo al ministro de Guerra sobre la formación de nuevos batallones: Cuartel general de Santa Fe*, 17 de Septiembre 1816. A. RODRÍGUEZ VILLA: ob. cit. (Doc. just.) III, 216.

(3) «En el día sé que su magestad ha vuelto á mandar se me auxilie *(con tropas)* desde la isla de Cuba.« A. RODRÍGUEZ VILLA: III, 230.

(4) «Por fin, el gobernador de Puerto Rico envió un batallón de Granada...« *(Memoria del general Enrile al ministro de Guerra)*. «Encontré en la Habana á un oficial destacado de Caracas para pedir auxilio...« *(Ibidem)*. «Debe, pues, saber su magestad de que así como en el Perú y México dicen que no necesitan tropas, que las necesita-

ministro de Guerra, el 9 de Noviembre de 1816—la remisión pronta de 4.000 europeos que toquen en Margarita, recorran la Costa-Firme, queden en ella los necesarios y los demás sigan aquí" (es decir, á Bogotá) (1).

"Es allí *(á Venezuela)*—dice en el propio oficio—adonde es preciso enviar *(tropas)* con preferencia á todo otro punto" (2). ¿Por qué? Porque en Venezuela hay "una canalla resuelta á morir"; porque Venezuela es la "América militar"; porque "los venezolanos son los franceses de América"; porque "quizás no hubieran presentado una obstinada resistencia los habitantes de este virreinato *(Nueva Granada)* si no hubiese venezolanos"; porque "Cartagena se resistió hasta lo imposible por los venezolanos"; porque "en la derecha del Magdalena se han dado ya varias batallas á tropas organizadas por venezolanos"; porque "en la fragosa y estéril provincia de Antioquía han declarado ya dos veces la guerra á muerte y tienen los pasos fortificados con inteligencia por venezolanos"; porque "todo es obra de los venezolanos, excelentísimo señor"; y, últimamente, porque Venezuela "es de mucha más consecuencia é influjo en la suerte de toda la América, que cualquier otro reino ó provincia de ella" (3).

La experiencia ulterior sacó buenas las opiniones que

---

mos en Venezuela y nuevo reino de Granada» *(Ibidem)*. «Venezuela es el punto importante por las costas» *(Ibidem)*. «Gobierno militar en Venezuela y en todo país que se rebele» *(Ibidem)*. «Plomo y pólvora en abundancia á Venezuela, Cartagena y Habana». «Pertrechos navales para toda la Costa-Firme» *(Ibidem)*. Este documento lo trae (págs. 296-330) el vol. III de la obra: *El teniente general D. Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de La Puerta*, por ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA. Madrid, 1908. El mismo volumen, de *Documentos justificativos*, trae innumerables oficios del general Morillo pidiendo refuerzos para Costa-Firme al gobierno español.

(1) RODRÍGUEZ VILLA: ob. cit., III, 229.

(2) IBIDEM: III, 230.

(3) Palabras de Morillo en su correspondencia oficial con el gobierno español. RODRÍGUEZ VILLA: vol. III *passim*. Y JOSÉ FÉLIX BLANCO y RAMÓN AZPURÚA: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. V, pág. 394. Caracas, 1876.

desde temprano avanzó el general Morillo, no bien se puso en contacto con la realidad americana.

Ese concepto de Morillo fué también el del Gobierno español. Este, con el voto consultivo y aprobatorio de una Junta de jefes militares y de personajes oficiales que conocían las diversas provincias de América, resolvió, después de una experiencia de cuatro años de revolución americana y en plena "guerra á muerte" de Venezuela contra España, hacer en Venezuela los mayores esfuerzos para someter á la América (1). Y á Costa-Firme envió las más numerosas y frecuentes expediciones, comprendiendo ó creyendo que á los demás países podía dominarlos con menor esfuerzo, y que sometida Venezuela, la pacificación irradiaría al Norte hasta México y al Sur hasta Perú, englobando así los dos grandes virreinatos (2).

(1) "La dirección de la expedición se discutió primero por cuatro generales; se asoció á ellos el brigadier don José Salazar, que había pasado muchos años en Montevideo; se trasladaron los proyectos, de orden de su majestad, á otra junta de Indias, á que se agregaron todos los virreyes y capitanes generales de América, con otras personas de razón; y, por último, volvió á tratarse en junta de los cinco señores Ministros del Despacho, notándose que el señor Lardizábal se esforzaba á que fuésemos al Sur. Se conformó su majestad con el unánime parecer de tantos sujetos de talento y que tantas pruebas habían dado de suficiencia, y se dispuso fuésemos á Costa-Firme." *(Memoria del general Enrile sobre el curso de las operaciones del ejército expedicionario y medidas que deben adoptarse, etc.*—Madrid, 19 de Junio de 1817.)

(2) Reléanse las instrucciones *muy reservadas* que dió el Gobierno á Morillo con orden de no abrirlas sino en alta mar, con el fin de que el ejército no supiese que se le enviaba á Venezuela, donde se hacía la guerra á muerte, sino al Río de la Plata, donde la política y la guerra tenían un carácter que disgustaba menos á las tropas (v. *Memorias del Cap. Raf. Sevilla: cap. I).*

El sobreescrito de las instrucciones decía así:

Instrucciones para el general en jefe de la Expedición de MONTEVIDEO, *Don Pablo Morillo y para el jefe de mar.*

Éstas comienzan así:

"Al determinar su majestad que al Mariscal de Campo D. Pablo Morillo se le confiriese el mando de la Expedición *nombrada del Río de la Plata,* tuvo presente el emplearlo para restablecer el orden en la

En los primeros meses de 1817, oyendo los clamores de Morillo, el Gobierno español envía al general francés Canterac con 2.800 hombres y una escuadra presidida por las corbetas *Descubierta* y *Diamante*, al mando la primera corbeta y todo el escuadrón naval del comandante D. Francisco Topete (1).

Canterac, célebre más tarde en las guerras del Perú, debía coadyuvar á las campañas de Venezuela—según oficio del 12 de Febrero, dirigido por el marqués de Campo Sagrado, ministro de Guerra español, al capitán general de Caracas—y luego seguir á Perú. Después de haber probado las primeras derrotas en Venezuela—y las últimas en Perú se las iban á infligir también jefes venezolanos—, Canterac quiso seguir al virreinato de los Pizarro, donde la guerra no asumía los sangrientos caracteres que en Venezuela. Con tal motivo tuvo contestaciones con Morillo (2).

Costa-Firme hasta el Darién, y privativamente en la Capitanía general de Caracas... La tranquilidad de Caracas, la ocupación de Cartagena de Indias y el auxiliar al jefe que mande en el nuevo Reino de Granada son las atenciones principales ó las primeras de que se ocupará la Expedición. Conseguido esto, se enviará al Perú el excedente de tropas europeas que se pueda en todo el año de 1815; y si hubiese sobrante, se remitirán al reino de México". (Rodríguez Villa: ob. cit., *Documentos justificativos*, vol. II, páginas 437-438.)

La expedición que iba á dominar ambas Américas españolas—la del Norte y la del Sur—no pasó de Venezuela y Nueva Granada.

(1) Oficio de Morillo al ministro de guerra avisando el arribo de la expedición que venía á reforzarlo: *Maracay, 3 de Abril de 1817*. Restrepo: ob. cit., vol. II, pág. 398.—*Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú*, vol. I, pág. 385. Biblioteca Ayacucho, ed. Editorial-América. Madrid, 1916.

(2) El resentimiento del brigadier Canterac—oficia Morillo al ministro de Guerra—ha sido trascendental á los jefes, oficiales y tropa de su división, que contaban pasar á mejores y más tranquilos países, haciéndoseles á todos muy penosa la existencia en uno en que los sufrimientos, los riesgos y la clase de guerra que se hace es tan cruel y tan temible.

...Las nuevas tropas expedicionarias que venían en el concepto de acabar con la Margarita en quince ó veinte días; que suponían á los

Por fin salió para el virreinato del Perú, llevando consigo, de las fuerzas que trajo de Europa, restos del batallón *Burgos* y un escuadrón de lanceros. Lo demás quedó en Venezuela (1).

---

rebeldes unas bandas de hombres tímidos y cobardes que desaparecían al aspecto de los soldados—y que equivocadamente tenían entendido que la guerra en América era mucho más llevadera y menos peligrosa que en Europa, por la clase de enemigos que creían encontrar—han visto con sorpresa que en muy pocos días en aquella isla *(Margarita)* hemos tenido siete sangrientos combates. Han visto el encarnizamiento y la rabia desesperada de una canalla resuelta á morir. Los han visto expirar bajo sus golpes, aun amenazando y despreciando la vida; y han visto, por fin, desaparecer en un momento más de quinientos de sus bizarros camaradas, sin haber podido, á pesar de estos esfuerzos, más que encerrarlos en sus posiciones. Con estos acaecimientos han depuesto sus primeras ideas y se les hace muy duro entrar en la nueva campaña que se prepara, cuando á lo menos aguardaban, en breve, unos pasar al fértil y delicioso suelo de La Habana, y otros á un clima más benigno y á un país menos feroz." *Cuartel general de Cumaná, 28 de Agosto de 1817.* Véase íntegro el oficio en RODRÍGUEZ VILLA: *ob. cit. Documentos justificativos*, III, 439-441.

(1) Ya antes había salido para el Perú el batallón *Numancia*, enviado por Morillo y organizado en Venezuela por este general, íntegra y exclusivamente con venezolanos, desde el último soldado hasta el comandante. De este batallón, célebre más tarde en la historia peruana de aquellos tiempos, decía Morillo al gobierno español: "NUMANCIA *está en el pie de ser tan útil como el mejor europeo.*" (Morillo al ministro de guerra: Maracay, 3 de Abril de 1817.)

Fué tal el heroísmo y las aptitudes guerreras desplegadas por los venezolanos durante la guerra de independencia, y tanto en el partido patriota como en el bando realista, que los jefes de la República, como los de la Monarquía, comprendieron lo que podían sacar de un pueblo por naturaleza tan guerrero. Morillo, con vista de águila, pensó desde el primer momento que tropas venezolanas debían enviarse para reconquistar los virreinatos rebeldes y forma cuerpos que conduce—y luego deja—en Nueva Granada, y otros que envía á Perú, etcétera. Se obtenía, según él, un doble servicio: se pacificaba la América y se impedía el que, por contagio, los que aun estaban con el rey sirvieran luego á la república. El general Enrile, en su Memoria al Gobierno español, propone á su turno: "Que los cuatro batallones venezolanos sigan al Perú..." "Los batallones venezolanos *(enviarlos)* para el reino de México..." "El jefe enemigo—dice del jefe de Venezuela—es un dictador con talento y bien obedecido..." "Los cuatro

Las expediciones contra Costa-Firme no cesan, en la medida que España podía, entonces, hacerlas; pero sin enderezarlas á otras colonias de más importancia.

En los primeros días de Setiembre de 1819 llega á Cartagena, de La Habana, la goleta española *Ceres* llevando municiones de boca para los cartageneros y reforzando con su presencia en aguas de Colombia el poder naval de los realistas (1).

Hacia fines de 1820 arriba á Venezuela nueva división marítima compuesta de las fragatas *Viva* y *Ligera*, la corbeta *Aretusa* y los bergantines *Hiena* y *Hércules*, más cuatro transportes con municiones de boca y de guerra (2).

En 1821 el general Mourgeon, activo y enérgico, arriba á Panamá, y pasa luego al Sur de Colombia con algunos elementos (3).

¿A qué proseguir? No se pretende hacer una lista completa de las expediciones españolas contra los países de Costa-Firme. Tampoco se necesita para lo que se desea. Baste recordar que las fuerzas de tierra y de mar que llegaban de España á las Antillas ó las que ya había en esas islas, no servían allí sino de depósito,

---

batallones venezolanos están en dirección á embarcarse para Lima por Buenaventura..." "Si nuestro ejército se encuentra en Córdoba del Tucumán, como el Sr. Pezuela avisa iba á suceder, ¿no sería un momento de aprovechar si á su tiempo hubiesen marchado no sólo los venezolanos que propongo, sino aun dos batallones más del país?, etc., etc." *(Memoria cit.* en RODRIG. VILLA: III, 296-330.) Por su parte Bolívar hace marchar las tropas venezolanas, desde las costas del Mar Caribe, al través de toda América, hasta las provincias norteñas del Río de la Plata. Cuando está agobiado por la anarquía y la guerra del Sur de Colombia, pide al Gobierno de Bogotá tropas venezolanas. "Pida usted á Venezuela—escribe al general Rafael Urdaneta—todo lo que puedan mandar de allá; pero sobre todo muchos jefes, oficiales y tropa de cualquier clase que sean. No debemos esperar nada sino del valor, de la intrepidez más desesperada." (CARTA Á URDANETA: *Purificación, 1.° de Enero de 1829.)*

(1) RESTREPO: ob. cit., III, 54.

(2) RESTREPO: ob. cit., III, 81.

(3) RESTREPO: III, 184.

para luego pasar á Colombia (1). Cuba y Puerto Rico fueron baluartes y graneros de España en el Caribe (2).

Todavía en 1823, sitiados los restos del ejército realista en el Castillo de Puerto Cabello por el general Páez, recibían ayuda los sitiados desde las Antillas españolas (3). Pacificada la República y triunfantes los independientes en toda América, desde México hasta Chile, totodavía los españoles, el año de 1827, ponían en movimiento para destruir la república en Venezuela, barcos, dinero, municiones, instrucciones; y mientras se creaba una base para desembarcar ejércitos grandes, promovían la revuelta de bandas y bandidos realistas por medio de Arizábalo (4).

Las principales Antillas, enfrente de Venezuela y de México, eran en manos de España un peligro para las nuevas repúblicas, máxime porque allí se habían refugiado los vencidos del continente. Pero siempre podía España desde las Antillas, ú otra Potencia fuerte y agresora que dominase en ellas, intentar expediciones contra México y contra Colombia. Así lo comprendió Bolívar,

---

(1) Morillo, quejándose á su Gobierno de que las expediciones pasaran de Europa y las Antillas á Costa-Firme, sin tocar antes en la isla de Margarita, dice: "Varias expediciones han desembarcado en Portobelo, Puerto Rico y Habana, llegando á Costa-Firme en los momentos más críticos de la insurrección de la isla..." RODRÍGUEZ VILLA: ob. cit. *Documentos*, III, 361.

(2) El general Enrile proponía al gobierno español en 1817 lo que desde antes el gobierno español estaba haciendo; á saber: «que haya aquí *(en Cuba)* una especie de reserva para acudir á toda la Costa-Firme y al seno mejicano según las noticias.» *(Mem. cit.)*

(3) *Memorias del general José Antonio Páez*, pág. 256. Biblioteca Ayacucho; ed. Ed.-Am. Madrid, 1916.

(4) Véanse las instrucciones del capitán general de Puerto Rico, fechas en esta Isla el 30 de Junio de 1827 para promover, en nombre del Rey, la insurrección de elementos españoles en Venezuela; y respecto al apoyo efectivo que daban los gobiernos de Cuba y Puerto Rico á la insurrección, véase el oficio del mismo capitán general de aquella Antilla, general D. Miguel de La Torre, al español D. José de Arizábalo.—Ambos documentos en BLANCO-AZPURUA: *Documentos para la historia del Libertador:* vol. XI, pág. 382.

y quiso llevar la independencia á aquellas islas, y arrebatarlas al dominador extranjero (1).

Todo esto daba sello á la guerra de Colombia.

En los países del extremo Sur de América las cosas pasaban de otro modo y los episodios eran otros. Allí no fueron ni grandes ni frecuentes expediciones europeas.

A las repúblicas del Plata sólo arribaron durante toda la guerra de independencia 2.000 infantes españoles, y eso ni siquiera á Buenos Aires, sino á Montevideo, aunque para hostilizar tanto á los uruguayos como á los argentinos. Desde que llegaron, en 1814, esos 2.000 españoles al Río de la Plata no volvió allí, en son de guerra, durante la guerra de independencia continental, un soldado europeo (2).

A Chile condujo el primer cuerpo de soldados europeos, después de varios años de revolución, el coronel

(1) "Uno de los principales asuntos de que me habló el Libertador, en 1827, fué el de la libertad de Cuba y Puerto Rico. Pensaba él y con razón, que en tanto los españoles poseyesen las mejores Antillas tendrían á su disposición un arsenal riquísimo con que amenazar á las nuevas repúblicas y especialmente á Colombia, cuyas costas abiertas á todo ataque convidaban á expediciones fáciles de llevar á cabo, reunidas en las islas las reliquias del inmenso poder que España acababa de perder en América." PÁEZ: *Memorias*, pág. 449.

(2) En 1818—el 21 de Mayo—salió de Cádiz una expedición de 2.800 hombres, destinada al Perú. La cuarta parte murió, de una epidemia inesperada, en la travesía. Otros se sublevaron en alta mar y fueron á entregarse á un puerto de las Provincias Unidas. Otros fueron apresados en Chile. No llegaron á su destino sino míseros restos: tres transportes, escapados á la muerte por enfermedad, escapados á la insubordinación y sus consecuencias.

El 28 de Octubre la fragata *María Isabel*, de 44 cañones, y cuatro transportes con 800 hombres cayeron en manos de los patriotas chilenos en Talcahuano, que los esperaban. ¿Por qué los esperaban? Porque ya el 26 de Agosto había recalado adrede á Barragán, en Argentina, y hecho una entrega voluntaria á las autoridades el transporte *Trinidad*, con 180 hombres y 500 fusiles. La tripulación de este barco, sublevada, mató á los oficiales y resolvió entregarse en el primer puerto adonde pudieran dirigirse. Las noticias que dieron los arribantes respecto á la expedición, fué comunicada por tierra, por los patriotas de Buenos Aires, á las autoridades revolucionarias en

Ossorio, cuando reconquistó para la corona ese país, en 1814. ¿Y cuántos soldados españoles condujo? Restos del regimiento llamado de *Talavera:* 560 plazas (1).

El número de soldados europeos que fueron á Chile y Argentina resulta, como se advierte, bastante reducido: 2.560 hombres, poco más ó menos. En los países que constituyeron la república de Colombia sucedieron las cosas en otra escala. Y los soldados europeos que llegaron á Costa-Firme no fueron, con todo, los adversarios más temibles de la independencia.

Los soldados europeos fueron vencidos en Venezuela y Nueva Granada por Bolívar y sus tenientes con relativa facilidad. Más difícil fué vencer la resistencia de las poblaciones americanas que apoyaban á los caudillos, generales y gobernantes de España.

Cuando las ideas liberales, cuando las nociones de patria, derecho y libertad penetraron en las muchedumbres, ya fué cosa de poca monta destruir á los dominadores extranjeros. Sólo que, como el proceso de las ideas fué lento en aquellos cerebros de semibárbaros, la guerra fué larga; y como aquellos semibárbaros eran heroicos, la guerra fué cruenta.

Chile. Esto permitió á los chilenos esperarla preparados y apresarla en Talcahuano, aunque no en su totalidad.

Esos 180 hombres de 1818, aunque no venían en son de guerra, y no aquellos 2.000 de 1814 fueron, en rigor, los últimos europeos armados que pisaron territorio argentino yendo de España.—Vide *Memorias del general Miller*, vol. I, pág. 204 y siguientes, y *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú*, vol. I, pág. 370 y siguientes. Ambos libros en la *Biblioteca Ayacucho;* ed. de la Editorial-América. Madrid.

(1) Barros Arana: *Compendio de historia de América*, II, 316. ed. Santiago, 1865.—«El general Gainza había sido reemplazado por D. Mariano Ossorio, que el 13 de Agosto de 1814 acababa de desembarcar en Talcahuano con un cuadro de oficiales, 550 hombres del regimiento español de Talavera, 50 artilleros y una buena provisión de municiones, efectos y dinero.» M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna: *La dictadura de O'Higgins*, pág 98. Biblioteca Ayacucho; ed. Ed.-Am. Madrid, 1917.

En el Sur no ocurrió lo mismo: ni expediciones, ni escuadras europeas en repetidas veces, ni levantamiento en masa de poblaciones realistas, ni caudillos espontáneos de la Península, como Boves, Yáñez, Puy, Antoñanzas, Rosete, Morales, notables algunos por su actividad, sus dotes militares y principalmente por su heroísmo, como Boves ó Morales, y todos por su ferocidad. Tampoco estaban las colonias del Sur cerca de Europa, ni tenían en el vecindario á Cuba y Puerto Rico, que fueron durante la guerra de emancipación, como arriba se indicó, graneros y baluartes de España en el Caribe.

El aspecto dramático y la importancia bélica de la revolución fué, en resumen, muy de otra índole y de otra trascendencia en las repúblicas sur-americanas del extremo sur que en las repúblicas sur-americanas del extremo norte.

Un escritor de Chile, biógrafo y panegirista apasionado de San Martín, el héroe del sur, hizo una observación, magnífica para comprender por medio de síntesis gráfica, el carácter de la guerra en los pueblos del extremo sur y el carácter de la guerra en los pueblos del norte: el general San Martín, dice, no hizo morir en sus batallas campales un número mayor de hombres del que Bolívar fusilaba en una sola ocasión (1).

---

(1) B. Vicuña Mackenna: *El general San Martín*, pág. 89, 2.ª edición. Santiago, 1902.—Las palabras textuales del biógrafo son las siguientes: ..."Las campañas de San Martín son sin batallas. Ha hecho la guerra sin lágrimas ni sangre, como Washington. Bolívar, diversamente, recuerda al terrible Tamerlan. En una ocasión sola hace fusilar ochocientos prisioneros. San Martín casi no mató en sus batallas campales un número superior de enemigos. Bolívar contaba en diez años catorce campañas y otras tantas batallas de fila. San Martín no hizo sino la campaña de Chile y la del Perú; no dió más batallas que las de Maipo y Chacabuco". (Pág. 89).

Seiscientos mil colombianos, muertos durante las campañas de la independencia, pueden expresar, con pirámides de huesos descarnados, lo que fué la guerra de emancipación en Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Con una población muy superior, solo dos millones de franceses murieron en las campañas de Napoleón. Lo sangriento de la guerra en los países de Colombia puede apreciarse leyendo

En lo político se diferencian la revolución del Sur y la revolución del Norte en que la primera fué—en sus elementos directores—unánimemente monarquista, y la segunda unánimemente republicana.

En Argentina gobernaban triunviratos y logias masónicas secretas por carencia de educación democrática que no había ni podía haber allí, como no la hubo en ninguna colonia española; y por carencia, sobre todo, de un hombre superior de gobierno que se impusiera. No hubo cohesión social y la anarquía fué el estado normal. En el ejército tampoco había un militar de suficiente prestigio para evitar que la anarquía estableciese allí sus reales (1).

Si la revolución del extremo Sur tuvo carácter más benigno, no por eso prestó menos servicios á la causa general de América. La revolución de cada colonia, girando en su órbita, contribuyó á la obra global que fué la emancipación del Continente. En este sentido la revolución del Sur no fué ni menos útil ni menos gloriosa. La revolución del Sur, representada por San Martín, se dió la mano con la revolución del Norte, representada por Bolívar, y ya alejado San Martín en 1822, decidieron unidas, bajo la dirección única del Libertador, la independencia y los destinos de Hispano-América.

---

en las *Memorias del general O'Leary* observaciones como la siguiente: «Para formar el ejército de 6.000 hombres que triunfó en Carabobo la Nueva Granada sola dió 20.000 reclutas; pero más cabal dea se tendrá del carácter destructor de esta guerra, examinando los escalafones de los diferentes cuerpos. El batallón *Rifles* desde el día de su creación, á mediados de 1818, hasta Junio de 1822, cuando llegó á Quito, había recibido 22.000 reclutas en sus filas.» D. F. O'Leary: *Bolívar y la emancipación de Sur-América*. vol. II. pág. 141. Biblioteca Ayacucho. ed. Ed.-Am. Madrid. 1915.

(1) «Desde 1810 hasta 1827—recuerda un escritor argentino—sucediéronse casi á diario las perturbaciones de orden público, los motines y las algaradas. La indisciplina del ejército cundía por doquier...» (J. F. V. Silva: *El Libertador Bolívar y el Deán Funes*, pág. 91. Biblioteca Ayacucho; edición Ed.-América, Madrid.)

IX.—La revolución argentina: las ideas filosóficas.

Varias características ponen sello diferencial á la revolución argentina entre las demás revoluciones americanas de emancipación. La primera característica que le imprime sello débese á la geografía del país. Buenos Aires, único puerto y entrada de toda la República, única vía de comunicación con el mar y el extranjero, es también aduana única y centro de la riqueza nacional. Comercio, política, economía, fuerza pública, todo está allí concentrado. La revolución toma en Buenos Aires más agudo carácter económico que en otros pueblos del continente. Allí se preocupaban más de los derechos de la aduana que de los derechos del hombre, escribe un francés (1) historiador de la revolución de América y sus hombres. Había sufrido tanto Buenos Aires con el régimen económico que durante mucho tiempo y con más ó menos rigor padeció en los siglos coloniales, que sabía por instinto y por experiencia lo que, á este respecto, le convenía. Sus publicistas de la época, Mariano Moreno por ejemplo, hablan con una clarísima visión de las conveniencias del país en materia de política económica (2). Buenos Aires, presintiendo desde temprano sus grandes destinos, debidos en primer término á la fortuna de su posición geográfica, como puerta, puerto y aduana de un vasto y riquísimo país, se convirtió, desde temprano, en una ciudad dominadora é imperialista. A su ambición imperialista sacrificará las provincias interiores, que le pagarán con odio y guerra civil. Hasta promedios del siglo XIX no se encontrará la fórmula de convivencia pacífica.

---

(1) Monsieur Marius André.

(2) V. *La representación de los hacendados* en la colección de escritos de Moreno publicada por la *Biblioteca Argentina*, que dirige Ricardo Rojas; ed. Bs. Aires, 1915.

La revolución argentina, producida por las mismas causas externas é internas que la revolución de las demás provincias americanas, tuvo hasta cierto punto, sello peculiar en orden á ideas políticas y filosóficas. En orden á ideas filosóficas fué mucho más moderada que la revolución de Venezuela y Nueva Granada, en donde los principales jefes militares: Miranda, Nariño, Bolívar, Sucre, Urdaneta, Montilla, Santander, Piar, Soublette, Mariño, Páez, Bermúdez, Briceño-Méndez, etc., eran, en mayor ó menor grado, librepensadores. También lo eran, en mayor ó menor grado, los cerebrales de la revolución: el Licenciado Sanz, Andrés Bello, Simón Rodríguez, maestros venezolanos del Libertador; Salias, Juan Germán Roscio, el mismo canónigo Madariaga, que prenderá más tarde al Arzobispo (1), y otros coautores del 19 de Abril de 1810, día inicial de la revolución hispano-americana. Librepensadores son, asimismo, Espejo, Peña, Muñoz-Tébar, Coto Paúl y en general los miembros de la Sociedad Patriótica (Caracas, 1811); muchísimos de los miembros del Congreso Nacional de Venezuela en 1811, Congreso que declaró la independencia y redactó la primera constitución republicana que conocieron los pueblos de Hispano-América.

Librepensadores, con más ó menos violencia, son Cristóbal Mendoza, Zea, Peñalver, y en general los redac-

---

(1) A nadie que conozca la historia de las ideas en el siglo XVIII le extrañará encontrar en la América revolucionaria de 1810 canónigos volterianos como el abate español Marchena. Los hubo á miles: uno de los más notables, si no el más notable, fué Fray Servando Teresa de Mier, de México, hombre de vida y espíritu inquietos, amigo y compañero del rouseauniano D. Simón Rodríguez, en Europa. «El 12 de Diciembre del mismo año (1794)—dice D. Alfonso Reyes—á presencia de virrey y arzobispo, pronunció el célebre sermón sobre la Virgen de Guadalupe, de que arrancan sus infortunios. El arzobispo hizo predicar nominalmente contra el joven teólogo, que á poco fué aprisionado y procesado...» *(Memorias de Fray Servando Teresa de Mier*, pág. VIII del prólogo, por D. Alfonso Reyes, ed. de Editorial-América, Madrid.)

tores del famoso *Correo del Orinoco*, órgano periodístico de la revolución (1).

Lo fueron igualmente otros miembros de la revolución colombiana como el ínclito granadino Camilo Torres, el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo; Manuel Palacio Fajardo, que es, cronológicamente, el primer historiador de la revolución de Venezuela; García de Sena, también de Venezuela, como Palacio Fajardo, y traductor de la obra del ateo anglo americano Thomas Payne, donde este pensador, amigo de Miranda, justifica la ruptura de Norte-América con Inglaterra. Esa obra del ateo Payne, publicada en Filadelfia el año de 1776, y traducida por García de Sena desde 1811, fué catecismo de Derecho para muchos venezolanos (2).

En Venezuela se mancomunan la revolución política y la revolución filosófica. Desde 1811 se proclama en Caracas la tolerancia religiosa—caso único en las colonias españolas—y se producen en la prensa, entre librepensadores y católicos, ardientes polémicas (3).

---

(1) Empezó á publicarse en Angostura del Orinoco (hoy Ciudad Bolívar) en 1817, cuando fué tomada esta plaza por el ejército libertador, y Bolívar estableció allí la capital provisoria de la República. En *El Correo del Orinoco* colaboraron las más brillantes plumas y los más sesudos cerebrales de nuestra revolución.

(2) José Félix Blanco, coronel de la revolución, que empezó siendo presbítero, consideraba la obra del ateo Payne, traducida por García de Sena, "como la cartilla—dice—en que comencé á aprender la sabia doctrina que desde entonces profesé, practiqué y enseñé, como buen patriota". *(Doc. para la hist. del Lib.* III, 445.)—El historiador español Torrente, de criterio absolutista, escribe, no sin razón: "el apego que la generalidad *(de las masas)* conservaba al régimen monárquico, la costumbre de obedecer á un brillante trono, *los principios de religión y virtud á los que atentaba el nuevo gobierno*... todo hacía que se retrajesen muchos del partido de los regeneradores." MARIANO TORRENTE: *Historia de la revolución hispano-americana*, vol. I, página 139, ed. de Madrid, 1829.

(3) El 19 de Febrero de 1811 publicó el Sr. Guillermo Burke en la *Gaceta de Caracas*, órgano oficial, un estudio sobre los derechos á la emancipación de Sur-América y México. En ese importante y sesudo

Ocurre el terremoto de 1812, terremoto que los clérigos realistas explotan entre las masas ignaras—y aun entre las clases cultas—como castigo del cielo. Los republicanos excitan al arzobispo de Caracas, Coll y Prat, español, á que circule entre los fieles una pastoral diciendo que el terremoto es un fenómeno natural, "un efecto tan común en el orden de la Naturaleza como el llover, centellear, granizar, etc." (1). Se entabla una discusión entre los gobernantes librepensadores y el arzobispo católico, quien por fin se ve constreñido á obedecer. Pero como no lo hace á entera satisfacción del gobierno, presidido por Miranda, se conviene en prender y expulsar al Prelado (2).

Andando el tiempo, la revolución venezolana no se limita á la tarea de combatir el catolicismo en cuanto instrumento de dominación social. Bolívar, adelantándose á su época, que era la época de los ideólogos, aspira á que el criterio científico de carácter útil á la sociedad—y no sólo la mera especulación filosófica—ejerza influencia y moldee el pensamiento de las nuevas generaciones. Trae á Lancaster á Colombia para que funde, como fundó,

---

trabajo se trata de la cuestión religiosa y se habla como debía hablarse de la tolerancia de cultos. Se originó con tal motivo una polémica larguísima, en que terciaron hasta el arzobispo y la Universidad, si ya no Real, todavía Pontificia. Lo esencial de la polémica (para nosotros) consiste en que, desde principios de 1811, se discute el catolicismo en Venezuela. La revolución es volteriana. (Véase la documentación sobre esta polémica en J. F. Blanco y Ramón Azpurúa: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. III, págs. 37-102, ed. de Caracas, 1876.)

(1) *Ibidem*: vol. III, pág. 615. Esas palabras son del oficio que el ministro interino de Estado, Antonio Muñoz-Tébar, pasa al arzobispo el 4 de Abril de 1812.

(2) El 5 de Abril el Gobierno excita por segunda vez al Prelado para que escriba la pastoral. ¿Por qué lo excita? Por la influencia que tiene el clero entre las masas y porque el prelado máximo en Venezuela, debía desfacer el entuerto de la prédica alarmista y antirepublicana de los curas. El 10 contesta el arzobispo con evasivas: «muy bien sé que llover, granizar, centellear y temblar la tierra son

escuelas en Caracas; y decreta en las universidades de la república un plan científico de estudios, haciendo obligatorio á Bentham. 40.000 ejemplares de obras de Bentham traducidas en francés vendió en América la casa Bossange hasta la muerte de Bolívar en 1830 (1). El Libertador hace venir á América al naturalista Bonpland; llama á Humboldt; ofrece á Boussingault la dirección de un instituto científico en Bogotá. Y la revolución de Venezuela, ya continentalizada; es decir, hecha, primero, colombiana, por la unión con Nueva Granada y Ecuador, y después americana por su alianza con los revolucionarios del Sur, bajo la hegemonía de Colombia, pasea por casi todo el Continente su bandera, y conduce también á todas partes, junto con sus armas, y aun más lejos que sus armas, sus ideas. Sucre cierra conventos en las provincias nórdicas del Río de la Plata, libertadas por el ejército de Colombia y moraliza á la clerigaya de aquel país con mano fuerte (2). Una de sus preocupaciones, en aquel

---

efectos naturales, mas tampoco ignoro—y no hay quien dude—que el Autor de la Naturaleza, gobernando, dirigiendo y removiendo sus agentes, los emplea para castigar los vicios y hacer volver á los prevaricadores al corazón«. El 23 oficia al arzobispo, exigiendo la pastoral pedida, Juan Germán Roscio, ministro de Estado en propiedad. Contesta el arzobispo el 26 diciendo que por falta de sosiego y sobra de ocupaciones no ha escrito la pastoral. "La despacharé, sin embargo, con la brevedad posible y la incluiré á V. S. para los fines que me insinúa.« Todavía se cruzan comunicaciones entre el ministro de Gracia y Justicia, F. F. Paul, y el arzobispo Coll y Prat. Por fin escribe éste y envía al Gobierno la pastoral. El documento, entre otras cosas, dice: «lo cierto, lo indubitable, lo que palpamos, es que Dios nos castiga con los horrorosos estragos que hemos experimentado". El Gobierno, presidido por Miranda, prohibe que la pastoral circule y resuelve prender y expulsar al arzobispo. (BLANCO-AZPURÚA: *Documentos*, III, 614-621.)

(1) "*Les discours pronocés dans les divers Congrès prouvaient que les orateurs connaissaient ses ouvrages, dont la maison Bossange calculait, en 1830, avoir vendu en Amérique 40.000 volumes, rien que dans des traductions françaises*".—GERVINUS: *Histoire du XIXe siècle.* (Trad. fr.), tome VIII, pág. 14. Paris, 1864.

(2) "Me han dicho que entre los ladrones que se han aprendido

pueblo donde tanto influjo tenía el clero, consiste en mantener, dentro de ciertos límites, la influencia eclesiástica. Así, escribe á quien le propone el nombramiento de un Vicario General suprimido por él en el ejército: *"Quiere usted que se nombre un Vicario General y no es ésta la primera pretención. He eludido hacerlo porque es el mayor desatino dar influjo á los clérigos en el ejército además del que tienen en los pueblos. Si hoy el doctor Córdova es liberal y hay un gobierno que tiene al sacerdocio en sus límites, mañana será el vicario un fanático y podrá tal vez existir un gobierno que se valga del influjo clerical, aun entre las tropas mismas, para destruir las libertades públicas"* (1).

Bolívar,—el civilizador—no sólo suprime procedimientos inquisitoriales y destruye legislaciones dignas de la Edad Media, sino que decreta los primeros códigos civiles y criminales de casi todas las repúblicas de Sur-América. En los países ricos en metales, funda el Libertador escuelas de Minería. En los países agricultores, funda escuelas de Agricultura. En Perú, crea las primeras Escuelas Normales que se establecen en América (2). En Boli-

---

hay un fraile; y como según la ley deben esos ladrones ser juzgados militarmente, lo será también el fraile. Hago esta advertencia para que usted por nada lo entregue á otra jurisdicción, y en caso de que haya sido entregado, volverá otra vez para ser juzgado en el Consejo de guerra, conforme á la última ley del Congreso. Me alegraré mucho y muy mucho que el primer ejemplar que se haga, severo y fuerte, sea sobre un niñito de éstos."—Chuquisaca, á 15 de Julio de 1826.—DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE BOLIVIA: *Cartas del general Antonio José de Sucre*, publicadas por resolución de la H. Cámara de Diputados, pág. 70; ed. La Paz, 1918.

(1) DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE BOLIVIA: *Cartas del general Antonio José de Sucre*, publicadas por resolución de la H. Cámara de Diputados, pág. 202; ed. La Paz, 1918.

(2) Un profesor costarricense de Escuela Normal, apóstol de cultura y hombre de letras, ha escrito hace poco,—con motivo de haber decretado el Congreso de Costa Rica fiesta nacional de la República, á perpetuidad, el 24 de Julio, día del nacimiento del Libertador—:

«Si alguien merece un recuerdo perdurable en las Escuelas Norma-

via, las rentas de la mitra de Charcas, las destina al fomento de la instrucción pública. "Las capellanías *jure devoluto*, las sacristías mayores, cofradías, hermandades y buenas memorias, fueron aplicadas para fondos de educación, sin contar otras asignaciones hechas á casas de estudio" (1).

Las ideas filosóficas del Libertador, no ya personales, sino en cuanto se relacionan con el Estado, se advierten en la Constitución que escribió para Bolivia (1826), conocida con el nombre de Constitución boliviana, y se exponen detalladamente en el Mensaje que envió al Congreso acompañando el Estatuto. En la Constitución no impuso una religión de Estado. Hasta entonces todas las repúblicas, sin excepción alguna, habían consignado la católica como religión nacional, muchas con exclusión de todo otro culto. Bolívar da el primer paso, un paso gigantesco, hacia el porvenir, declarando en su Constitución para Bolivia, después aceptada también en Perú, la laicisación de la República (2). Las razones en que se funda, consignadas en el Mensaje, resultan de mucho interés, máxime por

---

les de esta América, es Bolívar, no solo el insuperado Héroe Epónimo, sino también como uno de los grandes preocupados de la cultura de estas naciones: él creó las cuatro primeras Escuelas Normales de América, concebidas dentro del sistema lancasteriano, como seminarios de la república, almácigos de maestros, que fueran los factores de estas democracias, los hacedores de estas patrias...»— Revista EL DERECHO; San José, Costa Rica, 15 de Agosto, 1918.

(1) LARRAZÁBAL: *Vida del Libertador*, vol. II, pág. 315, ed. de New-York, 1871.—"Solícito en promover la educación pública hasta donde era posible, el Libertador demostró más celo que en otras partes en destruir los vicios, la superstición y la ignorancia en el país que lleva su nombre." "Demás de este decreto, expidió otro para la fundación de un colegio en cada departamento y escuelas primarias en las capitales de las provincias." *Memorias del general O'Leary*; vol. II, página 511, ed. Ed.-Am. Madrid, 1915.

(2) «Suprimía la esclavitud y el tormento. Concedía absoluta libertad religiosa. En este punto son elocuentísimas sus palabras.»— GABRIEL ALOMAR: *Las ideas capitales de Simón Bolívar*, en *El Imparcial*, de Madrid, núm. 18.565 (14 de Octubre de 1918).

ser de quien son. "La religión es la ley de la conciencia—piensa Bolívar—. Toda ley sobre ella la anula; porque imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito á la fe... Prescribir la religión no toca al legislador" (1).

(1) He aquí algunos argumentos de Bolívar para no declarar una religión de Estado:

«Legisladores: Haré mención de un artículo que, según mi conciencia, he debido omitir.—En una constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa porque, según las mejores doctrinas sobre las Leyes fundamentales, éstas son la garantía de los derechos políticos y civiles; y como la religión no toca á ninguno de estos derechos, es de naturaleza indefinible en el orden social y pertenece á la moral intelectual. La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo: sólo ella tiene derecho de examinar su conciencia íntima. Las leyes, por el contrario, miran la superficie de las cosas; no gobiernan sino fuera de la casa, del ciudadano. Aplicando estas consideraciones, ¿podrá un Estado regir la conciencia de los súbditos, velar sobre el cumplimiento de las leyes religiosas, y dar el premio ó el castigo cuando los tribunales están en el cielo y cuando Dios es el juez? La Inquisición solamente sería capaz de reemplazar los en este mundo. ¿Volverá la Inquisición con sus teas incendiarias?

La religión es la ley de la conciencia. Toda ley sobre ella la anula; porque imponiendo la necesidad al deber, quita el mérito á la fe, que es la base de la religión. Los preceptos y los dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica. Todos debemos profesarlos; mas este deber es moral, no político.

Por otro lado, ¿cuáles son los derechos del hombre hacia la religión? Estos están en el cielo; allá el tribunal recompensa el mérito y hace justicia según el Código que ha dictado el Legislador. Siendo todo esto de jurisdicción divina, me parece á primera vista sacrílego y profano mezclar nuestras ordenanzas con los mandamientos del Señor.

Prescribir, pues, la religión no toca al legislador. Porque éste debe señalar penas á los infractores de las leyes, para que no sean meros consejos. No habiendo castigos temporales, ni jueces que los apliquen, la ley deja de ser ley«. *(Léase todo el Mensaje* en SIMÓN BOLÍVAR: *Discursos y proclamas*, págs. 98-114, ed. París, 1913.)

Bolívar, con todo, en más de una ocasión, tuvo que reprimir, como era su deber de gobernante, irrespetos de exaltados contra la religión. Así, un día, en Perú, ordena á un funcionario que emplee "toda su autoridad para reprimir á todo aquel que ultraje la Religión Católica en su dogma, en su disciplina, en sus altares y en sus ministros". Y él mismo daba ejemplo de su respeto á las creencias de la mayoría

En la revolución del Norte, pues; en la revolución que desciende hacia los extremos meridionales del Continente, con Bolívar á la cabeza, desde los montes de Caracas, desde los Andes granadinos, desde los volcanes del Ecuador, se mancomunan—atrás se dijo—la revolución política y la revolución filosófica. Es decir, ese movimiento cambia con más radicalismo que en ninguna otra sección de América, las ideas políticas, las creencias religiosas, las costumbres sociales: es una verdadera revolución.

En las provincias del extremo Sur, Chile y Argentina, no se advierte en lo general, como no se advierte en México, semejante movimiento de ideas. ¿Quiénes son os dos generales más expectables de las Provincias Unidas? Belgrano y San Martín. Pues bien; el general Belgrano, creyente fervoroso, hace rezar á sus soldados y proclama generala del ejército, con pompa y solemnidad, á la Virgen de las Mercedes, como proclaman las hordas indígenas del cura Hidalgo, en México, patrona suya á otra Virgen, á la Virgen de Guadalupe (1). El general San

---

asistiendo á las ceremonias del culto. (V. *Diario de Bucaramanga*, por L. Perú de Lacroix, pág. 90, ed. Ollendorff. París.)

Por último, en vista de las realidades sociales, busca apoyo para la estabilidad de las instituciones, contra los aullidos de la barbarie destructora y de la anarquía declamadora, en una intensificación de las ideas morales que, para la gente del país, se confundían con las ideas religiosas.

(1) El nombramiento de la Virgen de las Mercedes como generala del ejército argentino y la ceremonia en que Belgrano pone su bastón de mando entre las manos de la imagen y la sigue por las calles de Tucumán, en procesión, acompañado de la tropa, es francamente ridículo. (Véase la descripción en PAZ: *Memorias póstumas*, páginas 113-114).—En cuanto á México, las indiadas de Hidalgo combatían al grito de: "*¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!*" Los españoles, no menos fanáticos que los indios, ó como medida política, ó por ambas razones, levantaron para combatir, frente al estandarte de la Virgen de Guadalupe, el estandarte de otra imagen: la Virgen de los Remedios.—Sobre el carácter de la guerra de Hidalgo y las ideas de él y de sus tropas, véase FRANCISCO BULNES: *La guerra de independencia*, México, 1910.

Martín también obliga á sus soldados á ceremonias religiosas y á rezar diariamente el rosario, recordando lo que ha visto en la España de Carlos IV, y, á imitación de Belgrano, proclama solemnemente patrona del ejército que dirige á una Virgen: la Virgen del Carmen (1).

El hombre de la colonia, el empleado de los virreyes, para quien no hubo Bacon, ni Locke, ni Montesquieu, ni Voltaire, ni Rousseau, ni enciclopedistas, se revela en la carta de Belgrano á San Martín sobre prácticas piadosas.

"...No deje de implorar á Nuestra Señora de las Mercedes,nombrándola siempre nuestra Generala, y no olvide los escapularios á la tropa... Acuérdese usted de que es un general cristiano, apostólico, romano; vele usted de que en nada, ni aun en las conversaciones más triviales, se falte al respeto á cuanto se diga de nuestra Santa Religión" (2).

---

(1) San Martín, aunque no tan fervoroso y sincero creyente como Belgrano, imitó de todo en todo la ceremonia de éste: procesión de la Virgen en andas, acompañándola las tropas con el general, colocación del bastón de mando en manos de la imagen; todo fué copia de la espontaneidad candorosa de Belgrano. (Véase D. HUDSON: *Recuerdos históricos...* "Revista de Buenos Aires", páginas 183 y siguientes, tomo V).—"La imagen de la patrona electa salió del convento de San Francisco al encuentro de la columna, llevada en andas, acompañada de todo el clero regular y secular, custodiada por las bayonetas de sus nuevos soldados; y á la cabeza de la procesión marchaba el capitán general con el gobernador intendente, el Cabildo, los empleados civiles y el pueblo en masa. En la iglesia matriz estaba depositada la bandera bordada por la damas mendocinas y adornada por ellas con piedras preciosas. Después de bendecirla, según el ritual de ordenanza, á la par del bastón de mando del general, éste la fijó en el asta y una salva de 21 cañonazos saludó su ascensión. San Martín puso su bastón en la mano derecha de la imagen, como Belgrano lo había hecho en vísperas de la batalla de Salta con la Virgen de las Mercedes, generala del ejército..." MITRE: *Hist. de San Martín*, vol. II, pág. 147, 3.ª edición, Buenos Aires.

(2) El historiador eclesiástico que transcribe la carta, agrega: "San Martin, siguiendo los consejos del cristiano Belgrano, mantuvo siempre vivo en su ejército el sentimiento religioso."—A. PIAGGIO: *ob. cit.*, págs. 160-161.

Y Belgrano, hombre de buena fe, no se contentaba con predicar á los otros, sino que ponía empeño en fervorizar el sentimiento religioso. Con las tropas que gobernaba era, en este punto, intransigente. Los escapularios servían, en ocasiones, de divisa á su ejército; y ¡ay del soldado negligente! El manso Belgrano se volvía (en este punto) un demonio. "*Los escapularios*—recuerda un oficial de aquellas fuerzas—*vinieron á ser una divisa de guerra; si alguno los había perdido* (en vísperas de la acción de Salta) *tuvo buen cuidado de procurarse otros, porque hubiera sido peligroso andar sin ellos*" (1).

El doctor Gregorio Funes es uno de los personajes más de nota y de sólido talento en la revolución del Plata: él secularíza, antes de 1810, los estudios en la Universidad de Córdoba, de la cual es rector. Era, con todo, católico ferviente y militante. "Mantuvo siempre la Concepción de la *Unam Santam Catholicam Ecclesiam* y combatió la Constitución civil del clero *porque*—como escribió á Bolívar el 26 de Diciembre de 1825—*ella se propuso introducirnos todo el sistema luterano y causar un divorcio entre esta Iglesia y la romana*„ (2).

Funes tiene un hermano que se llama Ambrosio. "¿Qué es lo primero que Ambrosio Funes solicita del gobierno revolucionario? Simplemente la restauración de los jesuí-

---

(1) José María Paz: *Memorias póstumas*, pág. 114. Es curioso conocer cómo se hacía esta imposición de escapularios al ejército.—«Luego que el batallón ó regimiento salía de su cuartel—dice un testigo ocular—se le conducía á la calle en que está situado el templo de la Merced. En su atrio estaba ya preparada una mesa vestida con la imagen, á cuyo frente formaba el cuerpo que iba á tomar la marcha. Entonces sacaban muchos cientos de escapularios en bandejas, que se distribuían á jefes, oficiales y tropa, los que colocaban sobre el uniforme y divisas militares." (Paz: *ob. cit.*, pág. 114.) Felipe II no hubiera exigido más de sus tercios. Y Belgrano y sus ejércitos no vivían en el siglo XVI: eran los agentes de una revolución democrática en pleno siglo XIX.

(2) J. F. V. Silva: ob. cit. ed. pág. 111.

tas..." (1) expulsos por el gobierno enciclopédico de Carlos III.

Al congreso argentino de 1813 concurren innúmeros clérigos. "Los pueblos... casi todos estaban representados por clérigos en esa augusta Corporación" (2). Al congreso de 1816, que sucede al de 1813, concurren diez y seis sacerdotes entre veintinueve asistentes á la Asamblea; es decir, la mayoría de este congreso estaba compuesta de eclesiásticos, tan patriotas, por lo demás, como los seglares (3).

Un historiador francés de la revolución americana llama á ese Cuerpo: "un congreso de teólogos." *(Marius André: obra en prensa).*

El sentimiento religioso, de que hoy se avergüenzan, sin razón, los argentinos (4), aparece entonces por lo general desligado de toda preocupación política del momento. Es decir, la mayoría no se muestra religiosa por conveniencia política,—aunque en algunas personas y alguna vez así sucediera,—sino por sincero y espontáneo movimiento del corazón.

---

(1) José Ingenieros: *El deán Gregorio Funes.* Revista *Nosotros*, número 112. Buenos Aires, Setiembre de 1918.

(2) A. Piaggio: *Influencia del clero en la independencia argentina*, pág. 206; ed. Barcelona, 1912.

(3) El cómputo puede encontrarse en Piaggio: *ob. cit.*, págs. 205 y 213.

(4) "Mientras los historiadores argentinos—dice Piaggio—no han indicado el estado sacerdotal de la mayoría de los congresales de Tucumán, la pintura y el grabado se han encargado de engañar al pueblo. ¡Quién contemplando alguno de esos cuadros en que se representa la escena solemne de la jura de la independencia, creería que la mayoría de los que juran pertenecen al clero, si apenas aparecen cuatro ó cinco hábitos talares, como pidiendo permiso para jurar, avergonzados de hallarse tan solos en tan numerosa Asamblea!" «Cual si esto fuera poco, hasta el bronce se ha prestado, en estos últimos tiempos, á la mentira histórica contra la memoria de los clérigos que formaron parte del famoso Congreso de Tucumán. En un bajorelieve colocado no ha mucho en la histórica casa del Congreso, sólo aparecen dos frailes.« *ob. cit.*, 235-236. (Véase todo el capítulo IX, titulado *El clero en las Asambleas.*)

He aquí cómo describe el órgano oficial de la Asamblea de Tucumán (1816) la instalación del Congreso: El Congreso Soberano de las Provincias Unidas (se ha instalado) el 25 (de Marzo) de 1816 "que consagra nuestra Madre Iglesia á la memoria del adorable Misterio de la Encarnación del Hijo de Dios." "Luego que tomó su preferente lugar el Soberano Congreso, y en seguida todas las Corporaciones, se cantó la misa de acción de gracias al Dios de la patria, Soberano autor de tanto bien, y se dijo una oración sagrada por el ciudadano Dr. Manuel Antonio Acevedo, representante de la ciudad de Catamarca, y se concluyó esta solemne función con el cántico del *Te Deum Laudamus*, que excitó la gratitud y ternura del pueblo, expectador devoto de esta augusta ceremonia" (1).

La preocupación religiosa se advierte en el Río de la Plata desde que, antes de 1810, decían los rioplatenses á marinos europeos que deseaban constituirse "*en un reino independiente, con una constitución propia y bajo la religión católica*" (2).

¿Qué más? Un revolucionario tan radical como Mariano Moreno, *l'enfant terrible* de la revolución de Buenos Aires, no quiere que se escriba contra la religión y propaga las ideas de Rousseau, traduciendo el *Contrato Social*, con una ligera supresión: la supresión de cuanto combate las ideas católicas. Bueno es oir las propias palabras de Moreno. El 21 de Junio de 1810 escribe, en la *Gaceta de Buenos Aires*, sobre la libertad de imprenta; allí preconiza "franquicia y libertad para hablar de todo asunto *que no se oponga en modo alguno á las verdades santas de nuestra religión*» (3). Y cuando este revolucionario

(1) PIAGGIO: ob. cit., 209-210.

(2) *Archivos del Gobierno inglés: Colonial office.—Micellaneous* 1807, núm. 593. Citado por C. A. VILLANUEVA: *Bolívar y el general San Martín*, pág. 7, ed. Ollendorff. París.

(3) Véase este escrito, entre otros trabajos de Mariano Moreno, en la obra donde los ha recopilado Ricardo Rojas con el título de

militante traduce el *Contrato Social*, cuida de expurgarlo y expone en el prólogo: «Como el autor tuvo la desgracia de delirar en materias religiosas, *suprimo el capítulo y principales pasajes* donde ha tratado de ellas» (1).

Con todo, en Argentina no se llega á lo que se llega en México. En México, donde todavía en 1821 no había en los dirigentes espíritu democrático (2), Morelos, que llama á la capital de los Estados Unidos "la Corte de Washington", (como Pueyrredón llama á Santiago "la Corte de Chile"), toma el título pontifical de "siervo de la nación". El revolucionario Rayón, que no es clérigo, como el bravo Morelos, sino un abogado, va más lejos que el gran cura guerrero: Rayón se pronuncia, en 1812, contra la libertad de pensamiento, contra la tolerancia religiosa, y propone fundar un tribunal trasunto de la inquisición (3). El Congreso que promulga la Constitución mexicana de 1814 (Octubre) llega á lo increíble: restablece á los jesuítas, da predominio exclusivo y legal al

---

Doctrina democrática, ed. Biblioteca Argentina, pags. 117-118. Buenos Aires, 1915.

(1) Véase en la Biblioteca Argentina, dirigida por Ricardo Rojas, la obra: *Doctrina democrática*, pág. 301, ed. Buenos Aires, 1915.

(2) «No era ese el sentimiento nacional" (Se refiere á la fundación de una república democrática como la de Colombia). *México: Su evolución social* (obra escrita en colaboración, bajo la dirección de Justo Sierra), vol. I, pág 164; ed. de México, 1900.

(3) En 1812 prepara Rayón un proyecto de estatuto. ¿Qué se propone allí? El historiador clásico de Méjico, Alaman, va á decírnoslo: «El objeto de este proyecto era consolidar y perpetuar la autoridad de la Junta. Su primer artículo era declarar que la religión católica sería la única permitida sin tolerancia alguna. En los sucesivos, se establecía que *el dogma sería conservado por la vigilancia de un Tribunal de la fe*, bajo un reglamento conforme al espíritu de la disciplina eclesiástica. Se reconocía que la Soberanía dimana inmediatamente del pueblo; pero que ella residía en la persona de Fernando VII y su ejercicio en la Junta ó supremo consejo nacional americano!"... LUCAS ALAMAN: *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en 1808 hasta la época presente* (5 volúmenes. Imprenta de J. M. Lara. Méjico, 1849-1852), vol. III, páginas 546-547.

catolicismo, y en la Constitución Nacional "declaró que los herejes, los apóstatas, los extranjeros no católicos, no podían ser ciudadanos..." (1).

Allí la independencia, para triunfar, tiene que ser propiciada por el alto clero. No, en Argentina no se llega á tanto; pero ¡qué diferencia con la revolución y los revolucionarios de Venezuela! Estos luchan y mueren por otras ideas, hablan otro lenguaje y tienen y predican otras doctrinas, tanto en filosofía como en política. Fuera del anhelo de independencia, ¿qué hay de común? La revolución de Venezuela y Nueva Granada permanece única en cuanto republicana, única en cuanto á ideas filosóficas, única en cuanto á audacia guerrera, única en cuanto al número de batallas que libra, única en cuanto á la calidad y cantidad de los personajes que la encabezan, única en cuanto á los sacrificios que cuesta, única en cuanto al cúmulo de enemigos, ya americanos, ya europeos, á quienes hace frente, única en cuanto á la influencia universal que ejerce. Con razón, desde su punto de vista de absolutista y español, ha escrito á este respecto un historiador europeo: "*La capital de las provincias de Venezuela ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificante ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos é intrigantes y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de su pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia. Con tales elementos, no es de extrañar que este país (Venezuela), haya sido el más marcado de todos en los anales de la revolución moderna*" (2).

No faltan, con todo, en el Plata revolucionarios que en-

(1) *México: Su evolución social;* I, 150.

(2) MARIANO TORRENTE: *Historia de la revolución hispano-americana*, vol. I, pág. 50, ed. Madrid, 1829.

tienden trastrocar la sociedad desde su base. Estos comprenden que sin modificaciones en el orden ideológico no puede haber cambiamentos sociales ni fundamentos nuevos para Colonias que aspiran á constituirse en Estados soberanos. El más brillante de estos revolucionarios fué quizás Monteagudo, consejero más tarde del general San Martín (1).

Otros hubo, aunque no con la cohesión ó la voluntad suficiente, ó en número para imponerse á aquella socie-

(1) El 19 de Enero de 1813 pronunció Monteagudo en la Sociedad Patriótica, de Buenos Aires, bautizada así á semejanza de la Sociedad Patriótica de Caracas en 1810, un discurso de profundidad revolucionaria y anticlerical de veras. Monteagudo hablaba en honor de Venezuela, destruída por el terremoto de 1812 (26 de Marzo) y de la ocupación de Caracas por las tropas del rey. Allí apostrofa al arzobispo de Caracas, que trabajó santamente por la causa de Fernando VII, con exclamaciones de terrible elocuencia: "Prelado impostor y perjuro", lo llama; y se encara furioso contra el clero realista de Venezuela, que se aprovechaba de la ruina de la república, para predicar sumisión al rey. Se dice que este discurso de Monteagudo es de profundidad política, porque en él Monteagudo siente y comprende lo necesario de la solidaridad americana ante el enemigo extranjero. Entona un himno en honor de Venezuela, á quien llama «el pueblo heroico del siglo XIX«. «Cuán justo es, ciudadanos, llorar el destino de un pueblo que después de haber dado á la América la primera señal de alarma en el glorioso sacudimiento del 19 de abril de 1810; después de haber dado al mundo un ejemplo de heroísmo, de virtud y de fraternidad en la augusta sanción del 5 de julio de 1811 *(declaratoria de la independencia);* después de haber elevado el 31 de diciembre del mismo año un eterno monumento á la filosofía y á la equidad, estableciendo una constitución capaz por sí sola de justificar nuestro orgullo y de honrar el genio americano, cosecha el infortunio, por obra de un fenómeno geológico..." Monteagudo continúa su himno en honor del pueblo que, dice, se ha «mostrado grande en sus esfuerzos, admirable en la rapidez de sus empresas, sabio en la perfección de sus designios«, y que ha tenido la desgracia de ser víctima á un tiempo de una catástrofe de la naturaleza y de la crueldad de sus enemigos exteriores. Monteagudo, en prueba de solidaridad americana, invita á sus compatriotas á cumplir este juramento: "Vengar con el exterminio la raza de los opresores de Caracas.« (v. BERNARDO MONTEAGUDO: *Obras políticas,* págs. 265-270, ed. Biblioteca Argentina, dirigida por Ricardo Rojas. Buenos Aires, 1916.)

dad, ya preparada, sin embargo, en sus mejores elementos y á pesar de las apariencias, para una renovación de ideas. No puede creerse ni afirmarse que hombres como Pueyrredón, Moreno, Rivadavia, etc., ni menos Monteagudo fuesen muy férvidos creyentes. Obraban, casi todos, sin embargo, como si lo fueran. ¿Política? Es posible; pero también era obra política y de conveniencia la difusión, desde temprano, de las ideas modernas que quitaban apoyo al antiguo régimen. La revolución en Argentina no tuvo por entonces el aspecto de lucha filosófica: era lo que se quería probar.

Por lo demás, no se crea, porque se incurriría en error, que la revolución en las provincias rioplatenses fué sistemáticamente clerical. No lo fué. Lo que tuvo fué carencia de inquietud filosófica, aunque las circunstancias, la minoría de mentalidad completamente emancipada y el tiempo hicieran triunfar allí á la postre, en orden á ideas filosóficas, el espíritu moderno, como las mismas razones y algunas otras hicieron triunfar, á despecho de las oligarquías monárquicas de Buenos Aires, la tendencia republicana y democrática. En 1813 vibra espléndido el sentimiento nacional respecto á materias religiosas, y la Asamblea de aquel año decreta que ninguna autoridad eclesiástica extranjera tiene derecho á ser obedecida en el país. Quedaba, pues, la Argentina, como ya lo estaban otras naciones de América, con una suerte de Iglesia nacional provisoria. Los obispos rioplatenses, como los obispos de otras naciones de nuestra América, recobraban por aquellos días su primitiva autoridad. Se retrovenía, pues, en Argentina, como en otras naciones de América, por obra de las circunstancias, á los primeros tiempos del cristianismo (1).

En mayor ó menor grado, trabajaban á las sociedades

(1) "Sobre cuestiones de patronato la Asamblea adoptó diversas resoluciones, que importaban en cierto modo un cisma, ó al menos la creación de una Iglesia independiente." RICARDO ROJAS: *La argentinidad*, pág. 339, ed. Buenos Aires, 1916.

del Sur las mismas preocupaciones, las mismas ideas que á las demás provincias de la América española. Entre argentinos y chilenos, como entre los demás americanos, ejercía atracción la metrópoli y á ella iban los que tenían la fortuna de poder salir un tiempo de la colonia, ó allí enviaban á sus hijos á desbastarse de espíritu y maneras. El arribo á España era, por otra parte, forzoso para los americanos que se encaminaban á Europa. Los viajes ejercían, pues, en chilenos y argentinos el mismo benéfico y liberalizador influjo que en otros novomundanos. También los argentinos y chilenos, como los demás americanos, introdujeron, durante el último siglo de coloniaje, muchos libros de contrabando. En aquellas apartadas colonias no había quizás para ello la misma facilidad que en otras colonias más cerca de Europa, Estados Unidos y colonias extranjeras del mar Caribe. Con todo, la vecindad del Brasil y los contrabandistas ingleses favorecían, principalmente en los países del Plata, la introducción de libros.

No era cierta parte del clero en Argentina y Chile, como en otras colonias españolas de América, la menos curiosa de cosas del espíritu ni la que menos se procuraba subrepticiamente obras de autores vedados. Al fundarse la Biblioteca pública de Buenos Aires, por Mariano Moreno, en los primeros tiempos de la revolución, se produce un caso interesantísimo: concurren como donantes, á excitación de Moreno, innúmeros clérigos, algunos con obras que sorprendería encontrar en aquel país, en aquel tiempo y en aquellas manos á los que ignoren la infiltración de la cultura filosófica y literaria en las colonias españolas de América en el siglo XVIII.

Así hallamos que un clérigo regala á la Biblioteca bonaerense la *Historia Natural*, de Plinio; otro, *La vida de los filósofos ilustres*, de Diógenes Laercio; otros, tratados de Química y de Botánica. Cierto cura presenta un *Dictionaire de la Academie française*, y otro—caso el

más curioso—las obras completas de Locke y, por añadidura, en inglés (1).

A pesar de su moderación, en punto á radicalismo filosófico, la revolución argentina fué tildada de antirreligiosa. Era esa, en toda América, la política de los realistas ultramontanos que presentían la terminación de su reinado y de sus ideas. "Además de política era religiosa la guerra que se nos hacía", dice el general Paz en sus memorias (2).

No faltó en Argentina revolucionario de poco seso que, en vez de realizar una propaganda de ideas, arrastraba, ó permitía que arrastrasen, como Castelli en Alto Perú, las cruces de los templos, granjeándose el odio público (3).

Este Castelli, político ó mejor dicho impolítico orgiástico, desacredita con su conducta las ideas que representa. Tanto por su salacidad como por escarnecer de manera chocante y absurda el sentimiento religioso de las indiadas y otras clases sociales—y además por su incapacidad como soldado—, Castelli hizo antipáticas en las provincias argentinas del Norte la revolución y las tropas de Buenos Aires. Se le tuvo que abrir un juicio. La hom-

---

(1) Véanse las donaciones en PIAGGIO, *ob. cit.*, páginas 188, 191 y 194.

(2) *Memorias póstumas del general José María Paz*, pág. 102, ed. Editorial-América. Madrid.—Cuando el general realista Goyeneche, hijo del Perú, entró en Chuquisaca, vencedor de los argentinos, "no quiso—refiere Paz—ir á alojarse al Palacio de la presidencia que éste (Castelli) había habitado, sin que fuese antes purificado con exorcismos y otras preces de la Iglesia. En consecuencia, fué una especie de procesión en que los sacerdotes iban con ornamentos sagrados, incensarios, hachas encendidas y abundante provisión de agua bendita..." (Página 103.)

(3) "Cuando se retiraba el ejército (argentino) derrotado en el Desaguadero se detuvo Castelli unos días en Chuquisaca, y sus ayudantes..., pasando una noche por una iglesia vieron una cruz en el pórtico, á la que los devotos ponían luces; alguno de ellos declamó contra la ignorancia y fanatismo de aquellos pueblos, y otro propuso, para ilustrarlos, arrancar la cruz y destruirla. Así lo hicieron, arrastrándola un trecho por la calle." (PAZ: ob. cit., pág. 64.)

bría de bien de otros patriotas argentinos acudió, con solo observar una conducta circunspecta, respetando la fe ajena y manifestando la propia, en auxilio de la doctrina revolucionaria. Así se desvaneció en el Norte de las Provincias Unidas la falsa idea de que los ejércitos independientes eran irreligiosos. "El concepto de incredulidad que se atribuía á los jefes y oficiales... se fué desvaneciendo y al fin se disipó enteramente" (1).

X.—La revolución argentina: las ideas políticas.

El porfiado monarquismo de los dirigentes de Buenos Aires resulta otra idiosincrasia de la revolución del Sur.

Lo absurdo y desconcertante en los políticos bonaerenses de la época no consiste en que sean monárquicos: la monarquía es una forma de gobierno como cualquier otra, y en su tiempo fué un progreso político contra el feudalismo. A la audacia, inteligencia y ambición de algunos monarcas se debe la unidad, el ser, de varios Estados. Lo absurdo y desconcertante en aquellos políticos bonaerenses consiste en orientarse hacia el pasado y no hacia el porvenir, y, sobre todo, el ir de corte en corte buscando un rey que no se iba á encontrar y ofreciendo el país á los extranjeros como una mercancía.

Se dirá que para encontrar un rey era menester buscarlo, y buscarlo fuera del país, ya que no se tenían candidatos en casa y no se deseaba—lo que hubiera sido preferible—fundar monarquías criollas, como la de Iturbide en México; pero ¿podía encontrarse con facilidad, en buena lógica? Los repetidos fracasos en esa busca de príncipes, ¿no estaban enseñando que ningún príncipe europeo

(1) Paz: ob. cit.

iba á encargarse de un reino trasatlántico y semi-bárbaro, en completa anarquía y con peligro, para el rey, de la corona y la cabeza? ¿No se había hecho, además, la revolución por romper nuestra dependencia de Europa y por romper con lo que esos príncipes de Europa significaban en sí y respecto á nosotros? ¿Contábase acaso con el pueblo? ¿No estaba ese pueblo diciendo, por boca de algunos de sus caudillos provinciales, como Artigas (1), como Ramírez (2), que no quería príncipes extranjeros? Sin embargo, esta solicitud de reyes y protectorados extranjeros aparece constante en la revolución argentina, desde su iniciación hasta Ayacucho.

Desde 1807 pensaban los argentinos modestamente que no tenían elementos para constituir un gobierno propio y que el gobierno debían fundarlo los extranjeros (3).

Unos—Rodríguez Peña, que ayudó á los invasores ingleses, Saavedra, Castelli, Vieytes, Passos, etc.—trabajan, desde 1808, en el propósito de coronar como reina del Río de la Plata á la infanta Carlota, princesa del Brasil y hermana de Fernando VII (4). Otros, en 1810, se con-

(1) En las instrucciones que el año de 1813 dió Artigas á los diputados uruguayos que debían asistir al Congreso de las Provincias Unidas, se lee: «No aceptarán, en sustitución del régimen abolido, más forma de gobierno que la republicana...»

(2) Cuando Ramírez, el caudillo de Santa Fe, parte sobre Buenos Aires, ataca á las tropas capitalinas, las derrota en Cepeda y echa por tierra al Director Rondeau, cree y dice, que va á salvar el país contra el gobierno central, Directorio y Congreso, «que pactan con las Cortes de Portugal, España, Francia é Inglaterra la coronación de un príncipe europeo en el Río de la Plata, contra la opinión de los pueblos».—ADOLFO SALDÍAS: *La evolución republicana en la revolución argentina*, pág. 184, ed. Buenos Aires, 1906.

(3) Véase AD. SALDÍAS: ob. cit., pág. 57.

(4) Véase sobre las intrigas de esta señora y de las autoridades y particulares del virreinato rioplatense TORRES LANZA: *Independencia de América (Fuentes para su estudio)*. Madrid, 1912, vol. I, *passim*. Documentos extractados, números 1401-1405-1406-1432-1449-1451-1459-1486-1490, muy principalmente el **núm. 1432.** — Véanse, además, AD. SALDÍAS: La evolución republicana... y M. DE OLIVEIRA LIMA: *Dom João VI no Brazil*, Río de Janeiro, 1908.—El di-

tentan con D. Cornelio Saavedra (1). Otros, en 1814, quieren rendirse al propio Fernando, á quien por algo en España apellidan "el Deseado". Acertadamente recuerda un historiador del Río de la Plata que: "desde el momento en que Fernando VII había sido restituído al trono de España, por la caída de Napoleón, el Directorio de Buenos Aires había pensado en desagraviarlo y arreglarse con él, probándole que lo que se había dicho el 25 de Mayo de 1810 era literalmente verdad: que la revolución tenía por solo objeto conservar á su amado monarca sus dominios en América" (2).

No bien retorna á Madrid y ocupa el trono Fernando VII, en 1814, el Ejecutivo nacional argentino, con aprobación del Congreso, está resuelto á abandonar los conatos de independencia y entenderse con el gobierno español. El entonces Director Supremo de las Provincias Unidas, es decir, el Jefe del Estado argentino, confiesa paladinamente: "Luego que tuve noticia positiva de que el señor don Fernando VII había vuelto á ocupar el trono de sus mayores, lo comuniqué á la Asamblea, para que resolviese lo que estimase conveniente y me ordenase el modo de proceder en lo sucesivo. El punto se discutió y resolvió en pública sesión. Algunos diputados sufragaron por el reconocimiento del monarca espa-

---

plomático é historiador brasilero don Manuel de Oliveira Lima, pensador probo y ecuánime que ha estudiado, con vista de los archivos del Brasil, las tentativas monárquicas de los oligarcas bonaerenses en relación con el imperio americano de los Braganza, sintetiza su opinión—por lo que respecta á Carlota y los infantes de España—en los términos siguientes: «*Si un infante de España, si la misma doña Carlota Joaquina, hermana mayor de Fernando VII, casada con el príncipe regente de Portugal, hubiese desembarcado en el Plata, cierta habría sido su delirante aclamación.*» (M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina*, tr. de A. C. Rivas, pág. 116; ed. Editorial-América. Madrid.)

(1) AD. SALDÍAS: ob. cit., 64-68.—De este conato se siguió la lucha entre Moreno, secretario de la Junta de Buenos Aires, y Saavedra, que era el presidente.

(2) ZORRILLA DE SAN MARTÍN: ob. cit.. vol. II, pág. 6.

ñol..." (1) "En consecuencia de esta resolución *(la dictada por el Congreso)* nombré y despaché dos enviados con las instrucciones necesarias..." (2).

No contento, el Director Posadas se apresuró á escribir al ministro de España en Río Janeiro. Era un escéptico, en materia política, aquel "antiguo notario mayor de este obispado" (3). *Qué importa* (decia) *que el que nos haya de mandar se llame rey, emperador, mesa, banco ó taburete* (4).

Otros pensaban lo mismo.

Rivadavia y Belgrano, comisionados del gobierno argentino, presentan en 1815 una Memoria para que Carlos IV, rey cornudo, incapaz y sin trono, que vivía en Roma, acariciando sus recuerdos y sus cuernos, después de haberse envilecido á las plantas de Napoleón, elija un infante—D. Francisco de Paula—por rey de la Argentina (5). En la Memoria se aseguraba que la formación de la Junta de Buenos Aires el 25 de Mayo de 1810—que en 1910 se celebró como centenario de la independencia—y la caída del virrey fueron obra de los españoles europeos y no de los argentinos. Por eso y porque los argentinos no tomaran parte en el motín de Aranjuez, que desposeyó á Carlos IV en beneficio de su hijo Fernando, los memorialistas, hablando en nombre de las Provincias Unidas del Río de la Plata, "protestan y juran que no reconocen á otro como su legítimo Sobe-

---

(1) GERVASIO ANTONIO POSADAS: Memorias, pág. 98. (*El ejemplar que poseo no tiene portada, y, por tanto, no se ve la fecha ni el sitio de impresión*).

(2) GERVASIO ANTONIO POSADAS: *Memorias*, pág. 98.

(3) *Ibidem*, 99.

(4) BELGRANO: II, 255.

(5) «Los plenipotenciarios tenían poder hasta para presentarse en España y para pedir al Rey el nombramiento de un monarca de la Casa de Borbón que viniese á regir las Provincias argentinas. Esta misión, concebida bajo un pensamiento que desnaturalizaba la tendencia republicana y democrática de la revolución americana, no produjo resultado alguno.» BARROS ARANA: ob. cit., II, 281.

rano y Rey de la monarquía española, que á Vuestra Majestad, D. Carlos IV, á quien Dios proteja."

He aquí, en su horripilante desnudez, tres proposiciones de la Memoria:

1.ª A aquellos pueblos no es aceptable otro gobierno que el monárquico.

2.ª Ningún Principe europeo promete la seguridad y las ventajas de uno de la familia de Vuestra Majestad.

3.ª En caso de no poderse conseguir ésta que se ha tenido siempre por la mayor ventaja, debe preferirse la integridad de la monarquía (1).

Esa Memoria, que es un monumento de vileza impolítica, la suscriben Rivadavia y Belgrano el 16 de Mayo de 1815.

Un año más tarde, ó poco menos, en Enero de 1816, Rivadavia, terco en la indignidad y olvidado de su documento á Carlos IV, se prosterna ante Fernando VII, ya fracasado el intento de coronar rey de las Provincias del Plata á D. Francisco de Paula, hijo menor de Carlos IV. ¿Que dice el comisionado Rivadavia? Presenta, á los pies del Trono, *las más sinceras protestas del reconocimiento de vasallaje* de los Pueblos que lo diputan. El rey lo echó de Madrid (2). Y lo echó ignominiosamente. "Ha determinado Su Majestad—se le comunicó—que usted se retire de su Real garantía." Y se agregaba que se le había creído, antes de conocerlo y oirlo, "adornado de las cualidades que inspiran la confianza..." (3).

(1) Véase un resumen bastante extenso de la Memoria en cuestión, en BLANCO y AZPURÚA: ob. cit., vol. V, págs. 272-276.

(2) Véase sobre la baja conducta de Rivadavia en Madrid y su expulsión de la Corte: *Documentos inéditos acerca de la Misión del doctor D. Manuel José García, Diputado de las Provincias Unidas en la Corte de Río Janeiro*, ed. Buenos Aires, 1883.—VICENTE F. LÓPEZ: *Historia de la República Argentina... hasta 1852*, vol. VI, páginas 45-77, ed. Buenos Aires, 1887.—ADOLFO SALDÍAS: *La evolución republicana*, etc.—G. RENÉ MORENO: *La prevaricación de Rivadavia*, ed. Editorial-América. Madrid.

(3) No hay página más bochornosa en la historia del continente, que esta página de Rivadavia, mulato de una vanidad ridícula y de

Poco antes de que Rivadavia fuese (Mayo de 1816) á mendigar de Fernando VII el que se dignase acoger en

---

una mediocridad á toda prueba. En esta ocasión se condujo Rivadavia con una bajeza y una torpeza insospechables aun tratándose de él. En vez de hacer comentarios, limitémonos á transcribir—con el más sincero rubor de nuestra pluma americana—los documentos que acreditan el talento político y la altura moral é intelectual de Bernardino Rivadavia, á quien historiadores y políticos de Buenos Aires celebran hoy casi casi como á un genio y á quien encomia B. Mitre, en cierta obra de historia, ya famosa por sus adulteraciones, como *«la mas alta personificación del liberalismo Sur-Americano, en la época de la emancipación.» (Historia de San Martín,* 3.ª ed., vol. VI; pág. 163.) También llama á Rivadavia *«el genio civil de la América del Sur, que dió la fórmula de sus instituciones representativas.» (ob. cit.,* VI, 261.)

Uno de los documentos á que se hace referencia es la primera comunicación que dirige Rivadavia cuando arriba á Madrid, al ministro de Estado español; el otro, un oficio dirigido por éste á "la mas alta personificación del liberalismo Sur-Americano."

"Madrid, á 27 de Mayo de 1816.

Excelentísimo Sr. Don Pedro Cevallos,
primer Ministro de Estado del despacho de S. M.

Excmo. Señor.

El 27 del corriente tuve la satisfacción de presentarme á V. E. en cumplimiento de la Real orden de 21 de Diciembre de 1815, de poner en sus manos la credencial de mi Comisión y de explicarle el objeto de ella, así como los incidentes que pueden influir mas sustancialmente en el asunto.

Como la misión de los Pueblos que me han diputado, se reduce á cumplir con la sagrada obligación de PRESENTAR Á LOS PIES DE S. M. LAS MAS SINCERAS PROTESTAS DE RECONOCIMIEMTO DE SU VASALLAJE, *felicitándolo por su venturosa y deseada restitución al Trono, y suplicarle humildemente el que se digne, como Padre de sus pueblos, darles á entender los términos que han de reglar su gobierno y administración, V. E. me permitirá el que sobre tan interesantes particulares le pida una contestación, cual lo desean los indicados pueblos y demanda la situación de aquella parte de la Monarquía.*

Dios guarde á V. E. muchos años.

BERNARDINO RIVADAVIA.

El ministro español comunica á Rivadavia, semanas después, el siguiente Oficio:

su seno paternal á las Provincias del Plata; casi simultáneamente con los pasos que daban, á principios de 1815

«*Palacio, 21 de Junio de 1816. (Fecho por medio de oficio á Gundasegui en el mismo día.)*

Sr. D. Bernardino Rivadavia:

El Rey nuestro Señor, acordándose de que es Padre de sus vasallos, y deseando por todos los medios posibles restablecer la tranquilidad de sus dominios, se prestó á oir las expresiones de sumisión y vasallaje de los que se dicen diputados del llamado Gobierno de Buenos Aires.

En consecuencia de esta determinación, expedida por el extinguido Ministerio Universal de Indias, he dado á usted pasaporte para la Corte á fin de tratar de los medios de restablecer el orden y el verdadero respeto á la autoridad de S. M.

En nuestra primera Conferencia se sirvió usted presentarme el documento de su poder; pero tan informal y desnudo de autenticidad, que me dió motivo para sospechar de su legitimidad; mucho más después que Sarratea, que también se dice diputado, me había escrito que los Poderes de usted estaban revocados: mas por todo pasé, animado del deseo de no poner estorbos á las paternales y benéficas miras del Rey.

Pregunté á usted si tenía instrucciones y me respondió que no las traía, ni había pedido á sus Comitentes, porque habiendo en la Junta de Buenos Aires algunas cabezas exaltadas, le pareció que era preferible no traer instrucciones algunas, que traerlas tales que pudiesen irritar el ánimo de S. M. y oponer estorbos al ejercicio de su clemencia. Con esto, y con haber manifestado á usted el deseo del Rey de poner término feliz á las turbaciones de Buenos Aires, se terminó nuestra primera sesión.

A los dos días se me presentó el director de la Compañía de Filipinas, D. Juan Manuel de Gandasegui, y me dijo de parte de usted, que se le había olvidado *decirme, que en un* Capítulo *de sus* Instrucciones *se le prevenía el punto de que habla el Oficio de 27 de Mayo último.*

Nueva contradicción, que aumenta LAS SOSPECHAS CONTRA LA BUENA FE DE QUE DEBE ESTAR ANIMADA LA CONDUCTA DE UNOS SUJETOS QUE ARREPENTIDOS DE LA TENIDA HASTA AQUÍ, *acuden á la clemencia del mejor de los Soberanos.*

. . . . . .

Es preciso que, acordándose de su decoro, (el gobierno español) *corte el hilo de unas Conferencias* DESTITUÍDAS POR PARTE DE USTED, DEL CANDOR, DE LA BUENA FE Y SINCERO ARREPENTIMIENTO QUE DEBÍA ANIMARLAS, *singularmente cuando se entablaron bajo la autoridad de*

Belgrano y el propio Rivadavia para que Carlos IV consintiese en enviar un Infante por Rey de la Argentina,

un Soberano que ha querido que el atributo de Padre de sus pueblos, resalte sobre los demás de su soberanía.

En consecuencia ha determinado S. M. que usted se retire de su Real garantía, pues como quiera que ésta se concedió Á UN SUJETO QUE SE CREYÓ ADORNADO DE LAS CUALIDADES QUE INSPIRAN LA CONFIANZA, DESPUÉS DE LAS CONFERENCIAS ES OTRO MUY DISTINTO *á los ojos de la ley; sin embargo, el Rey se desentiende de sus derechos y sólo se acuerda de lo que se debe á sí mismo.*

Lo participo á usted de Real orden para su inteligencia y puntual cumplimiento.

Dios guarde á usted.

PEDRO CEVALLOS.

En este segundo documento no se sabe qué admirar más: si la insolencia impolítica de los gobernantes españoles ó la vileza de Rivadavia que se hizo acreedor á semejante trato. Al trascribirlo aquí se suprimen dos párrafos—indicados por la línea de suspensivos—donde el ministro Cevallos censura la doblez de la política bonaerense y habla de "la suavidad de las leyes" españolas.

Después de esta serie de insultos y puntapiés Rivadavia no tuvo empacho en solicitar audiencia del ministro. Naturalmente no se le concedió. El 28 de Junio ofició de nuevo Rivadavia á Cevallos, lamiéndole las plantas tanto al insolente ministro como á Fernando VII. Dice allí que "había escrito con repetición" á Buenos Aires para PREVENIRLES DEL RESPETO Y CIRCUNSPECCIÓN CON QUE DEBÍAN ESPERAR LAS PIEDADES DEL SOBERANO y que volvería á hacerlo. Y "la más alta representación del liberalismo suramericano", agregaba en su oficio estas palabras de oro: "A TODO ESTOY RESUELTO PARA PROBAR Á MI SOBERANO LOS LEALES SENTIMIENTOS DE DICHOS PUEBLOS Y LOS MÍOS."

Olvidadizos y megalómanos escritores de Buenos Aires, maestros en el arte de inflar microbios, y doctores en la ciencia de falsear la historia, haciendo juegos malabares con documentos y razones, han parangonado sin rubor, en cuanto diplomático, á Rivadavia con Bolívar, considerando á Rivadavia como superior.

Con razón y con justicia ha escrito un historiador del Sur: Rivadavia "quiso para la República Argentina... su vuelta arrepentida y contrita al régimen colonial, mediante el perdón compasivo de su rey Fernando VII. Aquí se ve á los pies de este monarca absoluto, confesándose su vasallo, y luego al punto expulsado de su presencia á aquel de quien se dijo solemnísimamente en Buenos Aires *que había sido competidor aventajado de Bolívar en el terreno diplomático,* durante

ocurría en Buenos Aires otra escena lamentable: el director Alvear, jefe del Estado (Enero-Abril de 1815), solicita el protectorado británico.

"Estas provincias desean pertenecer á la Gran Bretaña—escribe el general Alvear al gobierno inglés—, recibir sus leyes, obedecer su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso. Ellas se abandonan sin condición alguna á la generosidad y buena fe del pueblo inglés, y yo estoy resuelto á sostener tan justa solicitud para librarlas de los males que las afligen" (1).

No pasa un año y surgen en Buenos Aires dos nuevos proyectos: el de coronar á un Inca y el de coronar á un príncipe del Brasil.

Belgrano, en 1816, propone al Congreso, con apoyo de innúmeros prohombres, un Inca del Perú. El Congreso considera la proposición en sesión secreta (el 6 de Julio) (2). Los prohombres, con Belgrano á la cabeza, se

---

la lucha de la independencia... Estos arrebatos ditirámbicos del nacionalismo—, que mucho hacen gozar al nacionalismo dentro de sus límites—han de cobrar amenidad amplia fuera de Argentina, cuando se sepa lo que de veras fué y no fué un personaje cual Rivadavia.„ (GABRIEL RENÉ-MORENO: *Ayacucho en Buenos Aires* y *Prevaricación de Rivadavia*, páginas 300-301, ed. Editorial-América. Madrid.)

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, vol. II, 260.—Ya en 1814 había reconocido el escéptico Alvear, en un tratado hecho á nombre del gobierno argentino, "la unidad é integridad de la monarquía española." El 16 de Agosto de 1814 escribe el general español Gaspar Vigodet, desde Río Janeiro, al Director Posadas, quejándose de la infracción del tratado que celebró como jefe de la plaza de Montevideo con el general Alvear. Allí dice el general español: "Jurada, reconocida y firmada una y dos veces por el citado general Alvear, á nombre de V. E. y de sus tropas, la unidad é integridad de la monarquía española, de la que son parte integrante las Provincias del Río de la Plata, reconociendo por consecuencia como á su legítimo rey al señor Don Fernando VII, nuestro amado soberano..." etc., etc.—(Véase el documento en las *Memorias* de Posadas, pág. 62.)

(2) Véase el Acta de la sesión secreta del Congreso, el 6 de Julio de 1816, sesión en la que Belgrano propuso al Inca por Rey de la Argentina.—(BLANCO-AZPURÚA: ob. cit., vol. V, págs. 458-460.) En el Congreso que declaró la independencia, el año de 1816, el di-

proponen la empresa fantástico ridícula de unir por alianza matrimonial á "la Casa de los Incas (del Perú) con la Casa Braganza„ (del Brasil) para que una casta de príncipes mestizos, mitad peruanos, mitad brasileños, impere sobre el Río de la Plata, con el Cuzco como capital del reino. Curiosa política la de pretender resucitar el despotismo teocrático de los Incas, si bien teñido de liberalismo por la familia Braganza. Alianza quimérica y quimérico proyecto; ó como dice un historiador brasilero: "pintoresco absurdo" (1).

El Director Supremo, general Balcarce, en 1816 (4 de Mayo) escribe al minisfro argentino en Río Janeiro, don Manuel José Garcia, urgiéndole á fin de que impetre el apoyo, para las Provincias Unidas, "de un Poder respetable" como el Imperio del Brasil.

Otros Directores Supremos, Pueyrredón, por ejemplo, y Alvarez Thomas trabajaban asimismo en el proyecto de obtener príncipes portugueses, lo que, valga la verdad, exasperaba al general San Martin, que llama á esos proyectos, á los que protesta oponerse con todos sus medios, *intrigas brasileñas* (2). No importa. El ministro Ma-

---

putado doctor Castro Barros, una de las lumbreras del cuerpo, se expresó, en la sesión del 31 de Julio, en elocuentes términos para probar que "el sistema monárquico constitucional es el que el Señor dió al pueblo de Israel, el que Jesucristo constituyó en la Iglesia, el más favorable á la conservación y progreso de la religión católica y el menos sujeto á los males que afectan á los demás". En consecuencia, se declaró partidario de restaurar á los Incas del Perú en el trono de Buenos Aires.

(1) M. DE OLIVEIRA LIMA: *La evolución histórica de la América Latina*, pág. 126, ed. Ed-Am. Madrid.

(2) San Martín tenía razón. Parece mentira que tantos hombres distinguidos y patriotas sirvieran de ciegos instrumentos (como años después, en la guerra del Paraguay) á la diplomacia brasilera. Oigase, respecto á las ambiciones de Brasil en Río de la Plata, lo que enseña un gran argentino, Juan Bautista Alberdi: "Tres causas hacen esenciales á la vida del Brasil esos territorios que busca en el Plata: 1.ª, la necesidad de poblarse con razas blancas de Europa, para las cuales busca territorios templados que no tiene; 2.ª, la necesidad de tierras apropiadas

nuel José García, "el más notable de los diplomáticos hispano-americanos de la época", solicita, de acuerdo con el gobierno de Buenos Aires, y por mandato y con instrucciones de ese gobierno, el protectorado brasílico (1). García sueña con un príncipe portugués ó con la anexión de Argentina á la corona brasilo-portuguesa. No es el único. Un general brasilero ha invadido,—á instancias del comisionado García, y con beneplácito del gobierno de Buenos Aires,—la provincia ríoplatense de Uruguay. En las instrucciones que imparte el Congreso argentino de 1816, el mismo que declaró la independencia, á un comisionado ante el general brasilero invasor, se decía que si no se alcanzaba á unir en matrimonio á un Inca con la casa de Braganza para que reinase en Argentina, "el comisionado (ante el general brasilero) propondrá la coronación de un infante del Brasil en las Provincias Unidas, ó de otro cualquier infante extranjero, con tal que no sea de España." Se le añadía, en la mayor reserva que, en último caso, se reconociese como soberano de las Provincias Argentinas al emperador del Brasil, lo

para la producción de artículos de alimentación y sustento de su pueblo, que no tiene, al menos, disponibles; y 3.ª la necesidad de asegurar sus actuales territorios inmediatos á los afluentes del Plata, por la adquisición y posesión de los países propietarios de la parte inferior de esos ríos. Así el Bsasil, en su propensión histórica y tradicional á extender sus límites hasta el Plata y sus afluentes, cede á la fuerza de invencibles necesidades que interesan á su *población*, á su *subsistencia* y á su *seguridad*." J. B. ALBERDI: *Las disensiones de las repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil*, págs. 2-3; ed. de París, 1869.

(1) Respecto á las negociaciones de Argentina con Brasil, en solicitud de príncipe, consúltense los *Documentos* del ministro García, publicados por su hijo, D. Manuel Rafael García.—ZORRILLA DE SAN MARTÍN: *La epopeya de Artigas*, vol. II.—M. DE OLIVEIRA LIMA: *Don Joao VI no Brazil*.—AD. SALDÍAS: *La evolución republicana en la revolución argentina*.—CARLOS VILLANUEVA: *Bolívar y el general San Martín*. ¿Cuál era el plan de García? "Su plan—dice Villanueva—era asegurar la independencia de su país, bajo la forma monárquica, y protección de una Potencia extranjera, fuerte y estable como el Brasil." (Ob. cit., pág. 54.)

que equivalía á anexarse voluntariamente á la corona brasileña. El director Pueyrredón se opone á esta fórmula del Congreso, en cuanto al envío de mensajes y mensajeros diplomáticos á un general invasor; "pero termina aceptando el que se negocie la coronación de un príncipe de la casa de Braganza, ú otro príncipe extranjero, como monarca constitucional de las Provincias Unidas" (1).

El director Pueyrredón, jefe del Estado en 1817 y 1818, que ha fracasado (1817) en su intento de conseguir un príncipe del Brasil entabla, (1818) con anuencia y beneplácito San Martín, negociaciones para coronar al duque de Orleans. "Sólo un príncipe francés—dice Pueyrredón al coronel Le Moyne, comisionado de Francia—puede asegurar la felicidad de mi país." El duque de Orleans "nos conviene bajo todos respectos" (2).

El director Rondeau, jefe del Estado en 1819, y el Congreso de la nación se resuelven por el duque de Luca; y el Congreso, á instancias del Ejecutivo, decreta, el 13 de Noviembre de 1819: "*Estas Provincias reconocen por soberano al duque de Luca*" (3).

En estos planes de erección de un trono argentino no

---

(1) Zorrilla: ob. cit., II, 51.

(2) C. A. Villanueva: *Bolívar y el general San Martín*, páginas 115-116; y en general el cap: "El duque de Orleans", págs. 89-125.

(3) Véanse la comunicación del enviado diplomático argentino en Francia, D. Valentín Gómez *(París, 18 de Junio de 1819)*, al gobierno de Buenos Aires con la proposición respecto al duque de Luca para rey de Argentina; la nota del jefe del gobierno nacional, general Rondeau, al Congreso *(26 de Octubre de 1819)* excitando á este cuerpo á que con la mayor celeridad se ocupe en el asunto y "*no deje escapar ocasión tan favorable y de tan conocidas ventajas al país*". En sesiones secretas del Congreso *(27 de Octubre, 3 de Noviembre* y *12 de Noviembre de 1819)*, se considera el proyecto y se acepta. El Congreso decide celebrar un tratado con Francia para que llegue el monarca argentino en las mejores condiciones. Todo debe realizarse aprisa y en silencio "*porque no aborte el proyecto*" y "*para impedir las consecuencias funestas que ocasionarán, si llega á transpirarse prematuramente, las glosas malignas que sabrán darle los*

vemos directamente la mano de San Martín, como la veemos más tarde en el Perú. La razón es obvia. San Marín no tomó la iniciativa en ningún proyecto de alta política durante su figuración en Argentina, porque su puesto en la política del país fué siempre secundario, —no obscuro, secundario, es decir, no representó allí el primer papel nunca, ni fué árbitro de situaciones políticas,— aunque era cien veces más notable que los Saavedra, los Posadas, los Balcarce, los Alvarez Thomas, los Rivadavia y otros figurones de la política bonaerense. Pero, si no como propulsor único, estuvo San Martín asociado, como copartícipe á varios proyectos monarquistas, incluso al absurdo proyecto de coronar á un Inca del Perú. Respecto al monarquismo de San Martín, y á su asenso á que Argentina se constituyera en reino, escribe el biógrafo del héroe: "En cuanto al establecimiento de un sistema monárquico constitucional, San Martín no era antipático á él... Pensaba, como Belgrano, que faltaban elementos sociales y materiales para constituir una república... Así es que no estaba distante de aceptar la combinación de la restauración de la casa de los Incas" (1).

El apoyo que prestó San Martín al descabellado y grotesco proyecto del Inca parece increíble (2). Y parece increíble, aunque se piense que San Martín, según dice su

---

enemigos de la felicidad de nuestra patria." El Congreso, como se advierte, le temía al ridículo. Sin embargo, lo desafió. Termina por decretar, el 13 de Noviembre de 1819: «*Estas Provincias reconocerán por soberano al duque de Luca...*« No se podía exigir mayor celeridad. El director Rondeau quedaba complacido. Los documentos pertinentes, aquí mencionados, pueden consultarse en la obra de BLANCO-AZPURÚA: *Documentos para la hist. de la vida púb. del Lib.*, vol. VII, págs. 110-128.

(1) MITRE: *Historia de Belgrano*, vol. II, pág. 317.

(2) «Ya he dicho, escribe San Martín, gobernador de Cuyo, á un diputado de esta provincia—elegido bajo la influencia del gobernador—ya he dicho lo admirable que me parece el plan de un Inca á la cabeza: las ventajas son geométricas; pero por la patria les suplico no nos metan en una Regencia de varias personas: en el mo-

biógrafo, no fué un político,—que sí lo fué y muy astuto; lo que no era es estadista; — y aunque el biógrafo diga también, para explicar al héroe: "Los grandes hombres que han merecido bien de la humanidad, como Guillermo de Oranje y como Washington, no han brillado por su inteligencia ni por su ciencia..." (1).

Es tan complejo el embrollo de la política monarquista de los argentinos en aquella época, que á menudo encontramos los mismos nombres mezclados, casi á un tiempo, á distintas intrigas diplomáticas: Rivadavia, por ejemplo, trata de traer á Don Francisco de Paula; allí mismo ofrece la sumisión de las Provincias Argentinas á Fernando VII. Pueyrredón propicia la coronación de un príncipe brasilero; pues á poco solicita un príncipe francés. San Martín admite al Inca; pero también admite al duque de Orleans. Belgrano busca un infante de España; luego un Inca del Perú. Así todos. No hay uno solo entre los jefes del Estado rioplatense; uno solo entre los principales generales; uno solo entre los diplomáticos eminentes, cuyo nombre no se encuentre figurando en aquellos absurdos planes de monarquismo.

Ya hemos visto una serie de tentativas monárquicas, aunque quizás no completa, que va desde 1808 hasta 1820. En esas negociaciones han tomado parte los principales hombres del país.

En 1821, los personajes de Buenos Aires llegan más lejos. "No solamente estaban resueltos á volver á los proyectos de protectorado portugués ó inglés, ó de monarquías constitucionales brasileña, francesa ó española, sino que declaraban en un documento oficial, aunque de orden secreto *(algunos de los firmantes negaron más tarde la autenticidad de tal documento)* su resolución de

---

mento que pase de una sola, todo se paraliza y nos lleva el diablo. Al efecto, no hay más que variar el nombre de nuestro Director y queda un Regente; esto es lo seguro para que lleguemos á puerto de salvación.« MITRE: *Hist. de San Martín*, II, pág. 134.

(1) *Hist. de San Martín*, II, 41.

devolver las Provincias Unidas á la autoridad de Fernando VII. Este papel lo entregaron á los comisionados del gobierno constitucional español encargados de negociar en 1820 la paz con Buenos Aires. ¿Quiénes lo firmaban? Pues nada menos, y en primer término, que el gobernador de Buenos Aires, general D. Martín Rodríguez (1); D. Cornelio Saavedra, aquel mismo á quien quisieron coronar en 1810; el famoso general La Madrid; los legisladores Gascón y Alzaga; el Dr. Castro, del Alto Tribunal de Justicia, y otros miembros de la Logia Láutaro, bajo cuyos auspicios se había levantado San Martín" (2).

Difícil é innecesario citar todas estas tentativas que se fueron sucediendo, unas tras otras, á medida que iban fracasando las negociaciones. A veces simultaneábanse los trabajos en la corte de Río Janeiro y en las de Londres, Madrid ó París. Nadie aceptaba el trono ofrecido. La política de rivalidad entre las Cortes europeas, por una parte—como que cada país de Europa quería ejercer más influencia que los otros en los nuevos Estados de América—; por otra parte lo poco apetecible de aquel trono arriesgado, y últimamente, porque los pueblos de América no se manifestaban monarquistas, aunque los dirigentes, como en Argentina y en México, lo fuesen: he ahí algunas de las causas por qué no se erigió un trono en las provincias del Plata. Y si no son esas causas, podrán ser otras. En todo caso no dejó de erigirse por falta de ganas y esfuerzos de los dirigentes de Buenos Aires. De los dirigentes, no del país. Porque debe observarse que son, no sólo personajes de primera importancia, sino los jefes de la república—llamémosla así—los Directores Supremos, quienes sintiéndose incapaces de dirigir la revolución y encarrilar el Estado proponen con más empeño el advenimiento de reyes, es decir, de jefes de Estado ex-

(1) De quien Rivadavia era ministro é inspirador.

(2) C. A. VILLANUEVA: *Bolívar y el general San Martín*, páginas 199-200.

tranjeros, que se perpetuaran en su descendencia. Posadas en 1814; Alvear en 1815; Balcarce en 1816; Pueyrredón en 1817 y 1818; Rondeau en 1819; Manuel de Sarratea en 1820; Martín Rodríguez, gobernador de Buenos Aires, en 1821, todos los Directores Supremos, sin exceptuar á los que aquí no se mencionan, como Alvarez Thomas, todos fueron monarquistas, todos desconfiaron de la democracia, todos se creyeron incapaces de encarrilar el país hacia el orden y la libertad, todos solicitaron reyes ó protectorados extranjeros para su patria. Todavía en 1824 Rivadavia, ministro influyente, pacta con los españoles y estorba indirectamente, en la medida que puede, la campaña de Ayacucho, proponiéndose comprar la independencia con dinero. El incorregible ideólogo, siempre fuera de la realidad, ejecutaba, tal vez de buena fe, una obscura maniobra. Imaginábase que una metrópoli,—y una metrópoli como España,—cedería por cuatro pesetas sus derechos ó los que llama así y por los cuales se bate, á colonias á las que tiene probabilidades de seguir subyugando y explotando. En la ocasión aquellas probabilidades crecían con la actitud de Francia y el posible apoyo de la Santa Alianza á Fernando VII. Algunos historiadores de Buenos Aires disculpan, con todo, á Rivadavia, diciendo que deseaba obtener una victoria diplomática, "un Ayacucho incruento" (1).

(1) «En este terreno diplomático - escribe el delicioso historiador Mitre—, se encuentran por la primera vez, y no sería la última, la gran figura guerrera y política del Libertador de Colombia y el genio civil de D. Bernardino Rivadavia, la más alta personificación del liberalismo sudamericano en la época de la emancipación, según el consenso universal. El uno era el árbitro de cuatro grandes pueblos. El otro, el ministro constitucional *de una provincia*. Bolívar aspiraba á la corona de laurel del César americano. Rivadavia quería alcanzar, por una victoria incruenta, un Ayacucho diplomático como se ha dicho, la corona del libertador pacífico» (*Historia de San Martín*, 3.ª edición, vol. VI, pág. 163).

El ministro de la provincia de Buenos Aires—pues ya no existía el Estado argentino, después de la disolución de 1820—llegó, en medio de la anarquía y de la carencia de hombres superiores que caracteriza

En Argentina salvó á la revolución, primero, la imposibilidad de encontrar, en ninguna corte de Europa ni en Brasil, un príncipe que aceptara el trono argentino; luego, la democracia instintiva de las provincias; por último, el ejemplo de Colombia y el de Estados Unidos. En México, donde también hubo poderosos partidos monar-

ese período de la historia del Plata, á gobernador del país La gobernación duró poco. No pudo sostenerse en su posición de jefe nacional y fué derrocado por la anarquía. ¿Qué hizo desde el punto de vista constitucional este hombre de genio, «el genio civil de D. Bernardino Rivadavia», ya desvanecido el sueño de monarquizar á su país? Sarmiento, otro rivadaviano, va á decírnoslo:

"Rivadavia tenía por misión presentarnos el constitucionalísmo de Benjamín Constant con todas sus palabras huecas, sus decepciones y sus ridiculeces." (SARMIENTO: *Facundo*, 172.) Se presentó un día la realidad social, que se llamaba Juan Manuel Rosas, y cesaron, entre lágrimas, todas aquellas palabras huecas, todas aquellas decepciones, todas aquellas ridiculeces. Si la principal obra de Rivadavia en el terreno constitucional, olvidado ya su proyecto de entregar el país á Fernando VII, fué copiar á Benjamín Constant, ¿cuál fué en el terreno de la política práctica su principal obra? Suscitar y traer la dictadura de Rosas. San Martín le marcó la frente con un hierro encendido llamándolos á él y sus amigos *grupo de malvados*. "Rivadavia y sus satélites han hecho inmensos males no sólo á la Argentina, sino á toda América, por su infernal conducta". SAN MARTÍN: *Su correspondencia (1823-1850)* pág. 19, ed. Madrid, 1910.

Por lo demás, en cuanto "estadista" y "reformador", Rivadavia no hizo sino decretar ó poner por obra, en su provincia, lo que habían hecho antes, en sus respectivos pueblos, otros gobernantes americanos, principalmente los de Venezuela y la Gran Colombia. En cuanto diplomático exclusivamente, queda un retrato maravilloso de este personaje de chocolate, en la época en que solicitaba en Europa reyes para la Argentina ó bien ofrecía el vasallaje de las Provincias Unidas á nuestro señor don Fernando VII. Ese retrato á pluma se debe á Antonio José de Irrisari, hijo de Guatemala, diplomático al servicio de Chile, uno de los hombres civiles más talentosos de la revolución americana, ya como diplomático, ya como escritor. Irrisari dejó una obra fundamental: su historia del asesinato de Sucre.

He aquí el retrato que se encuentra en una carta de Irrisari al general O'Higgins, escrita en Londres el 14 de Mayo de 1820:

«El señor Rivadavia hace seis largos años que está en Europa y sólo ha aprendido á hablar y escribir un idioma, que ni es español, ni francés, ni inglés, ni cosa inteligible. Cuando hace mayor empeño en

quistas,—como los hubo, aunque en menor escala, en Chile,—no triunfó á la postre la independencia, salida de manos de demagogos curas rurales y de hordas estúpidas de indígenas, sino con el apoyo del alto clero y las oligarquías plutocráticas. Y en México se llegó—porque había un

explicarse bien, entonces es cuando se vuelve más confuso y más obscuro. Después de haberle oído medio día es necesario preguntarle ¿qué es lo que ha querido decir? Es hombre que concibe las cosas de un modo muy raro, que las dice de un modo rarísimo, que es en extremo perezoso, que se tiene por un político consumado, y que sólo puede tenerse por un consumadísimo impolítico. Cuando habla de los embajadores y ministros europeos, los pinta como unos necios de primera marca y cree que todos ellos ganarían mucho con saber lo que él sabe. Tiene cuatro frases favoritas, que aprendió en algún libro que por casualidad leyó, y son: *estar al nivel de las luces del siglo, el serpenteo de la política, el filosofismo del tiempo* y *la imbecilidad de los europeos*. No hay conversación, por trivial que sea, ni por corta, en la que no repita diez veces estas palabras, creyendo que con esto se recomienda como un orador eminente. Su pereza le hace no visitar á nadie, ni dar un paso en favor de los negocios que tiene á su cargo. Hasta ahora jamás ha visto á este ministro, ni ha procurado verlo. Nunca ha tenido la tentación de hacer conocimiento con los personajes que pudieran abrirle el camino de las negociaciones; y cuando yo le propuse introducirle al duque de Sussex, me contestó que no creía pudiera servirle de algo este señor. Con todo esto, convidé á comer al secretario de su Alteza Real y al mismo Rivadavia, con el objeto de que se conociesen en mi casa, y que así tuviese este hombre la facilidad de dirigirse á él cuando lo necesitase; pero entró en la mesa á sostener conversaciones tan pueriles y á defender sus opiniones con tan poca finura y cortesía, que aquel caballero quedó muy disgustado de él, y me preguntó después si eran del mismo temple los demás personajes de Buenos Aires. Después de esto fué introducido por una persona que conocía al célebre Bentham, á la casa de este sabio, y en la primera visita riñó con él, porque no se conformaban mucho sus principios políticos. Después fué llevado por los Enviados de Venezuela á comer á casa del Lord Calthoope, y en la mesa misma, el primer día del conocimiento, usó de la misma grosería de que había usado en casa de Bentham. Dígame usted ahora ¿qué se debe esperar de unos Enviados como estos? Lo cierto del caso es que si yo no lo hubiera convidado á entrar en el proyecto del empréstito, y no se lo doy todo trabajado, ni aun en esto hubiera servido á su Gobierno". (Tomado de la *Revista Chilena de historia y geografía*, de Santiago de Chile, 2.° trimestre de 1911.)

hombre sin escrúpulos, sin ideales republicanos, pero con la confianza del ejército nacional—á lo que no se llegó en la Argentina, donde la rivalidad de los caudillos era extrema y ninguno de éstos dominaba sobre los otros: al establecimiento de un imperio, el imperio criollo de Iturbide. Sólo la revolución de Colombia, en medio de la revolución global de Hispano-América, fué esencialmente republicana y democrática. Sólo Bolívar fundó repúblicas. Sólo él, en cuanto creador de Estados, impuso conciente y deliberadamente la legislación y las fórmulas republicanas. También hizo cuanto pudo, hasta conminando, para que no se monarquizasen los Estados vecinos (1). Puede afirmarse á boca llena que por Bolívar y por la revolución de Colombia, triunfó concientemente la República en América Latina.

El monarquismo de los políticos rioplatenses no estaba, repítase, en el corazón de la nación, por lo menos en el corazón de algunos de sus caudillos como Artigas, Ramírez, etc.—porque el pueblo, en rigor, no sabía de formas constitucionales, aunque sí era, como era en México y como era en los demás pueblos de América, instintivamente democrático.

XI.—Otros caracteres diferenciales de la revolución del Sur.

Es también peculiar á la revolución del Sur el haberle faltado el aspecto de guerra internacional que tuvo, tan marcadamente, la revolución de los países que constituyeron la Gran Colombia. Como no concurrieron á los pue-

(1) Véanse las instrucciones dadas al coronel Diego Ibarra, comisionado cerca del general San Martín, cuando se conocieron las conferencias de Punchauca entre San Martín y el virrey, en las cuales propuso San Martín ir á España personalmente, en busca de un príncipe para Perú, Chile y Argentina. (MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY: *Documentos*, vol. XVIII, pág. 497.)

blos del Sur tropas ni escuadras europeas en número apreciable, ni hubo bandera nacional hasta muy tarde porque se tenía como propia la española (1), ni se proclamó la independencia absoluta hasta 1816 en Argentina, y en Chile hasta 1.° de Enero de 1818 (2), el aspecto de lucha internacional, de lucha entre dos naciones con bandera, ejércitos, ideales é intereses distintos, no asumió allí el aspecto que en otros países.

En Gran Colombia, por ejemplo, soldados de América se batían contra soldados de Europa; la bandera amarilla, azul y roja, la bandera de Venezuela, la primera bandera, cronológicamente, de la América Latina, la bandera inventada por Miranda, y traída por él á Tierra Firme—desde sus primeras invasiones revolucionarias en 1806—, se alzaba como símbolo de la patria contra la bandera roja y gualda de España; la república se ponía enfrente de la monarquía como ideal político de un pueblo contra el ideal político de otro pueblo, y la independencia, proclamada oficialmente en Caracas desde el 5 de Julio de 1811, representaba intereses políticos y económicos irreconciliables con la unidad del antiguo imperio español.

No hubo en el Sur tampoco, salvo en Chile, caudillos europeos que levantasen las ignaras masas de campesi-

(1) Véase el oficio de Belgrano al Excmo. Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata sobre la fiesta de la bandera: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. III, págs. 673-674 ed. Caracas, 1876. Véase también el oficio del Gobierno de Buenos Aires (27 de Junio de 1812) al general Belgrano remitiéndole una bandera española y censurándole el que levantase en el ejército la bandera que iba á ser, andando el tiempo, la nacional. (Carlos Calvo: *Anales históricos de la revolución de la América Latina, acompañados de los documentos en su apoyo*, vol. II, págs. 27-31; ed. París, 1864.)

(2) La proclamación de independencia de Chile no se decretó por un Congreso, porque no lo había, ni el gobierno creía conveniente que lo hubiese, sino por el Director O'Higgins y sus tres ministros de Estado.—(*Véase la declaratoria en Documentos para la historia del Libertador*, vol. VI, págs. 238-239.)

nos del país. En Chile mismo fueron cortos en número, circunscritos á una región, y no tuvieron ni la influencia, ni la eficacia, ni el genio guerrero, ni la crueldad fabulosa de los Boves y Morales del Norte. En las Provincias Unidas, hoy Argentina, no los hubo. Esta carencia de caudillos españoles restaría carácter dramático á la revolución argentina, si no se lo hubieran impreso, compensando aquella falta, los caudillos feudales de las Provincias y la guerra civil.

Por último, la anarquía indeclinable y sin término que llega hasta la disolución del Estado en 1820 y sólo concluye con la monocracia sangrienta de Rosas en 1829, es otro sello característico, el más trascendental, de la revolución argentina. Esa anarquía fué espontánea, como la anarquía de Venezuela en 1817 y la de Perú en 1823. No sólo no existe, como en Perú y en Venezuela, el brazo fuerte que la ahogue, sino que los dirigentes, en más de una ocasión, la provocan en vez de sofrenarla.

Obsérvase en la mayoría de los repúblicos argentinos de aquella época absoluto desconocimiento ó absoluto desdén de las realidades sociales. Hombres patriotas y eminentes por muchos conceptos, iban sin brújula al través de la revolución dejándose impulsar por ella en vez de dirigirla, y, á menudo, oponiéndose á ella para ser por ella arrollados. Unas veces los dirigentes de Buenos Aires fueron factores de anarquía por querer contrariar el espíritu espontáneamente democrático del país con su estrecha é inflexible oligarquía y sus proyectos monarquistas. Otras veces lo fueron por acalorar el absorbente espíritu de centralismo—económico, político y militar—de la capital sobre las provincias (1); otras, por tener fijos los ojos, ajenos á todo estudio ó análisis del medio, en fórmulas políticas de ajenas sociedades—fórmulas exce-

(1) Un célebre escritor argentino, en un libro célebre pregunta: «¿Pudo prever *(sic)* Dorrego y su partido que las provincias vendrían un día á castigar á Buenos Aires por haber negado su influencia civilizadora y que á fuerza de despreciar su atraso y su barbarie, ese atra-

lentes quizás en sí, pero que eran vestidos pésimos para el cuerpo social argentino (1).

No deben desconocerse, sin embargo, sino darles toda su importancia, que es máxima, en cuanto factores de anarquía, á múltiples circunstancias externas, independientes, en aquella ocasión, de la voluntad ó previsión de los hombres, como geografía, raza, barbarie de los campos, etc.

XII.—Anarquía argentina: la carencia del héroe.

Además del problema de régimen ó institucional, surgieron, ligados ó no con él, otros problemas en el país—como el pleito entre Buenos Aires, la ciudad imperial y las provincias mediterráneas que dependen económicamente y fatalmente de esta ciudad, su puerto y su provincia. La anarquía apareció como aparece en casi todas las colonias americanas—, donde razas superpuestas, sin educación política, viendo roto el freno de hierro de una dominación secular, y comprendiéndose factores en una vasta revolución, dan rienda á instintos y fuerzas anárquicos.

En Argentina se agravaba la anarquía por tres razones: 1.ª, el centralismo político y económico que quiere ejercer Buenos Aires sobre las Provincias; 2.ª, la divergencia entre el pueblo, espontáneamente democrático, si

so y esa barbarie habían de penetrar en las calles de Buenos Aires, establecerse allí y sentar sus reales en el fuerte?» (D. F. SARMIENTO: *Facundo*, págs. 175-176, ed. Ed.-Am.)—Póngase el nombre de un unitario en vez del de un federal,—Posadas, ó Pueyrredón ó Rivadavia en donde dice Dorrego,—y esa consideración de Sarmiento sobre una verdad histórica evidente tendría más justicia y más fuerza.

(1) Véase lo que dice D. F. SARMIENTO sobre la política de Rivadavia: *Facundo*, 172; ed. Ed.-Am.

no republicano, y los oligarcas dirigentes, buscadores de príncipes á quien entregar el país (1); y 3.ª, porque no aparece en aquella revuelta sociedad, que no puede dar de por sí normas de sosiego ni ocuparse en el comedido ejercicio de la libertad, un espíritu ó un brazo superior que imponga el orden (2).

La anarquía, que no es un caso único de Argentina, sino síntoma del propio mal que aquejó á México, á Centro-América, á Venezuela, á Nueva Granada, á Perú, á Chile, agravado allí por razones y problemas locales, fué en la Argentina de una agudeza máxima (3). Y este carácter caótico, esta anarquía constante es, como se ha indicado, otro sello peculiar en la revolución de las Provincias del Plata. No hubo nadie que pudiese enfrenarla

---

(1) De uno de los cien proyectos monárquicos que divorciaban al gobierno con la opinión,—el de 1819, según el cual se decretó por e Congreso la aceptación del duque de Luca como rey argentino,—dice Mitre: «El hecho evidente de que el sistema monárquico contrariaba la opinión pública y embravecía más la resistencia de las masas; la circunstancia de que el proyecto era incompatible con la constitución republicana recientemente jurada, todo contribuía á dar ante el país á estas maniobras tenebrosas el carácter de la traición. El Congreso, sin embargo, aprobó el proyecto *(el proyecto de monarquía presentado por el mismo jefe del Estado, el general Rondeau)*, en los términos que antes se dijo. Aunque la discusión tuvo lugar en sesiones secretas, el misterio traspiró, y abultados los hechos por la pasión á la vez que exaltado el espíritu público, la alarma cundió por todas partes, perdiendo así el gobierno central el apoyo de la opinión pública, que lo abandonó para siempre.» MITRE: *Historia de Belgrano*, vol. IV, pág. 95, edición de Buenos Aires, 1902.

(2) No vino á encontrar el país este brazo fuerte—ya que no el espíritu superior—hasta 1829: el brazo de Rosas; el tirano, si bien ahogó la anarquía y, en cierto modo, unificó ó federó el país, antes disuelto en provincias rivales ó enemigas, ahogó también á la Nación bajo su monocracia de hierro que destila sangre.

(3) El ilustre patriota argentino general Paz lo observó ya. «Por más que se diga que los vicios y las pasiones son de todos los pueblos y de todas las edades, es indudable que en ninguna parte de América (como en la sociedad argentina) han producido tan pronunciados y tan terribles estragos. (*Memorias Póstumas*, páginas 245-246.)

como la enfrenó Napoleón en Francia y Bolívar en varios países de América, mientras duró la guerra de independencia.

Como no tenían enemigos extranjeros contra quien combatir, los argentinos,—ó bien salieron á asegurar la independencia patria fuera de las fronteras, ó bien, dentro del territorio nacional, luchaban unos con otros. Esta inquietud denota viva fuerza por un lado y por otro incapacidad. Las revoluciones no son escuelas de orden ni de civismo; pero cuando los hombres se orientan hacia un alto ideal, cuando el prestigio de un nombre glorioso se sobrepone ó cuando el espíritu de sacrificio triunfa de desordenados apetitos y acomodamientos con las circunstancias, el propósito colectivo, si existe, sale ileso y avante.

Desde el amanecer mismo de la revolución, empieza el caos anárquico que no tendrá fin, puede decirse, sino mucho después de Ayacucho, con la imposición del tirano Rosas.

La primera Junta, la Junta de 1810, ostenta ya en su seno el germen fatal y se combaten en ella Saavedra y los conservadores contra los radicales capitaneados por Moreno, verdadero revolucionario á estilo, en cierto modo, de los revolucionarios de Venezuela (1). El 6 de Abril de 1811 un motín de elementos conservadores impone á Saavedra en el mando superior de las tropas y los opositores son desterrados. Poco iba á durarle su jefatura á este solemne y efímero personaje (2). Parte Saave-

(1) Compárese la proposición de Moreno para hacer la guerra á los europeos con la del venezolano Antonio Nicolás Briceño: es el mismo espíritu de jacobinismo terrorista.

(2) A Saavedra, en los comienzos de la revolución, pensaron algunos hasta en coronarlo. Lo que valía como político lo probó pasando su vida durante el resto de la revolución obscuramente. Lo que valía como militar lo dice Belgrano: "El jefe de las armas, que era D. Cornelio Saavedra, no sabía lo que era milicia, y así creyó que el soldado sería mejor dejándolo hacer su gusto". (General Manuel Belgrano: *Expedición al Paraguay*, página 13, inserta al frente de las *Memorias Póstumas del general José María Paz*, ed. Editorial-América, Madrid, 1916.)

Tampoco era mucho más militar que Saavedra el general Belgrano:

dra á cohonestar la derrota de los patriotas argentinos por las tropas del Virrey del Perú, al mando del peruano Goyeneche, en Huaqui: apenas llega á San Juan, todavía bien distante del término de su viaje militar, ya es prisionero de los revolucionarios que deja á las espaldas.

A la Junta presidida por Saavedra la sucede, por manera revoltosa, un triunvirato (23 de Septiembre 1811). Este triunvirato, imitación de la trimurti consular de Francia, abre proceso contra los amotinados del 6 de Abril; se persigue á los copartícipes y beneficiados del movimiento, desde Saavedra hasta el doctor Campana.

Ya en este proceso aparece el siniestro y brillante

"Todos mis paisanos—dice con razón y con modestia—y muchos habitantes de la España, saben que mi carrera fué la de los estudios, y que concluídos éstos, debí á Carlos IV que me nombrase secretario del Consulado de Buenos Aires en su creación; por consiguiente, mi aplicación, poca ó mucha, nunca se dirigió á lo militar, y si en el año 96 (1796) el virrey Melo me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas de la misma capital, más bien lo recibí como para tener un vestido más que ponerme que para tomar conocimientos en semejante carrera". —*Fragmento de memoria sobre la batalla de Tucumán (1812).*

Belgrano se improvisó, pues, militar como innúmeros caudillos de la independencia americana; lo raro en él no es eso, sino la absoluta carencia, en un militar, de dotes militares, carencia que él mismo reconoce. Belgrano, con todo, vale cien veces más que Saavedra. Belgrano—que, si era malo como soldado, era pésimo como político—prestó muchos y buenos servicios á su patria, hasta como militar, ya que, por patriotismo, se aventuró á aceptar mando de ejércitos, dió y ganó batallas. El inglés general Miller, en sus *Memorias*, dice de Belgrano: «Belgrano desplegó mucho ardor, pero poca capacidad militar; ni tenía serenidad de ánimo ni la robustez necesaria para aguantar las fatigas de una campaña activa y trabajosa. Sin embargo, se aplicó con esmero al estudio de la táctica de las diferentes armas, y estableció una estricta disciplina; era muy sobrio é incansable en el cumplimiento de sus obligaciones, pero carecía de la experiencia y del tacto militar necesario para ser un buen oficial general.» (I, 112.)

Lo admirable en Belgrano es la hombría de bien, el patriotismo, la abnegación, el candor, la nobleza ingénita de su carácter. Hace sonreir cuando propone al Congreso en 1816 que se corone como rey de la Argentina á un Inca del Perú; choca su propuesta á la Corte de Ma-

Monteagudo, á quien se encuentra luego en célebres procesos políticos donde haya destierros que imponer ó sangre que derramar. En el proceso contra Alzaga, poco después, que llevó al patíbulo á 38 españoles contrarrevolucionarios, aparece, aunque en la sombra, otro personaje de Buenos Aires, el presuntuoso é ímprobo mulato Rivadavia, que se ensaña contra unos infelices porque quieren el imperio español, cuando él mismo no tardará en ir á España á arrodillarse ante Carlos IV y á ofrecerle pensiones á Godoy y á María Luisa si consienten en que un príncipe español vaya á hacer la felicidad de los argentinos (1).

El 25 de Mayo de 1812 llegan Alvear y San Martín de Europa á Buenos Aires, y ya el 8 de Octubre, valiéndose de las fuerzas que el gobierno ha puesto en sus manos, hacen á ese gobierno una revolución, deponen al triunvirato y obligan á que sea nombrado, bajo su influencia, un triunvirato nuevo (2).

La revolución argentina no demuestra, en la mayoría de sus autores, ni carácter republicano ni siquiera franco carácter de revolución en el sentido de que el país asuma legalmente la soberanía nacional que de hecho ejerce. El 31 de Enero de 1813 abre sus sesiones un Congreso que nombra presidente á Alvear: el Congreso no se

drid, suscrita en asocio de Rivadavia, para someter el país á un rey español; pero, así y todo—puesto que sus errores provenían de la inteligencia y nunca del corazón—, es necesario remontarse hasta el mariscal Sucre para encontrar en la revolución americana un hombre de tanta abnegación y tanta altura moral. Todos los americanos debemos pagarle tributo de respeto á este varón ejemplar, dechado de buenos ciudadanos.

(1) Los documentos en CARLOS CALVO: *Anales de la revolución de la América Latina*, vol. II, págs. 289-291 ed. París, 1864.

(2) Para estas primeras andanzas de la revolución argentina, véase GERVASIO ANTONIO POSADAS: *Memorias*, págs. 4-21.—En 1829 redacta Posadas sus *Memorias*, y escribe en esa fecha lo siguiente: "La revolución sigue, como la veis, sin orden, sin método, sin una autoridad bien constituída, sin una buena y sólida administración de justicia, sin legislación y sin cosa alguna de fundamento« (pág. 91).

atreve á declarar la independencia. El general Belgrano, cuyo ejército carece de bandera, levanta una bandera azul y blanca: la bandera argentina. El Gobierno niega la conveniencia de poseer bandera nacional y desautoriza á Belgrano, oficiándole que enarbolase de nuevo la bandera roja y gualda de los conquistadores, á cuyo efecto le remite un pabellón español. Casi todos los revolucionarios argentinos aplaudieron la acción del Gobierno (1).

No terminó el año de 1813 sin que se creyese necesario cambiar nuevamente de Gobierno. Sustitúyese el triunvirato ejecutivo con un Director Supremo de las Provincias Unidas; y en Enero de 1814 se escoge para el cargo á un tío de Alvear, D. Gervasio Antonio Posadas, auxiliado por nueve asesores (2).

(1) El gobierno de Buenos Aires ofició á Belgrano: «La situación presente, como el orden y consecuencia de principios á que estamos ligados, exige por nuestra parte, en materias de la primera entidad del Estado, que nos conduzcamos con la mayor circunspección y medida; por eso es que las demostraciones con que inflamó V. S. á las tropas de su mando, esto es, enarbolando la bandera blanca y celeste, como indicante de que debe ser nuestra divisa sucesiva, las cree este gobierno de una influencia capaz de destruir los fundamentos con que se justifican nuestras operaciones y las protestas que hemos enunciado con tanta repetición, y que en nuestras comunicaciones exteriores constituyen las principales máximas políticas que hemos adoptado. Con presencia de esto y de todo lo demás que se tiene presente en este grave asunto, ha dispuesto este gobierno que, sujetando V. S. sus conceptos á las miras que reglan las determinaciones con que él se conduce, haga pasar como un rasgo de entusiasmo el suceso de la bandera blanca y celeste enarbolándola, *ocultándola disimuladamente y sustituyéndola con la que se le envía*, que es la que hasta ahora se usa en esta Fortaleza y que hace el centro del Estado...» (CALVO: *Anales, II, 27-29.)* Mitre, al comentar el anterior documento, tan curioso por su espíritu como por su redacción, y en el cual se descubren el pensamiento y la pluma de Rivadavia, dice que la severa reprobación del gobierno á Belgrano «fué merecida ante el juicio de sus contemporáneos». *(Belgrano*, II, 37.)

(2) Véanse las *Memorias* de Posadas.—Del tiempo de su gobierno, en asocio de dos colegas, dice Posadas:... "El Estado no tenía ni fuerza respetable, ni energía, ni moneda, sin cuyos elementos no se puede gobernar... Así separados, como andando los tres juntos por las

Alvear, tras de las bambalinas, es quien gobierna ó inspira el gobierno. La rivalidad se ha establecido entre San Martín y Alvear. El triunfo, aunque efímero, de éste, amosca á San Martín, que se comprende y es superior á su rival. Aparte, el encuentro de ambiciones, la petulancia del uno mal se avenía con la gravedad del otro. Había entre ellos más que rivalidades de oficio, incompatibilidad psicológica. San Martín resuelve pedir al gobierno de Buenos Aires un modesto y distante empleo: la intendencia de Cuyo. La pide alegando motivos de salud; pero con la idea de formarse allí, en aquel alejamiento, como se formó, un ejército, es decir, un instrumento relativamente poderoso de dominio y de guerra con que imponerse y realizar su obra patriótica (1).

Alvear, por el momento, adquiere más preponderancia que San Martín en la logia y en la política argentina; luego se corona con los laureles de la toma de Montevideo. Allí se malpone con Artigas, caudillo épico del Uruguay.

No sólo es Artigas uno de los más heroicos gauchos de ambas márgenes del Plata, sino el de más garra leonina y autoridad caudiliesca. Quiere para su patria uruguaya la independencia de España y también la independencia de Buenos Aires. Es, además, demócrata, republicano. Doble razón, pues, para enemistarse á muerte, como se enemistó, con el gobierno oligarca y monárquico de la imperialista Buenos Aires.

Buenos Aires, al reconquistar á Montevideo, deja allí como gobernante al general argentino Soler, que no aguantará, sin caer, los zarpazos de Artigas. "Artigas hizo á este general una guerra tan activa – escribe un contemporáneo—que le obligó á evacuar la plaza, de la cual

---

calles *(los triunviros, jefes del Estado)*, recibimos desaires de bulto y desatenciones" (pág. 22).

(1) "Don José de San Martín, refiere Posadas, me había pedido (el puesto de intendente en Cuyo) para el restablecimiento de su salud"... (pág. 41).

se apoderó inmediatamente" (1). El duelo á muerte se entabló entre la ciudad y el caudillo, entre Buenos Aires y Artigas. "La locura, por no decir otra cosa, de Posadas y del gobierno que luego lo sucedió, en declarar á Artigas desertor, y fijar precio por su cabeza, produjeron un aborrecimiento eterno y, por consiguiente, hicieron inútiles cuantos pasos dieron desde aquella época para reducir á Artigas á someterse al gobierno de Buenos Aires" (2).

El Gobierno de Posadas duró poco. Al año cayó (el 9 de Enero de 1815).

Alvear se encarga del poder. Presidente de la Logia Láutaro, presidente de la Asamblea Legislativa, expugnador de Montevideo, árbitro del Gobierno en tiempo de Posadas, jefe luego del Estado, aquel joven que aún no tenía veintisiete años, hijo de una de las principales familias del país, conversador, fastuoso, inteligente, valiente, de gentilísima prestancia, con una ambición y una inquietud inmensas, era entonces el más brillante de los guerreros y personajes argentinos. Dueño del Gobierno, resolvió destituir á San Martín de la intendencia de Cuyo; pero San Martín, ya fuerte en su provincia, se insurgió contra el mandato é hizo salir de Cuyo, con cajas destempladas y amenazas enérgicas, al comisionado del Gobierno.

El gobierno de Alvear sólo duró tres meses (Enero-Abril 1815).

El ejército del general Rondeau, del cual salió á encargarse Alvear, se negó, con Rondeau á la cabeza, á recibirlo y obedecerlo, á pesar de ser Alvear el jefe del Estado. Cuando se habla de jefe del Estado en la Argentina de entonces se comete, en rigor, un error: no había tal Estado. La anarquía era la única señora reinante, y el jefe del Estado era sólo á veces jefe de Buenos Aires, y cuando más de Buenos Aires y su provincia.

(1) *Memorias del general Miller*, vol. I, pág. 109. Trad. esp. del general Torrijos. Ed.-Am. Madrid, 1918.

(2) *Ibidem*. I, 109.

No siempre los jefes de ejército obedecen al gobierno, como hemos visto en el caso de Rondeau y en el caso de San Martín. Otras veces los militares traicionan al gobierno: Alvear envía, por ejemplo, contra Artigas, al frente de una tropa, al coronel Alvarez Thomas, y este jefe, de acuerdo con los tres jefes de fuerzas más respetables, Rondeau, San Martín, y el propio Artigas, se pronuncia contra el gobierno que lo nombra y exige que ese gobierno caiga. San Martín se vengaba de su rival; Artigas, de Buenos Aires. Alvear tuvo que acogerse á bordo de una fragata inglesa y ausentarse para Río Janeiro (Abril de 1815) (1).

El general Rondeau, jefe del ejército del Norte, es nombrado Director Supremo, y como suplente se encarga del gobierno el coronel Alvarez Thomas, el jefe traidor á Alvear. Rondeau, derrotado en Viluma (el 28 de Noviembre de 1815) por las tropas peruanas, enviadas por el virrey, perdió el ejército y el prestigio. Se nombra á Belgrano para reemplazarlo al frente de las tropas: un motín de los subalternos depuso é hizo preso á Belgrano.

En cuanto á Alvarez Thomas, no dura mucho en su cargo de Director Supremo interino: no lo reemplaza Rondeau, inhabilitado para el gobierno por la derrota; lo reemplaza violentamente un Director Supremo "provisorio", como si todos no hubieran sido bien provisorios: el general González Balcarce. A su turno cae González Balcarce que, fiel á su título de *provisorio*, dura lo que un relámpago.

Estos que pasan velozmente, como en carrera de caballo, son los jefes, por lo menos en nombre, del país; los

(1) Un historiador argentino, V. F. López, pinta á Alvarez Thomas como personaje por extremo ridículo: "No tenía—dice—méritos para ocupar el poder que había usurpado... Su voz era de tiple... mujeril, sin ser afeminado. Esto había servido de pretexto para que le pusiesen un apodo apropiadísimo, pero sumamente desfavorable, con que era conocido en todo el ejército, y que era lo más antimilitar que pudiera imaginarse".

Directores Supremos, cuya supremacía es efímera y no más dilatada en el espacio que en el tiempo.

La lucha entre Buenos Aires y las provincias sigue sin tregua. Es, al propio tiempo, lucha de intereses políticos y de carácter económico. El prototipo de los centralistas ó unitarios es el intransigente Rivadavia. ¿En qué consistía el centralismo para hombres del tipo de Rivadavia? *"Para Rivadavia capital de la nación era esto: una oligarquía dominada por él y las llaves de una Aduana en el bolsillo"* (1).

"La desunión *(entre Buenos Aires y las Provincias)* fué obra de los hombres cultos, que se anticiparon á los caudillos en el separatismo. Y fué obra de los gobiernos llamados nacionales tanto como de los caudillos. La *civilización* de Buenos Aires era tan enemiga de la unidad como el mismo Artigas, *el patriarca de la anarquía.* El centro más civilizado del país, la metrópoli de su poder, la residencia tradicional de su gobierno nacional, como dice Lamas, tenía la misma incapacidad que cualquiera otra ciudad, y su provincia la misma incapacidad que cualquiera otra provincia para dar un gobierno á la nación" (2).

Las provincias proclaman *de facto* la federación contra el absorbente centralismo económico, político y militar de Buenos Aires. Con una particularidad: que en este caso argentino, federarse no equivale á unirse, equivale á divorciarse. Cada provincia tiene un caudillo que no reconoce por jefe sino á éste, y éste, á su vez, no reconoce al gobierno central. Guemes era en Salta, de hecho, independiente de Buenos Aires, como lo era San Martín en Cuyo. Córdoba, Santiago, Catamarca y Rioja

---

(1) Carlos Pereyra: *El pensamiento político de Alberdi,* páginas 131-132, ed. Ed.-Am. Madrid. Cuando se pensó, á la postre, en unificar los intereses nacionales, después de la disolución del Estado en 1820, todavía, dice Pereyra, «la unión de Rivadavia encerraba el propósito insano de oprimir y anular» (pág. 129).

(2) *Ibidem,* 123-124.

no obedecen sino á sus respectivos caudillos. El más notable de estos hombres, como general y hombre civilizado, era San Martín; el más notable como caudillo, José Artigas, quien no sólo era reconocido como jefe por su pueblo del Uruguay, sino que unía bajo su autoridad de hombre de presa á varios caudillos secundarios; y así era jefe de Uruguay, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. Por lo demás, no tardará el día en que uno de esos caudillos subalternos, Ramírez, lo desconozca y se levante contra él. Porque el caos impera. Esferas minúsculas de acción se limitan unas á otras. No aparece el hombre superior que aúne voluntades y domine multitudes; el creador de ideales, el constructor, el héroe carlyleano, el superhombre de Nietzsche. La hidra alza sus cien cabezas. Hércules no surge en el horizonte. La guerra civil, la anarquía espontánea va haciéndose estado normal (1).

XIII.—Anarquía argentina: la disolución del Estado.

El 24 de Marzo de 1816 se reune en Tucumán un Congreso convocado por aquel transitorio coronel Alvarez

(1) El publicista argentino Don Francisco Ramos Mejía, estudiando en 1887 la evolución política de su patria, expone, con el mayor acierto, lo que sigue: «Al fin, hemos acabado por completar el programa de nuestra revolución organizándonos según nuestra predisposición orgánica bajo el sistema federal; pero nos cuesta medio siglo de oprobio, de calamidades y estériles esfuerzos, medio siglo de desolación y de ruinas que habríamos evitado si el hombre de 1862 hubiera aparecido en los cincuenta años anteriores. *Sed ita, diis placuit:* La República Argentina poco había variado en aptitudes y en recursos desde 1810-20 á 1862, y si en esta época pudo mal que mal organizarse federalmente, bien pudo hacerlo en aquélla si hubiera aparecido el hombre de las circunstancias, que dominando la situación con su prestigio y con sus talentos políticos, redujera los elementos discordantes á una fórmula común más ó menos orgánica.

Pero el hombre no apareció y ninguno de nuestros políticos estuvo

Thomas del pronunciamiento contra Alvear, á quien sus colegas del pronunciamiento imponen esa convocatoria. El gobierno de Alvarez Thomas es frágil, porque no saca fuerza ni inspiraciones de sí mismo. Sus propios cómplices del cuartelazo contra Alvear le escatiman franco apoyo. "Salta, por boca de Güemes; y Mendoza, por influjo de San Martín nada menos, y á pesar de su complicidad revolucionaria, interpusieron inquietantes reparos para reconocer el nuevo régimen" (1). Era natural que San Martín creyese que en sus propias manos, ó en manos de cualquier otro, estaba mejor el gobierno del país.

Este Congreso que se convoca por el nuevo Director Alvarez, y cuyos diputados son elegidos en algunas provincias, como en Salta, al grito de *"mueran los porteños"*, es el Congreso que proclama la independencia nacional. Pero tan poca fe tenían ciertos políticos argentinos en la independencia y la república; es decir, la anarquía imperaba á tal punto en las ideas y en las acciones, que ese mismo congreso que declara la independencia se inclina, con la sola excepción del diputado Oro—un clérigo—á la fórmula monárquica (2).

á la altura de las circunstancias, ni tuvo el prestigio requerido, ni se dió cuenta de la naturaleza íntima de ese movimiento que tanto horror les inspiró. Rivadavia, el político de la Revolución, muerto Moreno, era, como dice el doctor López, un temperamento eminentemente monárquico, que no pudo sacudir las preocupaciones de su espíritu y que cuando él se convenció de la imposibilidad de constituir una monarquía argentina, no concibió otra forma de gobierno que el unitarismo más concentrado. El único hombre que por su prestigio habría podido organizar la República fué San Martín. Pero sus ideas políticas, que adolecían del mismo defecto que las de Rivadavia, lo habrían esterilizado igualmente en la empresa, si menos preocupado de su idea culminante se hubiera cuidado más de la organización política de su patria.»—FRANCISCO RAMOS MEJÍA: *El Federalismo argentino*, páginas 325-326 ed. de Buenos Aires, 1915.

(1) *Documentos para la historia argentina*, vol. VIII. Introducción por CARLOS CORREA LUNA, pág. L, ed. Bs.-Aires, 1917.

(2) "Yo no he venido aquí—expuso el diputado Oro—para uncir el pueblo al yugo de otro soberano; quiero un pueblo completamente

Hasta se inclina á planes liberticidas con el Trono español (1).

Además, ese Congreso se entera, sin protestar, de que los políticos de Buenos Aires, por medio del agente diplomático en Río Janeiro, Sr. García, provocan y aceptan la invasión del Brasil al Uruguay, en odio á Artigas, y prefiriendo que el Brasil se posesione del Uruguay antes que el Uruguay sea independizado por Artigas de España y de Buenos Aires (2). Por último, ese Congreso

---

libre.» Otro diputado, Anchorena, hombre de ideas confusas, tampoco fué monarquista, aunque sin la decisión de Oro. Véase el acta de la sesión del 6 de Julio de 1816 en *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, vol. V, págs. 458-460. Caracas, 1876.

(1) "El Congreso de Tucuman, que declara la independencia el 9 de ese mes irá más lejos aún que García, pues irá hasta el retorno liso y llano de la sumisión á España." (ZORRILLA DE SAN MARTÍN: ob. cit. I, 47.)

(2) El gobierno bonaerense no se contenta con propiciar la invasión del Brasil á una antigua provincia del antiguo virreinato del Plata, por la razón de que Buenos Aires no puede someterla. Va más lejos: envía sus ejércitos contra Artigas, quien lucha contra el Brasil por la independencia de su país. «No satisfechos los de Buenos Aires—recuerda Miller—con permanecer espectadores pasivos de la lucha entre los brasileños y Artigas, enviaron dos expediciones contra el último, el cual, con su actividad y valor ordinarios, las derrotó ó dispersó.» *(Memorias*, I, 111).

Desde los tiempos de Posadas, declara el gobierno de Buenos Aires, por decreto, traidor á Artigas, y pone á talla su cabeza:

«1.° Se declara á D. José Artigas infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria.

2.° Es un deber de todos los pueblos y las justicias, de los comandantes militares y de los ciudadanos de las Provincias Unidas, el perseguir al traidor por todos los medios posibles. Cualquier auxilio que se le dé voluntariamente será considerado como crimen de alta traición. Se recompensará con seis mil pesos al que entregue la persona de D. José Artigas, vivo ó muerto.»

. . . . . .

Así, el duelo entablado entre el caudillo republicano del Plata, que lucha por constituir una nueva nación, y los oligarcas de Buenos Aires, no hace sino crecer de día en día, y es una de las más encumbradas hogueras de anarquismo. El terrible caudillo oriental tendrá en jaque, por mucho tiempo, á Buenos Aires, cuyos representantes

nombra para Director Supremo á Pueyrredón, que después de laboriosas negociaciones con el Brasil, para la obtención de un Braganza, trabajará, de acuerdo con San Martín y otros patriotas, por entregar las Provincias Unidas del Plata al duque de Orleans.

Pero, ¿fué la Argentina un pueblo tan monárquico? No. Los dirigentes monarquistas obraban contra la voluntad del país y aun temiéndolo. Así vemos cómo el jefe de las Relaciones Exteriores, Tagle, consejero y ministro de Alvarez Thomas, Balcarce y Pueyrredón, escribe (1816) á su confidente D. Manuel J. García, representante diplomático del gobierno de Buenos Aires en Río Janeiro: "Todo amenaza una disolución general; y lo más sensible es que los pueblos, que ya nos miran y tratan como á su mayor enemigo, pueden, si nos descuidamos, reducirnos á la impotencia de ajustar y concluir tratados." Y cuando Alvarez Thomas, al subir al poder pide á García informes sobre las gestiones de éste en Rio Janeiro para poner á la Argentina bajo el protectorado de Inglaterra, García, temeroso, le escribe el 15 de Agosto de 1815: "Quizás vendría á ser pernicioso á los intereses públicos el dar noticias, que la indiscreción hará públicas, *ó que la malicia teñiría con el colorido de los crímenes*" (1).

El día, que miraba con recelo muy justificado el ministro Tagle, el día de no poder fraguar proyectos proditorios, en la sombra de las cancillerías, á espaldas de los pueblos, iba á llegar pronto. Artigas, al frente de las regiones del litoral, va á tener en jaque al gobierno de Buenos Aires. Las provincias todas se levantarán contra la ciudad imperialista, de planes liberticidas, sacu-

han ido hasta tratar de someterse al gobierno español, traicionando el pensamiento básico de la revolución: la independencia; pero Artigas no sabrá aprovecharse definitivamente de su poder en las provincias rioplatenses del litoral. Echa, con todo, los fundamentos de un Estado, despertando el sentimiento de la nacionalidad.

(1) CALVO: *ob. cit. Documentos relativos al proyecto de D. Carlos Alvear...* (II. 258).

dirán su yugo, rechazarán sus leyes, derrotarán sus ejércitos y terminarán por imponer al país uno de sus más bárbaros y feroces representantes.

No será nuevo en la historia ni extraordinario lo que va á ocurrir en las provincias del Plata, sino más bien corriente y normal. Se cumple allí una ley de las sociedades: al desenfreno de la anarquía sucederá el déspota que reacciona contra ella é impone su dominación. Los anarquistas, incapaces para el ejercicio de la libertad, abrirán y pavimentarán la vía para que llegue el tirano.

Antes que el tirano unificador arribe, el caos impera. La sangre de la guerra civil es la única que empapa los campos, porque la guerra contra los realistas ha cesado hace mucho tiempo. La anarquía va haciéndose crónica. Ni Guemes en Salta, ni Bustos en Córdoba, ni San Martín en Cuyo (1), ni Artigas en la Banda Oriental, ni López en Santa Fe, ni Ramírez en Entre Ríos, ni Posadas, ni Alvear, ni Thomas, ni Balcarce, ni Pueyrredón en Buenos Aires tienen bastante prestigio ni bastante fuerza para imponerse al país entero.

Los años corren, y sucede lo que parece imposible: aquella anarquía se agrava. El jefe de multitudes, el di-

(1) San Martín no era federal, como eran los caudillos, sino un gobernador nombrado por el gobierno central. Muy superior á los jefes locales, constituídos en dignidad por derecho feudal,—ó mejor, por ser los machos más bravos de la tribu—que fueron, sin embargo, los salvadores inconscientes de la democracia argentina contra el mismo San Martín y los oligarcas y monarquistas de Buenos Aires—, no tenía ni podía tener San Martín las pasiones políticas ni el amor á la patria chica de éstos. Partido desde los ocho años á Europa, hijo de español y educado en España, donde también hizo su carrera, no supo más de América sino cuando ésta inició su revolución. Su patriotismo era un alto sentimiento muy superior al espíritu y á las necesidades políticas y económicas de localidad, y que puede llamarse, como el patriotismo de Bolívar, de Sucre y de Miranda, un patriotismo americano, un patriotismo continental. Bolívar no desconoció los sentimientos ni necesidades localistas, sino los puso á su servicio, haciéndolos contribuir con hábil política al triunfo de la independencia. En San Martín esta forma de patriotismo sin arraigo local, sin demarcación geográfica,

rector de conciencias, el creador de ideales, el dominador benévolo, no surge por ninguna parte (1).

El 25 de Febrero de 1819 se inaugura un Congreso Constituyente, porque se cree que es necesario constituirse de otra manera de la manera provisional como se está. Pero la obra del Congreso será el toque de rebato. Nunca se dictó un estatuto, para beneficio de una oli-

---

que en Bolívar y en Sucre era un esfuerzo moral de hombres superiores—tenía quizás menos dificultad en manifestarse que en los dos héroes del Norte, ya que Bolívar, por ejemplo, adoraba á Caracas, donde había pasado su niñez y días deliciosos de su juventud y quien le cubrió de gloria en sus primeros triunfos. Sucre quiso mucho á Venezuela: lo prueban sus cartas. Los presentes de oro y piedras preciosas que le ofrecía la gratitud del Perú y Bolivia ¿á quién los remitía en homenaje? A las municipalidades de su patria. Miranda y San Martín, partidos muy jóvenes y cuya carrera se había hecho en Europa, tenían menos arraigos sentimentales. Los dos poseían el sentimiento americano más bien que el de nacionalidad. Ninguno de los dos dejó pruebas de que entendiese el sentimiento patrio como ahora lo entendemos, lo que desde luego prueba una superioridad de que es bueno dejar constancia, máxime cuando no parece que se haya hecho hincapié en ello, si alguna vez se notó. Nacido en territorio de las misiones del Uruguay, San Martín no fué más uruguayo ó argentino que chileno ó peruano. En Uruguay, no figuró; en Argentina, su patria política é histórica, figuró menos que en Chile, donde dió sus grandes batallas, ó en Perú, donde fué jefe del Estado. No era además, un sentimental, sino un estoico, y el patriotismo de la patria chica ó el estrecho localismo de un Rivadavia, de un Santander ó de un Páez no se comprendería en su gran corazón americano. Por eso, y porque sus intereses—que consistían en guerrear por la independencia de América, en cualquier parte—no eran paralelos á los intereses y afectos de locales caudillos, San Martín desobedecía al gobierno central sólo cuando el gobierno central le era adverso; cuando no, como era el caso cuando gobernó Pueyrredón, se entendía á maravilla con los centralistas.

(1) Ya antes lo notaron otros. Refiriéndose al Congreso de 1816, que declaró la independencia, un historiador dice: «El Congreso de Tucumán es una nueva tentativa de la oligarquía porteña, para formar un núcleo cualquiera de autoridad á falta del héroe pensador, el *rex* de Carlyle, que no había surgido... (ZORRILLA DE SAN MARTÍN: obra citada, I, 18.) Y más adelante: «... ni en la semicorte de Buenos Aires apareció el hombre capaz de ajustarse á la realidad.» (Ob. cit. I, 29.)

garquía, con más desconocimiento y desdén de las realidades sociales. Aquella absurda constitución fué el toque de rebato para encender con fuego inusitado la guerra civil (1).

El Congreso formula su constitución que el 22 de Abril es promulgada. Inmediatamente las provincias se levantan en armas contra ella. El ejército, en su gran mayoría, se insurrecciona á su turno. El Director Supremo, Pueyrredón, que se dice francés por ser hijo de un comerciante francés de Buenos Aires, dimite. Rondeau se encarga del poder supremo, y sale á combatir la insurrección. Los caudillos López, de Santa Fe, y Ramírez, de Entre Ríos, lo derrotan en Cepeda. Los federalistas triunfantes disuelven el Congreso. (11 de Febrero de 1820.)

Queda abolida la constitución de 1819. Ya no hay, ni en nombre, Director supremo del país. Buenos Aires queda reducida á condición de provincia como las demás, sin que su gobierno sea, como antes, gobierno central de la nación. Las Provincias, desunidas, se declaran Estados independientes. Sólo quedaron triunfantes los caudillos en sus respectivas localidades, y la anarquía en todo el país. La nación, rotos los vínculos que la constituyen, no existe. La unidad nacional ha desaparecido.

¿Dónde están las Provincias Unidas? Son un haz disperso de secciones geográficas, sin constitución, sin ban-

(1) «La constitución que el directorio de Pueyrredón legó como herencia á sus sucesores, en vez de un pacto de unión fué una nueva bandera de discordia que se levantó en el campo de los principios y en el terreno de los hechos. Obra de sofistas bien intencionados que soñaban con la monarquía, no pudiendo fundir en sus moldes convencionales los elementos sociales refractarios, creían eliminarlos no tomándolos en cuenta, y de aquí su ineficacia. Bosquejo de un centralismo rudimentario, sin órganos apropiados á su funcionamiento, en presencia de la masa informe de un federalismo rudimentario y anárquico, que era una negación del ideal y un desconocimiento del modelo, no satisfacían las exigencias teóricas ni prácticas, y de aquí que pugnase con los hechos, sin satisfacer las conciencias. Sin fuerza sólida que la sostuviera ni fuerza moral que la propiciara, era una fórmula vacía de sentido que no contenía los gérmenes de la vida presente ni futura.» (MITRE: *Belgrano*, vol. IV, pág. 36.)

dera (1), sin ejército, sin carácter ni gobierno nacional (2).

En la antigua capital de la nación, capital ahora exclusivamente de la provincia de Buenos Aires, se elige para gobernador, bajo la presión de las tropas vencedoras en Cepeda, á D. Manuel Sarratea: diez días después lo derroca por las armas el general Manuel Balcarce y ocupa el puesto. El caudillo Ramírez, asesorado por el chileno José Miguel Carrera, echa á su turno á Balcarce (3). "Comenzó un período de anarquía, caracterizado por la preponderancia de los caudillos provinciales y la disolución efectiva de la unidad nacional, reemplazada

---

(1) «Artigas agrega al pabellón argentino una franja diagonal colorada.» (D. F. SARMIENTO: *Facundo*, pág. 159, ed. Ed-Am., Madrid.) Quiroga, celebérrimo más tarde como caudillo de Rioja, «enarbola en el Tala una bandera que no es argentina: es un paño negro con una calavera y huesos cruzados en el centro.» (Ob. cit., 156.) El tiempo corre y no vuelve á recobrar su prestigio la bandera azul y blanca de Belgrano, creada y alzada por éste en las luchas de la independencia contra la voluntad del gobierno central, que la hace desaparecer, como si el pueblo argentino no luchara denodadamente por constituirse en Estado libre, soberano. La bandera azul y blanca, la bandera de Belgrano quedará siendo la bandera nacional. Sin embargo, todavía en tiempo de Rosas se la posterga: «en el seno de la República, del fondo de sus entrañas se levanta el color colorado, y se hace el vestido del soldado, el pabellón del ejército, y, últimamente, la escarapela nacional que, so pena de vida, ha de llevar todo argentino.» (Ob. cit., 157.)

(2) «Al comenzar el año 1820 el gobierno y la asociación política de las Provincias Unidas del Río de la Plata, se hallaban en completa descomposición... La pasión ardiente, la soberbia por los triunfos pasados, la confianza en el éxito y hasta la conciencia de su razón instintiva, estaban de parte de la coalición del litoral. El odio, la indiferencia ó el desprecio contra el gobierno central, eran los únicos sentimientos que agitaban á las provincias del interior. Los ejércitos que debían sostener la autoridad central estaban desmoralizados, así en el interior como en el litoral, y el mismo gobierno nacional sin política, sin nervio y sin aspiraciones, marchaba sin rumbo en medio de las tinieblas. En el mismo centro de Buenos Aires existía un partido que simpatizaba con la causa federal de los caudillos del litoral y la anarquía de toda la República.» (MITRE: *Belgrano*, IV-58-63.)

(3) «Buenos Aires reconocía la ley del más fuerte, y Carrera ha-

por pactos más ó menos duraderos entre los gobernadores. El gobierno de Buenos Aires, reducida ya á capital de provincia, pasó de unas manos á otras con rapidez; el mismo general Alvear, que había vuelto del destierro, pudo acariciar durante algunas horas la esperanza de recobrarlo y acampó en los suburbios de la ciudad; pero engañado por Sarratea, se vió precisado á huir. Soler, Balcarce, Pagola, Dorrego, Aguirre, Ramos Mejía y varios otros fueron gobernadores durante semanas ó días, y en un solo día hubo tres. Unas veces eran obedecidas las indicaciones del cabildo y otras menospreciadas, y el principio de autoridad había llegado al último grado del desprestigio" (1).

El período de descomposición había llegado á su momento álgido en 1820.

En este año floreciente de la anarquía argentina el desorden lo cubrió todo, y todo simulacro de cuerpo orgánico nacional quedó, como se ha visto, desvanecido.

"Toda forma de autoridad legal desapareció. Ninguna institución coherente permaneció en pie. Ningún princi-

---

bía logrado sus designios: el nuevo gobierno no podía menos de serle adicto, porque le debía gran parte de su elevación. En toda la campaña el nombre del jefe chileno había sonado poco en los documentos oficiales; pero mucho en el consejo y las conferencias privadas. Los dos caudillos de la cruzada contra la metrópoli: el gobernador de Entre Ríos, Ramírez, y el de Santa Fe, D. Estanislao López, eran hombres groseros é ignorantes, que habían obrado bajo la inspiración de Carrera... Los dos generales nombrados eran intrépidos y valientes; pero habían recibido de otra cabeza el impulso y la dirección. El agente diplomático de Chile en las Provincias argentinas, D. Miguel Zañartu, que tenía motivos para saberlo, lo creía también así. En una carta reservada escrita á O'Higgins por ese tiempo le dice que Carrera «*es el alma de todos estos movimientos*», y que los soldados federales le llamaban «*paño fino*», expresión que pinta el grande ascendiente que este caudillo ejercía sobre un ejército cuyo uniforme era el *chiripa*.» (M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna: *La dictadura de O'Higgins*, páginas 268-269.)

(1) E. Vera y González: *Elementos de historia contemporánea de América*, págs. 274-275, ed. Buenos Aires, 1909.

pio de derecho público sobrenadó en medio de aquel gran naufragio" (1).

XIV.—La desobediencia de San Martín.

Ya conocemos á grandes rasgos y en lo esencial el cuadro de la revolución en las provincias argentinas. Un pueblo vigoroso, mal conducido, se debate heroicamente con el infortunio, buscando realizar un ideal preciso: el de romper su dependencia de Europa, á semejanza de lo que están haciendo, al propio tiempo, y con varia fortuna, los demás pueblos de la América española.

Más favorecido en cierto respecto que otros países del continente, no llegan allí fuerzas europeas de consideración; pero, más infeliz, por otra parte, se produce la anarquía entre los elementos revolucionarios, sin que haya ni un propósito político común—aparte el de independencia—que mancomune al pueblo con los oligarcas, á las provincias con la capital. Tampoco aparece un brazo fuerte, el héroe máximo que armonice los esfuerzos de todos y encarrile hacia el triunfo y hacia la paz la revolución.

Así vemos deshecho el Estado argentino en feudos microscópicos del tamaño de los caudillos que en cada uno de esos feudos impera sin sujeción á otra ley que su capricho ni más norma que el interés personal. Así lo vemos carente de un ejército nacional sólido, de un gobierno con prestigio, de todo lazo de unión entre las fuerzas vivas del país. Así lo vemos, por último, sin escuadra, sin dinero, con una política que fluctúa entre la busca de protectorados extranjeros, la solicitud de príncipes de Europa para reyes constitucionales del país y, en más de una ocasión, hasta ocupado en liberticidas planes de arreglo con España. Advertimos también, en medio de aquel caos, que un poder oculto, irresponsable, veneciano ó in-

(1) MITRE: *Belgrano*, IV, 135.

quisitorial—la logia de Láutaro—se cierne en la sombra, dirige los hilos de todas las intrigas y, gobierno dentro del gobierno, maneja políticos, diplomáticos, generales, revolución y pueblo. ¿Qué producen, en resumidas cuentas, la logia y sus acólitos irresponsables? Aquel poder tenebroso es factor de anarquía por su espíritu reaccionario.

Lamentable situación la de la Argentina en aquella época. Era aquel hermoso y gran país en los días de la revolución, y desde el punto de vista revolucionario, el punto débil de la América hispana, la nación menos capacitada para defenderse—á pesar de la bravura incuestionable de sus hijos—de una agresión extranjera. "La incomprensible obstinación con que algunas provincias (argentinas) sostienen una división escandalosa—escribe desde Río Janeiro el comisionado diplomático de Buenos Aires—y la dislocación general de ese Estado excita la lástima de unos y la agresión de otros, y se calcula como muy fácil la subyugación de un país sin unidad, sin gobierno y que sólo cuenta con el furor desatinado de muchos jefes divididos y aun enemigos entre sí" (1).

Por fortuna no hubo allí—como atrás se indicó—ni caudillos españoles espontáneos, al estilo de Boves, que levantaran las masas en favor de la causa realista, ni fué el país invadido por fuerzas europeas de alguna importancia. Las únicas tropas extranjeras que allí fueron, las tropas del Brasil, lo hicieron con beneplácito de las autoridades nacionales. No es un triunfo, pues, brasileño, la ocupación del Uruguay.

Hacia 1819 España parece darse cuenta—á buena hora—de que en el Plata puede hacer un esfuerzo y reconquistar el virreinato y se prepara á enviar allí una expedición. Cuando en Buenos Aires se temió que la expedición pudiera de veras efectuarse sobrevino el desconcierto y el gobierno pensó en trasladarse á Tucumán,

(1) *Belgrano*, III, 201.

cediendo la capital y la Provincia de Buenos Aires al hipotético invasor del Plata.

Muchos planes monarquistas de la Argentina fueron: unos, obra del espíritu irresistiblemente monárquico y retrógrado de innúmeros oligarcas bonaerenses; otros, del sentimiento pro-hispánico y de la poca fe en la revolución. Así, por ejemplo, en el primer caso, el plan de coronar al buen D. Cornelio Saavedra, ó á un Inca; y en el segundo caso, el plan de 1814 y 1815 de solicitar por príncipe á un infante de España ó de entregarse á Fernando VII.

En cambio otros proyectos monárquicos ó de protectorados extranjeros se debieron—la mitad—á la anarquía, que no podían dominar los prohombres del país: éstos, patriótica aunque erróneamente, pensaban que un gobierno extraño y estable, basado en la fuerza, podría destruir los gérmenes anárquicos, dando al país la paz interior; la otra mitad de aquellos absurdos planes se debió al temor de alguna invasión española que, por fortuna, jamás llegó á presentarse en el estuario del Plata.

Cuando el director supremo, Balcarce, por ejemplo, escribe al comisionado de las Provincias Unidas en Río Janeiro excitándolo á que apremie al gobierno imperial del Brasil á auxiliar con tropas al gobierno de Buenos Aires (1) lo hace ante la amenaza de las provincias argentinas insurgidas; es decir, ante el espectáculo de la anarquía y con la esperanza de dominarla, apoyado en tropas extranjeras.

Cuando Alvear solicita el protectorado británico dice que es para salir del estado de infelicidad producido por la guerra civil.

Bien claro lo expone (Alvear) en su oficio de 23 de Enero de 1815 á lord Strangford, embajador de Inglaterra en la corte del Brasil: "Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver de un modo indudable á todos los hombres de juicio y opinión, que este país no está en

(1) Buenos Aires, Mayo 4 de 1816.

edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden, antes que se precipite en los errores de la anarquía. En estas circunstancias, solamente la generosa nación británica puede poner un remedio eficaz á tantos males, acogiendo en sus brazos á estas Provincias, que obedecerán su gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer..." (1).

Era ir un poco lejos y por caminos extraños en el propósito de salvar el país. La salvación de Alvear equivalía á una estrangulación. Con todo, ni Balcarce ni Alvear, ni el diplomático Manuel J. García, órgano de ambos en Río Janeiro, fueron los únicos que obraron de tal suerte movidos por idénticos fines en que se mezclan la ambición, la ceguera, el deseo de orden y—no debemos dudarlo—el amor á la patria.

En cuanto á la amenaza de una invasión española, fué no sólo causa de pasos diplomáticos y motivo de inquietud durante mucho tiempo, sino que, en alguna ocasión, aquel peligro remoto ó inexistente hizo perder la cabeza al gobierno de Buenos Aires, á cuyo frente estaba entonces, sin embargo, un soldado: el general Pueyrredón (2).

Apenas se enseriaron, á principios de 1819, los rumores de que un ejército español se organizaba en Andalucía para expedicionar contra el Río de la Plata, el gobierno de Buenos Aires se alarmó y llevó su alarma hasta querer abandonar sin combatir la capital á los invasores, que no habían aún salido de Europa, y que nunca

(1) ANALES: *Documentos relativos al proyecto de D. Carlos Alvear para poner las Provincias Unidas bajo la dependencia de Inglaterra*, II, 252-258.

(2) "El anuncio formal de una gran expedición española contra el Río de la Plata fué el fantasma alrededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Unidas durante el año de 1819. Las noticias sucesivas, según eran alarmantes ó tranquilizadoras, motivaron las órdenes y contraórdenes expedidas en consonancia, determinando en la diplomacia combinaciones trascendentales." MITRE: *Historia de San Martín*, 3.ª ed., vol. III, pág. 193.

saldrían. No fué todo. En tono premioso y casi elegíaco se dirigió al gobierno de Chile pidiéndole auxilios.

"Las noticias tan repetidas como contestes de una expedición española al Río de la Plata—escribe Pueyrredón, director de las Provincias Unidas, á O'Higgins, director de Chile—, aunque con alguna variedad en el número de tropas, llaman muy seriamente nuestra atención al objeto de disponer nuestra defensa..." "A consecuencia de estos principios he determinado, después del más serio y detenido acuerdo, que el ejército de los Andes *(es decir, el de San Martín)* se ponga inmediatamente en marcha á estas Provincias, librando las órdenes convenientes al general para que aproveche á toda costa el corto tiempo que concede la estación para el tránsito de la cordillera. Pero como, desgraciadamente, la fuerza que compone dicho ejército es muy inferior al tamaño de nuestos peligros, y estando á cubierto el reino *(quiere decir Chile)* de enemigos exteriores con la escuadra, parece llegado el caso de que V. E. quiera, por su propio interés y por su gloria, aunque no se recuerden otros títulos, auxiliar á este Estado con alguna tropa de línea..." "...Si por falta de fuerzas dejamos mal seguros los dos extremos por donde deberemos ser atacados, dividiendo nuestras escasas tropas, casi puede tenerse por cierta nuestra disolución, á que sería consecuente la de ese reino." "...Los ciudadanos chilenos imprimirían una nota funesta á su carácter nacional si después de haberlos ayudado nosotros á reconquistar su patria nos dejaran á solas con nuestros peligros cuando imploramos sus socorros para defensa de la nuestra" (1).

Tenía razón Pueyrredón. El peligro, aunque remoto, existía, y era lo prudente organizar con tiempo, y en la medida posible, la defensa.

En aquella situación desesperada, con la anarquía inte-

(1) Juan Martín de Pueyrredón al Brigadier general don Bernardo O'Higgins: Buenos Aires, 1.° de Marzo de 1819.

rior como norma de vida, la guerra civil existiendo entre Buenos Aires, por una parte, y Uruguay, Santa Fe y Entre Ríos, por otra, el Estado disuelto de hecho (1819) y en vísperas de serlo de derecho (1820), si puede hablarse así; teniendo encima, por contera, la amenaza de una expedición española de 18 á 20.000 hombres, el gobierno de Buenos Aires volvió los ojos en angustia á su más ilustre soldado, el general San Martín, y al ejército argentino que, al mando de aquél, se había cubierto de gloria con el paso de los Andes y las victorias, en Chile, de Chacabuco y Maipo.

Lo llamó una, dos, tres veces (1). San Martín, que estaba en Cuyo con una División, de regreso de Chile,—pues había amenazado á Chile con retirarse él y sus tropas, á objeto de imponer allí su política—elude, tergiversa, valiéndose de las artimañas y dobleces en que siempre fué tan fértil su imaginación, y termina por prometer, casi á un tiempo, al gobierno de Santiago restituirse con las tropas á Chile, y al gobierno de Buenos Aires marchar á la capital de las Provincias Unidas (2). ¿Y qué hizo en realidad? Aconsejó al gobierno de Buenos Aires—parece ironía—que una escuadra saliese á destruir en el mar la expedición; y, por último, volvió la espalda á su país, rompió con él para siempre, y fingiéndose enfermo se fué á repre-

(1) Véanse las órdenes del Director Supremo, general Rondeau, sustituto de Pueyrredón, al general San Martín, en *Papeles del brigadier general Guido (1817-1820) coordinados y anotados algunos por Carlos Guido Spano*, páginas 298-300, ed. de Carlos Casavalle, Buenos Aires, 1882.

(2) "Desde este momento (escribe Mitre, tratando de explicar la conducta del general), su conducta es doble,—como lo fué al iniciar el repaso de los Andes,—pero vacilante, cediendo á fuerzas latentes que lo atraían al exterior y á poderosos impulsos que lo empujaban hacia el interior. El americanismo y el patriotismo combinado con el americanismo, pugnaban en su alma, y de aquí las alternativas de su espíritu y las variadas combinaciones que respondían á las diversas situaciones en que se encontraba sucesivamente envuelto por los acontecimientos supervinientes, por el acaso y por la misma complicación de sus misteriosos manejos " *(Hist. de San Martín*, III, 207.)

sentar un gran papel histórico en Chile, teatro de sus glorias, llevándose aquella tropa argentina á cuyo frente lo había puesto el gobierno de Buenos Aires.

Los contemporáneos argentinos no perdonaron al general San Martín. Las puertas de la política y de la patria ríoplatenses se le cerraron, puede decirse, para el resto de sus días, lo que francamente lo preocupó muy poco, pues San Martín nunca sintió un patriotismo local.

La historia ha sido benévola con él (1). La mayoría de los historiadores de Buenos Aires y de Chile excusan hoy su desobediencia en vista de que llevó sus armas á empresas de trascendencia americana, y tuvo la fortuna de no mancharlas con sangre de la anarquía argentina en 1819. Con todo, "el paso dado por San Martín desobedeciendo á su gobierno—escribe uno de sus admiradores—era una revuelta militar. Es cierto que su gobierno no existía (puede decirse), que la revolución había cambiado la faz de su país; pero también lo es que, en medio de las crisis más agudas, existe una autoridad más digna de obediencia, un principio que se sobrepone á los demás y que en las borrascas de las pasiones humanas no desaparece la patria." (2).

Desde el punto de vista de la disciplina militar, de la consecuencia política, de la moral abstracta, podría censurarse la decisión de San Martín; no así desde el punto de vista egoístico de la conveniencia personal ni aun desde el punto de vista de los intereses generales de América. ¿Qué esperaba á San Martín en Argentina? Rivales, opositores y un pueblo rebelde, opuesto á los ideales políticos, unitarios y monárquicos, que representaba el héroe. ¿Qué lo esperaba en Chile? Un país restaurado por él á su primitiva independencia; un gobierno

(1) Véanse MITRE: *La desobediencia de San Martín*, ob. cit., vol. III, páginas 184-226, y GONZALO BULNES: *La desobediencia de San Martín*, en "Historia de la expedición libertadora del Perú", vol. I, páginas 167-200. Rafael Jove, editor. Santiago de Chile, 1887.

(2) G. BULNES: ob. cit., vol. I, pág. 183.

que le debía la vida; al frente de ese gobierno un soldado bravísimo y leal, teniente de San Martín; como asesor del Ejecutivo la logia de Santiago, donde contaba el capitán rioplatense partidarios y admiradores; un pueblo, por último, guerrero y sometido, que iba á darle magnífica base para sus más audaces sueños de libertador americano.

XV.—Consecuencias de la desobediencia de San Martín.

Desentrañemos, en vez de condenar ciegamente á San Martín, el significado de su desobediencia. Abandonaba á su país en momentos los más conflictivos, es cierto, víctima de la anarquía interior y amenazado por una expedición extranjera, á la que, á ojos vistos, no podría en los primeros momentos dominar. Pero, al partir, ¿no iba también á luchar por la independencia de América? ¿Qué dejaba tras de sí? Una revolución desorientada que, adulterando su ideal básico—la independencia—, había llegado en momentos de ofuscación, hasta al suicida proyecto de someterse de nuevo á la corona de España; una revolución desangrándose en las crueldades de la guerra civil, incapaz de constituirse (durante años transcurridos) en gobierno nacional y echar los fundamentos jurídicos y definitivos del Estado.

El, en cambio, se llevaba consigo lo más noble de la revolución argentina: el propósito de luchar contra España. Y no sólo llevaba el propósito de luchar contra España sino el de arrebatarle, en la mayor extensión de territorio posible, su dominio en el continente, sin circunscribirse al país del Plata. Lo movía un patriotismo continental, como á Miranda, como á Sucre, como á Bolívar. Iba el campeón argentino á buscar más allá de los Andes á los enemigos y dominadores de América, ó á las tropas que por ellos combatían. Llevaba un pensamiento de trascendencia continental: desalojar de Lima al vi-

VIDA DEL LIBERTADOR
SIMON BOLIVAR
por
FELIPE LARRAZÁBAL
MAR DE LAS ANTILLAS
OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO PACÍFICO
VENEZUELA
CUNDINAMARCA
ECUADOR
BOGOTÁ
QUITO
MAPA
de la Gran Colombia
para servir a la Historia de las
campañas de Bolivar y de sus
tenientes en 1821-1822 y 1823

rrey, núcleo de la resistencia y de la acción españolas para los pueblos del extremo meridional de Sur-América. Se llevaba, por último, el alma de su patria ó lo que de ella quedaba entonces intacto y más puro en una División de 2.000 hombres que sustraía á los desórdenes rioplatenses é iba á conducir triunfantes hasta el trono de los virreyes del Perú.

Esa División de 2.000 hombres llevados á Chile por San Martín era restos del ejército de 3.778 soldados, la mayor parte argentinos, que San Martín condujo á Chile en 1817 (1). Traídos á Cuyo por San Martín, después de la victoria chileno-argentina de Maipo, para que sirvieran de alfil en una doble maniobra de carácter político y patriótico (2), iban ahora á tramontar de nuevo la Cordillera (3).

Gracias á esos hombres, si cortos relativamente en número, eficientes por su heroísmo; gracias á los argentinos de Chacabuco y Maipo que ahora, con su general á la cabeza, renuncian tácitamente á su patria y á su bandera, — para expedicionar á las costas del Perú, con instrucciones, barcos, dinero, tropas y bandera de Chile —, representó la Argentina con tanta brillantez un papel histórico fuera de sus límites geográficos.

Siguió Argentina entonces, con suerte y heroísmo, — gracias á la desobediencia de San Martín—la corriente de solidaridad americana que hizo posible la emancipación del continente y obedeciendo á la cual, Nueva Granada, por ejemplo, contribuye con sus tropas á emancipar á Venezuela en 1813; y Venezuela con las suyas á vencer á

(1) Teniente Coronel F. J. Díaz: *La campaña del Ejército de los Andes en 1817*, páginas 17-8. ed. de Talleres del Estado Mayor general. Santiago de Chile, 1917.

(2) Sobre el repaso de los Andes, es decir, la vuelta de San Martín con sus tropas a Cuyo, véase el cap. IV, vol. I de la obra de Gonzalo Bulnes: *Historia de la Expedición libertadora*. Santiago, 1887.

(3) Las bajas de San Martín se habían llenado, como estaba convenido, con chilenos. En esa División los había numerosos. Eran, confiesa Mitre, «dos mil soldados argentinos, *gran parte de ellos chilenos con su uniforme*». (*Hist. San Martín, 3.ª ed. III, 222.*)

Nueva Granada, caída de nuevo en manos españolas, y la liberta en 1819. La Argentina misma, ¿no había enviado en 1817 sus tropas á Chile para libertar á este país, sometido por las tropas del virrey del Perú? Es, pues, gracias á esa corriente de solidaridad política en los momentos de conflicto, que América se emancipó y que Argentina, voluntariamente en 1817, y á pesar del gobierno de Buenos Aires, en 1819, se cubrió de los más verdes laureles que ornan su frente en los mismos instantes en que la revolución, dentro de las fronteras rioplatenses, se devoraba á sí misma como el animal fabuloso de Tcesias (1).

(1) En el prólogo á la *Vida del Libertador Simón Bolívar*, por Larrazábal, modernizada por nosotros según las normas que allí se expusieron, se dijo que Larrazábal no presentaba con toda la extensión necesaria la ilustre personalidad de San Martín y que, por tanto, era difícil comprender, para autores no americanos, por qué el capitán del Sur, después de la entrevista de Guayaquil, se alejaba de la política, de la guerra, de la América, y cedía al Libertador el trabajo hercúleo y glorioso de dar cima á la independencia continental.

San Martín, al presentarse en Guayaquil, representaba la revolución del Sur, como Bolívar la revolución del Norte. Las dos revoluciones, al retirarse San Martín, quedaron, simbolizadas por sus elementos militares, argentino-chilenos y colombianos, bajo la dirección única del Libertador. Para comprender los servicios de San Martín y su significación era menester conocer el proceso de la revolución en el Sur. Como Larrazábal no nos presenta el cuadro de aquella revolución, quisimos hacerlo nosotros, con nuestro criterio de hombres del siglo XX que tienen además, respecto á los sucesos argentino-chilenos, documentos y relatos innúmeros que no pudo consultar Larrazábal. Para ello hemos escrito el capítulo XXIX de esta Biografía (salvo los dos parágrafos iniciales: I y II). Este capítulo es un resumen de la historia de la revolución argentino-chileno-peruana en cuanto se relaciona con San Martín y contrastándola con la revolución del Norte. Como se ha hecho demasiado largo el capítulo en cuestión—y para no dar proporciones desmesuradas al presente volumen—lo interrumpimos aquí. Será continuado en el volumen tercero. En vez de presentar ya en este tomo á San Martín, á su partida de Guayaquil, del tamaño que sus ilustres hechos le señalan, lo dejamos en la cumbre de los Andes, dando la espalda á la anarquía de su patria y volando al Pacífico, impulsado por el destino. En el tercer tomo, al estudiar la actuación del héroe en Chile y Perú, conoceremos mejor el proceso de la revolución en ambos pueblos. Entonces continuará Larrazábal narrando la vida de Bolívar. (R. B.-F.)

APÉNDICE

APÉNDICE

THE INTERNATIONAL POLICY OF BOLÍVAR (1)

BY

HARMODIO ARIAS

Many centuries before the discovery of the New World, Cicero had said «the state is nothing but a body of individuals united for the purpose of promoting their mutual security and benefit by means of combined force.» This concept, which even in our days is cited as fundamental in the internal and external policy of nations, came to be, with certain modifications, the standard and guide of the Liberator in the organization of the states which he established when he removed from them the chains that bound them to Spain. Much more human, much more sincere and much more real than the political apostles who had preceded him, he softened this conception of the state by founding it not only upon «combined force», but also upon the immovable bases of concord, harmony and justice.

Hence, as a corollary of his proud and grandiose ideal of beholding America freed of all external domination, he endeavored always to make it possible for the people liberated by himself to be in a position to be included within the scope of international laws, as the *subjects* and not as the *objects* of these

(1) Reproducimos este trabajo sobre la política internacional de Bolívar, obra del pensador y publista H. Arias, tomándolo de una revista de New York *(Inter-America*, Octubre 1918).

laws, and thence, in the full enjoyment of the fundamental and inherent rights which the laws of nations grant to the members of the international community.

It is worthy of remark therefore that our hero, from the beginning of his campaign, had resolved in his powerful brain a problem of international policy, arriving at the conclusion that the state not only needs its liberty and existence, but that in order to save and maintain them it is indispensable that it shall be raised to a level upon which it may settle its own problems and contribute to the development of the philosophico-moral ideals of humanity.

He knew that the fundamental basis of every human institution rests upon sociality, inasmuch as man is an organic and spiritual creature. It is not the empty and autonomous willing of Kant; nor yet the cutting off of the affections. It is the subordination of the interests of the *ego*, the subjugation of the feelings and the individual appetites in order to form a league between men and impel them toward society. Because of the relations that are developed between men societies arise. States, however, like individuals, can not live withdrawn from each other. Thus international society, the *Magna Civitas*, is formed. It is on this account and no other that it is maintained that the relations between states constitute the true basis of international law. The state, if it forms a part of the family of nations, ought to possess the power to adjust its relations and its conduct to the standard that harmonizes with the ideals of civilized nations.

There can be no doubt that the first impulse of the Liberator's youth, the perennial inspiration of his soul, the dream of his whole life, was contained in his solemn oath made upon the Aventino: «I swear by the God of my fathers; I swear by them; and I swear by my country, that I shall give my arm no rest and my soul no repose until I shall have broken the chains that oppress us by the will of Spanish power.»

He sought liberty as the first step. Why? For the happiness of the peoples. The absence of chains is not the desideratum: it is simply a means. There are free peoples that are very far removed from happiness; they lack culture; their pseudo-liberal institutions contain perhaps the last word in the democratic doctrines. This, however, is no more than the form; it is empty

within. No one respects such institutions for their hopeless superficiality. Bolívar knew that in order to found nations he must begin by making men. After 1815, during his ostracism in Jamaica, he gave us his politico-international creed, in which he succinctly indicated his ideal in this respect. In that little work which he wrote in Jamaica he showed that he was not satisfied with the mere idea that these nations should exist in freedom from the mother-country. It was necessary to establish them upon the solid foundations of culture and justice, for their own happiness, and to prevent, at all hazards, their internal life from deteriorating, thus avoiding their disintegration, and consequently, the necessity of international tutelage. I present here a part of his luminous ideas:

It is more difficult to lift a people out of servitude than it is to subjugate a free one. This truth is verified by the history of all times, which shows us the larger number of free nations subject to the yoke of oppression, and that very few of the enslaved nations recover their liberty. In spite of this conviction, the central countries of this continent have made an attempt to secure liberal and even perfect institutions, doubtless as the effect of the instinct that all men have of aspiring to their greatest possible felicity, which is secured infallibly in civil societies when they are established upon the bases of justice, liberty and equality.

Bolívar knew well that in a people «recently released from chains», in a community of freedmen, the larger part would offer worship to false idols: such as frivolity, hypocrisy, showy superficiality. Therefore he says to us:

Shall we be capable of bearing in its true equilibrium the difficult burden of a republic? Can it be conceived that a people recently released from chains shall cast itself into the arena of liberty, without, like Icarus, its wings melting and its falling into the abyss? Such a prodigy is inconceivable; it has never been seen. Consequently, there is no true argument that can flatter us with this hope.

Later, when he had now had some experience in the management of public affairs, he exclaimed:

To form a stable government, there is required a basis of national spirit which shall have as an object a uniform inclination toward two cardinal points: to moderate the general will and to limit public authority.

This creative genius did not limit himself to thinking of the organization of the state for internal purposes only. We have already indicated thas his varied and complex mind was likewise concerned that the American peoples should be established upon solid foundations that should permit them to take part in the concert of the great nations. The American world strong and free! In his words:

It is a grandiose idea to attempt to form of the whole New World a single nation with a sole tie that shall bind its parts together in the whole. Inasmuch as it has one origin, one language, the same customs and one religion, it ought therefore to have a single government that would confederate the different states which are to be formed; but it is not possible, because different climate, diverse geographical positions, opposing interests, dissimilar characteristics, separate America. How beautiful it would be if the isthmus of Panamá were for us what the isthmus of Corinth was for the Greeks! Would that we might have some day the good fortune to inaugurate there an august congress of the representatives of the republics, kingdoms and empires to treat of and to discuss the high concerns of peace and war, with the nations of the other parts of the world! A corporation of this kind might come into being in some happy period of our regeneration.

As soon as he was relieved of the turmoil of a battle, and without even thinking of the laurels he had won by the victory obtained, he began to concern himself with the relation that ought to exist between these countries among themselves and between them and the other nations. In giving an account of the serious campaign of Venezuela in 1813, he uses the opportunity to point out to the government of Bogotá his conviction that «only an intimate and fraternal union of the sons of the New World and an unalterable harmony in the operations of their respective governments will be able to make them formidable to our enemies and respectable in the sight of the other nations». Of a governor, somewhat ambitious of command, who made appeal, this same year, to the autonomy of his province, he asked this question: «How can small populations, weak and poor, aspire to sovereignty and maintain it?»

These wise principles had become rooted in the mind of Bolívar. As fast as he wrested from its oppressors a handbreadth of territory, he endeavored to establish upon it a strong organization, and afterward to effect a union with his brothers for

the purpose of establishing an American hegemony. He imagined that these nations were forced to form a kind of federation that would make them worthy of the respect and the admiration of Europe itself. In 1818, when the independence of Venezuela was not yet assured, he wrote to the supreme directors of Buenos Aires and Chile in the following terms:

As soon as the triumph of the arms of Venezuela shall complete the work of independence, or as more favorable circumstances shall permit more frequent communications and closer relations, we shall hasten, with the most lively interest, to work, on our part, for an American agreement which, by forming from all our republics one political body, shall present America to the world with an aspect of majesty and grandeur without example among the nations of antiquity. America thus united, if heaven shall grant to us this earnest prayer, will be able to call herself the queen of nations, the mother of republics.

Three years later, after the congress of Cúcuta had formed the republic of Colombia, the Liberator and president took the necessary steps to initiate in a formal manner negotiations with the rest of the American republics, looking to his vehement longings, those hopes of international greatness, that would guarantee the essential stability of these countries. About the end of the year 1821, Bolívar appointed two plenipotentiaries, one of them to the government of México, and the other to the republics of Perú, Chile and Buenos Aires, to negotiate treaties of union for the purpose of «maintaining themselves against the possible aggressions of a foreign power», laying thus, as appears in the instructions imparted to the ministers, «the foundations of an *amphictyonic* body or assembly of plenipotentiaries» that should give «impulse to the common interests of the American states; *that should adjust the discords* that might arise in the future between the peoples that have the same customs and the same habitudes and which, for want of so sacred an institution, might perhaps kindle the baleful wars that have desolated other regions less fortunate».

In January, 1822, the Liberator addressed an autograph letter to don Bernardo O'Higgins, supreme director of Chile, from which we can not abstain from quoting these striking paragraphs:

Of all the epochs that mark the history of the American na-

tions, no period is so glorious as the present, in which the empires of the New World, freed of the shackles which, from the other hemisphere, cruel Spain had laid upon them, have recovered their liberty, attaining for themselves a national existence. The grand day of America, however, has not arrived. We have expelled our oppressors, broken the tables of their tyrannical laws and founded legitimate institutions; but we still need to lay the foundations of the social compact which ought to form of this world a nation of republics.

Your Excellency, placed at the head of Chile, is called by a very happy fate to seal with your name the eternal liberty and salvation of America. Your Excellency is the man to whom your beautiful nation wil owe—to her most remote posterity—not only her political creation, but also her social stability and her domestic repose.

The association of the five great states of America is so sublime in itself that it will come, I doubt not, to be a cause of astonishment for Europe. The imagination can not conceive, without a start, of the magnitude of a colossus, which, like that of the Jupiter of Homer, will cause the earth to tremble with a glance. Who could resist an America united in heart, submissive to law and guided by the torch of liberty? Such is the *destiny which has been proposed by the government of Colombia* in sending to your Excellency our minister plenipotentiary, Senator Joaquín Mosquera.

May you deign to receive this mission with all your kindness. It is the expression of the interest of America. It ought to be the *salvation of the New World.*

The Colombian plenipotentiaries encountered not a few difficulties in their negotiations. They celebrated some treaties, but the treaties, it seems, did not satisfy the ardent desires of the Liberator.

In December, 1824, he wrote his memorable circular addressed to the governments of Buenos Aires, Brazil Colombia, Chile, the United States of the North and Guatemala, in which he insisted upon the immense benefits that would accrue to the young republics from a meeting of delegates at Panamá to consider the protection of their institutions. Bolivar said:

After fifteen years of sacrifices, devoted to the liberation of America, in order to obtain a system of guaranties that, in peace or war, shall be the buckler of our destinies, it is now time that the interests and relations which unite among themselves the American republics, formerly Spanish colonies, ought to have a fundamental basis that shall perpetuate, if posible, the duration of these governments. To establish the system and to consoli-

date the power of this great political body, pertains to the exercise of a sublime authority which shall direct the policy of our governments, whose influence shall maintain the uniformity of its principles and whose mere name will calm our tempests. So respectable an authority can not exist, except in an assembly of plenipotentiaries, appointed by each of our republics, and gathered under the auspices of the victory obtained by our arms against the might of Spain.

. . . . . .

If the world were to choose a capital, the isthmus of Panamá seems to be the point indicated for this august destiny, placed, as it is, in the center of the globe, looking, on the one hand, upon Asia, and on the other, upon Africa and Europe. The isthmus of Panamá has been offered by the government of Colombia for this purpose by existing treaties. The isthmus is at an equal distance from the extremities, and on this account it would be the provisional place of the first assembly of the confederated countries... The day on which our plenipotentiaries shall exchange their credentials will mark, in the history of America, an immortal epoch. When, after a hundred centuries, posterity shall seek the origin of our public law and shall recall the compacts that consolidated its destinies, it will peruse with respect the protocols of the congress of the isthmus. In them will be found the plan of the first alliances, since it will mark the progress of our relations with the universe.

Many are the writers who have already occupied themselves with the history of the famous congress of Panamá. The subject is of so much importance, however, that perhaps you will pardon me a few comments upon it.

The fundamental principles of the public law of America, as Bolívar conceived them, presented in their practical application very important problems that required transcendent decisions. In the congress of Panamá there was to be discussion and agreement upon the general bases of the American union; the organization of an *amphictyonic* assembly; the consolidation of the independence and institutions of America; the determination and guaranty of the respective frontiers upon the sound and equitable principles of *uti possidetis;* the adoption of arbitration and mediation for the settlement of international controversies; an agreement upon declaring the trade in slaves international piracy; and, finally, to decide upon what was best with regard to the opening of a canal across the isthmus of Panamá. These problems could only be resolved by means of the con-

currence of all the nations of America. Upon the adequate solutions which it was hoped would be adopted by the congress would depend the respect, the consideration and the majesty in which the New World would be held.

Unfortunately for Spanish America, the republics were few that took part in the deliberations of the congress. On the one hand, the slight preparation which the peoples of the south had for the exercise of sovereignty contributed, in large measure, to the relative failure of the majestic dream of the Liberator. For this reason and no other, without doubt, was it possible that the darts of calumny should be permitted to aim a tremendous attack at the grandiose program that had germinated in the mind of the greatest and most disinterested benefactor of humanity. The rivalry and resentments of inferior men sought to find a means of detracting from the prestige of one who had made them great in appearance. In those times were already circulated, in a whispering manner, rumors that Bolivar wished to place upon himself the crown of the Andes. A sad and cruel epilogue, as he himself said, would this have been: to exchange the honor, the glory, the majesty of a Liberator for the opprobium of a crown.

On the other hand, the great republic of the north, from motives of another character, did not concede to the nascent republics the beneficent influence of her sympathy. In spite of the fact that the president not only desired but was anxious to establish friendly relations with the countries of the south for the development of North American commerce, the congress of the United States, in a long and hot debate, manifested its opposition to the United States' taking part in the discussion of the most important problems which the Liberator had proposed. True it is that delegates were sent to the famous congress of Panamá, but they could have done nothing, even if they had reached the isthmus in time, because of the restrictions that had been placed upon them in their instructions.

As a consequence of what has been set forth, we have the fact that many of the South American nations abstained from accrediting delegates to the congress, moved, either by supposed oppositions of interests or by an ill repressed vanity and personal and imaginary resentments; and that the United States, on its part, did not coöperate in this enterprise, which would

have been of transcendent importance, for reasons that, according to the opinion of many, have not yet been satisfactorily explained. This result must not only have embittered the existence of the great South American statesman, but also it retarded the progress of these peoples and undermined the spirit of patriotism, thus contributing to the moral and material weakening of their institutions. The great republic of the north also must have suffered from its evident shortsightedness: the immense commerce of these regions passed into the hands of Europeans, and it has remained and will continue to remain in them for many years.

It is true that, at the congress of Panamá, it was adopted, as the basis of the system proposed by Bolívar, that the American states should become allied in peace and war, mutually guaranteeing the integrity of their respective territories; but in practice, the dreams of greatness, equality, love and justice between these sister peoples, which the Liberator cherished as the fundamental program of his international policy, received, about that time, a fatal blow.

During the century over which independence has extended, experience has demonstrated that some of the problems set forth by the Liberator involved unachievable programs; others are still burning questions of the moment; and only a few have been settled satisfactorily.

The federation of Latin America turned out to be no more than a chimera. The Liberator, by the strength of his arm, imposed liberty upon these peoples. All his efforts to bequeath us his disinterestedness were futile. Ambition for command, the deliriums of greatness and the lack of preparation for democratic government, have contributed to form in every region a band of pseudo-apostles of democracy, pinch-beck semi-demagogues who have kept the larger part of the Central American republics and some of the northern republics of South America in periods of political effervescence, while their governments have oscillated between dictatorship and revolution. Such a state of things could not be propitious for union, since union can not exist without the subordination of certain individual interests in favor of those of the community.

For the same reasons the creation of *amphictyonic* assemblies has been rendered imposible up to the present. How could it be

hoped that men who maintained an openly despotic government would be inclined to let their acts be judged by bodies which they had not constituted and which therefore they would not be able to dominate? There can be no doubt that union and concord are indispensable for the republics of Latin America, in order that they may enjoy the unlimited prosperity that nature seems to have placed for them in their soil. Please God the dream of Bolívar may some day be converted into a reality!

Many disturbances and not a few international scandals have taken place in South America from a failure to adopt the frank, liberal and disinterested policy involved in the principle of *uti possidetis* of 1830, proclaimed by Bolívar as a basis for the determination of the boundaries of the young republics. Nothing more just and equitable could have been proposed than that the demarkations fixed by Spain for the administration of her colonies should become the political frontiers between the states. Strange as it may seem, even before the death of the Liberator, quarrels arose regarding boundaries between two of the states which he had liberated. Since that time the question of boundaries in America, fostered by the ambition of local chiefs, has every day menaced the peace of the New World.

Another of the international problems that the Liberator desired to have resolved by the congress of Panamá relates to nationaly. Our peoples, elevated to the exercise of sovereignty in a violent manner, ought naturally to decide with wisdom and after mature reflection regarding the persons to whom they would extend the character of nationals. The circumstances that operated on this side of the Atlantic were totally different from those that exist and have existed in Europe, in this respect. There the character of the nationals of a state is determined upon the basis of maintaining a politico-international equilibrium or upon the sentiment of nationality. In America, independent life involved the destruction of a nationality in order to create one that should replace it. In the domain of private law there soon arose opposite theories—the *jus soli* and the *jus sanguinis*—from which might easily germinate conflicts, just as in the question of frontiers. The problem has not yet been resolved, although there is, indeed, a tendency, on the part of the majoritiy of the states, to adopt only the first of these principles, as

being more in harmony with the economic and geographical conditions of America.

Bolívar, moved by profound and fixed convictions, at a blow, declared a thousand slaves free in his *hacienda* of San Mateo. Human slavery was repugnant to his humanitarian principles, his longings to create a patria. He therefore obtained the abolition of slavery among the peoples he liberated. He desired to go farther, however; he would have this abominable commerce punished not only by the internal laws of each state, but also that it should be adjudged piracy according to international law. The congress of Panamá decided nothing in this respect; and even if it had taken some action, it would have lacked sanction throughout America. The honor of achieving final success, in this program of sincere humanitarianism, fell to Belgium, sixty-four years after the close of the congress of Panamá, for having induced the majority of the civilized nations to subscribe to the famous treaty that was to put an end to the hateful trade.

The solemn establishment of the principles of arbitration and mediation in the settlement of international disputes has only been secured in part upon questions that do not affect the existence or national honor of states. Perhaps Bolívar himself confided more in his personal influence to carry forward his purposes of international conciliation than in the desires of the governments that ought to take part in the congress. In his famous letter from Jamaica he confesses that this ideal is no more than "a baseless hope like that of the abbé Saint Pierre, who conceived the laudable madness of gathering a European congress to decide the lot and the interests of those nations". However, it may be affirmed, with don Jorge Holguín, in treating of this point in the second conference of the Hague, that America was the first to enter into this path of civilization, peace and harmony. In truth, it may be said that the principle of public law which governs the relations of the South American republics was set forth by the Liberator Bolívar himself, when he conceived the happy idea of calling together a congress of the representatives of the South American republics, empowered to «settle all the differences that might arise among them».

Finally, the magnificent program of Bolívar that the congress of Panamá should take the necessary steps to establish an interoceanic communication across the isthmus of Panamá has been

converted into a glorious reality, but not with the coöperation, as he earnestly desired of all the nations of the New World, in order that its use might form an integral part of American international law. It is a strange coincidence that the Liberator of America, when the emancipation was hardly established, should think of opening a passage between the oceans where the discoverer of this New World sought to cross from Spain to the Asiatic seas.

Certain it is that Bolívar may not be called the initiator of the idea of the interoceanic canal. The mother-country had devoted herself, during the colonial period, to the study of this transcendent problem; and the notable Central American diplomats, Manuel Antonio de la Cerda and Antonio José Cañas, prior to the gathering of the congress of Panamá, had proposed to the great republic of the north the construction of a maritime way through Nicaragua. To the Liberator does belong, however, the indisputable glory of being the first to conceive of the isthmian canal as a property for American public use, and therefore subject to the principles of international justice and not to the mere exclusivist caprice of one nation. The idea of the Liberator was adopted by the great European powers, in 1888, for the regulation of the Suez canal. On the other hand, the Panamá canal is under the exclusive control of the United States.

These, in my opinion, are the most important contributions of the great Liberator to American international law. They indicate his profound discernmet of things, especially if they be studied in the light of the events that have taken place since his time.

FIN DEL TOMO II

FE DE ERRATAS

Págs.	DONDE DICE:	DEBE DECIR:
32	El jefe del gobierno español pone á *la* talla, *siendo* una política de Edad Media, las cabezas de los caudillos independientes.	El jefe del gobierno español pone á talla, haciendo una política de Edad Media, etc.
208 En nota)	El general de división José Antonio Anzoátegui, murió en Pamplona (Nueva Granada) á consecuencia de las heridas que recibió en la batalla de Boyacá. Tenía cuando falleció treinta años de edad...	El general de división José Antonio Anzoátegui murió en Pamplona (Nueva Granada). Tenía cuando falleció treinta años... (El inciso debe desaparecer: Anzoátegui no fué herido en Boyacá ni murió á consecuencia de heridas. El relato de su muerte puede leerse en la nota de las páginas 230-231.)
219 En nota)	En el acto lo mandó á ahorcar. Fué el único fusilado...	En el acto lo mandó á ahorcar. Fué el único victimado...
440 En nota)	Rosillón.	Rosellón.
499 Nota 2.ª)	Un profesor costarricense de Escuela Normal, apóstol de cultura y hombre de letras, ha escrito hace poco...	Un profesor costarricense de Escuela Normal, apóstol de cultura y hombre de letras, J. García Monje, ha escrito hace poco...
509 En nota)	"... estableciendo una constitución capaz por sí sola de justificar nuestro orgullo y de honrar el genio americano, cosecha el infortunio, por obra de un fenómeno geológico..."	"... estableciendo una constitución capaz por sí sola de justificar nuestro orgullo y de honrar el genio americano", cosecha el infortunio, etc. (La errata consiste en que las comillas deben cerrar en americano, y que la frase que sigue no pertenece á Monteagudo, que es el autor á quien se cita, sino al autor de la nota.)

ÍNDICE

Páginas.

ÍNDICE DE LAS EDICIONES ANTERIORES DE ESTA OBRA..... VII

CAPITULO XIX

1815 Y 1816

I.—Bolívar prepara en Jamaica una expedición libertadora contra Costa-Firme. 13
II.—Los españoles de Venezuela compran un negro esclavo para que asesine al general Bolívar..... 14
III.—El Libertador parte para Cartagena, cercada por la escuadra española, en auxilio de los mismos que lo habían infamado y perseguido..... 18
IV.—Rivalidad entre los jefes patriotas... 20
V.—Una expedición en la cual nada hay de grande sino la audacia y el patriotismo..... 23

CAPITULO XX

1816

I.—La expedición de los Cayos se dirige á la isla Margarita, insurreccionada por Arismendi..... 29
II.—La escuadrilla de Bolívar derrota las fuerzas navales españolas que tropieza en el mar de las Antillas, y la expedición toca tierra en Margarita, donde se constituye el gobierno revolucionario. El jefe del gobierno español pone á talla, haciendo una política de Edad Media, las cabezas de los caudillos independientes..... 32

Páginas.

III.—Bolívar lleva la guerra al occidente de Venezuela.... 35
IV.—La invasión de los seiscientos, ó sea la internación de los patriotas desde Ocumare de la Costa hasta el oriente de Venezuela, al través del país ocupado por el enemigo..... 38
V.—El motín de Güiria..... 42

CAPITULO XXI

1816

I.—Los aventureros de la libertad: Mina, Brayer, Clausel. 45
II.—Los revolucionarios de Costa-Firme envían comisionados á Bolívar para que regrese al Continente y se ponga á la cabeza de la guerra..... 50
III.—El Libertador, de nuevo entre los patriotas, esta vez para siempre, porque ha sido más fuerte que la adversidad..... 54

CAPITULO XXII

1817

I.—El Libertador habla de llevar la independencia al Perú. 58
II.—Los patriotas cercados en la Casa-Fuerte y el mensaje de Bermúdez..... 59
III.—Los patriotas de Barcelona deciden defenderse en la Casa-Fuerte, contra la opinión de Bolívar..... 64
IV.—Bolívar pasa el Orinoco..... 66
V.—Toma de la Casa-Fuerte, de Barcelona, y ferocidades del triunfador..... 67
VI.—Anarquía entre los patriotas: Mariño deja sacrificar á los héroes y mártires de Barcelona..... 70
VII.—Nueva expedición española arriba á Venezuela; las dificultades se multiplican para los patriotas; pero la voluntad de Bolívar triunfará de todo..... 72

CAPITULO XXIII

1817

I.—Triunfo del general Piar en San Félix..... 75
II.—Muerte de veintidós capuchinos de las misiones del Caroni..... 76

Páginas.

III.—La anarquía entre los patriotas: el congresillo de Cariaco..... 78
IV.—Organizando la administración y la guerra..... 83
V.—La sorpresa de Casacoima..... 86
V b.—Combate fluvial de Pagallos..... 88
VI.—Los españoles abandonan la plaza fuerte de Angostura y los patriotas ocupan toda la Guayana..... 89
VII.—El general Morillo abandona la isla de Margarita, llamada también por su heroísmo Nueva Esparta..... 91
VIII.—La anarquía entre los patriotas: Piar..... 93
IX.—Bolívar crea la capital provisoria de la República y organiza la administración del Estado..... 100
X.—Actividades útiles..... 106

CAPITULO XXIV

1817

I.—Policarpa Salabarrieta..... 108

CAPITULO XXV

1817 Y 1818

I.—El clero y la opinión pública..... 111
II.—Los esfuerzos de Bolívar: la carrera pública de este héroe es una carrera de obstáculos..... 114
III.—José Antonio Páez, comandante de caballerías llaneras. 117
IV.—Derrota del general patriota Zaraza en La Hogaza... 119
V.—Confianza de Bolívar, á pesar de los desastres, en el triunfo de América..... 120

CAPITULO XXVI

1818

I.—La actividad de Bolívar juzgada por un español..... 124
II.—La toma de los buques españoles, en el río Apure, por la caballería de Páez..... 125
III.—Bolívar derrota á Morillo en Calabozo, y no lo alcanza y destruye en la retirada por la testarudez del general Páez..... 126

Páginas.

IV.—El beduíno Páez..... 130
V.—Plan para acabar con Latorre, tomar á Caracas, y luego con Morillo, y ocupar á Valencia, el Centro y el Oeste..... 133
VI.—Triunfo de Morillo en Semen (15 de Marzo)..... 136

CAPITULO XXVII

1818 Y 1819

I.—Combate de Ortiz (26 de Marzo)..... 139
II.—Sorpresa del Rincón de los Toros (noche del 16 al 17 de Abril)..... 141
III.—Nuevos infortunios: derrotas de Páez y de Cedeño... 144
IV.—Sigue la suerte adversa: el general Bermúdez, destrozado, pierde á Cumaná y el general Mariño á Cumanacoa..... 146
V.—Entereza de alma de Bolívar en medio del infortunio y su fe en los destinos de América..... 147
VI.—Reorganizando el caos..... 148
VII.—Bolívar anuncia con un año de antelación su campaña contra el virreinato de Nueva Granada.—Proclama profética..... 149
VIII.—El Libertador dispone la convocatoria de un Congreso nacional..... 152
IX.—Nueva derrota de Mariño..... 156
X.—Actitud del Libertador y del pueblo de Venezuela, ó de sus representantes, ante las amenazas de la Europa monárquica y anti-liberal..... 157
XI.—El Libertador somete á Páez..... 160

CAPITULO XXVIII

1819

I.—Se instala el Congreso de Angostura (15 de Febrero). 164
II.—Discurso de Bolívar al inaugurar el Congreso de Angostura..... 166
III.—Bolívar resigna el mando..... 177
IV.—El Congreso y la opinión pública..... 181
V.—La libertad de los negros esclavos..... 184

Páginas.

VI.—Bolívar sale para Apure..... 186
VII.—Ideas políticas de Bolívar..... 187

CAPITULO XXIX

1819

I.—La guerra de desgaste..... 192
II.—Las Queseras del Medio (3 de Abril)..... 194
III.—Morillo busca cuarteles en Calabozo mientras dura la estación de lluvias y pueden transitarse los inundados llanos..... 196
IV.—Bolívar somete á una Junta de guerra el plan de atravesar inmediatamente los inundados llanos, tramontar la cordillera de los Andes en pleno invierno del trópico, cuando menos lo esperaría el enemigo, y caer sobre el virreinato de Nueva Granada..... 198
V.—Marcha de las tropas republicanas y su primer triunfo: Gámeza (11 de Julio)..... 200
VI.—Los republicanos vencen en Pantano de Vargas (25 de Julio)..... 204
VII.—Victoria de Boyacá (7 de Agosto)..... 205
VIII.—Mientras los enemigos creen á las tropas republicanas víctimas de la naturaleza, Bolívar se sienta ya en la curul de los virreyes granadinos..... 210
IX.—Comunicación sobre la toma de Bogotá al gobierno de Venezuela..... 212
X.—Bolívar, administrando, echa los fundamentos legales y jurídicos de la nueva República..... 214
XI.—Bolívar y Morillo en Nueva Granada..... 217

CAPITULO XXX

1819

I.—Conducta de los realistas..... 221
II.—Parte el Libertador para Venezuela. 223
III.—Situación de Venezuela durante la ausencia de Bolívar: el general Morillo..... 224
IV.—Situación de Venezuela durante la ausencia de Bolívar: el vicepresidente Zea y las intrigas de Angostura..... 224

Páginas.

V.—Situación de Venezuela: la oposición del Congreso hace renunciar la vicepresidencia al débil Zea y nombrar para el cargo á Arizmendi..... 226
VI.—Contrariedades del Libertador en su marcha hacia Venezuela..... 230
VII.—El Libertador se presenta en Angostura.—Arizmendi se apresura á renunciar su vicepresidencia..... 233
VIII.—El Libertador, ante el Congreso, propone la unión de Venezuela y Nueva Granada..... 235
IX.—El presidente del Congreso y el diputado Alzuru toman la palabra..... 238
X.—Don Mariano Montilla..... 240
XI.—El Congreso decreta la unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito, bajo la forma de República, con el nombre de Colombia..... 242

CAPITULO XXXI

1820

I.—Política española..... 245
II.—Carta de Bolívar sobre la política española..... 250
III.—El Libertador va á Bogotá.—En Bogotá se proclama la alianza de Nueva Granada y Venezuela, bajo la denominación de Colombia..... 252
IV.—El Congreso de Angostura..... 254
V.—El fundador de Colombia habla á los colombianos.—Los Hermanos de San Francisco honran al Libertador..... 255
IV.—Motín de irlandeses..... 257
V.—Después de haber hecho desaparecer al virrey de Nueva Granada, Bolívar se dispone á caer sobre el conde de Cartagena y los 14.700 soldados con que domina gran parte de Venezuela.—Aniversario del 19 de Abril..... 260
VI.—Morillo, á regañadientes, jura, y hace jurar en las provincias venezolanas que gobernaba, la Constitución española..... 264
VII.—El gobierno español inicia negociaciones de paz con los patriotas..... 265
VIII.—El Libertador prevé la actitud que, con respecto á América, asumirá el gobierno de España, después

Páginas.

de la revolución liberal.—Ideas del Libertador sobre la paz con España.. 267
IX.—Proposiciones de los comisionados de España y respuesta de los representantes de la República..... 271

CAPITULO XXXII

1820

I.—Ideas constitucionales y políticas de Bolívar, expuestas en carta al inglés Guillermo White..... 276
II.—Inconsulta conducta diplomática de Zea.—Actitud indiferente de los Estados Unidos con los pueblos americanos.—Los patriotas obtienen recursos sin debérselos á nadie..... 279
III.—Pourparler entre el gobierno de España y el de Colombia 283
IV.—Lo que promete á su rey el soldado de la potestad española.—Lo que promete á sus conciudadanos el soldado de la libertad..... 286
V.—El armisticio se firma..... 287
VI.—Entrevista del Libertador y el conde de Cartagena.. 289
VII.—El armisticio, censurado..... 295
VIII.—El general Morillo parte para España.—Su juicio de 1816 sobre los venezolanos..... 298
IX.—Cómo termina el año de 1820.—Entereza de la viuda del general José Feliz Ribas, tía carnal del Libertador 304

CAPITULO XXXIII

1821

I.—El Libertador entrega á Sucre el mando del ejército del Sur.. 310
II.—Se encarga del ejército español el general Latorre.—Llegan de España comisionados especiales á tratar con los gobernantes americanos.. 312
III.—El caso de Maracaibo..... 315
IV.—Las razones privadas de Bolívar para romper el armisticio..... 321
V.—La propaganda en Europa..... 322

Páginas.

VI.—La conquista de los espíritus..... 323
VII.—San Martín participa al Libertador que el batallón venezolano «Numancia» entra al servicio del Perú... 325
VIII.—Nariño es nombrado vicepresidente de Colombia.... 326
IX.—Se reúne el Congreso de Colombia en el Rosario de Cúcuta..... 328

CAPITULO XXXIV

1821

I.—El Libertador, ante las fuerzas extraordinarias de la Naturaleza en la América de los trópicos, compara las dificultades vencidas y el heroísmo de los guerreros americanos con los hechos de los antiguos.. 332
II.—La batalla de Carabobo..... 335
III.—El Congreso decreta honores á los héroes de Carabobo..... 342
IV.—El coronel español Pereira..... 346
V.—Venezuela dividida en tres distritos militares.—Los libertadores como Páez son un peligro para la libertad..... 348
VI.—El Libertador se dispone á llevar sus armas al Sur... 354
VII.—Teoría sobre los enemigos de la patria y los enemigos personales..... 355
VIII.—Bolívar pide gracia al Congreso en favor del español D. Francisco Iturbe, su protector en 1812..... 357

CAPITULO XXXV

1821

I.—Elecciones de presidente y de vicepresidente de la República..... 359
II.—Comunicación de Bolívar al Congreso diciendo que prefiere dirigir la campaña contra el enemigo extranjero á gobernar el país.—Contestación del Congreso..... 360
III.—Jura del Libertador como presidente de Colombia.—Firma Bolívar, como jefe del Ejecutivo, la Constitución de 1821..... 362
IV.—Bolívar habla á los pueblos recomendándoles la Constitución..... 368

Páginas

V.—Conceptos sobre el Libertador..... 370
VI.—La gloria de Bolívar..... 372

CAPITULO XXXVI

1821 Y 1822

I.—El Libertador se dispone á realizar las campañas del Sur.—Nombra ministros plenipotenciarios en México, Perú, Chile y Argentina..... 380
II.—Bolívar aspira á confederar la América española contra la Europa y su santa Alianza de tronos.—El Libertador echa, el primero, las bases del Arbitraje internacional.—Establece para la delimitación de fronteras entre los pueblos de América la doctrina, que se ha seguido, del *uti possidetis juris*..... 382
III.—El gobierno de Madrid despide incivilmente á nuestros comisionados, después de haber exigido que los enviasen.—Toma de Cartagena por Montilla.—El Libertador insta por que se tome el istmo de Panamá. 390
IV—Panamá, ya colombiano, entra á formar el 8.° Departamento de la República..... 393
V.—Generosidad del Libertador..... 395
VI.—El primitivo plan de Bolívar para la campaña del Ecuador..... 397
VII.—Arriba á tierras del Ecuador, desde España, el general Mourgeón, con una expedición realista..... 400
VIII.—El guerrillero José María Obando, futuro asesino de Sucre, abandona á los españoles y se pasa á los patriotas..... 401
IX.—Campaña en los Andes ecuatoriales.—Fanatismo de ignaras poblaciones ultra-católicas y ultra-realistas.—Obstáculos de la Naturaleza y heroísmo de los habitantes..... 402
X.—Hacia Bomboná..... 406
XI.—"Tenemos que vencer, y venceremos"..... 408
XII.—El error y la abnegación de Pedro León Torres. 409
XIII.—La batalla de Bomboná (7 de Abril).. 410
XIV.—Habilidades de D. Basilio García y muerte de Pedro León Torres..... 411
XV.—D. Basilio García, el bravo defensor de Pasto, acepta la capitulación que Bolívar le ofrece..... .. 413

Páginas.

XVI.—La campaña de Sucre: victoria de Pichincha (24 de Mayo)..... 416
XVII.—Bolívar entra en Pasto..... 416

CAPITULO XXXVII

1822

I.—Los Estados Unidos se deciden por fin, después de doce años que los países de América ejercen la soberanía, constituídos en naciones independientes, á reconocer la emancipación de dichas naciones... 420
II.—España se defiende con entereza en el terreno diplomático y los Estados Unidos le contestan con debilidad.—La circular de nuestro enviado en Europa. 428
III.—Bolívar organiza la provincia de Los Pastos... 432
IV.—El Libertador entra en Quito: organiza el país..... 433

CAPITULO XXXVIII

1822

I.—Antecedentes respecto á Guayaquil.. 437
II.—Divisiones de la opinión pública.... 439
III.—Colombia y el Perú creen ambos tener derecho á la posesión de Guayaquil..... 441
IV.—El Libertador arriba á Guayaquil..... 443
V.—Bolívar se encarga del gobierno de la provincia..... 444

CAPITULO XXXIX

1822

I.—San Martín llega á Guayaquil..... 447
III.—San Martín: su juventud..... 450
VI.—San Martín llega á América y toma servicio en el gobierno revolucionario que existe en Buenos Aires.. 452
V.—La logia de Láutaro..... 457
VI.—San Martín, gobernador de la intendencia de Cuyo... 460
VII.—Conatos de imperialismo en Buenos Aires.... 467
VIII.—La revolución de Hispano-América..... 475

Páginas.

IX.—La revolución argentina: las ideas filosóficas..... 494
X.—La revolución argentina: las ideas políticas..... 513
XI.—Otros caracteres diferenciales de la revolución del Sur..... 531
XII.—Anarquía argentina: la carencia del héroe..... 534
XIII.—Anarquía argentina: la disolución del Estado..... 544
XIV.—La desobediencia de San Martín..... 553
XV.—Consecuencias de la desobediencia de San Martín.. 560

APÉNDICE

The International Policy of Bolívar, by Harmodio Arias..... 565
Fe de erratas..... 577

Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Obras de los más ilustres publicistas americanos.

SE HAN PUBLICADO:

I.—ORESTES FERRARA: *La yuerra europea. Causas y pretextos*
Profesor de Derecho público en la Universidad de la Habana.
Precio: 3,50 pesetas.

II.—ALEJANDRO ALVAREZ: *La diplomacia de Chile durante la emancipación y la sociedad internacional americana.*
Consultor del ministerio (chileno) de Relaciones Exteriores.
Precio: 3,50 pesetas.

III.—JULIO C. SALAS: *Etnología é Historia de Tierra-Firme (Venezuela y Colomlia.)*
Profesor de Sociología en la Universidad de Mérida (Venezuela).
Precio: 4 pesetas.

IV.—CARLOS PEREYRA: *El Mito de Monroe.*
Antiguo Profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.
Precio: 4,50 pesetas.

V.—JOSÉ DE LA VEGA: *La Federación en Colombia.*
Miembro del Centro de Historia, de Cartagena (Colombia).
Precio: 3,50 pesetas.

VI.—M. DE OLIVERA LIMA: *La evolución histórica de la América latina.*—Precio: 3,50 pesetas.
De la Academia brasilera.

VII.—ANGEL CÉSAR RIVAS: *Ensayos de historia política y diplomática.*—Precio: 4 pesetas.
De la Academia de la Historia, de Venezuela.

VIII.—JOSÉ GIL FORTOUL: *El hombre y la historia. (Ensayo de Sociología venezolana.)*
De la Academia de la Historia, de Venezuela.
Precio: 3,50 pesetas.

IX.—JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Rosas y el Doctor Francia. (Estudios psiquiátricos.)*
Presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina.
Precio: 3,50 pesetas.

X.—PEDRO M. ARCAYA: *Estudios de Sociología venezolana.*
Miembro de la Academia de la Historia, de Venezuela, y Ministro de Relaciones Interiores.
Precio: 4 pesetas.

XI-XII.—J. D. MONSALVE: *El ideal político del Libertador Simón Bolívar.*
Miembro de número de la Academia de la Historia, de Colombia.
Dos gruesos vols. á 4,75 cada uno.

XIII.—FERNANDO ORTÍZ: *Los negros brujos. (Apuntes para un estudio de Etnología criminal.)*
Profesor de Derecho penal en la Universidad de la Habana.
Precio: 4,50 pesetas.

XIV.—José Nicolás Matienzo: *El Gobierno representativo federal en la República Argentina.* - Precio: 5 pesetas.
Profesor en las Universidades de Buenos Aires y la Plata.

XV.—Eugenio María de Hostos: *Moral Social.*
Profesor de Sociología en la República Dominicana y de Derecho Constitucional en la Universidad de Santiago de Chile.
Precio: 4 pesetas.

XVI-XVII.—J. V. Lastarria: *La América.*
Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en las Repúblicas del Plata y en Brasil, etc.
Precio: 8 pesetas los dos volúmenes.

XVIII.—Cecilio Acosta: *Estudios de Derecho internacional.*
Miembro de la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, de Caracas.
Precio: 3,50 pesetas.

XIX.—William R. Shepherd: *La América Latina.*
Profesor de Historia en la Universidad de Columbia (E. U.)
Traducción directa del inglés, por R. Blanco-Fombona.
Precio: 3,50 pesetas.

XX.—Emilio Rabasa: *La organización política de México. (La Constitución y la Dictadura.)*
Ex senador del Congreso Federal de México.
Precio: 4,50 pesetas.

XXI.—Alejandro Alvarez: *El derecho internacional del porvenir.*
Secretario general del Instituto americano de derecho internacional.
Precio: 3,50 pesetas.

XXII.—José Ingenieros: *Ciencia y Filosofía. (Seis ensayos.)*
Profesor en la Universidad de Buenos Aires.
Precio: 3,50 pesetas.

XXIII.—Carlos Pereyra: *La Constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática.*
Antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y miembro del Tribunal permanente de Arbitraje, de La Haya.

XXIV.—Daniel Mendoza: *El Llanero. (Estudio de sociología venezolana.)*
Abogado venezolano.

XXV. — Agustín Codazzi: *I. Las costas de Sur-América. II.—Los yacimientos de Yaruary. — III Las grandes cuencas hidrográficas de Venezuela.—IV. Los volcanes.*
Director de la Academia de Matemáticas de Caracas.
Precio: 3,25 pesetas.

XXVI.—José Gil Fortoul: *Filosofía constitucional.*
Profesor de Ciencias políticas.

Bolivar, Simon
Larrazabal, Felipe
Vida del libertador Simón Bolivar. Vol.2
358145
HSAm.B
B6895
.YL

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE